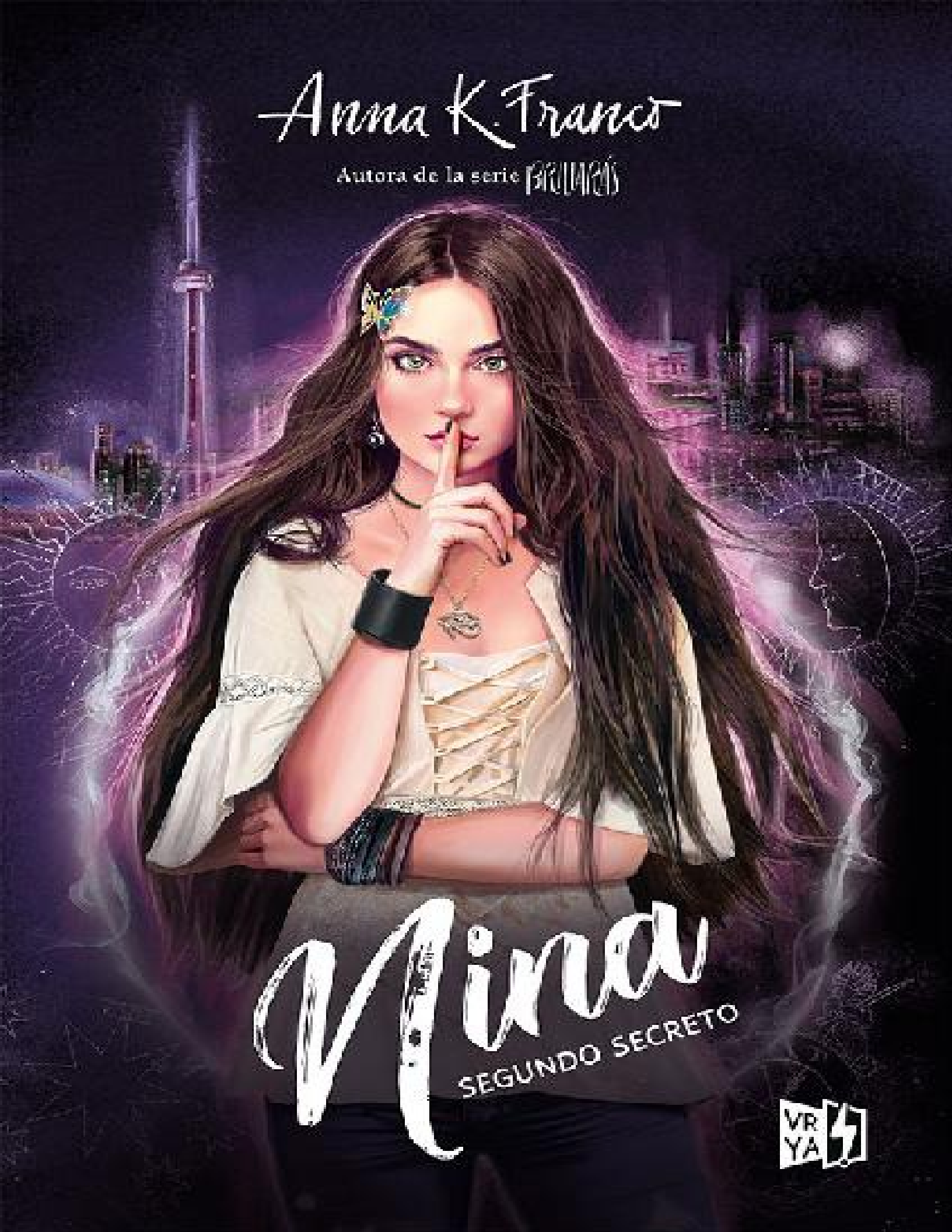
Anna K. Franco

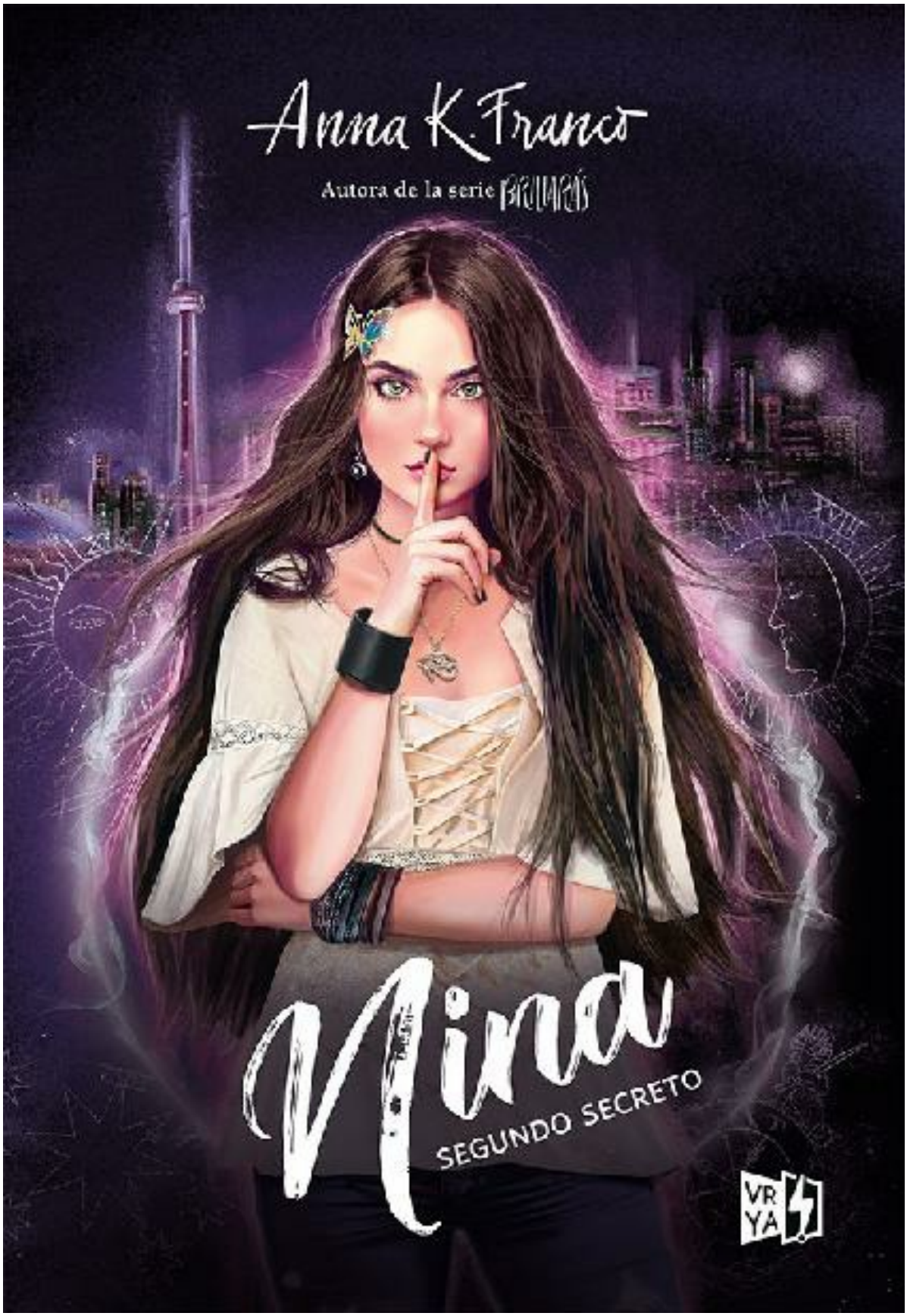
Autora de la serie BRUJAS

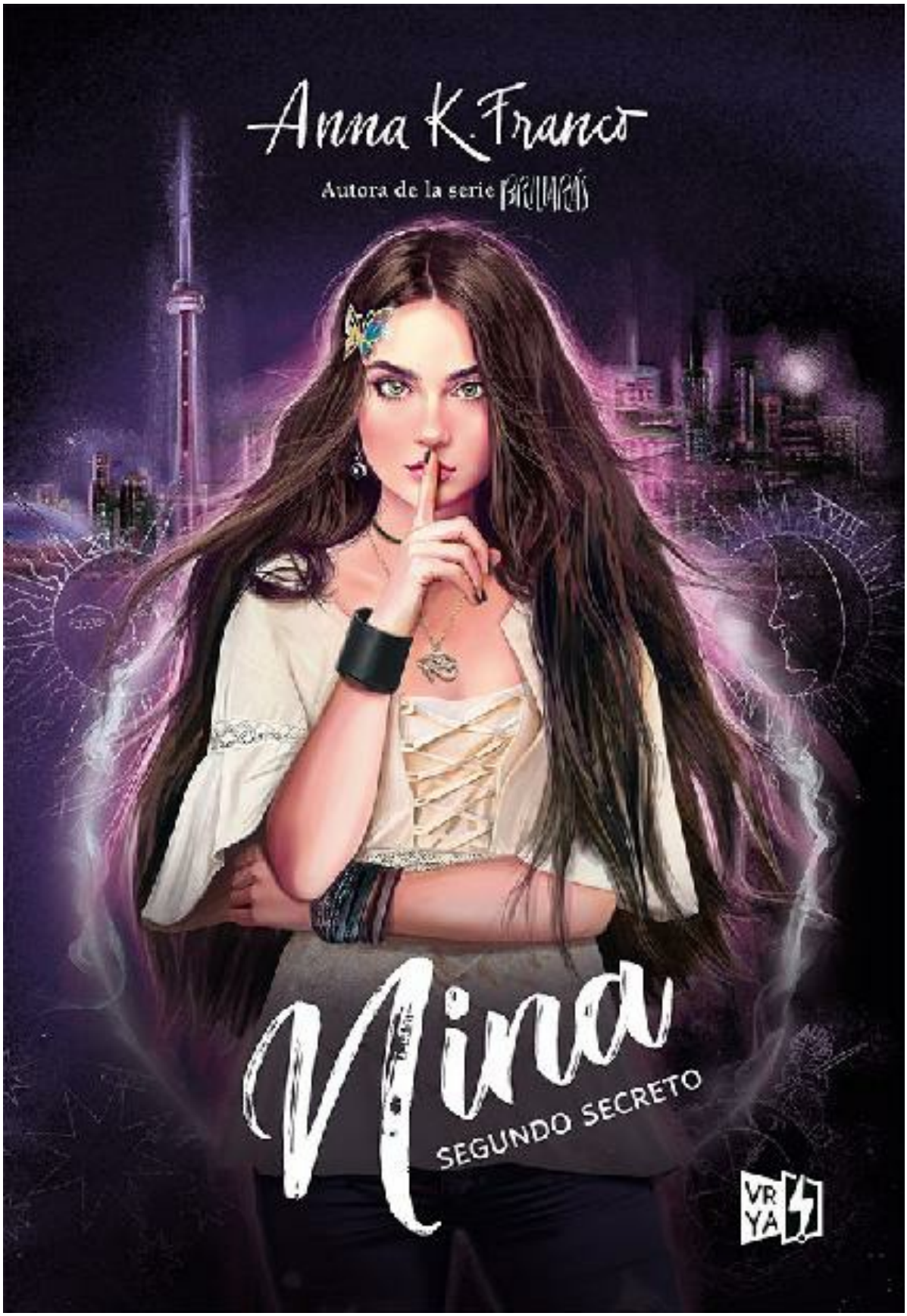


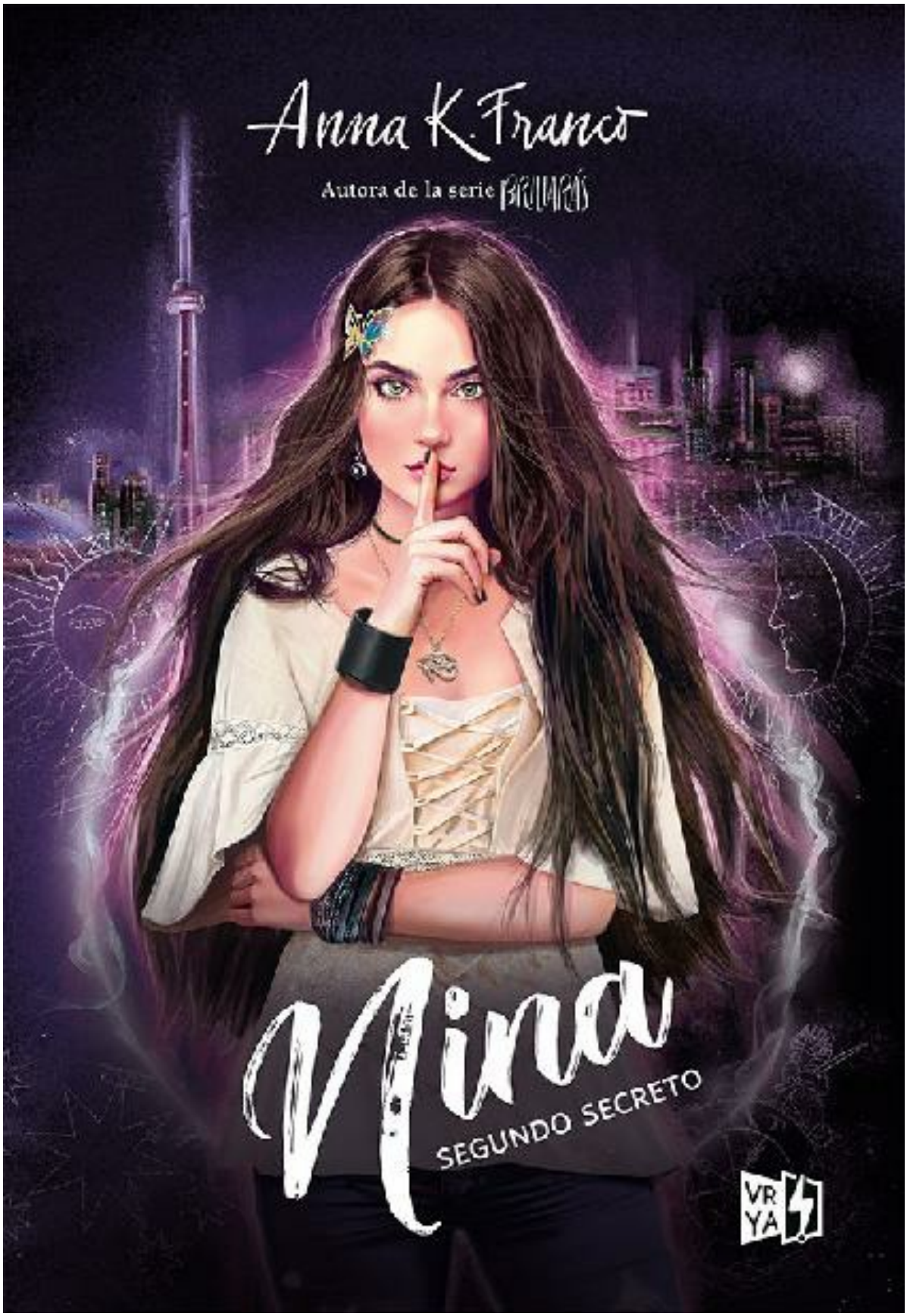
Nina

SEGUNDO SECRETO

VR YA


Anna K. Franco
Autora de la serie BRUJAMANES
Mina
SEGUNDO SECRETO
VR YA


Anna K. Franco
Autora de la serie BRUJAMANES
Mina
SEGUNDO SECRETO
VR YA


Anna K. Franco
Autora de la serie BRUJAMANES
Mina
SEGUNDO SECRETO
VR YA

Nadie debe saber que Nina puede interpretar mensajes del universo.

Porque para ella es toda una maldición.

Ha sufrido acoso escolar desde pequeña y sabe que, si esta peculiaridad se diera a conocer, harían de su vida un infierno.

Sin embargo, una noche descubre que habrá un accidente fatal y una de las víctimas será Wayne, un compañero de clases del que tiene el peor de los recuerdos. Entonces deberá tomar una decisión de vida o muerte: ¿vale la pena exponer su secreto para salvarlo? ¿Sería capaz de no hacerlo?

El problema es que, a veces, es imposible detener lo que ya ha comenzado.

¿Hasta qué punto somos capaces de dominar el destino?

Tres chicas, tres historias y tres secretos te esperan en esta nueva serie de la aclamada autora de Brillarás.



Anna K. Franco

Nací un domingo de marzo, en armonía con los últimos calores del verano. Siempre tuve una imaginación inagotable y desde muy pequeña jugaba a interpretar personajes. A los ocho años se me ocurrió escribir cuentos y a los trece me enamoré de un libro que me inspiró a escribir algo igual de adictivo algún día.

Comencé a escribir casi como un juego. Se convirtió en mi profesión cuando publiqué mi primera novela en 2012. Desde entonces, escribo ficción juvenil bajo el seudónimo Anna K. Franco, y narrativa femenina con mi nombre real, Anabella Franco.

¡Visítala!

: @anna_karinef

: @annakarinef

: Anabella Franco

Anna K. Franco

Nina

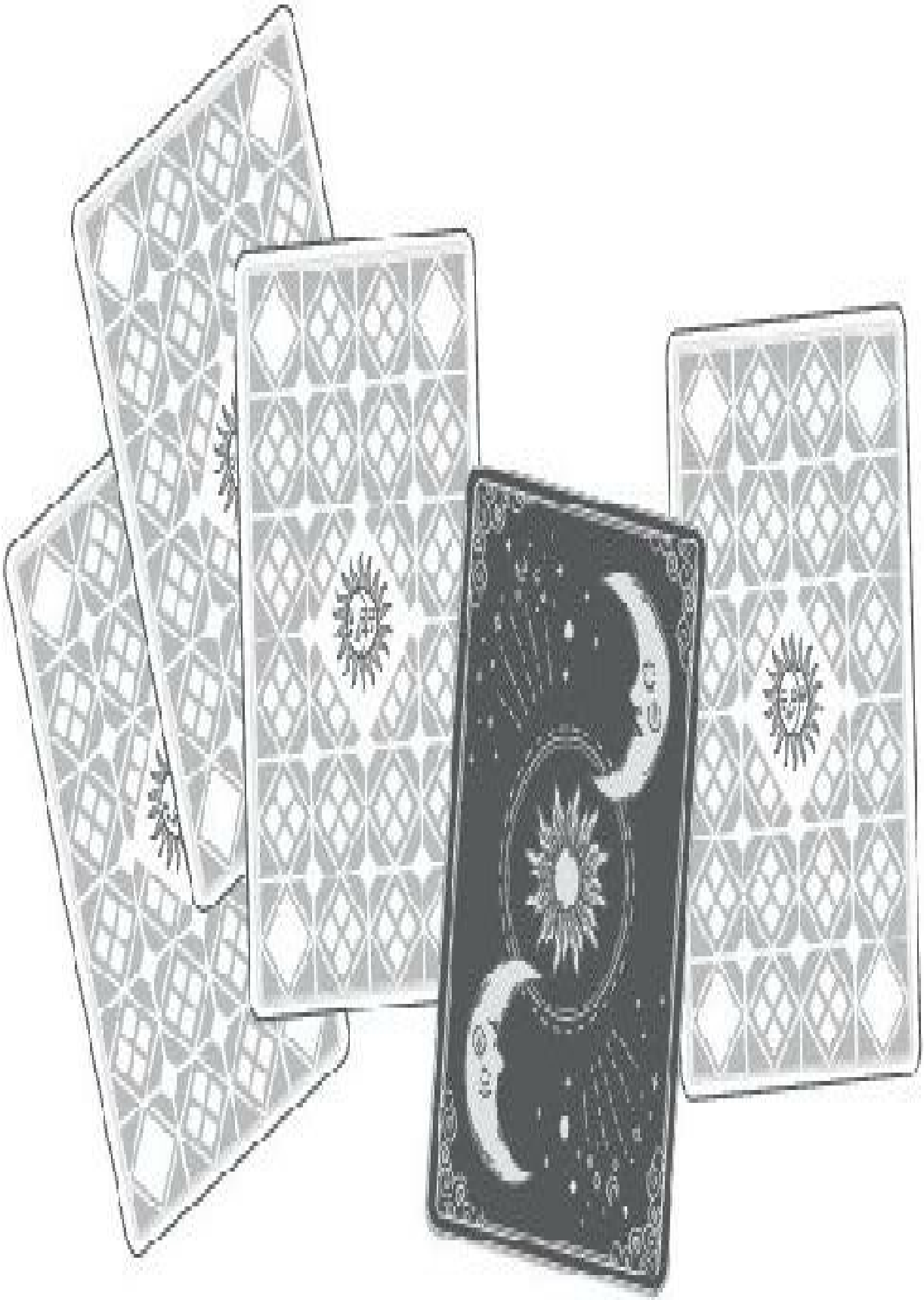
SEGUNDO SECRETO



“El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos”.

Frase atribuida a

William Shakespeare y Arthur Schopenhauer



1

Nina

EL GOLPE ME DOLIÓ MÁS QUE MI ORGULLO, QUE YA ESTABA ESTROPEADO. Miré la cancha, masajeándome la cabeza: Wayne Bennett acababa de batear hacia mi lado y su amigo Peter reía porque la pelota me había alcanzado.

–¡Wayne! –exclamó el entrenador.

Wayne alzó los brazos en señal de que no tenía la culpa de lo sucedido. Para mí, lo había hecho a propósito, pero el entrenador no quería perder a su estrella deportiva favorita, por eso fingió que creía en su inocencia.

Ponerse en contra de Wayne era peligroso. Su familia era influyente y famosa. Su padre era el periodista más reconocido de la cadena CBC en Toronto, donde vivíamos, y su madre era la editora en jefe de una importante revista. Aportaban mucho dinero a la escuela y, en el caso de que su hijito fuera amonestado, podían hacerle mala prensa.

Ni se me ocurrió alcanzarle la pelota. Me quedé paralizada junto a la cancha, con los libros contra el pecho y la mochila colgando de un hombro mientras que Wayne se acercaba para recogerla. Tenía el cabello rubio húmedo y sus mejillas estaban acaloradas. No sé por qué esperaba una disculpa de su parte si los chicos como él nunca cambiaban.

Me miró con sus ojos de color azul cielo.

–Ten cuidado. No deberías pasar por aquí cuando estamos jugando –advirtió. Utilizó un tono sereno, pero apostaba a que se burlaba por dentro.

Me di la vuelta y continué caminando. Giré en cuanto me pareció que alguien me seguía: Peter, su amigo, estaba imitando mi forma de moverme. Aunque quería gritarle que me dejara en paz, callé otra vez. Mi padre siempre me aconsejaba que ignorara las burlas. Según él, eso haría que los acosadores se aburrieran y fueran en busca de la reacción de otro acosado. Hacía tres años que le hacía caso sin resultado. El grupo de Wayne nunca se cansaba, su ingenio para ridiculizarme era inagotable.

Había pasado por muchos colegios y la historia se repetía. No importaba cuánto me esforzara para ocultar mi condición: tarde o temprano, mis compañeros se daban cuenta de que no era como el resto y las burlas aparecían.

Quien las había iniciado en esa escuela era el mismísimo Wayne Bennett. Debí sentirme orgullosa de que el chico más popular me hubiera elegido como su víctima, pero ¿cómo podía

sentirme bien de esa manera? Y con “esa manera” no me refiero a su actitud, sino a la mía. Mejor dicho, a mi condición.

Por aquel entonces, tenía trece años. Hacía tres meses que no sufría una recaída. Creí que, quizás, ya me había convertido en una persona normal. Eso me impulsó a empezar de nuevo. Le rogué a mi padre que me cambiara de colegio una vez más. Como le prometí que sería la última, me esforzaba para cumplir desde que él había aceptado enviarme a la escuela donde consiguió una beca gracias a su trabajo en la universidad. De verdad creí que ya estaba curada y que todo sería mejor en un nuevo lugar, pero nada salió como esperaba.

Desde el primer día noté que algunos compañeros me miraban con el rabillo del ojo y que reían entre ellos cuando yo les pasaba por al lado. No podía culparlos: tantos años de burlas me habían transformado en un bicho raro y me costaba entablar conversaciones con las personas de mi edad. En casa, con los amigos de papá, era simpática y extrovertida. En la escuela, en cambio, solía vestirme con colores oscuros y me apartaba en los rincones para pasar inadvertida, como rogándoles en silencio a mis compañeros que no me molestaran.

Por supuesto, era imposible que ese acuerdo perdurara. En la segunda semana de clases, un episodio me sucedió frente a todos mientras daba una lección de Geografía. Eso señaló mi destino.

–Los polos geográficos no son lo mismo que los polos magnéticos –expuse en voz baja. Hablar en público era lo peor que me podían pedir en la vida–. El eje de la Tierra pasa por…

Giré para señalar el mapa que se proyectaba en la pizarra. En ese momento, noté que un rayo de sol que se filtraba por la ventana impactaba en un punto del Océano Pacífico.

No pude reprimir la visión; jamás podía ni bien comenzaban. Me abstraje de la realidad. Algunos sucesos que me habían acontecido ese día regresaron a mi memoria como una película: el avión que pasó sobre mi casa cuando salí por la mañana, el agua que goteaba de un grifo en el baño de la escuela, el rayo de sol en un punto del Océano Pacífico. Las señales se conectaron: vi un avión impactando en el agua, gente gritando, un hombre ahogándose.

–Nina. ¡Nina! –exclamó la profesora, tomándome por los hombros.

Volví a la realidad como si me hubieran golpeado. Estaba temblando delante de todos. No tenía idea de cómo había pasado de señalar el mapa a mirar al frente. Sentí un cosquilleo sobre el labio y me toqué con un dedo: estaba sangrando. Solía ocurrirme cuando interpretaba señales y, a veces, cuando las profecías se cumplían. Los síntomas empeoraban según cuánto me esforzara para mantener el control. En ese momento, casi había dejado la vida en ello para no pasar vergüenza.

Wayne arruinó mi esfuerzo soltando una carcajada ruidosa.

–¡Está menstruando por la nariz! –gritó, señalándome. Todos rieron.

–¡Wayne! –lo regañó la profesora.

Ya era tarde: esa estúpida frase inició un nuevo calvario.

Cuando llegué a casa esa tarde, me enteré de que un avión de una aerolínea asiática había desaparecido. Yo sabía qué había ocurrido con él, pero ¿quién me creería? Al menos encontraron los restos a los pocos días y se resolvió el misterio para las familias que habían perdido a sus seres queridos.

Interpretar señales no solo se sentía atemorizante: generaba una enorme sensación de impotencia. Si hubiera dicho algo de lo que había visto acerca del avión, habrían sospechado que había provocado el suceso. Además, no tenía manera de intervenir en ello. Me había acostumbrado a ocultar mi condición, porque cuando era ingenua y hablaba de ella, siempre surgían problemas.

Sam Graham, mi padre, me adoptó cuando yo tenía cinco años. Pidió que se conservara mi apellido de origen, Henderson, por mi identidad. Él me contó que lo heredé de mi madre, una mujer muy joven llamada Rachel. No me acordaba de ella, ni siquiera tenía una fotografía para conocerla. Me hubiera gustado saber si se parecía a mí o si le ocurría lo mismo. Mamá había muerto cuando yo tenía tres años. Mi padre biológico jamás había dado señales de vida.

Sam era el mejor papá del mundo, pero nada podía hacer para ayudarme. Como yo provenía de un origen incierto, las primeras veces que me abstraje de la realidad y sufrí dolor de cabeza, sangrado por la nariz, palidez, fiebre y temblores, me llevó al hospital. Creyó que padecía epilepsia o alguna enfermedad hereditaria. Después de varios estudios, los médicos aseguraron que los síntomas no tenían un origen físico y le sugirieron que consultara con un psicólogo, un psiquiatra y un psicopedagogo.

El psiquiatra me diagnosticó una patología inespecífica, compatible, quizás, con una fobia social leve. El psicólogo atribuyó mi comportamiento retraído y temeroso a la orfandad. La psicopedagoga, por su parte, opinó que no tenía problemas de aprendizaje. A decir verdad, me iba bien en el colegio; la única dificultad era que no podía socializar.

Por aquel entonces no terminaba de entender las señales, pero las veía casi todos los días. A veces indicaban asuntos importantes; otras, tonterías. Una vez supe qué prepararía mi padre para la cena, también que una vecina se quedaría sin empleo. El problema era que no terminaba de comprenderlas hasta que me enteraba de las noticias, así que el padecimiento de interpretarlas era inútil.

Con el tiempo, las señales empezaron a conectarse mejor, pero la represión ganó y dejé de encontrarlas seguido. Para ese momento, ya intentaba disimular lo que me sucedía y evitaba las interpretaciones lo máximo posible. Había una lucha entre mi mente incontrolable y mis deseos de dominarla. No quería que la gente siguiera comentando que yo era rara por culpa de que me habían abandonado y de que me había adoptado un hombre soltero homosexual.

Desde el día del accidente de avión, tomé en serio mi condición y comencé a investigar. Lo más cercano a un verdadero diagnóstico que encontré fueron algunos artículos que hablaban de

sincronía y evolución consciente.

Básicamente, la teoría expresa que el universo nos envía señales todo el tiempo, pero muy pocos pueden interpretarlas. Al nivel en que yo lo hacía, solo debíamos ser un puñado en el mundo. Incluso hallé el número telefónico de un supuesto médico que aseguraba que podía orientar a los "intérpretes", como nos denominaba en su página. Nunca me atreví a llamar. Temía caer en las manos de un estafador, pero por sobre todas las cosas, no quería ser una "intérprete", sino una chica normal.

Si llevaba cuatro años en la escuela a la que entré a los trece, fue porque ignoré a los acosadores y, además, nunca llegaron al extremo que había soportado en otras instituciones: golpes, amenazas, ciberbullying. Por eso ya no tenía redes sociales y solo utilizaba la mensajería instantánea cuando era inevitable. Abandonar el mundo virtual me había liberado de una tortura, pero me había sumido en el aislamiento. Solo tenía contactos en foros de manga y anime donde usaba una identidad falsa. Nadie real. Nadie con quien contar, además de mi padre y su novio Allen.

Llegué a casa con la cabeza todavía un poco adolorida por el golpe de la pelota. Soporta un poco más, pensé para darme ánimos. Solo este año y habrás cumplido la promesa: no más cambios de escuela.

–¿Te sientes bien? –preguntó Sam durante la cena.

–Sí –respondí, procurando disimular mi falta de entusiasmo.

–Te ves triste. ¿Siguen molestándote en la escuela?

Me encogí de hombros.

–Siempre molestan.

–Sabes que, sin importar lo que digan, no tienen razón, ¿verdad? ¡Imagina si yo hubiera prestado atención a lo que han dicho de mí a lo largo de mi vida!

Ciertamente, la vida para él había sido dura. La gente prejuzgaba. Lo admiraba por haberse atrevido a vivir su sexualidad y adoptarme sin tener en cuenta los mandatos sociales, pero eso no me consolaba. Lo mío era diferente: yo estaba enferma. Habría cambiado el hecho de ser una intérprete por una vida normal sin dudar. Él, a diferencia de mí, no tenía nada que modificar.

–No te preocupes, estoy bien –aseguré–. Los chicos de esta escuela son los acosadores más tontos que he tenido. Lo máximo a lo que han llegado es a arrojarme una pelota.

–¿Quién lo hizo? –indagó, preocupado.

–Wayne. Seguro no lo recuerdas y no hace falta que lo intentes. Me tiene sin cuidado, es como un niño. Un malcriado que no creció, por eso necesita lucirse ante los demás, llamar la atención.

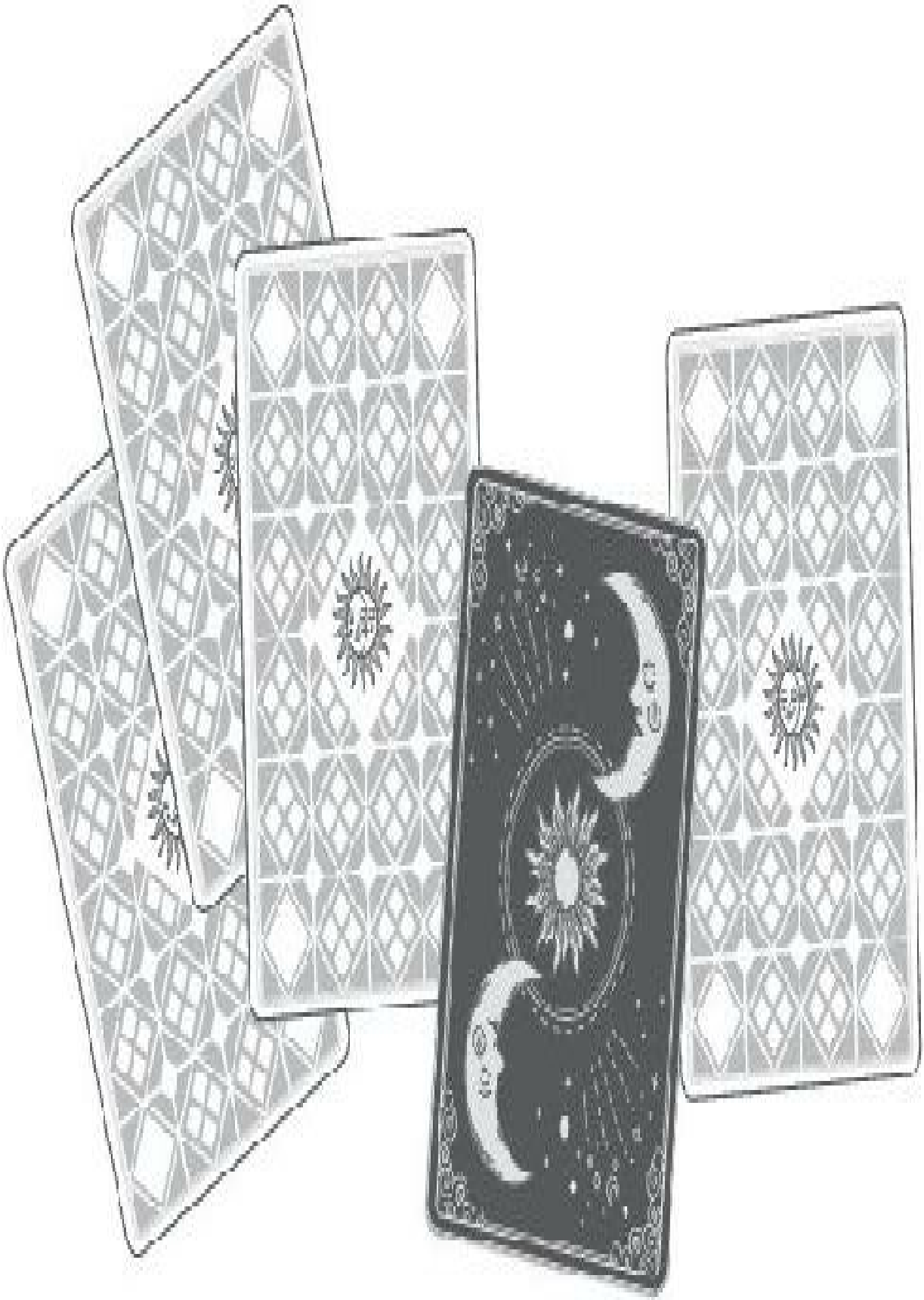
–Conversaré con el director de ser necesario. Si las cosas se ponen difíciles, tienes que contármelo.

–Si fueras a hablar, solo agravarías la situación. Puedo resistirlo, en serio. Además, es el último año. En la universidad, todo será distinto.

Dudaba de mis propias afirmaciones, pero quería que se quedara tranquilo.

Antes de dormir, me senté delante del escritorio y continué con una escena del manga en el que estaba trabajando. Solía dibujar mis interpretaciones e inventaba historias gráficas a partir de ellas. Tenía que extraer todo eso de mi interior de alguna manera. De paso probaba a ver si, exteriorizando las escenas, las señales me dejaban en paz.

A veces deseaba que el mundo se detuviera para huir de él. De haber podido, me habría quedado en casa, a resguardo de las personas, renunciando a toda vida social. Desistía porque, a decir verdad, solo quería estar a salvo de las señales, y ellas aparecían en cualquier parte, sin importar el momento. Si tan solo hubiera podido reprimir las consecuencias físicas como hacía con las interpretaciones mentales… Quizás, algún día, se terminaran. Seguiría restringiéndolas lo máximo posible hasta que desaparecieran y, entonces, tal vez pudiera sentirme una persona normal.



2

Wayne

SUBÍ EL VOLUMEN DE LA MÚSICA: SPEAK, DE GODSMACK, ERA UNA DE MIS canciones favoritas.

Paige se arrastró por la cama hasta la orilla donde me hallaba sentado y me besó el cuello. Llevó una mano a mi pantalón mientras introducía la otra dentro de mi camiseta.

Le rodeé las mejillas y la besé con fuerza. Solía buscar en nosotros un afecto más profundo, pero no estaba seguro de que lo encontrara algún día. No nos amábamos y, como no conocía otra cosa, me conformaba con el deseo.

A pesar de que éramos novios, no terminaba de sentirme cómodo con ella. Estaba seguro de que Paige seguía conmigo porque, estando juntos, nuestra popularidad había aumentado. La gente solía decir que éramos atractivos. Nuestros conocidos pensaban que nos divertíamos. En parte tenían razón. Yo era alegre y simpático. Ella, bastante despreocupada. Sin embargo, a solas, yo pensaba demasiado, y mi vida nunca me había llenado. Sabía que algo faltaba. Seguía haciendo lo mismo porque, si me apartaba de mis amigos, me quedaría solo, y eso me asustaba demasiado.

Abrió mi cremallera, apartó la ropa interior y se inclinó sobre mi entrepierna. Ni siquiera nos habíamos desnudado y, aun así, me hizo acabar en cuestión de minutos. Al terminar, la invité a acostarse y le devolví el placer con mi lengua.

Estaba bien mientras lo hacíamos. Sin embargo, cuando la abrazaba después de haber terminado, me sentía desanimado. Aunque intentaba conectar con Paige, no encontraba la manera. Permanecer a su lado después de compartir algo tan íntimo sin más recompensa que el placer momentáneo me hacía sentir vacío.

Bajé el volumen de la música y cerré los ojos. No conseguí relajarme. Después de un rato, me alejé con la excusa de ir al baño y me encerré allí a jugar con el móvil.

Supe que habían transcurrido veinte minutos cuando Paige golpeó a la puerta.

–¿Te quedaste dormido? –preguntó entre risas–. Sé que te dejo agotado, pero estoy aburrida.

–Lo siento, ya salgo.

Guardé el teléfono enseguida, me lavé las manos y reaparecí en la habitación intentando recuperar el buen ánimo que me caracterizaba.

Paige estaba sentada en la orilla de la cama.

–Tu empleada nos trajo esto –explicó, señalando una bandeja.

Me senté junto a ella y me apoderé de un sándwich. Paige recogió mi móvil y subió el volumen de la música. Sonaba Fall to Pieces, de Velvet Revolver.

–¿Por qué escuchas música tan depresiva? –cuestionó. Cambió la canción por otra de su agrado. Me acarició una pierna mientras yo abría un refresco para ella–. Son las seis. ¿A qué hora vienen nuestros amigos?

–Les dijiste que la fiesta comenzaba a las ocho.

–Un día me gustaría invitar a Carrie. No dejo de imaginar lo gracioso que sería hacerle lo mismo que sucede en la película.

Permanecí en silencio mientras ella reía. Tal vez, a los trece años, imaginar a Nina Henderson bañada en sangre de cerdo me hubiera hecho el día. Paige la había apodado "Carrie" a esa edad porque siempre andaba vestida con colores oscuros, escondiéndose detrás del cabello, y casi no hablaba con la gente. De no habernos enterado de que tenía un padre adoptivo, habríamos creído que su madre era una fanática religiosa que la atormentaba como al personaje de Stephen King.

Todo eso ya no me causaba gracia. Nina pasaba tan desapercibida que, desde hacía mucho tiempo, ni la registraba. De hecho, no recordaba cuándo había reparado en ella por última vez antes de golpearla sin querer con la pelota de softball. Al acercarme noté que entendió que lo había hecho a propósito. Por alguna razón, solo le hice una advertencia sin pedirle disculpas. Era cierto que no debía caminar junto a la cancha cuando estábamos jugando. Aun así, debí actuar de otra manera. Me hubiera gustado entender por qué no lo había hecho.

–¿Por qué no empezamos la fiesta solos? –preguntó Paige con expresión traviesa.

–Sabes que no tengo eso –respondí, entendiendo a qué se refería.

–Yo traje –dijo y extrajo un cigarro de marihuana del bolso.

Abrí la puerta del balcón y nos sentamos en el suelo, mirando el parque que rodeaba la casa. Di una calada al cigarro para acompañarla aunque no me gustara. Cuando volvió a ofrecérmelo, le dije que no. Escuchamos música hasta que anocheció.

Mi amigo Jasper llegó antes de que Rose, el ama de llaves, se fuera a disfrutar su noche libre.

En realidad, se llamaba Rosa y vivía con nosotros desde que yo era muy pequeño. Me cuidó desde que tenía menos de un año hasta que dejé de necesitar una niñera. Era como una madre para mí. Por eso y por la relación honesta que teníamos, no me gustaba que me viera en las fiestas. En esos momentos, yo me convertía en la prueba viviente de que se podía ser dos personas al mismo tiempo: una en sociedad y otra en privado. Fingía más que nunca, y la superficialidad de esas actitudes se oponía a los recuerdos de la infancia que me unían a ella: Rosa enseñándome a cocinar, su voz entonando canciones en español para que me durmiera cuando lloraba en medio de la noche y le decía que le temía a la oscuridad, los dos mirando

telenovelas mexicanas mientras comíamos nachos con las ricas salsas que ella preparaba.

A mis padres no les importaba lo que yo hiciera. Esa noche, mamá se hallaba en Nueva York, reunida con los accionistas de la empresa a la que pertenecía la revista que dirigía, y papá había ido a cubrir una nota exclusiva a Vancouver. Casi nunca estaban en casa: si no se hallaban trabajando, viajaban o tenían compromisos sociales. Ni siquiera los veía seguido cuando era niño, mucho menos ahora que ya casi tenía dieciocho años.

Para la medianoche, la casa estaba llena. Nadie sabía guardar en secreto las fiestas y siempre se colaban personas que no habíamos invitado. En el fondo, eso me fastidiaba. Sin embargo, cuanta más gente me rodeaba, la falsa ilusión de que me encontraba acompañado crecía. Al final, siempre terminaba sintiéndome más solo. Aguantaba por el miedo a que fuera peor que mi novia, mis amigos e incluso los desconocidos no estuvieran.

Después de beber unos tragos, varias chicas terminaron bañándose en ropa interior en la piscina climatizada. Algunas parejas aprovecharon las habitaciones libres de la mansión y los alrededores arbolados para tener sexo. La música debía de escucharse hasta afuera. Tenía la suerte de vivir en un vecindario espacioso y de que ningún vecino llamara a la policía.

Jasper y Peter se quitaron los pantalones y la camiseta y se arrojaron a la piscina con las chicas. Hice lo mismo con Paige. Nos besamos entre algunos tragos de cerveza. Le acaricié un pecho y ella comenzó a moverse contra mi pierna. Estaba a punto de invitarla a mi habitación cuando se oyó un grito.

Giré la cabeza: una chica que no conocía miraba, inmóvil, a otra que parecía tener algo atorado en la garganta. Los testigos reían, sin duda estaban ebrios o drogados y creían que se trataba de una broma.

Dejé la botella sobre el borde de la piscina, salí impulsándome con las manos y fui hasta ella. Me posicioné detrás, la rodeé con los brazos a la altura del estómago y jalé hacia arriba. Por suerte, el bocadillo con el que se había atragantado salió despedido enseguida. Tosió y vomitó; se notaba que había bebido y consumido alguna droga. La gente dejó escapar exclamaciones de asco y salió del agua al ver que el fluido se derramaba hacia el interior de la alberca por las ranuras de las baldosas.

Me pasé la mano por el rostro para espabilarme. Un chico estiró un brazo para sujetar a la chica que yo todavía sostenía por la cintura.

–¿Eres idiota? –la regañó, molesto.

–¿Es tu novia? –indagué. Resultaba evidente que, al menos, la conocía–. Aléjate, estás demasiado alterado.

Paige me tocó el hombro.

–No te metas –ordenó, ofreciéndome mi botella de cerveza.

–¡Tonta! –le gritó él a la chica, todavía enojado.

–Vete de mi casa ahora mismo –decreté, utilizando un tono autoritario.

Intentó amedrentarme con su cuerpo. Aunque yo no quería problemas, no retrocedí. No era un conjunto de músculos digno de aparecer en una película de acción, pero en mi casa había un gimnasio que utilizaba a diario y jugaba al softball, así que estaba en forma. No le temía a un imbécil ebrio y drogado.

–Déjalos, Wayne, por favor –rogó Paige, colgándose de mi brazo.

Jasper apareció para apartarnos. La chica que antes había gritado tomó a su amiga del brazo y la arrastró prometiéndome que se marcharían. El chico se fue por su lado.

Me puse el pantalón y me senté en el césped, junto a una tumbona donde una pareja se besaba y acariciaba. Caí de espaldas, con las manos detrás de la nuca, un poco mareado. Paige se recostó a mi lado. Comenzó a tocarme el pecho. Sin darme cuenta, me quedé dormido.

Cuando abrí los ojos, el sol me cegó. Aparté el brazo de Paige de mi abdomen y me senté. El jardín era un caos similar al que había en mi cabeza. Lo único bueno era que todos se habían marchado. Me rodeaba de gente para evitar la soledad, pero luego no soportaba las consecuencias. En ese momento, recordé la escena de la piscina y no me reconocí. A veces sentía que mi vida era una película y que mi verdadero ser se transformaba en un simple espectador.

Me levanté tambaleándome y entré a la casa por la puerta vidriada del fondo, que comunicaba el jardín con la cocina. El refrigerador estaba abierto, había bebidas volcadas en el suelo y colillas de cigarros por doquier, incluso rastros de cocaína. La sala era otro desastre. Para colmo, alguien había vomitado sobre la alfombra blanca en la que estaban los sofás. Todo daba asco.

Me senté y apoyé la frente sobre las manos con los dedos entrelazados: Rosa me mataría. Agradecí que todavía no hubiera llegado para que me diera tiempo a limpiar, aunque sea, el vómito y la droga. ¿Qué hora sería? Mi móvil había quedado en mi dormitorio, el cual cerraba con llave para que nadie lo invadiera, al igual que la habitación de mis padres y el escritorio. Miré el reloj de la pared. ¡Las diez de la mañana! Eso significaba que Rosa sí había vuelto.

Me levanté de un salto y me dirigí a las escaleras. En ese momento, la vi bajando detrás de una pareja a la que seguro había descubierto en una de las habitaciones. Él era uno de mis invitados. No conocía a la chica. Me saludaron al pasar, mientras salían.

Suspiré al tiempo que Rosa se aproximaba. Su ceño fruncido me bastó para comprender que, una vez más, la había decepcionado.

–Se me parte la cabeza –comenté, a ver si así me salvaba de su reprimenda. Casi no reconocí mi propia voz, sonaba ronca y apagada.

Me llamó con un gesto de la mano y fuimos a la cocina. Aparté unos vasos sucios de un taburete y me senté frente al desayunador. En menos de cinco minutos, ella me entregó una copa con un

preparado.

–Gracias –dije y bebí casi sin respirar. Su remedio para la resaca era el mejor.

Apoyó una mano sobre mi antebrazo justo al mismo tiempo que yo asentaba el vaso sobre la mesa. Nos miramos y ella me acarició el pelo.

–Dejaste a tu novia inconsciente y desabrigada en el jardín –pronunció.

–Ya voy.

Dejó escapar el aire por la nariz de forma ruidosa.

–Sabes lo que sucede en las fiestas. ¿Por qué las permites, si ni siquiera te interesan? ¿Cuándo dejarás de intentar contentar a tus amigos? Apuesto a que, esta vez, hacer una tampoco fue tu idea.

–Me haré responsable –aseguré. Teníamos el acuerdo de que, si la gente dejaba la casa demasiado sucia, yo colaboraba con la limpieza.

–Comienza por hacerte responsable de esa chica. Yo empezaré por la sala –indicó y se dirigió a la puerta de la cocina.

–Rosa –la llamé. Ella se volvió–. Gracias.

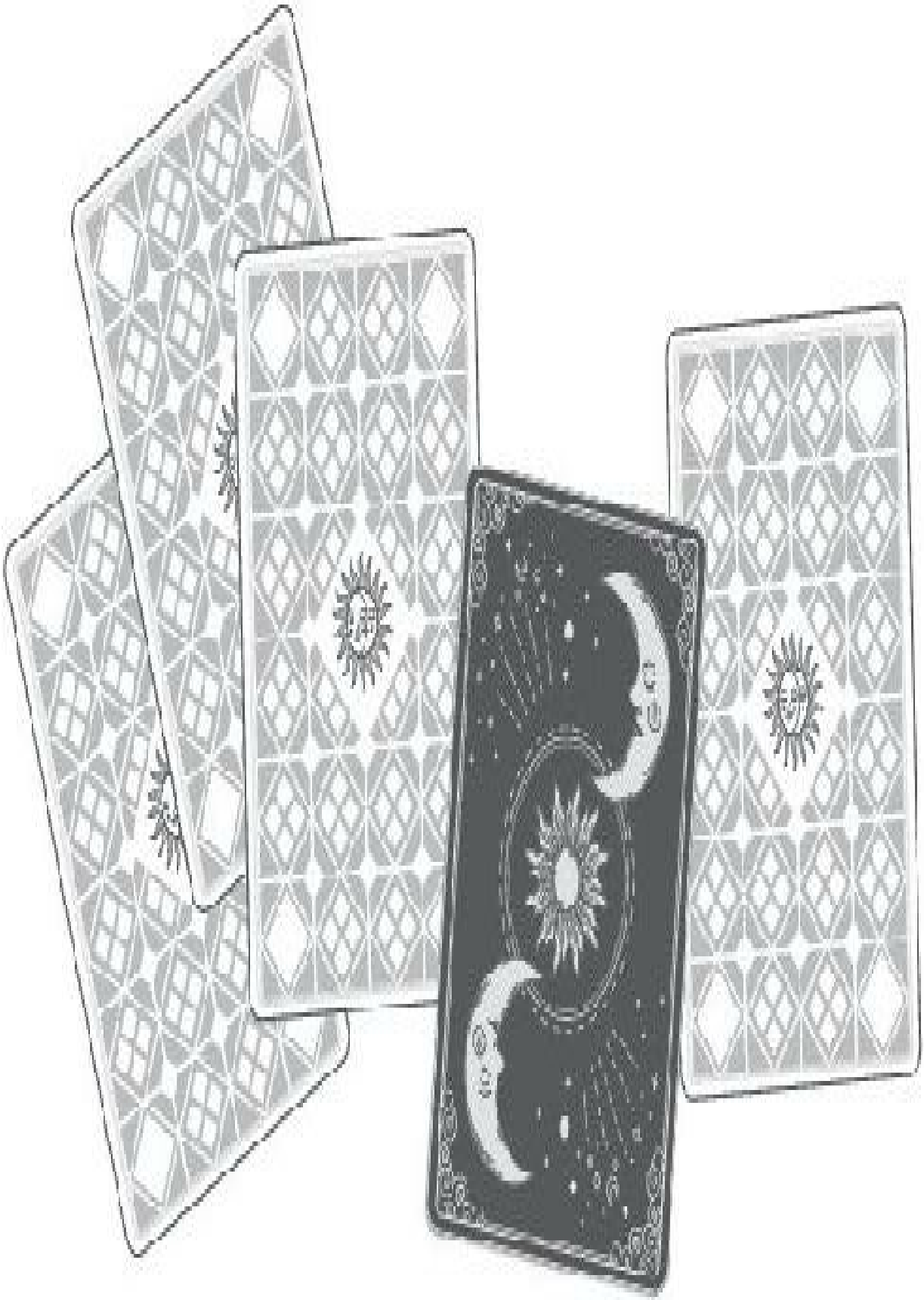
Me dedicó una sonrisa serena y se retiró.

Fui al jardín y me senté junto a Paige, que todavía dormía en ropa interior sobre el césped. Apoyé el dorso de un dedo en su hombro. Noté su piel muy fría.

Me dirigí al vestidor de la piscina y recogí un abrigo de toalla. Mientras la cubría me pregunté por milésima vez cómo hallar una vida que de verdad me hiciera feliz.

“¿Cuándo dejarás de intentar contentar a tus amigos?”. Cuando ya no tema perderlos. El día que la soledad deje de ser un problema.

Ojalá me hubiera atrevido a correr el riesgo de que las personas me quisieran por ser quien era y no por mimetizarme con ellas.



3

Nina

EL LUNES ME LEVANTÉ Y ME METÍ RÁPIDO EN EL BAÑO DE LA PLANTA SUPERIOR. Después de ducharme, puse pasta en el cepillo de dientes y me enderecé para lavarme delante del espejo. Mi rostro pálido, rodeado de cabello lacio negro, me recibió con una mueca de disgusto. Dejé el cepillo inmóvil dentro de mi boca y me toqué un punto rojo que había aparecido en mi mentón: me había salido una espinilla. La adolescencia había sido amable conmigo en cuanto al acné, sin embargo, a veces me daba alguna muestra de que todavía no terminaba de convertirme en una adulta.

Me pregunté cómo se las ingeniarían Paige y otras chicas para lucir siempre atractivas. No me interesaba parecer una modelo, pero no podía negar que me hubiera gustado sentirme más a gusto con mi apariencia. Quizás, si hubiera tenido una mejor relación conmigo misma, no me habría transformado en el hazmerreír de cada colegio al que asistía.

Continué cepillándome los dientes para dejar de reflexionar frente a mi reflejo y me vestí. Se me había hecho tarde y tenía el tiempo contado para llegar a la escuela.

–¡Buen día! –exclamó mi padre en cuanto entré en la cocina.

–Buen día –respondí y lo abracé por la espalda. Él giró y me devolvió el abrazo.

Lo ayudé a colocar las tazas sobre la mesa. Sam se ocupó de los platos. Desayunamos a las apuradas, conversando sobre un examen que yo tenía ese día y sobre sus clases en la universidad. Era profesor de Historia y siempre tenía cosas interesantes para contar.

Me despedí antes de que se hiciera más tarde, recogí la mochila y salí de casa para ir a mi auto. Era un coche viejo, pero era el primero que tenía y le guardaba mucho cariño.

Encendí el estéreo y busqué Army of Me, una de mis canciones favoritas de Björk. Mientras recorría la calle de mi casa, subí el volumen de la música. El pequeño naipe de tarot con la rueda de la fortuna que colgaba del espejo retrovisor se movía junto con unas cintas rojas y un colgante con el dije de un gato negro.

El ruido ensordecedor de un claxon me obligó a frenar de golpe. Un coche blanco salió de la nada y por poco colisionamos. Durante un microsegundo me acordé de que mi madre había muerto en un accidente de tránsito. A pesar de que supe que se trataba de una señal, logré ignorar el miedo que eso me produjo y le hice un gesto al conductor para que cruzara. Todavía asustada por la posibilidad del choque, soporté que me advirtiera con cara de enojado algo que no alcancé a oír. Respiré hondo y continué mi camino con más cuidado.

Busqué un lugar libre en el estacionamiento de la escuela. Como estaba llegando tarde, me costó hallar uno. Enfilé hacia el único sitio desocupado, pero un increíble Porsche me lo robó. Era el inconfundible convertible gris azulado de Wayne Bennett.

Apreté los puños sujetando el volante, tentada de gritarle algo. Su música sonaba tan fuerte que cubrió la mía. Su novia iba en el asiento del acompañante y sus dos estúpidos amigos, detrás. Él descendió y apoyó el codo en el techo del auto. Ni siquiera me miró. Su amigo Peter, en cambio, me dedicó una sonrisa burlona. Lo más probable era que me hubieran quitado el lugar a propósito.

Tuve que ir al estacionamiento que estaba del otro lado del campo de deportes para encontrar un espacio. Desde allí debía caminar bastante hasta el edificio central, así que acepté que llegaría más tarde de lo habitual.

Iba lamentándome por lo insoportable que me resultaba asistir a clases cuando algo en el suelo llamó mi atención. En el cantero que bordeaba las escaleras de la entrada, ensombrecido por una planta, había un naipe con el cuatro de diamantes.

Todos mis pensamientos se subordinaron al miedo: esa carta era la segunda señal. Sabía que se relacionaba con el choque que había evitado hacía un rato, pero no entendería qué simbolizaban los dos hechos juntos hasta que se presentara la tercera señal.

Retrocedí un escalón con la intención de volver a casa. Quería encerrarme en mi habitación y ocultarme en la cama para evitar que la siguiente señal apareciera. No quería sufrir los efectos físicos de las interpretaciones ni cargar con una profecía que podía ser una tontería o algo muy serio.

Di otro paso atrás. Entonces colisioné con alguien.

–¡Si serás imbécil! –protestó Peter.

Subí de golpe los dos escalones que había bajado y lo miré. De haberse tratado de otra persona, le habría pedido disculpas, pero no quería cruzar ni una palabra con él. Giré la cabeza para ocultar mi perfil detrás de mi cabello y hui antes de que continuara insultándome. Lo malo fue que, al final, terminé entrando al colegio. Por lo menos no compartía las primeras horas con ninguno de su grupo.

No pude concentrarme en las clases. Solo pensaba en el naipe con el cuatro de diamantes. ¿Por qué diamantes? ¿Por qué un cuatro? A la vez, temía abstraerme de la realidad y empezar a temblar y a sangrar frente a todos.

Por favor, no quiero más señales. No necesito entender qué significan. Solo deseo ser normal.

Pasé el tiempo dibujando ese naipe de muchas formas y tamaños, a ver si así lograba anular la siguiente señal.

Durante la hora del almuerzo, casi no probé bocado. En la mesa de al lado estaban Wayne y sus

amigos hablando de un club al que él asistiría con Paige esa noche. Hasta me enteré de que les permitirían entrar sin importar la edad porque conocían al dueño. Jasper y Peter empezaron a bromear sobre sexo y apostaron entre risas qué compañeros serían vírgenes todavía. Por supuesto, yo entré en la lista.

Escuchar tantas tonterías me ponía de mal humor. Otra vez pensé en ir a casa y concretar mi plan de ocultarme bajo las sábanas. Sin embargo, me negaba a admitir que no tenía el control sobre las señales y que podían arruinarme la vida a su antojo, así que me quedé. Tenía que ser fuerte y resistir. Por suerte, Wayne y sus amigos se fueron antes que yo, y tuve un rato de paz.

En cuanto terminé de almorzar, me dirigí al baño y luego al aula de Literatura. Me detuve con un pie en el umbral al descubrir que Wayne, su novia y sus amigos eran los únicos que estaban allí. De haberlo sabido, habría esperado en el pasillo a que llegara alguien más. Temía estar a solas con ellos; me parecían los acosadores más tontos que había tenido, pero eran molestos y ese día no me sentía fuerte para soportarlos. Ya estaba allí, ¿qué podía hacer? Volverme les habría dado material para reírse de mí hasta fin de mes.

Avancé cabizbaja con paso rápido. Paige, Peter y Jasper me miraron con el ceño fruncido. Habían hecho una ronda con los pupitres y estaban en un sector estratégico del aula; era imposible evitarlos. Intenté pasar por detrás de Wayne sin prestarles atención, pero las miradas me pusieron muy nerviosa. Supuse que se reían de mí en silencio y, aunque estaba habituada a ello, siempre dolía. Cometí el error de intentar distraerme mirando lo que había sobre los pupitres. Estaban jugando a los naipes. Wayne tenía un cuatro de diamantes en la mano.

Volví a perder el control sobre mi mente. La realidad se convirtió en una nube blanca y reaparecieron imágenes de algunas situaciones que había vivido ese día: el coche que casi colisionó conmigo, el cuatro de diamantes en la entrada del edificio del colegio, el mismo naipe en la mano de Wayne.

Las señales se conectaron al instante: el automóvil de la mañana se convirtió en el de Wayne, los diamantes en dinero, el cuatro en él y tres chicos que no conocía. Salían de un club y subían al Porsche de Wayne. Él perdía el control del vehículo, colisionaba de frente contra una cafetería y el coche estallaba. Logré detener la interpretación en el momento en que todos ardían entre las llamas. Sentí el dolor de Wayne mientras se quemaba. Era evidente que morirían, y no quería ver muertos.

Volví a la realidad al tiempo que daba un paso atrás. No pude sostenerme en pie y caí al suelo. Me cubrí la boca y la nariz para que no vieran el sangrado, aunque sin duda ya lo habían notado.

Paige se levantó del asiento bruscamente.

–¡¿Cuál es su problema?! ¡Qué miedo! ¿Estará poseída? –chilló.

Peter se acercó. Comenzó a estudiarme como si yo fuera un insecto.

–Carrie, ¿estás enferma? –indagó.

–Tal vez se esté convirtiendo en zombi –bromeó Jasper.

Wayne se agachó.

–¿Estás bien? ¿Debería llamar a la celadora? –preguntó.

–Wayne –gimoteó su novia, tomándolo del brazo–. Aléjate de ella, me da miedo.

Apoyé una mano en la pared y me levanté tambaleándome; sentía que mi dignidad se revolcaba por el suelo. Me limpié la nariz con el dorso de la mano y reacomodé la correa de la mochila sobre mi hombro.

Era ilógico creer que Wayne Bennett, por una vez, hubiera sido amable conmigo; supuse que enseguida se echaría a reír al igual que sus amigos. Paige me miraba de una forma tan repulsiva que por poco no sentí asco de mí misma. Tuve que huir si no quería quebrarme delante de ellos.

Salí del edificio llevándome algunos chicos por delante. Atravesé el campo de deportes corriendo. Me refugié en mi auto y me limpié la sangre con un pañuelo de papel. Luego apoyé las manos y la cabeza en el volante y sucumbí a la confusión de mis pensamientos.

Nunca había interpretado las señales de una muerte evitable. Ahora sabía que Wayne Bennett moriría esa noche y, con él, tres desconocidos. ¿Qué debía hacer? ¿Ignorar una información tan importante o intervenir en el destino de Wayne y de esos chicos?

Por primera vez podía advertirle a alguien que, de hacer algo, moriría. Pero ¿acaso quería? Sin Wayne, sus amigos y su novia perderían poder, y yo me desharía de parte de mis acosadores. Además, ¿tenía derecho a intervenir en el destino de alguien?

No había posibilidad de que fuera una predicción falsa; jamás había fallado en la interpretación de las señales. Tampoco me constaba que pudiera evitar algún suceso pronosticado, porque nunca había tenido la posibilidad de intervenir en uno. Hasta ese momento, lo que había podido entender con anticipación habían sido cosas buenas, asuntos sin importancia o tragedias inaccesibles, y siempre se habían cumplido. Lo más probable era que no fuera capaz de detener el curso de los acontecimientos.

Era demasiado para mí, más de lo que podía soportar. No pude volver al colegio. Encendí el coche y regresé a casa maldiciendo ese día. Quería borrar lo que había visto, librarme de la presión de tomar una decisión que podía significar la vida o la muerte de cuatro personas.

Terminé en la cama, tal como debí haber hecho en lugar de entrar a la escuela.

Padecí fiebre y mareos. Temblaba y sudaba bajo las sábanas. Hacía mucho que una predicción no me afectaba de tal manera y que yo no intentaba reprimirla con tanto empeño.

Sam llegó al atardecer y me encontró a oscuras.

–¿Qué haces acostada? ¿Te sientes mal? –preguntó con preocupación.

–Solo estoy cansada. Por favor, déjame dormir. No cenaré.

–¿Estás segura? ¿Tus compañeros te lastimaron de alguna manera?

–Tranquilo. Necesito descansar.

–De acuerdo. Pero sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

–No te preocupes. Cierra la puerta cuando salgas. Gracias.

Respetó mi pedido y se fue antes de que tuviera que repetirlo.

Mi estado empeoró cuando cayó la noche y entendí que la hora decisiva se acercaba. Tenía dos opciones: evitar que Wayne condujera su automóvil para salvarlo junto con esas tres personas o convivir con el cargo de conciencia de ni siquiera haberlo intentado. Mi propia madre había fallecido en un accidente de tránsito. ¿Acaso no hubiera preferido que alguien lo evitara?

Procuré convencerme de que era mejor no intervenir, pues era imposible evitar el destino. Yo solo era capaz de interpretar las señales del universo, no de mandar sobre él. Pero ¿y si no era cierto? ¿Y si, en realidad, entender las señales significaba que debía involucrarme? Jamás lo había pensado de esa manera. Siempre había creído que lo que me ocurría era una maldición, porque complicaba mi vida. ¿Y si, a decir verdad, era un don y podía ayudar a los demás?

Detuve enseguida esos pensamientos. No tenía la obligación de ser altruista. Tampoco sabía dónde encontrar a Wayne. Solo podía hallarlo en el club que habían mencionado y que había visto en mi interpretación, pero me resultaría imposible entrar si no conocía al dueño para que ignorara mi edad o sin una identificación falsa. Ni siquiera se me ocurría cómo evitar delatar mis visiones si intervenía. Debía ignorar lo que sabía. Quizás, por primera vez, la profecía no se cumpliera.

Intenté dormir para olvidar. Mi plan dio resultado y, cuando volví a abrir los ojos, ya no se oían ruidos en la casa. Mi padre estaba dormido, tenía que ser la madrugada.

La fiebre había bajado y ya no temblaba ni sudaba. Estiré una mano y recogí el móvil de la mesita de noche: eran las dos y media de la madrugada. Tragué con fuerza y miré el cielorraso en penumbras. Un coche pasó por la calle y las luces se reflejaron en el techo de mi dormitorio. Tal vez Wayne, en ese momento, estuviera abandonando el club en su vehículo, llevándose consigo la vida de tres personas. Seguro colisionaba contra la cafetería porque había bebido o se había drogado. Por lo menos, nadie en esa tienda salía herido, pues en mi interpretación se encontraba cerrada.

Bajé las escaleras y me preparé un café. Aunque luego me costara dormir por la cafeína, me senté a beberlo en el comedor con la esperanza de que me ayudara a distraerme.

Fue imposible no seguir pensando en el accidente. Ese mediodía había escuchado que Wayne iría con Paige al club. Entonces, ¿por qué ella no estaba entre los accidentados de mi visión?

Por primera vez desde que había tenido la profecía, pensé en lo que había detrás de esos chicos. Aunque posiblemente todos fueran de la misma calaña que Wayne y sus amigos, era el destino de cuatro familias lo que estaba en juego. Quizás los diamantes del naipe no representaban dinero, sino algo todavía más valioso: cuatro vidas.

Me pasé una mano por el pelo. El cuatro también podían ser las ruedas del vehículo y un horario: las cuatro de la madrugada. No había visto todo eso en la predicción, pero mis interpretaciones casi siempre eran acertadas, aunque no se produjeran en el momento en que conectaba las señales.

De pronto me encontré pensando que, si hubiera decidido intervenir antes, podría haber averiguado la dirección de Wayne y presentarme en su casa. En cambio, ahora ¿cómo entraría a ese club?

Lo busqué en internet. Cerraba a las cuatro de la madrugada. Tantos números iguales eran como otra señal en sí misma. Ojalá hubiera sabido de qué.

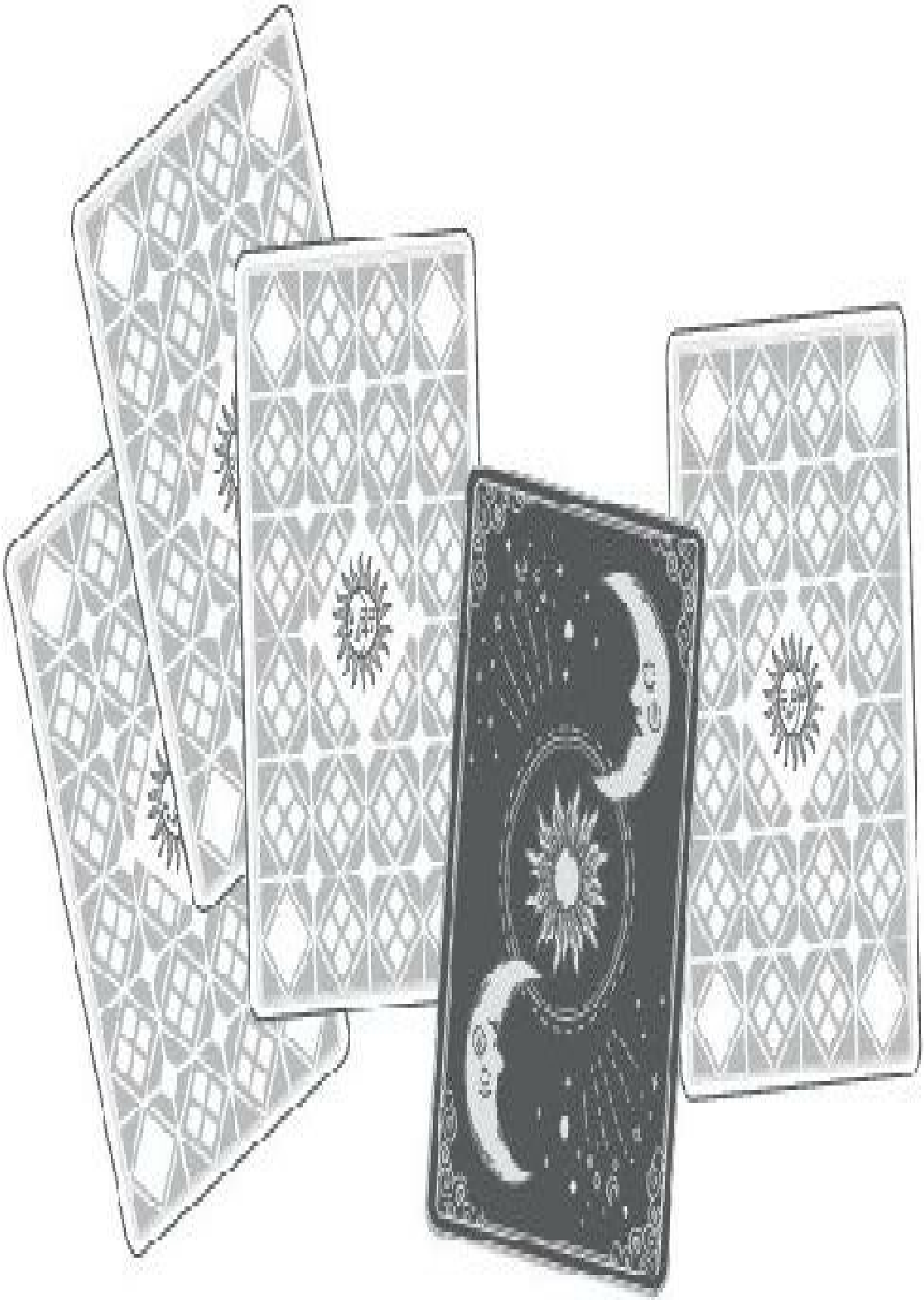
¿Por qué la vida era tan cruel? ¡Tan solo quería beber mi café! Sin embargo, algo dentro de mí gritaba que no podía permitir que esas personas murieran sin siquiera intentar evitarlo. No importaba si Wayne me había herido, su vida era más importante que sus acciones.

De repente, tuve una idea. Quizás no era necesario que enfrentara a mi compañero, poniéndome en evidencia: solo debía evitar que utilizara su coche. Si el automóvil se averiaba, no habría accidente.

Regresé a mi cuarto mascullando un insulto; ojalá hubiera podido actuar de manera egoísta. Me vestí con un pantalón negro, una camiseta de un grupo de rock y una chaqueta de cuero sintético. Me calcé las botas, escribí una nota para mi padre y la dejé sobre la cama:

No te asustes, fui a un club. Vuelvo antes del amanecer.

Tomé las llaves de mi auto y me dirigí a la cocina. Recogí una pequeña caja de la última gaveta del mueble que estaba debajo de la encimera, la guardé en el bolsillo de la chaqueta y salí.



4

Nina

NO QUERÍA BAJAR DEL AUTOMÓVIL. AUNQUE SIEMPRE ME ESFORZABA POR olvidar las profecías, pensé en el accidente para atreverme. El Porsche de Wayne estaba aparcado en la misma calle donde yo me encontraba. Si no impedía que lo condujera, él y tres personas más morirían. Quizás fallecieran de todos modos, no tenía idea de qué sucedería, pero si ni siquiera intentaba salvarlos, no podría vivir con mi conciencia.

Caminé hasta el vehículo y me aseguré de que nadie me viera. Extraje del bolsillo la caja que había recogido de la gaveta de mi casa, me acuclillé junto a una rueda y deposité delante de ella algunos clavos. Pensaba hacer lo mismo con las otras tres, pero un pensamiento derribó todo lo que había planeado: ¿Y si la culpa del accidente la tenía yo por reventar sus neumáticos?

Miré la esquina de la cafetería donde sabía que el coche se incrustaría: si seguía adelante con mi plan, tal vez dejara de ser la que quería salvar a la gente para convertirme en una asesina. Temí que existieran cámaras de seguridad o que alguien me hubiera visto y que, después del accidente, declarara ante la policía lo que yo había hecho. Me imaginé recibiendo una condena de prisión perpetua y entonces me apresuré a retirar los clavos.

Permanecí junto al coche un rato, procurando dar con otra idea. Pensé en abrir la cubierta del motor y desajustar alguna manguera para que no arrancara. Desistí porque no había manera de entrar al vehículo sin forzar la puerta y, aunque lograra abrir la cubierta del motor desde afuera, sería mucho más notorio que colocar clavos delante de las ruedas. Además, para qué lo haría, si ni siquiera tenía idea de qué manguera desconectar para cumplir con mi propósito.

Suspiré, temblando. Tendría que enfrentar a Wayne aunque no quisiera.

Podía esperarlo cerca del coche. El problema era que, si me veía forzada a delatar parte de mi secreto, no solo él lo notaría, sino también sus amigos. Era mejor entrar al club e intentar abordarlo a solas. La pregunta era cómo. Jamás había pisado una discoteca y tampoco tenía ganas de hacerlo. Imaginaba que, allí, la gente no se parecería en nada a mí y que se reiría de alguien como yo. En un lugar como ese, las chicas vestían a la moda, bebían y se divertían. Era el sitio indicado para Wayne y sus amigos, no para la aburrida de Nina.

Crucé la calle cabizbaja, con las manos en los bolsillos, e intenté ingresar como si nada. Un brazo se interpuso en mi camino.

–Ya casi cerramos –murmuró un tipo vestido con un traje negro. Se hallaba sentado en un taburete.

–No importa.

–Tu entrada y tu identificación.

–¿Tengo que pagar para entrar? –pregunté, sorprendida. No podía creer que la gente gastara dinero en ingresar a un lugar donde seguiría invirtiendo en bebidas, y menos que yo estuviera dispuesta a hacer lo mismo solo para intentar salvar a Wayne Bennett y sus amigos.

El custodio señaló una ventanilla a mi derecha. Dudé acerca de aproximarme, pues si le decía que había olvidado mi identificación, me dejaría afuera aunque hubiera pagado. En ese momento, se dio la vuelta para atender una consulta de alguien y yo aproveché para inmiscuirme en el pasillo. Lo atravesé con el corazón en la garganta, temerosa de que me descubriera.

Tal como sospechaba, el público de ese lugar no distaba mucho de la gente con estilo que poblaba el colegio. El ambiente de luces bajas y la música electrónica contribuían a idealizar todavía más esas figuras. Sería difícil encontrar a Wayne entre la multitud. Además, todavía no tenía idea de cómo impediría que subiera a su auto.

Recorrí el salón dos veces. Después de un rato, logré hallarlo. Estaba de pie delante de un sofá negro con un vaso en la mano. Conversaba con dos chicos de unos veinte años que se hallaban a su lado y con otro que abrazaba a una chica en el asiento. Reconocí sus rostros: habían aparecido en la interpretación. No había rastros de Paige; quizás a último momento había desistido de ir, por eso no aparecía en la premonición. Miré la hora en mi teléfono: tenía treinta minutos para urdir un plan que le impidiera a Wayne llegar a su auto.

Intenté avanzar para retenerlo con alguna excusa, pero apenas pude dar un paso. No sabía qué decir sin ponerme en evidencia y, aunque lograra inventar algo, estaba segura de que no me haría caso. Tenía que cambiar de estrategia.

Seguí los carteles indicadores y subí las escaleras en busca de los baños. Le pediría a alguien que lo invitara a entrar a uno e intentaría darle conversación.

Encontré algo mejor: un empleado digitó un código en un panel numérico y abrió la puerta de un cuarto con un cartel que decía “privado”. No alcancé a ver el número que marcó para volver a abrir la puerta una vez que él se fuera, pero tuve otra idea.

Me quité el cinturón, lo acomodé contra el marco a la velocidad de la luz y me apoyé en la pared, delante del panel, rogando que el empleado saliera rápido. Por suerte tardó poco en abandonar la habitación y dejó que la puerta se cerrara sola detrás de él. Alcancé a sostener el cinturón con el pie antes de que terminara de cerrarse y, así, logré mantenerla un milímetro abierta sin que la gente lo notara.

Bajé corriendo las escaleras y busqué una chica atractiva que se hallara sola. Encontré a una que estaba enviando mensajes con su móvil cerca de un mostrador.

Cuando la saludé, me miró con el ceño fruncido.

–Te pagaré si me haces un favor. ¿Ves aquel chico rubio con camisa azul, camiseta blanca y pantalón café claro? –Señalé a Wayne. Ella asintió–. Soy su novia y sospecho que me engaña; quiero comprobar si es capaz de hacerlo. Necesito que le digas que tu amiga lo vio, se volvió loca por él y lo está esperando en el cuarto privado del primer piso.

La chica negó con la cabeza.

–Estoy cansada de escuchar a mis amigas protestar por lo mismo. ¿Por qué no lo dejas y ya? Aunque te hiciera el favor y comprobaras que es incapaz de engañarte, ¿cómo lo mirarías a los ojos después de haber intentado hacerlo caer en una trampa? Si te engaña o no, igual es una relación tóxica.

¡Vaya! No podría haberlo dicho mejor.

–Sé que tienes razón, pero necesito que vaya a ese cuarto. Es de vida o muerte. Por favor.

Suspiró a la vez que ponía los ojos en blanco y se alejó en dirección a Wayne sin reclamar el dinero. Subí las escaleras rogando que no se arrepintiera a último momento. Debía trazar un plan alternativo en caso de que la puerta del cuarto privado se hubiera cerrado o de que Wayne no subiera.

Por suerte, el cinturón seguía en su lugar, así que pude entrar a la habitación sin problemas. Resultó ser un depósito lleno de cajones y botellas. Había dos ventanas que daban al exterior. Una parte de una de ellas se hallaba cubierta por un mueble donde guardaban copas y la otra estaba abierta. No encendí las luces, pero sí me aseguré de que el cinturón siguiera en su sitio para que Wayne pudiera entrar como había hecho yo.

Volví a consultar la hora: faltaban quince minutos para las cuatro. Dependía de una desconocida y de la voluntad de Wayne para engañar a su novia. Empecé a contar los segundos; estaba muy nerviosa. La puerta se movió. Temí que se tratara del empleado, por eso me oculté detrás de una pila de cajones. Si solo entraba por un segundo, como antes, no me vería.

Cuando distinguí la figura de Wayne avanzando hacia la ventana, me puse todavía más nerviosa. No sabía qué decir. La imagen del accidente volvió a mi memoria y di un paso adelante con cautela. Él se dio la vuelta y me miró. Sus ojos se agrandaron. Su boca se abrió.

–¿Nina? –preguntó–. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Paige?

–¡Ibas a engañarla! –protesté, sin entender por qué él preguntaba por ella, si yo había acordado otra cosa con la chica.

La expresión de desconcierto de Wayne me pareció lo más auténtico que había visto de él desde que lo conocía.

–Creo que no deberíamos estar en este lugar –dijo e intentó volverse hacia la puerta.

No podía permitir que se fuera. Tampoco tenía idea de cómo retenerlo. La desesperación me

llevó a actuar sin pensar. Aparté el cinturón con un movimiento brusco y la puerta se cerró de repente.

–¿Qué haces? –soltó Wayne, todavía más confundido, e intentó abrir. Fue inútil: estábamos encerrados. El picaporte no servía sin digitar el código en el panel numérico interior. Dio unos golpes a la puerta–. ¡Ayuda! ¿Alguien escucha?

La música sonaba muy fuerte, nadie oiría. Era probable que todavía estuviéramos allí a las cuatro de la madrugada. Entonces ¿lo había conseguido? ¿Podía salvarles la vida a Wayne y a sus amigos?

Giró hacia mí.

–Nina, ¿puedes explicarme por qué esa chica me dijo que mi novia me esperaba aquí, pero estás tú en lugar de Paige?

–¿Eso te dijo? –rezongué.

–Sí. Paige me avisó que no podía venir por un problema de último momento. Cuando esa chica se acercó y me dijo que mi novia me esperaba en el cuarto privado del primer piso, creí que quería darme una sorpresa, por eso subí. Por favor, explícame qué estamos haciendo aquí.

¿Desde cuándo Wayne, en lugar de burlarse, me trataba bien? Sin duda creía que la loca de la escuela lo asesinaría y quería que le perdonara la vida. Era imposible decirle que intentaba salvarlo.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo que me esperaría a partir de esa noche. Bajé la cabeza, aterrada de mi futuro. Wayne les contaría a todos lo que había hecho la loca de Carrie y las burlas se intensificarían. Se volverían intolerables, como en las demás escuelas a las que había asistido, y yo tendría que resistir el acoso extremo o cambiarme de colegio, incumpliendo la promesa que le había hecho a mi padre.

–Nina. ¡Nina! –exclamó–. ¿Qué ocurre? ¿Puedes decirme por qué estamos en este sitio?

Como yo seguía sin responder, desistió y metió la mano en el bolsillo. Sabía lo que haría. No podía permitir que todo lo que yo había logrado hasta ese momento se desperdiciara por una llamada. En cuanto activó el móvil, se lo arrebaté.

–¡Devuélveme el teléfono! –ordenó con desesperación. Negué con la cabeza–. ¡Devuélvemelo o tendré que quitártelo!

En cuanto dio un paso adelante, corrí a la ventana. Resultaba evidente que, físicamente, yo era mucho más débil que él. Si quería, Wayne podía hacerse del móvil con facilidad. No me dejó opción y lo arrojé por la ventana.

–¡No! –prorrumpió, tomándose la cabeza con las manos–. ¿Estás loca? ¡Mi teléfono!

Se asomó por la abertura y, en una fracción de segundo, se volvió hacia mí. Cerré los ojos y giré la cabeza, creyendo que me golpearía. Volví a abrirlos cuando transcurrieron unos segundos y todavía no había recibido la sacudida. Wayne se asomó por la ventana otra vez.

–¡Oigan! –gritó. Me asomé también: dos chicas caminaban por la calle lateral del club. Se detuvieron ante el llamado y lo miraron–. Se me cayó el móvil. ¿Podrían arrojármelo?

Mi corazón empezó a latir con fuerza cuando una de las chicas se dispuso a ayudarlo.

–¿Dónde está? –indagó.

–Cayó allí, en el contenedor de basura –señaló Wayne.

Ella rio y le hizo fuck you.

–Muérete, imbécil –bramó. Sin duda creyó que él se estaba burlando.

–¡Aguarda! ¡No! –exclamó Wayne–. No te vayas. Regresa, por favor.

Suspiré y me respaldé en la pared con los ojos cerrados. No podía mirar la hora en mi móvil, o él se daría cuenta de que tenía uno e intentaría arrebatármelo. ¿Cuánto tiempo faltaría para las cuatro? ¿Cuándo acabaría la tortura?

–¡Ey, Giulio!

La exclamación de Wayne volvió a ponerme en alerta. Si acababa de mencionar a alguien, lo conocía, y era probable que esa persona sí lo ayudara.

Me asomé por la ventana una vez más. Los amigos de Wayne estaban en la acera junto con la chica que había visto en el sofá. Ella no moría en la premonición. ¿Por qué se iba con los que sí? ¿Acaso mi plan había dado resultado y ya estaban a salvo? ¿Había cambiado el destino de cuatro personas?

–¡Hasta luego! –gritó Giulio.

–¡Esperen! ¡No se vayan! –exclamó Wayne–. Tuve un percance, pero ya voy con ustedes.

–No me vengas con eso, ¡estás divirtiéndote con tu novia! –respondió Giulio, riendo–. Cuidado, el club ya casi cierra. Nos vemos otro día.

Volví a apoyarme en la pared con los ojos cerrados. Casi podía sentir la paz regresando a mis neuronas, la tranquilidad del deber cumplido.

–¡Giulio! –soltó Wayne.

A continuación, lo oí pasar junto a mí en dirección a la puerta. Se oyeron más golpes de su puño y luego, un sonido metálico. Abrí los ojos: la puerta se estaba abriendo.

–¡No! –grité y corrí hacia Wayne.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó el empleado, entre sorprendido y molesto.

–Fue un error. Disculpe –respondió Wayne.

–¡Quédate! –exclamé y lo tomé del brazo.

–Llamaré a seguridad –dijo el sujeto, buscando un transmisor.

–No lo haga, conozco al dueño. Además, ya nos vamos –contestó Wayne.

Intentó tomarme de la mano, pero me aferré a su brazo para retenerlo y él terminó arrastrándome por el pasillo.

–¡Espera! –rogué.

–¿Qué sucede? Camina. No quieres quedarte aquí –pidió, sin detenerse.

–No te vayas. ¡No conduzcas tu auto! Por favor, ¡quédate conmigo!

Sacudió el brazo y, así, logró liberarse. Giró hacia mí y me sujetó de los hombros mirándome a los ojos. Yo temblaba.

–Nina, si no hablas, no puedo ayudarte. ¿Qué ocurre? ¿Tienes otro de esos ataques o algo parecido?

–¡Imbécil! –grité, desesperada.

Negó con la cabeza, todavía más desorientado, y me dio la espalda. Comenzó a caminar muy rápido.

Fue difícil seguirlo entre tanta gente. Casi rodé por las escaleras por correr detrás de él y tuve que empujar a varias personas para atravesar el pasillo de salida. Para entonces, lo había perdido de vista.

Recién volví a divisarlo en la acera.

–¡Wayne! –lo llamé. Como era de esperarse, me ignoró.

–¡Esperen! –gritó a sus amigos.

Los chicos estaban subiendo a un automóvil blanco. No era el de Wayne. La chica que no estaba en la premonición iba con ellos. No contaba con que existiera otro vehículo, ni con que otra persona pudiera reemplazar a Wayne. Me sentí perdida, las vueltas del destino eran imprevisibles.

Tal vez nada ocurriera. O sí. Imaginé que el accidente ahora se produciría en ese otro coche. No

había nada que hacer: yo jamás sería más fuerte que el universo.

Intenté consolarme con esa idea mientras veía a Wayne alejarse. Sin embargo, no me sentía tranquila; sabía que no había hecho todo para retenerlo. Pensé que, si alguien hubiera retenido a mi madre, ella se habría salvado. Si el accidente ocurría de todas maneras, ya no era capaz de salvar a los demás, pero sí a Wayne. ¿Podía hundirme más? No tenía opción.

–¡No subas a ese auto! –grité y corrí hacia él. Lo sujeté de la camisa y, así, conseguí que se diera la vuelta–. Si subes, morirás. Todos morirán. ¡No lo hagas! ¡No mueras!

En ese momento se oyó un estruendo. El suelo tembló. Wayne giró y yo me asomé para mirar por el costado de su brazo. El coche de sus amigos acababa de estrellarse contra la cafetería de la esquina. Me cubrí la boca con una mano y di un paso atrás. Un instante después, el automóvil explotó, tal como sucedía en la premonición.

Wayne retrocedió. Su espalda colisionó contra mi pecho. Se dio la vuelta como si acabaran de darle una bofetada y me miró. Estaba mareada y sentí el hilo de sangre deslizarse de la nariz a mis labios. Wayne me sujetó de los brazos e impidió que cayera al suelo.

–¿Por qué me dijiste eso? –preguntó, agitado–. ¡¿Cómo lo sabías?!

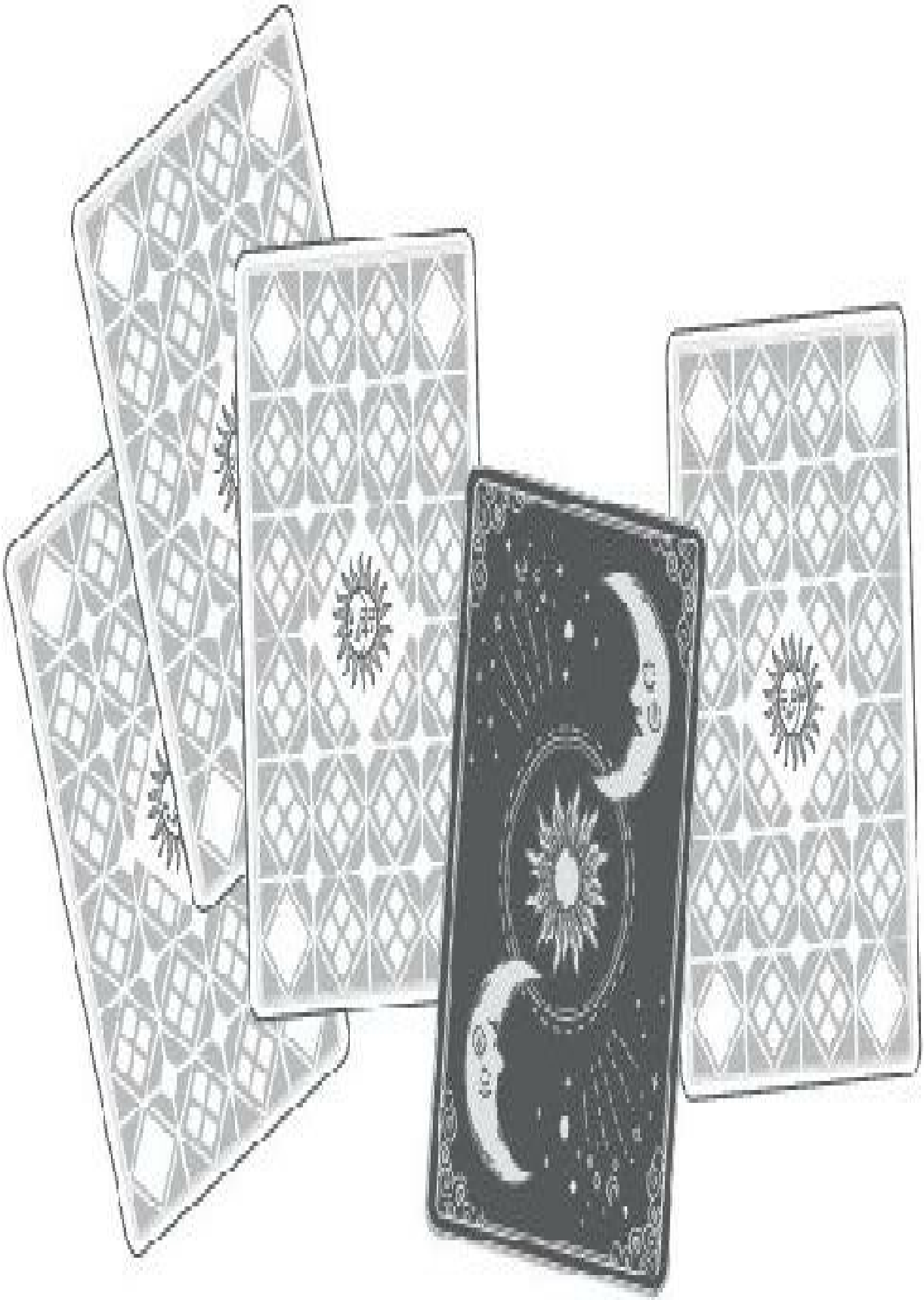
–Tengo que irme –balbuceé, desesperada.

–¡Contéstame!

–¡Tengo que irme! –repetí, llorando. Se oían sirenas, y eso me aterrorizó–. Suéltame, por favor. ¡Tengo que irme!

La mirada de Wayne cobró un matiz que nunca le había visto; sentí que me comprendía. Me soltó de golpe.

Trastabillé al dar un paso atrás. Me limpié la sangre que caía de mi nariz con una mano temblorosa, volteé y me eché a correr en dirección a mi auto.



5

Wayne

LLEVÉ LAS MANOS A MI CABEZA MIENTRAS VEÍA CORRER A NINA HENDERSON por la acera, en dirección a la calle de atrás del club. “¡No subas a ese auto! Si subes, morirás. Todos morirán. ¡No lo hagas! ¡No mueras!”. ¿Por qué me había dicho eso? ¿Acaso de verdad mis conocidos habían muerto y Nina sabía que eso sucedería? ¡Era imposible!

Aunque todavía no me había recuperado del impacto, me forcé a reaccionar y corrí hacia la esquina del accidente. Las llamas ascendían en lengüetazos dorados ante la mirada atónita de una decena de transeúntes. Nadie se movía, y las sirenas todavía se oían a lo lejos.

–¡Giulio! ¡Giulio! –grité. El olor a quemado era asfixiante.

–¿Los conoces? –preguntó una mujer.

Corrí hacia el vehículo sin pensar. El calor era insoportable, tuve que colocar un brazo delante de mis ojos para protegerme del incendio. Lo aparté despacio, sentía terror de que se produjera una nueva explosión y acabar como los chicos. ¿Y si Nina tenía razón? ¿Y si moría?

–¡¿Estás loco?! ¡Aléjate del vehículo! –bramó un hombre.

Estaba en lo cierto, pero no podía tan solo mirar sin hacer nada, como los demás. En ese momento, una mano de la amiga de Giulio se asomó por la ventanilla. Movía los dedos, ¡estaba viva!

Me quité la camisa y envolví mi mano derecha con la tela a la velocidad de la luz. Intenté abrir la puerta, pero el picaporte quemaba demasiado. La pateé. Otra vez oí los gritos de la gente ordenándome que me alejara. Mi calzado se encendió. Sacudí el pie para sacarme el fuego de encima. Empecé a gritar como un desquiciado y, sin pensar, introduje el brazo izquierdo también para tener más fuerza. El picaporte se desprendió de la puerta. Lo arrojé al suelo, creyendo que había fracasado, pero cuando volví a mirar, el cuerpo de la amiga de Giulio caía sobre la calle. La puerta también se había desenganchado del vehículo y acababa de inclinarse hacia un costado.

Sujeté a la chica de los brazos y jalé de ella. La arrastré hasta que los dos estuvimos en la acera. Entonces me dejé caer de espaldas, agotado. No podía respirar y me ardía el cuerpo. Levanté el brazo izquierdo temblando. Me había quemado. Dos o tres personas me rodearon con el rostro contrito. Giré la cabeza y miré a la amiga de Giulio: parte de su piel estaba al rojo vivo.

Cerré los ojos y volví a girar hacia el cielo. El ardor del brazo era insoportable, no quería pensar lo que debía estar sintiendo esa chica. No podía respirar. Empecé a contar para no desesperar. No

logré concentrarme en los números. Dejé de oír con claridad las voces de las personas que me rodeaban. Uno, dos… Uno, dos… Perdí la cuenta y me desmayé.

Abrí los ojos de golpe, cuando me pareció que me apuñalaban en el brazo.

–Tranquilo –dijo una voz de mujer, apoyando una mano en mi pecho–. Estás en una ambulancia rumbo al hospital, pronto te sentirás mejor. ¿Cómo te llamas? –Estaba agitado, no podía hablar–. ¿Puedes decirme tu nombre?

–Wayne. Wayne Bennett –murmuré.

–Fuiste muy valiente, Wayne. Pero la próxima vez no deberías jugar a ser un héroe.

Yo no fui el héroe. "¡No subas a ese auto! Si subes, morirás. Todos morirán. ¡No lo hagas! ¡No mueras!". Solo podía pensar en Nina Henderson.

Mi padre llegó al hospital cuando ya habían terminado de curarme. Se acercó, apoyó una mano en mi hombro y me preguntó cómo me sentía.

–Mejor –respondí.

–La doctora me explicó que fue una desgracia con suerte para ti. ¿Cómo se te ocurrió acercarte a un vehículo en llamas?

–No lo pensé.

Durante las horas que permanecí en el hospital, me enteré de que la amiga de Giulio se llamaba Loreena y de que continuaba luchando por su vida. Los demás habían muerto.

Aunque no podía decir que esos chicos fueran mis amigos, la noticia me impactó mucho. Pensar que, de no haber sido por Nina, yo me hubiera encontrado entre ellos, me provocó sensaciones muy extrañas. No era capaz de procesar lo que había ocurrido todavía, sin embargo, había en mí una mezcla de emociones intensas.

En cuanto me dieron el alta, mi padre me explicó que teníamos que ir a la estación de policía. Por precaución, allí esperaba su abogado.

–¿Te hallabas en la discoteca de Pierre? –indagó mientras conducía. Asentí–. Cuidado con lo que digas, no queremos que mi amigo termine perjudicado.

–Es imposible ocultar que me permitió ingresar siendo menor. Supongo que le aplicarán una multa. Págala tú.

–Eso sería lo de menos. Espero no tener que mover mis contactos para que no le clausuren el lugar. ¿Los chicos que murieron eran mayores?

–Sí, tranquilo.

–La gente asumirá que tienes su edad. Haré lo posible para que mis colegas no filtren el dato de que tú eres menor.

Mientras aguardábamos a que el inspector nos recibiera, miré mi brazo vendado y recordé lo que sabía del accidente.

Sería difícil explicar lo ocurrido. Todavía tenía en mente la mirada suplicante de Nina, el terror en sus ojos, y me sentí conectado con ella. Estaba seguro de que no había existido una mala intención de su parte, pero si alguien pensaba, como yo, que sabía del accidente antes de que ocurriera, podía ser peligroso para ella.

No hubiera querido involucrarla, aunque estuviera metida en el asunto hasta el cuello. Pensé en protegerla de alguna manera. El problema era que no sabía hasta qué punto podía ocultar información a las autoridades. Las cámaras de seguridad del club y de la calle, como así también los testigos, delatarían cualquier dato que yo tergiversara. Por suerte, al menos no había micrófonos involucrados, por lo tanto, podía manejar los diálogos a mi antojo. Solo esperaba que Nina dijera algo parecido o los dos terminaríamos hundidos.

El inspector me pidió que le relatara los hechos.

–¿Cómo terminó en la discoteca siendo menor? –indagó.

–Me colé.

–¿Qué relación lo unía con los fallecidos?

–Nos encontrábamos a veces en algunos lugares en común. Como mi novia no pudo salir conmigo anoche, me ofrecieron dar un paseo con ellos. Iríamos a la casa de Giulio en mi automóvil, pero terminaron subiendo al suyo.

–¿Por qué cambiaron de coche?

–Me entretuve con una compañera del colegio en un depósito. No les quedó más remedio que irse por su cuenta.

–¿Cómo terminó usted en un depósito si había acordado retirarse con sus conocidos?

–Una chica me dijo que mi novia me esperaba allí.

–Entonces ¿esa compañera con la que se encontró es su novia?

–No. Como ya mencioné, mi novia no pudo ir.

–Ayúdeme a ordenar la información: ¿la chica del depósito era Nina Henderson?

–Sí –admití con el corazón acelerado.

–¿Entonces la señorita Henderson mintió? ¿Por qué cree que lo haría?

–Porque, si me decía la verdad, yo no hubiera ido a su encuentro.

–¿Mencionó para qué lo citó allí?

–Nos llevábamos mal. Quería que conversáramos al respecto.

–¿Por qué en el depósito de un club al que ninguno de los dos podía ingresar?

–Eso no me lo dijo. Supongo que tan solo encontró una oportunidad.

–¿Percibió algún indicio de que ella supiera del accidente?

–¿Cómo podría saber que algo así ocurriría? Cuando sucedió, se horrorizó tanto que huyó despavorida.

–¿Está seguro? ¿No se comportó de manera extraña ni mencionó algo que le hiciera pensar que lo provocaría?

–En absoluto. Además, no hay manera. El cambio de coche se produjo a último momento. Por otra parte, ella no conocía a Giulio, ni siquiera sabía cuál era su vehículo. Nina no tuvo nada que ver con lo que ocurrió, se lo aseguro.

La declaración duró poco más de una hora. En ese tiempo, tuve que repetir varias veces lo mismo. Cuando salimos, el abogado me explicó que lo hacían a propósito, para encontrar inconsistencias. Aseguró delante de mi padre que lo había hecho muy bien y que sin duda yo solo continuaría siendo parte de la causa como testigo.

–¿Hay alguna razón por la que podrían sostener que no fue un accidente? –pregunté.

–Eso dependerá de las pericias.

El abogado se fue por su lado y yo me retiré en el auto con papá. Miré mi brazo vendado; había comenzado a doler de nuevo.

–Espero que tu amigo no tenga tantos problemas –dije.

–Espero que tu compañera se comporte como tú para evitarlos –contestó.

–Olvidé preguntarle al inspector cuándo me devolverán el móvil que rescataron de la basura. Si el accidente salió en televisión y en internet, mis amigos deben estar preocupados.

–Ya me lo devolvieron. Te lo daré en un rato.

–¿Por qué no ahora?

–Primero tenemos que hacer algo.

Supuse que debíamos cumplir con otra formalidad que había esperado mientras yo estaba en el hospital. Guardé silencio hasta que me di cuenta de que nos adentrábamos en la zona del club.

–¿Qué hacemos aquí? –pregunté a la vez que mi padre detenía el coche cerca de la esquina del accidente. Alcancé a ver una camioneta de la cadena para la que él trabajaba y una cámara–. ¿Qué significa esto?

–Haremos una nota antes de que te acosen otros reporteros. –Sonrió y apoyó una mano sobre mi hombro–. No pensarás darle la primicia a la competencia.

–Papá, no –supliqué. Fue en vano: bajó del coche sin prestarme atención y abrió mi puerta–. Te lo ruego, ahora no.

–Baja ya, Wayne. No me hagas quedar mal con el canal.

Miré alrededor para verificar si mi coche todavía se hallaba estacionado en la calle. No lo vi, seguro mi padre había enviado a alguien para que lo removiera mientras yo estaba en el hospital. Descendí, dispuesto a ir a casa caminando, aunque eso significara perder el teléfono. Pero justo se acercó Gary, un periodista joven bastante famoso que solía hacer notas en la calle para la cadena en la que trabajaba mi padre, y eso truncó mis planes. Teníamos contacto; había ido a casa varias veces y nos cruzábamos en algunos eventos del canal a los que acompañaba a mis padres. No podía tan solo ignorarlo.

–¿Cómo estás, Wayne? –preguntó, ofreciéndome su mano para un saludo informal. Hablaba muy rápido, como muchos periodistas que conocía, incluido mi padre–. ¿Qué tal va ese brazo? Me enteré de lo que hiciste, ya te preguntaré sobre eso. ¡Eres un héroe!

Negué con la cabeza; no me sentía un héroe. Mi padre comenzó a darle indicaciones y eso hizo que mi incomodidad pasara inadvertida. Los tres caminamos hasta la esquina.

Un técnico nos ubicó a Gary y a mí en la mejor posición para que la cámara pudiera enfocar el lugar del accidente.

–Saldremos al aire en dos minutos –me informó Gary.

–¿Es en vivo? –indagué, preocupado.

–¡Claro! Saldremos en vivo en el noticiero del mediodía. ¿Qué te parece?

Lo dijo evidenciando que era un gran logro. Miré a mi padre. Él me sonrió junto al camarógrafo.

–Tres, dos, uno… ¡aire! –exclamó el técnico, y Gary adquirió la pose que siempre tenía delante de las cámaras: erguido, seguro y con voz de hierro.

–Estamos en vivo desde la esquina donde anoche tres personas perdieron la vida cuando su automóvil se incrustó en una cafetería y explotó por una pérdida de combustible y un cortocircuito que se generaron con el impacto. Una cuarta joven está en estado crítico. A mi lado

se encuentra Wayne. Él es el hijo de un reconocido reportero de nuestra cadena, Rafe Bennett, y tiene mucho que ver con este accidente. Cuéntanos, Wayne, ¿cómo te salvaste de que te sucediera lo mismo que a tus compañeros? ¿Es cierto que ibas a dar un paseo con ellos, pero a último momento cambiaste de planes?

–Sí, hubo un cambio de planes y no me fui con ellos –respondí, escueto.

Mi padre hizo un gesto en cuanto guardé silencio. Todos sabíamos que acababa de dar la peor respuesta del planeta; los reporteros vivían de la gente que quería hablar y yo estaba prácticamente mudo.

–¿Podrías contarnos un poco más de eso? –insistió Gary. No quería arruinarle la nota y tener que soportar a mi padre haciéndome reproches, así que me esforcé por colaborar aun si no quería.

–Conocía a Giulio y a los demás de algunos sitios que frecuentamos. Anoche, como mi novia no pudo salir conmigo, me ofrecieron dar un paseo con ellos. Nos trasladaríamos en mi auto, pero me entretuve con otro asunto y, al final, Giulio y los demás se fueron solos en su coche.

–¿Presenciaste el accidente?

–Yo estaba de espaldas, solo escuché el estruendo. Cuando me di la vuelta, el coche de Giulio ya se había incrustado en la cafetería. La explosión sucedió en un microsegundo.

–Cuéntanos: ¿por qué llevas el brazo vendado? Los testigos afirman que tuviste una actitud muy valiente.

–Me acerqué para ver si existía la posibilidad de ayudar a alguien. Loreena, la amiga de Giulio, estaba viva, así que abrí la puerta para que saliera.

–¿Hiciste eso con el auto en llamas? ¿Eras consciente de que estabas arriesgando tu propia vida?

–En ese momento no pensé en nada, solo en mi objetivo.

Gary se quedó en silencio, presionando un auricular contra la oreja.

–Wayne: Linda y Ben, nuestros reporteros de piso, quieren hacerte unas preguntas.

Me entregó el auricular y yo me lo coloqué, esforzándome para disimular mi incomodidad.

–Buenos días, Wayne, nos da gusto saludarte –dijo Linda.

–Gracias, igualmente –mentí.

–Buenos días, Wayne –me saludó Ben–. Sabemos que acabas de salir del hospital, pero no querías dejar de brindarnos tu testimonio; te lo agradecemos. Seré breve para que puedas ir a descansar. Nos llegó una información muy delicada: ¿puede que se haya tratado de un atentado?

–No –aseguré.

–Fuentes extraoficiales nos dieron el nombre de Nina Henderson. ¿La conoces?

–Nina no tuvo nada que ver con esto.

–Entonces la conoces. ¿Puedes contarnos algo de ella?

–Es solo una compañera del colegio.

–¿Es cierto que te advirtió que morirías? –indagó Linda–. ¿Ella impidió que subieras al coche?

–Lo siento, no sé de qué están hablando.

–Muchas gracias, Wayne. Te dejaremos ir a casa para que puedas reponerte –culminó Ben.

Les di las gracias y me quité el auricular lo más rápido posible. Gary intercambió dos o tres palabras más con sus colegas y luego se despidió. En cuanto la luz roja de la cámara se apagó, lo saludé y comencé a alejarme. Me detuve junto a mi padre.

–El móvil –solicité, extendiendo la mano. Él lo depositó en mi palma.

Me refugié en el coche y encendí el teléfono. Jamás había encontrado tantos mensajes y llamadas perdidas en mi vida. Me comuniqué con mi madre. Estaba en casa, esperándome. Acababa de bajar de un avión; había conseguido un vuelo de emergencia cuando se enteró de que yo había sufrido un accidente.

Tanto el inspector como los colegas de mi padre se habían puesto pesados con Nina; necesitaba entender el motivo. Ignoré los mensajes y busqué noticias. Encontré una en la que el redactor afirmaba que un testigo que pasaba por la acera había asegurado que Nina me advirtió que, si subía al coche, moriría. La razón por la que sospechaban de ella tenía que ser esa. Era la palabra de una persona contra la mía. Dudaba de que Nina se incriminara a sí misma, así que éramos dos contra uno. Eso me dejó un poco más tranquilo.

A continuación envié un mensaje a mis amigos y a Paige. Después publiqué algo en el grupo del colegio. No se hablaba de otra cosa que no fuera el accidente desde hacía horas.

No me extraña que Nina sea una asesina.

Siempre sospeché de ella: se viste de negro, se oculta detrás del pelo y ni siquiera habla con alguien.

Es lógico que quisiera matar a Wayne. Esa chica no soporta que él le diga las verdades a la cara.

¿Qué verdades, si yo ni siquiera reparaba en Nina? La gente hablaba solo porque tenía lengua.

Salí del chat antes de que mi corazón terminara de oprimirse; me sentía mal por mi compañera.

Mi padre subió al automóvil sonriente.

–Lo hiciste bien –dijo–. Ahora solo resta conseguir el testimonio de esa compañera tuya antes de que nos ganen los demás. ¿Crees que podrías enviarle un mensaje, a ver si logras que declare para CBC primero?

Lo miré como si acabara de decir la estupidez más grande del planeta.

–Deja en paz a Nina –ordené. Mi padre rio.

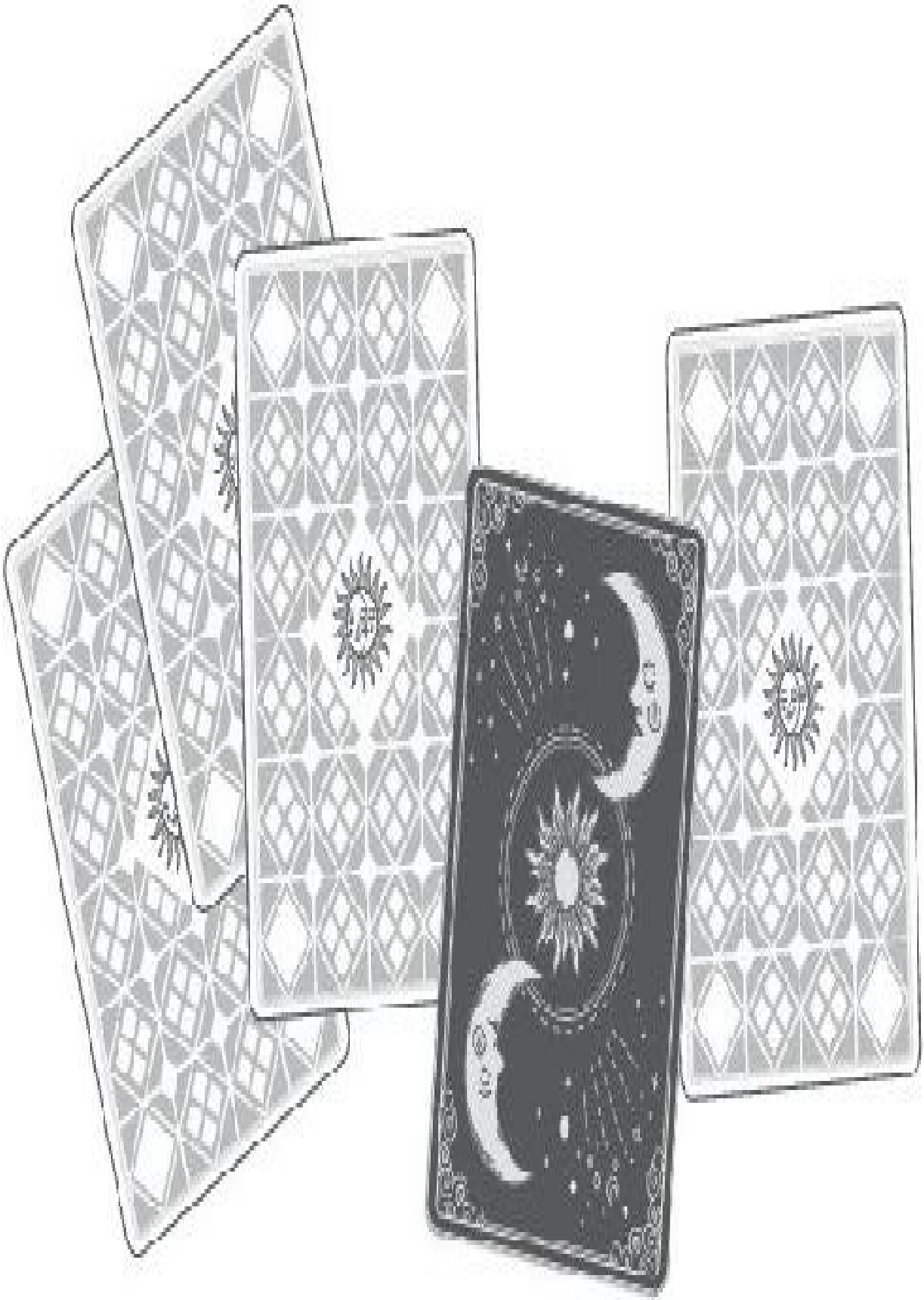
–Es imposible. En menos de media hora habrá una guardia periodística permanente frente a su casa.

Mi corazón terminó de estrujarse, tal como temía. No quería sentir culpa por lo que estaría viviendo Nina. No quería seguir pensando que, si no fuera por ella, estaría muerto o luchando por mi vida como Loreena. Desde que me había desmayado en la acera no me sentía el mismo.

Un mensaje de Paige me distrajo de esos pensamientos.

Estoy deseando verte, bebé. ¡Por suerte estás bien! Carrie intentó matarte, ¡no puedo creerlo! Bueno, en realidad, sí. Siempre dije que estaba poseída.

Apagué el móvil sin responder.



6

Nina

ENTRÉ A CASA TEMBLANDO. ME METÍ EN EL BAÑO DE ARRIBA Y ME LAVÉ LA cara. La sangre reseca que estaba sobre mis labios se volvió líquida en contacto con el agua y corrió hacia la tubería.

Me sequé y fui a mi dormitorio. Recogí la nota que había escrito para mi padre y la arrojé a la basura. Coloqué la ropa en el cesto para lavar, me puse un pantalón corto y una camiseta y me acosté tapada hasta el cuello.

No podía creer que le había dicho a Wayne Bennett que todos morirían, por poco no le había confesado que era una intérprete. Sin duda me creería una asesina. Rogaba que el accidente hubiera sido solo eso, un accidente, y que nadie sospechara que podía haberse tratado de un atentado.

Desperté varias veces cuando las luces de los coches que pasaban por la calle se reflejaban en el cielorraso. A decir verdad, apenas dormitaba; estaba nerviosa y asustada. Me preguntaba si los chicos que iban en el vehículo blanco habrían muerto efectivamente y qué habría sucedido con Wayne después de que yo me fuera.

Otra vez fui víctima de sentimientos contradictorios: habría sido mejor no entrometerme, pero no hubiera podido vivir sabiendo que ni siquiera había intentado salvar esas vidas. Creí que bastaría con que Wayne no condujera su automóvil para rescatar a todos. Fui muy ingenua: el destino siempre gana.

Amaneció y yo no había dormido; al menos no como necesitaba para reponerme de la extensa noche que había vivido. Oí los pasos de mi padre por el pasillo y que bajaba las escaleras. Lo imaginé en la cocina, preparando el desayuno. Aunque estaba hambrienta, preferí seguir en la cama. Era una especie de refugio donde podía imaginar que no me encontraba en un mundo donde yo era un bicho raro.

Dormité otro poco, sin luces molestas en el techo. A cambio me despertó la voz de papá. Sus manos estaban en mi hombro y en mi pelo.

–Nina. Son las once, ¿preparo el almuerzo?

–No tengo hambre –respondí, acurrucándome sobre mí misma.

Se sentó en la orilla.

–Desde ayer actúas de manera muy extraña. ¿Qué sucede? Cuéntame.

–Estoy bien, solo un poco cansada. ¿Puedo dormir un rato más?

–Prepararé el almuerzo. Estará listo para las doce.

–Gracias.

Me besó en la frente y se retiró.

Poco después, me alertó el ruido de una sirena que no terminó de encenderse.

Me levanté de un salto y me asomé por la ventana. Había un coche de policía frente a mi casa.

Se me cerró la garganta; el miedo me atenazó los músculos. Abrí un poco la puerta de mi dormitorio e intenté escuchar la conversación que se desarrollaba abajo. Como no se oía, me vestí a la velocidad de la luz con una camiseta negra y un pantalón de jean roto, me calcé unos tenis de lona y recogí mi chaqueta de cuero sintético. Bajé corriendo, armándome de valor a medida que pisaba cada escalón.

–Nina jamás se involucraría en problemas. Tiene que haber un error –aseguró papá, enérgico.

Aparecí detrás de él antes de que terminara de pronunciar la última palabra.

–Está bien, papá –dije, sujetándolo del brazo. Él me miró, extrañado. Lamentaba tener que decepcionarlo.

–¿Nina Henderson? –preguntó el oficial.

–Sí.

–Tendrá que acompañarnos para hacer una declaración.

Papá interpuso un brazo entre el agente y yo.

–Le digo que están equivocados. Nina es una chica tímida y obediente. Estoy seguro de que…

–Tengo que ir –afirmé. Mi padre me miró, sorprendido.

–Nina –susurró, sin entender.

–Puede venir también si quiere –concedió el agente. Eso terminó de convencerlo.

Recogió su abrigo y me acompañó al coche de los oficiales. Mientras nos dirigíamos a la estación de policía, no me atreví a mirarlo a los ojos. Estaba cabizbaja y apretaba los dedos sobre el regazo. Ya sabía que el malagradecido de Wayne les diría a todos que yo era una asesina. ¿Cómo probaría lo contrario? Al menos no había tocado el coche del accidente; mis huellas no estaban en ninguna parte. Igual me encontraba asustada, temía que los policías basaran su

decisión de aplicarme cargos en testigos o en filmaciones. En ese caso, Wayne tenía bastante con qué enterrarme.

Respiré hondo para serenarme; siendo una intérprete, me costaba no adelantarme a los hechos. Puse a funcionar el cerebro: tenía que armar una coartada. No me convenía mentir respecto de dónde había estado; muchos me habían visto en el club: Wayne, la chica a la que le había pedido el favor de enviarlo a la habitación privada, el empleado… Ni hablar de las cámaras de seguridad. Tenía algo a favor: la gente nunca creía en sucesos paranormales, todo tenía que explicarse a través de la razón. Les daría lo que querían.

En la estación de policía, nos pidieron que nos sentáramos frente al escritorio de un inspector. Se presentó y me avisó que debía declarar por un hecho que había ocurrido en la madrugada. Nos ofreció la posibilidad de que un abogado estuviera presente.

–¿Qué podría tener que ver mi hija con eso? Estuvo durmiendo en su habitación –aseguró papá.

–¿Quieren llamar a un abogado o no? –insistió el inspector.

–Nina jamás se involucraría en un asunto tan serio como para necesitar uno.

No quise que papá se sintiera avergonzado cuando supiera que su hija, al menos esta vez, no era lo que imaginaba. Mucho menos que se viera envuelto en el gasto y el problema de contratar a un letrado.

–No queremos a un abogado –determiné–. ¿En qué puedo ayudarlos?

El oficial que acompañaba al inspector escribió en el ordenador; sin duda dejó asentado que yo manifesté que no quería un asesor legal. Rogaba haber tomado una buena decisión.

–¿Dónde estuvo anoche? –indagó el inspector.

Suspiré mientras el policía que lo acompañaba volvía a preparar los dedos sobre el teclado. De pronto, el miedo abandonó mi cuerpo y me revestí de valentía. Alcé la cabeza y me erguí en el asiento, como habría hecho el soberbio de Wayne.

–Estuve en mi casa hasta las tres. A esa hora fui a un club.

–¿Qué? –balbuceó mi padre, atónito.

–Señor Graham –lo reprendió el inspector.

–Te dejé una nota, pero regresé antes de que la vieras –expliqué, disimulando el pudor.

–¿A qué club concurrió? –indagó el inspector.

–Abyss.

–¿Cómo ingresó siendo menor?

–Me colé.

–¿Para qué asistió?

–Fui en busca de un compañero.

–¿Puede decir su nombre?

–Wayne Bennett.

–¿Para qué lo buscaba?

Me tomé un instante; necesitaba fuerzas para seguir defraudando a mi padre. Con unas pocas palabras, la hija que creía conocer se transformaría en una extraña. No tenía más remedio.

–Quería que tuviéramos relaciones. Él tiene novia, así que no le gustó mucho la idea y terminamos discutiendo. Cerré la puerta del depósito donde nos encontrábamos para retenerlo y arrojé su móvil por la ventana. Fui una tóxica, lo sé. Lo siento.

Miré a papá de reojo. Frunció el ceño, pero no hizo comentarios. Debía continuar por el camino que había emprendido; era la única manera de que la policía no me creyera una asesina.

–¿A qué hora se retiró usted del club?

–Cerca de las cuatro.

–¿Sabe que un automóvil se incrustó en la cafetería de la esquina del club a las cuatro de la madrugada?

–Sí.

–¿Presenció el hecho?

–Estaba en la calle cuando sucedió, pero no vi cómo. Solo alcancé a ver el coche incrustado en la cafetería y luego, una explosión.

–Un testigo declaró que usted intentó retener a Wayne Bennett diciéndole que, si se iba con sus amigos, moriría. ¿Qué tiene para decir al respecto?

Repasé la escena en la calle a la velocidad de la luz. No sabía quiénes podían haber oído mi confesión. Creí que solo estábamos Wayne y yo, el testigo tenía que ser él.

–Se parece a una conversación que tuve con Wayne, pero no fue eso lo que dije.

–¿Y qué dijo?

–Ya le expliqué que quería tener sexo con él.

–No me queda claro qué relación tiene eso con la frase.

–Me avergüenza confesar esto delante de mi padre. Aun así, lo haré: un empleado abrió la puerta del depósito y Wayne salió apresurado. Lo seguí hasta la calle y allí le grité que… Le dije que, el día que estuviera conmigo, se querría morir por no haberlo hecho antes. Que yo recuerde, no había otras personas en la calle cuando le grité eso, así que tiene que habérselo contado él. No quiero hablar mal de Wayne, pero no me extrañaría que hubiera malinterpretado. Suele beber y fumar marihuana.

Siguió torturándome con preguntas demasiado tiempo para mi gusto. Cuando se cansó de que repitiera varias veces lo mismo, nos dejó ir.

Me sentía muy avergonzada. Había fingido delante de papá, pero, a decir verdad, jamás hubiera querido decir mentiras tan absurdas.

No levanté la cabeza hasta que lo oí balbucear.

–¿Qué…?

Me asomé entre los asientos delanteros del taxi para mirar por el parabrisas: estábamos en la esquina de casa, y en el frente había una decena de reporteros. Camionetas con antenas satelitales, camarógrafos, fotógrafos…

En cuanto bajamos, se nos vinieron encima. Comenzaron a gritar preguntas. Nunca había sentido los efectos de mi supuesta fobia social con tanta intensidad. Bajé la cabeza y papá me ocultó debajo de su brazo. “Nina, ¿qué relación tienes con el accidente en la cafetería?”. ”¿Sabías que ocurriría?”. “¿Qué opinas de quienes creen que fue un atentado?”.

Papá me ayudó a entrar a casa. Cuando la puerta se cerró, sentí que acababa de atravesar el infierno. Si me costaba salir antes, cuando solo tenía que luchar contra el miedo a la gente de mi edad, no quería imaginar lo que sucedería ahora que, además, tendría que esquivar a los reporteros.

Me encaminé a las escaleras mientras papá cerraba las cortinas. Tuve que volverme cuando me llamó.

–¡Nina! Ven aquí –pidió, señalando una silla del comedor. Nos sentamos a la mesa–. ¿Me vas a explicar qué ocurrió?

–Lo que oíste –repliqué–. Fui al club, le dije a Wayne que…

–Basta –me interrumpió–. Está bien. Respetaré si no quieres decirme la verdad, pero al menos deja de mentir. Puedes engañar a la policía, no a mí.

–¿Por qué crees que estoy engañándote?

–Te conozco. Sé quién eres, sé quién es mi hija: jamás irías a un club para tener sexo, y menos con ese chico.

Contuve la verdad que luchaba por abandonar mis labios. No quería mentirle, pero tampoco podía causarle más problemas.

–No miento –aseguré.

–No te obligaré a contarme nada. Solo quiero que sepas que estaré a tu lado siempre. Pase lo que pase, ¿entiendes, Nina? Puedes decirme lo que sea, yo estaré de tu parte.

–¿Crees que hice algo malo, más allá de haberme colado en un club? –balbuceé. Si papá creía eso, me odiaría a mí misma para siempre.

–¡Claro que no! ¿De verdad quieres saber qué pienso? –Asentí con la cabeza–. Creo que esos chicos te hicieron daño. Quizás te engañaron para que fueras a ese lugar y no quieres admitirlo porque te avergüenzas. Te crees tonta por haber caído en su trampa. Si fue así como ocurrieron los hechos, no lo eres. Y si en ese depósito sucedió algo que no querías, eres tú la que tiene que denunciarlos. Incluido al idiota de Wayne Bennett.

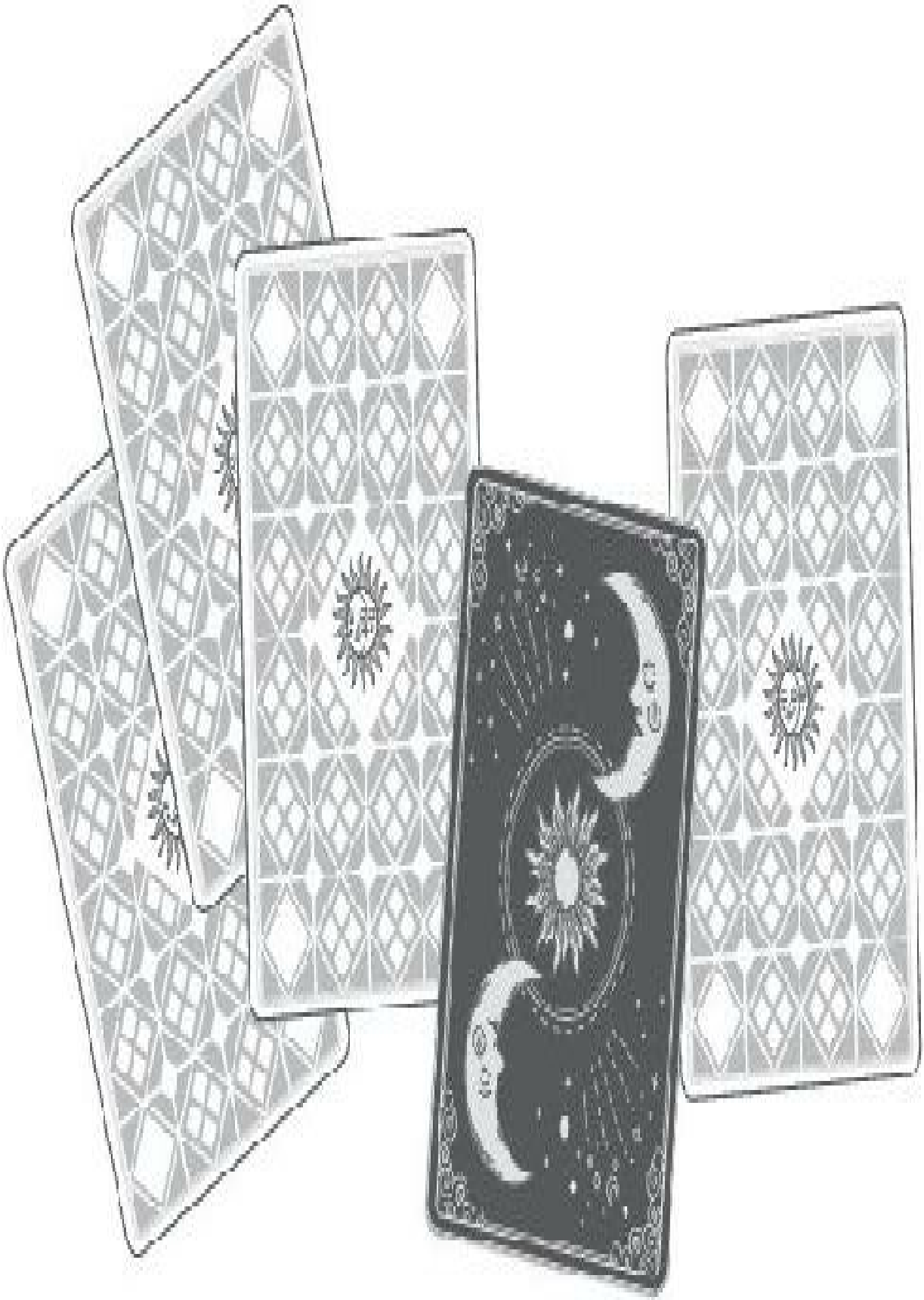
Tomé su mano por encima de la mesa.

–Tranquilo: nadie me ha lastimado, te lo juro. Lo comprobarás cuando revelen el contenido de las cámaras de seguridad. ¿Puedo ir a mi dormitorio?

Hizo un gesto afirmativo, aunque seguía con expresión preocupada. Me levanté y lo abracé. Papá me rodeó la cintura y apoyó la cabeza en mi abdomen.

Cuando sentí que no resistía más sin ser sincera con él, hui a mi habitación.

Había tres personas muertas y una chica malherida. Una que no debía estarlo. Me sentí culpable de que, quizás, hubiera reemplazado a Wayne porque yo lo había salvado. Solo rogaba que viviera.



7

Wayne

MAMÁ ME ESPERABA EN LA SALA, DE PIE DELANTE DEL SOFÁ.

–¡Wayne! –exclamó y me abrazó. Se separó poco después y me rodeó el rostro con las manos–. ¿Estás bien? ¿Cómo está tu brazo?

Papá respondió por mí.

–El médico dice que puede que le queden algunas cicatrices. Nada que una cirugía estética no pueda solucionar.

–Lamento no haber llegado antes –prosiguió mamá–. El vuelo fue largo y extenuante. Gracias a Dios estás bien. Te vi en televisión. ¿Quién es esa chica con la que te reuniste en un depósito? ¿Ha venido a casa alguna vez?

–No. Estoy cansado y dolorido, iré a mi habitación –contesté.

–Que descanses, cielo –respondió mamá, tocándome el pelo, y me besó en la mejilla.

Encerrado en mi dormitorio, me senté en la orilla de la cama. Era cierto que estaba agotado, pero había algo más profundo. Supuse que miedo o angustia. No solía sentirme de ese modo, o más bien ocultaba cualquier emoción parecida.

Tomé un calmante antes de que el dolor del brazo aumentara y me di un baño con cuidado para no mojar la venda. Al terminar, me puse ropa limpia. Arrojé la otra a la basura con una sensación de opresión en el pecho. No quería volver a ponérmela.

Aunque los doctores me habían indicado descansar, cerré las cortinas y encendí el televisor. Estaban repitiendo mi entrevista. Cambié rápido de canal y activé la PlayStation. Pasé un rato jugando carreras con Xilo, un usuario que se conectaba desde Tokio.

Tuve que suspender la competencia cuando oí golpes a la puerta. Rosa me abrazó ni bien abrí. Fue la única persona con la que estuve a punto de quebrarme. No entendía qué me sucedía, nunca me había sentido tan conectado con mis sentimientos.

–¡M’ijito! –exclamó, acariciándome las mejillas–. ¡Tuve tanto miedo! ¿Cómo se te ocurrió acercarte a ese coche en llamas? ¡Podrías haber muerto!

–No lo pensé, fue instintivo.

–¿Necesitas algo? Hubiera querido venir antes, pero tu madre me requería en la cocina. Parece que esta noche tiene invitados.

No debía extrañarme que mamá hubiera superado rápido el temor por su hijo y que aprovechara su repentina estadía en casa para hacer sociales. Me dio la impresión de que mis padres no tomaban tan en serio como yo el hecho de que podría haber muerto. Para ellos, el accidente les había ocurrido a otras personas, yo solo había terminado herido por entrometerme donde no me habían llamado.

–¿Crees que mi madre me obligue a bajar a cenar con sus invitados?

–Espero que no.

–¿Puedes hacerme un favor? Dile que me encontraste dormido y, cuando ella esté entretenida, tráeme algo. Estoy famélico.

–Lo que quieras –accedió, sonriendo.

–¿Me prepararías comida mexicana?

–Por supuesto. ¿Tacos?

–¡Tacos! –exclamé, imitando su acento perfecto.

Reímos juntos y nos despedimos con un gesto de la mano.

En cuanto cerré la puerta, el destello del viejo Wayne se apagó y volví a sentirme abatido. El único modo de olvidarme de todo era el juego, así que volví a conectarme a la Play como a una droga. Xilo se había ido, entonces jugué solo. Fue una mala idea: perdí todas las carreras y bajé en el ranking. Me desconcentraba recordando partes de la conversación con Nina, el accidente, mi declaración ante la policía y las cámaras del canal para el que trabajaba mi padre. ¿Por qué Nina parecía saber del accidente? ¿Por qué me había salvado?

Nuevos golpes a la puerta impidieron que ganara la siguiente carrera. Me levanté y abrí: mi madre tenía una mano apoyada en el hombro de Paige.

–¡Mira quien vino a visitarte! –exclamó, como si la presencia de mi novia pudiera animarme.

Paige se adelantó y me abrazó. Mi mano del brazo sano acarició su espalda por inercia. Aunque me esforzara por sentir, dentro de mí, solo había vacío.

–Los dejo solos, deben tener mucho de qué conversar –dijo mamá y se alejó.

–¿Cómo te sientes? –preguntó Paige, metiéndose en mi habitación–. ¡Qué susto, Wayne! ¿Cómo se te ocurrió rescatar a esa chica? ¿Y si el coche explotaba de nuevo y morías?

–No quiero pensar en eso –respondí. Ella hizo un gesto infantil de capricho con la boca e inclinó

la cabeza hacia un hombro.

–¿Acaso te importaba esa otra? Estoy celosa –se quejó.

Cerré la puerta y me aproximé a donde Paige esperaba de pie. En lugar de besarla, como hubiera hecho en cualquier otro momento, me senté en la orilla de la cama y apoyé la frente en la mano del brazo sano.

–¿Qué ocurre? –indagó ella, sentándose a mi lado–. ¿Tienes apagado el móvil? Llevó escribiéndote desde el mediodía, pero no recibes los mensajes.

–No quería hablar con nadie.

–¿Ni siquiera conmigo? –Guardé silencio–. ¡Bebé! Me preocupé por ti. Te escuché en el noticiero. No entiendo lo de Carrie. ¡No debí quedarme en casa! Si mis padres no se hubieran puesto tan pesados…

–Es mejor que no hayas ido. Quizás, si hubiéramos subido todos al coche, no estaríamos aquí en este momento.

–Nunca me cayeron bien esos chicos que murieron, pero Carrie me agrada mucho menos. Es evidente que quería vengarse de ti y que provocó ese accidente.

La miré de inmediato.

–Nina no tuvo nada que ver con eso –aseguré con firmeza–. Ella me salvó. Si no nos hubiéramos encontrado, lo más probable es que ahora estuviera muerto o peleando por mi vida, como esa chica Loreena.

–¡Wayne, por favor! ¡Es Carrie! ¿Por qué hablaste con ella? ¿Qué hacía en el club del amigo de tu padre? Nunca la vimos ahí antes.

–No sé. –Volví a bajar la cabeza–. No te enojes, necesito estar solo.

–¡Wayne! –chilló Paige, ofuscada.

–No dormí en toda la noche, me duele el brazo y estoy de mal humor. Lo siento.

Se aproximó más y me besó en la mejilla. Con la misma sensualidad de siempre, me rozó el costado con los pechos mientras me besaba la comisura de los labios. Introdujo una mano dentro de mi pantalón deportivo y sujetó mis partes íntimas mientras me acariciaba la oreja con la lengua.

Sentí un escalofrío. Por primera vez supe con certeza que el sexo no siempre lo resolvía todo y que necesitaba otra cosa además de deseo.

La aparté para mirarla a los ojos. Paige… la chica con la que solía besarme y escuchar música.

La chica con la que reía, iba a bailar y andaba en auto a toda velocidad como si no existiera la muerte. La quería. O eso necesitaba en ese momento.

Estiré una mano y le acaricié el rostro muy despacio. Contemplé por primera vez las vetas oscuras de sus ojos azules y el pequeñísimo lunar que decoraba su mejilla izquierda. Recorrí con calma el borde de sus labios gruesos, su mentón atractivo. Me gustaba el ruido que hacían sus pulseras doradas cuando movía las manos.

Ella se quedó quieta con expresión de confusión. Supe que mis ojos se habían vuelto transparentes, pero no conseguí el mismo efecto en los de ella. Paige no era capaz de dar el tipo de cariño que yo necesitaba en ese momento, y apeló a lo que sabía. Me bajó la cremallera y se inclinó para satisfacerme.

–No –le dije, sujetándola de los hombros para apartarla–. Hoy no.

Paige rio con el ceño fruncido.

–Wayne, ¿qué pasa contigo? ¿Por qué tanto alboroto? ¿Acaso te afectó la muerte de esos chicos? ¡Ni siquiera eran tus amigos!

–No es eso, yo… No sé qué me pasa. No eres tú. Lo siento.

Suspiró, cansada de lidiar conmigo.

–De acuerdo. Me iré con una condición: enciende el móvil. Necesito que estemos comunicados.

Asentí con calma y la acompañé a la puerta.

–Nos vemos –dijo ella.

–Nos vemos –respondí y volví a encerrarme en el dormitorio.

Unas horas después, mamá regresó a buscarme. Me preguntó por qué Paige se había ido tan temprano. Puse la excusa de que estaba muy cansado. Aun así, me invitó a cenar con sus amigos. Me negué. Como se puso insistente, terminamos haciendo un acuerdo: si quería estar a solas, aunque sea debía saludarlos.

Antes de bajar, acerqué mi brazo sano a la nariz. Todavía me parecía sentir olor a quemado. Jamás desaparecería si lo evocaba todo el tiempo. Busqué otras prendas limpias y me encerré en el sanitario para bañarme de nuevo.

En la ducha, las escenas de la noche anterior regresaron a mi mente sin aviso previo. Recordé a Nina reteniéndome en el depósito, el estallido del coche, los gritos de sus ocupantes… No se lo había contado a nadie, pero había alcanzado a ver a Giulio ardiendo.

Di un paso atrás, mareado. Sentía que no merecía estar vivo y que a la vez quería vivir pero podía morir en cualquier momento.

Mi espalda se encontró con los azulejos y me puse en cuclillas. El agua caía como una llovizna sobre mi cabeza, llevándose las lágrimas que brotaban de mis ojos. Lloré como un niño perdido, el que siempre había sido. Tenía la horrible sensación de que estaba viviendo un tiempo prestado, uno que no me pertenecía, y temí el momento en que tuviera que devolverlo. ¿Cómo me encontraría en ese instante? ¿Siendo falso o enfrentando mis sentimientos? ¿Habiendo vivido realmente o habiendo estado muerto durante años?

Con esfuerzo logré terminar de bañarme. Me vestí y bajé al comedor. Había tres parejas amigas de mis padres. Cuatro de sus integrantes eran reporteros. Después de saludarme y decir que estaban felices de que estuviera bien, no perdieron oportunidad de hacerme preguntas sobre el accidente.

En un momento miré a Rosa: se hallaba en un rincón con una bandeja en la mano, esperando que se calmaran un poco para acercarse. Fueron los únicos ojos en los que encontré el tipo de afecto que me hacía falta.

Después de responder sus interrogantes, pude volver a mi habitación. Me encerré pensando que, para las personas, yo era un testigo que se había entrometido en un accidente. En realidad, tenía la intuición de que debía de ser otro fallecido y no podía dejar de pensar en la muerte.

Busqué información sobre ese tema en mi laptop. Descargué algunos libros y guardé un par de páginas que me parecieron interesantes. Haber sobrevivido a ese accidente me enfrentaba con preguntas que nunca me había hecho y que, posiblemente, no tuvieran respuesta. ¿Qué se sentía al morir? ¿Qué seguía después de perder el cuerpo físico? Sin duda existían muchas teorías. Tal vez, poco a poco, pudiera empaparme de ellas y tranquilizarme formulando la mía.

Rosa golpeó a la puerta con nuestro código sonoro para alcanzarme los tacos. El hambre había desaparecido, pero me pareció que sería un horrible desprecio pedirle que se los llevara. Acepté la bandeja y le agradecí que me los hubiera preparado. Sonrió con calidez y me acarició el brazo sano antes de retirarse.

Me senté en el suelo iluminado por la inmensa pantalla del televisor con el juego detenido y cené aunque no tuviera ganas. Rosa había incluido una lata de refresco que me dio una idea. Por un instante pensé que, quizás, beber alcohol me haría sentir mejor. La intención se diluyó en un parpadeo. En el fondo, sabía que nada me ayudaría a volver a ser el que era. Ese accidente había movido las fichas en el tablero de juego; todo en mi interior estaba revuelto.

Necesitaba retroceder en el tiempo. Recuperar mi capacidad para dejar de pensar, aunque fuera rodeándome de gente con la que no me sentía del todo a gusto. Ya no lograba silenciar los cuestionamientos sobre la vida que me había tocado en suerte: una que cualquiera envidiaría, pero que yo sentía vacía de amor y de propósitos.

Por más que me esforcé, los días siguientes no pude salir del dormitorio y los pensamientos profundos siguieron rondando por mi mente.

Mis padres me visitaban por la noche, insistían para que bajara a cenar con ellos y finalmente se

retiraban aceptando un no como respuesta. Rosa me llevaba la comida.

Pasaba mucho tiempo con el juego y leyendo teorías sobre qué hay después de la muerte. La falta de certezas me generaba más dudas. Tenía miedo de morir, pero más aún de irme sin haber vivido. ¿Qué era la felicidad? ¿Cómo se obtenía? Sin duda no había transitado el camino correcto para alcanzarla, porque nunca me había sentido satisfecho.

Le había prometido a Paige que mantendría el móvil encendido. Sin embargo, lo dejé en modo silencioso y casi ni miré los mensajes. Contestaba de vez en cuando para que ni ella ni mis amigos se pusieran insistentes y terminaran apareciendo en mi casa. Lo que menos quería era recibir gente.

La semana siguiente, mi padre me llevó al médico para el control del brazo. Como estaba mejor, el doctor me autorizó a que la herida terminara de cicatrizar al descubierto, siempre que tuviera una serie de cuidados, como aplicarme una pomada. El deporte tendría que esperar por el momento.

Mis padres no podían retrasar más sus obligaciones, así que pronto volvieron a desaparecer a causa de sus asuntos.

Una tarde, Rosa golpeó a la puerta de mi dormitorio y me pidió que conversáramos. Nos sentamos en la orilla de la cama y me tomó la mano.

–M’ijito, ¿hasta cuándo permanecerás encerrado en este cuarto?

–No lo sé –respondí, cabizbajo–. No tengo ganas de salir. No logro volver a ser yo.

–O tal vez al fin te estés atreviendo a ser tú.

Nos miramos en silencio un momento. Rosa me quería mucho, por eso pensaba que podía ser auténtico. No me atreví a decirle que estaba equivocada.

–¿Por qué dejaste tu país? –pregunté.

–Necesitaba un empleo.

–¿Eres feliz aquí?

–Sí. ¿Por qué me parece que tú no?

–Porque así es –confesé. No quería volver a llorar, como me había ocurrido varias veces durante esos días. Para evitarlo, bajé la cabeza y me froté la nariz.

–Lo sé. Pero eso no es algo nuevo.

Guardé silencio como forma de aceptación. Por eso no quería pensar: cuando lo hacía, descubría que no me sentía bien desde hacía más años de los que podía contar. Primero lo había

manifestado siendo un niño con apariencia de malcriado. Luego, molestando a mis compañeros. Por último, siendo popular. Nada de todo eso me había llenado nunca, pero estaba acostumbrado a protegerme de ese modo. Ojalá hubiera sabido con qué máscara debía escapar del sufrimiento ahora. O, mejor, cómo exterminarlo.

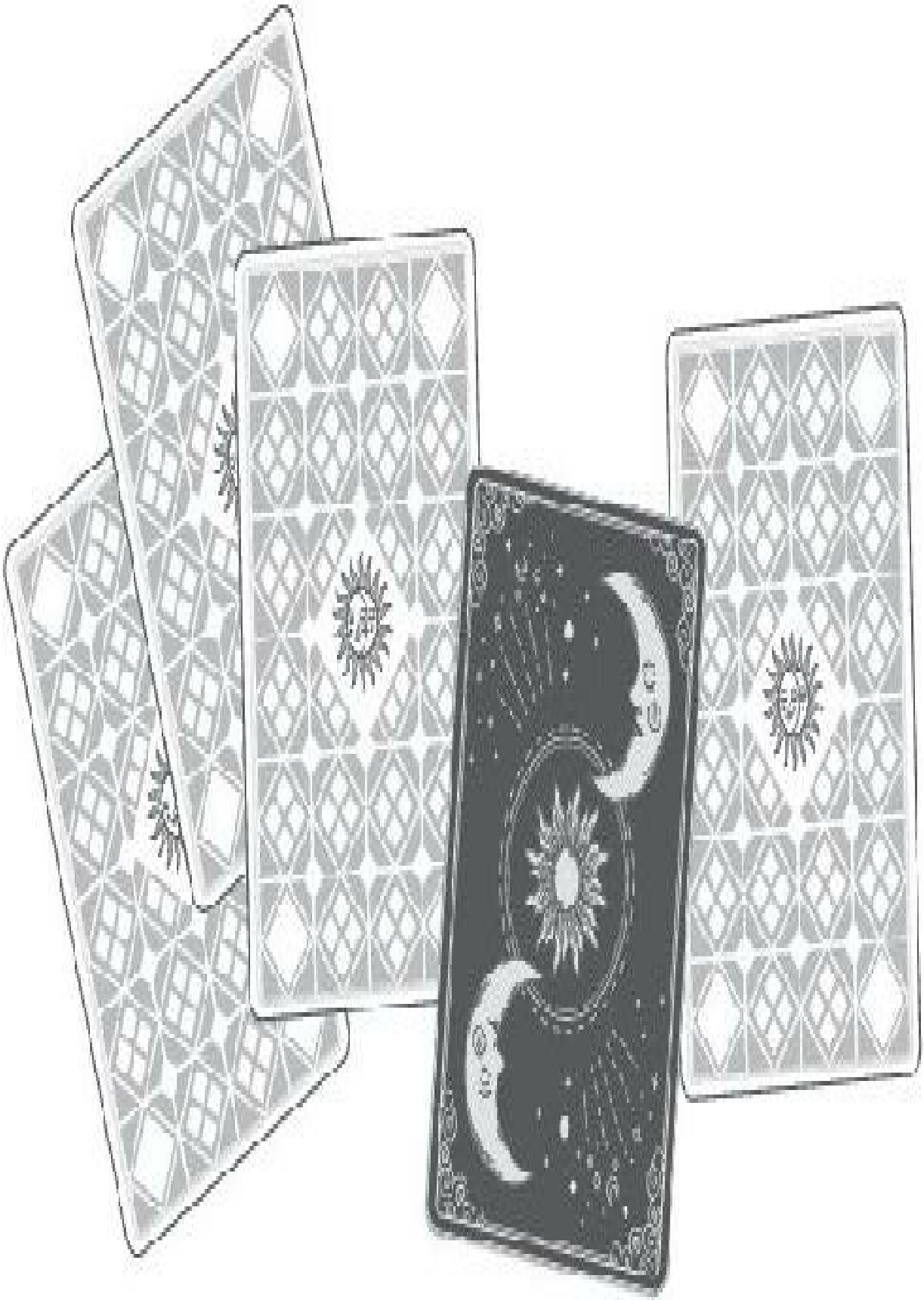
–No quiero volver al colegio –continué–. Ya no me siento parte de ese lugar. Quizás debiera ser actor, como mis padres y sus amigos sugieren desde que soy pequeño. Si no termino la preparatoria, jamás podré estudiar periodismo en la universidad, como quieren ellos.

–¿Y qué deseas tú? –preguntó Rosa.

Reí con desilusión. Que la noche del accidente no hubiera existido, pensé. Sin embargo, no era eso lo que anhelaba en realidad.

–¡Ojalá lo supiera! –respondí.

–Tal vez sea un buen momento para descubrirlo.



8

Wayne

LAS PALABRAS DE ROSA ME DEJARON PENSANDO. CURIOSAMENTE, ERA LO QUE no quería. Sin embargo, hacerlo me dio un motivo para abandonar la inercia en la que me encontraba y algo de qué ocuparme, además de leer sobre la muerte, el más allá y otros asuntos filosóficos.

Me di cuenta de que, hasta ese momento, todas mis reflexiones respecto del accidente habían girado en torno de mí, como cada cosa que hacía desde que era un niño. Durante mucho tiempo me había esforzado para sostener una apariencia que sirviera para ocultar una realidad que no quería ver: la de un hijo único lleno de objetos materiales pero sin afecto.

Le pregunté a mi padre por Loreena. La última información que había recibido era que, al parecer, ya se encontraba estable, aunque requeriría bastante tiempo de internación para recuperarse. No sabía nada de Nina, solo que no había brindado declaraciones a la prensa. La noticia ya no resultaba una primicia y había perdido espacio, por eso los reporteros no hacían más guardia frente a su casa. Eso me alivió de cierta manera.

Busqué información en internet. Lo que hallé me apabulló. Algunos artículos describían a Nina como una posible asesina. Otros, como una demente. Unos pocos narraban una historia en apariencia lógica, pero a la cual yo no le encontraba sentido: gracias a que me había retenido en un depósito con intención de tener relaciones conmigo, yo me había salvado. Si de algo estaba seguro era de que Nina no me había citado en ese sitio porque yo la atrajera, y más aún de que no era una asesina.

Si eso decían los medios de ella, no quería imaginar lo que estaría sufriendo en la escuela. Me pregunté si Paige habría leído eso de que quería acostarse conmigo. De ser así, estaría más celosa e insoportable con ella que nunca.

Recogí el móvil por primera vez en muchas horas. Ignoré los mensajes nuevos, abrí la agenda y comencé a leer nombres de personas en busca de alguien que pudiera tener el número de Nina.

Me esforcé por pensar con quién le había tocado hacer algún trabajo para alguna asignatura, pero como ella para mí era invisible, no lo recordaba. Habría sido más fácil si hubiera tenido un grupo de amigos. Me di cuenta de que nunca estaba incluida en ningún equipo; siempre terminaba sumándose donde quedara espacio.

Al leer el nombre de Ray me pareció que, alguna vez, habían tenido que presentar algo juntos, así que le envié un mensaje.

Mientras aguardaba su respuesta, se me ocurrió buscar el último artículo periodístico que se hubiera escrito acerca del choque. Encontré uno del día anterior. En él se contaba que las pericias habían determinado que se había tratado de un accidente. Aun así, lo primero que aparecía en el buscador no era eso, sino las sospechas sobre Nina. Sería difícil borrarlas del imaginario de la gente, en especial de nuestros compañeros.

Después de un rato, recibí la respuesta de Ray con el número. Le di las gracias y presioné “enviar mensaje” sobre el contacto. Un nuevo chat se abrió. No apareció una foto de perfil de Nina; supuse que la tendría oculta para quienes no eran sus contactos. Retrocedí y regresé varias veces, escribí y borré otras tantas antes de atreverme a enviarle algo.

Hola, Nina, soy Wayne. Quería saber cómo estás.

Supe por las tildes que el mensaje llegó a destino, pero pasaron varias horas y no respondió. Le envié otro.

Nina, ¿estás ahí?

Ese ya no llegó.

Procuré pensar que, quizás, no tenía internet. Mi intuición, en cambio, gritaba que me había bloqueado. ¿Por qué lo haría? Está bien, seguro me había comportado mal con ella en el pasado, ¡pero habían pasado años! Nada justificaba que hubiera sido un pesado con varios compañeros en octavo y noveno grado. Sin embargo, no recordaba alguna situación en particular en la que me hubiera enfrentado con alguien. No era un chico conflictivo, sino un insoportable. Molestaba con bromas que, en ese momento, me hacían ganar atención. Resultaba evidente que muchas de ellas habían resultado hirientes, en especial para Nina. Ojalá hubiera podido resolver mis problemas de otro modo, uno que no lastimara a quienes no tenían la culpa de mi soledad y mi dolor.

No podía retroceder en el tiempo, solo ocuparme del presente. Por eso, en cuanto mis padres llegaron a casa, bajé al comedor.

–¿Se rompió la PlayStation? –bromeó mamá mientras me sentaba a la mesa.

Rosa sonrió al verme. Le devolví el gesto cuando se acercó a servir mi plato.

–Tengo que pedirles un favor –anuncié a mis padres–. Hay muchos artículos periodísticos en internet que generan una mala imagen de Nina.

–Es lo que vendía hace unos días –explicó papá, encogiéndose de hombros.

–Sí, pero detrás de un nombre mencionado de forma acusatoria en un artículo periodístico hay personas reales que sufren las consecuencias.

–Ningún periodista acusa –corrigió mamá–. Para eso usamos el condicional.

–Sabes que lo hacen, sin importar el tiempo verbal.

–¿Qué favor necesitas? –consultó papá.

–Hablen con sus amigos para que quiten todo eso.

Se produjo un instante de silencio. Presentí que Rosa me observaba, asombrada, desde un rincón. Mamá respondió:

–La noticia ya está pasando de moda, pronto la gente la olvidará. ¿Sabes cuántos accidentes de tránsito hay por día? A nadie le importan ya.

–Es la imagen de Nina la que quedará manchada para siempre. Los empleadores suelen buscar los nombres de los postulantes a un empleo antes o después de otorgarles una entrevista. Quizás también lo hagan los encargados de las admisiones universitarias. ¿Qué pensará alguien que encuentre esos dichos sobre Nina?

–Hablando de universidad… –añadió mamá con un tono alegre a la vez que estiraba hacia mí un dedo con una preciosa uña esculpida blanca.

–¿Por qué te preocupas por esa chica? –intervino papá al notar que no dejaba de mirarlo.

–Le debo mi vida. Lo menos que puedo hacer es evitarle habladurías.

Los dos me contemplaron un instante con lástima.

–Haré lo que pueda –prometió papá.

–Si para ti es importante, también ayudaré en lo que sea posible –agregó mamá–. Pero tienes que saber que no somos amigos de todo el mundo y que algunos medios no bajarán o modificarán una nota solo porque les pidamos el favor. Además, lo que ya se dijo en radio y televisión no puede ser borrado.

–Estaré agradecido de que hagan lo máximo que puedan.

–¡Prometido! ¿Ahora podemos cenar en paz? –pidió mamá con una sonrisa. A veces pensaba que era ella la que debió aparecer en televisión y no papá.

Aunque esa misma noche decidí que al día siguiente regresaría al colegio, no les avisé a mis amigos ni a Paige para que no me pidieran que pasara a buscarlos.

Llegué solo y estacioné lejos, del otro lado del campo de deportes. Antes de bajar vi a Nina. Estaba descendiendo de un coche negro bastante viejo. Alguna vez había escuchado que su padre era profesor en una universidad y que gracias a eso había conseguido una beca para estudiar en el colegio. A juzgar por su auto, debía de ser cierto.

La observé caminar en dirección al edificio. Su largo cabello negro lacio se mecía con suavidad, brillaba como una alhaja al sol. Su ropa me gustaba; no estaba de moda, y eso la hacía peculiar. Sus pasos eran firmes, me pregunté cómo se las ingeniaba para ocultar tanto poder y pasar inadvertida.

Descendí del coche, me colgué la mochila del hombro y me apresuré para alcanzarla.

–Hola, Nina –dije al llegar a su izquierda.

Me miró por un instante con una mezcla de miedo y asombro. Enseguida se acomodó el cabello de modo que le cubriera el rostro de mi lado. Esperé un momento, me moví por detrás de ella y continué caminando a su derecha.

–Por favor, no –suplicó.

–¿"No" qué? –Cambió el cabello de lugar para ocultarse de nuevo–. Deja de hacer eso.

–Deja de acosarme.

–No estoy acosándote. Nina, mírame.

Me planté delante de ella. Casi me llevó por delante. No tuvo más opción que detenerse.

–Déjame en paz.

–Tan solo mírame. –Alzó la cabeza. Estaba muy pálida. Sus enormes ojos verdes lucían asustados–. Hola. Me gustaría saber cómo estás.

–Estoy llegando tarde –advirtió.

–También yo.

–Entonces muévete.

–¿Podemos hablar cuando tengas un momento?

Volvió a bajar la cabeza y me esquivó. Continué caminando a la par de ella. Todavía nos faltaba cruzar la mitad del campo de deportes.

–No tenemos nada de qué hablar –contestó.

–Si no quieres que te pregunte sobre la noche del accidente, no lo haré –prometí. No contestó. Me detuve al comprender que ella jamás lo haría y le hablé a su espalda–. Nina, necesito agradecerte. También decirte que, aunque me rompo la cabeza pensando, no consigo recordar qué te hice para que sientas tanto miedo de mí. Es evidente que eso te lastimó. Te juro que no fue mi intención. Solo quería llamar la atención. No es una excusa. Es decir… No tengo una. Fui injusto y lo siento. De verdad lo lamento.

No supe si terminó de oír, porque jamás se volvió y yo decidí no seguirla para que no pensara que de verdad quería ser un acosador.

Cuando Paige, Jasper y Peter me vieron entrar, se aproximaron enseguida. Ella se colgó de mis hombros y me besó. No pensó en mi brazo herido ni le importó que estuviéramos en un pasillo repleto de personas por donde también transitaban profesores.

–¿Por qué no me avisaste que vendrías hoy? –protestó.

–Lo decidí a último momento –mentí.

Esa mañana recibí mucha atención de todo el colegio. Incluso las autoridades me citaron para manifestar cuán agradecidos estaban porque me encontrara a salvo y para felicitarme por el acto heroico de rescatar de una muerte segura a una persona.

–La única que merece agradecimiento es Nina –dije.

Se miraron, un tanto desconcertados, pero aceptaron mis dichos, como de costumbre.

Estaba bastante harto de eso. Ser el hijo de padres famosos y adinerados solo me servía para sentir que nadie me escuchaba realmente, que me daban la razón de manera automática. Tal vez, si alguien me hubiera puesto un límite real cuando molestaba a los demás, habría cambiado de estrategia. Con suerte, hubiera escogido una más sana o una que, por lo menos, no lastimara a personas como Nina.

En la hora del almuerzo, mis amigos comenzaron a hablar mal de ella. Por la dirección de la mirada de Jasper, intuí que estaba en alguna mesa detrás de mí. Supuse que se hallaría sola, como de costumbre. Giré la cabeza y la vi en la posición que imaginaba. En ese momento, se estaba acomodando un mechón de pelo detrás de la oreja. El movimiento de su mano me dejó un instante en suspenso.

–¿Nos contarás qué ocurrió realmente en ese depósito? –preguntó Peter.

–He estado esperando este momento –acotó Paige, acomodando las manos debajo del mentón para mirarme con una ceja enarcada.

Volví a la realidad de golpe. Miré a mis amigos y a Paige de manera alternada. Sus expresiones no me indicaron que pudiera ser honesto con ellos.

–Fue una confusión. La música sonaba muy fuerte, una chica se acercó y me dijo algo. Entendí que Paige me esperaba en ese cuarto privado; creí que quería darme una sorpresa. Al llegar allí, me encontré con Nina. Me vio en el club y quiso hablar conmigo de lo mal que nos llevamos.

–¿Carrie, hablar? ¡Imposible! –soltó Paige con una mirada incrédula. Peter rio.

–¿Qué otra cosa podría pretender esa ameba horrible? Nadie la tocaría ni con un palo. Morirá virgen.

–¡Ey! –protesté. Fue solo una interjección, pero los tres me miraron como si acabara de esgrimir una defensa digna de un abogado.

–¿Qué? –replicó Paige–. ¿Acaso te importa, por eso la defiendes?

–Por la razón que sea, estoy vivo gracias a ella. Así que sí: me importa –contesté.

La boca maquillada de Paige se abrió a la par de su indignación.

–Déjalo –intentó consolarla Jasper–. Es evidente que nuestro Wayne está pasando un mal momento. Ya volverá. Mejor cambiemos de tema: ¿qué hacemos el sábado?

Paige y yo nos sostuvimos la mirada. La apreciaba, pero no estaba seguro de querer continuar con nuestra relación sin amor.

Me di cuenta de que mis malas acciones contra algunas personas no habían terminado a mis quince años. Las había continuado cada vez que alguien decía algo de ellas y yo callaba. Ya no resistía guardar silencio, y menos si se trataba de Nina.

Por la tarde, cuando regresé a casa, volví a revisar el buscador. Algunas notas sobre ella habían desaparecido. Sin embargo, la mayoría seguía allí; ni siquiera habían sido modificadas. Entendí que había pedido algo tan imposible como retroceder en el tiempo.

Llegó un mensaje de Paige. Escribió que me extrañaba y que no veía la hora de que mis padres se fueran de viaje para instalarse en mi casa. Enseguida llegó otro en el que me pedía que la pasara a buscar si al día siguiente pensaba ir al colegio.

Hola. Iré, pero no puedo pasar a buscarte. El brazo todavía me duele. Me cuesta conducir y tengo miedo de que tengamos un accidente.

Era la excusa más estúpida que le había dicho a alguien en mi vida. Ojalá hubiera sabido cómo negarme sin herirla.

Paige

¿Es broma?

Wayne

Lo siento.

Ya no respondió.

La mañana siguiente, no vi el auto de Nina en el estacionamiento cercano al edificio ni en el que estaba del otro lado del campo de deportes. Pensé que, quizás, todavía no había llegado. Me sorprendió encontrarla en el pasillo, extrayendo libros de su casillero.

Un chico pasó con sus amigos y se la llevó por delante a propósito. Sus cosas cayeron. Ellos rieron mientras seguían su camino.

Me apresuré a llegar a donde se encontraba y me acuclillé para ayudarla a levantar los papeles que se habían esparcido por el suelo. Mientras yo recogía una hoja con increíbles dibujos de un naipe con el cuatro de diamantes, ella amontonó el resto de manera atolondrada.

–Es muy bueno. ¿Lo hiciste tú? –indagué, mostrándole el papel.

No me miraba ni por error. Me lo arrebató y lo ocultó en la misma carpeta negra donde había guardado los otros.

–Es privado –contestó.

Por levantarse rápido, se golpeó el hombro con el filo de la puerta del casillero. Me incorporé pensando en el dolor que debía de estar sintiendo y apoyé algunos dedos en la zona afectada sin medir mis actos. Sentí algo nuevo y diferente, cálido y a la vez extraordinario.

–¿Estás bien? –pregunté.

Dio un paso atrás, cerró la puerta del casillero y me esquivó para alejarse.

No me di cuenta de que varias personas nos observaban, anonadadas, hasta que miré alrededor.

No bastaba con que defendiera a alguien frente a mis amigos: tenía que ser público.

Al mediodía, en el comedor, me senté en una ubicación desde la que pudiera ver a Nina. Intuí que elegiría el mismo sitio del día anterior, uno en el que pasaba desapercibida. Así fue.

–Wayne –dijo Paige, chasqueando los dedos delante de mi rostro–. ¿Por qué la miras? Deja de mirar a esa rarita.

–No la llames así –respondí.

–¡Eres un bastardo! Soy tu novia. Si vas a mirar a otra, que al menos valga la pena. Me haces sentir que soy menos que esa.

Se levantó bruscamente, recogió su bandeja y huyó a la mesa donde estaban sus amigas.

–¿En serio mirabas a Carrie? –consultó Peter, girando para corroborar que ella se encontrara donde apuntaban mis ojos.

Tuve que reprimir el impulso de cambiarme a la mesa de Nina. Primero, era evidente que mi presencia la incomodaría. Segundo, Paige podía reaccionar mal con ella.

Para la hora de salida, me libré de mis amigos diciéndoles que iba al baño. En realidad, escapé por otro pasillo. Paige no volvió a hablarme desde lo que ocurrió en el comedor, así que estaba tranquilo de que no me buscaría.

Alcancé a Nina cuando bajaba las escaleras del edificio.

–Hola –dije. Me miró con la misma expresión que el día anterior y volvió a ocultarse detrás del cabello–. ¿Y tu auto?

–Está descompuesto.

¡Al fin había conseguido algo mejor que un rechazo!

–¿Quieres que te lleve a casa?

–Tomaré el autobús.

–¿Puedo acompañarte a la parada?

–La calle es pública. Tan solo no me hables.

–¿Por qué no? –Calló–. Nina, ¿por qué no tienes amigos?

–Te pedí que no me hablaras.

–Me gustaría saber el motivo.

–¿Para qué querría rodearme de gente como tú?

Mi ego sufrió una sacudida: la puñalada verbal me dolió. En cualquier otra circunstancia, me habría defendido. Pero no tenía nada que discutirle a Nina.

–Tienes razón –respondí–. Puede que yo sea una mierda, pero muchas otras personas no lo son.

Su pelo se agitó hacia atrás cuando, de pronto, me miró. No durante un microsegundo, como las veces anteriores, sino de verdad y por más tiempo. Cuando volvió a girar hacia el frente, ya no lo acomodó para ocultarse. Su perfil era tan bello como sus ojos de esmeralda.

–Sí, lo son –discutió.

–No, no lo son –sostuve yo.

–Qué suerte, ahí viene mi autobús –dijo, agilizando el paso para llegar a la zona de detención.

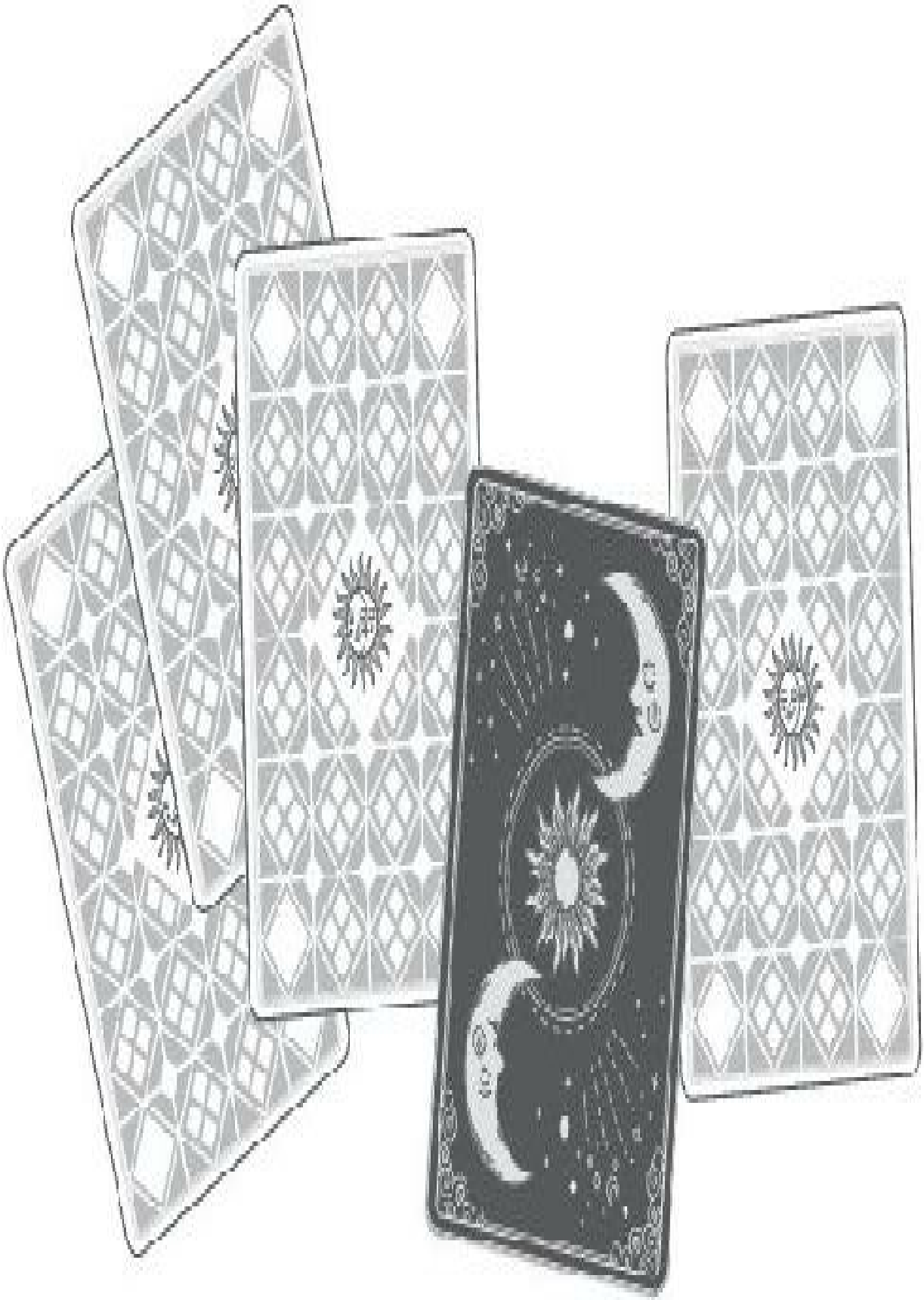
“Qué suerte”. Sin duda no se refería a que no tendría que esperar por el transporte, sino a que se desharía de mí rápido. Parecía que solo buscara herirme.

Por darse prisa, tropezó con algo. En un acto reflejo, la sostuve del brazo. Volví a sentir lo mismo que esa mañana junto al casillero. Durante un instante me pregunté si acaso a ella le ocurriría lo mismo o mi contacto solo le despertaría rechazo. Por la manera en que se apartó, intuí que la última opción era la correcta.

Se detuvo detrás de las personas que esperaban en la fila. Parecía estar temblando.

–Hasta mañana –le dije antes de que subiera.

No contestó.



9

Nina

POR SUERTE, LA NOTICIA DEL ACCIDENTE SE HABÍA ENFRIADO Y LOS reporteros ya no me molestaban. Solo quedaba el rumor de que podía ser una asesina o una loca dando vueltas por la escuela, y eso había agravado el acoso. Nada que no hubiera soportado antes. En comparación con lo que había padecido en otras instituciones, seguía siendo el mal menor.

Debía consolarme con mi buena fortuna: las cámaras de seguridad de la calle no captaron el momento en que acomodé y recogí los clavos del suelo delante del neumático del coche de Wayne. Los peritos no habían encontrado información preocupante en mi móvil ni mis huellas en nada que tuviera que ver con el accidente. Por lo tanto, la policía no sospechaba de mí.

Mientras viajaba en el autobús con la mirada perdida en el paisaje, pensé en las actitudes extrañas de Wayne por esos días. Para empezar, su reacción en el depósito: en ningún momento se comportó como un acosador. Luego su mirada cuando, ya en la calle, le pedí que me liberara. Siendo honesta, tampoco me pareció que estuviera ebrio o drogado. Había visto el video de su participación en el canal de noticias donde trabajaba su padre: dijo que yo no tenía que ver con el accidente, derribando mi teoría de que me había acusado.

En cuanto me escribió por la aplicación de mensajería, lo bloqueé. Para empezar, no tenía nada que hablar con él. Además, estaba segura de que me preguntaría por la noche del accidente. Lo primero que se me ocurrió cuando me abordó en el campo de deportes fue que necesitaba entender por qué le había dicho que, si subía al automóvil de sus amigos, moriría. Su promesa de no hacerme preguntas al respecto me desconcertó. Hasta ahora había cumplido. Entonces ¿qué lo motivaba a acercarse?

El pedido de disculpas fue todavía más sorprendente que la promesa. Nunca pensé que tuviera tanta claridad sobre sus propias acciones y que se diera cuenta de que era un pesado porque su alma infantil necesitaba atraer atención. No lograba comprender qué buscaba, por qué de pronto parecía interesado en conversar conmigo.

Al llegar a casa, busqué los naipes del tarot en la gaveta de mi escritorio e hice una tirada muy simple. “¿Qué busca Wayne Bennett al acercarse?”. Salieron el sol, el ermitaño y el as de copas. ¿El as de copas?, pensé. ¿Qué hacía ahí una carta que indicaba una ilusión de amor? El ermitaño tampoco tenía sentido: Wayne nunca me había parecido una persona capaz de hacer una introspección, mucho menos de evaluar su pasado. Tampoco estaba solo: le encantaba que lo acompañaran. Hubiera jurado que saldría el carro, porque era alguien ególatra y soberbio que se llevaba el mundo por delante. Si interpretaba el sol como indicio de que todo iría bien con él, tenía menos sentido aún. Sin duda simbolizaba su lado infantil.

Tiré otra carta para estar segura. El caballero de bastos. Es decir: estaba haciendo cambios, se estaba lanzando a perseguir su deseo. ¿Qué deseaba? En lugar de obtener claridad, terminé más confundida.

Desistí y guardé los naipes. Nunca era productivo interpretar los mensajes para una misma, la subjetividad siempre entraba en juego y traicionaba la lectura de los símbolos. ¡El as de copas! No pude hacer más que reír.

Me costó concentrarme. Mientras hacía tareas, recordé algunos sucesos que me habían acontecido en presencia de Wayne. Cuando se cruzaron por mi mente el golpe con la puerta del casillero y el tropezón mientras corría a la parada de autobús, me sujeté la cabeza con las manos. Nunca había sido tan torpe. Wayne me ponía muy nerviosa, aunque ya no de la misma manera que a los trece años. Era inexplicable. Maldito as de copas.

Papá me avisó que dormiría en lo de Allen, así que me tocó prepararme la cena. Por recordar la noche del accidente y pensar que había actuado de una manera patética en el depósito del club, se me quemó el arroz. Había logrado salvar a Wayne. Entonces ¿sí podía intervenir en el destino de la gente? Eso era mucho más riesgoso que conocer su futuro. Si así funcionaba la maldición que me atormentaba, ojalá hubiera podido salvar también a las otras personas que habían muerto en ese automóvil.

Por primera vez se me ocurrió que, quizás, para compensar al destino, la que tendría que morir sería yo. Solo eso me permitiría lavar la culpa de haber intervenido, si acaso no debía hacerlo. Era imposible saberlo.

La mañana siguiente, tuve que volver al colegio en autobús. El mecánico me devolvería mi coche recién esa tarde, así que me esperaba otro regreso en transporte público.

En la clase de Literatura, la profesora anunció lo que más odiaba: un trabajo en equipo. No sé qué maldita obsesión tenían algunos profesores con eso, si de verdad los proponían porque en las empresas se trabajaba de esa manera, como decían, o porque querían corregir menos.

Permanecí en silencio en mi pupitre del rincón. Pensaba esperar hasta que terminaran de decidir. Luego me sumaría a cualquier grupo con un lugar libre, como de costumbre, aunque a veces eso me costara tener que hacer el trabajo por mi cuenta y entregarlo con el nombre de todos. Era peor cuando me tocaba acomodarme con gente que quería imponer su voluntad aun sin tener idea de lo que hacía y, para no confrontar, debía callar sabiendo que nos iría mal.

Todo eso era una enorme pérdida de tiempo, prefería enfrascarme en la nueva escena de mi manga. Seguí dibujando mientras Paige hablaba y la profesora anotaba.

–Le dicto los integrantes de nuestro equipo: Peter, Jasper, Wayne y yo.

–No –intervino Wayne–. Yo trabajaré con Nina.

Alcé la cabeza como si me hubieran sacudido el asiento.

–No, no lo harás –solté.

–¡Wayne! –exclamó Paige con expresión de urraca malherida.

–Dije que trabajaré con Nina –repitió él, mirando a la profesora.

–No –insistí. El lápiz escapó de mi dedo y rodó por el pupitre.

–Es lo más sensato que le he oído decir en su vida –acotó Paige.

–¡Momento! –exclamó la profesora–. Wayne, ¿estás hablando en serio?

–Sí –aseguró él. Toda la clase lo miró con intriga.

–No quiero. –Miré a la profesora–. Por favor, permítame trabajar sola o súmeme a un grupo donde sobre un lugar después, como siempre.

–Nina, si Wayne habla en serio, creo que sería una buena oportunidad para que te integraras a un equipo desde el comienzo.

–Por favor, no me obligue.

–Profesora, creo que… –comenzó Paige.

–Está decidido: Nina trabajará con Wayne –interrumpió la mujer–. Ya tenemos un equipo de dos y otro de tres. ¿Quién más ya decidió quiénes serán sus compañeros? Recuerden: entre dos y cuatro integrantes. Ni más, ni menos.

Miré a Wayne con un enorme interrogante que sus ojos llenos de no sé qué no pudieron responder. Paige lo observaba también, se le notaban las ganas de estrangularlo. Les presté atención hasta que ella lo llamó dándole golpecitos en el hombro y él tuvo que girar para ver qué quería. Bajé la cabeza y continué con mi dibujo. Fue inútil: me temblaba la mano. Aparté el papel para no arruinar la escena del manga y tomé uno en blanco. Liberé la confusa energía que me recorría esbozando un caballero de bastos.

Cuando salí de la clase, vi a Paige y a Wayne en la puerta. Ella se veía muy enojada, lo señalaba con el dedo mientras protestaba. No me interesó escuchar.

Por culpa de lo que Wayne hizo, no pude volver a concentrarme en las demás clases. Para colmo, volvió a abordarme en la parada del autobús.

–¡Nina! –exclamó. Me volví, nerviosa pero ya sin temor.

–¿Qué quieres?

–Tenemos que hablar del trabajo.

Reí mirando hacia el costado y volví a él.

–No trabajaré contigo, Wayne.

–¿Por qué no?

–Porque no quiero. Tomaste una decisión que me involucra sin consultarme.

–Si lo hubiera hecho, habrías dicho que no.

–Lo repetiré: no.

Giré sobre los talones para mirar la carretera. Por suerte, vi venir el autobús.

–¿Al menos podrías decirme la razón? –insistió.

Dejé de pensar y comencé a actuar por impulso. Volví a mirarlo, dándole la espalda a la fila.

–¿En serio lo preguntas? Llevo soportando tu acoso desde que entré a esta escuela cuando teníamos trece años.

–De acuerdo. Dime todo lo que he hecho.

–No tengo ganas.

–¿Cómo quieres que entienda si no me doy cuenta y tú no hablas?

Sentí tanto fuego arder en mi interior que todo se desbarrancó.

–Para empezar, a los trece años te burlaste de mí cuando tuve un episodio mientras daba una lección de Geografía.

–¿Qué episodio? –consultó con el ceño fruncido.

–¿Cómo puede ser que no lo recuerdes? Fue similar al que sufrí el día del accidente en el aula de Literatura. Dijiste que estaba menstruando por la nariz.

–¿Eso dije?

Negué con la cabeza, tan ofuscada que podría haber gritado.

–¡Qué fácil olvidan los acosadores y qué lento pasa todo para las víctimas!

–Lo siento. Cuando tenía trece años, yo… Estaba pasando un momento difícil. Pero no tengo excusa. No debí hacer esa broma.

–Lo que dijiste comenzó un calvario para mí en esta escuela. ¿Sabes cuántas he pisado?

–No tengo idea. Cuéntame.

–Siete.

–¿Siete?

–¡Siete!

En ese momento, el ruido fuerte de un motor cubrió cualquier otro sonido del ambiente. Giré sobre los talones. El autobús pasó frente a mi nariz como si se burlara de mí.

–¡Mi autobús! –exclamé.

Volví a mirar a Wayne, dispuesta a regañarlo por eso también. Ahora que había empezado, no podía detenerme. Sin embargo, su mirada de cielo calmo hizo que me tragara las palabras.

–¿Puedo llevarte a casa? –preguntó.

–El otro día me golpeaste con una pelota –pronuncié, angustiada.

–Lo sé. Debí disculparme, pero actué como esperabas.

–La gracia de hacerle daño a alguien es no disculparse.

–No entiendo.

–¿Por qué te disculparías si lo hiciste a propósito?

–Fue sin querer, te lo juro. Es cierto que nadie debería pasar por allí cuando estamos jugando. Pero eso no importa ahora, espero que tu cabeza esté bien. ¿Te duele? –preguntó y de pronto me tocó justo donde la pelota me había golpeado.

–¿Qué haces? –dije, apartándome.

–Lo que debí hacer en ese momento.

Permanecí mirándolo en silencio durante unos segundos, sin poder creer lo que estaba sucediendo. Nada tenía sentido.

–No se puede volver el tiempo atrás –lancé.

–Lo sé.

–Robaste mi lugar en el estacionamiento el otro día.

–¿Cuándo?

–No te hagas el tonto, estoy segura de que eso sí lo recuerdas.

–Nina, te juro que no. Hace dos años que ni siquiera recuerdo que existes excepto cuando alguien

te nombra.

–¿Tú inventaste eso de Carrie?

–No.

–¿Entonces quién? –Permaneció en silencio–. ¡¿Quién?!

–Fue Paige. ¿Qué importa? Todos somos responsables.

Di un paso hacia él respirando con agitación. Quedamos tan cerca que pude sentir su perfume. Para empeorar todo, su mirada delató que era sincero.

–No quiero que te acerques por lástima o porque te sientes en deuda.

–Jamás me despertaste lástima. En cuanto a la deuda… Más bien diría que me siento agradecido, pero no estoy acercándome por eso.

–¿Entonces por qué? No somos amigos.

–Aún.

–¡Jamás!

–Al menos comienza por desbloquear mi número. Necesitaremos comunicarnos para hacer el trabajo.

–Lo pensaré.

–¿Qué más hay en la lista?

–¿Qué lista?

–La de cosas que hice o crees que he hecho.

–¿Qué sentido tiene? Podría seguir toda la tarde y tú no recordarás nada.

–Creo que solo soy culpable del asunto de la menstruación. Lo demás lo hice sin intención, ni de herirte ni de llamar la atención. No importa. Si eso te lastimó, me haré responsable también.

Lo miré en silencio, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo. Ese chico no era Wayne. O, al menos, no era el Wayne que yo creía conocer. Fuera de todo contexto, se me cruzó por la mente el naipe del sol. ¿Entonces no simbolizaba su infantilismo? Lo que estaba diciendo era muy maduro. ¿Podía darle crédito a ese vínculo?

–Deberíamos terminar esta conversación.

–Está bien. Podemos retomarla cuando quieras. Seguro falte mucho para que pase otro autobús.

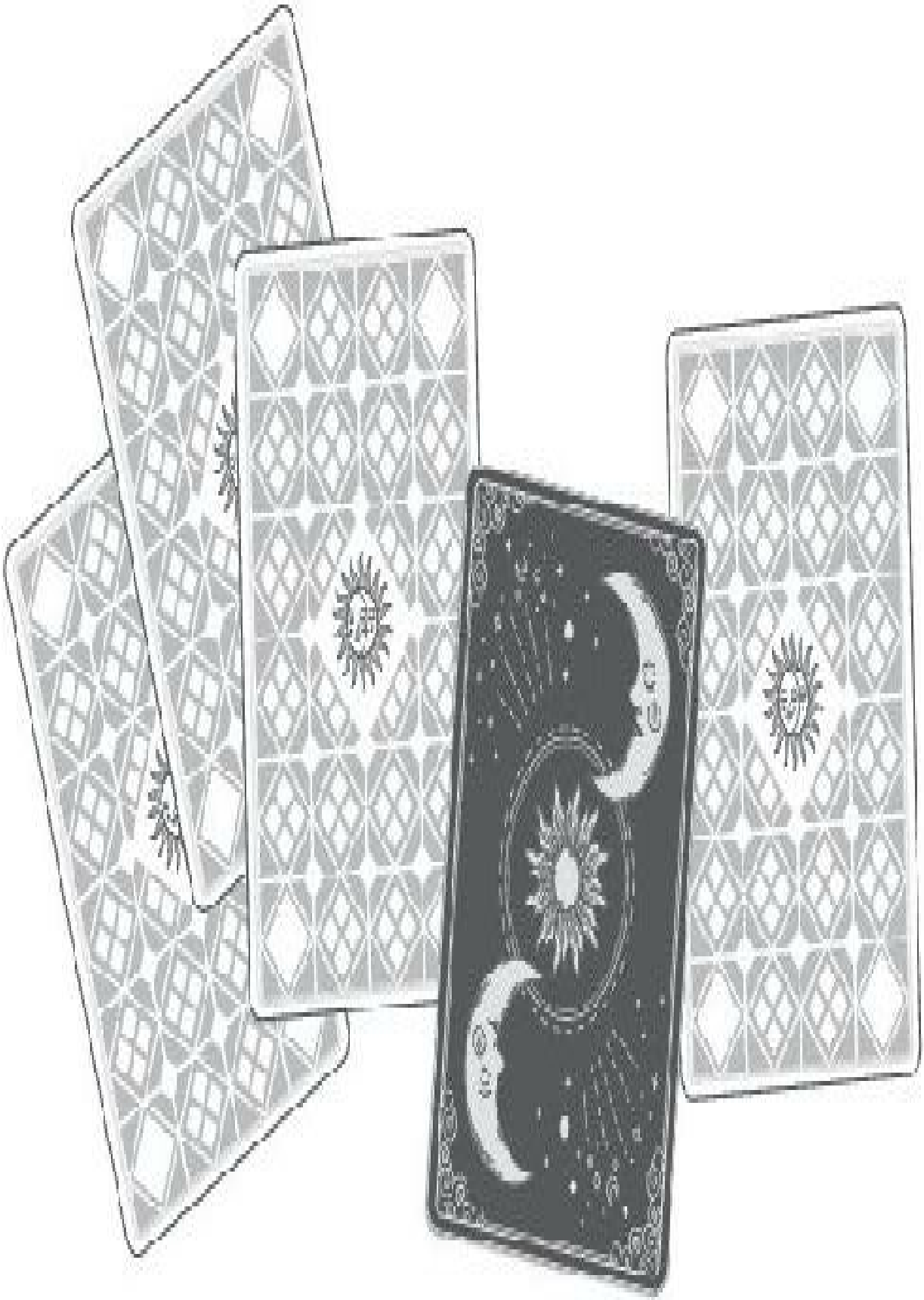
¿Aceptas que te lleve a casa?

–No.

–Nina…

Suspiré.

–De acuerdo.



10

Nina

SUBIR A UN AUTOMÓVIL QUE YA NO DEBÍA EXISTIR FUE LA PRUEBA MÁS NOTORIA de que Wayne tampoco, mucho menos nuestra interacción.

Nunca había estado en un coche tan asombroso. Había más luces en ese tablero que en el cielo de un descampado. El estéreo se encendió junto con el motor. Comenzó a sonar Would?, de Alice In Chains.

–¿Te gusta el auto? –preguntó Wayne, haciendo marcha atrás. Lo miré sin entender–. Lo estás observando de una manera peculiar –explicó.

–No me di cuenta –dije, apresurada, y me abroché el cinturón de seguridad. Energías, protejan este vehículo mientras me encuentre en él. Debí de parecerle todavía más rara que de costumbre. Si tan solo hubiera podido confiarle lo que se cruzaba por mi mente en ese momento…–. ¿Cómo está tu brazo? Llenaron las noticias diciendo que te involucraste en el accidente como un héroe.

–Supongo que ser el hijo de mis padres tiene esas ventajas. Estoy mejor, gracias por preguntar.

Entendí a qué se refería con “esas ventajas” a la perfección. Por ejemplo, a que el entrenador no lo regañara o a que hablaran bien de él en los medios de comunicación mientras que a mí, por poco, me habían despedazado como a una bruja en una hoguera de la Edad Media.

Seguía sorprendiéndome la claridad con que Wayne analizaba su propia vida; jamás hubiera apostado a que era tan lúcido. Tal vez sí me había equivocado al juzgarlo. Pero ¿acaso era posible? ¿En serio ni siquiera me registraba y nada de lo que yo creí que me había hecho era personal? Sentí que un castillo de naipes se deshacía con el viento.

–¿A dónde te llevo? –indagó. Le dije mi dirección. Dobló para tomar otra carretera.

Observé sus dedos en el volante, los rastros de la quemadura en su brazo, sus hombros. Su rostro atractivo, sus ojos azules, su cabello rubio. Quizás, el sol era él mismo.

Me volví hacia adelante de inmediato, asustada de mis propios pensamientos. Mi ropa y mi cabello negro en oposición a su tono de oro evidenciaban que éramos polos opuestos. ¡Se trataba de Wayne Bennett! Objetivamente, siempre había sido atractivo por su físico. Solo que jamás me había parecido así hasta ahora que, por lo visto, era mucho más que un cuerpo y un rostro bonitos.

–¿Crees que no debería conducir más? –preguntó de repente y, así, logró arrancarme de mis

pensamientos. Al mirarlo descubrí que había una intriga genuina en sus ojos.

–¿Por qué lo dices?

–Sé que te prometí que no preguntaría sobre el accidente. Cumpliré, pero es imposible que no me sienta intrigado sobre lo que ocurrió esa noche.

Debí imaginar que esa maldita noche era el origen de su planteo.

–Lo siento. Estaba ebria. No sabía lo que hacía –argumenté. Rio.

–Está bien, no tienes que contarme nada. Tan solo no mientas, por favor. No estabas ebria.

–¿Entonces crees que estoy loca? Debí suponerlo.

Fingí que estaba a la defensiva aunque no fuera cierto. Entendía su curiosidad, pero ni siquiera mi padre conocía mi condición. Era impensado confesársela a un chico que, hasta hacía unas horas, creía un acosador .

–Si creyera que estás loca, no sentiría intriga, pues pensaría que ya tengo una respuesta. Lo que dijiste justo antes de que el coche se estrellara…

–Ah, sí. La policía me contó. Entendiste mal. Lamento que, posiblemente, te hayas torturado todos estos días con una frase que nunca existió.

–Tampoco me gusta que me tomes por idiota, así que mejor volvamos al asunto original: ¿crees que debería dejar de conducir?

–¿Por qué lo consultas conmigo? ¿Acaso tengo aspecto de adivina?

–Sí, bastante.

–Mi nivel de adivinación llega hasta este límite: no deberías conducir si bebiste alcohol o si consumiste esa cosa que les gusta a ti y a tus amigos. Ya sabes, la “hierbita”.

–¿Nos viste fumar marihuana? –se sorprendió.

–Sí, en la arboleda que está detrás del edificio principal del colegio. Son muy obvios. Supongo que, si no los han amonestado hasta ahora, es porque eres “el hijo de tus padres”, como mencionaste hoy.

–¡Vaya! No te cansas de abofetearme.

–¿En serio? Que yo sepa, tú eres el que me arrojó una pelota de softball por la cabeza.

–Ya te dije que fue sin querer. Además, no me refiero a una bofetada real. Castigas mi orgullo. Es difícil de explicar, ojalá me haya dado a entender.

Claro que lo entendía. Me sorprendió comprenderlo tan bien.

–No, no te entiendo, Wayne. Eres muy extraño. Después dicen que la rara soy yo.

–No soy un adicto, ni nada parecido. Casi nunca fumo hierba y solo bebo en ocasiones especiales –aclaró.

–Es tu problema, no me interesa. Tan solo no lo hagas si vas a conducir, podrías poner en riesgo a alguien más. Te lo dice tu pitonisa –bromeé, estirando unos dedos que moví cerca de su rostro. Él rio.

Siempre creí que tenía una risa superficial y egocéntrica. Allí, en ese auto que ya no debía existir, en un momento que nunca debió pasar, me pareció que, en realidad, era auténtica e inocente, incluso un poco triste. Quizás el verdadero Wayne también había sido invisible, como yo.

–¿Desbloquearás mi número para que podamos avanzar con el trabajo? –consultó.

–Ya te dije que lo pensaré y que no haremos ningún trabajo juntos.

–¡Ah, vamos! ¿Cómo podrías hacer amigos si no permites que nadie entre en tu mundo?

–No quiero ser tu amiga.

–¿Por qué no?

–Porque, hasta hace media hora, eras mi acosador.

–Ya te expliqué que…

–Sé lo que dijiste. Pero una cosa es oírlo y otra, creerlo.

–Permíteme demostrártelo.

–Lo pensaré. ¡Qué suerte!, ya estamos llegando a mi casa.

–"¡Qué suerte!". Lo dices cada vez que estás por deshacerte de mí. ¿Entiendes a lo que me refiero cuando digo que destrozas mi orgullo?

–Por suerte te sobra orgullo, así que estarás bien.

Guardamos silencio hasta que se detuvo en la puerta de mi casa. Le dije "adiós" con intención de bajar, pero él me llamó y me volví. Sentía un deseo profundo de seguir allí mucho tiempo más aunque no se lo dejara ver.

–Si no vas a desbloquearme, ¿al menos me dices tu usuario en alguna red social? –pidió.

–No tengo.

–¿Cómo que no tienes?

–Por su culpa lo pasé muy mal. Estoy bien así.

–¿Cómo escogeremos el libro para el trabajo si no podemos comunicarnos? –preguntó.

No le encontré sentido a continuar negándome a trabajar con él cuando mi corazón quería hacerlo, así que respondí:

–Llevaré un papel con tres opciones al colegio. Tú llevas otras tres, me las muestras y decidimos cuál se ajusta mejor a las consignas. Ponemos metas de lectura por día, dividimos los puntos y trabajo resuelto.

–Pensé que podíamos ir a la librería mañana a la salida del colegio.

–¿Para qué?

–Para mirar qué hay, escoger… Te invito a una cafetería después.

–¿Estás loco? –exclamé, riendo a la vez que hacía un gesto con la mano–. ¡Qué pérdida de tiempo!

–¡Y ahí va de nuevo! Para un poco, si sigues yendo tan rápido, pronto te quedarás sin orgullo mío que maltratar. Dame una tregua. Permíteme unas horas para recargarlo y atacas de nuevo mañana.

Ahogué la risa. Estaba muerta de ternura.

–Lo siento –susurré.

–¿Sabes para qué existen los trabajos en equipo? Para reunirte y pasarlo bien con tus amigos.

–Pero nosotros no somos amigos.

–Al menos somos compañeros. Eso tiene evidencia real, como los listados de las asignaturas, así que no podrás contradecirme.

Lo miré con los labios apretados, insultando las señales que me aquejaban cuando no quería y que, en cambio, cuando las necesitaba no aparecían. ¡Ojalá hubiera podido predecir en qué terminaría todo eso!

–¿Es una apuesta? –arriesgué–. ¿Apostaste con tus amigos que te acercarías a mí para burlarte, o algo parecido, y tener material para reírse hasta que terminen el colegio?

–No –dijo con seriedad. Un instante después, su mirada casi ofendida cambió a una llena de paciencia–. No es una apuesta, ni lástima, ni agradecimiento. Aunque eso último ya te dije que sí lo siento. Sé que, después de lo que hice, debe ser difícil para ti, pero tal vez solo deberías

confiar un poco. Dime: luego de lo que te dije a los trece años, ¿volví a decirte algo tan horrible alguna vez?

–No, pero tus amigos sí.

Me miró en silencio. Después de un momento, agachó la cabeza.

–Está bien –contestó–. Tienes razón: ser cómplice es hacer daño también, así que ganaste por hoy. Pero no desistiré: quiero ser tu amigo.

–¿Por qué?

–No sé. Tan solo lo deseo.

Maldito caballero de bastos.

Respiré hondo y dejé escapar el aire despacio. Extraje el móvil y comencé a manipularlo mientras me humedecía los labios.

–Te daré una oportunidad. Una sola, caballero de bastos.

–¿Caballero de qué?

–Ustedes me llaman Carrie desde hace años, soporta un apodo una vez. No te preocupes, te prometo que es uno bueno. Listo –dije y le mostré el móvil–. No solo te desbloqueé, sino que incluso te convertiste en mi onceavo número guardado.

–¿Solo tienes once contactos?

–Soy una persona de calidad y no de cantidad.

–¡Guau! Gracias –exclamó con una sonrisa genuina–. Me siento honrado de haber saltado la valla.

–¡Eh, no tan rápido! Desacelera el caballo; apenas te has aproximado a la cerca. Nos escribimos más tarde por el asunto de la librería –concluí, a punto de abrir la puerta–. Ah, y gracias por traerme a casa.

–Gracias por permitirme acercarme –contestó.

Le dediqué una mueca parecida a una sonrisa y salí del coche. No lo escuché irse hasta que había entrado a mi casa.

Apoyé la espalda en la puerta con los ojos cerrados. ¿Qué había sido todo eso? ¿Por qué mi corazón latía tan deprisa? Se parecía al miedo, pero no era. Más bien lucía como excitación.

Extraje el móvil y miré la fotografía de perfil que Wayne tenía en la aplicación de mensajería. No la había investigado antes, cuando me había escrito, porque jamás pensé que me interesaría

contestarle. Estaba en un yate, mirando al costado, sonriente y con el sol detrás. ¡Qué pena que mi corazón latiera tan rápido! No quería ilusionarme.

–¿Y esa sonrisa? –preguntó mi padre.

–¿Qué sonrisa? –repliqué. Me señaló la boca–. Auch, duele –bromeé, apretándome las mejillas con una mano mientras que, con la otra, guardaba el móvil–. ¿Qué haces aquí? ¿No tenías clases hoy?

–Se hizo cargo un colega. Fui a buscar tu auto; está en la cochera.

–¿Ya funciona? –me entusiasmé.

–Sí, pero me dijo el mecánico que está un poco viejo y que deberíamos pensar en cambiarlo. Me gustaría regalarte otro para tus dieciocho, pero ya sabes cómo han estado nuestras finanzas en este último tiempo. Entre el préstamo para la compra de la casa y los ahorros para la universidad… Aunque tendrás una beca, hace falta dinero para…

–Papá, no te preocupes –lo interrumpí–. Me gusta este coche. Lo haremos durar lo máximo posible.

–¿Por qué estás de tan buen humor? –indagó.

–Creo que tengo una especie de amigo –confesé. Era imposible ocultarle que estaba contenta, se me escapaba por los ojos.

–¿De verdad? –La alegría de él también se manifestó–. ¿Es un amigo o algo más?

–¡Oh, no, no! –me apresuré a exclamar, como si acabara de ofrecerme un veneno–. Nada de eso. Tiene novia. Es solo que nunca tuve un amigo real. ¿Te acuerdas de Fin? Se comportó como un idiota. ¿Y Leah? Me hizo perder las ganas de tener amigas. Espero que este no lo arruine todo. Tiene altas probabilidades de hacerlo.

–¿Por qué? ¿Cómo se llama? ¿Lo conozco?

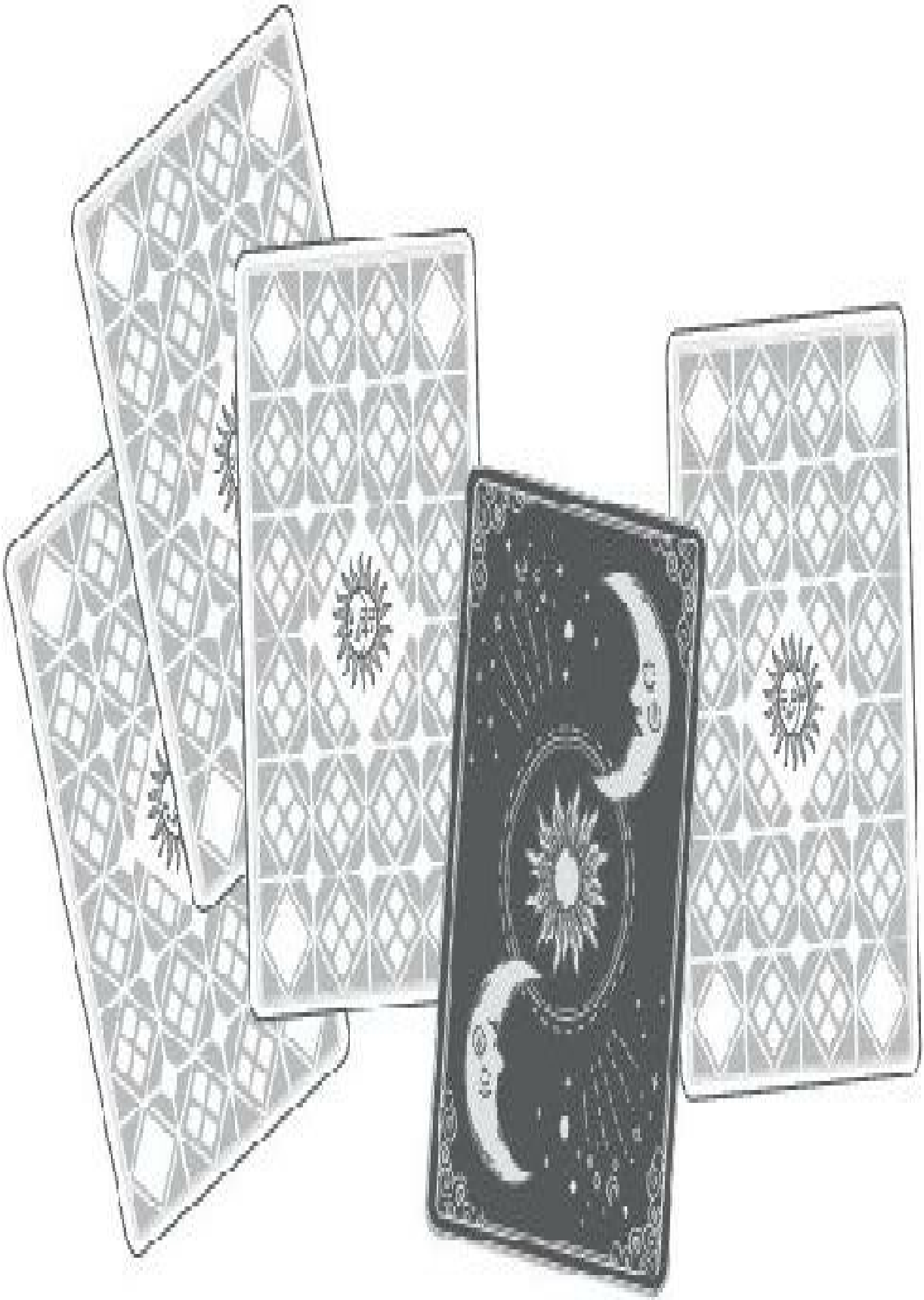
Me dio impresión decirle que se trataba de Wayne Bennett así que tan solo contesté que no. Robé una galleta de las que había junto a su taza de café y me encaminé a las escaleras.

–Nos vemos después. Tengo mucha tarea que hacer –me excusé.

–Recuerda que esta noche me quedaré en lo de Allen.

–No hay problema. Que se diviertan.

No era cierto que tuviera tanta tarea, así que primero pasé un buen rato en el escritorio, agregando detalles al dibujo de mi caballero de bastos. No quería que fuera tan obvio, pero con algunos retoques, el rostro terminó pareciéndose ligeramente al de Wayne.



11

Wayne

HABÍA SIDO UN DÍA EXTENUANTE. NI SIQUIERA CUANDO COMPETÍAMOS EN softball contra el mejor equipo de la región terminaba tan exhausto. Aun así, a la vez me sentía extrañamente excitado. Contento.

Todo comenzó a la salida de la clase de Literatura, cuando Paige me abordó para cuestionarme por qué había escogido trabajar con Nina.

–¡Me contradijiste delante de todos! –protestó, apoyando un dedo acusador en mi pecho. Estaba muy molesta.

–Más bien creo que hice valer mi deseo –contesté.

–¿Desde cuándo deseas trabajar con Carrie?

–No se llama Carrie. Y no sé. No sé qué decirte.

–¿Se supone que tengo que conformarme con esa mierda de respuesta? Eres un egoísta. Desde ese maldito accidente no me prestas ni el más mínimo de atención. ¿Qué haremos esta noche? ¿Puedo dormir en tu casa? No creo que a tus padres les importe.

–Tengo que estudiar y todavía me duele el brazo.

–Pareciera que no quisieras verme.

–Lo siento. No se trata de ti. Necesito tiempo a solas.

–¡Hacer un trabajo con Carrie no significa estar solo, sino con ella!

–Escúchate: continúas llamándola “Carrie” y a la vez te molesta que hagamos un trabajo juntos. ¿Por qué le tendrías miedo si para ti es tan patética?

Aunque rio con sorna intuí que, en el fondo, se sintió descubierta.

–¡Claro que no le temo a Carrie! Jamás podría competir conmigo. Solo me molesta que me dejes sola. Pareciera que, para ti, yo no fuera importante y ella ya no fuera una ridícula.

–Nunca lo fue. Pero un día, yo sí fui un idiota de trece años que llamaba la atención haciendo bromas sin pensar en cómo afectarían a los demás.

–¿Entonces es eso? ¿Te acercas a ella por culpa? ¡Intentó asesinarte! Deberías consultar con un profesional, puede que padezcas ese síndrome del que se enamora de su secuestrador. ¿Cómo se llama?

No tenía sentido repetirle que Nina no había intentado matarme, mucho menos aclararle que no estaba enamorado de ella. Respiré hondo y, sin pensar, la abracé. Por más que no fuera una acción nueva para los dos, era algo que nunca había sentido hacer antes. No había existido afecto real entre nosotros hasta ese momento, solo sexo. ¿Qué clase de novios éramos si solo nos considerábamos objetos de placer?

–Lo siento. No es que no quiera pasar tiempo contigo. Tal vez necesite que sea diferente –confesé. Se apartó y me miró sin soltarme.

–¿Diferente cómo? ¿Qué tiene de malo lo que hacemos?

–Paige, ¿alguna vez has pensado en la muerte?

El instante de silencio que siguió a mi pregunta pronosticó su reacción.

–Me preocupas. Estás perturbado por ese accidente. No, no pienso en la muerte. Prefiero pensar en vivir.

–Sí, eso también. Pero…

–Termina con las tonterías, te lo ruego. Vayamos a la arboleda y fumemos un poco. Tal vez así se te quiten las ideas absurdas.

–Sabes que yo no compro cigarros.

–Yo tengo.

Bajé la cabeza.

–Perdona, no quiero. Ve a clases. Llegarás tarde a Deportes.

Se cruzó de brazos y me miró, furiosa.

–¿Cuánto tiempo más tendré que soportarte actuando de esta manera?

–No lo sé.

–Vete a la mierda, Wayne.

Giró sobre los talones y se marchó. ¿Desde cuándo me costaba tanto estar con Paige? Desde que intentaba que nos comunicáramos en serio, tal vez.

Después de eso, ocurrió lo de Nina. Primero, su molestia en la parada de autobús. Después, sus ataques en el auto. Por último, la especie de acuerdo al que llegamos.

A pesar de que con Paige todo había salido mal, lo otro me reanimó y me arrojé sobre la cama con una sensación agradable. Olvidé que mi brazo continuaba recuperándose y, cuando apoyé el dorso en mi frente, tuve que apartarlo por el dolor. Me quedé tendido e inmóvil, recordando la manera tan extraña en que Nina miraba mi coche ni bien subió y su agenda de tan solo once contactos. Pensé también en su blusa negra y en el cordón verde oscuro que llevaba anudado en el cuello. Recordar nuestra conversación me hizo sonreír.

Busqué los mensajes que le había enviado desde la aplicación. Como ahora me había transformado en un número guardado, pude ver su imagen de perfil: un dibujo del sol y de la luna en negro, blanco y azul. Por el estilo similar al de las imágenes que habían caído de su carpeta cuando ese chico se la había llevado por delante junto a los casilleros, no tuve dudas de que lo había hecho ella. Era una gran artista.

"¡No subas a ese auto! Si subes, morirás. Todos morirán. ¡No lo hagas! ¡No mueras!". La frase no dejaba de dar vueltas por mi cabeza.

Ya había terminado casi todos los libros que había descargado sobre la muerte y el más allá. Seguía bastante atemorizado, por eso busqué otros e hice una lista con algunos que podía comprar. Cuando terminé, realicé nuevas búsquedas: "premoniciones", "presentimientos", "intuición", "adivinación".

Comencé a leer esa misma noche. Me enteré, entre otras cosas, que mucha gente había soñado con el atentado a las Torres Gemelas antes de que ocurriera y de que el presidente Lincoln había soñado con su propia muerte poco antes de que sucediera. También de que la ciencia admitía que ciertos tipos de sueños podían ser indicios de futuras enfermedades, como el Parkinson. Era increíble todo lo que se podía aprender cuando se dejaba de lado la lógica. Aun así, no sabía si continuar por ese camino resolvería mis dudas. Más bien sentí que me abriría tantas puertas que luego no sabría cuál elegir.

Esperar que Nina me escribiera para acordar nuestro paseo por la librería sería ingenuo, así que me comuniqué yo antes de que fuera más tarde.

Wayne

Hola, pitonisa. ¿Ya decidiste si aceptas que vayamos a la librería mañana?

Nina

Hola, caballero de bastos. Hay demasiadas opciones de libros en internet, así que supongo que restringirnos a las mesas de novedades de una librería sería una buena opción. ¿Vamos en mi auto después de clases?

Wayne

¿Ya está reparado? Claro. Supongo que esa propuesta significa que, en realidad, crees que debería dejar de conducir.

Nina

Jajaja. Tranquilo, todo estará bien si continúas conduciendo. Solo te estoy permitiendo avanzar un paso más en mi mundo. ¿No era eso lo que querías?

Wayne

Tu contacto número once está muy contento. Gracias.

Nos vemos mañana.

Nina

Nos vemos.

Antes de dormir, busqué “caballero de bastos” en internet. Tenía razón: no solo era un buen apodo, sino que me sentí identificado con él. “Hombre joven y enérgico”, “puede representar a deportistas”, “persona en busca de un deseo”, “cambios”, “pasión, vida, erotismo”. La ilustración de la carta, un sujeto a caballo sosteniendo un bastón, me recordó más frases de Nina: “¡Eh, no

tan rápido! Desacelera el caballo”. Volví a reír.

Resultaba evidente que sabía de tarot. ¿Sería esa la fuente de su conocimiento sobre el accidente? Me pareció imposible; dudaba de que un conjunto de naipes pudiera detallar con precisión un choque y la muerte de una cantidad exacta de personas. Continuaría investigando.

La mañana siguiente, estacioné mi automóvil junto al suyo. Descendimos al mismo tiempo y nos miramos. Había cambiado la blusa negra por una de color marfil. Otra vez tenía el cordón anudado al cuello y un bello delineado en los ojos. El verde destacaba en la piel pálida de su rostro enmarcado por el cabello oscuro.

–Hola –dije.

–Hola –respondió.

En ese momento, alguien se colgó de mi espalda. Giré para quitarme a la persona de encima. Peter estalló en risas.

–¿Cuándo volverás a ser mi chofer?

–No sé si volveré a serlo alguna vez. Me da impresión conducir.

–¡No digas eso, Wayne! ¡Te necesito! Odio que mi madre me traiga hasta la puerta como un niño.

–Lo siento.

Cuando volví a mirar hacia el coche de Nina, ella había desaparecido.

Desde la primera asignatura de ese día, Paige se sentó a mi lado. Estaba más demostrativa que nunca, me acariciaba la pierna por debajo del pupitre e incluso llegó a tocarme el brazo de manera tan obvia que la profesora le llamó la atención.

Aunque no quisiera, me dispersaba por Nina. Ella, en cambio, ni siquiera me miraba. Prestaba atención a las explicaciones y copiaba mientras los profesores hablaban. En el tiempo libre entre la explicación y las actividades, dibujaba. Hacía las tareas muy rápido y volvía al dibujo. No alcanzaba a ver de qué se trataba desde mi banco. Parecía de estilo oriental.

–¿Vamos al club del amigo de tu padre el sábado? –consultó Paige en voz baja.

–No creo que acepte que volvamos a ingresar siendo menores de edad después de lo que ocurrió. Además, no estoy de ánimo para regresar allí.

–Acaba con eso, no puedes pasarte la vida encerrado o haciendo trabajos con una rarita. Vayamos a bailar, ¿sí?

–Solo si no la llamas “rarita”.

–¿Me pasas a buscar?

–Si me decido, te avisaré.

Por el momento, no tenía ganas de pisar el club. Los recuerdos de la noche del accidente me atormentaban tanto como saber que Loreena, la amiga de Giulio, continuaba en el hospital, recuperándose de las quemaduras que habría sufrido yo si Nina no hubiera impedido que me fuera con ellos.

–Wayne. ¡Wayne! –exclamó la profesora. Regresé a la realidad y la miré–. ¿Podrías mencionar lo que acabo de decir?

–Lo siento, no escuché.

–Me di cuenta. Presta atención, no repetiré la explicación –advirtió y continuó hablando de cálculos.

Esa profesora me caía bien. Le importaba poco que fuera “el hijo de” y me trataba como a cualquier otro estudiante.

A la salida, intenté ponerle una excusa a Paige para no llevarla a casa. Continuó insistiendo a pesar de repetirle que todavía no sentía que mi brazo estuviera óptimo para conducir y que me daba impresión hacerlo, como le había dicho a Peter. Me parecía injusto para ella y para Nina ocultar nuestro plan, como si estuviéramos haciendo algo prohibido. Supuse que, de todos modos, Paige me seguiría hasta afuera y vería que me iba con ella o se enteraría en algún momento, así que terminé diciéndole la verdad.

–¿No pueden buscar opciones por internet, como haremos en nuestro grupo? ¿Fue su idea? No vayas. No quiero que pases tiempo con ella.

–No te estoy pidiendo permiso. Ni siquiera se lo pido a mi madre.

–Odio que mi novio pase tiempo con otras chicas, eso es todo. Ya ves lo que ocurre cuando haces cosas sin mí: fuiste al club aun cuando te dije que mis padres se habían puesto pesados y así terminaste.

–¿De qué estás hablando?

–Debiste quedarte en casa si yo no podía ir.

–Es suficiente. Adiós, Paige –dije y me encaminé a la puerta, indignado.

–¡No me dejes con la palabra en la boca!

–Nos vemos mañana –respondí sin volverme.

Subí a mi automóvil, salí del predio de la escuela y lo estacioné en una calle cercana. No podía

dejarlo dentro de la institución; si regresábamos cuando ya hubiera cerrado, no tendría forma de hacerme con él hasta el día siguiente. Desde allí le avisé a Nina para que pasara a buscarme.

Me entretuve con el móvil hasta que oí una bocina. Miré al costado y la vi en su coche; lo había detenido junto al mío. Bajé rápido y me apresuré a llegar al de ella antes de que se acumulara tránsito detrás y los conductores comenzaran a reclamar.

Aunque nos habíamos saludado en la mañana, repetimos la secuencia mientras me abrochaba el cinturón de seguridad. Sentí una energía muy poderosa, algo raro que jamás había experimentado. Observé el entorno, el extenso cabello de Nina sobre uno de sus pechos, los adornos que pendían del espejo retrovisor. Toqué con un dedo el pequeño naipe con la rueda de la fortuna y el dije del gato negro que estaban entre unas cintas rojas.

–¿Crees en la suerte? –pregunté.

–Creo que todo está en constante cambio –respondió.

Poco a poco, el malestar que sentía en mi casa y en la escuela se fue diluyendo en una sensación de paz. Mientras estaba con Nina, solo existía un extraño bienestar que ni siquiera desaparecía cuando nos desafiábamos. Eso, a diferencia de rodearme de gente o de beber, me divertía de verdad.

Una vez en el centro comercial, comenzamos a caminar en busca de la librería. Me entretuve mirando el escaparate de una tienda de artículos deportivos hasta que Nina suspiró.

–Déjame adivinar: “Wayne, ¿te falta mucho? Estamos perdiendo el tiempo” –dije, girando la cabeza para mirarla.

–No tienes un buen futuro como adivino –respondió.

–¿Qué estabas pensando entonces mientras suspirabas?

–Es privado.

–¿Existe algo público que puedas contar?

–Sí, pero no a ti.

Sonreí apretando los labios. Ojalá algún día Nina comprendiera que no tenía que defenderse todo el tiempo, al menos de mí. Derribaba mi orgullo solo con mirarme. A la vez, ya no sentía que tuviera que acoplarme a los deseos de otros. Ansiaba su amistad porque podíamos ser auténticos; su honestidad me llevaba a sincerarme con ella y conmigo mismo.

En la librería, comenzamos por la primera mesa de novedades. Aunque recogimos varios ejemplares y leímos las sinopsis, ninguno nos llamaba la atención lo suficiente para hacer un análisis de él, como pedía el trabajo.

Sin darnos cuenta, terminamos en pasillos diferentes. Abandoné las mesas y revisé las estanterías. En una de ellas encontré un libro que, por su título, me atrapó. Lo recogí y leí de qué se trataba: era la experiencia de un hombre que había estado muerto y, según él, viajó al más allá. Me lo llevé junto con otro que tenía en la tapa un barco con dos chicos y una muchacha.

–¿Qué te parece este? –pregunté a Nina, mostrándole el de los jóvenes. Ella lo tomó y lo miró por arriba.

–¿De qué se trata?

–Tres chicos de vacaciones en la playa. ¿Qué puede salir mal?

–Todo. –Me miró–. Uno de ellos puede ser un asesino serial y no lo saben. O quizás alguno muera ahogado por culpa de sus amigos y el resto tenga que lidiar con su cadáver. También puede que se vayan de paseo en un barco, naufraguen, se queden sin alimento y tengan que empezar a comerse unos a otros como caníbales.

Me eché a reír.

–¡Nina! ¿Eres siempre tan dramática?

–La mayoría de las veces.

–Es cierto: no puede existir un libro sin conflicto; sería aburrido y nadie lo leería. Pero no creo que sean esos. Apostemos algo.

–Un chocolate –contestó enseguida.

–De acuerdo. Entonces, si el conflicto es alguno de los que mencionaste o cualquier otra cuestión trágica, te ganas un chocolate. En cambio, si llega a ser algo más tranquilo, me gano que aceptes ir al cine conmigo. ¿Tenemos un acuerdo?

–Bien –respondió; me pareció que contenía una sonrisa.

Recogí un ejemplar más del libro para ella y nos dirigimos a la caja.

–¿Me das el mío? –solicitó.

–Yo invito.

–¡No necesito que compres mi libro!

–Lo sé. Lo hago porque quiero.

–Pero yo no.

–¿Disculpen? –dijo la cajera. Ninguno de los dos le prestó atención.

–¿Qué tiene de malo que te haga un regalo? –cuestioné.

–¡No quieres hacerle un regalo a Carrie, Wayne!

–¿Van a pagar o qué? –se ofuscó la mujer.

–Sí, disculpe –dije y le entregué los ejemplares junto con mi tarjeta de crédito.

–¿Por qué llevas ese libro? –preguntó Nina, señalando el del escritor que había estado muerto.

–Desde la noche del accidente tengo un poco de miedo. Me gustaría saber qué hay después de la muerte en caso de que me toque irme pronto. Es decir, ¿crees que el tiempo que estoy viviendo sea prestado y pueda terminar en cualquier momento? Tal vez deba compensar al destino, como en las películas, o algo parecido.

Su mirada desafiante se extinguió en un océano verde profundo. Me observó por un instante y se humedeció los labios.

–No lo sé –susurró.

–Aquí tienen –dijo la cajera, entregándome el paquete con los libros y mi tarjeta.

–Gracias –contesté, recogiendo todo, y comencé a caminar hacia la salida. Nina tardó un poco en seguirme.

Tal como había prometido, la invité a una cafetería. Me sorprendió que aceptara enseguida, sin oponer resistencia.

–Tenemos que armar el plan de lectura –comentó mirando el móvil mientras bebíamos unos batidos–. El libro tiene treinta capítulos. ¿Te parece bien si leemos cinco por día? Completaríamos la lectura en menos de una semana y tendríamos dos para hacer el trabajo.

–Es el plan perfecto.

–Puedes ocuparte de las consignas uno a cuatro. Yo, de la cinco a la ocho.

–Las tuyas son las más difíciles. ¿Podemos hacer todo los dos juntos?

–No necesitamos reunirnos para copiar y pegar una biografía de internet –replicó. Me respaldé en la silla de brazos cruzados, a punto de desistir: Nina jamás cedería. No se trataba solo de que los demás no quisieran ser sus amigos, sino de que ella no se abría–. Pero sí para el resto de las consignas.

Las palabras me tomaron por sorpresa.

–¿Estás aceptando reunirnos? –pregunté para estar seguro.

–Sí. Puedes venir a mi casa cuando terminemos de leer. Mientras tanto, vayamos comentando los

capítulos por chat; no creo que sea bueno conversar en el colegio.

–¿Por qué?

–No sé cómo una novia tóxica que me llama Carrie puede pensar que su novio la engañaría conmigo. ¡Como si a mí me interesara el chico! –rio.

Tardé un momento en comprender. Más allá de la nueva bofetada a mi orgullo, me asombró que la actitud de Paige fuera tan obvia. Sin duda excedía el hecho de que Nina tuviera mucha percepción.

–Pues la novia tóxica tendrá que acostumbrarse a que el chico quiera nuevas amistades –respondí.

Por lo menos, esta vez no discutió el hecho de que, en algún momento, pudiéramos ser amigos.

Mientras ella conducía de regreso a donde yo había dejado mi automóvil, deshice el paquete de la librería y deposité su ejemplar en la gaveta.

Para cuando llegamos, la calle ya se había despejado y pudo estacionar detrás de mi vehículo.

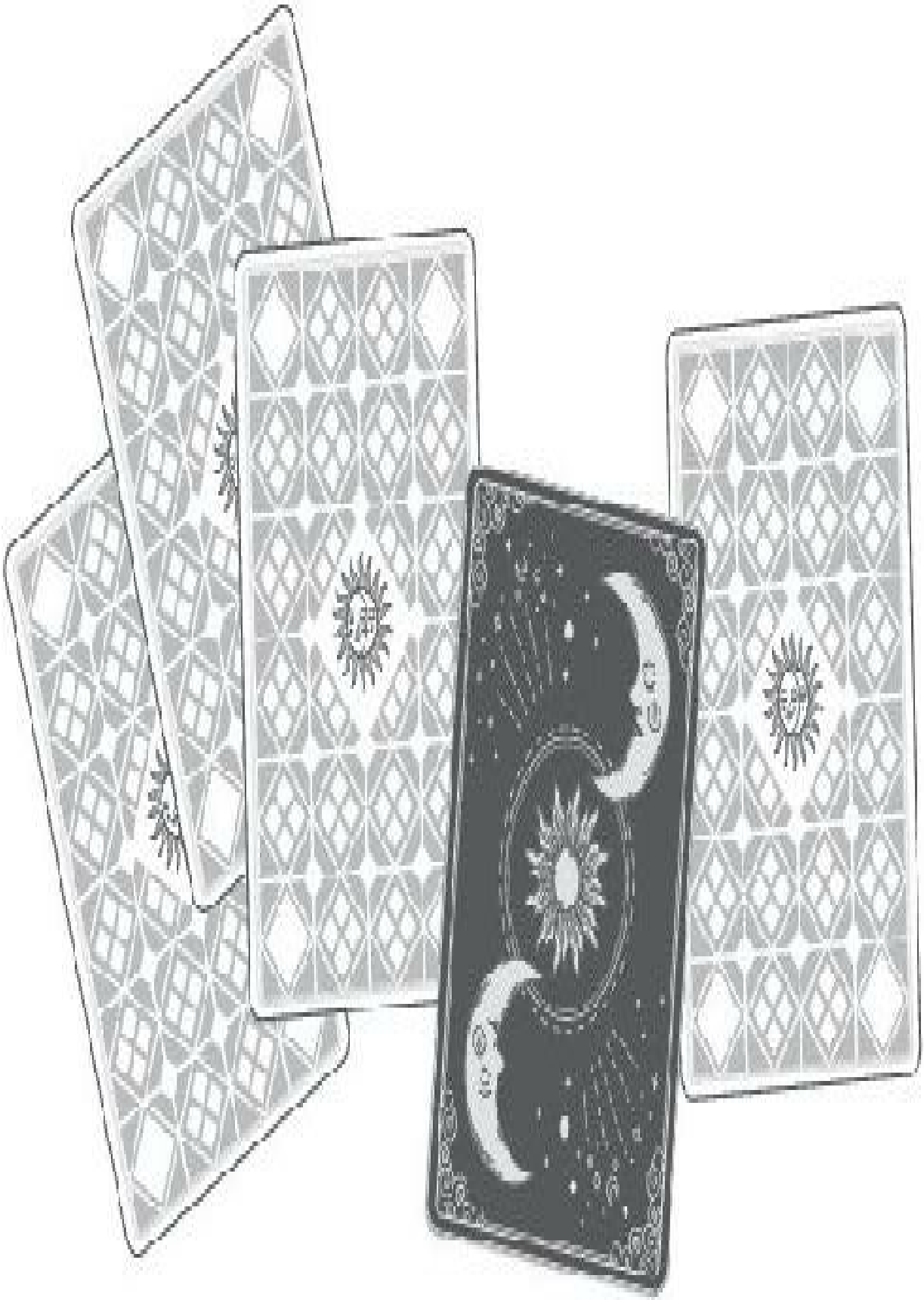
–Gracias por haber aceptado ir a la librería, lo pasé muy bien –comenté.

–Yo también –admitió, sorprendiéndome otra vez. Le dije adiós y me dispuse a abrir la puerta, pero mi nombre en sus labios me detuvo. Giré para mirarla. Cuando tomó mi mano, una electricidad se esparció desde la punta de mis dedos hasta lo más profundo de mí–. No sé qué haya después de la muerte, pero estoy segura de que, donde sea que vayas, no sentirás dolor, sino paz y felicidad. No tengas miedo. No importa cuándo llegue la muerte, siempre es en el tiempo perfecto.

No lo pensé. Tampoco dudé. Me incliné hacia ella, me apoyé en su pecho y la abracé por la cintura a punto de echarme a llorar. Percibí su vacilación. Al final, alzó una mano y me acarició el pelo.

–Estarás bien –aseguró contra mi frente.

La miré a los ojos, apoyé una mano en su mejilla y le besé la otra. Nina no se movió; apenas pestañeó. Me sequé una lágrima y bajé del coche antes de que fuera imposible separarme de ella y de cuán a salvo me sentía mientras estábamos juntos.



12

Wayne

Nina

Reporte de los capítulos 1 al 5.

Hasta ahora me parece una historia entretenida, aunque no encuentro mucho para analizar.

Creo que el conflicto ya apareció: Genevieve sale con Tom pero está enamorada de Logan y lo engaña con él.

Me pregunto cómo disfrazaremos de interesante un análisis de algo tan estúpido.

Fin.

Wayne

Hola. Bueno, supongo que podemos indagar en el tema de la infidelidad.

Nina

¿Qué se puede investigar sobre eso? Si amas profundamente a alguien, no piensas en otro hombre o mujer. Es decir, la etapa de enamoramiento es breve y siempre se termina. El asunto es llegar a enamorarse de verdad para que, aunque ya no te sientas tan excitado como al principio, igual elijas permanecer con la misma persona. El problema es que la gente no quiere sentir, solo experimentar, y eso les impide alcanzar un grado de amor elevado.

Por cierto, creo que, con un conflicto tan simple como la infidelidad, sí te debo una salida al cine.

Me demandó unos segundos apartarme de su reflexión sobre el amor para contestar.

Wayne

Me encantaría hacerme el tonto y cobrar mi premio, pero seré sincero: hice trampa y, como estaba atrapado en la historia, leí dos capítulos más. ¿Quieres un spoiler?

Nina

Por supuesto. Mi vida entera es un spoiler.

Ignora eso último.

Wayne

Ahora me muero por preguntar.

Nina

No lo entenderías.

Wayne

Está bien. Algún día me lo explicarás.

En el capítulo 7, Logan mata a Tom.

Nina

¡Vaya! Ahora sí que esta porquería se puso interesante.

Wayne

Jajaja. Creo que los dos ganamos. Te propongo algo: te paso a buscar para ir al cine mañana y te llevo un chocolate. ¿Qué dices?

Nina

Me parece justo.

Wayne

¿Estaría bien que fuera por ti a las dos y media?

Nina

¡Hecho!

En cuanto la conversación con Nina terminó, comencé a extrañarla. Me sentí culpable de preferir pasar tiempo con ella en lugar de con mi novia, así que abrí el chat con Paige y le respondí el

mensaje que me había enviado hacía dos horas.

Wayne

Te propongo algo: en lugar de ir al club, vayamos a cenar.

Paige

¡Al fin respondes! ¿A cenar como dos ancianos? Jaja.

Wayne

Podemos buscar un restaurante que te guste.

Paige

De acuerdo. Espero que, ya que me obligarás a aburrirme en un restaurante como una vieja, al menos me invites a dormir .

Wayne

Gracias. Te paso a buscar a las seis.

Aunque me forzara a pensar en la salida con Paige, solo me motivaba la que haría con Nina.

Intentaba imaginarme en el restaurante con mi novia y a cambio solo podía verme en el cine, desafiándonos con mi compañera.

Al día siguiente, cuando la vi salir de su casa con una falda larga de color verde oscuro y un suéter mostaza cuyas mangas le cubrían las manos hasta los dedos, mi corazón comenzó a latir muy rápido. Se había maquillado los labios con un tono bordó y en los ojos se había hecho el delineado que los destacaba tanto. Observé sus uñas pintadas de negro y sus orejas con unos pendientes de perlas al tono. En el cuello se había puesto un colgante plateado con la forma de un pequeño tubo.

No me di cuenta de que me había quedado inmóvil hasta que se agachó junto a la ventanilla y golpeó para que destrabara las puertas. Abrí enseguida.

–¿Qué ocurre? –preguntó, sentándose–. Creí que te habías arrepentido y ya no querías que subiera.

–Lo siento, me distraje. Tu chocolate –dije, entregándole una tableta. La recibió con una sonrisa.

–¡Gracias! ¿Pensaste qué película miraremos?

–¿Tienes alguna propuesta?

–Supongo que no tenemos las mismas preferencias.

–Déjame adivinar: te gusta el cine de terror.

Por primera vez, rio con tanta soltura que otra vez me quedé atrapado en ella. Siempre era muy tierna, pero ese rasgo se acentuaba cuando reía, transformándola en una chica todavía más bella.

–A decir verdad, no –respondió–. Prefiero el drama.

–Debí imaginarlo. Está bien el drama para mí también. ¿Te animas a buscar qué hay en la cartelera mientras yo conduzco?

–Claro.

Cuando me informó que la única película dramática se proyectaba recién en una hora y media, supe que llegaría tarde a buscar a Paige. Mientras hacía la fila para adquirir palomitas de maíz y Nina estaba en el baño, le escribí para avisarle que pasaría por ella a las siete en lugar de a las seis. No me enteré de si leyó el mensaje; Nina reapareció y guardé el móvil enseguida.

Como faltaba un rato para que comenzara la película, nos sentamos en una banca del hall y comenzamos a comer palomitas.

–¿Ya pediste la admisión en alguna universidad? –pregunté.

–Podríamos decir que casi tengo asegurado un lugar en la Universidad de Toronto. Mi padre

enseña Historia allí. Me inscribiré en Historia del Arte. ¿Y tú?

–Mis padres quieren que estudie periodismo, pero no sé si sea una profesión para mí. Conozco a muchos reporteros y no me agrada lo que hacen. Es decir, valoro su trabajo, es constante y arriesgado, tan solo no me imagino llevando la vida de mis padres. Preferiría llegar a casa y disfrutar de mi familia. Si algún día tengo un hijo, me gustaría estar ahí para él. Quizás no tenga tanto dinero ni lujos que ofrecerle, pero tendría tiempo, y creo que eso es más valioso.

Permaneció en silencio tanto tiempo que creí que la conversación había terminado. Comí un poco más de palomitas. De pronto, preguntó:

–Sin importar lo que tus padres piensen, ¿qué te gustaría hacer?

–Hace poco una persona que quiero mucho me hizo casi la misma pregunta. No supe qué responder. Desde el accidente he intentado conectarme más conmigo mismo. De todas las carreras que analicé, creo que hay una poco elegida que podría resultar interesante para mí: Antropología. Para explicarlo de manera sencilla, es la ciencia que estudia todos los aspectos del ser humano, desde su origen hasta la formación de comunidades y sus expresiones culturales.

–Sé lo que es. Incluso creo que tendrías a mi padre como profesor en una asignatura si decides estudiar en esa universidad. Tiene algo de relación con Historia del Arte. Yo podría ayudarte con eso, y tú a mí con lo que aprendas. Eres el caballero de bastos, arremete y ve por tu deseo.

–Tienes que contarme más de eso –dije, acomodándome en el asiento para mirarla con mayor comodidad. Rio, bajando la cabeza.

–No me hagas caso, son tonterías.

–Me intriga. Hay algo más que he querido preguntarte. Las descompensaciones que sufres a veces… ¿Son producto de una enfermedad? No te forzaré a decirme nada, solo lo que quieras contar.

Cambió de dirección la mirada por un instante. Aunque intenté descifrar qué estaba pensando, fue imposible.

–Podría decirse que sí –confesó. Sentí un dolor en el pecho y un apretón en la garganta.

–¿Tiene un nombre?

–No. Supongo que lo sabes porque el rumor circula en la escuela: soy adoptada. Mi madre murió cuando yo tenía tres años. Mi padre biológico jamás apareció. A mis cinco, Sam me adoptó. Es el mejor papá del mundo. Se preocupó mucho por mi salud y me llevó a toda clase de médicos. Los doctores concluyeron que mis síntomas no tenían un origen físico. Solo un psiquiatra nos dio un diagnóstico que, de todos modos, nada tenía que ver con esas descompensaciones. Dijo que padecía una patología inespecífica, cercana, quizás, a una fobia social leve. Ni siquiera sé si sigo temiéndole a la gente, solo soy esquiva cuando no siento confianza. De lo contrario, puedo conversar, reír… comportarme como los demás. Lo estoy haciendo ahora, ¿no?

De nuevo experimenté algo en el pecho. Esta vez no fue dolor, sino la emoción de que, indirectamente, acabara de decir que confiaba en mí.

–No creo que seas diferente para mal, Nina. Eres genial –contesté. Ella rio.

–No es para tanto. Por suerte, estoy logrando controlar las descompensaciones y las sufro cada vez menos. ¿Qué hora es? Me parece que, aunque llegamos temprano, terminaremos entrando tarde a la sala. Además, ya casi nos hemos acabado las palomitas.

–Voy a comprar más. Enseguida vuelvo.

En efecto, ingresamos a la sala un poco tarde. De todos modos, solo nos perdimos algunas publicidades. Lamenté que no pudiéramos hablar más; hubiera pasado horas conversando con Nina.

Cuando nos terminamos el segundo paquete de palomitas, abrió el chocolate y me convidó. La película era un verdadero drama. En un momento, la descubrí lagrimeando y le sequé la mejilla con el índice. Me miró e hizo un gesto de tristeza con la boca. Pasé un brazo por sobre su hombro y la atraje hacia mi costado. Ella se refugió en mi pecho para llorar a gusto.

La dejé de regreso en su casa a las siete menos cuarto.

–Te escribo el lunes, cuando avance con los capítulos del libro –prometió. Nos despedimos con una sonrisa.

Esperé a que entrara en su casa para marcharme. A decir verdad, no tenía ganas de salir con Paige. Me forcé a hacerlo porque se lo había prometido y me sentía culpable de no desear pasar tiempo con ella.

Llegué a las siete y cinco.

–¿Por qué apareces tan tarde? –protestó.

–Te envié un mensaje.

–Y yo te dije que vinieras a las seis, como quedamos en un principio.

–Lo siento, no podía llegar antes. ¿Quieres ir a algún restaurante en particular o prefieres que escoja yo?

–¿Qué es esto? –murmuró, agachándose para extraer algo de debajo de su zapato. Sostuvo un pendiente con una perlita negra delante de la nariz.

–Es de Nina –expliqué a la vez que se lo quitaba de la mano, y lo deposité en un compartimento del coche.

–¿De quién?

–De Nina.

–Creí que irían a la biblioteca en su automóvil, no en el tuyo.

–No es de ese día. Fuimos al cine.

–¿Cuándo?

–Esta tarde.

–¿Estás demente? ¿Por qué fuiste al cine con Carrie? Entonces ¿me plantaste por ella?

–No te planté. Estoy aquí a la hora que te avisé que llegaría. No tengo nada que ocultar. De lo contrario, habría inventado que mi madre me pidió el coche prestado y que el pendiente debe ser de ella.

–Tu madre jamás usaría una baratija como esa. ¡Estoy esperando que me digas por qué fuiste al cine con Carrie!

–Es mi amiga.

–¡Tu amiga y una mierda! Soy tu novia. Me invitas a un puto restaurante mientras que con ella te vas a mirar una película.

–Nunca te gustó el cine. Y si te invito a un restaurante no es porque seas menos que Nina, es porque quiero conversar contigo.

–¡Llevaste a Carrie al cine! ¡Te odio!

No lo vi venir. Simplemente me golpeó. Me quedé en shock un momento.

–Bájate –dije.

–No –respondió–. Bebé, no.

–No quiero discutir, Paige, ni permitiré que las cosas lleguen a este punto. Bájate.

–Por favor, vayamos a cenar. Olvidaré lo de Carrie, y tú, esta pelea. No me bajaré, Wayne –afirmó, apretando el bolso sobre las piernas–. Me quedaré. Si quieres que me vaya, tendrás que obligarme.

Permanecí inmóvil unos segundos, cuestionándome qué hacer. No quería ni mirar a Paige y a la vez sentía mucha culpa por disfrutar más la compañía de Nina que la suya.

“Si amas profundamente a alguien, no piensas en otro hombre o mujer. La gente no quiere sentir, solo experimentar, y eso les impide alcanzar un grado de amor elevado”, recordé.

Paige y yo nunca nos habíamos amado, pero nos habíamos elegido por una razón. Por el pasado que nos unía, le di una nueva oportunidad a nuestra relación y conduje hasta el restaurante.

Se sentó a la mesa con cara de disgusto. Comenzó a demostrar que estaba aburrida mirando hacia uno y otro lado, incluso suspiró con el puño debajo del mentón. Para descomprimir el ambiente, le hice algunas preguntas sobre la semana. Con el correr del tiempo, fue soltándose y terminó hablando más que yo.

–Jenny me dijo que me quedaba mejor el cabello pelirrojo, pero de verdad amo este tono de rubio. ¿Tú qué opinas? –preguntó.

–Siempre te ves bien.

–¡Vaya! Podrías molestarte en darme una respuesta mejor. ¿Nos vamos? Ya me estoy aburriendo.

La propuesta me sorprendió; pensé que lo estaba pasando mejor. Pedí la cuenta y nos fuimos.

Me detuve en la puerta de su casa veinte minutos después.

–¿Es en serio? –protestó–. Creí que me invitarías a dormir.

–Perdona, mis padres están en casa hoy.

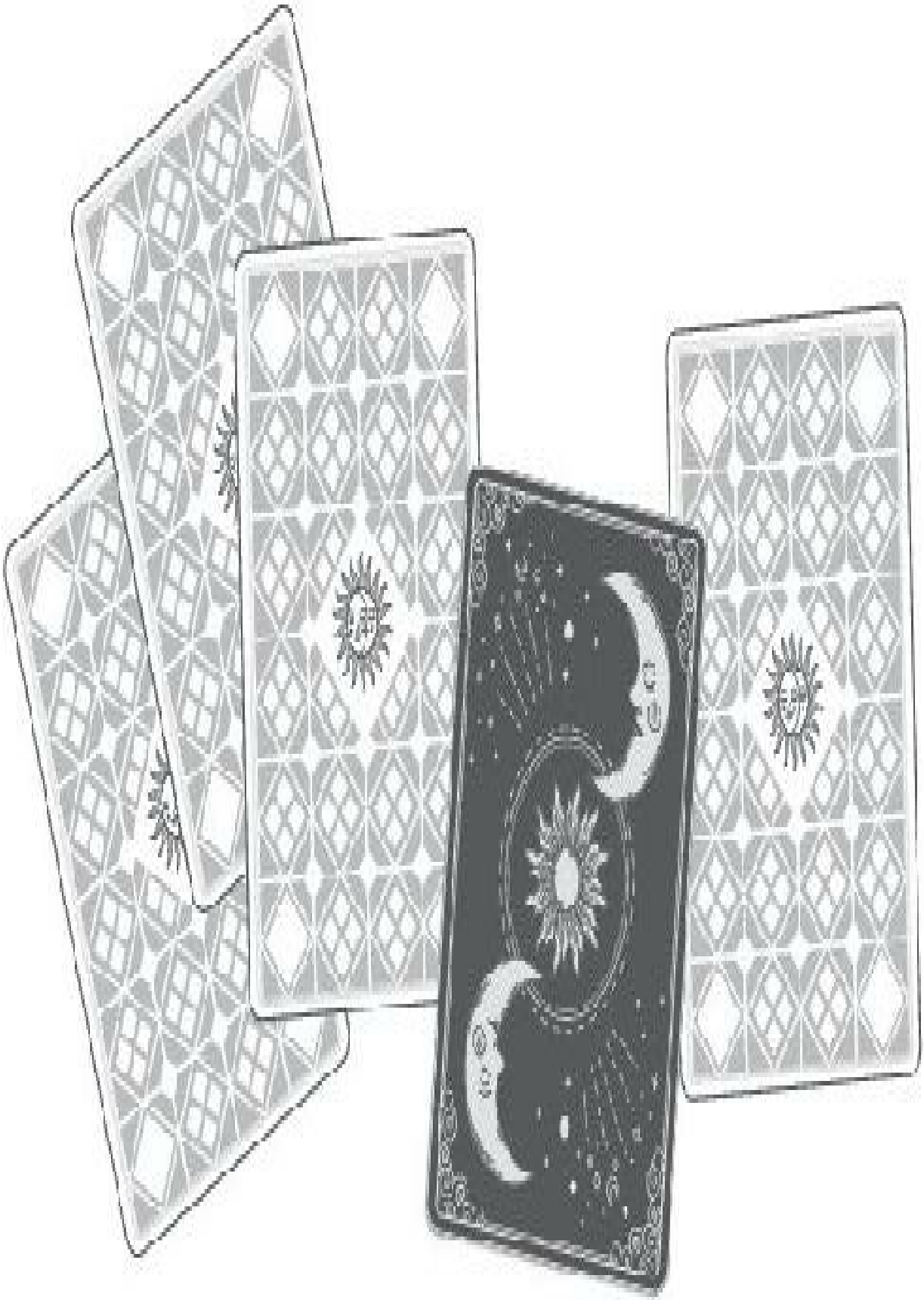
–¡Como si te prestaran atención! Apuesto a que, si me quedara, ni siquiera lo notarían.

–Otro día. Descansa.

Me di cuenta de que no nos habíamos besado en toda la noche cuando apretó mi mandíbula con los dedos e introdujo su lengua en mi boca. Era la manera en que siempre nos besábamos pero, por alguna razón, me había desacostumbrado a ello y esa noche lo sentí como una invasión.

Antes de bajar del automóvil, sentenció:

–Espero que pronto vuelvas a ser tú.



13

Wayne

Nina

Llegué al capítulo 7. La manera en que Logan mata a Tom es muy interesante. ¿Crees que Genevieve sea su cómplice?

Era lunes y, a pesar de que tenía muchas ganas de conversar con Nina, no le había escrito después de haber ido al cine. No podía evitar sentirme en falta con Paige si a ella le molestaba tanto la presencia de mi compañera. Le respondí que yo había avanzado un poco más y que sí creía que Genevieve era cómplice aunque se hiciera la tonta. Nada más.

Durante la semana continuamos saludándonos al cruzarnos en el colegio, pero ya no busqué momentos a solas con ella. Me limité a comentar el libro por chat mientras que, en las horas de clase y durante los almuerzos, intentaba reconectar con mi grupo de amigos. Ahora que había dejado caer las máscaras, me sentía menos a gusto que nunca con ellos. Por más que lo intentara, ni siquiera me entretenía nuestra conversación.

El viernes visité al médico y al fin recibí su autorización para hacer deportes; necesitaba volver al softball.

El sábado por la tarde, mientras jugaba una carrera con Xilo, alguien golpeó a la puerta de mi dormitorio. Mis padres se habían ido de viaje y no sonaba como cuando se trataba de Rosa, así que me levanté a abrir, suponiendo que ellos habían regresado antes de tiempo.

Me sorprendí de encontrar a Paige con una botella de vodka.

–¡Hola! –exclamó y se metió en mi cuarto contoneando las caderas.

–¿Qué haces aquí? –pregunté mientras ella se sentaba en la cama.

–Tuve que invitarme. Si esperaba que tú lo hicieras, me haría vieja.

–¿Cómo entraste?

–Traspaso las paredes –bromeó–. Tu mucama me abrió la puerta, tonto. Le dije que estabas

esperándome. Ojalá que, en algún rincón de tu corazón, todavía lo hagas. ¿Bebemos un poco? Te ayudaré a volver a ser tú.

–Tendrías que haberme avisado que vendrías.

–¿Por qué? Conozco tu ropa interior, no hay problema si está debajo de la cama porque no ordenaste.

–Estaba ocupado.

–¿Jugando con ese idiota del otro lado del mundo que ni siquiera conoces? –rio, señalando la pantalla–. ¿Qué obsesión tienes con los extraños? Lo mismo hiciste con ese tal Giulio y sus amigos. ¿Por qué tanto trauma por esas personas que ni te importaban?

–Basta, Paige. Hablas como una insensible. Tenían una familia. Podría haber sido yo.

–Pero no fuiste tú, así que relájate. Ven, te haré un masaje mientras juegas con ese chino.

–Es japonés.

–No importa, todos lucen iguales. –Volvió a reír. Me senté solo para no dejar el juego a la mitad y ella comenzó a masajearme los hombros. Cuando me besó en el cuello, sentí un escalofrío–. ¿Y ese libro? –preguntó, estirándose para recoger uno de los tres tomos que tenía en la mesa de noche. Era el del escritor que había estado muerto–. ¿Desde cuándo te interesan estos temas? Estás loco, ¿sabías? Pasar tiempo con Carrie te está volviendo como ella.

–Detente –ordené.

–¡Estoy bromeando! ¿Qué ocurre? Antes lo pasábamos bien, tenías sentido del humor.

Si creía que sus bromas me causaban gracia solo porque me quedaba callado, estaba muy equivocada. No le vi sentido a aclararlo. Aunque me molestaba que continuara refiriéndose a la muerte de personas y a Nina con tanta crueldad, no quería herirla más. Sabía que lo estaba haciendo al no poder volver a ser el que ella conocía. Me preguntaba hasta cuándo podríamos sostener esa relación y si debíamos hacerlo.

–¿Quieres mirar una película? –ofrecí.

–¿Pretendes compensarme porque no me llevaste al cine el otro día?

Respiré hondo para no responder a su agresión.

–Si prefieres tomarlo de esa manera, por mí está bien.

–¿Qué miramos?

–Elige tú.

Escogió una comedia romántica. Me pareció curioso, siendo que tenía tan poco de amorosa. De todos modos, conseguimos relajarnos y pasarlo bien.

Detuve la película en los créditos finales.

–¿Me prestas tu móvil? –preguntó–. El mío se quedó sin batería. Mi madre estaba un poco pesada hoy, tengo que avisarle que estoy bien.

–¿No trajiste el cargador? El mío no sirve para tu teléfono.

–Me lo olvidé. ¿Tienes algún problema de prestarme el móvil? Siempre lo hacías.

–Úsalo mientras voy al baño –acepté y apoyé mi dedo en el lector de huellas digitales para desbloquearlo.

–Gracias –dijo, y sonrió mordiéndose el labio.

Cuando salí del sanitario, ella ya había terminado.

Acepté beber un poco. Así se nos pasó otra media hora hasta que comenzó a anochecer.

Rosa golpeó a la puerta con nuestro código. Abrí enseguida, creyendo que nos acercaba la cena.

–Disculpa. Hay un grupo de chicos en la puerta. Dicen que organizaste una fiesta.

–¿Una fiesta? –repetí.

Paige se apoyó en mi hombro.

–¡Así es! –exclamó–. Que pasen al jardín.

Rosa me miró enarcando una ceja.

–¿Wayne? –preguntó.

Entendí su intención: procuraba demostrarle a Paige quién mandaba. Agradecí su actitud. Sin embargo, si me acoplaba, Paige enloquecería.

–Que pasen –determiné. Rosa asintió y se marchó. Cerré la puerta y giré sobre los talones para mirar a Paige–. ¿Qué hiciste? –pregunté, ofuscado.

–Organicé una fiesta sorpresa para ti –respondió, riendo.

–No tengo ganas de una fiesta. Debiste preguntarme. ¡Es mi casa!

Hizo una mueca de capricho con la boca y me rodeó el cuello con los brazos.

–Anda, Wayne, no seas amargo. Estoy segura de que todo lo que necesitas para superar tu

problema es divertirte. ¿Podemos bajar e intentar pasarlo bien?

No quería lidiar con gente ebria y drogada, pero la mirada de Paige logró conmoverme. Creía estar haciéndome un favor y me pareció que, quizás, se debiera a que, a su manera, sí me quería. Aunque estuviera equivocada, pretendía hacer algo por mí, y eso tenía mucho valor.

–De acuerdo –susurré, resignado.

–¡Gracias! Sabía que esto te haría sentir mejor –celebró y me besó.

Tomó mi mano y fuimos al jardín, donde ya aguardaban los primeros invitados. Como yo no estaba al tanto de la fiesta, no había hecho compras. Paige les había pedido que llevaran bebidas.

En poco tiempo, la casa estuvo repleta. Ya había bebido un poco de vodka por la tarde, así que tan solo tomé una cerveza.

Por más que intenté colocarme la máscara, no hubo manera. Después de un rato comencé a sentirme inquieto. El volumen estridente de la música, la gente bebiendo y drogándose y el caos de las conversaciones me hicieron creer que mi cabeza estallaría. Vi a una pareja teniendo sexo en una reposera frente a nosotros y supe que, una vez más, todo se había descontrolado.

–Ey. ¡Ey! –exclamé, pateándoles el asiento. Me miraron. Me dirigí a él–. No deberían hacer eso aquí. Estás exponiéndola frente a todos. Al menos llévala a un sitio privado.

–¿Me prestas tu dormitorio?

–No. Dejen de hacer eso frente a los demás o lárguense de mi casa.

La música se interrumpió por una interferencia. Me di cuenta de que alguien acababa de conectar un micrófono al sistema de audio. Atravesé el jardín, entré a la casa y fui en busca de quien se había puesto a gritar una canción. Al parecer, no se daba cuenta de que estaba destrozando los tímpanos de todos.

–Dame eso –ordené, quitándole el micrófono, y lo desconecté.

–¡No seas aguafiestas! –bramó Jasper, colgándose de mi espalda.

–El brazo herido todavía me duele –protesté.

–Yo tengo la solución –aseguró y me ofreció una botella de ron.

La rechacé con un movimiento de la mano y fui a la cocina. Mientras caminaba enrosqué el cable del micrófono, pensando que podía ocultarlo en una gaveta. Encontré que Rosa estaba sosteniendo la cabeza de una chica que vomitaba en el fregadero.

–Lo siento –dije–. Ve a descansar, yo me ocupo.

–No pareces estar disfrutando. ¿Por qué mejor no les pides que se vayan?

–Paige organizó esta fiesta sorpresa para mí. No es la mejor manera de demostrarme que me quiere, pero es la única que ella conoce. Me sentiría un desagradecido si no la aceptara.

–Wayne…

–Ve a dormir, por favor.

–Me quedaré aquí. Mejor ve tú. Te ves mal. Te hará bien apartarte un poco del ruido.

–Me siento fatal. Se me parte la cabeza, pero no puedo dejarte a cargo de este desastre.

–No te preocupes. Me quedaré más tranquila si te tomas un descanso tú.

–¿Estás segura? Lo aprecio mucho, de verdad me siento mal. ¿Cerraste las puertas importantes con llave? Olvidé hacerlo.

–Sí. Recoge la de tu dormitorio, está en el bolsillo de mi delantal.

Introduje la mano y extraje la llave.

–Regresaré lo antes posible para relevarte.

–Tranquilo.

Nuestra conversación terminó justo cuando la chica a la que ella le sostenía la cabeza se enderezó.

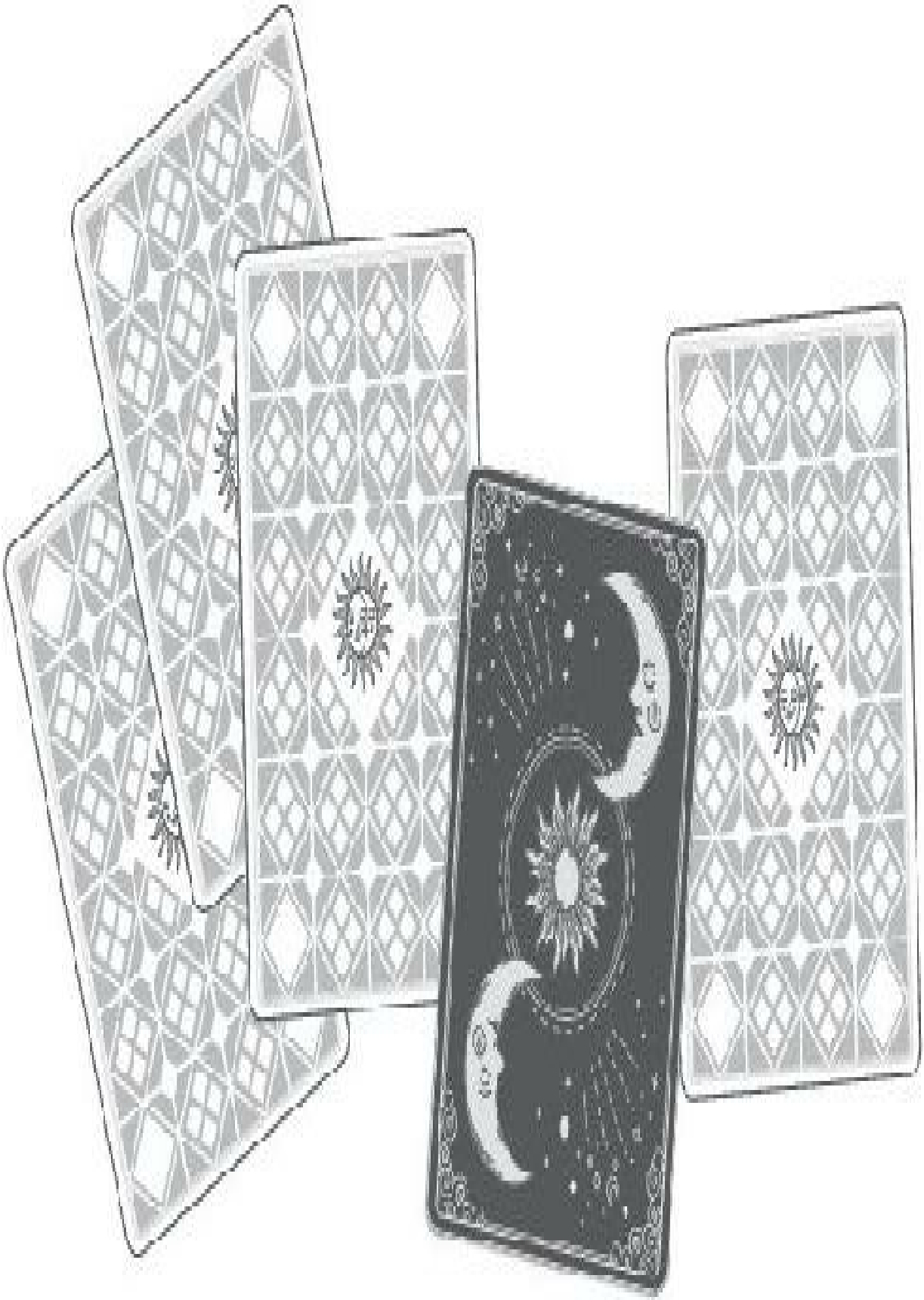
Aunque la música se oía desde mi habitación, la ventana y la puerta cerradas ayudaron a crear una especie de burbuja en la que podía descansar.

Me senté en la orilla de la cama y cerré los ojos. Lo primero que se me cruzó fue un recuerdo de Nina y yo en el cine. Hice lo contrario a lo que había practicado toda la semana y no reprimí su imagen. Para abstraerme del entorno, procuré recordar su voz, su mirada, su aroma.

No sé cuánto tiempo pasó. De repente, un gran grupo de personas comenzó a lanzar exclamaciones al unísono; parecía que iban a hacer algo en conjunto. Temí que estuvieran a punto de arrojar a alguien alcoholizado o drogado a la piscina y que ocurriera una tragedia. Abrí la ventana y salí al balcón con intención de enterarme qué estaba ocurriendo.

Había un gran número de gente distribuida en tres filas. Formaban un círculo. Supuse que, en el medio, se encontraría aquel a quien querían jugarle la broma pesada.

Casi morí cuando me di cuenta de que era Nina.



14

Nina

NUNCA FUI UNA AMANTE DE LAS FIESTAS, MUCHO MENOS SI ERAN DE disfraces. Aunque, si tenía que ser sincera, tampoco me habían invitado jamás a una, por lo tanto, ¿cómo saberlo? Posiblemente, lo único que sentía respecto de las fiestas era miedo. Eso me llevaba a prejuzgarlas como había hecho con Wayne y con tantas otras cosas. No me había ido tan mal permitiendo que él se acercara, quizás fuera hora de derribar otra barrera. Estaba decidida. Sin embargo, no podía ignorar mi temor por completo; principalmente, porque lo confundía con mi intuición bastante seguido.

Me tomé un momento para analizar la invitación que acababa de llegarme por chat. Algo no terminaba de encajar. Lo último que sabía de Wayne era que le temía a la muerte a causa de haberse salvado del accidente, que se estaba replanteando su vida y que no se encontraba en una etapa de socialización, sino más bien de introspección. ¿Por qué, entonces, de repente brindaba una fiesta?

Indagué un poco más.

Wayne

¡Hola! Organicé una fiesta de disfraces esta noche en mi casa. Estás invitada. Te dejo mi dirección.

Nina

No me gustan las fiestas.

Wayne

Lo sé, pero me haría mucha ilusión que vinieras a esta. Es la primera que brindo después del accidente. Tiene un sabor especial. Ojalá te decidas y aparezcas.

Nina

¿Estás bien?

No hubo otra respuesta.

Tras analizar la breve conversación la encontré rara y determiné que no iría a la fiesta. Ignoraría la invitación y listo. Había sobrevivido sin una todos esos años, no la necesitaba ahora que en unos meses terminaría el colegio y no volvería a cruzarme con mis compañeros.

Pasé mucho tiempo intentando avanzar con la lectura de la novela para el trabajo de Literatura. No pude. Aunque mi intuición estaba llena de banderas rojas, algo me incitaba a ir a esa fiesta, fuera real o no.

Ya era bastante tarde. Aun así, revolví mi guardarropa en busca de algo que ponerme. Pensando en un disfraz, solo hallé un viejo cortinado grueso de color verde agua y una lona amarilla. Se me ocurrió que podía confeccionar un vestido medieval o lucir como un Minion. Por lo dudoso de esa fiesta, elegí el vestido medieval, así no pasaba tanta vergüenza si era la única disfrazada.

Recorté la tela, le hice unos agujeros y me la puse sobre una camiseta blanca. La uní usando un cordón. Completé el atuendo con un calzado cómodo y un maquillaje natural.

Mi padre estaba en lo de Allen. Antes de salir le envié un mensaje para avisarle que iría a una fiesta.

Sam

Hija, ¿estás segura? ¿Necesitas que vaya a casa?

Nina

No. Solo te aviso para que lo sepas. Aquí está la dirección. Si desaparezco, no te asustes enseguida. Al menos espera veinticuatro horas antes de ir a la estación de policía.

Sam

¡Nina!

Nina

Jajaja. Estaré bien. Te quiero. Nos vemos mañana.

Coloqué la dirección en el mapa del móvil y seguí las instrucciones hasta el lugar. No me sorprendió que se tratara de una mansión victoriana en The Bridle Path. Me puse nerviosa al oír la música cuando pasé frente a la verja con el coche. Sentí terror de hallarme entre tanta gente y, en especial, entre personas que me hacían mucho daño. Dudaba de que Wayne no hubiera invitado a sus amigos Jasper y Peter, por ejemplo.

Había tantos automóviles estacionados que tuve que dejar el mío un poco lejos. Caminé hasta la verja. Antes de anunciarme, miré en dirección a donde lo había abandonado. Deseé volver, pero la corazonada que me había llevado hasta allí era más fuerte y toqué el timbre.

La verja se abrió de manera automática; supuse que quien la había activado me habría visto por la cámara de seguridad. Atravesé el jardín delantero, decidida. Si todo era una broma, sentiría mucha decepción de Wayne, pero era mejor saber que seguir ilusionándome en vano. Ser despreciada ya era una costumbre. Solo tendría que lidiar con sus amigos si se ponían pesados. Agachar la cabeza y alejarme siempre era una opción.

Desde que llegué a la parte trasera y divisé el tumulto me di cuenta de que, en efecto, la única disfrazada era yo. Por suerte, había descartado la opción del Minion.

Resultaba evidente que tenía que volver al coche. A la vez, quedarme con la decepción adentro sería una traición a mí misma. Todavía sentía miedo de Jasper, Peter y toda esa gente que poblaba la casa, pero no de Wayne, y se merecía escucharme.

Avancé intentando pasar desapercibida. Para eso caminé entre los arbustos, donde había menos luz proveniente de las farolas.

–¡Nina! –exclamó Paige.

Seguí adelante sin prestarle atención. No me dejó opción cuando me tomó del brazo. La seguían dos amigas.

–Suéltame –ordené sin mirarla.

–¿Por qué te vestiste así? ¡Si serás ridícula! –vociferó. Las tres rieron.

Me deshice de su agarre, arrepentida de haberme involucrado en esa fiesta. Giré sobre los talones con intención de retirarme. Entonces aparecieron los amigos de Wayne.

–¡Mira a quién tenemos aquí! –exclamó Jasper.

–Ven, te presentaré a alguien –dijo Peter, tomándome de la mano.

–¡No me toques! –bramé.

Intenté soltarme, pero él tenía mucha más fuerza que Paige y no lo logré. Terminé en medio del jardín, como un espectáculo de circo que convocaba cada vez más público. A medida que las personas me rodeaban, comencé a sentir que me faltaba el aire. Aunque continué intentando soltarme del agarre de Peter, era imposible; su mano parecía un grillete. Paige desapareció, o quizás yo ya no veía bien. Estaba muy confundida.

No te preocupes, esto no es nada en comparación con lo que otros te han hecho. A lo sumo te arrojarán a la piscina, pensé para tranquilizarme. Gracias, universo. Gracias por revelar el verdadero rostro de Wayne.

Peter me soltó e intenté correr. Colisioné contra alguien. En ese momento me di cuenta de que un círculo de personas me rodeaba y me impedía salir.

–Permiso –dije, mirando al chico que acababa de llevarme por delante. Como no se movió, di un paso atrás.

Un coro de exclamaciones me hizo sentir que de verdad había aparecido en una hoguera medieval. Giré sobre mí misma, buscando una salida. No había.

–¡Apártate! –Oí. Era la voz de Wayne–. ¡Muévete! –Me volví hacia él justo cuando llegaba a mí–. Nina –dijo, intentando tomarme de los codos–. Nina, tranquila.

–¡Eres una basura! –exclamé, al borde del llanto. Era tanta la decepción que antepuse los brazos para que no me tocara.

–No sabía. Te lo juro. Ven.

–¡No quiero! ¡Déjame!

–Ven conmigo, por favor.

Me abrazó contra su costado y comenzó a arrastrarme fuera del círculo. Intenté soltarme, pero me había quedado sin fuerzas. Se me nublaba la vista. Alcancé a distinguir que empujaba a alguien para pasar.

Cuando llegamos a la puerta del frente de la casa, volví a escuchar a Paige.

–¡Wayne! –exclamó.

Él se volvió bruscamente. Para no soltarme del todo, tomó mi mano.

–¡No te acerques! –gritó.

–¿A dónde van? Se perderán la diversión.

–Echa a todas estas personas de mi casa ahora, Paige. Se terminó.

–Ven aquí –ordenó ella, dando un paso hacia nosotros.

–¡Se terminó! –repitió él.

–Quiero ir a casa –manifesté, intentando soltarme otra vez.

–Espera –me pidió Wayne, con un tono más calmado.

–Arreglen sus problemas a solas.

Paige avanzó otro paso. Wayne volvió a gritarle.

–¡No me sigas! No quiero saber nada más de ti ni de esta relación.

–¿Qué dices?

–Lo que oíste. Vete y llévate contigo a todas estas personas. Se acabó.

Logró meterse en la casa y cerró la puerta con fuerza delante del rostro de Paige. Bajé la cabeza y, cansada de luchar, atravesé la sala y subí las escaleras con él.

En cuestión de segundos me hallé en su dormitorio. Le puso llave y me condujo hasta la cama para que me sentara. A continuación, cerró la ventana y el cortinado. Solo nos iluminaba una lámpara.

–No quiero estar aquí –dije y me levanté–. Debí irme en cuanto me di cuenta de que todo era una burla. ¿Por qué pensé que necesitaba decirte que eres una basura, si ni siquiera te importa?

Intenté por todos los medios no ceder, pero acabé echándome a llorar con angustia, sin siquiera cubrirme el rostro.

–Nina, no –murmuró Wayne y me abrazó. Me acarició el pelo y me besó en la cabeza–. Cálmate, por favor.

–Me voy a casa –determiné, intentando apartarme.

–Espera. No quiero tener que pelearme con alguien para que te dejen salir. Estás a salvo aquí. Cuéntame por qué estás en mi casa. Lo imagino, pero quiero comprobarlo.

–¿Es en serio?

Extraje el móvil y le mostré los mensajes.

–Nada de eso está en mi chat, mira –aseguró, y me mostró el suyo. Era cierto–. Paige usó mi teléfono. Debe haber borrado los mensajes. No sabía que había organizado una fiesta, me enteré después de que te invitó. Lo siento.

Me dejé caer en la orilla de la cama. Si ya no había decepción posible, ¿por qué continuaba llorando? Wayne se agachó y me acarició las mejillas, supuse que para secarme las lágrimas.

–Te traeré agua –ofreció y fue hacia un mueble. Apretó una parte de la estructura, esta se abrió y adentro apareció un pequeño bar–. No tengo. ¿Puede ser una soda?

–¿Quién tiene un refrigerador en su dormitorio? –reflexioné en voz alta. Él rio. Regresó abriendo una lata de refresco y me la entregó.

–Me gusta mucho tu vestido –comentó.

–Es solo un trozo de tela vieja que intenta parecerse a ropa medieval.

–Lo medieval te sienta muy bien.

–Era esto o un Minion. Por cierto, no te preocupes por lo que esas personas hicieron en el jardín. Quiero decir, cuando me rodeó tanta gente me sentí mal y es cierto que una acción tan violenta no debería suceder, pero no es nada en comparación con lo que otros han hecho. En los colegios anteriores recibí golpes y maltratos. En una escuela me hundieron la cabeza en el retrete. Así que no lloro por lo del jardín.

–¡Nina! –exclamó a la vez que volvía a agacharse frente a mí. Me acarició una mejilla y dejó los dedos entre mi cabello–. ¿Por qué alguien hundiría tu rostro hermoso en un retrete? Tiene que ser gente muy enferma. No merecías que te trataran así. Nadie merece eso. ¿Por qué lloras?

Me humedecí los labios, bajé la mirada y tragué con fuerza.

–Hace un momento, me sentí decepcionada de ti. Después de que me explicaste que tú no

enviaste los mensajes, no lo sé. Supongo que comencé a llorar por alivio o… No importa.

–Sí que importa. ¿Por qué?

–Tú tampoco mereces que te traten como lo hace Paige.

–Por eso la dejé.

–No creo que esa distancia perdure.

–Desde hace mucho no quiero saber nada con ella ni con la mayoría de las personas que están en el jardín. Ocurre que, antes del accidente, no me atrevía a romper esas relaciones. Tenía demasiado miedo de estar solo. Ahora pienso que puedo morir en cualquier momento y que la vida es muy corta para desperdiciarla en una mentira.

Paige golpeó a la puerta con violencia a la vez que gritaba el nombre de Wayne.

–¡Abre! –ordenó–. Abre la maldita puerta, Wayne. No estoy jugando. ¡Sal ahora!

Wayne me miró y volvió a acariciarme una mejilla.

–Tengo una idea –dijo.

Me tomó de la mano y me invitó a sentarme con él en el suelo, entre la cama y el televisor. Conectó auriculares inalámbricos a un sistema de audio. Cuando me los colocó, el ruido exterior se redujo. Él se puso los suyos y señaló la pantalla.

–Escoge lo que escucharemos –pidió.

–Mi canción favorita –expliqué mientras usaba el teclado digital para escribir Army of Me.

Cuando la canción comenzó, la voz y los golpes de Paige desaparecieron por completo, como así también los sonidos provenientes del jardín.

Después del estribillo, Wayne se aproximó y retiró un poco mis auriculares para hablarme al oído. Su piel contra mi piel y el aire que escapó de sus labios me hizo sentir cosquillas en todo el cuerpo.

–Es oscura –murmuró.

–Un poco –reconocí, riendo. Giré la cabeza para mirarlo y mi boca rozó su mejilla. Se alejó despacio.

Después de un rato compartiendo canciones, nos acostamos en el suelo. Él me ofreció su mano. No entendí para qué lo hacía hasta que le entregué la mía e intentó jugar con el pulgar para ver quién atrapaba a quién. La interpretación del naipe del sol como un rasgo infantil se materializó, pero no me pareció negativo. Más bien era divertido y tierno.

Lo último que hicimos antes de que yo lo abrazara para dormitar un poco fue jugar a completar formas usando una mano de cada uno.

Cuando desperté, la música ya no sonaba desde hacía mucho tiempo. No había rastros de otros ruidos fuera de la habitación y el sol ya se estaba asomando.

Me incorporé y me sostuve sobre un codo para quitarme los auriculares. Los apoyé en el suelo y comencé a quitarle los suyos a Wayne. Era tan hermoso…

–Nina –murmuró, tocándome una pierna–. ¿Estás bien?

–Creo que es hora de que me vaya –anuncié.

Abrió los párpados despacio. La claridad del amanecer transformaba el azul de sus ojos en un gris claro.

–Es muy temprano. Debes sentirte incómoda con ese vestido y seguro tienes frío. Te prestaré algo. Podemos acostarnos en la cama, es grande.

–No lo sé.

–Aguarda.

Se levantó, ingresó al vestidor y regresó con una camiseta con el logo de un equipo de softball y un pantalón deportivo. Finalmente, acepté la propuesta y me mudé de ropa en su baño.

Cuando nos reencontramos, Wayne estaba sentado en la orilla de la cama. Me observó de una manera diferente. Yo también a él. Sentí un huracán en mí, apoderándose de cada fibra de mi ser.

–Puedes escoger el lado que quieras –propuso.

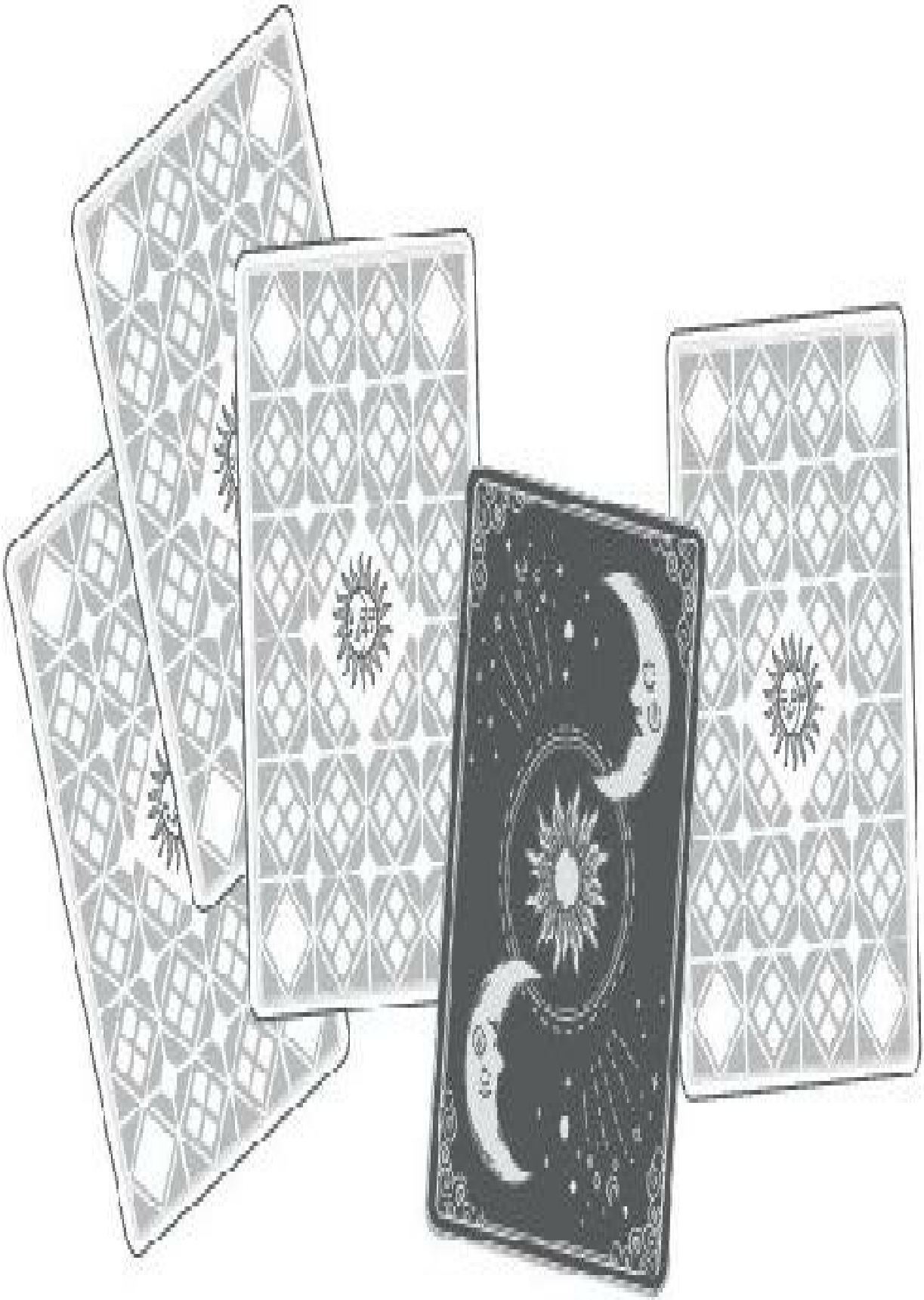
–La ventana.

Se movió hacia el sitio contrario y nos acostamos. Me pidió permiso para quitar la sábana de debajo de mí y me cubrió con ella. Los dos estábamos agitados sin motivo. Me besó un hombro por sobre la camiseta de manera inesperada.

–Descansa –susurró y se volvió de espaldas.

Me acurruqué mirando hacia la ventana, que era el lado contrario a donde se encontraba Wayne.

Permanecí en un estado de entrega total durante mucho tiempo. Me sentía subordinada a una fuerza imparable. Era imposible dominar las sensaciones y los sentimientos que Wayne me provocaba.



15

Nina

CUANDO DESPERTÉ, WAYNE YA NO ESTABA EN EL DORMITORIO. Recogí el móvil, que había quedado en mi pequeño bolso sobre la mesa de noche, y miré la hora. No podía creer que ya fueran las once.

Le envié un mensaje a mi padre para avisarle que estaba bien y me levanté. Fui al baño. Ya casi no quedaba jabón líquido. Por intentar extraer uno de un mueble negro, derramé un poco de talco. Mi corazón latió con fuerza. Supe que era una señal. El hecho tenía un significado, aunque todavía lo desconociera. Me apresuré a juntarlo y lo arrojé al retrete.

Al salir, doblé el vestido y lo acomodé sobre la cama para ponérmelo antes de irme; primero tenía que encontrar a Wayne. La puerta de la habitación estaba cerrada sin llave. Transité el pasillo. Era precioso: la alfombra blanca se sentía mullida debajo de mi calzado. Había cuadros en las paredes blancas y molduras de diseño. A medida que me fui acercando a la escalera, escuché voces. Una era de Wayne y la otra, de una mujer.

Me detuve para mirar sujetándome del pasamano. Wayne estaba en el suelo, con medio cuerpo debajo del sofá. Recogía cosas que depositaba en una bolsa que la mujer sostenía abierta para él. Ella le acarició la espalda.

–No deberías hacer eso; tu brazo todavía está en recuperación.

–Estoy bien –aseguró él–. No quiero que te agaches a recoger la mugre de estas personas.

–¿Por qué no despiertas a tu amiga? De lo contrario, el desayuno se mezclará con el almuerzo –propuso ella. Wayne rio.

–No te saldrás con la tuya, Rosa. Ve a descansar. Yo terminaré.

–Todavía hay que pasar la aspiradora y recuperar el mueble que alguien quemó con un cigarro.

–Lo haré.

Por cómo estaba vestida la mujer, me dio la impresión de que era la mucama. A juzgar por el modo en que se trataban, deduje que era ella quien había salvado a Wayne de la soledad y el desamor de sus padres. “Si algún día tengo un hijo, me gustaría estar ahí para él”. Claro que lo haría. Esperaba que la vida lo premiara cumpliendo su deseo.

Pero ¿y si no tenía tiempo? Por primera vez temí de verdad que el destino sí necesitara mantener el equilibrio y que Wayne pudiera morir en cualquier momento.

Aparté el miedo bajando un poco más.

–Buen día –dije antes de sentirme una espía. Los dos alzaron la cabeza para responder al saludo–. Soy Nina.

–Rose –contestó la mujer. Wayne la había llamado “Rosa”, por eso supuse que, en realidad, era latina–. ¿Qué quieres para desayunar?

–Estoy bien, gracias.

–Yo me ocupo –dijo Wayne, levantándose, y la abrazó–. Descansa, ya has hecho suficiente.

–De acuerdo. Nos vemos en un rato –aceptó ella finalmente y se retiró.

Wayne se quedó de pie con la bolsa, mirándome, y yo a él. Me preguntó si había dormido bien. No pude responder. De pronto, las flores del cuadro que estaba detrás de él comenzaron a tomar un matiz diferente. Supe que era otra señal y temblé.

Logré reprimirla enseguida. No quería terminar de percibirla, sin importar el significado. Tuviera o no relación con Wayne, necesitaba seguir siendo una persona normal, al menos por esa vez.

–Nina, ¿estás bien? –preguntó, acercándose. Dejó la bolsa al pie de la escalera y subió hasta donde estaba yo.

–Sí –logré responder.

–¿Preparo chocolate y waffles?

–Sí. –Sonreí.

La cocina era tan hermosa como el resto de la casa; espaciosa y llena de detalles. Una enorme pared vidriada daba al jardín, que ya estaba en orden. Era un precioso día soleado.

Me sorprendió que Wayne supiera cocinar. Siempre había creído que jamás habría tocado una sartén. Antes de conocerlo, lo imaginaba dándole órdenes altaneras al personal doméstico, pero resulta que se abrazaba con su mucama como con una madre. ¿De qué me servía la intuición si, a veces, permitía que el miedo me encegueciera?

Mientras desayunábamos, supe que algo muy extraño estaba ocurriendo entre nosotros. Casi no hablábamos, pero nos mirábamos de manera muy intensa.

–¿Tus padres están de viaje? –consulté.

–Sí. Regresan esta tarde.

–Entonces será mejor que nos apresuremos.

No entendió que mi intención era ayudarlo a limpiar. Lo comprobé cuando reunió los platos y yo

recogí un trapo de cocina para fregar el desayunador.

–No hagas eso –pidió.

–Si lo hacemos juntos, terminaremos más rápido.

Enjuagué el trapo y lo deposité sobre la encimera mientras que él activaba el lavavajillas. Luego regresamos a la sala para ocuparnos de ella.

–De verdad, no hace falta que hagas esto –insistió.

No le presté atención y seguí limpiando con él. Imaginé que alguien podía haber vomitado dentro de un jarrón y lo destapé. Por suerte, no encontré algo tan asqueroso, pero sí un vaso plástico. Metí la mano con un poco de disgusto y lo sujeté con dos dedos para extraerlo. Tenía una marca de labial rojo en el borde blanco.

En ese momento, el talco derramado y las flores del cuadro volvieron a mi memoria y se mezclaron con la marca en el vaso. Me apresuré a arrojarlo dentro de la bolsa y me aferré al borde del mueble, intentando controlar la interpretación que estaba a punto de suceder.

Forcé mi mente a distraerse con otros asuntos: la textura de la madera que estaba tocando, las molduras de las paredes, la mujer del cuadro que se hallaba frente a mis ojos. El artista manejaba muy bien los claroscuros. ¿Sería un original del Barroco, una imitación o un estilo similar de un artista contemporáneo?

Una imagen se coló: una chica con los labios pintados de rojo esnifaba cocaína sobre una mesa. Sentí el polvo penetrando en mi nariz.

¿Quién será el artista? ¿Un hombre o una mujer?

A su lado había un chico con una camisa floreada.

Me pasé una mano por el labio superior al sentir un cosquilleo. Se ensució de sangre. Utilicé el trozo de tela con el que limpiaba el mueble para secarme. Hacerlo sirvió para que mis pensamientos se concentraran en el presente. La visión perdió fuerza y ganó la represión. Con suerte, evitaría las consecuencias drásticas que me hubieran obligado a irme enseguida, como la debilidad y la fiebre.

Giré y observé a Wayne: pasaba un pincel con restaurador sobre el mueble donde estaba la marca del cigarro. No quería interpretar señales y, a la vez, me sentía intrigada por ellas. ¿Y si lo que había visto tenía alguna consecuencia negativa para él? El contexto de la visión no era su casa. Ojalá solo fuera un hecho aislado.

De pronto me intrigó saber si las interpretaciones eran de cualquier acontecimiento aleatorio o si, aunque no lo pareciera, estaban conectadas conmigo. Encontraba cierta relación en la mayoría. Solo algunas me hacían dudar, como el asunto del avión que inició las burlas en mi colegio.

Apoyé la cadera en el mueble.

–Wayne: por casualidad, ¿anoche en tu fiesta viste a una chica con un vestido rosado acompañada de un joven con una camisa amarilla con flores rojas y hojas verdes?

–Yo no organicé la fiesta, fue Paige –aclaró.

–No importa. ¿Los viste?

–No lo sé, había mucha gente. ¿Por qué?

–Por nada, no importa.

–Vamos, no me dejes con la intriga.

–De verdad no es nada, tan solo me llamaron la atención por su atuendo. ¿Qué haremos cuando terminemos de limpiar? ¿Prefieres que me vaya?

–Mis padres regresarán a eso de las cinco, así que podemos almorzar y luego pasar el rato hasta las cuatro y media. No es que tenga problema de que se encuentren. Sucede que conocen tu nombre y tu rostro por lo del accidente y no quiero que te hagan preguntas. No saben separar la vida personal de su profesión; me haría mal que te sintieras incómoda en su presencia.

–Está bien, no tienes que darme explicaciones. Terminemos rápido así podemos hacer otra cosa.

Entendía sus razones y yo tampoco tenía interés en cruzarme con sus padres así que, de todos modos, pensaba irme antes de que llegaran. Todavía no entendía cómo Wayne se aguantaba sin preguntarme por qué lo había retenido en el depósito la noche del accidente y por qué le había gritado una frase tan enigmática. Quizás, esta vez de verdad tenía un buen amigo, uno capaz de aceptarme con mis defectos y secretos.

Después de almorzar una pizza que encargamos, me mostró el gimnasio y el sauna. Me preguntó si tenía ganas de hacer algo de eso o de meternos en la piscina climatizada. También podíamos utilizar el jacuzzi de sus padres, los juegos de mesa que estaban guardados en la biblioteca o la PlayStation.

–Son muchas opciones. ¿Qué te gustaría hacer a ti? –consulté.

–Quizás tan solo sentarme en el césped y leer, pero no quisiera que te aburrieras.

–Hagámoslo. Aprovechemos los últimos días cálidos antes de que nos consuma el frío de Toronto.

Nos recostamos sobre una lona. Conversamos de la novela que teníamos que analizar para Literatura y él leyó para mí algunas partes que había señalado en libros que contaban experiencias de personas que habían estado en otro plano.

–“No sentía miedo ni extrañaba lo que había dejado en mi vida terrenal. Era como si no existiera. Estaba en la nada misma. Una nada llena de paz, campos verdes y animales que corrían en todas direcciones. Tenían la felicidad plasmada en el rostro. Y yo volaba por sobre todo eso con mi guardiana de luz, sin saber hacia dónde íbamos y sin la necesidad de conocerlo, porque allí no existen la incertidumbre ni ninguna otra emoción humana que perturbe la paz de la nada”.

–No sé por qué lo llama “la nada” si había de todo –reflexioné–. Campos, luz, animales…

–Supongo que es filosófico. Mientras estamos vivos solemos creer que la felicidad es muchas cosas, pero no siempre nos damos cuenta de que tan solo se trata de estar en paz. Aquí nunca será completa, siempre existirán emociones que la perturben.

–Si las emociones no existieran, seríamos psicópatas o robots. Prefiero sentir, así sea dolor. ¿Te da paz leer esos libros? Quizás deberías dejarlos.

–Me dan esperanza.

–¿La esperanza de que exista el más allá?

Hizo el libro a un lado y apoyó la cabeza en una mano para mirarme.

–Cuando era niño le temía a la oscuridad –contó.

–Yo también. Tenía miedo de ver algo sobrenatural. ¿Y tú?

–No lo sé, nunca lo analicé hasta que comencé a leer estos libros. Ahora creo que, en el fondo, siempre tuve miedo de morir y de que “la nada” sea oscura y solitaria.

Respiré hondo y me arrimé para apoyar una mano en su espalda como forma de abrazarlo. Wayne respondió apartándome el cabello de la mejilla.

Había tenido otros amigos antes, aunque esas relaciones no hubieran terminado bien. Sin embargo, nunca había experimentado emociones tan intensas como las que vivía con Wayne. No tenía claro si así se sentiría la amistad verdadera o si me estaba extralimitando, solo sabía que existía algo especial que me acercaba a él.

Por más que me resultara difícil hablar con esas sensaciones invadiéndome, procuré concentrarme en lo que quería decir.

–¿Alguna vez pensaste en hacer terapia?

–¿Crees que la necesite?

–Supongo que todos la necesitamos en algún momento, pero eso depende de cómo te sientas. Si notas que el miedo te hace sufrir, sería una buena opción.

–Por ahora creo que puedo con él –afirmó–. Oye, ¿crees que debería postularme para

Antropología en la universidad donde trabaja tu padre? ¿Me ayudarías?

–¡Claro! Ahora ya casi son las cuatro y tengo que irme, pero podemos hacerlo otro día. Por cierto, tenemos que arreglar para que vayas a mi casa a hacer el trabajo de Literatura.

–¿Qué tal el jueves después del entrenamiento?

–Hecho.

Mientras reuníamos las cosas del suelo para acomodarlas, comencé a preguntarme cómo había pasado de huir de Wayne a dormir en la misma cama y proponerle que nos reuniéramos a hacer un trabajo. ¿Por qué me besaba el hombro y me acariciaba el cabello? Dudaba de que hiciera lo mismo con cualquier otra amiga. ¿Cuándo yo me había acercado tanto a otra persona? Todo era muy confuso y ambiguo.

Wayne insistió para que llevara puesta su ropa. Preferí colocarme el vestido y devolverle la suya. Presentía que la burbuja de ilusión se terminaría ese mismo día y que, al siguiente, cuando nos reencontráramos en el colegio, él se sentaría con sus amigos y con la chica que me había invitado a una fiesta para burlarse. Lo más probable era que volvieran a salir. Estaba segura de que Paige no desistiría de esa relación con facilidad.

Me acompañó hasta mi automóvil. Al llegar me llevé la sorpresa de que las cuatro ruedas estaban desinfladas a causa de varios cortes. Concluí al instante que los habían hecho Paige y sus amigas.

Mi padre acababa de gastar dinero en el mecánico, no podía ponerlo en el aprieto de comprar cuatro cubiertas. Otra vez me quedaría sin transporte por quién sabe cuánto tiempo. Además, se preocuparía cuando se diera cuenta de que se había tratado de un acto de bullying. No tenía sentido mentir: jamás creería que había sido un accidente. Sentí tanta impotencia que tuve que contener el llanto.

–No te preocupes –rogó Wayne–. Sé que fue Paige; yo me haré cargo de la reparación.

–¡No necesito que repares mi auto! –repliqué, ofuscada.

–Nina –susurró, apoyando las manos en mis hombros para que lo mirara. Entendí que intentaba tranquilizarme, pero no bastaba. Quería que el colegio se terminara lo antes posible y recién empezábamos el último año–. Por favor, permite que me haga cargo. No estará listo para mañana. Los días que demoren en cambiar los neumáticos, te pasaré a buscar y te llevaré de regreso a tu casa en mi coche. ¿Qué dices?

–No quiero.

–Nina, por favor. Sé que es muy injusto y que no debería suceder. Tan solo permíteme aliviar un poco los trastornos que esto pueda causarte, aunque mi oferta no alcance para que te sientas mejor.

–No les he hecho nada. ¿Por qué les molesta mi sola existencia?

Me di cuenta de que apretaba los puños cuando Wayne me tomó una mano.

–Lo siento. De verdad lo lamento. Espera aquí. Iré por mi auto y te llevaré a casa, ¿de acuerdo?

Tenía muchas ganas de irme, sin embargo, aguardé. A pesar de que las actitudes de los demás siempre me afectaran, había encontrado una forma de que me hirieran cada vez menos. No entendía por qué, en ese momento, no pude hacer uso de esas técnicas y me sentí ridícula con una tela que hacía de vestido medieval en medio de la calle, junto a mi automóvil inutilizable. Para colmo, pasó un vehículo con unos chicos e hicieron sonar el claxon. Me crucé de brazos y miré hacia un costado. Comencé a cantar en mi mente para no escuchar sus silbidos.

Por suerte, Wayne regresó enseguida. Pidió la llave de mi automóvil. Aunque dudé en entregársela, lo hice porque mi padre jamás podría pagar otro arreglo. Pensé en devolverle el dinero poco a poco ahorrando parte de mi mensualidad o consiguiendo algún trabajo de medio tiempo.

Me refugié en su coche y, aunque él intentó iniciar una conversación, respondí con monosílabos. Me abstraje mirando por la ventanilla.

Un rato después, se detuvo en la puerta de mi casa.

–Adiós –dije, y abrí la puerta para bajar.

–Nina.

Lo miré con un pie fuera del coche.

–¿Sabes qué es lo que más me molesta? Que te hagan sentir lástima de mí –solté y escapé antes de que pudiera responder.

Mi padre y Allen estaban en casa. Al verme entrar vestida de esa manera y con los ojos húmedos, me preguntaron qué había ocurrido.

–Mi coche tuvo un percance y lo dejé en la calle de la fiesta.

–¿Se averió de nuevo? –consultó mi padre–. Llamaré una grúa para que se lo regrese al mecánico. Debe haberlo reparado mal.

–No hace falta, un amigo se ocupará.

–¿Entonces de verdad tienes un nuevo amigo? ¡Cuánto me alegro!

–Sí, también yo –respondí sin entusiasmo–. Voy a dormir, estoy muy cansada. Adiós, Allen.

–Adiós –replicó la pareja de mi padre con una sonrisa.

Alcancé a oír que susurraban que no me veían bien y que Sam no sabía si debía acercarse a mi

habitación o dejarme en paz. Esperaba que no lo hiciera; no podía contener el mal humor. A veces tenía muchas dudas sobre cómo ser un buen padre y eso terminaba causándome mucha ternura. En esa oportunidad, ni siquiera sus vacilaciones lograron relajarme.

Me puse ropa cómoda y me senté en la cama. Hacía mucho que no sentía tanto enojo. Podía soportar burlas, pero no que Paige trastocara mi vida al punto de perder otra vez mi coche. En ese momento, sentí tanta violencia acumulada que podría haber estallado de cualquier manera. En parte me había desquitado con Wayne; a fin de cuentas, era su novia la que había malogrado mi vehículo y la que terminaría por destruir los momentos que vivíamos.

Durante ese instante de negatividad, dudé de que pudiera llamar “amistad” a nuestro vínculo. En cualquier momento él volvería a ignorarme. A medida que transcurriera el tiempo y se diera cuenta de que la muerte no volvía a buscarlo, retomaría su vida de siempre, una en la que yo no tenía espacio.

Extraje el móvil del bolso y miré la hora. Había un mensaje suyo.

Wayne

No siento lástima. Ojalá me hubieras permitido decírtelo mirándote a los ojos para que me creas en lugar de bajar corriendo del auto.

Nina

Olvídalo. Y no tienes que pasar a buscarme mañana, tomaré el autobús.

Wayne

Por favor, no volvamos a eso.

Nina

¿Qué sentido tiene todo esto?

Wayne

El de vivir.

Estaré ahí a las ocho y media.

Nina

Si pasas a esa hora, puede que lleguemos tarde

Wayne

Estamos acostumbrados.

Dejar de comportarme como si Wayne tuviera la culpa de lo que había hecho Paige me serenó un poco. Ojalá hubiera podido ser cruel como los demás eran conmigo. A veces pensaba que tener más frialdad me hubiera venido bien. Había sido un poco cruel con Wayne, pero no había tenido intención de herirlo; solo quería defenderme de las agresiones de su entorno.

Guardé el móvil y encendí el ordenador. Hacía mucho que no intentaba entender algo más de mi condición. Creí que con reprimirla era suficiente. El hecho de que siguiera apareciendo hacía evidente que no.

Escribí en el buscador palabras relacionadas con las señales que había recibido ese día y su interpretación: “cocaína”, “jóvenes”, “camisa floreada”. Nada apareció.

Desistí y fui al pasado. Busqué noticias con los datos que recordaba sobre el accidente de avión del que había recibido señales a los trece años. Fue bastante fácil encontrarlo calculando el año y

al recordar que se trataba de una aerolínea asiática. Miré videos y leí algunos artículos: los restos de la aeronave habían sido encontrados en un punto del Océano Pacífico. Apostaba a que se trataba del que yo había visto cuando el rayo de luz solar impactó en el mapa mientras exponía en el colegio.

En una página hallé la lista de pasajeros con sus fotografías. Todos habían fallecido.

El nombre y la imagen número ciento seis me asombraron. Una parte de la interpretación de aquel momento volvió a mi mente como el flash de una cámara fotográfica: era la persona que había visto ahogarse. Busqué su nombre en Google. Después de leer todo lo que encontré acerca de él, descubrí que estaba relacionado con la universidad en la que trabajaba mi padre. Se hallaba en ese avión para trasladarse a Toronto. Era profesor de Historia y estaba emigrando para asumir un cargo en la universidad.

Llevé una mano a mi pecho y me respaldé en la silla, agitada. Poco después de ese accidente, mi padre, que hasta ese momento había enseñado en la preparatoria, había conseguido la primera cátedra universitaria. Entendí que ese accidente sí tenía que ver conmigo o con alguien de mi entorno. Posiblemente, todas las señales se relacionaran con cuestiones que me afectarían de una u otra manera, o a alguien conocido.

Jamás buscaba señales ni quería recordar interpretaciones; las necesitaba lo más lejos posible de mi vida. Sin embargo, solo por esa vez cerré los ojos e intenté regresar al accidente de Wayne.

La forma en que mi mente se transportó y revivió el suceso fue tan eficiente que me dejó sin aire. De hecho vi y sentí más que la primera vez, sin duda porque en aquel momento reprimí la interpretación, en cambio ahora había ido por ella. Seguía tratándose de su coche y él conducía. Nada se sustituyó por lo que aconteció en realidad, todo siguió tal como lo había interpretado al principio.

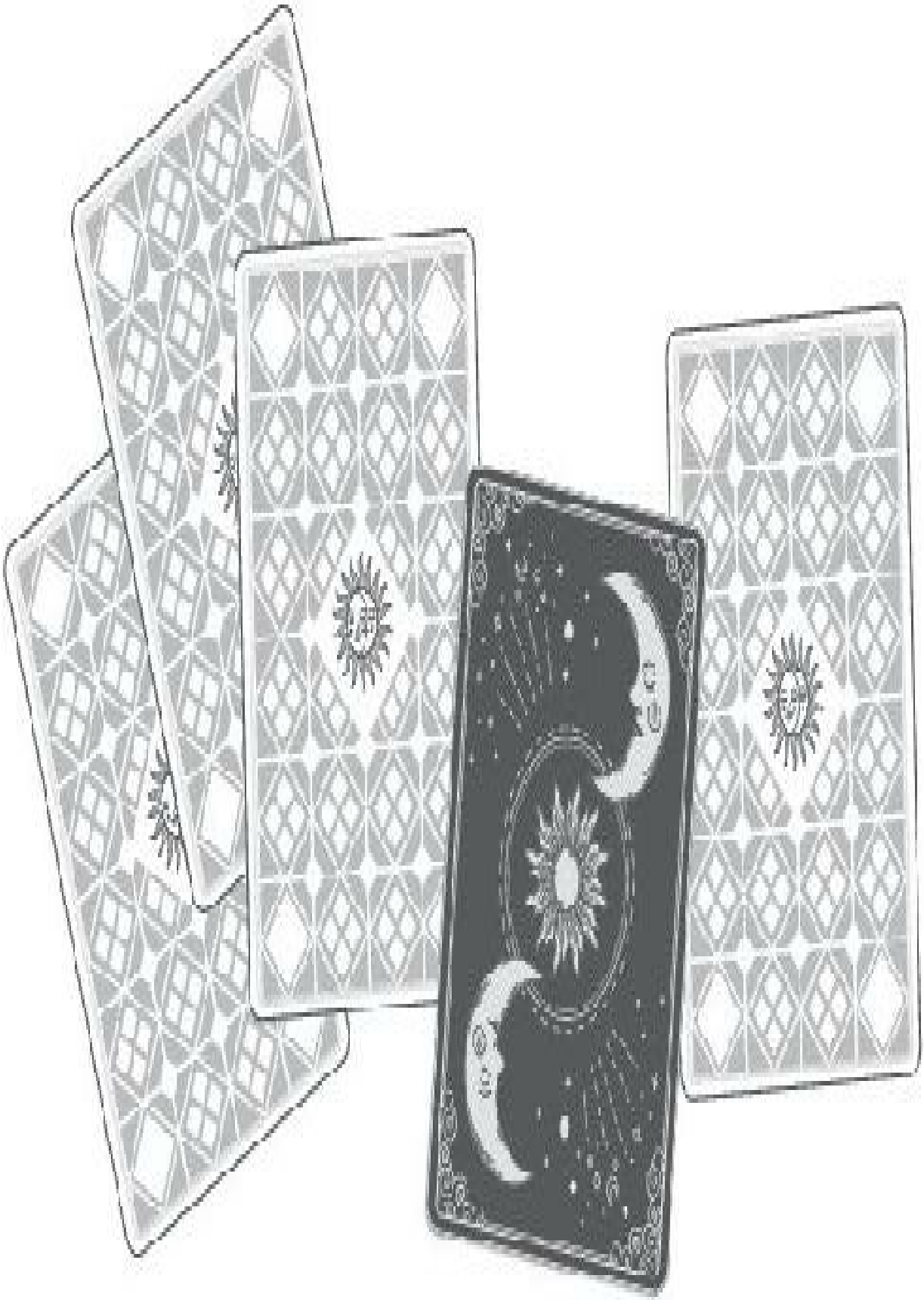
Abrí los ojos cuando sentí que ya no resistía. Me llevé una mano a la nariz: no había sangrado. Solo me dolía la cabeza.

Apreté mis sienes mientras analizaba lo que había visto. Me di cuenta de que, si bien había interpretado con claridad la explosión y había visto a los integrantes del vehículo arder, la muerte había sido una deducción y no una parte de la profecía. No había visto un cadáver, solo gente quemándose. La interpretación de las señales estaba incompleta. Tampoco había permitido que el resultado de que la chica de vestido rosa esnifara cocaína junto al joven de camisa floreada se revelara. Nunca las dejaba llegar hasta el final.

Por primera vez me pregunté si acaso todos los ocupantes del vehículo debieron morir en ese accidente. Loreena, quien quizás había asumido en el destino el lugar de Wayne, se había salvado. Tal vez Wayne se hubiera salvado también.

Me aferré a esa idea para no sentir el mismo miedo que él. Si todo tenía que ver con mi vida, ¿qué debía aprender? O, mejor dicho, ¿qué debíamos encontrar juntos?

Solo existía una manera de saber: dejar ser.



16

Wayne

MÁS DE DOCE HORAS SIN UTILIZAR EL MÓVIL. TODO UN RÉCORD. Si Nina no se hubiera bajado del coche sin darme tiempo a responderle, no lo hubiera tocado. Todavía estaba en la puerta de su casa cuando lo extraje del bolsillo. Solo con ver el nombre de Paige en más de treinta mensajes y diez llamadas perdidas me sentí saturado. También había mensajes de mis amigos. Desde que me había aislado luego del accidente, al menos tenía silenciados los grupos.

Ignoré todo y me concentré en escribirle a Nina. Conduje unas manzanas hasta que sentí vibrar el aparato. Me detuve a un costado de la carretera para mirar si se trataba de ella.

Su primera respuesta me alarmó. ¿Por qué suponía todo el tiempo lo peor? Creí que tardaríamos en volver a conectar. Para mi sorpresa, ella cambió de actitud bastante rápido. Me hubiera gustado comprender mejor el origen de su constante desconfianza. Entendía que podía deberse a las situaciones de violencia escolar que atravesaba desde que era una niña. Sin embargo, me pareció que también había mucho de inseguridad personal, quizás incluso de esa especie de fobia social que no era tal.

Pensé en cómo se podía acabar con el acoso en el colegio, pero no se me ocurrió una manera que me pareciera efectiva. En el caso de Nina, yo mismo lo había iniciado con un comentario a mis trece años y era difícil revertirlo.

A veces es imposible detener lo que uno mismo ha comenzado. Sería como batear con la fuerza suficiente para hacer un home run e intentar detener la pelota que nosotros mismos hemos lanzado. Solo se puede fracasar o, en el mejor de los casos, acabar herido. El problema era que había herido a otra persona y, aunque yo también había acabado en el infierno, derrotado por la fuerza del golpe, todavía intentaba detener la pelota.

Cuando llegué a casa, Rosa ya estaba despierta. Mis padres aún no habían llegado. Abrí el refrigerador en busca de una lata de refresco mientras ella guardaba la vajilla que ya se había lavado en la máquina.

–¿Podrías pasarme el número de tu primo, el que repara automóviles? –consulté y bebí un sorbo con el costado apoyado en la pared.

–¿Tu coche tiene un desperfecto? Es nuevo, ¿no está en garantía?

–Es para el auto de mi amiga.

–Ah. Claro, ya te lo envío. –Buscó su móvil en el delantal–. Tu amiga me sorprendió; no parece

el tipo de persona de las que siempre te has rodeado.

Mi teléfono vibró. Lo extraje creyendo que se trataba del mensaje de Rosa. A cambio encontré uno nuevo de Paige.

¿Hasta cuándo te harás el fantasma? Quizás lo seas. ¡Muerto!

Reí de incredulidad a la vez que negaba con la cabeza. Enseguida llegó el mensaje de Rosa con el contacto de su primo.

–Gracias –dije.

–¿No me contarás nada más?

La miré sin entender; el mensaje de Paige me había desestabilizado. Cuando caí en la cuenta de a qué se refería, volví a reír, esta vez con naturalidad.

–Es una compañera del colegio. Nos conocemos desde los trece años, pero ya sabes cómo era yo en esa época. Me comporté mal con ella. Después de eso, tan solo dejó de existir para mí hasta que…

–Hasta que te salvó la vida –completó–. ¡Wayne! Te quiero como a un hijo, te cuidé desde que eras un recién nacido; vivo en esta casa con tus padres, que son periodistas. ¿Crees que en cuanto dijo “buen día” no supe quién era?

–Ah, entonces quieres ese tipo de chisme y no el otro.

–¿Qué otro?

Solté una carcajada y me aproximé para abrazarla.

–Mejor ve a mirar una telenovela mexicana.

–¡Cállate! –exclamó, revolviéndome el pelo.

Mientras me dirigía a mi habitación, procesé mentalmente el último mensaje de Paige y medité acerca de qué hacer. Al parecer, no le había quedado claro que ya no teníamos una relación. O, quizás, yo estaba demasiado firme en mi convicción y eso la había asustado al punto de volverse todavía más tóxica.

Me senté en la cama, respiré hondo y abrí su chat. Había desde insultos hasta mensajes en los que intentaba dar lástima. Pasaba de llamarme “bebé” prometiéndome que cambiaría a afirmar

que era un “hijo de perra” con apenas cinco minutos de diferencia.

No pensé demasiado qué escribir; dejé que naciera del fondo de mí.

Hola. Aprecio todo lo que hemos vivido juntos en este año y dos meses de relación, pero se terminó. Por favor, no me escribas insultándome o pidiéndome volver. Tampoco prometas que cambiarás, no necesito que lo hagas. Si consideras que tienes que ser diferente, empieza por dejar de molestar a los demás. Lo de anoche no fue una broma, terminó de demostrarme quién eres. No quiero eso para mi vida. Es mejor aceptar que no somos compatibles. Te deseo lo mejor.

Lo leyó enseguida. Con la misma rapidez, comenzó a llamarme una y otra vez. Rechacé las llamadas, el problema era que su insistencia me impedía comunicarme con el primo de Rosa. Tuve que enviarle otro mensaje.

Si vuelves a llamarme o a escribirme, bloquearé tu número. Lo siento si esto te lastima, yo también me he sentido herido muchas veces durante nuestra relación. Por eso sé que, con el tiempo, los dos confirmaremos que dejarnos fue lo mejor. Adiós.

Por supuesto, volvió a llamar a pesar de haber leído ese mensaje. No tuve más opción que bloquear su número y el de sus amigas, por si les pedía el teléfono prestado para intentar comunicarse.

Al fin pude contactarme con el primo de Rosa. Me disculpé porque era domingo y le pregunté si podía ocuparse del coche de Nina. Acordamos que lo pasaría a buscar por la mañana, lo llevaría a su taller con una grúa que conducía un amigo suyo y me avisaría cuando hubiera confeccionado un presupuesto. Yo le entregaría la llave.

Una vez que cortamos la llamada, revisé los demás mensajes por arriba. Al ver uno de un número desconocido, supuse que se trataría de Paige. Para mi sorpresa, el contenido era muy distinto de lo que imaginé.

Hola, soy Loreena. Un conocido en común me dio tu número. Espero que no te moleste que te escriba, solo quería agradecerte. Ya estoy en casa, aunque todavía tienen que intervenirme un par

de veces. No sé si alguna vez volveré a ser yo. ¡Me veo tan horrible! No puedo creer que Giulio, Oliver y Jackson ya no estén. Disculpa, gracias otra vez.

Respiré hondo, estremecido por el mensaje. Me tomé un momento para meditar mis palabras y contesté:

Wayne

Hola. Claro que no me molesta que me escribas, al contrario. No tienes que agradecerme. ¿Te gustaría que fuera a visitarte alguna vez?

Loreena

No lo sé. Odio que la gente me vea así.

Wayne

No te cierres, es lo peor que podrías hacer. Si aceptas, dame tu dirección cuando quieras.

La escribió.

Wayne

Gracias. Hablemos cuando gustes.

Loreena

Gracias a ti.

Abrí los chats grupales solo para eliminar las notificaciones. No pensaba leer los mensajes, pero una fotografía llamó mi atención y no pude resistirme. Había sido tomada en mi casa. En ella aparecían una chica con un vestido rosado y un joven con una camisa amarilla floreada. No tuve dudas de que eran los que Nina había mencionado. Los conocía: eran de otra escuela.

¿Se enteraron de lo que ocurrió con Aria? Parece que, cuando se fue de la fiesta de Wayne, se dirigió a otra y al mediodía terminó en el hospital con una sobredosis.

Dejé de leer cuando, entre críticas, risas y burlas, alguien tuvo la decencia de avisar que la chica ya se encontraba en su casa, fuera de peligro.

Que Nina hubiera preguntado por ella y por su acompañante no podía ser casualidad. Cada vez me convencía más de que algo muy extraño sucedía.

Me recosté con un antebrazo sobre la frente y pensé en la noche anterior y en ese día. Analicé lo que experimentaba con Nina y llegué a la conclusión de que jamás me había ocurrido lo mismo con otra amiga, ni siquiera con Paige. Ninguna chica me había despertado lo que Nina. Por momentos sentía que el accidente nos había unido en un plano más allá de lo físico. Era un vínculo espiritual y profundo, puro como el que experimentaba con la vida misma desde que había tomado conciencia de que podía terminarse cuando menos lo esperábamos. Recordé su cabello negro, su piel pálida, sus enormes ojos verdes. Su voz, sus misterios, nuestras conversaciones. Entonces me di cuenta de que lo físico también estaba presente, más fuerte que nunca. Presentía que, si los dos nos dejábamos llevar, podíamos llegar muy lejos. Deseaba vivir lo suficiente para experimentarlo.

Al día siguiente, cuando pasé a buscarla, descubrí que su perfume era todavía más agradable en las mañanas y que sus ojos lucían más rasgados. No me había dado cuenta el día anterior aunque hubiera despertado en mi casa. Observé sus botas negras, su vestido de color café largo hasta las rodillas, su cárdigan gris. Llevaba las uñas pintadas del color del calzado. Un brazalete amarillo decoraba su muñeca izquierda y un colgante con el Ojo de Horus caía justo sobre sus pechos abultados.

–Buen día, caballero de bastos –dijo, abrochándose el cinturón.

–Buen día, pitonisa –respondí–. ¿Qué habrá en el comedor hoy?

–Déjame visualizar –bromeó, haciendo un gesto con las manos–. Arroz.

–¡Eres un fraude! Siempre tienen esa porquería –exclamé. Los dos reímos.

Milagrosamente, conseguimos lugar en el estacionamiento que estaba más cerca del edificio.

En cuanto bajé del coche, Paige se aproximó. Miró a Nina de arriba abajo. Ella tan solo recogió sus cosas, gesticuló un “adiós” y se marchó.

–¿Por qué pasaste a buscar a Carrie y no a mí? –cuestionó.

Me moría por mencionar lo que había hecho con el automóvil de Nina, pero me pareció mejor hacer de cuenta que no había ocurrido para que no creyera que la había lastimado, saliéndose con la suya.

–No te debo explicaciones –respondí–. Y la próxima vez que llames Carrie a Nina, iré a hablar con el director y denunciaré que acosas a una compañera.

–¡¿Qué ocurre contigo?! –bramó y me empujó tan fuerte que mi espalda terminó contra el automóvil.

–Aléjate –ordené, moviéndome de lugar.

–¿Me estuviste engañando con esa? Al menos te hubieras buscado una mejor, Wayne. Me haces sentir que no valgo ni unos cuernos decentes.

–Piensa lo que quieras, no me importa.

–Bebé, somos únicos juntos. Estás confundido. No puedes hablar en serio cuando dices que quieres terminar conmigo.

Dio un paso adelante con intención de abrazarme. Yo, uno atrás.

–Paige, por favor, basta. Ya no estamos juntos. No te he engañado, tan solo no quiero más de esto.

–Cambiaré.

–Ya te dije que tampoco quiero eso. Tan solo déjame en paz.

Intenté alejarme, pero ella me lo impidió tomándome del brazo. Lo retiré con un movimiento rápido para que no pudiera retenerme. Entonces se echó a llorar.

–¡Me golpeaste! –gritó.

–¿Qué? –repliqué, girando para mirarla.

–Acabas de golpearme.

–¿De qué hablas?

–Te denunciaré –soltó y salió corriendo.

Creí que era otra técnica para manipularme. Si no podía convencerme a través de la ira o la lástima, lo haría con una amenaza.

Comprendí que hablaba en serio cuando no entró a la primera clase y, en cambio, a la media hora recibí una citación de la oficina del director.

La secretaria me hizo pasar. Paige estaba allí, llorando con un pañuelo sobre la nariz.

–Siéntate, Wayne –ordenó el señor Reynolds–. ¿Puedes explicar qué ocurrió esta mañana en el estacionamiento?

–Paige y yo tuvimos un intercambio de palabras.

–¿Un “intercambio de palabras” de qué tipo?

–¿Es necesario que exponga la situación? –protesté–. Teníamos una relación, terminamos el fin de semana. Es lógico que haya consecuencias.

–Debo advertirte que, bajo ninguna circunstancia, aceptaremos que esas consecuencias sean agresivas. ¿Comprendes?

–No sé por qué me lo dice.

–En esta institución nos tomamos muy en serio la violencia de género.

–Hacen bien. Pero no debería ser tenida en cuenta de un solo lado.

–¿A qué te refieres? ¿Alguna vez te has sentido violentado?

–Sí.

–No por mí, se lo aseguro –sollozó Paige. Miré hacia el costado, preguntándome hasta cuándo me forzaría a enfrentarla.

–La violencia no es la respuesta a ninguna situación –insistió el director–. No la toleraremos en nuestra institución ni en las vidas de nuestros estudiantes. Los alumnos asumen responsabilidades cuando ingresan a este colegio y deben ser ejemplo de nuestros valores afuera.

–Estoy de acuerdo –asentí–. Por eso creo que también deberían ocuparse del bullying. Es un tema serio en esta escuela y nadie parece notarlo. Yo mismo molestaba a otros cuando tenía trece años y eso no es justo.

–Tendré en cuenta tu observación. ¿Está claro que no está admitido que te comportes de manera agresiva con los demás, y menos con una mujer?

Sentí que no me estaba escuchando, pero que ser el hijo de mis padres al menos había servido para que no me suspendiera. Era tanta la indignación que ni siquiera lo envié a mirar las grabaciones de seguridad.

–Sí –respondí, consciente de que intentar que me creyera sería en vano.

–De acuerdo. Espero que una situación como la de hoy no se repita. Pueden retirarse.

Paige y yo salimos de la oficina al mismo tiempo.

–Bebé… –susurró.

–No me hables –mascullé y seguí caminando sin mirarla.

Al mediodía, en el comedor, después de llenar mi bandeja, miré las mesas. Peter y Jasper me llamaron con un gesto de la mano. Paige se había sentado con sus amigas. Había más conocidos en otras mesas a las que podría haber ido, sin embargo, me dirigí a la de Nina.

Ella alzó la mirada por encima del libro que estaba leyendo.

–Te has confundido de mesa. Tus amigos están ahí –señaló.

–Prefiero sentarme con una amiga cuyo nombre empieza con N. ¿Eres tú?

–No lo sé, quizás mi nombre empiece con C –ironizó–. No deberías estar aquí; tendrás problemas.

–Ya los tuve.

Dejó el libro sobre la mesa junto a su bandeja.

–Si hoy te sientas conmigo y mañana volverás a ignorarme, por favor, no lo hagas. Más vale quédate donde perteneces y yo me quedo aquí, en mi sitio.

–¿Por qué te ignoraría?

–Te arreglarás con Paige en cuestión de horas. Dudo que quiera que te sientes conmigo.

Asentí con una sonrisa comprensiva.

–Entonces esa es la imagen que dábamos: ella mandaba y yo obedecía. Tienes razón, pero ya no es así. No arreglaré las cosas con ella. Está terminado. No funcionamos como pareja ni lo haríamos como amigos. Ahora ¿puedo quedarme o prefieres que me vaya?

–Decídelo tú. Solo ten en cuenta que, cuando me encariño con una persona, lo hago en serio. Por

si no soy clara, te estoy pidiendo que no me lastimes.

–Qué bueno que lo dices, porque yo también te quiero en serio y, si algún día te lastimo, puedo jurarte que no será a propósito. Me quedaré –afirmé y comencé a comer–. Por cierto, tu auto ya debe estar en lo del mecánico. Te informaré en cuanto me diga para cuándo estará listo. Estaba pensando: ¿qué te parece si visitamos a Loreena un día? Me escribió para contarme que ya está en su casa, aunque todavía necesita algunas cirugías.

–Te acompañaré si quieres ir.

–Tienes que probar estos guisantes, creo que son lo mejor del menú de mierda que hay aquí.

Tomé la cuchara de su bandeja, la cargué con algunas legumbres y la aproximé a su boca. Nina me observó en silencio durante un instante, con sus enormes ojos verdes llenos de confusión. Aceptó mi oferta con inseguridad. Masticó, tragó y asintió con la cabeza.

–Mucho mejores que el arroz –admitió–. Toda la escuela está mirando. Puedo sentir los ojos de Paige como lanzas en mi costado.

–Por suerte te pusiste un Ojo de Horus. Esperemos que pueda protegerte.

–Entonces lo conoces. Sí, para eso me lo puse.

–Tal vez deberías recomendarme un arsenal de amuletos.

–Claro. Tengo lo que necesites: estrella de cinco puntas, Mano de Fátima, turmalina negra…

–Los quiero todos.

Volvimos a mirarnos en silencio. Después de un momento, extraje el móvil, lo abrí en la conversación que me interesaba y le mostré a Nina la fotografía de las personas de las que había hablado.

–Ayer me preguntaste si había visto a una chica de vestido rosado y a un joven de camisa floreada en la fiesta. ¿Son ellos? –Asintió mirando la imagen como hipnotizada–. ¿Por qué preguntaste?

–Ya te dije: su atuendo me pareció llamativo y sentí curiosidad.

–Tras salir de mi casa, ella se dirigió a otra fiesta y terminó con una sobredosis. –Apretó los labios con la cabeza gacha y palideció. Percibí que movía una pierna debajo de la mesa. Apoyé una mano sobre su rodilla y, así, se calmó–. Lo siento. No quería arruinar tu almuerzo. Supuse que querrías saber lo que ocurrió.

–¿La chica está bien? –preguntó.

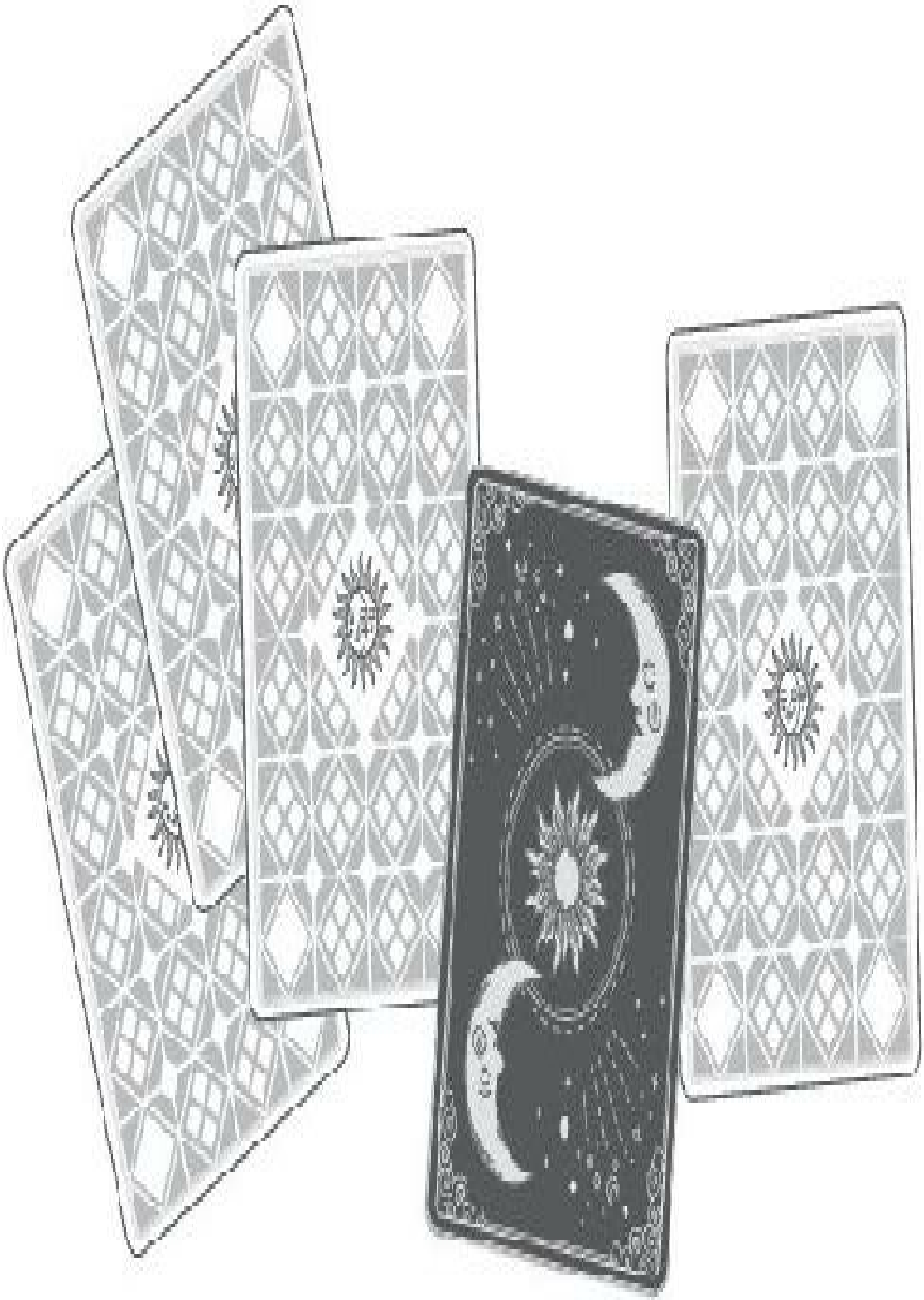
–Sí.

–Me alegro.

Permaneció cabizbaja y volvió a comer despacio.

Me pregunté una vez más qué estaría ocurriendo. Si no hubiera tenido la certeza de que mis sentimientos eran verdaderos, habría creído que me había lanzado un hechizo.

Te quiero. No sabes cuán en serio.



17

Nina

EL JUEVES POR LA MAÑANA, SUSPENDÍ LA ALARMA CON INTENCIÓN DE DORMIR unos minutos más. Desperté cuando mi padre golpeó a la puerta y me avisó que, si no me apresuraba, llegaría muy tarde. La había apagado sin darme cuenta.

Me levanté rápido, me vestí y fui al baño. Por peinarme a la velocidad de la luz sin usar el cepillo, mis dedos se enredaron en mi cabello. En ese momento, mi corazón dio un salto. Se trataba de una señal. Por favor, no otra vez, pensé.

Me pinté los ojos y guardé el labial bordó en el bolsillo para utilizarlo en el camino. Revisé la mochila: faltaba el estuche con los útiles escolares. Regresé a mi habitación, abrí la gaveta del escritorio donde lo había guardado después de terminar un dibujo y extraje el mazo de tarot para poder hacerme con lo que buscaba. No me ocupé de guardarlo antes de irme, tan solo cerré la gaveta con la pierna y corrí por las escaleras.

–Nina, despacio –solicitó mi padre.

–No puedo atrasarme más –expliqué, sentándome a la mesa para beber un sorbo del café que él había preparado.

–¿Hoy también te pasa a buscar tu amigo? Ayer vi su automóvil por la ventana: ¿es el hijo de Rockefeller? –rio.

–Papá, nadie sabe ya quién fue Rockefeller. Deberías actualizar la frase. Podrías decir Elon Musk, Bill Gates…

–Mencionaste que vendría a casa para hacer un trabajo. ¿Es hoy?

–Sí –respondí.

–No te molesta que Allen y yo estemos aquí, ¿verdad?

–Creí que estarían en su casa. –Explicarle a mi padre cómo había terminado llamándome amiga de Wayne Bennett no estaba en mis planes.

–Iremos más tarde. ¿Hay algo que quieras contarme? Si deseas estar a solas con el chico…

–¡Papá! Es mi amigo.

–Yo no he dicho nada.

–Lo insinuaste.

–No.

–¡Sí!

El claxon del coche de Wayne interrumpió la conversación. Me levanté, recogí la mochila y me aproximé para saludarlo.

–No has comido. Al menos llévate un pancake –sugirió.

Recogí uno al pasar, le di un abrazo rápido y salí de la casa.

Cuando subí al coche, Wayne rio antes de siquiera decirnos “hola”.

–¿Por qué tienes un pancake en la mano? –preguntó. Maldije por dentro; era hermoso cuando reía.

–Me quedé dormida y no hice a tiempo a desayunar bien. ¿Quieres compartirlo?

–No. –Siguió riendo mientras yo mordía el pancake–. ¿Por qué no hacemos una locura?

–¿A qué te refieres? –pregunté con la boca llena.

–Vayamos a desayunar.

–Llegaremos muy tarde al colegio, tal vez ni siquiera nos permitan entrar.

–¿Qué sentido tendría existir sin emoción? Solo se vive una vez.

–Eres una pésima influencia.

–¿Eso es un sí?

–Es un “me pintaré los labios mientras tú te diriges a una cafetería sin que yo me dé cuenta” –dije, extrayendo el labial a la vez que abría el parasol para utilizar el espejo.

No hice más que apoyarlo sobre mis labios: se partió.

–Ups –murmuró Wayne.

–Sí, “ups” –repetí, sabiendo que se trataba de otra señal.

Esa vez, en lugar de huir de las señales, intenté forzar la interpretación. Dedos enredados en el cabello, un labial quebrado… No se me despertó ni una sola idea. Tendría que esperar a que surgiera por su cuenta. Solo rogaba que no fuera algo dramático. Últimamente, parecía que solo servía para pronosticar tragedias.

En menos de quince minutos, nos sentamos en la mesa de una cafetería. Yo ordené el menú más pequeño y Wayne, uno muy grande.

–Quizás debimos invitar al resto de la escuela –bromeé.

–Juguemos a ver quién puede comer más.

Mientras intentábamos terminar toda la comida, me contó que mi coche estaría listo al día siguiente.

–Te devolveré el dinero, aunque sea en cuotas –prometí–. Me avergüenza que pagues las ruedas de mi auto. Tú no tienes la culpa de lo que haya hecho Paige.

–No hace falta, en serio. Si puedo ayudar a una amiga, ¿por qué no lo haría?

Callé. No porque Wayne me hubiera convencido, sino por lo que divisé por sobre su hombro. Era una escena simple, tan solo una pareja besándose, pero en mi mente despertó una interpretación inesperada.

Wayne y yo estábamos sentados en el suelo de mi dormitorio, junto a la cama. Solo nos iluminaba la lámpara redonda de la mesa de noche. Nos besábamos.

Bajé la cabeza. Aunque intenté deshacerme de la imagen rápido, alcancé a ver que sus dedos estaban enredados en mi pelo y que mis labios no estaban maquillados. Las señales adquirieron sentido junto con las sensaciones explosivas que el beso me había provocado.

Procuré concentrarme en el sabor del café que poblaba mi boca, en la disposición de las mesas y sillas blancas de la cafetería, en lo que teníamos que hacer al salir de allí. Sin embargo, durante unos instantes, todo lo que estaba alrededor desapareció y solo existimos mi mente y yo.

Poco a poco volví a escuchar los ruidos del ambiente. Sobre ellos, la voz de Wayne me llamaba por mi nombre. Tomó mi mano por sobre la mesa.

Lo miré. Sentí mis mejillas arder.

–Nina, ¿estás bien? –preguntó.

–Voy al baño –anuncié y me levanté.

Hui lo más rápido posible, me encerré en el sanitario y me senté sobre la tapa del retrete. Como percibí un cosquilleo en la nariz, corté un trozo de papel higiénico y lo coloqué sobre los orificios. Mirando el suelo, volví a pensar en lo que había visto en la interpretación. Entonces ¿ese chico bañado de sol se transformaría en la primera persona con la que me besaría?

Saber que las señales se materializarían en unas horas me puso muy nerviosa. Una vez más, tenía la opción de intervenir: bastaba con que le dijera que suspendíamos su visita a mi casa para otro día y, así, al menos lograría atrasar el beso. La pregunta era si en realidad quería evitarlo.

Me di cuenta de que estaba tan involucrada con Wayne que mi corazón latía como si ya estuviéramos concretando la predicción. ¿Cómo soportaría todo el día sabiendo que un momento así llegaría? ¿Cómo resistiría si luego tenía que superar los sentimientos que ese instante me provocaría?

Estaba llena de inseguridad. Necesitaba vivir el momento, dejar transcurrir. Para mí, que podía ver el futuro, era muy difícil concentrarme en el presente. En especial si mis emociones estaban en juego.

Oí golpes a la puerta.

–Está ocupado –respondí.

Los golpes resonaron de nuevo. Arrojé el papel al cesto de basura, me levanté y abrí. Wayne se introdujo de repente, obligándome a retroceder.

–¿Qué haces? Es el baño de mujeres –advertí.

–¿Qué ocurre? ¿Tienes esos síntomas otra vez? –preguntó, apoyando las manos en mis brazos, que colgaban a los lados de mi cuerpo.

–Estoy bien. Salgamos de aquí. ¿Y si estaba haciendo lo segundo y tú entrabas así?

Volví a ponerme roja. Acababa de hablar de mi caca con el chico con el que me besaría. Resultaba evidente que intentaba boicotear la situación porque simplemente no podía aceptar que algo bueno me ocurriera.

Wayne rio. Cuando giré para abrir la puerta, me tomó de la mano y me devolvió frente a él.

–Espera –pidió con voz calmada–. No te limpiaste bien.

Tomó papel, lo humedeció con agua del grifo y lo colocó debajo de mi nariz. Me mostró una pequeña mancha roja en él y lo arrojó al cesto de basura.

–Gracias –susurré.

–Nina, ¿cuántos años tenías cuando visitaste al último médico por esto? ¿Alguna vez fuiste a un neurólogo?

–Ya te expliqué que no hay un diagnóstico.

–Tal vez no lo había cuando eras pequeña, pero la medicina avanza muy rápido y quizás ahora sí. No sé, es raro. Durante unos segundos me dio la impresión de que ni siquiera estabas en esta realidad.

–Escucha: nadie sabe de esto. Te agradecería que no lo divulgaras.

–¿Ni siquiera tu padre? ¿Cómo se lo ocultas?

–Él no me sigue al baño.

–Es peligroso. ¿Y si se trata de convulsiones o una predisposición a sufrir un ACV?

–Te digo que no. ¿Podemos salir de este lugar antes de que piensen que estamos haciendo la cochinada?

La carcajada de Wayne debió de escucharse hasta el otro lado de la tienda. Deja de reír. ¿Por qué te empeñas en hacerme desear que ese beso ocurra ahora mismo, en este baño, en lugar de en mi habitación, como debe ser?

Avanzó por delante de mí y abrió la puerta en mi lugar.

–¿Disculpen? –murmuró la encargada.

–Lo siento. Mi amiga no se sentía bien y la acompañé –explicó él.

–Sí, por supuesto. Seguro ríen de la misma manera cada vez que se sienten mal. Tendrán que irse.

–Claro. Gracias –replicó Wayne sin discutir.

Señorita, tiene razón, pensé. Haremos algo parecido a lo que imagina, pero no en el baño de su cafetería.

Al pasar junto a la mesa de camino a la puerta, Wayne recogió un croissant que nos había quedado y salió mordiéndolo.

–Gané –dijo con orgullo.

–Sabía que lo harías. No sé dónde te cabe tanta comida –respondí–. No creo que tenga sentido que vayamos al colegio; se hizo muy tarde, dudo que nos dejen entrar.

–Tendrán que permitírmelo para entrenar a las dos. ¿Me acompañas?

–¿Me arrojarás una pelota? –Me miró con los labios entreabiertos y el ceño fruncido. Reí, nerviosa–. Lo siento. No estaba acusándote de nuevo, ya me quedó claro que no lo hiciste a propósito. Pretendía ser una broma, pero a veces no sé si estoy socializando bien.

–Tranquila: socializas a la perfección. ¿Qué hacemos hasta las dos?

–¿Qué tal si nos ocupamos de tu solicitud de ingreso a la universidad?

–¡Perfecto! ¿A dónde vamos?

A mi casa, pensé. Pero no. Procurar adelantar concreciones era tan complejo como intentar

evitarlas. Además, ¿qué haría si mi nariz comenzaba a sangrar cuando el beso ocurriera? ¿Tan solo dejar que el líquido goteara sobre el rostro de Wayne? Sería lo más repugnante que le había sucedido nunca. ¡Tenía que acontecerle con la rarita de Carrie!

–Vayamos a un parque. Aprovechemos que no hace frío –propuse antes de que mis propios pensamientos me consumieran.

Nos sentamos debajo de un árbol, puse música en el móvil y utilizamos el suyo para averiguar qué necesitaba para inscribirse a la carrera que había elegido. Era similar a lo que me pedían para postularme a la mía: una carta de presentación, algunos documentos, registros académicos que debía solicitar al colegio y pagar una tarifa. Nos ocupamos de la carta, que era lo que podíamos hacer en el momento.

Estuvo escribiendo un rato mientras yo resolvía unos ejercicios de Matemática.

–Creo que terminé –anunció.

–¿Tan rápido?

–"Querido equipo de Admisiones de la Universidad Estatal de Toronto, blah, blah, blah. Mi nombre es Wayne Bennett. Les escribo para expresar mi interés en estudiar en la Universidad. Sé que podría ser un buen alumno de la carrera de Antropología, ya que me interesan las personas, las culturas y su impacto en la sociedad. Me respaldan un buen desempeño académico y mi pasión por el deporte. He sido capitán del equipo de softball de mi colegio y lo he representado en diversos torneos durante cuatro años; soy un buen líder. Ojalá que mis habilidades sean de su interés. Quedo a la espera de su respuesta. Saluda atentamente". Etcétera.

Asentí en silencio.

–Está bien, pero… Creo que no te representa. Es decir, eres todo eso, pero suena muy frío.

–¿"Frío"?

–Eres mucho más que un buen estudiante, un buen deportista y un buen líder. Eres una persona hermosa por fuera y por dentro. Te preocupas por los demás y tienes pensamientos profundos. Eres cálido, generoso y sensible. Además, siempre ríes. Eres alguien optimista y alegre.

Sonrió, bajando la cabeza. Nunca me dio la impresión de que se sintiera avergonzado hasta ese momento.

–Gracias. No sé si sea todo eso, pero ¿crees que les interese?

–Creo que quieren conocerte tal cual eres, y no sé por qué das una imagen equivocada.

–De acuerdo, confío en ti. Agregaré un párrafo.

Me causó mucha ternura, porque le demandó más tiempo escribir ese agregado que toda la carta.

–A ver ahora –dijo de pronto–. Va después de “soy un buen líder”: “Me considero una persona optimista, aunque a veces tenga pensamientos que no lo parecen. Me gusta ayudar a otros; ojalá me hubiera dado cuenta antes. Espero que esta carrera me brinde la oportunidad de desarrollar más mis capacidades, como el análisis del pensamiento humano y la empatía. Quiero ser una persona mejor”. ¿Te agrada?

–Más o menos. Suena a que te sientes culpable.

–Dijiste que querían conocerme realmente.

Lo contemplé en silencio por un instante.

–No sé si esto sea lo que te ocurre, estoy suponiendo, pero… Si estás vivo, es porque así tenía que ser. Mereces esta oportunidad.

–Solo espero aprovecharla bien –concluyó y señaló mi carpeta–. ¿Pudiste con el ejercicio? Estás con el mismo hace media hora. ¿Me permites que te ayude, como tú a mí con la carta?

–Te lo agradecería.

Me resultó muy difícil concentrarme en la explicación. Con Wayne tan cerca, mi mente se llenó con la imagen de lo que aún no había ocurrido. Tuve que reprimir el recuerdo de la interpretación varias veces para que no fluyera y acabara abstrayéndome en ella de nuevo.

Por suerte, durante el almuerzo estuvimos sentados uno frente al otro, y eso facilitó mi permanencia en el presente. Como Wayne tenía que entrenar y había desayunado mucho, tan solo ordenó una ensalada y agua mineral.

–¡Vaya! ¿Dónde quedó el devoratodo? –bromeé.

–Preparándose para ganarte de nuevo la próxima vez –contestó.

A las dos y cinco estuvimos en la puerta del edificio de deportes del colegio. Podríamos haber ingresado a la cancha por el exterior desde el estacionamiento, pero Wayne necesitaba utilizar el vestuario. Como el guardia de seguridad no nos quería dejar entrar, él echó mano de su carisma.

–Anda, Henry –rogó, inclinando la cabeza hacia el costado con una sonrisa.

–Debiste ingresar hace un rato con el resto del equipo.

–Es el último entrenamiento antes del partido. Si el sábado perdemos, en parte será por tu culpa.

–Será tuya por haber faltado al entrenamiento.

–Yo no falté. Estoy aquí, intentando que me dejes entrar. ¿Podemos pasar por esta vez? ¿Sí?

El hombre suspiró.

–Está bien –aceptó, abriéndonos la puerta.

–¡Gracias! Te debemos una –exclamó Wayne, apoyando una mano en su pecho, y me dio la otra para guiarme por el pasillo central del edificio de deportes.

Me acompañó hasta la puerta que llevaba a las gradas y me indicó dónde sentarme.

–Bajo ninguna circunstancia camines por la orilla de la cancha donde no hay alambrado de protección. Es ahí donde suceden los accidentes –advirtió.

Lo miré con una expresión divertida, asentí con la cabeza y me encaminé hacia donde había señalado.

El equipo estaba precalentando. En cuanto me senté, percibí la mirada de Peter sobre mí. Jasper no practicaba ese deporte, por lo tanto no se encontraba allí para hacerle de cómplice. Supuse que por eso se aproximó a otro jugador y le hizo un comentario. El chico también me miró.

La aparición de Wayne logró eclipsar lo incómoda que me sentía con esos ojos viéndome y en un lugar al que no pertenecía. Las novias de los jugadores solían acompañarlos a los entrenamientos y sentarse allí, de hecho había visto a Paige hacerlo muchas veces. Pero yo no era la novia de Wayne.

Mientras lo veía jugar, me pareció increíble que ese chico fuera a querer besarme. Me costaba sentirme atractiva y pecaba de lo que había advertido en él: el sentimiento de no merecer algo bueno.

Una acción muy extraña que ocurrió en la cancha llamó mi atención. Peter se cayó intentando llegar a una base, Wayne le ofreció su mano para que se levantara con mayor facilidad pero su amigo lo ignoró. Percibí que algo se había quebrado en su relación, pero no terminé de entender el motivo.

Lo que ocurrió después de un rato fue todavía más evidente. Peter bateó con una fuerza imparable. La pelota golpeó el alambrado, justo delante de mi rostro, con tanta furia que di un respingo de la impresión.

Wayne se le acercó. Como estaban a varios metros, fue imposible oír lo que le dijo. Peter lo empujó y Wayne a él. El entrenador intervino enseguida. Sus compañeros de equipo se quedaron pasmados por el asombro. Pronto los dos se encaminaron hacia la puerta del edificio de deportes. El entrenador los siguió, gritándoles a su espalda.

–¡Están suspendidos! Aunque perdamos el partido, se quedarán en sus casas reflexionando sobre lo que han hecho.

Mi asombro alcanzó el cielo. Siempre había creído que Wayne era intocable, pero al parecer en eso también me había equivocado. Tal vez tenía ventajas y no inmunidad completa. Si el entrenador no lo regañó el día que me golpeó con la pelota era porque, tal como él aseguraba, no lo había hecho a propósito; ni siquiera se percataba de mi existencia. Comprobé una vez más que

no mentía.

No supe qué hacer. Deseaba escapar al estacionamiento y esperar a Wayne junto a su coche, pero supuse que, si salía de los vestuarios y no me encontraba, se preocuparía. Entonces, me quedé.

El chico al que Peter le había hablado de mí se aproximó. Miré hacia el costado, rogando que Wayne se diera prisa, pero todavía no había rastros de él.

–Eh. ¡Eh! –exclamó frente al alambrado. Lo miré–. ¿Qué haces aquí?

–Estoy viendo el entrenamiento –respondí.

–Ocasionaste una pelea entre los mejores jugadores que tenemos. Ahora están suspendidos. Por tu culpa, puede que perdamos el sábado. No regreses –ordenó y se alejó.

Mi primera reacción fue creer que él tenía razón y que nunca debí haber ido allí. Enseguida procuré pensar distinto. ¿Por qué no podía asistir al entrenamiento si se me antojaba? Eran ellos los que tenían que dominar su estupidez.

Wayne regresó unos minutos después, seguido del entrenador. Peter se fue por otro lado. Se sentó junto a mí mientras el hombre le advertía que, si lo veía retirarse antes de tiempo, lo amonestaría. A continuación, regresó con el resto del equipo.

–¿Qué ocurrió? –pregunté.

–Nada –respondió–. Debemos esperar cinco minutos a que Peter se haya ido. El entrenador teme que continuemos la pelea a la salida. Pero no me interesa pelear con él.

–Es tu amigo. ¿Por qué actuaron así?

–Supongo que porque ya no lo es.

–Lo siento, Wayne.

–Está bien. Me hizo un favor al tomar la decisión de alejarse. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo con gente tan perversa. Siempre me rodeé de personas para no estar solo, sin importar cómo me sintiera con ellas. Ya no le encuentro sentido a eso.

–Escuché que no jugarás el sábado.

–Mejor. Podrías llevarme a dar una vuelta en tu auto con cuatro ruedas nuevas.

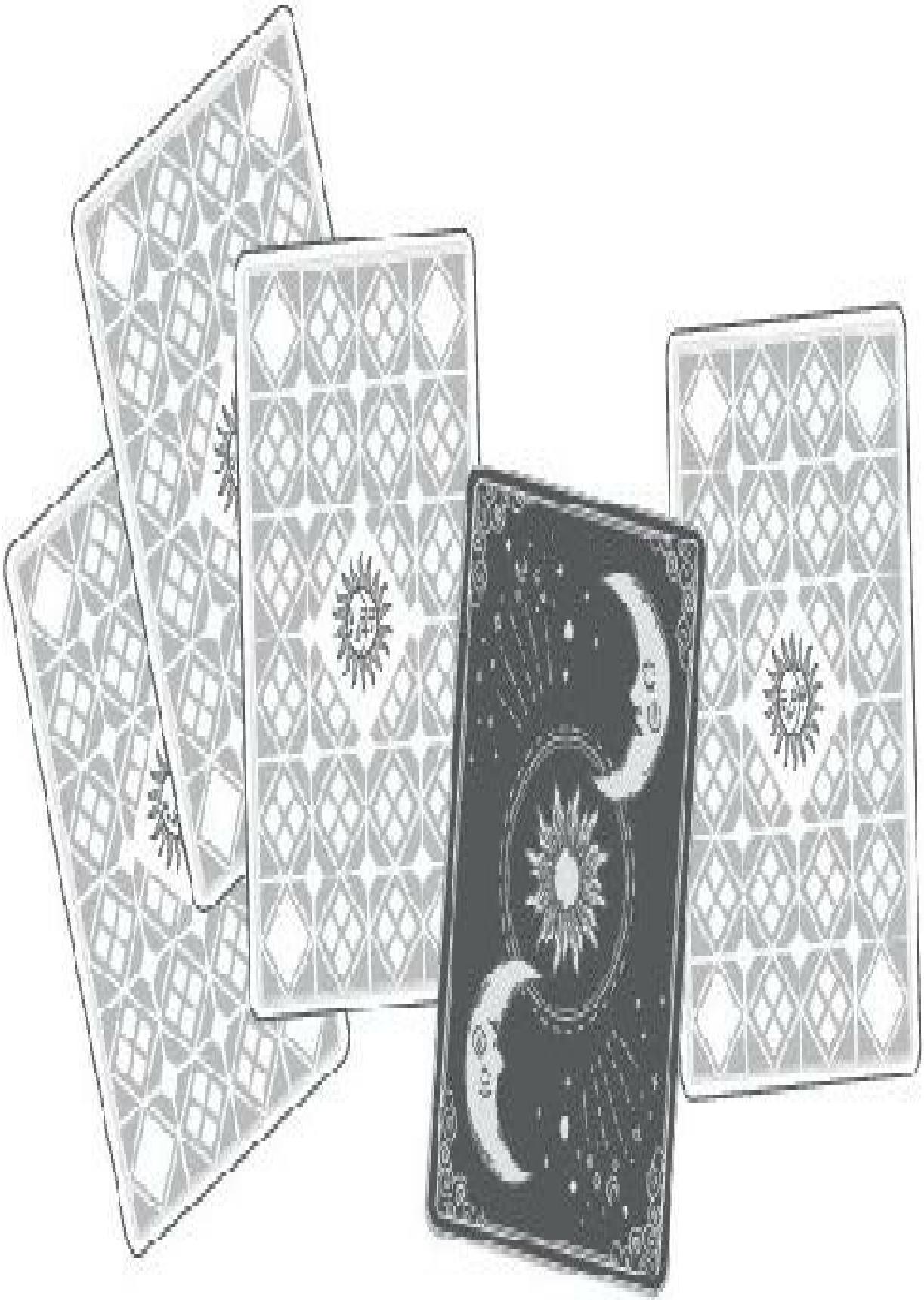
–Cállate –dije, riendo–. Querías jugar.

–También quiero el paseo –aseguró–. ¿Vamos a tu casa a hacer el trabajo?

Volví a recordar el beso que todavía no nos habíamos dado y se me anudó el estómago. Con la luz del sol sobre el rostro, Wayne me parecía todavía más atractivo.

Tragué con fuerza e intenté mantenerme en calma.

–Vamos.



18

Nina

A MEDIDA QUE NOS ACERCÁBAMOS A MI CASA, EL ESTÓMAGO SE ME ANUDABA más. Por un lado, imaginaba el rostro de mi padre cuando le presentara a Wayne. Por el otro, me hacía muchas preguntas sobre el momento del beso. Como nunca me había besado con alguien, temía no saber qué hacer. Además, cuando las interpretaciones se concretaban, podía pasarlo tan mal como al relacionar las señales. Moriría de vergüenza si la circunstancia se volvía una pesadilla.

Wayne estacionó el auto y descendió primero. Al notar que yo seguía en el asiento, se asomó por la puerta abierta.

–¿Nina? –preguntó.

Le dediqué una sonrisa apretada y bajé antes de que se preocupara. Caminé despacio hasta la entrada. Con la excusa de buscar la llave, dejé transcurrir algunos segundos.

En cuanto abrí, oí las voces de mi padre y de Allen. Comencé a rogar para mis adentros que Sam no asociara el nombre de Wayne con el chico de mis trece años. Se lo había mencionado hacía poco y mi padre tenía una memoria prodigiosa; dudaba de que mi pedido surtiera efecto.

Los encontré sentados en el comedor, debatiendo sobre los resultados de unos exámenes que poblaban la mesa. Los ojos de ambos se fijaron en Wayne de inmediato.

–Hola –dije, intentando ocultar mi ansiedad–. Ellos son mi padre Sam y su pareja Allen –expliqué a Wayne.

–Hola –dijeron los tres al unísono.

–Él es Wayne –continué.

–¿Wayne? –indagó papá con el ceño fruncido.

–Haremos el trabajo de Literatura del que te hablé.

–Nina, ¿me acompañas un segundo? –pidió, poniéndose de pie.

–¿Tiene que ser ahora?

–Sí.

–¿Ese es tu automóvil? –preguntó Allen a Wayne, levantándose para señalar por la ventana.

–Sí –respondió él–. ¿Le gusta?

–¡Es fabuloso! ¿Se trata de un Porsche?

–Sí. Es un 911 Carrera Cabriolet.

Mientras ellos conversaban del auto, seguí a mi padre hasta su dormitorio.

–Nina, ¿este Wayne es el mismo que te hizo la vida imposible durante años?

–Sí, pero no fue tan así –admití–. Lo de mis trece años es cierto. Lo demás fueron malas interpretaciones mías.

–Es imposible, no lo creo. Hija, ¿estás segura de que no se trata de una broma o un complot? No es que tú no seas una gran persona, con todas las capacidades para hacerte de buenos amigos, pero…

–¡Papá! –lo interrumpí, riendo con ganas–. Los dos sabemos que mi capacidad para hacer amigos, si alguna vez existió, se arruinó cuando todas las amistades que tuve terminaron mal. Desde que entré en este colegio me propuse dejar de intentarlo, y así me fue mejor.

–Si bien no creo que la solución sea no hacerte de amigos, en este caso creo que sería mejor que te alejaras de este chico.

–No te preocupes. Aunque parezca imposible, por ahora Wayne es el mejor amigo que he tenido.

–Entonces ¿por qué no me dijiste antes que se trataba de él? Lo reconocí de las noticias: es el mismo del accidente. ¿Es también quien te invitó a la fiesta de disfraces? Ha pasado a buscarte todos estos días y ni siquiera lo mencionaste. Tengo derecho a entender qué está pasando.

–Todo está bien, no te preocupes.

–¿Cómo estás tan segura de que no se está burlando de ti?

No podía explicarle que Wayne sentía que me debía la vida y que a partir de ese día, yo lo veía de manera diferente también.

–Confío en mi intuición.

–¿La misma que durante años te indicó que este chico te hacía bullying y ahora resulta que te equivocaste?

–Eso no fue mi intuición, fue temor. Confía en mí e intenta mirar a Wayne con tus propios ojos o con los míos de ahora y no con los que yo lo veía antes, por favor.

–Aunque al parecer sabe de automóviles, no tiene pinta de mecánico. ¿Qué le ocurrió a tu coche?

–Las ruedas necesitaban un cambio.

–Las cambiamos cuando te lo compré. ¡No tenían ni dos años! Hay algo que no quieres contarme. Respetaré tu privacidad, pero de ninguna manera permitiré que este chico se haga cargo de la reparación. No quiero deberle nada a él ni a sus padres.

–Ya no soy una niña, permíteme manejar esa situación. ¿Podemos regresar antes de que Allen y Wayne crean que nos abdujo un platillo volador?

Mi padre al fin rio.

–Nunca dejo de preguntarme cómo se te ocurren ideas tan descabelladas.

–Mejor ni lo pienses. Gracias, papá –dije y lo abracé.

Cuando regresamos al comedor, Allen y Wayne estaban viendo los exámenes. Wayne me miró, sonriente.

–Nina, ¿puedes creer que un estudiante universitario respondió que la caída del Imperio Romano se produjo en 1492?

–Ha de haberse confundido con la Conquista de América –repliqué.

–Así son los resultados de los exámenes iniciales de primer año: cada vez peores –concluyó Allen.

Él también enseñaba en la universidad, como mi padre. De hecho se habían conocido cuando, el primer día que Sam trabajaba allí, se equivocó de salón y entró al de Allen en medio de una clase. Se reencontraron más tarde en el comedor, almorzaron juntos mientras reían del asunto, y su historia comenzó.

–¿Podemos trabajar en mi habitación así no interferimos con ustedes ni ustedes con nosotros? –consulté a mi padre.

Sam entró en otro de esos momentos de confusión parental y miró a Allen en busca de auxilio.

–¿Está bien que se lo permita estando nosotros en la casa? Es un varón –preguntó. Allen se encogió de hombros con la misma expresión de confusión.

–Está bien, papá –me apresuré a intervenir, antes de que la situación se tornara todavía más ridícula–. Todas las adolescentes hacen trabajos prácticos con sus amigos en sus dormitorios, sin importar si son varones o mujeres.

–De acuerdo –consintió.

Volví a agradecerle y me encaminé a mi dormitorio. Wayne me siguió después de decirles “hasta

luego”.

En cuanto entramos, cerré la puerta y permanecí un instante con las manos sobre la madera negra, agradecida de que la primera prueba hubiera terminado. Ahora solo me quedaban los nervios por el beso.

–Tu padre y su pareja son geniales –oí a mi espalda–. Estos dibujos los hiciste tú, ¿verdad?

Giré y encontré a Wayne mirando unos papeles que estaban pegados en la pared. No pensé hasta ese momento que, con permitirle entrar a mi habitación, le estaba dando acceso a un lugar muy profundo de mi interior.

–Sí –asentí en voz baja.

–Son espectaculares. ¿Cómo surgió esta idea? –indagó, señalando un monstruo que había inventado para un cómic.

–Es solo mi imaginación.

–¿Y este otro? –consultó, señalando un bosque con una cascada en el frente y una casita en el fondo. No podía contarle que para dibujar eso me había inspirado en una interpretación.

–Todos nacen de mi interior.

Me aproximé y él me miró. Temblé al tenerlo tan cerca. No soportaba más saber que sucedería algo tan íntimo entre nosotros y a la vez desconocer las consecuencias. Necesitaba terminar con la incertidumbre lo antes posible.

–Hazlo –ordené.

–¿Qué cosa? –preguntó Wayne, confundido.

–Eso que quieres hacer.

–¿De verdad?

–Sí. Necesito que sea rápido.

–¡Gracias! –exclamó, sonriente, y se hizo con el dibujo de la casita–. Lo guardaré en un lugar especial.

Permanecí congelada con cara de estúpida durante unos segundos.

–¿Eso es lo que pensabas? ¿Querías llevarte mi dibujo? –consulté.

–Bueno, también me pregunto por qué siento que tu padre me odia, pero supongo que ya conozco la respuesta. No sé cómo le demostraré que la mayoría de las cosas que cree que hice, en realidad, no las hice con mala intención.

Tuve que esforzarme para no demostrar que me sentía avergonzada.

–No te odia, solo está preocupado –aseguré–. Sé que crees que siempre fui una persona solitaria. Si bien es cierto, tuve amigos. El problema es que esas amistades terminaron mal. Por ejemplo, Leah, mi última amiga, lo fue hasta que se enteró de que mi padre era homosexual.

»Solía venir a mi casa y yo iba a la suya. Un día que me visitó, la pareja de ese momento de mi padre estaba aquí. Se lo presenté como hoy a Allen a ti. En cuanto nos encerramos en la habitación, me preguntó por qué nunca mencioné que mi padre era gay. “La gente heterosexual no lo anda anunciando por ahí. ¿Por qué tendría que hacerlo un homosexual?”, respondí.

»Desde ese día dejó de invitarme a su casa, ponía excusas para no aceptar mis invitaciones y se acercó a otras chicas. En su momento nos unimos porque las dos éramos víctimas de acoso escolar. Cuando se alejó de mí, nuestros compañeros dejaron de molestarla. No entendí el motivo hasta que un día encontré que hablaba pestes de mi padre y de mí en un grupo de una red social.

»En resumen, salió de la posición desventajosa que ocupaba pisando mi cabeza. Por eso me prometí que, en este colegio, no intentaría hacer amigos.

»Podría repetir varias historias de amistades fallidas hasta que entendieras por qué mi padre está preocupado, pero no quiero aburrirte. ¿Por qué no empezamos con el trabajo?

–Lo siento –murmuró–. Gracias por confiar en mí.

–Ya pasó –dije, restándole importancia a la historia, y me volví.

Coloqué la laptop en el suelo y la encendí. Me senté en la posición del indio a la vez que Wayne se instalaba frente a mí. Dejó su mochila a un lado y extrajo el libro. Me agradó que le hubiera colocado adhesivos para señalar páginas. Al parecer, a pesar de lo que pudiera aparentar, era bastante ordenado.

Mientras abría el archivo en el que ya había copiado y pegado la biografía de la autora, percibí que no dejaba de mirar el dibujo que, sin querer, le había obsequiado. Finalmente, lo guardó en una carpeta con cuidado.

A medida que comenzamos a completar los puntos del trabajo, descubrí que no solo era ordenado, sino también bastante metódico y resolutivo. Nos llevábamos tan bien para trabajar que las horas pasaron sin que me diera cuenta, afuera oscureció y tuvimos que encender la lámpara.

–Pon esto: “El asesinato es una forma de homicidio que constituye un delito contra el bien jurídico de la vida de una persona física” –pidió, leyendo de su móvil.

–¿Me lo estás dictando textualmente? Tendríamos que parafrasearlo.

–¿Por qué? Ponlo entre comillas y que funcione como una cita.

–¿Cuál es la fuente? –Me mostró el teléfono–. ¿Wikipedia? ¿De verdad? Es poco serio. Al menos deberíamos buscar la definición en un manual de leyes o de psicología.

–Siempre he copiado y pegado algunos fragmentos de Wikipedia y me ha ido bien.

–Será por portación de apellido.

–No solo con los profesores que me tienen preferencia. Aunque no lo creas, hay algunos que no. Esos son mis favoritos, porque cuando me felicitan, me felicitan en serio, a mí y no indirectamente a mis padres.

La profundidad de ese comentario en apariencia intrascendente mantuvo mis dedos congelados sobre el teclado por un rato, aunque Wayne continuara dictando.

–¿Estás copiando? –preguntó, alzando la cabeza.

–No, lo siento.

–Creo que necesitamos un descanso –concluyó.

–Prefiero que terminemos este punto primero. ¿Podrías buscar mi libro? Anoté ahí algunas definiciones de otras fuentes. Lo dejé en la mochila que apoyé en la silla del escritorio.

Se levantó mientras que yo intentaba armar una frase con lo último que le había oído dictar.

–¿Puedo abrir tu carpeta de dibujos? –consultó.

Giré la cabeza y lo vi señalando mi carpeta negra. Me avergonzó que pudiera hallar algunos diseños, así que me aproximé enseguida para permitirle acceder solo a los que yo quisiera.

Entendió mi actitud como un permiso y la abrió. Lo primero que apareció fueron algunas escenas del manga.

–¿De qué se trata? –indagó.

–De una chica que puede conectarse con los muertos.

–¿Algo así como la película Sexto sentido?

–Un poco más divertido; por ser médium termina en enredos graciosos. –Miró algunas páginas más hasta que llegó al caballero de bastos–. Ese no –dije, forzándolo a pasar la página.

–Se parece a mí –rio.

–¡Ya quisieras!

Era tan rápido para hacer las cosas que no me di cuenta de que había cambiado la dirección de su atención hasta que exclamó:

–¡Naipes de tarot! –Se hizo con la caja antes de que pudiera reaccionar y me miró con una sonrisa que iluminaba la habitación–. ¿Me haces una tirada?

–¿Para qué? Tenemos que seguir con el trabajo. Además, es solo un juego.

–Amo los juegos –afirmó, llevándose las cartas consigo.

Apartó el material con el que estábamos trabajando y en su lugar colocó el mazo. Volví a sentarme frente a él, un poco nerviosa. No solía tirar las cartas para otros, y menos en vivo y en directo.

–¿Qué hago? –preguntó con los ojos brillantes. Su lado entusiasta me atraía demasiado.

–Mezcla y corta mientras haces una pregunta.

–¿Tengo que decírtela?

–Por supuesto.

Pasó un rato mezclando las cartas. Luego las asentó en el suelo y cortó.

–Quiero saber si la chica que me atrae me corresponde o no –soltó.

Mi mundo se derrumbó. Entonces, si a Wayne le gustaba una chica, ¿qué significaba el beso que había visto en la interpretación? Lo único que se me ocurrió fue que mi propio deseo debió de interferir en la visión e interpreté las señales como si el beso me aconteciera a mí cuando, en realidad, se trataba de él con otra persona. Acababa de terminar una relación con Paige, lo más probable era que fuera ella.

Reuní el mazo y extraje tres cartas. Salieron la luna, la torre y el sol. Todos arcanos mayores; sin duda allí estaba aconteciendo algo muy profundo.

–Bueno… –susurré, procurando ser fuerte–. La luna indica que ella es una persona muy insegura. Cree que el otro puede ser una amenaza y es muy sensible al entorno. Por esa misma razón, paradójicamente, también conoce a la gente. Está conectada con la intuición. Creo que…

Callé de golpe. Esa chica no era Paige, más bien se parecía a mí. Pero Carrie no le gustaba a Wayne.

–Es todo –dije–. En la respuesta sale el sol, así que está todo bien con la chica, no te preocupes. ¿Tienes otra pregunta?

–Esto es increíble. ¡La describiste tal cual es! –exclamó, fascinado–. ¿Y esta carta qué significa? –indagó, señalando la torre.

–Eso es un golpe externo para tu ego.

–¡Vaya que ella lo es!

Reuní los naipes de manera apresurada y se los devolví para que mezclara. Entendió que debía hacer lo mismo que antes sin que se lo pidiera. Después de revolverlos un poco, volvió a dejarlos en el suelo y cortó.

–Quiero saber si llegaré a la universidad –dijo. Lo miré.

–Creí que estabas decidido a enviar tu postulación.

–Es que no me refiero a eso exactamente.

Mis labios se abrieron de forma desmesurada

–¡No preguntaré si seguirás vivo para ese momento!

–¿Por qué no?

–¡Porque no quiero! Me niego a preguntarle al tarot si alguien morirá.

–De acuerdo. Haré otra pregunta, no quiero perder la oportunidad. –Recogió los naipes, los mezcló una vez más y cortó sobre el suelo–. Quiero saber si, en caso de que le diera un beso a la chica, a ella le gustaría.

Mi mente volvió a ponerse en blanco, pero mi cuerpo se transformó en fuego. ¿Por qué intentaba engañarme? Sabía que hablaba de mí. Tenía que asumir mis propios sentimientos y confiar en los suyos antes de que fuera demasiado tarde y los dos termináramos cayéndonos de la torre, estrellados contra el suelo.

–No necesito las cartas para responder eso –contesté, elevándome sobre las rodillas.

En esa posición, mi rostro quedó frente al de Wayne, tan cerca que podía sentir el aroma de su piel. Nunca alguien me había mirado como él en ese momento, con admiración y deseo. Sentí que sus ojos eran un reflejo de los míos y me hundí en el azul profundo. Lo que encontré en su interior fue asombroso. Era mucho más inmenso y poderoso que una interpretación, se sentía como ser dueña del universo.

Me acarició una mejilla mientras pasaba la vista por mis pómulos y por mi nariz. Se detuvo en mi boca. Me aproximé otro poco. El roce apenas perceptible de nuestros labios me hizo cosquillas en cada rincón del cuerpo. Comenzamos a agitarnos.

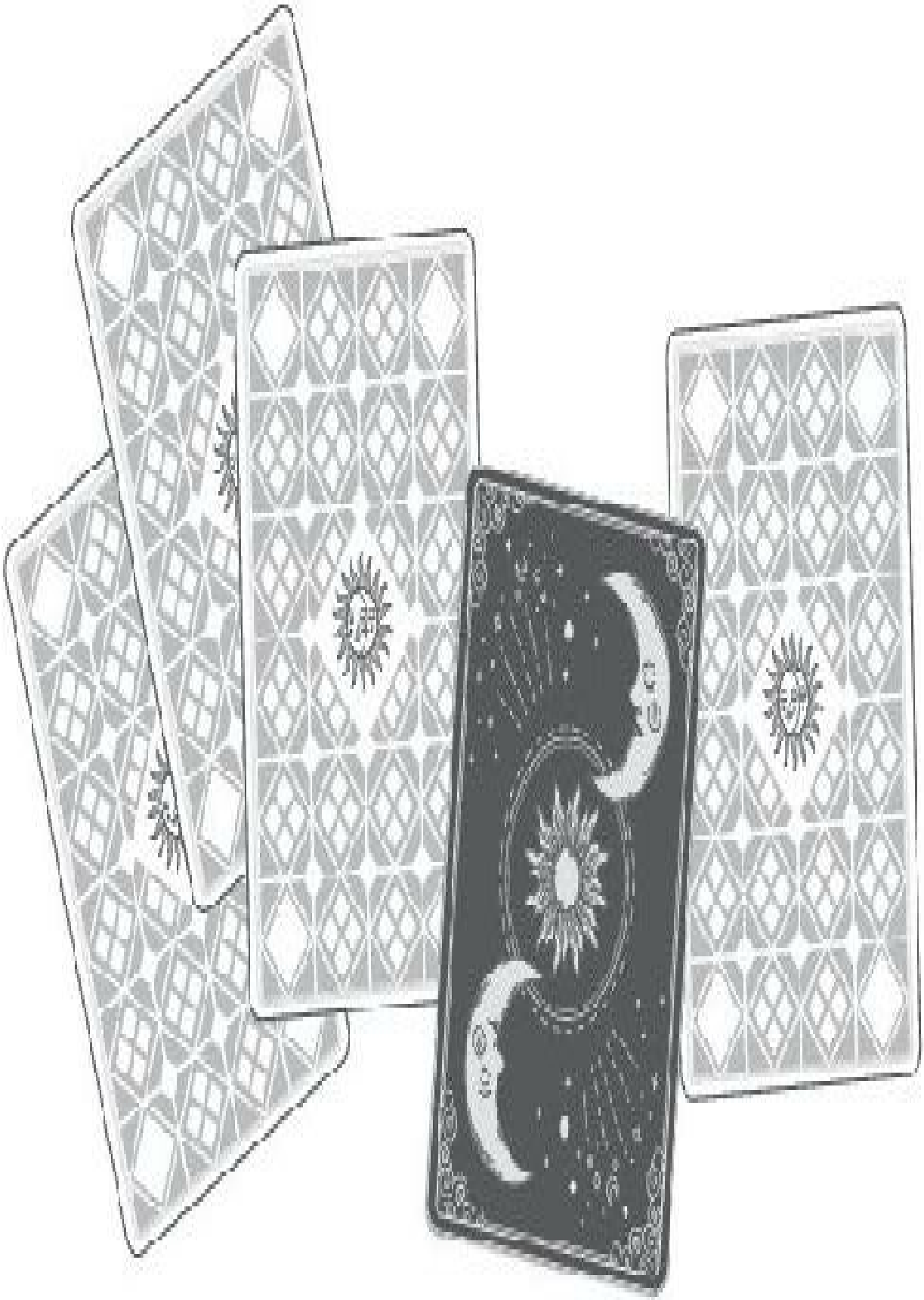
Nada sucedió como creí, sino como estaba destinado a ser. No hubo dudas ni miedo. Lo que sentía era tan intenso que arrasó con todo lo que no fuera eso que estaba viviendo.

Nuestros labios se encontraron al mismo tiempo en un verdadero beso mutuo. Comprendí enseguida que no importaba si no sabía cómo proceder: no había nada que se debiera hacer, excepto dejarse llevar. Ser libre.

Disfruté de sus dedos enredados en mi cabello, la calidez de su boca, la belleza escondida en ese acto puro y pasional, oscuro y a la vez lleno de luz, como la luna y el sol.

No hubo sangrado, ni siquiera un leve dolor de cabeza. Aun así, en cuanto el beso terminó, me refugié contra su pecho y él me abrazó. Acarició mi pelo, me besó en la sien y durante unos hermosos minutos fui feliz.

Nunca me sueltes. Quiero que este eclipse dure hasta que ya no exista el tiempo.



19

Wayne

MI CORAZÓN LATÍA ACELERADO. PARADÓJICAMENTE, HABÍA PAZ DONDE siempre creí que solo hallaría caos. Ni siquiera por un instante tuve la necesidad de escapar. Hubiera permanecido en esa habitación, abrazado a Nina, hasta el final.

No podía creer que estuviera acariciando su pelo. Era suave y abundante, tal como había imaginado al mirarlo. Sus labios, mullidos y cálidos, delicados al igual que la piel que en ese momento tomaba contacto con la mía mientras pasaba un dedo por su mejilla. Me pregunté cómo se sentiría abrazarnos de la misma manera pero sin la ropa puesta.

Le besé la frente, deseando reencontrarme con las sensaciones que habíamos experimentado hacía un instante; estaba seguro de que eran recíprocas. Lo que acababa de vivir no se parecía a nada anterior. Estaba seguro de que los sentimientos marcaban la diferencia: al menos para mí, era la primera vez que aparecían acompañando un acto esencialmente físico.

Nina se tensó de golpe cuando oímos unos golpes a la puerta. Se apartó aunque mis brazos todavía permanecieran en su cintura y me miró con miedo. Se llevó una mano a los labios; me pareció que temía haberse manchado. Quizás había olvidado que nunca se había maquillado.

–Estás bien –susurré. Se mordió el labio inferior y se levantó rápido.

Permanecí sentado mientras abría la puerta para hablar con su padre. Conociéndola, imaginé que se sentiría avergonzada. Lo comprobé en cuanto dijo la primera palabra.

–¿Sí?

–¿Todo está en orden? –preguntó el hombre.

–Sí. Ya vamos por el punto F. Es el más largo, no creo que lo terminemos hoy. Y todavía falta el G, más la página de la bibliografía y el índice.

Se me escapó una sonrisa de ternura: cuantas más explicaciones daba una persona, más se notaba que intentaba ocultar algo. Desde la noche del accidente sabía que Nina guardaba secretos. A juzgar por lo bien que los escondía y lo mal que encubría este, sin duda no estaban relacionados con besos.

–Bueno… –murmuró su padre, se notaba que no sabía qué decir–. Allen y yo nos vamos. Volveré mañana por la tarde. ¿Necesitas algo?

–No.

–¿Segura?

–Sí.

–De acuerdo. Cualquier cosa, llámame.

–Claro. Que lo pasen bien.

–Mhm…

Cerró la puerta y se respaldó en ella como si acabara de pelear una guerra. Giré hacia su lado y reí.

–¡No es gracioso! –protestó.

–Parece que nunca te hubieran interrumpido mientras te besabas con alguien.

–Será porque nunca me había besado con nadie.

La sonrisa se congeló en mis labios.

–¿Qué? ¡No puede ser! –exclamé.

–¿Quién iba a querer besarme? ¿El amigo que nunca me atrajo y que, además, terminó robándome, o los chicos que hundieron mi cabeza en el retrete?

–¿Entonces yo fui tu primer beso?

–¡Felicitaciones! Dudo que besarme sea un buen premio, pero compraste todos los números y ganaste.

–Detente. No es necesario que estés a la defensiva. Estás nerviosa. Ven. –Abrí los brazos y la invité a volver conmigo. Le costó decidirse, pero no desistí y, al final, terminó sentándose frente a mí. La abracé y le di un beso en la cabeza–. No creo que haya ganado un premio, porque tus sentimientos no tienen precio. Tampoco me explico cómo no te diste un beso con alguien antes. Estoy seguro de que muchos quisieron besarte, incluso personas que ni siquiera imaginas, solo que no te lo dijeron.

–No lo creo. Siempre fui un hazmerreír y punto.

–Que tú no lo creas no significa que no sea posible. ¿Quieres saber más? –Le alcé la cabeza y rocé sus labios con el pulgar–. Muero por besarte de nuevo.

El deseo se transformó en realidad en un segundo. Nina me rodeó el cuello con los brazos y yo apoyé las manos en sus mejillas. Besarnos era tan maravilloso como ella.

Por supuesto, no volvimos a ocuparnos del trabajo. Pedimos comida, cenamos riendo de tonterías y pusimos música. Se nos hizo muy tarde besándonos de nuevo y mirando videos en el móvil.

–Wayne, ¡son las dos de la madrugada! –exclamó Nina–. Mañana tenemos que ir al colegio.

–¿Y si faltamos?

–Ya nos ausentamos hoy. Quizás tú tengas a quien pedirle los apuntes, pero yo…

–Puedo pasarte los de las clases que compartimos.

–Quiero ir mañana, en serio.

–Está bien –acepté.

Había una cama individual. No pensaba pedirle a Nina que la compartiéramos si ella no me lo ofrecía. Tampoco quería irme, así que me acosté en el suelo.

–¿Qué haces? –rio ella, tocándome el costado.

–Dormir.

–No puedes dormir así. Espera.

Fue al guardarropa, recogió una bolsa de dormir y la extendió junto a la cama. Al parecer, ella tampoco tenía ganas de que me fuera.

Ordenó las cosas que habían quedado esparcidas por el suelo, buscó ropa cómoda y salió de la habitación. Mientras no estaba, me quité la camiseta y la dejé junto a la sudadera.

Nina regresó con un pantalón corto y una camiseta. Nos quedamos quietos un instante, mirándonos. En mi caso, acababa de descubrir sus hermosas piernas.

Después de un momento reaccionó, se acostó en la cama a la vez que yo me metía en la bolsa y apagó la luz.

Pronto la penumbra del exterior iluminó la habitación con un tono azulado. Lo que llevábamos haciendo desde hacía horas había dejado mi mente en una carrera de Fórmula 1 y me costaba relajarme. Dudaba que pudiera dormir enseguida.

Sentí su mano rozando mi hombro. La tomé y entrelazamos los dedos.

–Hasta luego –dijo. Su voz sonó suave y dulce.

–Descansa –respondí.

Después de un rato su respiración se volvió más profunda. Se movió dormida y retiró su mano de la mía. Me senté a contemplarla. No entendía cómo había pasado tantos años ignorando que, a mi lado, había tanta belleza.

Volví a acostarme con un antebrazo sobre la frente. Lo último que pensé antes de quedarme dormido fue que las personas corremos detrás de tantos engaños que nos perdemos lo más importante: los paisajes, el color del cielo, la mirada de otra persona. Ahí es donde se encuentra la verdadera belleza, el sentido de todo.

El sonido de dos alarmas me despertó de golpe, justo cuando estaba soñando que volaba. No hice a tiempo a abrir los ojos: Nina se sentó en la orilla de la cama y, sin querer, me pateó.

–¡Oh, por Dios! Lo siento –exclamó, agitada, con una mano sobre la boca–. Olvidé que estabas aquí y me asusté por el sonido desconocido.

–No hay problema. –Apoyé una mano sobre su rodilla para tranquilizarla–. ¿Estás bien?

–Sí, ¿y tú?

–A excepción de que no puedo moverme, estoy bien.

Giró para apagar su alarma y yo aproveché para apagar la mía.

–¿A qué te refieres con que no puedes moverte? –consultó, mirándome con el ceño fruncido.

–El suelo de tu habitación no es precisamente un colchón de plumas y mi espalda se llevó la peor parte.

–¿Por qué no me avisaste? Hubiéramos compartido la cama o algo. Te haré un masaje –ofreció y se sentó a horcajadas sobre mi entrepierna.

Mi corazón comenzó a latir furioso. La inocencia del acto le imprimió más adrenalina al momento. Me senté, sonriendo, y le acaricié el rostro.

–Eso me vendrá estupendo, gracias –dije y la besé en los labios. Nina me miró por un instante y luego hizo lo mismo con los míos. Había tanta calidez en sus ojos y era tan mágico besarla que me costaba contener el deseo.

–Dijiste que no podías moverte pero acabas de sentarte como si nada.

–Sí, pero me duele –mentí, tocándome la parte baja de la espalda–. Me duele mucho.

Nina estalló en una carcajada que la iluminó todavía más.

–¡Mentiroso! –exclamó–. No deberías estudiar Antropología, sino Arte Dramático.

–Desde que soy pequeño, mis padres y sus amigos insisten con que debería ser actor.

–¡Tienen razón! Date la vuelta antes de que me arrepienta de la oferta.

Me apresuré a acostarme y giré debajo de ella para conseguir mi masaje. Cuando asentó las manos en mis omóplatos, mi deseo se volvió incontrolable. Todo empeoró en cuanto comenzó a

frotarme la espalda desde los hombros hasta la cadera y al revés muchas veces. La fuerza de sus pulgares podía aflojar el músculo más tenso.

–Espero que te sientas mejor –susurró en mi oído después de un rato y me besó en la mejilla.

–Todavía no –murmuré.

–No podemos atrasarnos más.

–Siempre llegamos tarde.

–No tanto. Vamos. Puedes usar el baño que está junto a mi dormitorio mientras yo preparo el desayuno. Yo iré luego; lo mío suele llevar más tiempo.

Giré y volví a sentarme para mirarla de frente. Ella apoyó las manos sobre mis hombros y yo le acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja.

–¿Por qué pasas mucho rato en el baño? Podríamos utilizar ese tiempo en algo más entretenido.

–No es fácil disimular este rostro de zombi.

–¿Qué zombi? Eres hermosa. Cuando recién te despiertas, tus ojos se ven más rasgados –comenté, acariciándole los pómulos con los pulgares.

–¿Eso es bueno? –preguntó, sonriente. Había tanta luz y pureza en ella que temí mancharla con mi deseo.

–No lo sé, pero me gusta.

–Bueno… Tú también eres hermoso.

–Lo sé –bromeé. Nina rio y me empujó despacio.

–¡Guau! ¿Qué es esa cosa tan grande?

–¿Lo sientes?

La boca de Nina se abrió por la sorpresa.

–¡Wayne! –exclamó a la vez que me golpeaba en el pecho–. No estoy hablando de… eso. Era una ironía sobre tu enorme ego.

–¿Cómo esperas que entienda una ironía en este momento?

–Lo que acabas de insinuar no es más que otro ejemplo del ego que te desborda.

–Bueno, perdona por no poder separar mi mente de mi cuerpo.

Me miró en silencio por un instante, agitada y mordiéndose el labio.

–¿Por qué eres tan lindo? –dijo y me abrazó–. Por favor, no rompas mi corazón. Tan solo no lo rompas.

La tomé de la cintura y la aparté apenas para que nos miráramos.

–Hagamos un acuerdo: deja de pensar que te lastimaré. No lo haré, confía en mí. Disfruta. Si te sientes como yo, no podrás evitarlo.

–¿Cómo te sientes?

–Como si estuviera en el cielo.

–Entonces sí: estamos en el cielo. –Sonrió.

Seguimos el orden que Nina había propuesto: fui al baño que estaba junto a su habitación y ella se dirigió a la cocina. Cuando bajé las escaleras con nuestras mochilas, la encontré apoyando las tazas sobre la mesa. Me pidió que desayunara tranquilo y corrió al baño.

Me sorprendió el tiempo que tardó en regresar. Para colmo, determinó que nos fuéramos habiendo bebido tan solo un sorbo de café.

Crucé los brazos y negué con la cabeza.

–No encenderé el auto hasta que termines tu parte.

–Vámonos, por favor.

–Cuanto más discutas, más tiempo perderemos, porque no me moveré.

Suspiró poniendo los ojos en blanco, pero al menos logré que terminara su porción.

A pesar de todo, llegamos justo a tiempo. Alcanzamos a entrar al aula antes de que sonara el timbre.

Las miradas de Paige, Jasper y Peter se clavaron en nosotros. El único sitio libre, además del de Nina, era el que yo solía ocupar cerca de ellos, así que me dirigí allí y la dejé a ella en el rincón seguro que le servía para pasar desapercibida.

En medio de la clase, sentí una cosquilla en la pierna. Di un respingo de la impresión. El pupitre hizo ruido en medio del silencio. Todos me miraron. Paige retiró la mano con una mirada triunfante.

En cuanto sonó el timbre, le pedí que nos escabulléramos entre la gente. Nos ocultamos en un pasillo que llevaba a un cuarto de limpieza.

–¿Qué haces? –pregunté.

–¿Qué hago de qué? –contestó con sorna.

–¿Qué ocurriría si fuera al revés y yo te tocara en contra de tu voluntad?

Rio llevándose las manos al rostro.

–¿De qué voluntad hablas, Wayne? Eres un varón, tu única voluntad está en tu pene.

–Me das asco. La próxima vez que me toques o me acoses de cualquier manera…

–¿La próxima vez, qué? ¿Irás a hablar con el director? ¿El mismo que sabe que me golpeaste el otro día en el estacionamiento? Lo siento, dudo que te crea. Además, no es acoso.

–No me toques, no me hables, ni siquiera te acerques. ¿Está claro?

–Blah, blah, blah.

Su mirada burlona y desafiante estuvo a punto de acabar con mi paciencia. Antes de terminar insultándola, me di la vuelta y me fui.

Caminaba por el pasillo en dirección a la siguiente clase cuando Jasper me abordó colgándose de mi brazo.

–¿Qué tal? –preguntó–. Me enteré de lo que ocurrió con Peter. No está bien que los amigos se peleen, Wayne.

–¿Por qué siento que me culpas a mí? No fue mi intención pelear con él.

Paró de caminar. Como todavía me sujetaba, tuve que detenerme también.

–Extraño nuestro grupo –confesó–. No quiero dejar de ser tu amigo, pero ya sabes cómo es…

–Está bien. Lo entiendo.

–Podemos conversar y salir sin que lo sepan.

Sonreí, cabizbajo.

–No te preocupes, Jasper. No estás haciéndome a un lado, yo me abrí por mi cuenta. Gracias por preocuparte.

Me devolvió una sonrisa compasiva y me dio una palmada en la espalda antes de alejarse.

Para la siguiente clase, procuré sentarme lo más lejos posible de Paige. Tendría que llegar más temprano a las clases si quería elegir un lugar lejos de ella.

En la hora del almuerzo, volví a sentarme con Nina. Noté algo extraño en su mirada, pero no

tenía fuerzas para enfrentarme al asunto en el que ella debía estar pensando. Lo evité hasta que Nina decidió abordarlo.

–¿Podrías aclararme cómo es tu relación con Paige?

–No tengo una relación con Paige –respondí a secas, sin dejar de prestar atención a mis guisantes.

–Me refiero a lo que ocurrió hoy en la clase de Química.

–Me tocó sin mi consentimiento.

–De acuerdo. ¿Y qué harás con eso?

–Ya hablé con ella.

–¿Hablaste con ella?

La miré, impaciente.

–Nina, si vas a comportarte de la misma manera tóxica que mi ex…

–¿Cómo podría hacer eso si no somos nada? –me interrumpió–. Y, aunque lo fuéramos, tampoco lo haría. Tan solo me parece un sinsentido que converses con ella, como si eso pudiera cambiar la actitud de un acosador. Los conozco bien y te aseguro que no. Buen provecho –dijo, dispuesta a levantarse. Le tomé la mano antes de que lo hiciera.

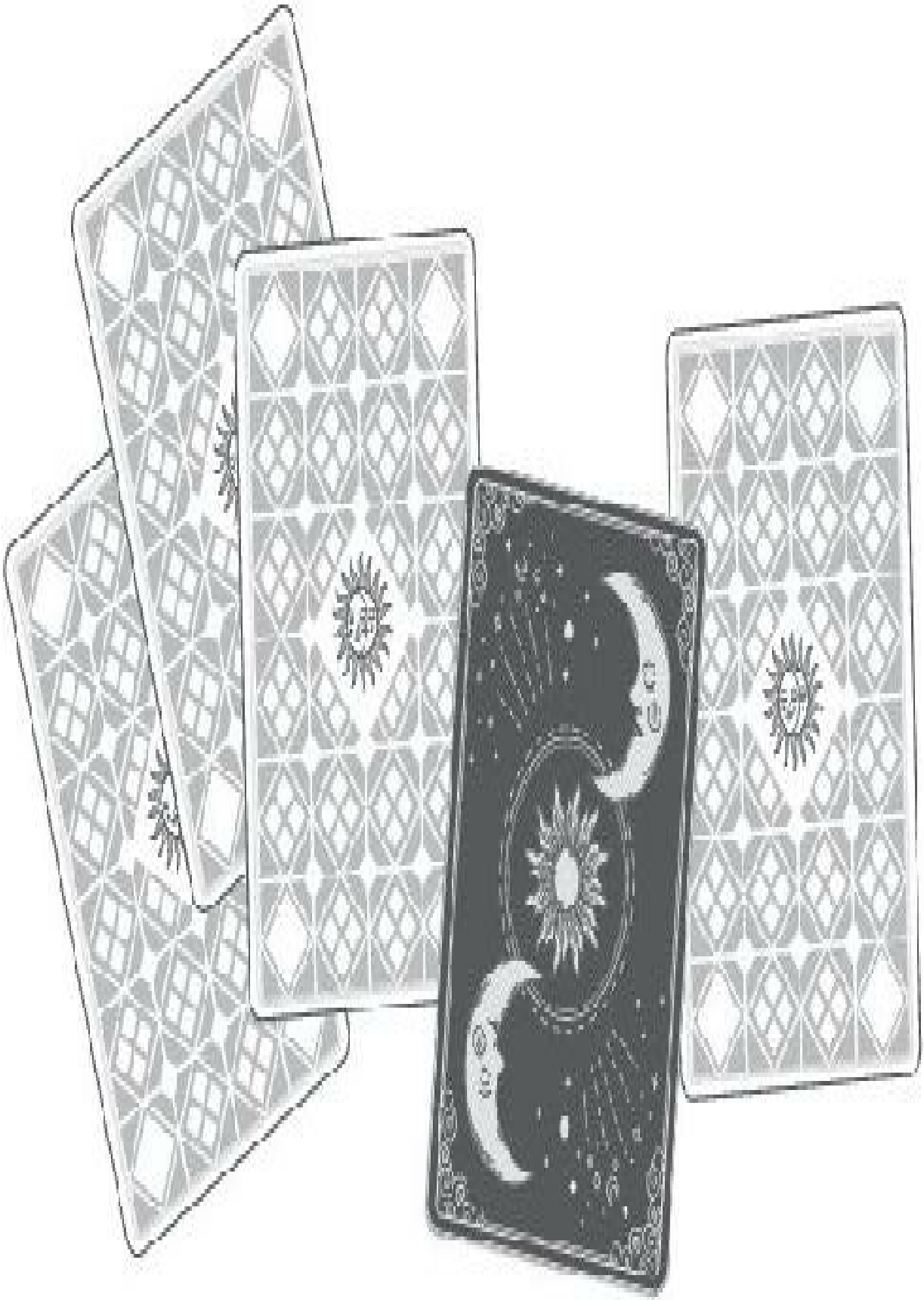
–No discutamos –pedí en voz baja–. Es lo que Paige quiere y no pienso darle el gusto. ¿Podemos terminar el almuerzo?

–Yo ya terminé.

–Pero yo no y me gustaría que me acompañaras.

Nos sostuvimos la mirada. Ella estaba agitada. Sus ojos me demostraron su lucha interna por quedarse o huir. Terminó quedándose.

–Gracias –dije y le acaricié los dedos–. Nina, somos lo que quieras. Lo importante es que estamos en el cielo.



20

Nina

PRESTAR ATENCIÓN DURANTE LA PRIMERA CLASE DE LA TARDE ME RESULTÓ DIFÍCIL. Demasiados recuerdos daban vueltas en mi cabeza. Por un lado, lo que Paige había hecho me hervía la sangre. Por el otro, lo que había vivido la noche anterior y esa mañana antes de ir al colegio lograba opacar cualquier otro sentimiento. El torso de Wayne sin camiseta era una imagen muy inspiradora. Incluso cuando me tomó la mano en el comedor tuve la impresión de que volvía a elevarme del suelo. El globo aerostático volaba cada vez más alto; solo esperaba que, si tenía que aterrizar, lo hiciera despacio.

Al menos no compartía esa clase con sus antiguos amigos. No había allí personas que me molestaran, pero sí a otros. Jerry, un chico que había llegado al colegio el año anterior, lo pasaba peor que yo. En ese momento, salí de mis pensamientos porque divisé que un compañero le pegaba goma de mascar en el cabello. Lo llevaba un poco largo y suelto, sin duda para cubrirse el rostro como hacía yo.

Sentí que debía decir algo pero, si lo hacía, luego se la agarrarían conmigo. No necesitaba más acosadores, de modo que me mantuve en silencio. Aunque sabía que la complicidad consciente o inconsciente era parte del problema, no creía que yo en particular pudiera aportar una solución. A veces me preguntaba qué ocurriría si todos los que sufríamos acoso nos uniéramos. Intuía que nada. Por lo general, éramos personas solitarias, sin mucho en común más que eso. Además, Jerry no me daba buena espina. Percibía una energía muy oscura cada vez que nos cruzábamos.

El timbre sonó, interrumpiendo mis reflexiones. Me di cuenta de que no había terminado de copiar de la pizarra. Le saqué una fotografía, reuní mis cosas y me dirigí al baño antes de tomar la última clase del día.

Mientras lavaba mis manos, alguien apareció detrás. Presentí que no se movía, así que miré por el espejo para entender qué sucedía. Paige estaba cruzada de brazos, observándome de manera desafiante.

Bajé la cabeza y terminé de hacer lo mío. Me sequé con unas toallas de papel y las arrojé al cesto de basura. Acomodé la correa de la mochila en el hombro y giré para irme. Ella se interpuso en mi camino.

–Quiero avisarte algo –dijo.

–No tengo tiempo –respondí y di un paso al costado para intentar irme de nuevo. Volvió a impedírmelo moviéndose también.

–Wayne te engaña. Solo se acercó para descubrir por qué le impediste subir al automóvil de Giulio.

Se me escapó una risita.

–Sí, seguro. Con permiso.

No se movió.

–¿Cómo podrías creer que su relación va en serio? –preguntó con tono burlón–. Actúas como si hubieras salido de un manicomio, tienes una apariencia muy desagradable y claramente te sobran varios kilos. ¡Wayne jamás se fijaría en ti!

Nunca experimenté un acceso de furia tan salvaje como en ese momento. Me importaba poco lo que acababa de decir sobre mí, aunque en parte temiera que fuera cierto. Mi mente se llenó de imágenes acumuladas: el acoso extremo que sufrí en otros colegios, el que sufrían las personas como Jerry en este, lo que ella le hizo a Wayne en la primera hora. Todo eso me desbordó y, por primera vez, respondí a la agresión con otra.

–Será que me elige porque no soy una estúpida como tú.

Se acercó un paso más hasta quedar pegada a mí y se irguió como una altanera.

–Más vale que te alejes de mi novio, Carrie.

–¿Un novio al que tienes que tocar sin su consentimiento porque ya no te quiere? Si serás idiota, Piggy.

–¿Piggy? –murmuró.

–Ya sabes, la cerdita acosadora de los Muppets. Así te ves cada vez que te humillas intentando atraer su atención.

Me empujó con tanta fuerza que terminé contra el espejo. La mochila impactó en lugar de mi espalda. La utilicé para impulsarme hacia adelante y la dejé caer al suelo antes de lanzarme sobre Paige. Jalé de su cabello a la vez que ella me rasguñaba los brazos e intentaba golpearme en el rostro. Como no pudo porque yo mantenía su cabeza hacia atrás, apoyó las manos en mi pecho, consiguió girarme y me arrojó hacia adelante con una patada en la cadera.

Aunque logré sostenerme del lavabo, el impulso llevó mi cabeza hacia adelante y me golpeé el costado de la boca con el borde. Me dolió hasta el alma, sin embargo, me repuse enseguida y giré antes de que pudiera volver a patearme. Le sujeté los brazos y la arrastré hacia atrás para llevarla contra la pared. En ese momento, un grupo de tres entró. Una gritó: “¡pelea de chicas!”. La segunda comenzó a filmar y la tercera salió.

Paige y yo nos golpeamos contra las paredes moviéndonos como un trompo. Ninguna aflojaba el agarre; estábamos aferradas una a los hombros de la otra.

–¡Maldita enferma! –gritó.

–¡Enferma tú!

–¡Aléjate de Wayne o lo pagarás!

–¡Qué te den!

La arrojé fuera del baño por la puerta abierta y ella cruzó el pasillo trastabillando hacia atrás para no caer. Un tumulto nos rodeó con expresiones que iban desde el asombro a la fascinación. Nadie se dignó a intervenir.

"¡Nina!", oí. Era la voz de Wayne.

Como Paige se abalanzó y me dio una bofetada, yo alcé el brazo para hacer lo mismo. Antes de que lo dejara caer sobre el rostro de ella, Wayne me tomó de la cintura por atrás y me alzó para llevarme con él. Dos chicos se interpusieron delante de Paige para que no pudiera seguirme.

–¡Déjalo en paz, perra! –bramé.

Wayne atravesó el grupo, me sentó en el suelo y se arrodilló frente a mí.

–¡Nina! Nina, ¿qué ocurrió? –preguntó, apartándome el pelo del rostro. Yo estaba demasiado agitada y en shock como para responder–. ¿Por qué tienes sangre en la boca? –indagó, tocándome alrededor de la zona lastimada con el pulgar.

–Paige estrelló mi rostro contra el lavabo –alcancé a balbucear.

–Oh, no. No, no, no –dijo él y me abrazó. Yo tenía palpitaciones; todavía estaba ensimismada en la pelea.

Pronto oí también la voz de Lincoln, un celador.

–¿Qué está ocurriendo aquí? –preguntó, alarmado.

–¡Nina me atacó! –sollozó Paige. Sonaba como si lo dijera acurrucada contra alguien.

Sentí los pasos del celador acercarse.

–¿Nina? –preguntó. Sin duda no podía creer que yo estuviera involucrada en una pelea feroz–. Las dos irán a la dirección ahora mismo.

Wayne giró la cabeza sin soltarme.

–Nina necesita pasar por la enfermería primero –avisó.

Me apartó un poco de su pecho, supuse que para mostrarle mi herida. Solo alcancé a ver su sudadera manchada de sangre.

–De acuerdo –dijo el hombre.

–Yo la llevo –ofreció Wayne. Me tomó de la cintura y me levantó con él.

Otro celador apareció para acompañar a Paige a la dirección. Una de las chicas que habían entrado al baño corrió para entregarnos mi mochila. Wayne la tomó. Lincoln lo obligó a retirarse una vez que me ingresaron en la enfermería.

La enfermera determinó que no había lesiones profundas que requirieran una sutura. Tampoco me había partido algún diente, así que me brindó los primeros auxilios necesarios para el caso y me ofreció un vaso con agua para que me enjuagara por si todavía sentía gusto a sangre.

Entre una cosa y otra, pasó media hora. Recién entonces, el celador y yo fuimos a la oficina del director. Allí me llevé la sorpresa de que no era Paige quien esperaba para arreglar la situación: habían llamado mi padre.

–Nina –murmuró, preocupado.

–Hola –respondí y me senté a su lado.

–¿Cómo te sientes? –consultó el director.

–Rara –confesé, cabizbaja.

–¿Puedes explicar qué ocurrió en el baño?

–Paige me increpó y yo respondí.

–Paige y algunas testigos no dicen lo mismo.

Sonreí con indignación. La herida del labio me dolió.

–¿Y qué dicen que ocurrió?

–Esperaba que me lo aclararas tú.

–No había otras personas en el baño cuando la pelea comenzó, así que esas testigos deben ser videntes. De lo contrario, no me explico cómo podrían hacer una declaración.

–Nina –soltó mi padre con tono reprobatorio. Seguro le había disgustado el modo en que acababa de dirigirme al director.

–En esta escuela no admitimos la violencia bajo ninguna razón. Tampoco queremos peleas por chicos inundando los pasillos –pronunció el señor Reynolds–. Como es la primera vez que te involucras en algo así, evitaremos la expulsión. Estás suspendida por tres días. Deberás retirarte ahora. Volverás a clases recién el jueves de la semana que viene. Espero que conversen en casa de lo peligrosa que puede resultar esta actitud –indicó, mirando a mi padre.

–Estoy de acuerdo –afirmó Sam–. Lamento el incidente y por supuesto que conversaremos al respecto. Sin embargo, es de mi hija de quien estamos hablando. No sé cuánto la conozca usted. Por mi parte, le aseguro que no es una chica a la que le guste involucrarse en problemas. Le ruego que ponga en duda lo que le han contado.

–¿Y Paige? ¿También la suspendió? –pregunté al señor Reynolds.

–Nina, basta –ordenó mi padre–. Vámonos.

Recogí la mochila sin apartar la mirada del director y le hice caso a mi padre. Poco importaba si la habían suspendido o no; de todos modos, tenía un arte para victimizarse.

Ya no quedaban estudiantes ni profesores en la escuela. Los pasillos estaban vacíos. En la puerta, solo hallamos a Wayne. Intentó acercarse, pero mi padre se lo impidió.

–Por favor, ahora no –solicitó.

–Solo quiero saber si Nina está bien –contestó Wayne.

–Estoy bien –aseguré.

Él asintió y dio un paso atrás. Mi padre volteó para continuar caminando. Demoré un instante hasta que pude apartar mis ojos de los de Wayne.

El viaje en el auto de papá se desarrolló en silencio. Una vez en casa, me pidió que me sentara a la mesa. Él permaneció de pie.

–Nina, ¿puedes explicarme qué ocurrió? –solicitó.

–Lo que dije: Paige me increpó y yo me cansé de soportarla.

–No es lo que esa chica y sus amigas le dijeron al director. Cuéntame tu versión con más detalles.

–Paige no quiere que sea amiga de Wayne.

–¿Y eso qué? ¿Desde cuándo mi hija se involucra en una pelea por un chico?

–No fue por él, fue por la actitud de ella.

–¿Qué actitud?

–El acoso.

–¿De verdad crees que la violencia podría resolverlo?

–¡Claro que no! –pronuncié, exasperada–. Pero estoy cansada de actuar como si no me afectara. Llevo años siguiendo tu consejo, quedándome callada. Tal vez estés equivocado y esa tampoco

sea la solución.

–¿Entonces qué harás? ¿Trenzarte a golpes con cualquiera que se burle de ti hasta que te expulsen?

–No lo sé. ¡Tan solo quiero que me dejen en paz!

–Nina, estás castigada. No saldrás de la casa hasta el jueves para ir al colegio. Yo me quedaré aquí, contigo. Luego, veremos.

Solté el aire, boquiabierta.

–Mañana tengo algo que hacer. ¿No te parece que es un poco exagerado, siendo que nunca te traje un solo problema?

–No lo sé. Por ahora, es lo único que se me ocurre. Entrégame el móvil y ve a tu habitación.

–Por favor, el móvil no.

–Dámelo antes de que se me ocurra algo peor.

Extraje el teléfono, lo apagué y lo asenté sobre la mesa. Recogí la mochila, me levanté y me encerré en mi dormitorio, tal como indicó.

Arrojé mis cosas sobre el escritorio y me acosté sin mudarme de ropa. Curiosamente, no me sentía triste ni angustiada. Me dominaba una furia que todavía me costaba controlar.

Después de mucho tiempo me quedé dormida. Cuando desperté, además de los labios y la mejilla izquierda, me dolían partes del cuerpo que ni siquiera me di cuenta de que me había golpeado.

Fui a la cocina para beber agua. Mi padre estaba preparando la cena.

–¿Te sientes mal? –preguntó con el ceño fruncido. Al parecer, se notaba.

–Sí. ¿Tenemos algún analgésico?

–Están en el botiquín del baño de abajo.

Fui a buscar una píldora y regresé para ingerirla con líquido. De paso me quedé para cenar.

Cuando terminamos, papá asentó mi móvil sobre la mesa.

–Me arrepentí de haberte quitado el móvil. Por ahora solo te devolveré esto. Continúas castigada.

–Gracias –dije sin ánimo y regresé al dormitorio.

En cuanto encendí el aparato, llegaron algunos mensajes y llamadas perdidas de Wayne. Marqué su número. Respondió enseguida.

–¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu boca?

–Más o menos. Ya mejoraré.

–Te llamé varias veces, pero el teléfono estaba apagado.

–Mi padre me lo quitó. Estoy castigada. No podremos ir a pasear mañana.

–Lo siento.

–Está bien, casi que lo estoy disfrutando. Nunca me habían castigado antes.

Wayne rio.

–A mí tampoco. Al menos, no mis padres. ¿Qué se siente?

–Se siente… adolescente –repliqué. Reímos los dos.

Me avisó que tenía mi coche, ya que no pudimos ir a buscarlo juntos, y me preguntó qué había ocurrido con Paige. Le conté.

–¿En serio la llamaste Piggy? –rio.

–Sí.

–Te juro que, aunque me cause mucha intriga saber qué ocurrió la noche del accidente, no me acerqué por eso.

–Lo sé.

–Espero que también sepas que lo que dijo acerca de ti no es cierto.

–Tal vez lo sea, pero ¿qué puedo hacer? Es el cuerpo que me tocó.

–Uno precioso que deseo abrazar en todo momento.

–¿Aunque tenga mal aspecto y su dueña actúe como si hubiera salido de un manicomio?

–El aspecto es una moda. Y la forma de actuar de cada persona, algo muy rico. Si todos fuéramos iguales, el mundo sería aburrido. Bastante parecidos somos ya a causa de la masificación.

Sonreí con ternura. Si bien, para mí, Wayne tenía razón, oírlo hablar de temas profundos me llevaba a cuestionarme cómo no me había dado cuenta antes de que era una persona tan interesante.

Me pidió que no volviera a pelear con Paige, mucho menos por cualquier cosa que dijera de él. Conversamos un rato más y nos despedimos.

Como estaba aburrida, continué con el trabajo de Literatura que no podríamos hacer juntos, siendo que no tenía permitido reunirme. “Estás castigada”. Jamás creí que oiría esas palabras en mi vida.

La mañana siguiente, mi padre golpeó a la puerta de mi dormitorio. Desperté, me incorporé y le di el permiso para que entrara. Se sentó en la orilla de la cama para mirarme de frente.

–El desayuno está listo –anunció. Me pareció que quería decir algo más y que por eso no se retiraba. Le di un momento para que continuara–. ¿Qué tenías que hacer hoy?

–Iba a dar un paseo con Wayne para estrenar las cuatro cubiertas nuevas de mi auto.

–De acuerdo. Has pasado tu vida encerrada en un dormitorio, estoy contento de que hagas cosas nuevas. Puedes ir a pasear.

–¿Y el castigo?

–Podemos suspenderlo por hoy.

Me hizo reír.

–No te preocupes. Nunca me castigaste, quiero terminarlo invicta.

–¿Estás loca? Cuando yo tenía tu edad, si mi padre me hubiera dicho que me quitaba un castigo, yo habría aceptado al instante.

Me encogí de hombros.

–No dijiste que me lo quitabas, solo que lo suspendíamos por hoy.

Negó con la cabeza. Me dio ternura notar que se había enredado en sus propias palabras.

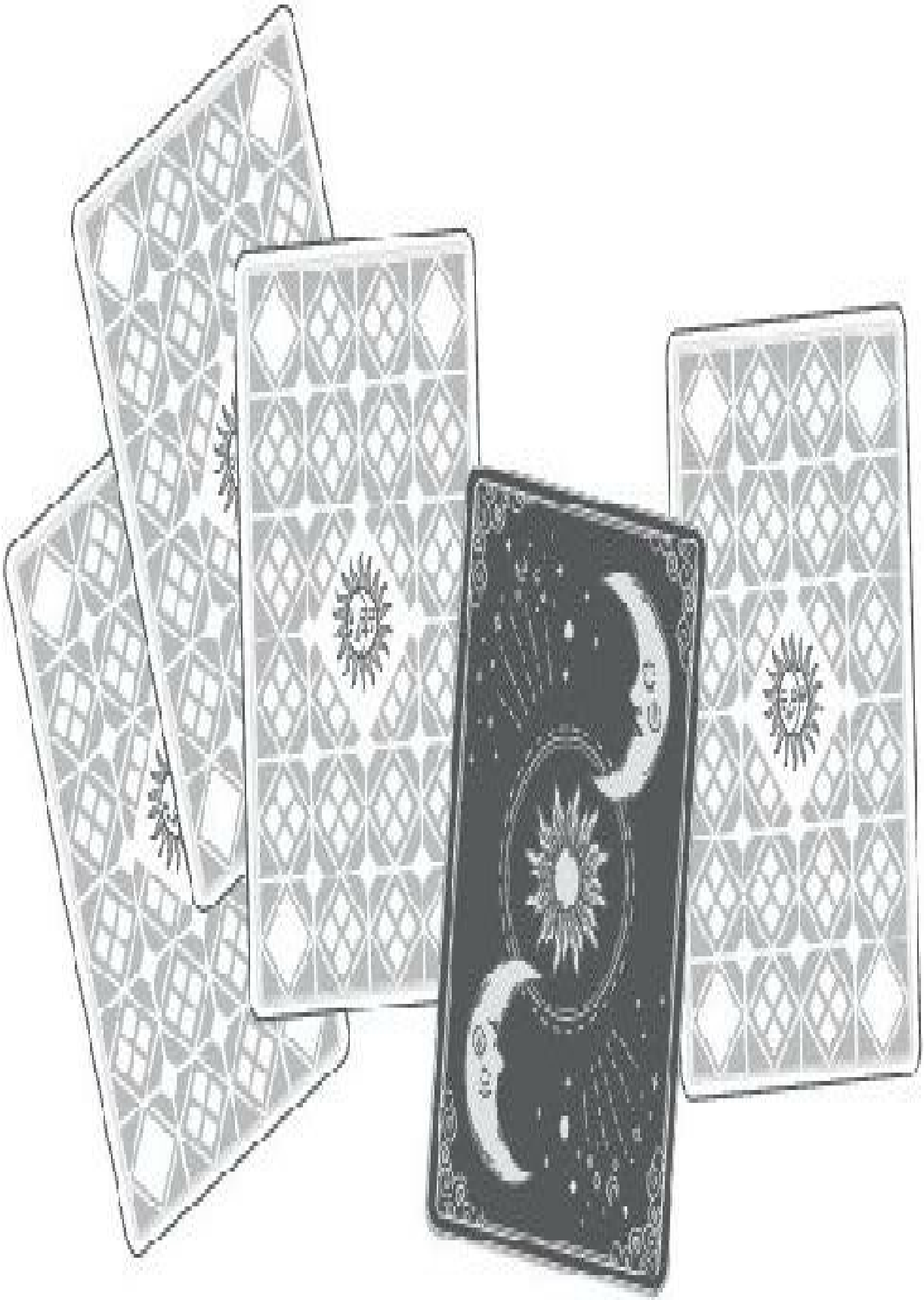
–Olvídalo. Llama a Wayne y vayan a dar el paseo.

–¿Estás seguro?

–Solo si me prometes que no volverás a involucrarte en algo como lo que ocurrió ayer en ese baño.

–Lo intentaré –prometí y lo abracé–. Gracias. Te quiero.

–Y yo a ti.



21

Nina

SALÍ DE CASA EN CUANTO OÍ EL CLAXON DEL COCHE DE WAYNE. Subí, me coloqué el cinturón de seguridad y él sujetó mi mentón. Se estiró para besarme en el costado de la boca que tenía sano y estudió el otro. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, la calidez de su mirada me derritió.

–El hematoma se está poniendo violáceo –reflexionó.

–Supongo que luego se volverá amarillo verdoso y al fin desaparecerá.

–¿Cómo te sientes?

–Físicamente, mejor, aunque hoy también tuve que tomar un analgésico. En mi interior hay algo extraño: aunque no me siento bien con lo que hice, tampoco mal. Paige se lo merecía y yo me desquité.

–Espero que no se te haga costumbre. Tengo miedo de que te lastime más. Eres demasiado para perder tu tiempo con ella.

Sonreí, bajando la cabeza de modo que mi cabello me cubriera parte del rostro mientras pensaba ojalá fuera cierto.

–Te compré algo, cierra los ojos –agregó. Lo miré.

–¿Por qué? ¿No te alcanza con el préstamo para las cubiertas?

–Ya te dije que eso no es un préstamo y te compré algo porque tenía ganas, ¿cuál es el problema?

–¿Qué es?

–Cierra los ojos y te enterarás.

Le hice caso conteniendo una sonrisa. Acarició mi mejilla en dirección a mi cabeza llevándose parte de mi cabello hacia atrás. Entendí lo que estaba haciendo y abrí los ojos al instante.

–¡Aún no terminé! –protestó.

–Wayne…

–Shh. –Volví a cerrar los ojos y le permití terminar–. Ahora sí –dijo–. Te ves todavía más

hermosa.

Lo miré a la vez que me quitaba una de las horquillas. La sostuve en la mano: era una preciosa mariposa azul con piedritas transparentes.

–Son muy bellas, pero no puedo utilizarlas. Necesito mi cabello para protegerme. Odio que me miren.

–No necesitas tu cabello para protegerte, sino fortalecer tu seguridad personal. Prueba llevarlas puestas hoy. No iremos a la escuela, ¿por qué te ocultarías?

Volví a colocarme la horquilla en señal de aceptación. Él sonrió.

Fuimos a su casa. Al ingresar al garaje, divisé unos vehículos preciosos. Aun así, solo sentí el deseo de acercarme al mío. Toqué el capot y miré a Wayne con expresión de asombro.

–Esto es mucho más que cuatro cubiertas. Parece nuevo –dije con las manos apoyadas en la pintura lustrosa.

–Es un buen coche.

–¿A cuánto has hecho ascender mi deuda?

–Ya te dije que no tienes que pagarme. ¿Por qué insistes con eso? ¿Te gusta?

–Te dije que…

–¿Te agrada o no?

–Sí.

–Entonces disfrútalo.

La emoción escapó por mis ojos y corrí a abrazarlo.

–Gracias –susurré.

–Me hace feliz que te guste –contestó y nos besamos.

–Buenas tardes –dijo un hombre.

Me aparté de Wayne como si acabara de ver un fantasma. A pesar de que noté que él se tensó, no lo demostró en la voz.

–Hola –dijo.

El reportero más famoso de la televisión me miró.

–¿Cómo estás? –preguntó–. Soy Rafe, el papá de Wayne.

–Sí, lo sé. Hola –respondí.

Hubiera deseado tener mi cabello sin ataduras para ocultarme. ¿Mis mejillas estarían sonrojadas? ¿Acaso era posible que dos de mis besos con Wayne terminaran por la aparición de nuestros padres?

–¿Qué te ocurrió en el labio? –indagó el señor Bennett. Me llevé una mano allí por instinto.

–Me caí en el baño y me golpeé contra el lavabo –mentí a medias.

–¡Qué peligroso! Me alegra que estés bien. ¿Ese es tu auto? –preguntó, señalándolo. Se notaba que era reportero.

–Sí –respondí con una timidez que contrastaba con su espontaneidad.

–¿De qué año es?

–Creo que del dos mil.

–¡Ya casi es un auto de colección! Nina, ¿verdad?

–¿No estabas jugando al golf? –intervino Wayne.

–Nuestros amigos suspendieron la reunión porque su hijo se enfermó. Nina, desde aquella noche que todos conocemos quiero hacerte algunas preguntas. ¿Tienes un momento?

Me quedé en blanco. Por suerte, Wayne volvió a responder en mi lugar.

–No tenemos tiempo. Estamos llegando tarde a un sitio.

El hombre sonrió.

–De acuerdo. –Me miró– En ese caso, te esperamos cuando quieras. ¿Por qué no vienes a cenar el viernes con nuestros amigos? Sería bueno conocerte un poco más, ya que al parecer eres bastante cercana a nuestro hijo.

–El viernes tenemos una salida –contestó Wayne–. Nina, ¿me das las llaves de tu coche?

Las extraje del bolsillo y se las cedí, agradecida de que se hubiera dado cuenta de que, en el estado en el que me encontraba, no podría conducir.

–Adiós –dije a su padre en voz baja y me resguardé en el vehículo apenas Wayne abrió la puerta para mí.

Pude relajarme recién cuando tomamos la carretera.

–¿Estás bien? –preguntó.

–Creo que sí. ¿Siempre es tan intimidante?

–Es peor. Debe haber estado afectado por la confusión. No están al tanto de mi vida, mucho menos de que ya no tengo una relación con Paige.

–¿Sabían que ella era tu novia?

–Claro. Incluso a veces íbamos juntos a algunas fiestas y cenas a las que ellos nos invitaban.

Guardé silencio. Jamás me comportaría como su ex novia tóxica, pero en ese momento, mi inseguridad reapareció con fuerza. Wayne y yo solo éramos amigos con ciertos derechos; no debía sentirme desplazada. Además, no me atrevía a asistir a la cena con los amigos de sus padres. Sin embargo, al oír esas palabras pensé que Paige era bonita y desenvuelta, lo cual la transformaba en alguien presentable. No era rica, pero lo aparentaba. En cambio, yo no me sentía bella, me costaba socializar y era pobre. Me hice a la idea de que alguien como Wayne nunca podría sentirse orgulloso de presentarme y me entristeció no poder ser diferente.

–Nina, ¿por qué tienes esa expresión de angustia? –indagó Wayne, con la misma tenacidad que su padre.

–Nada importante.

–Me interesa. ¿Podrías contarme?

–¿A dónde vamos?

–No lo sé. ¿Te parece bien si visitamos a Loreena?

–Claro.

–¿Puedes conducir mientras yo le envío un mensaje?

Se detuvo en la orilla del camino e intercambiamos lugares. Me dijo la dirección y le escribió a Loreena. Pronto confirmó que aguardaba por nosotros.

–Sigo esperando que me cuentes qué te ocurre –insistió.

–Estoy preocupada por nuestro trabajo de Literatura. Hay que entregarlo la semana que viene y yo estoy suspendida.

–Aunque no creo que se trate de eso, fingiré que me convenciste: no te preocupes, yo lo llevaré por los dos.

Su respuesta tan inteligente me relajó un poco.

Volví a ponerme nerviosa frente a la casa de Loreena. Recordar la visión del accidente no me

agradaba en absoluto. Como si eso fuera poco, temía enfrentarme a las consecuencias que había provocado al modificar las fichas en el tablero de juego. Aunque jamás hubiera podido adivinar que, al salvar a Wayne, alguien ocuparía su lugar, ni estuviera segura de que hubiera sido así, tan solo pensar que esa chica nunca debió salir herida me atormentaba.

Estaba tan acostumbrada a colocarme el cabello detrás de la oreja que, mientras esperábamos a que nos abrieran la puerta, intenté hacerlo sin recordar que lo sujetaban las horquillas. Salió una señora.

–Hola, soy la mamá de Loreena. ¡Nuestra familia está tan agradecida contigo! –dijo, conmovida, y abrazó a Wayne de forma inesperada.

Cuando nos encontramos, Loreena se echó a llorar. Pidió que la perdonáramos y explicó que se sentía muy confundida. Por un lado, estaba agradecida de seguir viva. Por el otro, la avergonzaban las cicatrices de las quemaduras.

–Siento que nunca volveré a ser yo –sollozó–. ¿Ya vieron cómo me quedó esta mejilla? –Giró la cabeza y se apartó el cabello de la zona para que la viéramos. Me puse pálida. Wayne, en cambio, le tomó una mano con valentía.

–Jamás volveremos a ser los mismos después de esa noche. Somos mejores –afirmó.

–Solía ser bonita.

–Todavía lo eres.

–¿Quién se enamoraría de mí luciendo así? Si alguien lo hace, será un deforme como yo. Hasta mis amigos desaparecieron. La gente no quiere rodearse de imperfección.

–Sé que es difícil que tomes esto a bien, porque no estoy en tu situación. Pero de verdad pienso que el exterior no es tan importante como creemos. Se pudrirá de todos modos. Además, ¿qué es la perfección? ¿Quién establece lo que es ideal y lo que no?

–El resto de la sociedad no piensa lo mismo. No sé si resistiré vivir de esta manera. Por favor, no creas que no agradezco que me hayas rescatado de ese coche en llamas. Es solo que no sé si volveré a sentirme bien alguna vez.

–Necesitas tiempo. Sé que mejorarás. Y tienes aquí a dos nuevos amigos, ¿verdad, Nina?

Dije que sí solo por inercia. No resistía más la culpa y el temor.

Salimos de la casa después de unas horas. Los dos nos mantuvimos en silencio durante bastante tiempo.

–Qué fuerte –dijo Wayne de repente–. Vayamos a otro lugar para despejarnos. Te invito a cenar.

Aunque todavía estaba afectada por lo de Loreena y por mis propios pensamientos, acepté con el

deseo de distraerme. Me indicó una dirección y yo conduje hacia allí sin hacer preguntas.

Muchos cuestionamientos me asaltaron en cuanto pasamos por la puerta del lugar, que resultó ser un hotel de categoría. Aunque Wayne me dijo que podíamos usar el aparcamiento de allí, terminé estacionando a dos manzanas.

–Wayne, no creo que debamos ir ahí –dije.

–¿Por qué no? ¿No te agrada? El restaurante de la terraza es precioso.

–Justamente. Tal vez debería usar otra ropa. ¿Por qué dijiste en lo de Loreena que lo exterior no es importante si no es cierto? Este mundo se basa en la imagen. Apuesto a que, si entrara vestida así a ese hotel tan elegante, la gente me miraría.

–Yo tampoco me puse un traje –respondió, encogiéndose de hombros.

–¿Por qué me dices que soy hermosa si lo exterior no importa?

–Porque te veo de esa manera y tú también necesitas sentirte así, al igual que Loreena. Nina, desde que mi padre nos encontró besándonos en el garaje te percibo extraña. ¿Hay algo que quieras decirme?

Bajé la mirada.

–Lo siento, no estoy acostumbrada a todo esto –respondí con sinceridad.

–De acuerdo. Dejemos la cena para otro momento. ¿Puedo tomar el volante? Te llevaré a otro lugar.

Le cedí el asiento y dejé que se ocupara de trasladarnos. Se detuvo en una gasolinera y regresó con una cena mucho más modesta que la que habríamos podido escoger en el restaurante. La comimos mientras andábamos por la carretera.

Abandonamos la ciudad y nos adentramos por un camino rural. Se detuvo después de un rato.

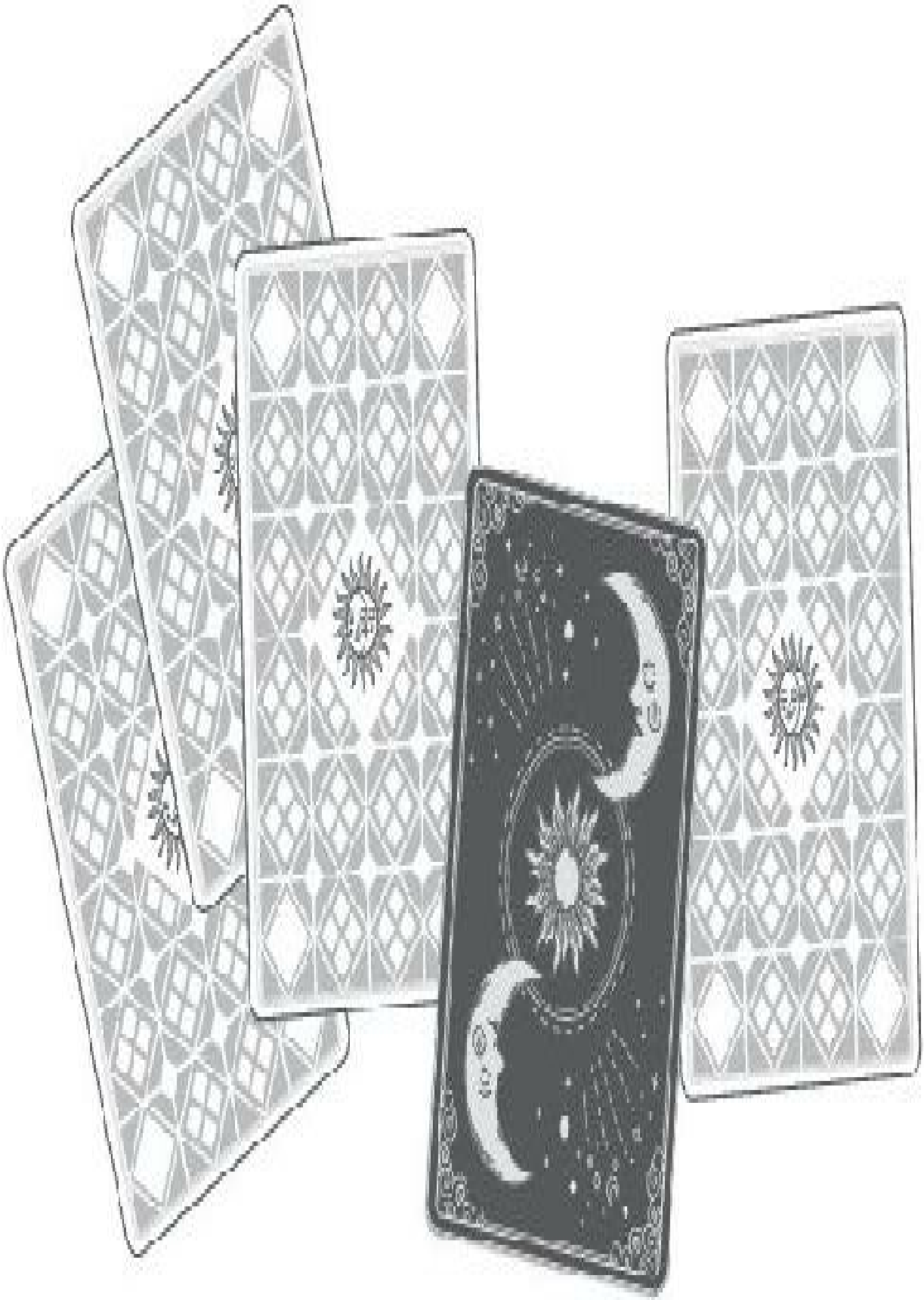
–Siempre quise hacer esto –dijo, desabrochándose el cinturón de seguridad. Descendimos en ese sitio plagado de silencio y de luz natural–. Mira el cielo. ¿Alguna vez pensaste en contar las estrellas? Casi no se ven en la ciudad.

Lo observé contemplar el cielo con la cabeza inclinada hacia atrás y, de pronto, olvidé todo lo que había opacado ese día. Lo abracé y lo besé en una fracción de segundo. Él me sujetó por la cintura y me sentó sobre el capot del auto.

–La belleza es mucho más simple de lo que pensamos –afirmó, acariciándome una mejilla, y volvimos a besarnos.

Mientras contábamos las estrellas acostados en el techo del auto con los dedos entrelazados,

pensé que me sentía muy mal por Loreena, pero también agradecida de que Wayne viviera.



22

Wayne

EL LUNES LLEGUÉ TEMPRANO PARA SENTARME LO MÁS LEJOS POSIBLE DE PAIGE, pero encontré que ella también había sido suspendida. Alejado de mis antiguos amigos y sin Nina presente, comencé a sentirme solo.

Compartí el almuerzo con algunas personas que conocía. A cambio tuve que sortear sus preguntas sobre la noche del accidente y sobre Nina.

–¿Fuiste a su casa? ¿Es cierto que colecciona dientes de animales muertos? –preguntó Hannah.

–¿Dientes de animales muertos? –repetí, incrédulo.

–Eso decían cuando teníamos catorce años –aclaró Owen.

–¿Y ustedes se han creído esa estupidez hasta ahora? –Reí–. Háganse el favor de madurar.

Recogí mi bandeja, me levanté de la mesa y terminé sentándome solo. A ese paso, terminaría aislado. Todavía me daba un poco de miedo la soledad. Sin embargo, había descubierto que no era tan mala. Me servía para pensar y conectarme conmigo mismo.

Por la tarde, el padre de Nina permitió que fuera a su casa para terminar el trabajo de Literatura. Como él estaba dando clases, nos quedamos en la sala.

–Paige también fue suspendida –comenté mientras escribía la bibliografía y Nina hacía el índice. Por su expresión cuando me miró, supe que no estaba al tanto de la resolución–. Creo que, por una vez, han sido justos.

–Ojalá sirva de algo.

Al finalizar, aprovechamos que ya habíamos reunido los documentos necesarios y enviamos nuestras postulaciones universitarias.

Sam llegó un rato después. Aunque habíamos terminado y yo estaba a punto de retirarme, me invitó a cenar. Acepté porque supuse que se había dado cuenta de que entre Nina y yo ocurría algo más allá de ser compañeros y quería conocerme. Esperaba que se quedara tranquilo después de conversar un poco.

–Entonces, Wayne, ¿cuáles son tus pasatiempos? –consultó mientras cortaba un trozo de carne.

–Practico deportes, leo sobre algunos temas, juego carreras en la Play…

–Algunas actividades parecen incompatibles. ¿Qué te gusta leer?

–Cosas que a usted le alarmaría oír –respondí con honestidad.

–Ponme a prueba.

–Papá, no me gustaría que los padres de Wayne me interrogaran –intervino Nina.

–No te preocupes, teniendo padres reporteros, no me siento interrogado –aclaré–. Últimamente estoy leyendo sobre la muerte y el más allá. ¿Y a usted qué le gusta leer?

–Historia y novelas policiales.

–También he leído sobre eso, pero me avergonzaría conversar de historia con usted. Seguro me destrozaría.

–¿Por qué piensas eso? Me apasiona conversar de historia con quien tenga ganas de hacerlo. ¿Qué período prefieres?

–La Antigüedad. Egipto, Grecia, Roma…

–Interesante. ¿Has decidido qué estudiar?

–Me postulé para Antropología en la universidad donde usted trabaja. Si me toca como profesor, espero sorprenderlo con algo bueno y que me apruebe.

–Tendrás que trabajar muy duro.

–Lo haré.

Presentí que no hablábamos solo de la carrera.

El martes entregué el trabajo en nombre de los dos. Durante el entrenamiento, me limité a jugar e ignoré a Peter. Por suerte, había otros compañeros de equipo con los que me llevaba bien. Como no concebía mi vida sin amigos, pensé que sería una buena opción acercarme a ellos y los acompañé a una cafetería una vez que terminamos.

En un principio, me pareció que no teníamos mucho en común además del softball y las bromas que hacíamos en el vestuario. Con el transcurso de las horas, descubrí que había mucho más. Terminamos conversando de cine y de videojuegos. Al final, lo pasé mucho mejor que cuando me reunía con Paige, Peter y Jasper.

Esa misma noche, compartí la cena con mis padres.

–Tu papá me contó que cambiaste de novia –comentó mamá, entusiasmada–. ¿Qué ocurrió con Paige?

–No diría que cambié de novia. Creo que me enamoré de alguien –confesé.

–¡Oh, qué tierno! –exclamó mi madre, sonriente. No pareció tomarse en serio mi afirmación–. Me contó también que es la chica que te entretuvo en el club la noche del accidente.

–Julia –advirtió papá.

–¿Qué? –replicó ella, riendo.

–De eso quería hablarles –intervine–. Papá la invitó a cenar el viernes.

–¿A cenar aquí, con nuestros amigos? –consultó ella. Conocía ese tono entre simpático y sorprendido: no estaba convencida.

–Nos vendría bien conocerla mejor –argumentó él, haciendo un gesto.

–No sé. Por lo que vimos en los medios, es una chica muy rara.

–¿Podrían evitar hablar sin conocerla? –solicité–. El viernes tenemos un compromiso. Además, sería demasiado para ella reunirse con ustedes en una cena con mucha gente. Pero pensé que el sábado podríamos ir los cuatro al restaurante de la azotea del hotel.

–El sábado no puedo. Tengo la cena del mes con los accionistas de la cadena. ¿Qué tal el domingo? –ofreció mi padre.

–El domingo vuelvo tarde del club –dijo mi madre.

–¿Alguno de los dos podría ausentaste por una vez de un compromiso social o laboral para hacer algo importante para su hijo? –pregunté.

Mamá volvió a mirarme con ternura, sin embargo fue mi padre el que habló.

–Está bien, puedo faltar a la cena. Vayamos el sábado.

–Necesito que me prometan algo: no le harán una entrevista.

–¡Wayne! ¡Qué ocurrencia! –exclamó mamá, riendo.

–Prométanlo –insistí.

–Prometido.

Había convencido a mis padres. Lo difícil sería convencer a Nina y, sobre todo, protegerla. Aun así, prefería que se conocieran.

Antes de dormir, hicimos una llamada. Le ofrecí pasar a buscarla al día siguiente para ir al colegio.

–Temo que Paige destroce mi automóvil de nuevo –declaró–. Si no te molesta pasar a buscarme

algunas mañanas…

–Iré todas.

–No quiero que sientas que te estoy utilizando, como hacían tus amigos –se interrumpió–. No debí decir eso, perdona.

–¿Crees que me utilizaban?

–Olvídalo.

–Nina, habla.

–Sí.

–Tal vez tengas razón. Por cierto, mis padres y yo volvimos a hablar de la cena del viernes. Les repetí que teníamos un compromiso, pero les ofrecí que fuéramos a cenar el sábado al restaurante que te mostré el otro día.

–Wayne…

–Sabía que dirías que no, por eso preparé un arsenal de estrategias para convencerte.

–A ver –pidió Nina, riendo.

–Empecemos por la artillería liviana: el restaurante es en verdad muy bueno y me encantaría que probaras el menú.

–Prefiero la comida casera, así que no.

–De acuerdo, pasemos a algo un poco más fuerte: impediré que tengas que responder preguntas incómodas.

–¿Amordazarás a tus padres? Es imposible acallar reporteros.

–Haré lo que sea.

–Mmm… No. Es muy arriesgado.

–No me dejas opción, tendré que utilizar la artillería pesada: acepté cenar con tu padre, sería bueno que aceptaras conocer a los míos. Creo que es la única manera de que podamos tener una relación normal.

Permaneció en silencio por un momento. Luego la oí soltar el aire.

–Tendré que trabajar mucho en mi autoestima –dijo–. El otro día, cuando tu padre me invitó a cenar y enseguida le pusiste una excusa para que yo no fuera, entendí que querías ahorrarme la tensión ante sus preguntas incómodas. Sin embargo, también se me ocurrió que yo te

avergonzaba y que preferías ocultarme. Me comparé con Paige y, en cuanto a nuestra imagen, sentí que salía perdiendo. Por eso cuestioné que le dijeras a Loreena que la apariencia no importa.

–¿Entonces era eso lo que te tenía tan callada? Debiste decírmelo.

–¿Para qué? No pensaba aceptar la invitación; me da miedo conocer a tus padres. Además, no sentí que tuviera el derecho de cuestionar que me ocultaras, si yo intento pasar desapercibida desde que nos conocemos.

–No solo quería ahorrarte sus preguntas incómodas, sino la tensión que te provoca estar con mucha gente que no es de tu confianza. Me pareció mejor encontrarnos en privado y, con el tiempo, cuando te sientas a gusto, ampliar el círculo. Pero siempre piensas lo peor de mí, ¿cierto?

–Lo siento.

–Está bien. Solo espero que eso cambie en algún momento. Nos vemos mañana.

–Gracias. Nos vemos.

La mañana del jueves, cuando hice sonar el claxon frente a lo de Nina, su padre salió y me avisó que ella todavía no estaba lista. Insistió con que aguardara dentro de la casa y hasta me sirvió café y tostadas aunque le avisé que ya había desayunado.

Nina bajó las escaleras poco después. Se sorprendió al verme allí y se sentó a mi lado, donde estaba su taza con un dibujo de anime.

–Perdona, mañana estaré lista a horario –prometió.

–Lo importante es que encuentre libre el pupitre junto al tuyo –respondí y sonreí–. Te pusiste las horquillas.

–Sí. También aceptaré la cena del sábado si la invitación sigue en pie.

Su padre reapareció con más tostadas. Se sentó a la mesa con nosotros y nos preguntó si ya habíamos entregado el trabajo que estábamos haciendo juntos. Conversamos un rato sobre eso.

Cuando nos levantamos para irnos, descubrí que podía ser más incisivo que los reporteros.

–¿Qué harás si esa chica te increpa de nuevo? –preguntó a Nina.

–Ignorarla.

–¿Y si te ataca?

–Hablar con el director.

–¿Qué ocurrirá si la situación se repite?

–Te avisaré para que vayas a hablar tú, aunque eso me convierta en una niña dependiente de nuevo.

–Nina, no se trata de parecer una niña. Ocurre que…

–Tranquilo. No volverás a recibir una llamada como la del otro día, te lo prometo.

–¿Y esas horquillas?

–Me las regaló Wayne. ¿Te gustan?

–Son bonitas y te quedan muy bien. ¿Por qué no vas en tu automóvil?

–Preferimos ir conversando.

–¿Por qué tu coche luce como nuevo? ¿Cuánto te debemos? –indagó, mirándome.

–Apruébalo en la asignatura que curse contigo –replicó Nina.

–¡Nina! –exclamó él.

Nina rio a la vez que se le aproximaba. Lo abrazó mientras le decía “adiós”.

Por suerte, logramos entrar al aula antes que otras personas y me senté junto a Nina. Cuando llegó quien solía ocupar el sitio que había robado, le expliqué que Paige y yo nos habíamos distanciado y le pedí que me hiciera el favor del intercambio.

–Solo si ganas el próximo partido –contestó.

–Daré lo mejor –prometí.

Percibí que Nina me miraba y giré hacia ella con la alegría de haber conseguido permanecer a su lado.

–Qué fácil es la vida para los triunfadores –dijo, barriendo de un plumazo mi sonrisa–. Si yo le ocupara el sitio a alguien, lo mínimo que obtendría sería un “muévete”.

»Una vez, hace tres años, me senté en tu pupitre. Te habías ausentado y el mío estaba sucio. Peter me dijo que, si no me movía y dejaba de contaminar el aire que respiraba con mi presencia, les haría creer a todos que yo estaba despidiendo flatulencias.

»Tuve la mala idea de no hacerle caso. Entonces, las dejó escapar él y comenzó a gritar que yo me estaba “cagando”. Por supuesto, todos le creyeron. Reían tanto que la profesora no pudo mantener el orden. Se calmaron solo cuando me mudé a mi lugar, aunque estuviera sucio.

»Durante meses tuve que soportar que nuestros compañeros hicieran ruidos de pedos con la boca cuando pasaban junto a mí.

»Por esos días diste una lección de Biología. En un momento, mencionaste que, para algunas personas, era difícil controlar su sistema digestivo. Todos rieron. Creí que lo habías hecho a propósito.

–No lo recuerdo, pero puedo jurarte que no dije eso para burlarme de ti. Ni siquiera sabía lo que ocurrió con Peter y lo que hacían los demás al cruzarse contigo. Lo lamento. ¿Algún día podrás perdonarme?

–Ya lo hice. No te cuento estas cosas para culpabilizarte. Tan solo necesito relatárselas a alguien.

–¿Nunca se las dijiste a nadie? –Negó con la cabeza–. ¿Por qué?

–Cuando era niña, recibía amenazas. Los acosadores decían que, si lo hacía público, sería peor. Dejé de relatarle a mi padre lo que sucedía cuando me di cuenta de que se preocupaba demasiado; no quería ser un problema. Luego comencé a sentirme avergonzada de recibir burlas y pensé que, si la persona en la que confiaba me traicionaba, conocería mis debilidades y tendría armas muy poderosas para destruirme.

–Entonces debo entender que, cada vez que me cuentes algo como esto, no es un reproche, sino confianza.

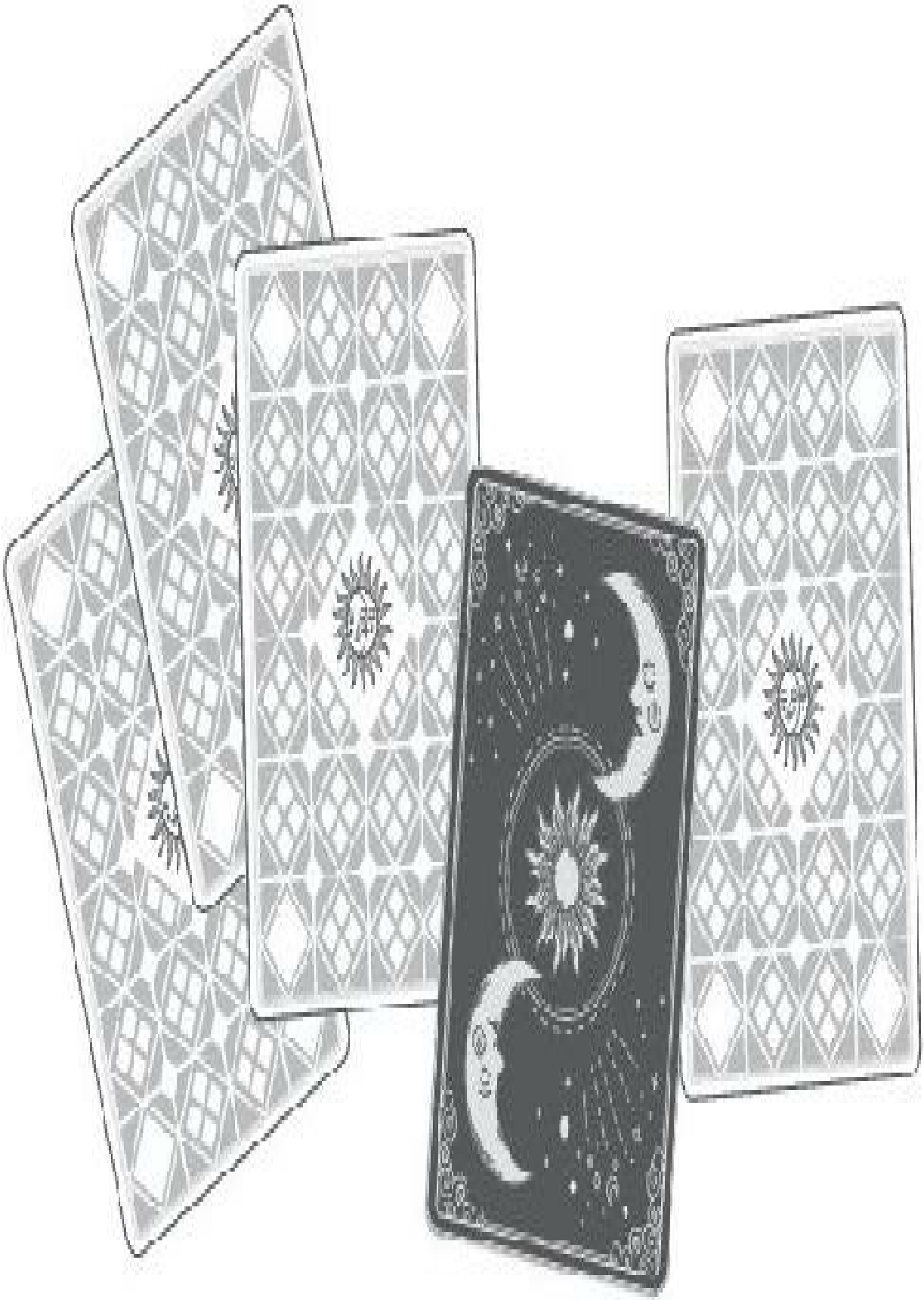
–Sí.

Sus ojos tiernos y a la vez sufridos me llenaron de emociones que tuve que reprimir; estábamos en el aula, la profesora podía entrar en cualquier momento y debíamos evitar que las autoridades citaran a Nina de nuevo. Sin embargo, deslicé una mano hasta la de ella por debajo del pupitre y se la tomé. Respondió apretándome los dedos con una sonrisa bondadosa. De no habernos hallado en ese contexto, la habría abrazado y besado. Tuve que contentarme con mirarnos.

Paige entró, seguida de una amiga y de Peter. Percibí su atención sobre nosotros. Aun así, solo nos soltamos cuando entró la profesora.

No tenía idea de si mi exnovia había notado mi cercanía con Nina. Sí me di cuenta de que algo había cambiado. Quizás la reacción de Nina en el baño y la suspensión habían servido. Rogaba que fuera así y que la pelea jamás se repitiera.

Desde que había sobrevivido al accidente intentaba encontrarle el sentido a mi vida. Estaba seguro de que Nina formaba parte de él y no quería perderla.



23

Nina

–¡ESTÁS PRECIOSA! –EXCLAMÓ MI PADRE DESDE EL PIE DE LA ESCALERA.

–Papá… –rogué, avergonzada.

En cuanto llegué abajo, apoyó las manos sobre mis hombros y me contempló como a un cuadro.

–Debo admitir que, en cuanto supe quién era tu amigo, me preocupé. ¡Pero te veo tan diferente! Estás haciendo tantas cosas nuevas que, sin importar cómo termine esta amistad, creo que es buena para ti porque nunca volverás a ser la misma. Estás creciendo y estoy muy orgulloso de ti.

Reí para quitarle dramatismo a la situación y porque no quería pensar que Wayne podía resultar un fiasco como los pocos amigos que había tenido antes. Además, sentía mucho más por él. Nuestra relación y las anteriores no tenían comparación. Tampoco cuánto podía llegar a sufrir.

–Ni que estuviera yendo al baile de graduación al que, por cierto, no iré.

Lo abracé, me coloqué el abrigo y me dirigí a la puerta. Antes de abrir respiré hondo y me preparé para afrontar un nuevo desafío.

Desde que subí al coche de Wayne, percibí que él no dejaba de mirarme.

–Estás…

–Por favor, no –lo interrumpí–. Mi padre ya me llenó de halagos que no estoy segura de merecer.

–Nina, voy a pedirte un favor: déjame ser libre.

–Libertad no es libertinaje.

–Deja de esgrimir argumentos estúpidos o tu labial no llegará intacto a la cena.

–Y tú llegarás maquillado.

–No me importa. Estás preciosa y esas horquillas te sientan todavía mejor con ese vestido azul.

–Gracias –respondí.

Él también estaba aún más lindo con una camisa y un suéter, pero evité decírselo para no seguir con el tema y sonrojarme más. Estaba muy nerviosa porque no sabía cómo les caería a sus padres

ni cómo me salvaría de sus preguntas. Sabía que Wayne me ayudaría, sin embargo, no quería que se llevara toda la carga.

Ingresó al estacionamiento del hotel y fuimos al elevador. Como solo llevaba a la planta principal, descendimos ahí. Nunca había estado en un lugar tan lujoso, a excepción de su casa. Las alfombras blancas, los sofás de color crema, las lámparas de cristal y los mostradores de madera clara eclipsaban.

Nos acercamos al sector de informes. Wayne le avisó a la encargada que nos dirigíamos al restaurante de la azotea.

El elevador era de otro planeta. Las paredes eran transparentes y, a medida que se ascendía, se podía apreciar el inmenso hall del hotel.

–Nunca imaginé que pisaría un lugar así –confesé, apoyando la cadera en el pasamano.

–Te mostraré algo antes de ir al restaurante –ofreció Wayne y presionó un botón del tablero.

El elevador se detuvo dos plantas antes de la azotea. Salimos a una recepción vacía. Alcancé a leer un cartel indicador. Al parecer, allí se encontraban el spa y la piscina.

Wayne me condujo por un pasillo ancho hasta una puerta. Del otro lado había una habitación inmensa en donde se encontraba la alberca. Era tan bella que me dejó boquiabierta.

–Supongo que no deberíamos estar aquí –verbalicé mientras él cerraba la puerta.

–Supones bien –consintió–. Pero estaremos a salvo si nos quedamos solo un momento.

Caminé un poco por la habitación admirando el diseño de las paredes.

–Muchas veces me pregunté qué se sentiría tenerlo todo –dije.

–Nadie lo tiene “todo”.

–Pero creemos que sí. Cuando te miraba en la escuela, pensaba que tú entrabas en esa lista. Tienes buenas calificaciones, dinero, amigos. Eres atractivo, popular, carismático. Nunca se me ocurrió que pudieras sentir algo más que egocentrismo o que pudieras estar sufriendo. Tú no me veías, pero supongo que yo, de tanto verte, en realidad tampoco lo hacía.

–Es difícil mirar a través de las apariencias, en especial cuando están tan bien construidas. Todo esto: el dinero, la ostentación, el lujo… son solo experiencias. No nos los llevaremos. A decir verdad, no tenemos nada. Lo único que nos pertenece, en realidad, no es nuestro; es de quienes nos ayudarán a seguir vivos cuando nuestro cuerpo ya no exista. Alguna vez tendremos los recuerdos que dejaremos en otros, por eso debemos crear memorias buenas.

El sonido del móvil de Wayne interrumpió mis poderosas ganas de besarlo hasta que se le olvidara que existe la muerte. Respondió la llamada mientras yo me daba la vuelta e intentaba

controlar mi deseo estudiando las molduras del techo.

–Sí, papá, ya casi llegamos –dijo–. Ah. De acuerdo. No hay problema, los esperamos. ¿Podrías llamar al gerente y avisarle que ordenaremos vino por ti? Si no, no me lo permitirá. Gracias. –Giré para mirarlo. Estaba guardando el teléfono–. Como no podía ser de otra manera, mis padres están atrasados. ¿Vamos igual al restaurante?

La azotea de paredes vidriadas era tan hermosa como el área de la piscina. Wayne se anunció con el maître diciéndole que había una reserva a nombre de Rafe Bennett. Nos pidieron los abrigos para guardarlos y nos acompañaron a la mesa. Estaba junto a la ventana principal. Desde allí se podía ver buena parte de la ciudad.

–Esto es hermoso –dije.

–¿Tanto como las estrellas que vimos en el campo? –preguntó Wayne. Lo miré con una sonrisa ilusionada y le di la mano.

–No.

Escogimos un plato de entrada para compartir. Cuando el camarero regresó y preguntó por las bebidas, Wayne solo ordenó la comida y le pidió que enviara al sommelier.

–Necesitaré ver tu identificación –pidió el hombre con amabilidad.

–Mi padre llamó al gerente para avisarle que ordenaría vino por él –arguyó Wayne.

–Con gusto le preguntaré –asintió el señor y se alejó.

–No siempre es tan malo ser “el hijo de”, ¿no? –bromeé. Wayne rio.

Poco después, se acercó otra persona y nos ofreció el menú de bebidas.

–¿Qué tipo de vino te gusta? –susurró Wayne hacia mí–. ¿Sauvignon, chardonnay, pinot…?

–No sé, nunca bebo. Uno dulce, supongo.

Miró al hombre devolviéndole el menú.

–Un Ridge Vineyards, Lytton Springs, por favor.

Con esas pocas palabras comprendí por qué a Paige le costaba tanto soltar su relación con Wayne. Sin duda no se trataba solo del poder y la popularidad que obtenía al salir con él. Existía, además, todo ese universo al que tenía acceso gracias a su familia. Era tentador, no podía negarlo. Aunque no tanto como mirarlo ignorar con humildad que podía tener el mundo a sus pies o darle la mano y saber que, detrás de las apariencias, había ideas y sentimientos muy profundos.

Le hice algunas preguntas sobre el lugar hasta que el sommelier regresó con la botella.

–¿Quién lo probará? –consultó. Al parecer, supuso que éramos mayores desde que lo habían enviado a nuestra mesa.

–Ella –respondió Wayne.

–No tengo idea –confesé, riendo.

–¿Qué importa? Lo probarás tú porque es para ti.

Si pensaba que me acabaría sola una botella de vino de doscientos quince dólares canadienses, estaba loco. Aun así, dejé que el hombre sirviera mi copa y lo probé.

–Hmm… Me gusta –admití.

Era tan rico que, para cuando llegaron sus padres después de cuarenta minutos, ya había bebido tres copas y reía inclinándome sobre la mesa como una chica simpática y extrovertida. Sentía mucho calor en las mejillas, seguro estaban rojas y no de vergüenza.

–¡Buenas noches! –exclamó el padre de Wayne.

–Suena igual que en la televisión –solté y volví a reír.

–Parece que ya se estuvieron divirtiendo sin nosotros. Soy buena y no pondré una queja porque les hayan vendido alcohol. ¿Tú lo autorizaste, Rafe? –bromeó la madre de Wayne–. Soy Julia –dijo, extendiendo una mano hacia mí. Se la estreché.

–Nina –respondí.

Apreté los labios y tragué con fuerza intentando controlarme. No entendía qué me pasaba, no podía parar de reír. Me sentía fresca y liviana, pero seguía teniendo sed y, para aplacarla, tuve que volver a beber.

–Había un tránsito de locos –comentó la madre de Wayne. Inclinó la botella para leer la etiqueta–. Este es un vino dulce. Pidamos un chardonnay. ¿Ustedes qué van a cenar?

–Creo que el pato –dijo Rafe.

–¿Por qué no pedimos el menú del chef? –propuso Wayne.

–Ay, no. Nunca sabes con qué pueden salir –discrepó su madre.

–Yo quiero sorprenderme –admití, sonriente. Estaba asombrada de mi propia conducta y de que me sintiera tan bien.

–Entonces nosotros pediremos eso –culminó Wayne.

Con la bebida de por medio, la conversación con los padres de Wayne se desarrolló como por un tobogán. Lo malo fue que continué bebiendo y, para cuando llegaron el postre y las preguntas, estaba demasiado descontrolada para reprimirme.

–Nina… ¿Cómo dijiste que conociste a Wayne? –interrogó Rafe.

–Cuando entré a su colegio a los trece años –respondí.

–¿Por qué dices que al principio no se llevaban bien?

–Ah… Él hizo un chiste sobre algo que a mí me afectaba mucho y desde ese momento creí que era un acosador. Pero estaba equivocada, su hijo es genial.

–La noche del accidente…

–Papá, Nina cobra las entrevistas –bromeó Wayne para interrumpirlo. Sus padres rieron.

–No es profesionalismo, es curiosidad –defendió Rafe–. ¿Sabías lo que iba a suceder?

–¡Por supuesto que lo sabía! –exclamé–. Puedo ver el futuro –solté y estallé en risas.

Los padres de Wayne me siguieron con una carcajada.

–Creo que deberíamos irnos –dijo Wayne.

–Sí, yo también –contestó su madre. A continuación me miró y tomó mi mano por sobre la mesa–. Nina, eres un encanto. Ven a casa cuando quieras.

–Gracias –contesté.

–Nina, vamos –pidió Wayne, levantándose.

Me tomó del codo y me ayudó a ponerme en pie. Aunque podía sostenerme y caminar por mis propios medios, no me sentía como siempre.

–Adiós, fue un placer –dije a Julia y a Rafe.

–También para nosotros –contestó él.

Wayne me abrazó por la cintura y fuimos juntos a retirar nuestros abrigos. Nos dirigimos al elevador. Me apoyé en su costado y sujeté el borde de su sobretodo. Olía tan bien que tuve ganas de besarlo. Alcé la cabeza y busqué sus labios. Él apoyó una mano en mi mejilla y me besó en la frente.

–Necesito ir al baño –murmuré.

–Debimos ir al del restaurante, es mejor que el del hall.

–No importa. Es un segundo, solo para orinar.

¿Qué acababa de decir? Ya no lo recordaba.

Wayne me acompañó hasta la puerta del baño. Yo entré, pero me aferré al borde de la abertura y le arrojé un beso antes de cerrarla. Él sonrió a la vez que negaba con la cabeza.

Logré orinar y lavarme las manos. Sin embargo, cuando alcé la cabeza y me miré al espejo, lo que vi me causó taquicardia. A los costados de mi imagen, el reflejo giraba como si alguien moviera un paraguas de colores. Me aferré a la encimera que rodeaba el lavabo y cerré los ojos. Me costaba respirar. Giré la cabeza y observé la puerta abierta de uno de los cubículos. El cerrojo también cobró vida. Cualquier cosa que mirara no era tan solo un objeto, sino una señal.

Salí del baño y me aferré a los brazos de Wayne con desesperación.

–Necesito ir a casa –sollocé.

–Nina, ¿qué ocurre? –preguntó él, preocupado, sosteniéndome.

–Por favor, vámonos.

–Tranquila. No es nada, tan solo bebiste demasiado.

–No entiendes. Se descontrolaron, están en todas partes.

–¿Quiénes?

–Por favor… Necesito que se vayan.

–No llores –rogó–. Estás ebria, eso es todo. Ya pasará.

–No quiero verlas. No sé qué significan, todas están mezcladas, no sé cuál corresponde con cuál. ¿Sabes lo que me ocurrirá en un rato?

–No lo sé porque no te entiendo. ¿Quién está en todas partes? ¿Qué es lo que no quieres ver?

–¡Las señales!

–Okey. Cierra los ojos. Relájate –pidió y me abrazó.

–¿Todo está bien? –preguntó una voz masculina.

–Sí. Tan solo bebimos demasiado. Lo siento –contestó Wayne. Me llamó la atención el plural, puesto que él solo había consumido agua. Me alzó la cabeza y susurró–: Nina, tenemos que salir. ¿Puedes abrir los ojos aunque sea para llegar al elevador y, luego, al auto?

Obedecí con miedo. Aunque detrás de Wayne las cosas seguían viéndose como cuando sabía que algo era una señal, descubrí que, si me concentraba en él, todo estaba bien.

Asentí con la cabeza. Wayne me sujetó de la cintura y me ayudó a caminar hasta el elevador, donde volvió a abrazarme. Seguimos el mismo procedimiento hasta que me senté en el auto. Él me abrochó el cinturón de seguridad.

–Oh, no –balbuceó. En cuestión de segundos sentí que me estaba limpiando la sangre que brotaba de mi nariz–. Sostén esto ahí –indicó, dejándome un pañuelo sobre los orificios. Le hice caso.

El viaje hasta mi casa se me hizo eterno. También la caminata hasta mi dormitorio.

–¿Dónde está tu padre? –preguntó Wayne.

–Se fue a lo de Allen –respondí, metiéndome en la cama.

–Dame su número, lo llamaré.

–No lo hagas.

–Nina, creo que tienes fiebre y tu nariz no deja de sangrar –explicó, apoyando una mano en mi frente–. Si no me permites llamar a tu padre, te llevaré al hospital.

–No te preocupes, se me pasará. Siempre es así, solo que esta vez no puedo controlarlo. –Comencé a llorar–. ¿Por qué no tengo derecho a beber? ¡Solo quiero ser una persona normal!

–Tranquila: eres una persona normal –aseguró, acariciándome las mejillas.

–No, no lo soy. Dile a tu padre que no vaya por la avenida Moore. Habrá una colisión que lo retrasará, que tome Davisville.

–¿Qué?

–Necesito agua. Dame agua.

El tiempo que tardó en llevarme el líquido, algunas señales siguieron conectándose y, al final, terminé pensando que lo había arruinado todo.

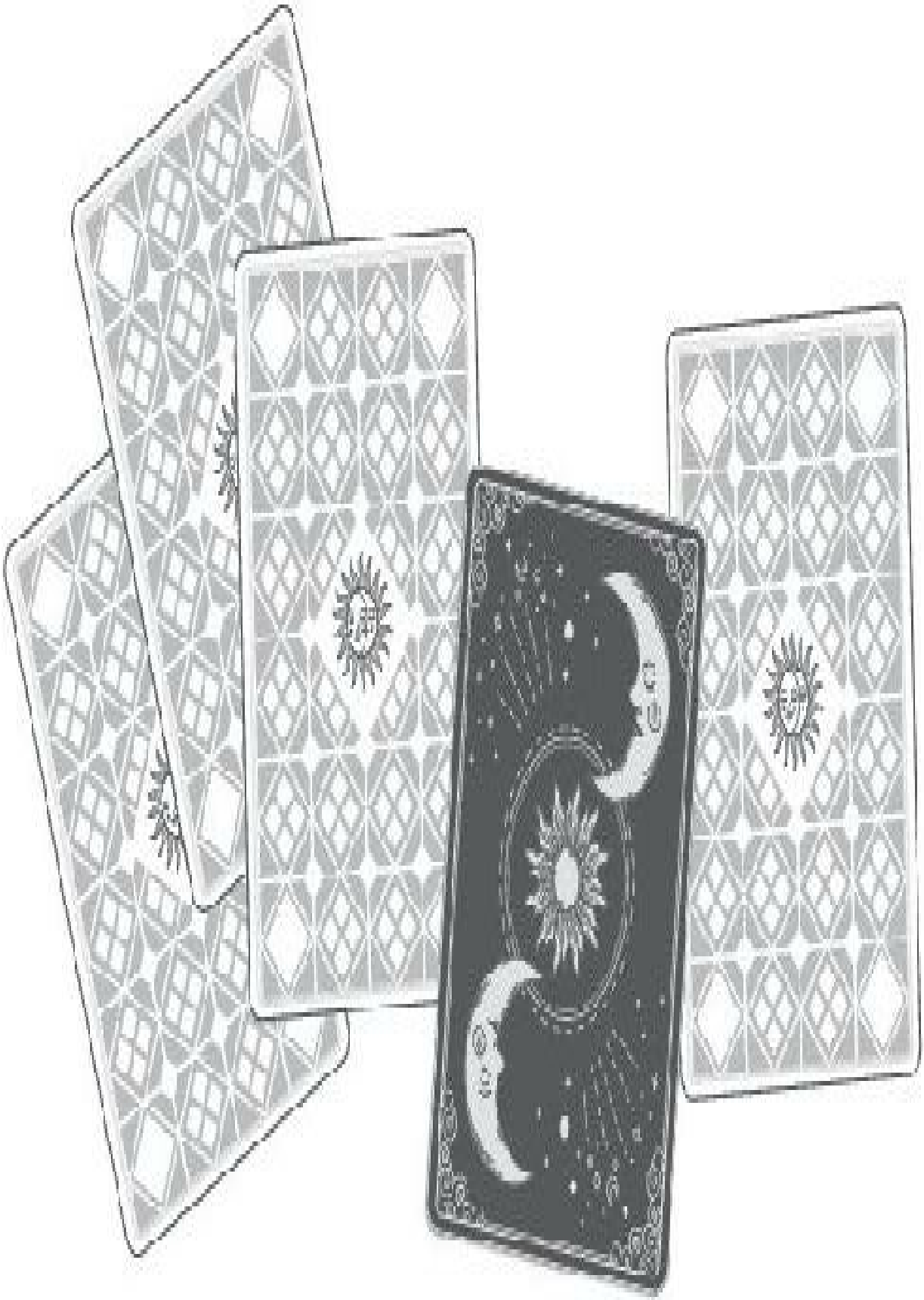
–Bebe –dijo, ayudándome a levantar la cabeza a la vez que apoyaba el borde del vaso sobre mis labios. Bebí un poco.

–Lo siento. Lo siento mucho –susurré.

–No te preocupes. Mis padres te adoran. Yo te adoro. Todo está bien.

–Perdón.

Fue lo último que pude decir antes de quedarme inconsciente.



24

Wayne

“DILE A TU PADRE QUE NO VAYA POR LA AVENIDA MOORE. Habrá una colisión que lo retrasará, que tome Davisville”.

Mientras renovaba el paño húmedo sobre la frente de Nina para bajar su temperatura, le envié un mensaje a mi padre.

Wayne

¡Ey! ¿Ya llegaron a casa?

Rafe

Todavía no. Estamos atascados en el tránsito. Al parecer, hubo un accidente en la avenida Moore y no nos permiten avanzar. ¿Y ustedes?

Wayne

Sí, y estamos bien. Que descansen.

Nina no tocaba su móvil desde hacía horas; de hecho casi nunca lo utilizaba. Dudaba que lo hubiera mirado en el baño y, aunque hubiera sido así, ¿lo habría extraído solo para enterarse de un accidente?

“Puedo ver el futuro”.

Sonaba imposible desde la lógica. Sin embargo, era la opción más convincente para mí.

Pasaron tres horas hasta que Nina volvió a abrir los ojos.

–¿Wayne? –susurró.

–¿Sí? –respondí, tocándole la frente una vez más. La temperatura había descendido hacía un rato y continuaba normal.

–¿Qué hora es?

–Las dos de la madrugada.

–¿Qué haces en el suelo? ¿Por qué no vienes a la cama? Mira que no te daré otro masaje, eh.

–¿A qué hora regresa tu padre?

–¿Hoy es sábado?

–Anoche lo era. Fuimos a cenar con mis padres, ¿recuerdas?

–Sí… Los domingos regresa por la tarde.

–De acuerdo. No quisiera que llegue y malinterprete la situación. Ya me dijo que tendré que trabajar muy duro para que me apruebe y supongo que encontrarnos en la cama no está en sus planes. ¿Puedo quitarme esto? –sujeté mi suéter y la camisa.

–Claro. Yo también estoy incómoda; ayúdame a deshacerme del vestido –pidió, poniéndose boca abajo.

Mientras le bajaba la cremallera, volví a experimentar un fuerte deseo. Nina se las ingenió para quitarse la prenda sin levantarse y yo me deshice de las mías. La sábana quedó arrollada en su cadera. Contemplé su espalda recta, su piel tersa, el cabello negro inundando la almohada. Llevé un dedo a su columna y lo deslicé desde la nuca hasta donde la ropa de cama me impedía seguir avanzando. Nina sonrió con los ojos cerrados.

Me acosté, apagué la lámpara y nos cubrí con la sábana. Ella giró hacia mi lado y apoyó las manos en mi abdomen. Su respiración me hizo cosquillas en el pecho. De pronto, no solo el aire rozaba mi cuerpo, sino también sus labios. Le acaricié una mejilla mientras ella me daba besos en el cuello. Descendí un poco y le alcé la cabeza para besarnos en los labios. Pasó un brazo por sobre mi torso y comenzó a tocarme la espalda. Yo acomodé uno debajo de su cabeza y el otro sobre su cintura. Mis manos se deslizaron por su piel en dirección a sus pechos. Eran suaves y generosos. Los toqué alrededor del soutien mientras nos besábamos. Muy despacio, mis dedos pasaron por su vientre y terminaron en su entrepierna.

Gimió cuando la acaricié por dentro de las bragas. La humedad de su boca y de su intimidad me agitó tanto como a ella. Cuando sus manos se apoyaron en mi pantalón y comenzó a

desabrocharlo, creí que moriría. Comenzó a tocarme también, de una forma que casi perdí la razón. Podía no ser una experta, pero sin duda tenía mucha intuición.

Me di cuenta del momento en el que terminó y estuve a punto de hacerlo también. Retiré su mano justo a tiempo y apreté los dientes para contenerme.

–¿Por qué te detienes? –preguntó, besándome el pecho mientras me acariciaba el abdomen.

–Tenemos que parar. No estás del todo sobria –alcancé a murmurar.

–Auch.

Sí, auch.

La sujeté de las muñecas para que no pudiera seguir tocándome y le di un beso en la cabeza. Nina dejó de besarme, pero permaneció respirando sobre mi piel. Tuve que esforzarme para seguir conteniéndome hasta que hacerlo al fin dejó de ser una tortura.

A pesar de que la cama era pequeña para los dos, estábamos tan cerca que resultó suficiente. Lo último que hice antes de quedarme dormido fue besarle el rostro mientras le acariciaba las sienes.

Cuando abrí los ojos de nuevo, la luz del día entraba por la ventana. Nina estaba sentada sobre la cama, mirándose. Temí que quizás no recordara por qué estaba semidesnuda. Sus pechos eran muy bellos, grandes y abultados. Parecían todavía más voluptuosos al estar contenidos por el soutien. Era tan hermosa que no supe qué decir. Para hacerle saber que estaba despierto, estiré un brazo y lo apoyé sobre sus piernas.

Su primera reacción fue cubrirse el vientre con un brazo y los pechos con el otro. Me miró y, poco a poco, dejó caer los brazos.

–Buen día –dije–. ¿Recuerdas lo que ocurrió anoche en esta cama?

–Todo.

–¿Y cómo te sientes al respecto?

Por extraño que pareciera, se echó a reír. Se ocultó debajo de las sábanas, me abrazó y buscó mi oído.

–Quiero más –susurró y volvió a reír. Sin embargo, cuando me miró y yo le aparté el cabello del rostro, estaba muy seria–. ¿Crees que tus padres estén pensando mal de mí?

–No. Supongo que la bebida te ayudó a mostrarte tal cual eres: fresca, inteligente, simpática y divertida.

–No soy así. Soy tímida, retraída y no sé socializar.

–Seré sincero: eres como acabo de describir aun cuando no estás ebria, solo que no te muestras de esa manera si no conoces a los demás. El problema es que, para conocerlos, tienes que darles una oportunidad. Como no te abres desde el principio, crees que no sabes socializar, lo cual no es cierto. Así funciona. Solo tú puedes romper ese círculo.

Me observó por un momento, quizás analizando mi teoría.

–Prepararé el desayuno –anunció–. Para eso me pondré tu camisa como las chicas sexys de las películas, aunque no lo sea. ¿Está bien?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque eres mucho más que una chica sexy y, como arrancaré los botones de la ropa para volver a verte semidesnuda, perderé una camisa que me gusta mucho.

–¡Cállate! –exclamó Nina, riendo.

Salió de la cama, buscó mi camisa y se la puso haciendo gestos exagerados para provocarme. Al momento de prender los botones, lo hizo mirándome. Por piedad, solo usó los tres del medio.

La dejé ir sin hacer más que observarla apoyado en el respaldo. Fui al baño y luego me dirigí a la cocina. Entonces la aparté del refrigerador, la hice girar, apoyé su cadera en el borde de la encimera y rompí los botones.

No hicimos a tiempo a hablar. Nina apoyó una mano en mi cabeza y me impulsó hacia ella, que era lo mismo que quería hacer yo. Primero nos besamos en los labios. Después, descendí a su cuello, sus hombros y sus pechos. Si bien me moría por quitarle el soutien, lo dejé en su lugar y seguí bajando hasta arrodillarme frente a ella. Nos miramos a los ojos mientras le bajaba las bragas.

Nina sonrió, complacida, y abrió un poco las piernas. Nunca disfruté tanto hacerle sexo oral a alguien como a ella.

–Espera –dijo de repente, con los dedos en mi pelo. La miré, intrigado. Creí que estaba a punto de terminar, ¿por qué me pedía que me detuviera? Cerró los ojos, respiró hondo y dejó transcurrir un momento–. Ya está.

–¿Estás bien? –pregunté.

–Sí. –Sonrió–. ¿Puedo hacértelo yo a ti?

–En un momento. Primero quiero que acabes tú.

–No sé si pueda.

–Empezaré de nuevo.

–Ocurre que, al parecer, cuando pierdo el control… –Calló.

–¿Qué ocurre cuando pierdes el control? –consulté, besándole la parte interna del muslo mientras le acariciaba las piernas.

–Lo pierdo por completo.

–Déjate ir. ¿Qué puede ocurrir? Estoy aquí, contigo. No permitiré que te pase nada malo.

–De acuerdo, Superman. Lo intentaré.

–Inténtalo, Gatúbela.

La risa de Nina fue casi tan hermosa como oírla gemir una vez más cuando terminó o verla hacérmelo a mí.

Nos sentamos a desayunar con las mejillas todavía acaloradas. Estiró un brazo para tocarme el pelo con una sonrisa. Yo me levanté, me incliné sobre la mesa y volví a besarla en la boca. Estaba loca y perdidamente enamorado de Nina.

Me fui por la tarde, antes de que su padre regresara. Ninguno quería despedirse, por eso nos besamos y acariciamos de manera tierna un buen rato antes de abrir la puerta.

El lunes, cuando pasé a buscarla para ir al colegio, me saludó con un beso rápido. Nuestras miradas, en cambio, eran muy intensas. Supuse que temía que su padre nos viera por la ventana, entonces arranqué. Me detuve a unas manzanas para que pudiéramos saludarnos como queríamos.

Nos sentamos juntos en las clases que compartíamos. Luego de una asignatura que no cursábamos juntos, aproveché el cambio de hora para abrazarla por la espalda y besarla en la mejilla mientras ella buscaba sus libros en el casillero.

–Dime que no hay mucha gente viendo –rogó, avergonzada pero con una sonrisa complacida.

–Todo el colegio está viendo –contesté. A decir verdad, antes de abrazarla, me había fijado que nadie pudiera delatarnos, más allá de las cámaras de seguridad, para que Nina no corriera el riesgo de que volvieran a citarla en la dirección.

Almorzamos juntos y nos despedimos con un gesto de la mano para tomar cada uno la clase que le correspondía. Luego de eso, yo tenía que unirme a un grupo para terminar un trabajo en la biblioteca y Nina se iría a casa en autobús. Dudaba de que volviéramos a vernos hasta el día siguiente.

Me dirigía al edificio donde se encontraba la biblioteca cuando vi un pequeño tumulto entre unos árboles, frente a un muro. Se trataba de un par de chicos de unos doce años. Percibí que estaban

en una situación rara, quizás molestando a alguien, y me acerqué.

Me sorprendí cuando divisé a Nina acuclillada en el césped. Una chica estaba arrodillada delante de ella. Tuve la certeza de que no quería hacerle daño, sino que le hablaba en busca de una respuesta. El resto solo la observaba con preocupación. No tuve dudas de que sufría otro de esos episodios extraños.

–Permiso –dije, y me arrodillé junto a la chica–. Nina. ¡Nina!

–Estoy bien. Solo siento mucha vergüenza –murmuró. Alcancé a ver sangre en su mano, supuse que sería de su nariz.

–Levántate –ordené.

–No puedo.

–Nos levantaremos ahora y tan solo nos iremos.

–No. Wayne…

La tomé de la cintura sin hacerle caso, la alcé conmigo y di un paso al frente.

–Con permiso –dije al tumulto–. Ya pueden irse. Todo está bien.

–Mi amiga fue a buscar al celador –explicó la chica que intentaba hablar con ella.

–No hace falta. Vuelvan a clases.

Abrieron el camino y nos fuimos.

Nina se ocultó en el auto como si fuera un refugio antibombas.

–Lo siento –susurró–. Supongo que los próximos días serán así. No debí beber tanto el sábado. Iré a la parada de autobús. Ve a hacer tu trabajo, tu equipo ha de estar esperándote.

–Iremos a tu casa. ¿Está tu padre ahí?

–A esta hora trabaja. Pero de verdad no hace falta que me lleves. Estoy bien, solo sentía demasiada presión con toda esa gente rodeándome.

–Nina, tenemos que hablar. Te llevaré –determiné.

Encendí el motor y comencé a andar.

–No quiero que te transformes en esa persona que está siempre rescatándome. Es un cliché muy aburrido –masculló.

–No estoy rescatándote: te estoy ayudando.

–Da igual.

–No me entretendrás con una conversación sin sentido.

–¿De verdad crees que lo que digo no tiene sentido?

–Tampoco con una discusión inventada.

Guardó silencio y miró por la ventanilla el resto del trayecto.

Una vez en su casa, fue al baño para lavarse las manos.

–¿Qué quieres para beber? –preguntó en cuanto regresó a la cocina.

–Un beso tuyo.

Después de haber estado mucho tiempo seria, volvió a relajarse. Me dio el beso y, además, zumo de frutas.

Fuimos a su dormitorio y nos sentamos en el suelo.

–¿Por qué te cuesta tanto explicarme qué ocurre? –pregunté.

–Porque no me creerías. Y, aunque lo hicieras, nada me garantiza que algún día, si te molestas conmigo, no divulgarás mi secreto.

–Con que se trata de eso: todavía piensas lo peor de mí.

–No.

–Entonces no entiendo. Yo creo que esos ataques sí tienen un diagnóstico, solo que no quieres decírmelo. ¿Sabes qué pensé cuando saliste del baño del hotel hablando de personas o cosas que no querías ver?

–Prefiero no recordarlo –respondió, bajando la cabeza.

–Creí que quizás sufrieras de alucinaciones. Y, ¿sabes qué? Aun así, la imagen hermosa que tengo de ti no hubiera cambiado. –Hizo un gesto de negación–. Nina, tenemos que encontrarle una solución a este problema. No puedes ir por la vida sufriendo estos episodios que te causan tantos malestares físicos y psicológicos.

–Siempre fueron un mal sueño, pero la gente con sus reacciones los transformó en pesadillas.

–Eso tiene que terminar. No depende de la gente, sino de ti.

–Ojalá pudiera controlarlos.

–Quizás puedas, el problema es que no encuentras la manera. ¿Cómo sabes que no existe una

medicación si no consultas con otros especialistas?

–No es un problema físico.

–¿Entonces por qué se producen síntomas en tu cuerpo?

–Por favor…

–¿Por qué te avergüenzas de algo que debería ser, quizás, preocupante, pero no un objeto de burla?

–¡Mira quién lo dice! El primero que se burló de esto en este colegio.

–¡Porque era un idiota de trece años! –El silencio que siguió a mi afirmación terminó de demostrarme que Nina no se abría tanto como yo pensaba. Tampoco confiaba en mí, quizás nunca lo hiciera–. De acuerdo, como quieras. Si ya te sientes mejor, me iré –dije, y me levanté.

–Wayne –susurró.

–Nos vemos mañana –contesté, ya cerca de la puerta.

–Puedo ver el futuro –afirmó con voz clara.

Me detuve con una mano en el picaporte.

–¿Cómo?

–A través de señales.

Me volví despacio. Nina estaba cabizbaja, apretándose los dedos con nerviosismo. Me senté enfrente otra vez y respiré hondo.

–¿Podrías explicarme más? –solicité con naturalidad.

–¿No crees que esté loca? –consultó, temerosa.

–Soy testigo de que no. Cuéntame.

–No tengo bien claro cómo funciona. Las señales pueden ocultarse en cualquier parte. Están en situaciones que para la gente común pasan desapercibidas. Yo las veo de manera diferente, siento de manera distinta frente a ellas. Imagina que los dos estamos viendo la cama: tú tan solo ves un mueble, en cambio, yo siento que es algo más. Así tres veces con distintas situaciones hasta que, de pronto, todas se conectan, me ausento de la realidad y veo hechos que aún no han ocurrido.

–¿Eso sucedió la noche del accidente?

–Sí.

–¿Cuáles fueron las señales?

–Para empezar, mientras iba al colegio, casi colisioné con un automóvil. Supe que eso significaba algo, pero no qué. Luego vi un naipe con el cuatro de diamantes en un cantero del colegio. Cuando entré al aula y tú estabas jugando con tus amigos, tenías la misma carta entre las manos.

–¿En ese momento tuviste la visión, por eso te descompensaste?

–Sí. Me ocurre cuando interpreto las señales y, a veces, cuando las visiones se concretan. Por eso mi nariz sangró en el aula y luego en la calle, frente al club. Esa madrugada tuve síntomas fuertes: sangrado, fiebre, temblores… Reprimí esa visión con todas mis fuerzas porque era muy dura.

–¿Dibujas algunas de tus interpretaciones? Vi una ilustración tuya de varios naipes con el cuatro de diamantes. –Asintió en silencio–. ¿Por qué me salvaste? Según tu percepción, yo no era bueno contigo. No lo merecía.

–Pensé que tu vida era más importante que tus acciones. Además, mi madre murió en un accidente de tránsito cuando yo tenía tres años, por eso fui adoptada a los cinco. No habría podido seguir viviendo si sabía que tenía en mis manos la posibilidad de salvar a alguien y no lo hacía.

Conocer lo que había sucedido la noche del accidente me dio escalofríos. En cualquier otro momento, hubiera creído que Nina estaba desvariando. Pero jamás podría haberlo pensado después de todo lo que habíamos vivido y de todo lo que había leído.

–¿Qué ocurrió recién en el colegio? ¿Fue una visión o una concreción?

–Una visión bastante simple, pero desagradable, entonces la reprimí. Vi a unos chicos encerrando a Jerry en el baño para arrojarle papel higiénico sucio.

–Eso es horrible. Pudimos haber avisado a las autoridades y evitar que sucediera.

–Imposible: no supe cuándo sucedería ni en qué baño.

–¿No te enterarías cuando se concretara?

–Para que experimente síntomas cuando las interpretaciones se concretan tiene que tratarse de asuntos muy graves y tengo que presenciarlos.

–Debe existir una manera de que no te hagan daño.

–¿Cómo saberlo?

–Entrenándote.

–Jamás. Las quiero lo más lejos posible de mí. Necesito ser una persona normal.

–Nina, en los deportes, la única manera de dominarlos es la práctica. ¿Cómo esperas controlar algo que no conoces?

–No quiero. No puedo –aseguró angustiada–. No se trata solo de ver. En ese momento, no soy un espectador externo que mira una película. Soy alguien.

–¿A qué te refieres?

–Sé lo que se siente desangrarse, morir ahogada, sufrir quemaduras en todo el cuerpo… Y jamás me ha sucedido.

–Entonces ¿fuiste yo?

–En la visión del accidente, sí. En la del beso, era yo misma.

–¿La del beso? –repetí con los ojos entrecerrados.

“Hazlo”. “¿Qué cosa?”. “Eso que quieres hacer”.

Me llevé las manos a la cabeza, abrumado por lo que estaba oyendo.

No quería que Nina sufriera las consecuencias físicas de esas visiones o las psicológicas de conocer todas las sensaciones humanas en primera persona como un todo-nada parecido al que describían los libros sobre lo que había después de la muerte.

–Por favor, necesito que me jures por lo que más quieras que esto jamás saldrá de ti –rogó–. Eres la única persona que lo sabe. Te lo suplico. Podría involucrarme en graves problemas si alguien más se enterara. Imagina si las autoridades supieran que yo estaba al tanto del accidente esa noche, o incluso de un avión que se perdió en medio del océano. Nadie me creería. Pensarían que yo provoqué esas tragedias; es el único modo racional como podría saber de ellas antes de que ocurrieran.

–Nina, no tienes que suplicarme. Moriré con este secreto. Te lo juro. No importa cómo termine nuestra relación. ¿Por eso desconfías de mí? ¿Termina mal?

–No lo sé. Solo puedo percibir e interpretar señales de hechos que afectan a mi entorno y que ocurrirán en un lapso de un día. Nunca vi algo posterior.

–Bien. Entonces queda algo librado al misterio en tu vida. Eso es bueno, te permite confiar.

–Muchas cosas son un misterio. No lo veo todo, solo lo que se presenta. Por ejemplo, nunca vi que estuviera contándote esto. Aunque, en el baño del hotel, vi el cerrojo de una puerta moverse. Eso puede significar la liberación de un secreto. Sí, tuve una señal, pero la interpretación nunca llegó. Eran demasiadas señales al mismo tiempo.

–Por eso me dijiste que tu vida entera era un spoiler… Entiendo que debe ser difícil. Pero pensemos en los médicos: conviven con el dolor humano a diario y, aun así, pueden llevar una vida normal.

–Ellos no experimentan lo que el paciente está sintiendo.

–Pueden imaginarlo. Incluso saben qué ocurrirá con sus propios seres queridos cuando padecen alguna enfermedad. Son conscientes de si alguien morirá mientras que otras personas, por ignorancia, guardarían una esperanza. Tú eres el médico. Tienes que practicar.

–Tengo miedo. La mitad de lo que veo es muy doloroso.

–Lo sé. Pero, quizás, las consecuencias que sufres no sean producto de las interpretaciones en sí mismas, sino de reprimirlas. Cuando te detuviste mientras lo estábamos haciendo en la cocina, ¿qué ocurrió? Me da la impresión de que tuvo que ver con esto.

–Así es. Interpreté señales de la noche anterior junto con una que surgió en ese momento.

–Tu nariz no sangró, no tuviste fiebre ni te veías descompuesta. Tan solo la dejaste pasar y seguiste disfrutando, ¿cierto? ¿Acabaste o solo estabas fingiendo?

–¿Fingir? ¿Qué es eso? Apenas sé acabar, ni se me ocurriría fingir para seguir inflando tu ego.

A pesar de lo difícil del relato, los dos reímos. Por suerte, eso nos ayudó a distendernos. Yo necesitaba procesar todo lo que nunca hubiera aceptado antes como posible y Nina tenía que perder el miedo a habérmelo contado.

–¿Qué viste? –consulté.

–Una tontería: un compañero se llevaba el último zumo de manzana en el almuerzo justo antes de que yo lo agarrara. Así sucedió. Maldito Easton.

–¿Cuál fue la última señal de eso?

–Como estaba contra la encimera, toqué una manzana de la frutera.

–¡Es increíble!

–Por favor, no me mires como a un bicho raro.

–¿Te estoy mirando de esa manera?

–No lo sé.

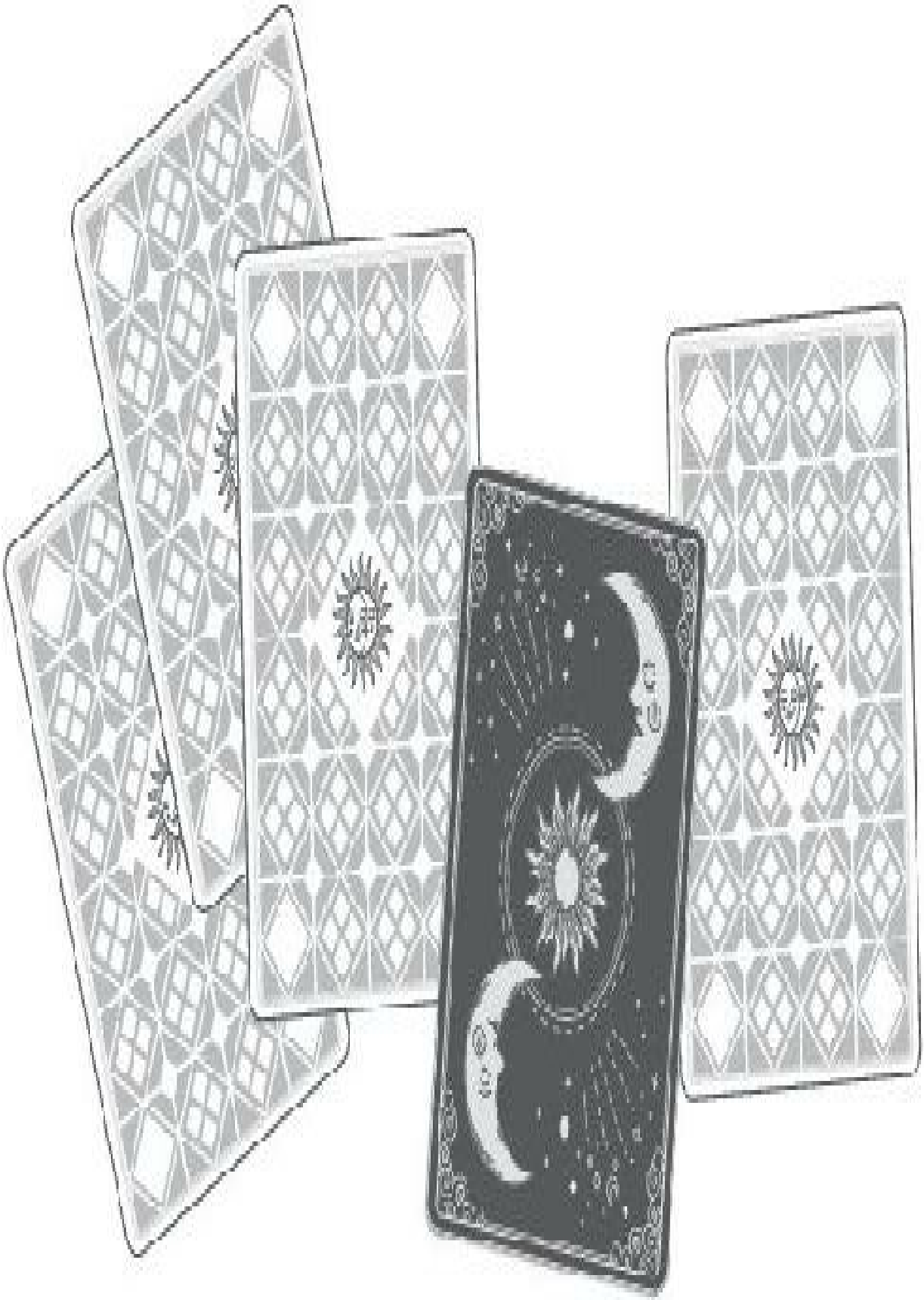
–Te estoy admirando, Nina –aclaré con una sonrisa y me incliné para besarla–. ¿Me permites ser tu entrenador?

–¿Cómo podrías ser entrenador de un deporte que nunca practicaste?

–Me las ingeniaré. ¿Lo intentamos?

Se mordió el labio, dudando. Nos miramos unos segundos antes de que se atreviera a responder.

–Está bien.



25

Wayne

“¿CÓMO PODRÍAS SER ENTRENADOR DE UN DEPORTE QUE NUNCA practicaste?”. Nina tenía razón, pero si mi ego sirvió de algo, fue para no decírselo. De alguna manera la ayudaría.

Lo primero a lo que me dediqué al llegar a casa fue a lo que haría cualquier persona: investigar en internet. Solo interrumpí la búsqueda por algunos mensajes del grupo con el que debía hacer el trabajo.

¡Wayne! Desapareciste.

Wayne

Lo siento, surgió algo. Pásenme lo que haya quedado sin hacer, lo terminaré.

Estuve investigando hasta muy tarde.

A la mañana siguiente, mientras íbamos al colegio, le pregunté a Nina si el sábado por la noche su padre estaría en casa.

–Lo más probable es que se encuentre en lo de Allen –dijo.

–Excelente. Tengo una lista de cosas para que hagamos. Puedo decirte algunas ahora. ¿Has leído sobre sincronicidad?

–Ah, es ese tipo de lista. Creí que hablabas de pasar el rato.

–No haría una lista para eso. En ese caso, trazaría un plan en mi mente, haría alguna reserva o simplemente dejaría que fluya. ¿Has leído sobre eso?

–Sí. También sobre evolución consciente.

–Bien. Necesito que recuerdes qué libros has leído. Si en mi lista existe alguno que no hayas tocado, lo buscaré. ¿Estudiaste lenguajes simbólicos?

–Solo tarot.

–Entonces tenemos bastante para leer acerca de eso.

–Okey.

–No pareces muy entusiasmada.

–Solo quiero que las señales desaparezcan. En cambio, parece que tú estuvieras buscándolas.

–Quedamos en que intentaríamos entender cómo funciona tu don.

–No es un don, es una maldición.

–Podemos cambiar eso.

–Lo dices porque tú no tienes que padecerlo.

–Haremos que deje de ser un padecimiento.

–Wayne, valoro tu mirada positiva de la situación, pero no creo que resulte. Si vas a ayudarme, prefiero que intentemos hacerlas desaparecer.

–Llevas haciendo eso durante ¿cuánto tiempo? ¿Diecisiete años? ¿Ha funcionado? No creo que llegues a un resultado diferente yendo por el mismo camino una y otra vez. Las señales no desaparecerán. Lo más probable es que tengas que convivir con ellas por el resto de tu vida.

–¿Podemos cambiar de tema?

La miré aprovechando un semáforo en rojo. Había un rastro de súplica en su mirada así que, a pesar de que me molestara su negación, respeté su deseo.

–Parece que será un lindo día a pesar del frío –comenté mirando el cielo a través del parabrisas. Nina rio.

–¿Te incomoda estar en silencio?

–¿Es eso una indirecta para que me calle?

–No, te juro que no. Es una expresión de ternura. Ya sabes, a veces no logro transmitir lo que siento con los tonos que utilizo. Yo creo que lo digo de una manera, pero para la otra persona suena distinto.

Mientras Nina hablaba, orillé el coche, me detuve junto a la acera y la besé sujetándole el rostro entre las manos.

–Esto sí es una expresión de ternura –dije.

Nina volvió a reír. Apoyó las manos en mis mejillas y me devolvió el beso. Después comenzó a limpiarme los labios con los pulgares.

–Creerán que te gusta maquillarte –explicó.

–Y a ti hacer de payaso –contesté, quitándole el color que se le había esparcido por fuera de los labios.

–Para nuestros compañeros, ya lo soy.

–Por favor, no arruines una linda conversación con un comentario negativo.

–Lo siento –rio.

–Tendrás que usar labial a prueba de besos. ¿Existe eso?

–No lo sé.

Durante la semana, suspendí mis lecturas sobre la muerte y el más allá y me dediqué a las que tuvieran relación con la condición de Nina. Tomé apuntes en el móvil. También quité algunas cosas de mi lista y agregué otras. Por último, la pasé en limpio.

El sábado nos reunimos en su casa. Cenamos y luego fuimos a su dormitorio.

–Acuéstate –solicité. Ella rio con picardía.

–¿Qué harás?

–Nada de lo que imaginas –respondí, riendo también. Esperé a que se acomodara en la cama y apoyé una mano sobre su frente–. Cierra los ojos.

–¿Para qué?

–Hazlo. Confía en mí. –Lo hizo a la vez que suspiraba–. Entrenamiento. Día uno.

–¡Wayne! –exclamó, riendo otra vez.

–Harás un ejercicio de meditación.

Abrió los ojos y giró la cabeza para mirarme.

–No funciona de esa manera –aseguró.

–¿Cómo lo sabes? ¿Ya has meditado antes?

–No. Pero sé que las señales no se presentan así.

–Si nunca lo has intentado, no puedes afirmar que no funcionará. Escucha: si vas a cuestionarle a tu entrenador todo lo que te pida que hagas…

–Está bien –consintió, cerrando los ojos de nuevo–. Pero sé que no funcionará.

Aunque comenzaba a impacientarme, dejé de lado esa última frase y continué con el ejercicio.

–Meditarás con un audio que descargué de internet. Mi voz no es buena para eso.

–¿Por qué no? Me encanta tu voz.

Me acerqué a su oído y susurré:

–Es buena para decirte que te ves hermosa cuando lo hacemos, pero no para esto. –Nina rio a la vez que yo me alejaba–. Concéntrate.

Le demandó un momento ponerse seria. Subió un brazo sobre el vientre. Yo se lo bajé.

–¿Estás lista?

–¿Y tú qué harás? –preguntó–. ¿Tan solo te quedarás ahí sentado mirando?

–Custodiaré que no te pase nada malo –expliqué.

Si bien había leído que la meditación era un ejercicio saludable, en mi fantasía temía que Nina, al experimentar las sensaciones de las personas de las visiones, pudiera morir como ellas si las dejaba fluir, lo cual intentaríamos. Activé el audio y enseguida comenzaron a oírse olas de mar. Nina rio.

–¡Nina! –exclamé, poniendo la pausa para retroceder la grabación.

–Lo siento.

Volví a activar el sonido desde el principio. Nina pasó un rato quieta y en silencio, con los ojos cerrados y expresión de concentración. Dije que solo la custodiaría, pero fue inevitable admirar su bella nariz, sus labios gruesos, sus pómulos sonrosados…

Reaccioné de golpe en cuanto me di cuenta de que una parte importante del ejercicio había pasado y Nina no había respondido. Detuve la grabación.

–Nina, la voz pide que abras una puerta del pasillo imaginario y que digas qué encontraste del otro lado. ¿Qué ves?

–No quieres saberlo –contestó, ahogando la risa.

Me di cuenta de que no estaba concentrada en lo más mínimo. Dudaba de que hubiera podido hacer la meditación.

–Dímelo –solicité de todas maneras. Ella dejó de aguantar y rio.

–Veo dos conejos haciéndolo. Fue culpa de lo que dijiste hace un rato, justo antes de empezar la meditación. Lo siento.

–Esto no tiene sentido –acepté, recogiendo el móvil. Nina me miró.

–Te dije que no funcionaba de esta manera.

–¡Ni siquiera lo estás intentando! No lo tomas en serio.

Bajó de la cama, se sentó en el suelo conmigo y me acarició los brazos.

–¿Podemos hacer otra cosa? –rogó–. Esto es más aburrido que yo.

–Claro.

–Por favor, no te enojes.

–Está bien.

–En dos semanas es tu cumpleaños.

–Y en un mes, el tuyo.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo dice en el anuario.

–¡El anuario! Claro. ¿Te gustan? Yo los odio. Como imaginarás, nunca alguien firmó los míos.

–Apuesto a que ni siquiera se lo pediste.

–Wayne…

–¿Qué?

–Estás enojado.

–No, no lo estoy. –A decir verdad, estaba decepcionado, pero no le vi sentido a decírselo–. Dame tus anuarios: yo los firmaré aunque no me lo hayas pedido.

–¿Para qué?

–No todo en esta vida tiene un “para qué”. Tan solo dámelos.

–Como prefieras –accedió y se levantó.

Hurgó bastante en su guardarropa, donde parecía conservar todo tipo de cosas, y los recogió. Me los entregó y se acercó al escritorio para buscar un rotulador. Para cuando regresó y me lo entregó, yo ya había abierto el anuario de cuando teníamos trece años en las páginas que correspondían a nuestro curso.

–¡Ahí estás! –exclamó, riendo a la vez que señalaba mi imagen. Giró el libro para verlo al derecho. Lo estudió un momento y, de pronto, me miró muy seria–. Wayne… Nunca me había dado cuenta: en el fondo, tu mirada se ve triste.

–Lo estaba. El día que tomaron esa fotografía jugué un partido importante. Les pedí a mis padres que fueran a verme. Nunca aparecieron. Ganamos. Al final, todos los chicos corrieron con sus familias para que los felicitaran. Los padres de un compañero intentaron incluirme en su festejo. Les contesté que me parecía tonto lo que estaban haciendo y hui al vestuario. A decir verdad, me moría por un abrazo, pero no de esa gente.

–Lo siento mucho.

–No sientas dolor por mí, Nina. Ese mismo chico fue el que te hizo sufrir.

–En parte fue mi culpa.

–Nunca vuelvas a decir que la agresión de otro sobre ti es tu culpa.

–Venía de sufrir toda clase de bullying: tú hiciste esa broma estúpida y yo la tomé como si fuera el fin del mundo. Ya no estoy segura de que haya sido tan grave. Si yo no me hubiera colocado en la misma posición débil de siempre, quizás habría quedado solo en eso. Nuestros compañeros la habrían olvidado y no se habría iniciado una cadena de burlas. Todos tendemos a permanecer en lo que conocemos creyendo que es un lugar seguro. Fíjate que, desde que salí de ahí, aunque sea por un momento y de mala manera, Paige no volvió a molestarnos. –Señaló el anuario con una sonrisa–. ¿Qué vas a escribir?

Preparé el rotulador y busqué las páginas destinadas a las firmas.

–No mires, me pone nervioso –solicité. Nina rio y se puso de espaldas.

Escribí en el primer anuario. Luego volví a buscar la página donde estaba su imagen. La observé y la acaricié. Su rostro casi no se veía porque tenía el cabello hacia adelante. Me dio mucha ternura y tristeza a la vez, aunque ella no pareciera triste. Más bien percibí a una niña con mucho misterio y poder.

Repetí la acción en los anuarios siguientes: contemplé cada fotografía como si así pudiera recuperar el tiempo que Nina había sido invisible para mí y le dejé un mensaje escrito. Al terminar, le levanté la camiseta por sorpresa.

–¡Ey! –exclamó entre risas. Escribí algo también sobre su piel–. ¿Qué escribiste? –preguntó.

Miró hacia atrás sosteniendo su camiseta–. No alcanzo a leer. ¿Qué dice?

–Tendrás que leerlo en el espejo.

Se levantó de un salto, se paró delante del espejo de pie que estaba en un rincón del dormitorio y se acomodó para que se reflejara la frase. “El tesoro de Wayne”. Su sonrisa se iluminó más.

–¿Ahora cómo me lo quitaré? –preguntó.

–Si quieres, te lo borro yo.

Podría haberle pedido que embebiera algodón en alcohol o cualquier cosa parecida, pero a cambio la tomé de la mano y la llevé al baño.

Mientras yo abría el grifo de la ducha, ella se sentó en la tapa del retrete.

–Tendrás que quitarte la camiseta –sugerí. Me deshice de la mía y la arrojé a un costado. Los ojos de Nina se enterraron en mi abdomen. Le demandó un momento alzar la cabeza para volver a mirarme a los ojos. Respiró hondo y me hizo caso–. Supongo que también deberíamos quitarnos el resto de la ropa. ¿Quieres?

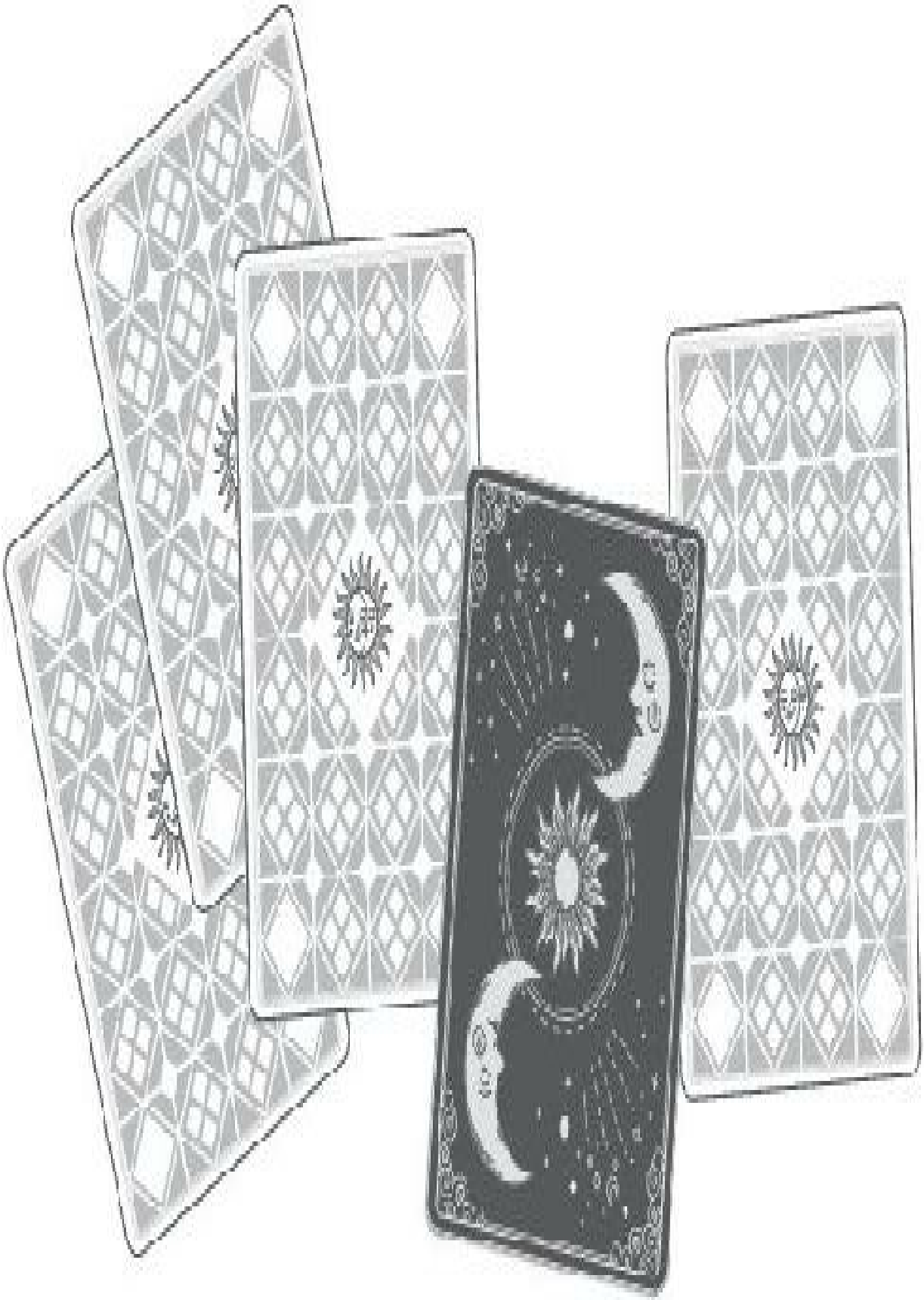
Se humedeció los labios con un poco de nerviosismo. Sabía por qué le costaba desnudarse por completo: los horrores que les habría oído decir a muchas personas sobre su cuerpo no eran gratuitos; cada acción tenía una consecuencia.

Supe también cuánto confiaba en mí cuando dejó caer el soutien mirándome a los ojos. Mi atención, en cambio, se dirigió a sus pechos. Eran tan hermosos que me excité al instante. No me molesté en ocultárselo. Incluso me pareció mejor que supiera cuán bella era y lo que era capaz de provocarme solo con estar sentada allí, desvistiéndose.

Me quité el pantalón junto con el bóxer. Ella hizo lo mismo con las prendas que le quedaban. Sus mejillas sonrojadas destacaban en la palidez de su rostro. Le ofrecí mi mano y la tomó. Nos metimos en la bañera y cerré la mampara.

Puse una mano sobre su hombro e hice que me diera la espalda. Aproveché a apartar su cabello hacia un costado y luego apoyé mi entrepierna en su trasero. Me enjaboné las manos y le acaricié la columna. La tinta del marcador comenzó a escurrirse como hilos de seda en dirección a la bañera. Mi mano izquierda bajó hacia su pierna y la otra llegó a su estómago. Subí despacio mientras ella se agitaba contra mi cuerpo y le toqué un pecho. Nina gimió. Los dedos que tenía en su pierna siguieron avanzando y la tocaron íntimamente, incluso entraron en ella. También comenzó a hacérmelo. La besé en la cabeza, en la mejilla y en el cuello mientras continuaba acariciando sus pechos. Nina giró la cabeza y terminamos besándonos en la boca con pasión.

Fue el mejor sexo sin penetración que tuve en mi vida.



26

Nina

COMO MI PADRE ME HABÍA DICHO QUE, QUIZÁS, REGRESABA POR LA MAÑANA en lugar de por la tarde, Wayne se fue a la madrugada. Lamenté que tuviéramos que despedirnos. Sin embargo, a la vez no veía la hora de leer lo que había escrito en mis anuarios. No me había permitido hacerlo mientras estábamos juntos.

Me acosté con la pila de libros y abrí primero el de nuestros trece años.

Nina:

Lamento haber hecho esa broma horrible sobre ti en clase. Si hubiera sabido que se trataba de un tema tan importante o que podía lastimarte, jamás la habría hecho. Ojalá que algún día me perdones.

Wayne.

Sonreí con ternura mientras acariciaba las letras y abrí el siguiente anuario.

Nina:

Admiro tu talento para dibujar, tu intuición y tu inteligencia. Espero no haber sido tan molesto por esta época. Lamento haberme perdido tu compañía tantos años. Gracias por brindármela ahora. La quiero para siempre.

Wayne.

Pasé al siguiente anuario con la misma sonrisa ilusionada con que había leído el anterior.

Creí que no recordaba nada de ti antes de este año, pero sí tengo un recuerdo de nuestros quince años. Estabas caminando cerca del edificio de deportes y tu pierna se hundió en la nieve. Sujetaste el borde de tu bota, jalaste hacia arriba y el pie salió como si nada. Me sorprendió que

te hubiera resultado tan fácil vencer a la naturaleza. Ahora entiendo por qué lo lograste: eres fuerte. Espero que siempre lo recuerdes.

Mi corazón latió muy rápido con ese escrito. Que Wayne sí hubiera reparado en mí alguna vez era tan movilizador como que se hubiera interesado por destacar que yo era fuerte.

Leí el último:

Para Nina, la chica más linda, ocurrente y divertida del colegio, del compañero que está loco por ella: Wayne.

Reí cubriéndome los labios.

Releí los escritos varias veces, disfrutando del modo en que sacudían mis emociones desde la nostalgia hasta el deseo.

Poco después, me quedé dormida sobre los anuarios.

La voz de mi padre me despertó de golpe. Abrí los ojos y, al instante, olvidé lo que soñaba.

–¿Me parece a mí o te dormiste tarde? –consultó.

–Sí. ¿Qué ocurre?

–Allen está aquí. ¿Quieres desayunar con nosotros?

–¿Qué hora es?

–Son las nueve.

–Dormiré un poco más.

–De acuerdo, te despierto para almorzar.

Desde el episodio de la bañera me sentía sin energías y todavía no alcanzaba a reponerme. Aun así, no pude volver a dormir. Aparté los anuarios y me coloqué boca arriba. Como me ardía la mejilla que había tenido apoyada sobre los libros, me llevé una mano allí y descubrí que estaba marcada; sin duda había quedado sobre el borde de uno de ellos.

Recordar algunos momentos de la noche anterior me llevó a sonreír. Nunca creí que me sentiría enamorada de alguien, ni siquiera que me atraería alguna persona. Pero ahí estaba, soñando y sonriendo por culpa de Wayne.

Pensé en su lista de cosas para hacer y en que, al final, nunca me había enterado de cómo seguía; ni siquiera le había permitido concretar lo primero. Intuí que había pasado la semana leyendo sobre predicciones y yo no había hecho más que boicotear su trabajo. Me sentí culpable, para qué negarlo, y eso me llevó a buscar el audio de meditación en el móvil.

No encontré el mismo en Google. Escribí palabras claves en YouTube varias veces hasta que al fin pude hallarlo. Descargué solo el sonido, como había hecho él, y prometí que me arriesgaría. En verdad me resultaba muy difícil. Experimentaba rechazo de solo pensar en tener que dejar fluir una visión sobre algo doloroso para alguien.

Almorcé con mi padre y con Allen y regresé a mi dormitorio. Antes de ponerme con la tarea que debía llevar hecha para el otro día, intenté meditar un par de veces. No logré concentrarme.

Después de cenar, me acosté con la ropa de cama, lista para dormir. Antes de que me venciera el sueño, volví a intentar meditar. El silencio y la paz de la noche sin duda colaboraron, porque por primera vez, al abrir una de las puertas imaginarias, pude ver algo.

Cuando Wayne pasó por mí a la mañana siguiente, con su buen humor y sus ganas de conversar de siempre, me sentía menos culpable. Sin embargo, no me pareció que el trayecto hasta la escuela nos diera tiempo suficiente para indagar en lo ocurrido, así que no se lo conté hasta el almuerzo.

–Tenías razón –susurré por sobre nuestras bandejas–: no estaba tomando en serio la cuestión del entrenamiento. ¿Sabes? Como a ti te aterra morir, yo tengo mucho miedo de lo que pueda ver.

–Lo sé, por eso no insistí –admitió.

–Gracias. Aunque me muestre terca, escucho lo que dices. Es cierto que he intentado que esto termine desde que me ocurrió la primera vez, cuando tenía siete años. Es evidente que no es el camino correcto. Por eso estuve practicando lo de la meditación.

–¿Sola?

–Sí.

–En tu caso es peligroso, no lo hagas sin otra persona.

–Está bien. De todos modos, lo más probable es que lo que vi solo haya sido un producto de mi imaginación.

–¿Qué viste?

Respiré hondo y miré alrededor para constatar que nadie estuviera oyendo a pesar de que hablábamos en un tono casi imperceptible.

–Solo vi algo detrás de la primera puerta. Cuando abrí las otras dos, todo era negro; había vacío. Detrás de la primera, en cambio, el ambiente era infinito, azul con destellos brillantes. El color es

muy difícil de describir porque, aunque no había contrastes, las figuras se delimitaban con facilidad. Una cantidad incontable de siluetas humanas flotaban allí y continuaban donde ya no podía ver. Eran como sombras blancas; no tenían rostro, sin embargo, yo sabía quiénes eran. Tú, mi padre, Allen, Paige, los profesores, mis vecinos, incluso Jerry. Todos nosotros. Cuanto más quería ver, más figuras aparecían, hasta llegué a personas que no sabría identificar. Es decir, sabía quiénes eran allí, pero si tuviera que nombrarlas ahora, no podría. No las conozco en la realidad, solo ahí. Todas estaban unidas con un lazo dorado. Por ejemplo, un lazo nos unía a mi padre y a mí, otro a mí contigo, y así. Muchos lazos salían de una misma persona y llegaban a otras. No tenían una dirección específica, era mutuo. Tampoco estaban atadas todas con todas, pero a fin de cuentas, todos estábamos conectados. Es extraño, ¿verdad? ¿Interpretas lo mismo que yo?

–¿Que todos estamos conectados, incluso con gente que no conocemos? Sí. También me recuerda el proverbio chino: "El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo". Lo encontré en mi investigación: los hechos son causalidades. Cada decisión que tomamos y cada acto que hacemos tienen una posibilidad de interrelación impredecible con las decisiones y las acciones de otras personas. Lo que alguien haga hoy aquí puede afectar a otro que está a miles de kilómetros en uno o en mil años. El tiempo humano no existe en el infinito. El universo es un "sistema caótico flexible". Lo demás no pude entenderlo, era una investigación sobre astrofísica.

–¿Entonces crees que no todo lo que me ocurre sea sobrenatural?

–Claro que no. Creo que, si bien debe tener un componente espiritual, la ciencia puede explicar casi todo. Si no estás captando señales todo el tiempo, como un radar, es porque tu cerebro necesita estar en un estado particular para hacerlo. Teniendo en cuenta que las señales se intensificaron cuando estabas ebria y cuando estábamos… ya sabes, creo que la pérdida de conciencia es una puerta abierta. Es lo único que encuentro en común entre una acción y la otra. Estoy seguro de que un neurólogo podría encontrar una explicación, al menos para el proceso fisiológico.

–El problema es que no puedo acudir a un médico y decirle esto. Todos los estudios que me realizaron fueron en busca de enfermedades conocidas, no con una premisa que les parecería absurda.

–Excepto uno que encontré en internet. Dice que puede orientar a los intérpretes.

–Debe ser el mismo que hallé yo hace mucho. ¿Cómo podríamos confiar en que de verdad es un médico y no un estafador?

–Investigué su nombre y tiene una matrícula.

–No me despierta confianza.

–En su página aclara que no cobra por sus servicios, que su único fin es la investigación. Está en Nueva York. Deberíamos esperar a que cumplas los dieciocho e ir. ¿Qué podríamos perder? A lo

sumo ganaremos unas vacaciones.

–Lo pensaré. Por ahora, creo que lo mejor será esperar a que las señales regresen solas. Hay temporadas en las que no las percibo. Cuando ocurra de nuevo, te avisaré.

–Disculpen –dijo la encargada del comedor junto a nuestra mesa. La miramos al mismo tiempo. Señaló alrededor–. Sus compañeros ya se fueron. ¿Acaso no oyeron el timbre? La hora de almuerzo terminó hace diez minutos.

–Lo siento, estábamos resolviendo un trabajo y no lo escuchamos –expliqué.

Wayne tan solo le dio las gracias por avisarnos, recogió sus cosas y se levantó. Lo seguí.

–¿Por qué das tantas explicaciones? –cuestionó, riendo–. Cuando lo haces, la gente se da cuenta de que mientes.

–Será porque no sé mentir. Wayne –dije. Me detuve en el pasillo y lo sujeté del brazo–. Gracias. Tu seguridad y tu convicción de que puede existir una explicación científica para lo que me ocurre, además de una sobrenatural, me dan tranquilidad. Nunca pensé que contártelo fuera a brindarme tanto alivio.

Su sonrisa apareció para hacer todo aún más fácil.

–Me alegra que sea así –respondió, acariciándome una mejilla.

Pasó una semana en la que no hubo señales, interpretaciones ni concreciones de ningún tipo. Si el secreto para librarme de ellas era esperarlas, habíamos dado en el clavo. Aun así, seguí practicando la meditación. No volví a ver nada tan simbólico de nuevo. A veces me distraía y terminaba pensando en temas de la realidad, como las ganas que tenía de estar en otra situación íntima con Wayne o las tareas del colegio que debía resolver. Otras, me veía en lugares a los que me gustaría ir: la selva, el bosque, una playa solitaria.

El sábado a la tarde, acompañé a Wayne a jugar un partido en otro colegio. Por suerte, Peter ni siquiera se acercó a las gradas. Una vez que terminó, lo esperé a un costado del edificio de los vestuarios. Mientras tanto, ajusté mi abrigo; había comenzado a hacer frío.

Wayne apareció de repente y me besó con la excitación propia del juego.

–¿Cómo estuve? –preguntó.

–Excelente, como siempre –respondí.

–Gracias. Iremos a una cafetería con los chicos. ¿Vienes?

–¿Yo?

Wayne rio.

–Sí, tú. No te preocupes, es un grupo pequeño. Son buenas personas, te lo aseguro. Y si descubriéramos que no lo son, jamás permitiría que te sintieras incómoda. Nos marchamos y listo.

–No quisiera entrometerme.

–La novia de Elliot también viene.

–Pero… yo no soy tu novia.

Me miró en silencio por un segundo, parecía confundido. También un poco decepcionado, pero eso era imposible.

–Puedes venir en carácter de lo que quieras –culminó–. Si no, también puedo llevarte a casa y me uno a la salida más tarde. ¿Qué prefieres?

De ninguna manera permitiría que se perdiera un solo instante con sus nuevos amigos, podía utilizar el transporte público. De todos modos, parecía tener muchas ganas de que lo acompañara. Si bien me daba miedo entrar en contacto con gente de nuestra edad, estaba segura de que Wayne nunca permitiría que la salida se transformara en una tortura para mí, así que me pareció una buena oportunidad para intentar socializar con alguien más.

–De acuerdo.

–¿De verdad? –consultó él, contento.

–¿Tengo expresión de mentirosa? Vamos.

Nos acercamos al grupo. Con la mayoría ya nos conocíamos, aunque sea de vista. O, al menos, yo a ellos. Peter pasó a lo lejos, mirando por sobre el hombro. Enseguida nos fuimos al auto acompañados por Elliot y su novia, una chica de otro colegio.

Durante la reunión hablé poco. No estaba acostumbrada a las conversaciones de la gente joven y no tenía mucha idea de las cosas de moda a las que se referían. Aun así, lo pasé bien. Nadie se burló de mí por alguna de las pocas palabras que dije ni me presionaron con preguntas incómodas.

En un momento, Wayne me besó el hombro mientras me acariciaba una mejilla y me preguntó si me sentía bien. Le dije que sí, procurando ocultar la excitación que se me escapaba por la mirada. No era su novia, pero tal vez un poco sí, y no podía creerlo.

Después de cenar, llevamos a Elliot y a su novia a su casa y luego fuimos a la mía. Como mi padre y Allen dormían allí esa noche, tan solo llegamos hasta la puerta.

–¿Qué harás la semana que viene por tu cumpleaños? –consulté–. ¿Darás una fiesta en tu casa?

–Saldré con los chicos el viernes por la noche. El sábado, pensé que podíamos cenar en casa con

mis padres y que te quedes a dormir. Buscaremos qué hacer en el momento. ¿Te parece bien?

Le dije que sí.

Nos besamos un rato, extendiendo la despedida.

El viernes me escribió dos o tres veces desde el restaurante al que había ido con sus amigos. El sábado fui a su casa en el horario que habíamos acordado.

Me puso un poco nerviosa volver a ver a sus padres después de cómo me había comportado la primera vez. Sin embargo, eran los dos tan despreocupados que pronto logré adaptarme. Si bien no me comporté con la misma soltura que en el restaurante, tampoco sufrí. Por pedido de Wayne, Rosa compartía la mesa con la familia esa noche. Estaba bastante callada; podía percibir que ella sentía que no pertenecía ahí.

–¡Qué extraño cumpleaños! –exclamó la madre de Wayne con una sonrisa radiante–. ¿Dónde están tus amigos? ¿Por qué no organizaste una fiesta?

–Salí con ellos ayer. ¿Recuerdas que te lo conté? –replicó Wayne. Julia frunció el ceño.

–¿Ustedes dos van a salir después? –indagó Rafe.

–No. Nina se quedará a dormir.

–Nina –dijo la mujer, apoyando una mano sobre mi antebrazo–. Tal vez puedas hacer que Wayne vuelva a divertirse.

–Soy la menos indicada para ese trabajo –repliqué.

–Me divierto de manera diferente –repuso él.

–En unas semanas es el aniversario de la revista y habrá una fiesta en el salón de eventos de un hotel. ¿Por qué no vienen? –continuó ella, mirándome.

–Gracias, lo pensaré –respondí con una sonrisa amable.

Tanto Julia como su esposo eran personas con mucha presencia que siempre tenían algo qué decir. Sabían muchísimo de cualquier tema: política, historia, deportes… No me quedaron dudas de dónde había heredado Wayne el arte de hablar, investigar y destacar, incluso sin querer. Me abstraje de la realidad por unos segundos y lo contemplé. Ni siquiera pensé en la expresión de tonta que debía de tener hasta que Rosa me ofreció más verduras y tuve que responder “no, gracias”.

Un rato después, nos fuimos a la habitación de Wayne. Entré al baño, me puse la ropa cómoda que había llevado para cambiarme y aproveché a recoger mi regalo de la mochila. Me senté en el suelo junto a él, que en ese momento preparaba un juego en el televisor, y se lo entregué con manos temblorosas.

Temía que se decepcionara cuando lo viera, pero sus ojos brillaron como los de un niño mientras abría el paquete. Se iluminaron aún más cuando extrajo un cordón negro con un amuleto y mi dibujo del caballero de bastos terminado.

–Me encantan, ¡gracias! –exclamó, sonriente.

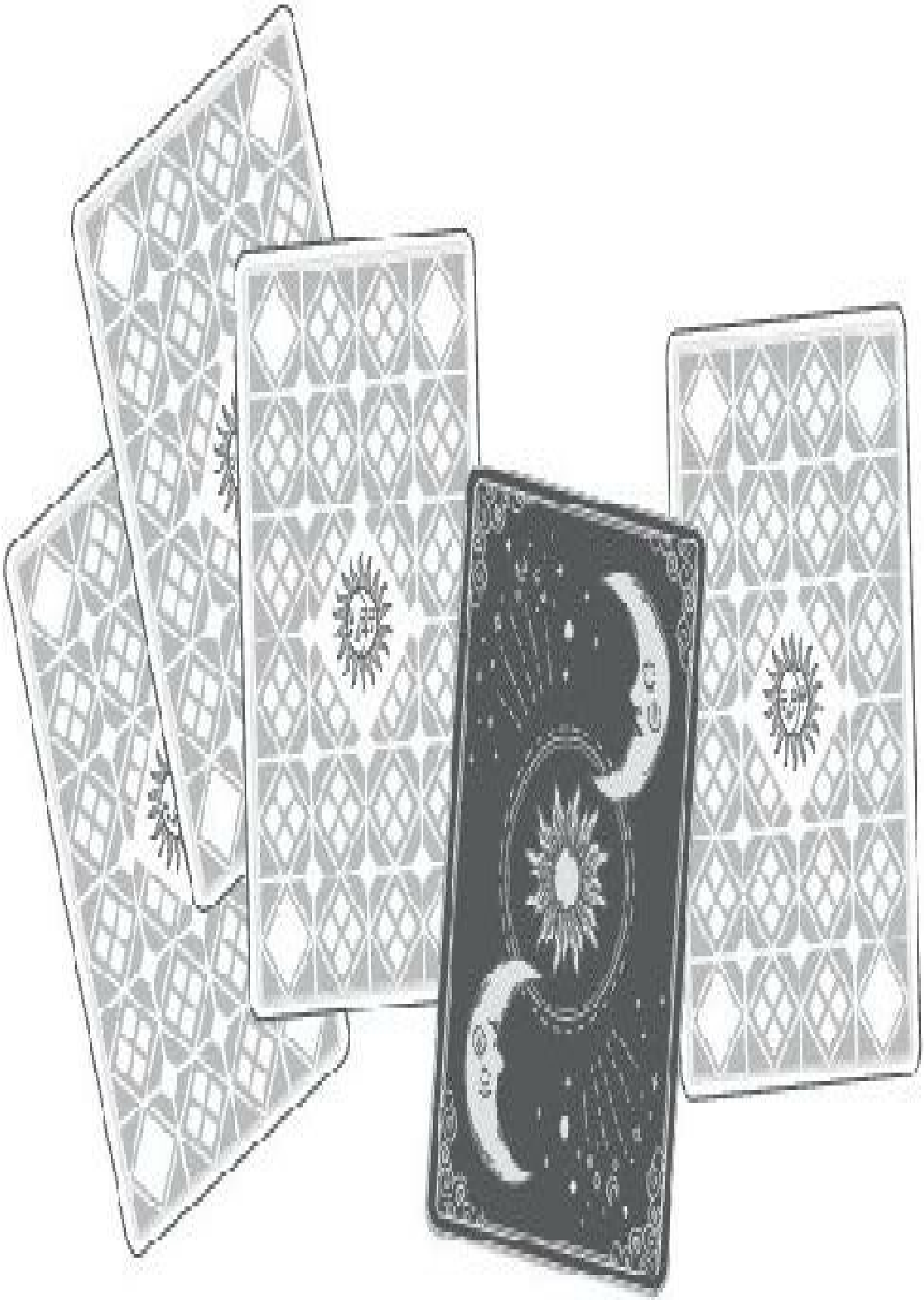
–Debí regalarte algo mejor. Es que… Lo tienes todo. Fue lo único que se me ocurrió que querías y que podía faltarte: protección y el recordatorio de quien eres.

–Lo que quiero está sentado junto a mí, entregándome otras cosas que también me gustan, así que no podría ser más feliz –contestó y me besó. Se colocó el colgante, lo ocultó debajo de la camiseta y se puso a observar el dibujo–. Sigo pensando que se parece mucho a mí, aunque digas que no –comentó. Tan solo reí.

Me enseñó el juego de carreras que tanto le gustaba. Reímos mucho y nos quedamos hasta tarde con eso. Cuando nos acostamos, no teníamos muchas fuerzas, así que solo nos besamos un rato y nos abrazamos. Me dormí con sus caricias en mi pelo y sus besos suaves en mi frente.

Durante algunas semanas, sentí que al fin tenía la vida normal que tanto había soñado: no veía señales, nadie en la escuela me molestaba, tenía algo de vida social con personas de mi edad gracias a los amigos de Wayne y estaba cada vez más enamorada de él.

No podía pedir más. O sí: que perdurara.



27

Nina

CREÍ LA FANTASÍA DE QUE TENÍA UNA VIDA NORMAL HASTA QUE EL VIERNES anterior al día de mi cumpleaños, Wayne derramó su botella de agua sobre la mesa en la hora del almuerzo.

–Lo siento –dijo, levantándola–. ¿Te mojé?

Observé una gota caer y alcé la mirada despacio hacia él.

–Te prometí que te avisaría –susurré–. Es una señal. La primera en semanas.

–¿Una señal? –repitió–. ¿Tienes idea de qué pueda significar?

–Aún no. Debo esperar a las demás. Pero supongo que un vaso caído y líquido derramado no serán algo bueno. Tengo miedo.

Me tomó la mano sobre la mesa sin preocuparse por el agua ni por las miradas que pudiéramos atraer.

–No te adelantes. En caso de que veas la segunda señal mientras estemos en clase, avísame y nos iremos. Si te abstrajeras de la realidad aquí, no dejarías fluir la visión; intentarías reprimirla para que los demás no noten algo extraño, y no es lo que buscamos.

Pasé las horas siguientes asustada, esperando lo peor en cualquier momento. Sin embargo, la segunda señal no llegó hasta que estábamos yendo a mi casa en el auto. Fue algo tan simple como un ave surcando el cielo en medio de dos nubes, como si las abriera con sus alas.

–Wayne –balbuceé.

–¿Cuál es? –preguntó, comprendiendo lo que ocurría sin que tuviera que aclararlo.

–Ese pájaro –señalé.

Se inclinó hacia adelante, lo miró por el parabrisas y volvió a acomodarse.

–Intenta seguir con tu vida como si nada de eso hubiera ocurrido –pidió.

–No puedo. Me niego a que una emoción ajena que percibiré en quién sabe cuánto tiempo arruine lo bien que me estaba sintiendo.

–¿Por qué supones que será una visión negativa? Un ave volando es un símbolo de libertad, es algo bonito. No pienses. Te ayudaré. –Subió el volumen de la música. Sonaba Evenflow, de Pearl Jam–. ¿Cuál es la capital de Francia?

–¿Qué?

–La capital de Francia.

–París.

–Nueva Zelanda.

–¿Qué estás haciendo? –reí.

–Ocupando tu mente.

–Wellington.

–Vietnam.

–Eh… No lo recuerdo. –Hizo el ruido que suena en los programas de televisión cuando la gente se equivoca. Volví a soltar una carcajada–. ¡Ahora dímela! –reclamé. Se encogió de hombros.

–Tampoco la recuerdo, pero no soy yo el que está concursando.

–¿Y qué gano si acierto la mayoría?

–Que te dé tu obsequio de cumpleaños a la medianoche en lugar de dártelo mañana.

–De acuerdo. Dime otro. No lo hagas tan difícil.

–China.

–Pekín.

El juego, aunque en un principio me pareció tonto, logró distraerme y, en lugar de seguir asustada, terminé divirtiéndome.

Una vez que llegamos a casa, nos encerramos en mi habitación y extrajimos nuestros cuadernos para completar un trabajo de Ciencias que habíamos acordado hacer juntos. Como yo era buena dibujando y Wayne, investigando, nos dividimos la tarea: yo plasmaba el cuerpo humano en una hoja mientras que él recolectaba información sobre el sistema nervioso y la transformaba en una explicación con nuestras palabras.

Comenzaba a trazar los detalles de una mano cuando sucedió lo que había olvidado que ocurriría. Me asaltó la conexión de las señales: agua, ave, manos. No pude hablar. Tan solo solté el lápiz y miré a Wayne. Me esforcé por permanecer en la realidad, pero mi mente ya estaba en otra parte.

Wayne se dio cuenta enseguida y me arrastró hacia él. Lo último que sentí fue que me cargó sobre sus piernas.

–Tranquila –susurró–. Déjala fluir. No permitiré que te pase nada malo.

No sé cuánto tiempo me abstraje. Regresé porque Wayne me apretaba la mandíbula repitiendo mi nombre. Dejó de hacerlo cuando abrí los ojos.

–¿Estás bien? –preguntó. Asentí–. Tu nariz no sangra –me avisó, sonriendo.

–Solo me duele un poco la cabeza –contesté, llevándome una mano a la frente–. ¿Cuánto tiempo pasó?

–Apenas unos segundos.

–¿Por qué me trajiste de regreso?

–Estabas temblando mucho.

–Es lo que sentía en la visión.

–¿Era algo malo?

–No. De hecho era muy bonito. –Me acomodé para quedar sentada entre sus piernas en lugar de sobre ellas y lo miré–. ¿Por casualidad estás pensando en invitarme a un barco?

Su boca se abrió tanto como sus ojos. Se la cubrió con una mano, asombrado.

–¡No puedo creerlo! –exclamó–. Es tu salida de cumpleaños. Pensé que navegáramos en el yate de mis padres mañana. ¿Qué viste?

–Tan solo estábamos sentados en el interior, delante de una ventana por la que se veía el lago. Yo tenía un pie sobre tu pecho y nos dábamos la mano estirando los brazos sobre el respaldo. El asiento es de color café claro. Los cortinados son un poco más oscuros. La mesita es negra. Es todo lo que vi.

–¿Lo conoces por mis fotografías de Instagram? He hecho algunas fiestas ahí.

–Sabes que no tengo redes sociales. Solo se ve una pequeña porción de ese yate en tu imagen de perfil de la aplicación de mensajería.

–Estoy sin palabras. ¿Por qué temblabas? ¿Hacía mucho frío?

–Quizás me expresé mal. En la visión no temblaba físicamente, sino por dentro. Experimentaba sentimientos muy intensos. ¿Ese paseo era el obsequio? ¿Me lo dirías hoy a la medianoche porque acerté la mayoría de las capitales en lugar de llevarme mañana directamente?

Rio bajando la cabeza y me acarició una pierna.

–Por suerte, no. Todavía me quedan muchas sorpresas.

Solté el aire, aliviada.

–Gracias. Me hubiera sentido muy mal si arruinaba tu regalo.

–¿Cómo te sientes respecto de la interpretación?

–Como si nada. El dolor de cabeza ya se fue.

–Entonces tienes una solución.

–No es la solución. Si la última señal y la interpretación llegan mientras estoy delante de la gente, nadie me abrazará hasta que pasen. Tan solo se asustarán o comenzarán a burlarse.

–Es la parte que tenemos que entrenar: cómo hacer que las visiones se produzcan sin que los demás se den cuenta. Dejarlas fluir es un buen comienzo.

–Esta vez fue fácil porque se trataba de algo bonito. No sé si pueda cuando sea un asunto doloroso.

–Lo sé. No queremos que, por evitar malestares físicos, termines con daños psicológicos. Así que resiste las que puedas y, las que no, reprímelas como hiciste siempre. Pero ya ves: no tienes por qué asustarte antes de tiempo. No pienses que serán malas antes de que ocurran, eso te predispone a rechazarlas y quizás tan solo debas dejarlas transcurrir.

–Pronto podremos ir a ver a ese doctor en Nueva York. También pensé que podíamos investigar sobre mi pasado. Sé de qué orfanato provengo. Tal vez allí puedan brindarme más información sobre mi madre. Si esto es hereditario, puede que ella también lo haya padecido. Excepto que provenga de mi padre.

–Es una excelente idea. Haremos que sea más fácil juntos.

Continuamos con el trabajo hasta que mi padre golpeó a la puerta para avisarnos que la cena estaba lista.

En cuanto terminamos, fue al refrigerador mientras que Allen nos entretenía con conversación. Cuando volvió, tenía un pastel entre las manos.

–¡Feliz cumpleaños! –exclamó.

–Wayne nos pidió permiso para salir contigo mañana, así que celebraremos juntos ahora –explicó Allen.

Miré a Wayne sin poder creer que hubiera hecho un trato con mi padre y su novio a mis espaldas. Pasamos un buen rato los cuatro. Desde mis siete años, cuando Sam había armado una fiesta y

ningún compañero había asistido, odiaba las celebraciones. Nunca había tenido un cumpleaños tan concurrido.

Regresamos a la habitación un rato después. Aunque intenté concentrarme en el trabajo una vez más, la perspectiva de navegar al día siguiente me tenía muy entusiasmada, como así también la espera de mi regalo. Era cierto: dejar fluir las señales me había evitado malestares sin sentido, ya que la visión y las emociones que me había provocado eran maravillosas. Ahora tenía más ganas de continuar con el entrenamiento.

A la medianoche, Wayne cumplió lo prometido: me felicitó por mi cumpleaños y me entregó mi obsequio. Al abrir el paquete, encontré una libreta. Tenía una tapa muy bonita con el mensaje: "Haz que cada día cuente" y hojas con el borde fucsia. Las páginas estaban sujetas al extremo izquierdo con un espiral. Entendí de qué se trataba al hojearla: en cada una de las cien páginas, Wayne había escrito "Vale por" y algo más.

Leí algunas al azar:

Vale por un beso apasionado.

Vale por una lección de vuelo.

Vale por una cena romántica.

Vale por una excursión a las Cataratas del Niágara.

Vale por un abrazo.

Vale por una Aventura Paintball.

Vale por un regalo sorpresa.

Vale por un paseo en bicicleta.

–¿Qué es esto? –pregunté, riendo, aunque lo comprendiera.

–Nuestros futuros recuerdos –respondió.

Lo abracé con tanta fuerza que me asustó la intensidad de mi cariño. Tenía mucho miedo de sufrir, por eso me costaba reconocer que estaba tan enamorada de Wayne. Ya se lo demostraba, porque era incapaz de controlarlo. Tal vez, como a las señales, solo debía dejarlo fluir.

Arranqué una hoja y se la entregué al instante.

Vale por un beso apasionado.

Sonrió, arrugó el papel y lo arrojó a un costado. Me sujetó de las mejillas enredando los dedos en mi pelo y cumplió a la perfección con la promesa del ticket.

Wayne se fue un rato más tarde y pasó a buscarme a la mañana siguiente. Llegamos al puerto a eso de las diez. Saludó a un encargado con bastante confianza, apoyando una mano sobre su hombro, y hablaron de algunos detalles técnicos que no entendí.

Nos acompañó hasta el amarradero. El yate era tan hermoso y moderno que quedé boquiabierta. El casco blanco contrastaba con los vidrios oscuros y las barandillas plateadas. Parecía una nave espacial a punto de suspenderse en el agua.

El hombre se quedó en el muelle mientras que Wayne subió a la embarcación. Apoyó la mochila en unos asientos de la cubierta y estiró los brazos para ayudarme. Cuando logré estabilizarme a su lado, noté que el hombre del muelle daba unos pasos atrás.

–¿Él no viene con nosotros? ¿Tú navegarás? –pregunté a Wayne.

–Sí. Esta es mi licencia –respondió, extrayendo un plástico del bolsillo–. Puedes obtener una desde que eres un niño, pero solo te permiten navegar sin vigilancia de un adulto a partir de los dieciséis años.

–¡Vaya! Jamás hubiera apostado a que un niño podía tener una de estas.

El encargado quitó el amarre del yate para que pudiéramos salir del puerto. Me planté junto a Wayne, atenta a todo lo que hacía. No podía parar de sonreír, asombrada de que supiera operar una embarcación. Me explicó algunas cosas, dándome a entender que no era tan difícil, pero yo estaba demasiado entretenida en admirarlo como para comprender.

Cuando ya estábamos bastante lejos de la orilla, me hizo activar el piloto automático. Terminé riendo de emoción, aunque en realidad tan solo se hubiera tratado de presionar algunos botones.

–¿Quieres que vayamos un momento a la proa? En realidad, no puedo descuidar el timón. Si algo se interpusiera de repente, tendría que desactivar el piloto automático y operar manualmente. Pero esta es una zona tranquila y no creo que pase nada por alejarme un segundo. ¿Qué dices, pitonisa? Todavía no nos sentamos adentro, como en tu visión, así que supongo que estaremos bien. ¿No?

No pude contener una carcajada.

–Eres un hermoso, admirable y encantador idiota, Wayne.

–Pero no puedes negar que soy inteligente.

–Nunca se me hubiera ocurrido pronosticar otras cosas a partir de una predicción, así que sí, te concedo lo de inteligente también. Sin embargo, no me haré responsable de la decisión de abandonar la guardia del timón.

–Confío en tu poder –concluyó Wayne y me tomó de la cintura por la espalda.

Me alzó para llevarme. Yo reí y me aferré a sus antebrazos a la vez que movía los pies en el aire. Fuera de la protección del área del timón, había más viento y hacía mucho frío. Aun así, lo que se veía era realmente hermoso y no hubiera cambiado ese paisaje por nada del mundo.

Wayne me abrazó por la espalda y me impulsó a sentarme en el suelo, entre sus piernas. Me apoyé en su pecho y disfruté del calor que me proveía. Como estaba segura de que no me besaba para no distraerse del frente en caso de que algo se interpusiera en el camino y tuviera que correr al timón, giré y aproveché para besarlo yo en el cuello y acariciarlo cuanto quisiera.

Bajó la cabeza, enredó los dedos en mi pelo y estuvo a punto de buscar mis labios, pero se arrepintió a último momento.

–Ya regreso –anunció.

Hizo algo en la zona del timón y la embarcación perdió velocidad hasta que se detuvo. Entonces, se acercó a la orilla y arrojó el ancla al agua. Anudó el cabo rojo a un gancho cuyo nombre yo desconocía y, después de un momento, el yate quedó detenido en medio del lago.

Regresó a mi lado, se sentó y, sin mediar palabras, me besó sujetando mi rostro con las manos. Perdimos el control y terminamos acostados en la proa. La ropa en verdad estorbaba, pero no podíamos quitárnosla porque, aunque hasta ese momento el lago se hallaba bastante solitario, no sabíamos cuándo podía pasar algún otro barco y, además, nos habríamos congelado.

No había mucho más que hacer allí. Wayne me alzó de nuevo y me llevó al interior del yate. Nos sentamos en lo primero que apareció a nuestro paso: un asiento de color café claro que estaba junto a la ventana.

Nos besamos un rato hasta que Wayne me ofreció algo para beber. Buscó dos copas y una botella de vino. Si bien me causó cierto temor por lo mal que había acabado después de beber en el restaurante, supuse que todo estaría bien si podía controlarme.

Como entré en calor, me quité el pantalón largo y el abrigo. Terminamos uno de cada lado del asiento, riendo de un episodio que le había sucedido a él en un campamento de supervivencia cuando tenía nueve años. Nunca entendí por qué los caracoles que habían reunido durante el día escaparon de la cubeta si la habían tapado ni a quién se le había ocurrido que un grupo de niños preparara algo tan asqueroso para la cena, pero era divertido escucharlo.

Sin darme cuenta, estiré las piernas y mis pies terminaron uno en su pecho y el otro, en su abdomen. Callamos de repente y nos miramos, entendiendo que mi visión se estaba concretando.

Wayne estiró un brazo por sobre el respaldo y me ofreció su mano. Yo la tomé. Él siguió

avanzando por sobre mis brazaletes negros hasta acariciarme el antebrazo. Permanecimos así unos segundos y luego continuó acercándose despacio. También me aproximé un poco. Volvimos a encontrarnos en un beso apasionado.

Me besó la mano, el rostro, la cabeza. No podía dejar de contemplarlo. Le quité el suéter gris oscuro junto con la camiseta negra y pasé mis labios por su torso desnudo, llena de muchos momentos que, quizás, nunca debieron haber sucedido, pero existían y lo colmaban todo.

Abrazó mi cintura, yo enredé las piernas en su cadera y se levantó conmigo.

Desde que llegamos a la habitación y me dejó sobre la cama, supe lo que ocurriría. No necesitaba una visión para comprenderlo. Yo también lo quería.

–Nina –susurró, arrodillado entre mis piernas.

–¿Escribiste un ticket para esto? No alcancé a leerlos todos.

–No –rio–. Claro que no.

–Bueno. Haz de cuenta que lo arranco y te lo entrego ahora –dije, haciendo el gesto.

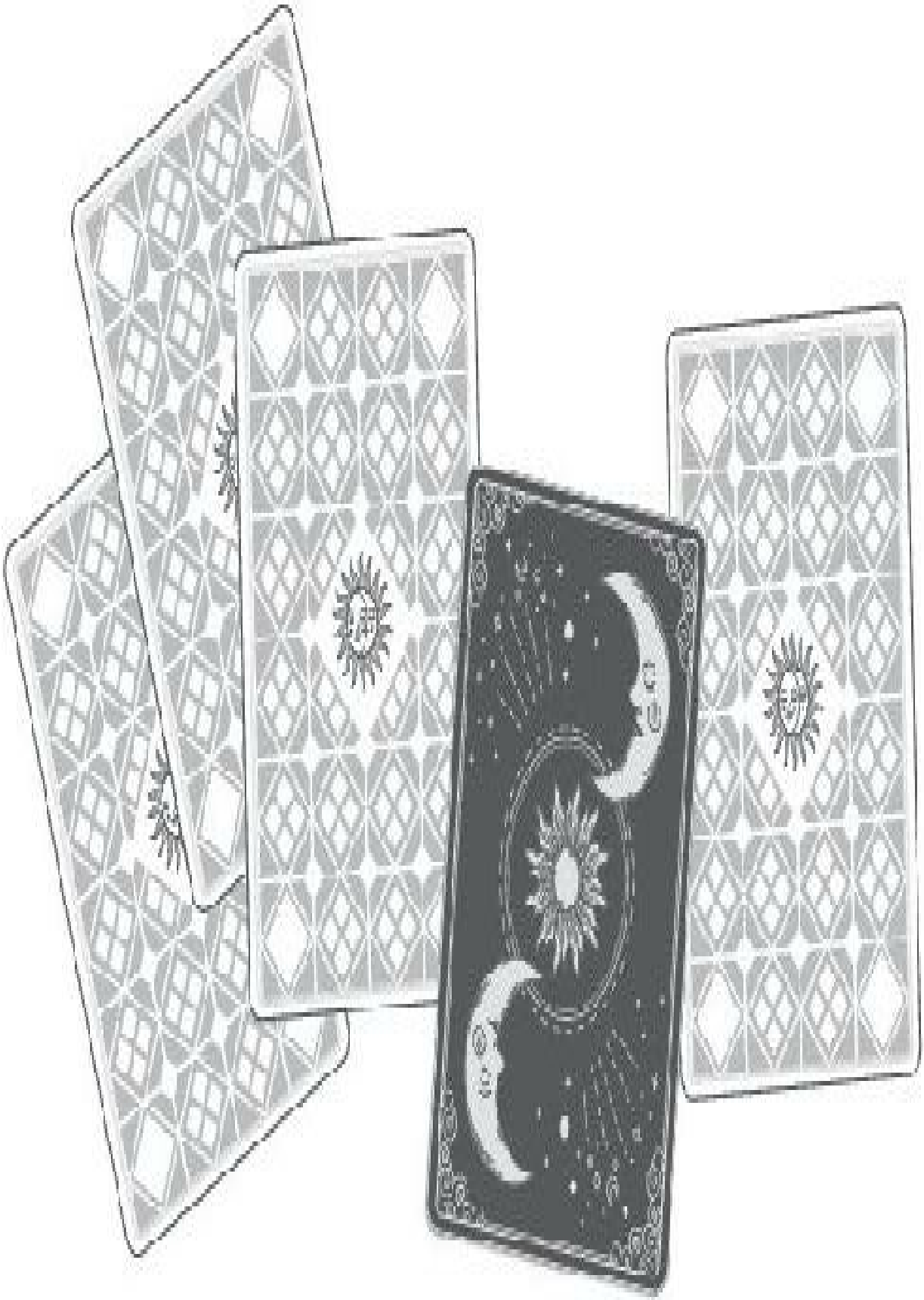
Fingió que lo agarraba y que lo arrojaba al suelo. Mientras preparaba un condón en la mesa de noche, yo no dejaba de mirar sus hermosos labios; quería volver a rozarlos con mi lengua.

Agradecí que la visión solo hubiera abarcado un instante compartido y no todo. Experimentar esas sensaciones por primera vez sin conocerlas de ninguna otra manera fue único. Incluso agradecí el dolor del principio, porque fue real y, una vez que pasó, permitió el placer más hermoso.

Después de una pequeña pausa que los dos necesitábamos, nos miramos a los ojos y nos acariciamos el pelo el uno al otro. Estuvimos a punto de hablar al mismo tiempo, por eso callamos y reímos.

–Te amo –soltó él de pronto, con una naturalidad que me llegó al alma.

–Te amo.



28

Wayne

DESDE EL DÍA DEL CUMPLEAÑOS DE NINA, SU VIDA Y LA MÍA SE transformaron en una cadena de experiencias que sin duda recordaríamos para siempre.

La noche que pasé a buscarla para asistir a la fiesta a la que nos había invitado mi madre, me cautivó. Se había puesto un vestido negro brillante, un abrigo gris y zapatos de tacón. Si bien su pelo caía hacia adelante, no cubría su rostro gracias a dos horquillas que no eran las mías; al fin se había atrevido a comprarse unas ella. El maquillaje destacaba sus ojos verdes y sus labios carnosos. Era imposible no sentir que estaba frente a la chica más hermosa.

En la fiesta, no hubo alcohol para nosotros. Las conversaciones que sostuvo con varias personas no fueron producto de desinhibirse gracias a la bebida, sino de que, indiscutiblemente, le resultaba mucho más sencillo relacionarse con gente más grande que con los chicos de nuestra edad.

El sistema de la libreta fue de mucha ayuda para nuestras experiencias. Fuimos a la lección de vuelo e hicimos la excursión a las cataratas, entre otras actividades que había escrito en los tickets. Aprovechamos la Aventura Paintball para hacerla con mis amigos, la novia de Elliot y otras chicas. También compartimos con ellos una salida a una cafetería después de Año Nuevo.

En cuanto volvimos a clases después de las vacaciones de Navidad, nos incluyeron en un chat colectivo para organizar la fiesta de graduación.

–No iré –aseguró Nina a la vez que abandonaba el grupo.

–¿Por qué? –repliqué.

–La mayoría de los asistentes me han hecho la vida imposible durante años, no tengo nada que celebrar con ellos.

–Pero allí también estarán nuestros amigos. Pensé que iríamos juntos. Por favor, prométeme que lo pensarás.

Nuestra conversación se interrumpió porque llegó Elliot. Desde hacía un tiempo nos sentábamos con él y con los chicos durante el almuerzo.

Aproveché para retomar el tema cuando salimos solos del comedor.

–Hace tiempo que nadie te molesta. ¿O sigue ocurriendo y no me lo has contado?

–Si insistirás con lo de la fiesta de graduación… –comenzó Nina. Hice que se detuviera para mirarnos.

–Claro que insistiré. Me parece injusto que te pierdas un evento tan importante por culpa de personas que no merecen tu dolor.

–Wayne, respeto que sea importante para ti, pero no lo es para mí. No me agradan los eventos sociales ni las acumulaciones de gente.

–Lo pasaste bien en la fiesta de mi madre y en el club.

–La fiesta de tu madre me agradó. En cuanto al club, no tanto. Solo fue una experiencia que no me muero por repetir. Estaba en tus tickets y me pareció una pena desperdiciarla ahora que somos mayores y podemos entrar sin vueltas.

–¿Tan solo eso? ¿De verdad no significó nada para ti? Volví a un lugar así después del accidente por ti.

–Yo no te lo pedí. Si no querías regresar, no lo hubieras hecho.

Se produjo un instante de silencio en el que me sentí muy molesto. Sabiendo que, de seguir allí, terminaría sintiéndome peor, tomé la decisión de irme.

–Está bien. No hay problema. Gracias por decírmelo. Ojalá que algo de todo lo que hicimos sí haya tenido un significado para ti –dije, y me volví.

–Espera. Wayne. ¡Wayne! –exclamó–. ¡Esto es injusto! Todo significó mucho para mí. Que no me agraden los clubes nocturnos no significa que… ¿Vas a volver? No continuaré hablándole a tu espalda.

Pero no. No me volví. Sabía que Nina era todo lo contrario a Paige. Sin embargo, ya había estado en una relación en la cual solo yo tenía que ceder. No obligaría a Nina a asistir al baile de graduación si no quería ir, pero al menos necesitaba un poco de flexibilidad de su parte.

Cuando salí de la clase, encontré que me estaba esperando en el pasillo. Nos acercamos el uno al otro hasta quedar junto a unos casilleros de colores por los que casi no pasaba gente.

–Te entregaré dos tickets –anunció–. Quiero que me devuelvas lo que quieras que yo haga por ti y que te quedes lo que harás por mí.

–No. Son experiencias que yo te brindaría a ti.

–Quiero compartirlas contigo.

Extendió los papeles arrancados del cuaderno hacia mí. Los recogí y leí las opciones.

Vale por una cena romántica.

Vale por un regalo sorpresa.

Me quedé el del obsequio y le devolví el de la cena.

–De acuerdo –dijo y sonrió con picardía–. Pasaré por ti el viernes a las seis y media.

–Creí que prepararías algo en tu casa.

–¡Claro que no! Eres mi cita.

Inevitablemente, me relajé. Acerqué mi rostro al de ella y susurré, imitando la estructura de una frase que me había dicho en el yate hacía unos meses:

–Eres una hermosa, admirable y encantadora terca, Nina.

Rio mordiéndose el labio.

–Una terca y un idiota, ¿qué puede salir mal? –replicó–. Lamento si te hice sentir mal hoy. Te amo.

–También te amo. Perdóname si exageré un poco.

–No te preocupes. Es tu ego sangrando porque no tuviste mejor idea que seguir adelante en una relación donde en la primera tirada de tarot en la que preguntaste acerca de ella te salió la torre. ¿A quién se le ocurre? Después dices que la terca soy yo.

–También salió el sol. Continuaré aferrándome a eso.

–¡Eres tan lindo y hermoso y todo! –exclamó Nina, riendo, y me abrazó.

El sábado insistí para que no se tomara la molestia de ir hasta mi casa y, en cambio, me permitiera pasar a buscarla. Repitió que yo era su cita y aseguró que ella tendría la gentileza de pasar por mí.

Me llevó a un restaurante en verdad romántico, con velas en las mesas y un espectáculo musical de baladas de los 80.

–Por favor, no lo tomes a mal, pero no quisiera que gastaras tu dinero en esto –dije.

–Está todo calculado. Me quedaré a lavar los platos –replicó. Casi le creí hasta que soltó una carcajada. Se puso seria de golpe–. Oh, no. Es la tercera señal del día. Creo que…

–Mírame –pedí–. No cierres los ojos. Coloca una mano debajo de tu mentón. Así, muy bien. Finge que continúas escuchándome. Supongo que aún lo haces, porque estás siguiendo mis

instrucciones. Muy bien. La cena estuvo rica, ¿verdad? No veo la hora de que nos traigan el postre.

Soltó el aire de golpe.

–Ya está –anunció–. ¿Se notó?

–Cada vez menos. –Sonreí–. Creo que todo lo que venimos practicando está dando frutos. ¿Qué era?

–No puedo decírtelo.

–¿Por qué?

–Porque es algo bueno para ti y sería lindo que te sorprendieras.

–¡Nina! –exclamé, inclinándome hacia adelante–. No te atrevas a decirme algo así y dejarme con la intriga.

–Lo siento.

–¿Cómo tengo que hacer para que me lo cuentes? Te daré lo que quieras. –Rio, negando con la cabeza–. Otra cena romántica.

–Basta. No. Créeme: es por tu bien.

–Sexo salvaje toda la noche.

–¡Cállate! Si alguien está oyendo, creerá que soy una ninfómana. ¿Iremos a donde acordamos mañana después del partido?

–Sí. Excepto que te hayas arrepentido.

–No. Quiero hacerlo.

La invité a dormir en mi casa. En cuanto entramos a mi habitación, le conté que allí la esperaba su obsequio sorpresa y lo extraje del vestidor. Ella se echó a reír mientras que el objeto todavía estaba en mis manos.

–¿Qué haré con un osito de peluche? –preguntó.

–Recordarme –respondí. Nina continuó riendo–. Está bien. Si no lo quieres, puedo quedármelo –dije, encogiéndome de hombros, y me di la vuelta para devolverlo al estante.

–¡No te atrevas! –exclamó–. Es mi osito. Dámelo.

Me lo arrebató y lo abrazó contra el pecho; era pura ternura.

Al día siguiente, fue a verme jugar. Como nevaba, usamos la cancha cubierta del colegio que nos recibió. Me sorprendió hallar a Paige en las gradas. Su presencia tan cerca de Nina me distrajo, temí que algo ocurriera. Noté que Nina se sentía un poco incómoda y que evitaba cruzar la mirada con ella. En cambio, la de mi ex y la de su amiga, de a ratos, se dirigían a Nina. Hablaban y reían, supuse que de ella. Cuando el partido terminó, entendí por qué había ido: Peter se acercó y la besó.

Que mi ex mejor amigo y mi exnovia estuvieran saliendo no me provocó un solo sentimiento. Tan solo me pregunté si acaso se sentirían atraídos desde la época en que Paige tenía una relación conmigo o si alguna vez me habría engañado. Poco interesaba ya, solo me importó cómo se sentiría Nina.

Me aproximé a ella y me aferré a la red de seguridad para hablarle.

–¿Estás bien? –pregunté.

–Sí. Te espero junto al auto –contestó.

–Hace frío. Mejor aguarda en la cafetería.

–Tengo ganas de tomar aire fresco.

Entendí el doble sentido de su comentario sin que tuviera que aclararlo.

Pasé un rato en el vestuario para escuchar la devolución del entrenador, me duché y me vestí. Luego fui al estacionamiento. Alcancé mi auto a la vez que me despedía de mis amigos. Saludaron a Nina con un gesto de la mano y ella se lo devolvió.

–¡Felicitaciones! –exclamó y abrió los brazos para recibirme.

–Gracias –dije, rodeándole la cintura.

–¿Quieres que te cuente qué vi anoche durante nuestra cena? –La curiosidad me asaltó como a un niño desprevenido y la miré, entusiasmado–. Que ganabas el partido. ¿Sabes por qué no te lo dije?

–Mencionaste que callabas para que me sorprendiera.

–También porque, si te lo decía, quizás hoy no hubieras dado todo de ti; total, ya sabías que ganarían. Eso podía alterar el resultado y, como el que vi era bueno para tu equipo, no quise arriesgarlo.

–Te estás convirtiendo en toda una estratega –concluí, sonriendo con orgullo.

–Tengo al mejor entrenador.

Desde que subimos al coche percibí que el ambiente había cambiado. Le tomé la mano y nos

miramos.

–¿Estás nerviosa? –pregunté.

–Bastante. Pero me siento segura.

Anduvimos durante un buen rato. Al llegar a destino, observé el techo del hogar de niños cubierto de nieve. Pensé en la tristeza de sus gruesos muros grises y en la soledad de sus ventanas de vidrios repartidos. Por lo que había leído, el modelo de hospicio tradicional ya no se estilaba más y el sistema había mutado a familias transitorias. Sin embargo, a algunos chicos todavía les tocaba pasar una temporada en ese tipo de instituciones, como había sucedido con Nina.

Avanzamos juntos hacia la entrada, subimos la escalinata e hicimos sonar el timbre. Poco después, una mujer abrió. Nina se presentó y explicó que tenía una cita con la directora. Nos hicieron pasar enseguida.

La mujer nos pidió que aguardáramos en la recepción. Las baldosas eran de color blanco y negro, había una lámpara muy antigua y sillones de pana de color verde. Todo tenía el aire de una escuela de hacía siglos.

Poco después, se nos acercó otra persona; parecía una secretaria o una celadora. Nos pidió que la siguiéramos y nos condujo por pasillos interminables de techos muy altos mientras nos preguntaba si hacía mucho frío afuera y si habíamos viajado desde lejos.

Subimos unas escaleras anchas. Golpeó una puerta de madera. Del otro lado, una voz dijo “adelante”. Quien nos acompañaba la abrió por nosotros e hizo un gesto con la mano para que avanzáramos.

Del otro lado había una gran oficina. Detrás del escritorio, un cuadro con nuestra bandera. La directora se puso de pie, sonrió y nos dio la bienvenida. Después señaló los asientos que estaban frente a ella y los tres nos sentamos.

–Nina, ¡qué placer volver a verte! Sin duda tú no me recuerdas, pero para mí es imposible olvidar esos pómulos sonrosados. ¿Cómo has estado?

–Bien, gracias –respondió Nina con timidez.

–Los últimos informes que recibimos hace años mostraban que vivías en un hogar muy sano. ¿Cómo ha ido tu familia?

–De maravillas. Sam es el mejor padre que podría haber soñado.

–¡Cuánto me alegra oír eso! ¿Qué te trae por aquí?

Noté que la pregunta puso todavía más nerviosa a Nina.

–Verá… Yo… Tengo algunas dudas acerca de mi pasado.

La mujer sonrió de manera compasiva.

–Lo suponía; este tipo de visitas es más frecuente de lo que imaginas. ¿Tu padre no te ha contado? Informarles a los niños de su origen es una norma de adopción que contribuye a formar su identidad. Si no me equivoco, él incluso solicitó que mantuvieras el apellido.

–Sí, lo hizo –se apresuró a aclarar Nina–. Mi padre me ha contado todo lo que sabe, pero pensé que, viniendo aquí, tal vez pudiera conocer un poco más.

La directora asintió apretando los labios.

–Entiendo. Cuando llamaste para pedir la cita dijiste que ya cumpliste los dieciocho años, ¿verdad?

–Así es.

–Verás: lo que percibiste es cierto. Cuando los niños son adoptados, a veces les pedimos a los padres adoptivos que guarden ciertos recaudos con la información del pasado.

–¿A qué se refiere?

–En tu caso, existen datos que, por tu bien, cuando eras una niña no convenía contarte. Pero, dado que ahora eres prácticamente una adulta y que estás interesada en saber, la ley ampara tu decisión de recibir esa información. ¿La quieres?

–Sí –contestó Nina con seguridad.

–En ese caso, pediré que impriman una copia de tu expediente y que te la entreguen en unos minutos; hemos digitalizado todo. Al saber que vendrías, lo estuve leyendo un poco. ¿Quisieras darme ejemplos de preguntas concretas que te hayan traído aquí?

–Quiero saber más sobre mi madre. Sé que murió en un accidente de tránsito, pero mi padre desconoce los detalles. También si existe algún indicio de quién puede ser mi padre biológico. Cualquier cosa nueva que pudiera saber será de mucho valor para mí.

–Lo de tu padre biológico no aparece en nuestros registros. Pero sí hay algunos detalles sobre la muerte de tu madre. Fue a causa de un accidente de tránsito, tal como tu padre adoptivo te contó por consejo de las autoridades y psicólogos que llevaban adelante tu caso. Pero no ocurrió como imaginas. No salió a dar una vuelta y tuvo la mala suerte de colisionar con otro vehículo. Estaba huyendo de un lugar donde querían ayudarla.

»Tú no llegaste al sistema de hogares temporales a los tres años, cuando ella murió, sino cuando tenías dos. Durante un año, no estuviste en condiciones de ser adoptada, porque tu madre todavía vivía y los médicos no habían definido su diagnóstico. Cuando ella falleció y lo estuviste, pasaron dos años hasta que tu padre adoptivo apareció.

–¿De dónde estaba huyendo mi madre?

–Tu madre había sido internada en un hospital psiquiátrico.

–¿Qué tenía?

–Lamentablemente, algunas páginas de los expedientes se perdieron en la digitalización. Quizás tu padre lo sepa; seguro le dimos una copia de tus antecedentes médicos cuando te adoptó.

–¿Por qué escapó?

–Tampoco conozco ese dato, solo que robó las llaves del automóvil de un médico, consiguió burlar las normas de seguridad y escapó. Una nevada fuerte había dejado las carreteras resbaladizas. Perdió el control. Lo siento.

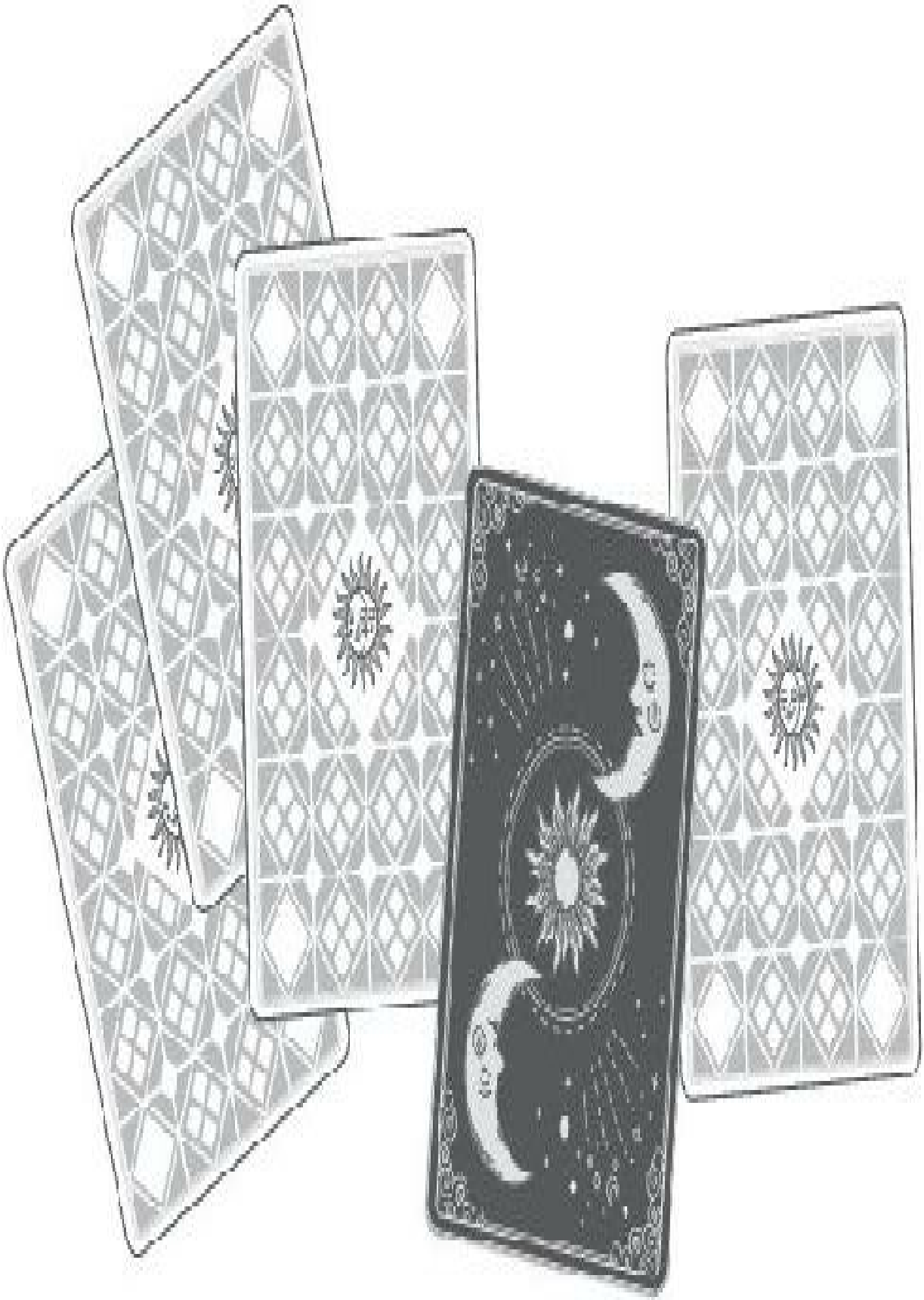
Salimos de ahí con una carpeta de color café y un estado de shock que nos hizo permanecer en el coche, en perfecto silencio, durante varios minutos.

Nina giró la cabeza y nos miramos al mismo tiempo.

–Wayne, tengo un mal presentimiento.

–Lo sé. Yo también –respondí.

–Necesito llegar al fondo de todo esto.



29

Wayne

–WAYNE –DIJO NINA, HOJEANDO LA CARPETA MIENTRAS YO CONDUCÍA de regreso a casa–. Siendo que muchas condiciones psiquiátricas son hereditarias, me preocupa no saber qué tenía mi madre.

–¿Le preguntarás a tu padre?

–Lo dudo. No quiero inquietarlo con esto.

–¿Alguna vez buscaste el nombre de tu madre en internet? ¿Lo conocías?

–Sí, claro que lo conocía y que lo busqué. No encontré nada. Hay muchas mujeres con su nombre, pero ninguna parece ser ella.

–La información en la nube no es eterna, pero sí en los archivos de los medios. Podemos hacer mucho con los datos que tenemos. Necesito el nombre completo de tu madre, el año del accidente y cualquier otra referencia que encuentres. Le pediré a mi padre que busque en los registros a los que tiene acceso como periodista.

–¿Crees que podría encontrar algo?

–Conocen información que ni siquiera imaginas y que muchas veces no tienen permitido revelar a la población, porque podría producir caos.

–¿Por ejemplo? –preguntó con interés–. ¿OVNIS y esas cosas?

–No –reí–. Asuntos políticos y militares, todo muy racional. La noticia del accidente de tu madre tiene que haber aparecido en alguna parte. Es probable que nos enteremos de dónde sucedió exactamente, tal vez incluso de qué institución mental había escapado. Si fuéramos allí, seguro hallaríamos mucho más.

–Solo temo que tus padres piensen mal de mí si se enteran de mi origen –murmuró, bajando la cabeza.

–¿Por qué lo harían? Son bastante desapegados, no creo que les importe demasiado.

–A veces pienso que, el día que conozcan a mi padre y a Allen, huirán despavoridos.

Su conclusión tan alejada de la verdad me hizo reír.

–Nina, están en contacto permanente con el mundo del espectáculo. Creo que conocen más parejas gays que heterosexuales. El día que dejes de ser tan negativa daré una fiesta.

A pesar de la tensión, los dos terminamos riendo.

Después de dejar a Nina en su casa, le pedí a mi padre que me enviara todo lo que pudiera obtener sobre el accidente. Para eso le conté los datos que conocíamos. Contestó con un “OK”.

Cuando llegó a la hora de la cena, dijo que había olvidado por completo mi pedido.

–Por favor, es importante –insistí.

–Recuérdamelo mañana.

Se lo repetí durante el desayuno y entre dos clases.

Para el mediodía, tenía en mi móvil las copias de algunos artículos periodísticos. No aguanté la intriga y los leí antes de encontrarme con Nina en el comedor. En cuanto nos sentamos, le presté el móvil para que pudiera verlos.

–Aquí dice de qué hospital mental huyó –comentó, mirándome–. También dónde ocurrió el accidente: fue en la autopista 405, junto a la Estación Hidroeléctrica. Es el camino a Estados Unidos. Quizás intentara ocultarse ahí.

–O llegar a alguna parte –insinué–. Creo que nuestra próxima parada debería ser ese hospital y la siguiente, el especialista de Nueva York que encontramos en internet.

Apagó la pantalla del móvil y me lo devolvió en cuanto mis amigos se acercaron.

–¿Me envías esa información? –consultó.

–Claro.

–¿De qué hablan? –preguntó Elliot.

–De un trabajo de Ciencias –respondí.

Fuimos al hospital esa misma tarde. Antes de entrar, Nina me apretó el brazo, visiblemente consternada. Entrelacé los dedos con los de ella y lideré nuestro paso para darle ánimos.

Se acercó a la recepcionista y le explicó que estaba allí para solicitar el historial médico de una paciente fallecida.

–¿Es usted la suplente en la toma de decisiones de esa persona?

–Supongo, pues soy su único familiar vivo conocido.

–¿Qué grado de parentesco las une?

–Soy su hija.

–¿Qué edad tiene?

–Dieciocho años.

–De acuerdo. Debe completar un formulario y adjuntar los documentos requeridos. Una vez que los presente, podemos demorar unos días en estudiar la solicitud y darle curso. Tenemos que comprobar la veracidad de los certificados, revisar los registros, autorizar la copia de la información… Es un trámite que lleva tiempo. Le entregaré un instructivo.

Por suerte, había muchos datos en el expediente del orfanato que nos sirvieron para solicitar los documentos requeridos por el hospital psiquiátrico para entregar el historial médico de Rachel a Nina. Envió la solicitud unos días después de haber visitado el lugar. Tras dos semanas de espera, recibió un aviso de que ya podía retirar la copia del historial.

La llevé a buscarlo. Mientras íbamos a su casa, no se atrevió a abrir el sobre. Temblaba entre sus manos como afuera las hojas de los árboles, castigadas por la nieve.

Nos encerramos en su dormitorio con una taza de café. Nina estaba muy nerviosa; jugaba con los dedos sobre los labios, mirando el sobre. Al final, tomó coraje y lo abrió. Hizo lo mismo con la carpeta que extrajo de su interior.

–Hay una fotografía –susurró con la voz ahogada. Me miró con los ojos húmedos–. Hay una fotografía de ella, Wayne.

Caer en la cuenta de que estaba viendo a su madre por primera vez me erizó la piel. Me acerqué y la abracé por los hombros.

–Era muy hermosa. Te le pareces mucho –comenté, estudiando la imagen. Excepto porque el cabello de Nina era lacio y el de esa mujer, ondulado, casi parecían hermanas. Me apenó que, al tratarse de una copia, estuviera en escala de grises. Ojalá hubiera existido un modo de conseguirla a color.

Nina acarició la fotografía con un dedo. Permaneció un rato abstraída en ella. Hice silencio, respetando su momento, y me alejé de nuevo para que pudiera estar a solas con su madre.

No me pareció correcto leer el historial médico, así que me mantuve a cierta distancia hasta que ella volvió a alzar la mirada. Esta vez, lloraba abiertamente y percibí que ocultaba mucho miedo.

–El diagnóstico dice “esquizofrenia paranoide”. –Leyó–: “La paciente afirma que puede ver el futuro”.

Cerró la carpeta, la dejó en el suelo e intentó levantarse de manera inestable. Procuré comprender en un microsegundo por qué se alejaba de mí, si hasta ese momento me había incluido en todo lo que tuviera que ver con su don. La abracé por la espalda para retenerla cuando creí entender.

–Nina –dije.

–¿Y si yo, en realidad, padezco lo mismo? –preguntó, acongojada–. ¿Y si todo lo que veo es una alucinación? Tal vez ni siquiera tú seas real.

–No. ¡No! Basta. Soy una persona. Soy real. Tú no tienes eso. Puedo apostar a que ni siquiera tu madre lo tenía.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque me lo has demostrado una decena de veces, empezando por la noche en que me salvaste la vida. Tranquila. Tal vez sea mejor que sigas leyendo eso en otro momento.

Guardó silencio. Entendí por qué esa información había permanecido en secreto durante tanto tiempo: si la afectaba de esa manera con dieciocho años, ¿cuánto más podría haber pesado en una niña? Como siempre, intenté pensar en positivo y me aferré a la idea de que, ahora, tenía más herramientas para enfrentar la verdad. Si algo podía enloquecer a Nina, no era su don, sino aceptar la racionalidad que rige el mundo y creer que no lo tenía.

La aparté un poco para acariciarle el pelo y mirarla a los ojos.

–¿Qué opinas si, en el receso de primavera, damos un paseo por Nueva York?

Fue difícil ayudarla por esos días. Volvió a intentar reprimir una interpretación y, cada vez que se atrevía a avanzar con una página más del historial médico, volvía a ocultarse de todos, como durante esos años en los que yo casi no había reparado en ella. Dejó de utilizar las horquillas. A veces, incluso parecía boicotear cualquier cosa buena que le sucediera.

Una noche, mientras estábamos sentados frente al televisor de mi dormitorio haciendo nada, se me ocurrió insinuárselo.

–Hace mucho que no salimos. Nos la pasamos en tu habitación o en la mía. Tampoco volviste a darme algún ticket.

–Estoy molesta. No es contigo. Lo siento.

–Pero yo pago las consecuencias.

–Nadie te obliga. Déjame. Tómate un tiempo. Haz lo que quieras.

–Nina, me hiere que me digas eso. ¿Te importo tan poco? ¿Nuestra relación no significa nada? Si la apreciaras, no propondrías con tanta facilidad que simplemente nos tomemos un tiempo.

–Te estás quejando de que no soy lo suficientemente entretenida para ti.

–No fue eso lo que dije. –Los dos callamos un momento–. ¿Con quién estás molesta?

–No importa –contestó Nina, pasándose una mano por la nariz.

–Dímelo: ¿con quién y por qué estás enojada?

–¿Con quién podría ser? –sollozó–. ¡Con mi madre! ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Si esta maldición es real, ¿cómo fue tan tonta de dejarse atrapar como si fuera una loca? ¿Para qué me tuvo? ¿Acaso no pensó en su hija? ¡¿Por qué tenía que heredarme esta mierda?!

Su llanto me anudó el pecho. Respiré hondo, sintiendo el profundo dolor de Nina, y apoyé una mano en su antebrazo.

–Estamos aquí por una razón. Jamás cuestiones el hecho de haber nacido.

–Eres demasiado perfecto para ser real.

–¡No soy perfecto! Por favor, no vuelvas a insinuar que estás loca, me enloquecerás a mí. Me niego a preguntarme si realmente existo o si solo soy el sueño de alguien, como un filósofo del Barroco. ¿De verdad piensas que una alucinación podría tener sexo contigo?

–¿Qué tiene que ver el sexo en esto? –preguntó, frunciendo el ceño. Por lo menos, había dejado de llorar.

–¡Todo! Que yo sepa, mis sensaciones son reales.

–Eso diría cualquier imagen creada por mi mente para convencerme de que siga haciéndole caso.

–Bien. Entonces estás encerrada en un manicomio y todo esto que ves es una proyección de tu imaginación. ¿No te suena demencial?

–No más que decir que “veo el futuro” –replicó con tono irónico, emulando lo que había leído en el informe médico.

–Espero que estas semanas pasen rápido y que pronto podamos estar en Nueva York.

–No sé por qué tienes tanta confianza en un sujeto de internet que puede ser tan estafador como las videntes de las redes sociales.

–No le tengo confianza a ese sujeto, Nina, no soy tan imbécil como piensas. Pero sigo viendo el sol cuando tú solo ves la torre.

Me miró con la cabeza gacha. Sus ojos estaban irritados de llorar.

–Perdóname. Sé que te he llamado “idiota” y cosas por el estilo varias veces. No era en serio. De hecho me pareces una de las personas más inteligentes y pensantes que conozco.

–Prefiero seguir pareciéndote un poco tonto. De ese modo, al menos no creerás que soy perfecto y, por lo tanto, una alucinación.

–No tienes ni un pelo de tonto. Y tienes razón: debería ver el sol y disfrutar. Aunque fueras una alucinación, serías la mejor que he tenido.

–Este producto de tu imaginación se esforzó mucho entrenando el jueves y tiene un horrible dolor de piernas que solo tú puedes calmar con un masaje. ¿Me ayudas?

–No tienes que inventarte un dolor de piernas para que lo hagamos.

Me hizo reír.

–Te juro que es real.

–Sí, seguro –contestó Nina, acomodándose entre mis piernas–. Quítate el pantalón.

–Deberías quitarte el tuyo también, así no estás incómoda –sugerí, desabrochándome el botón.

–Lo haré. ¿Ves? Quedarse en casa no tiene por qué ser aburrido.

–¿Entonces tan solo estás intentando probar esa teoría?

–Si es así, ¿no quieres que me quite la ropa?

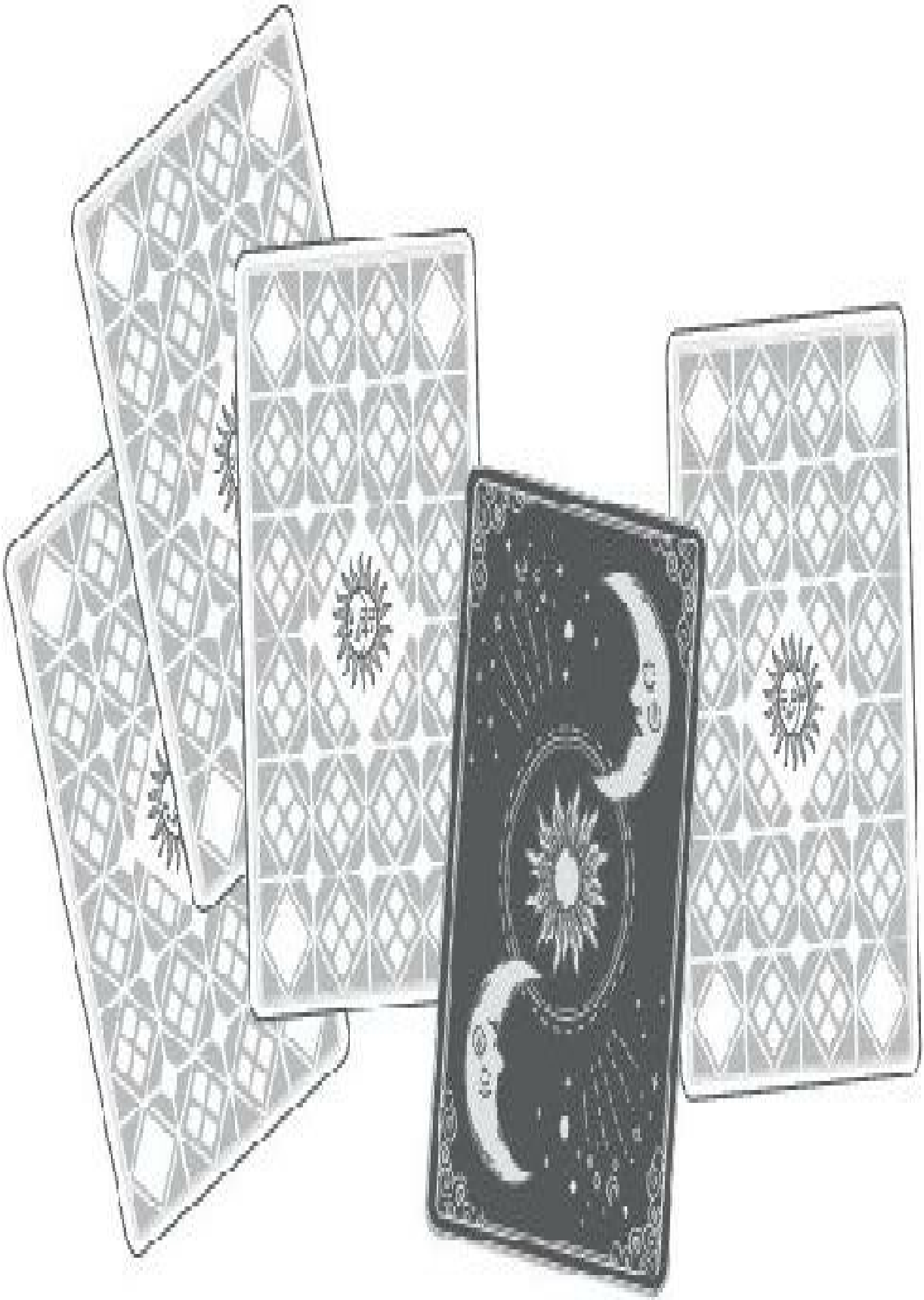
–Te la quitaré yo, a ver si así te convences de que existo. –Reí mientras deslizaba su suéter y su camiseta por sus brazos estirados hacia arriba. En cuanto sus pechos fueron visibles con el soutien de encaje, hundí mi cabeza entre ellos y les di un beso–. ¿Y? ¿Todavía crees que soy un invento? Tengo un millón de ideas para demostrarte que…

Nina me sujetó el rostro entre las manos y se apoderó de mi boca.

–Gracias –susurró, acariciándome–. No sé cómo soportaría todo lo que estoy sintiendo sin ti. Claro que me interesa esta relación y que me importas tú. Te amo.

Su mirada profunda y sincera, desbordante de amor, ese amor que siempre había soñado, logró dejar mi alma al descubierto.

Teníamos que ir a Nueva York.



30

Nina

LOS MESES DEL MÁS CRUDO INVIERNO COINCIDIERON CON UN FRÍO GÉLIDO que endureció mi corazón. Fueron tiempos difíciles. La emoción de haber conocido el rostro de mi madre se mezclaba con la incertidumbre de su diagnóstico y el temor de que fuera correcto y hereditario. Lo peor era que, aunque le dijera a Wayne que quizás ni siquiera él existía, en el fondo creía que sí, lo cual reforzaba la posibilidad de que estuviera loca. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¿Quién "ve el futuro"? Nadie. Solo mi madre y yo.

Durante unas semanas estuve muy enojada. Luego comencé a sentirme culpable. Juzgar a mi propia madre, y más si de verdad había padecido una enfermedad psiquiátrica, no era justo. Ella no la pidió, como yo no había pedido lo que me sucedía.

Al ser más compasiva con ella, también lo fui conmigo misma y logré recuperar cierta estabilidad. Varias veces estuve a punto de pedirle a mi padre que me contara todo lo que en su momento le solicitaron ocultar, pero no le encontré sentido a preocuparlo con mis dudas. Temía que sintiera que no lo quería lo suficiente o que no estaba agradecida de que me hubiera adoptado y por eso buscaba a mi familia de origen. Sam podía interpretar que para mí esos padres eran mi familia real, cuando, en mi corazón, mi única familia era él.

Sabía que muchos adolescentes adoptados contestaban con frases del tipo "no me des órdenes, tú no eres mi padre" y cosas por el estilo. Yo nunca había hecho eso. Ni siquiera sabía quién era mi padre biológico, ¿por qué le recordaría a Sam que no llevábamos la misma sangre? Era la persona que me había amado de manera incondicional, quien había permanecido a mi lado cuando estaba enferma y quien asistía a los actos del colegio cuando yo era pequeña, incluso si no quería actuar. Me abrigaba, me alimentaba y me brindaba afecto desde que tenía cinco años. Jamás podría recriminarle nada y no deseaba siquiera que creyera que lo estaba haciendo al hacerle alguna pregunta. Todo estaba escrito en el expediente del orfanato y en el historial médico del hospital psiquiátrico. ¿Qué otro dato podía conocer papá?

Wayne le pidió permiso para que fuéramos juntos a Nueva York durante el receso de primavera. Sam le dijo que se tomaría unos días para pensarlo. Lo escuché consultar la decisión con Allen. Sus dudas de padre siempre me enternecían. Aunque ya tenía dieciocho años y, de haber querido, podría haber vacacionado sin su permiso, de todas maneras esperé con paciencia a que se decidiera. Finalmente, nos dio la autorización. Al hacerlo, le advirtió a Wayne que tuviéramos cuidado en la carretera, que evitara conducir de noche y que nos hospedáramos solo en sitios de confianza.

La mañana en la que partimos, me acompañó hasta la puerta dándome otras advertencias.

–No te preocupes, papá. Todo saldrá bien –aseguré.

–Llámame si necesitan algo. Estaré al pendiente.

Me despedí con un abrazo y me dirigí al coche. Wayne estaba delante de su puerta con el codo apoyado en el techo del vehículo. Saludó a mi padre con un gesto de la mano.

–Conduce con cuidado –rogó Sam.

–Como si llevara a la persona más importante del planeta –replicó Wayne, con esa sonrisa que conquistaba a todo el mundo.

En cuanto me senté en el vehículo percibí la segunda señal del día: la canción que provenía del sistema del vehículo se había atascado y el cantante repetía siempre la misma sílaba. Había hallado la primera durante el desayuno, en mi taza de café, tan solo mirando el líquido. Por suerte, en ese último tiempo, todas las interpretaciones habían sido cuestiones cotidianas, sin tragedias ni asuntos graves de por medio.

–¿Qué ocurre con esto? –murmuró Wayne, tocando la pantalla. Volvió a conectar el móvil al sistema de audio y la música recuperó su curso normal.

Guardé silencio respecto de lo que había percibido. Si con la tercera señal llegaba la visión de un accidente o cualquier situación de peligro que pudiera acontecernos, pensaba evitarla, como había hecho con el accidente a la salida del club. Quizás, si de verdad era una intérprete, eso pudiera otorgarme cierto poder y no solo problemas.

–¿Has ido a Nueva York alguna vez? –consultó Wayne. Estaba contento, como de costumbre.

–No. ¿Y tú?

–Sí, en un par de oportunidades. Luce increíble en Navidad. Ojalá podamos volver para esa fecha algún año.

Sonreí. Admiraba todo de Wayne. En ese momento en especial, me movilizó su capacidad para proyectar alegría.

La tercera señal llegó cuando llevábamos dos horas en la carretera. Habíamos cruzado la frontera hacía menos de treinta minutos y, al buscar un snack en mi mochila, me di cuenta de que se había derramado un poco de agua de una botella. Logré mantenerme en calma, pues lo que estaba sintiendo no era atemorizante, sino divertido.

Miré a Wayne en cuanto la visualización terminó.

–Detén el automóvil –solicité. Giró hacia mí, sorprendido.

–¿Por qué?

–Nada alarmante, pero el coche sufrirá un desperfecto.

–¿Tuviste una visión?

–Sí. Ni siquiera te diste cuenta, ¿verdad? Estoy mejorando cada día más.

Wayne rio.

–Sabes que confío a ciegas en tus predicciones, pero me parece que esta es la única en la que te has equivocado. ¡Vamos! Es un Porsche 911 Carrera Cabriolet del año pasado, no puede "sufrir un desperfecto".

–Por favor, Wayne, dile a tu ego que se calle antes de que sea demasiado tarde.

Un aviso se encendió en ese instante. Wayne miró el tablero con una expresión de niño desilusionado que me llenó el alma de amor y ternura.

–¡Nina! Más que una vidente, eres un imán para las desgracias –protestó.

–Disculpa, pero creo que ese eres tú. Que yo sepa, no estaba involucrada en el accidente a la salida del club y este no es mi auto, es el tuyo.

–¡Maldición! –exclamó y orilló el vehículo.

Tocó algo para que se destrabara el capot y descendió. Lo seguí. Mi visión se concretó en cuanto abrió la cubierta del motor y se inclinó sobre él.

Transcurrieron algunos segundos de completa ridiculez en la que él no sabía qué hacer y yo, menos. Extrajo el móvil, supuse que para llamar a una grúa. El problema era que estábamos en otro país y, para empezar, no tenía idea de si nuestras líneas funcionaban allí. Por otra parte, un acarreo nos costaría todos nuestros órganos.

Antes de que Wayne pudiera hacer algo, una vieja camioneta roja con la cajuela cubierta por una lona verde se detuvo detrás de nuestro vehículo. De ella descendió un hombre con barba canosa, vestido como un granjero de película. Hasta llevaba un sombrero de paja y tiradores. Si no hubiera conducido un vehículo motorizado, habría creído que se trataba de un Hamish.

–Buenas tardes. ¿Necesitan ayuda? –preguntó con un delicioso acento de campiña estadounidense mientras se tocaba el ala del sombrero.

–Sí, gracias –respondió Wayne con resignación.

–Así que canadienses, ¿eh? –soltó el señor, acercándose; seguro se había dado cuenta de nuestra procedencia por la matrícula del coche–. ¡Qué bonita máquina! –exclamó, tocando el techo del auto. Se inclinó hacia el motor y lo estudió–. ¿Vienen de lejos?

–Toronto –explicó Wayne. El hombre abrió una cubeta.

–¿Traes líquido refrigerante de repuesto? –consultó. Wayne dijo que no–. No podrás continuar sin recargarlo. Tienes que completar este recipiente hasta la marca. ¿La ves? –Wayne asintió–. De todos modos, una vez que lleguen a destino, yo pagaría por una revisión; puede que exista una pérdida. Si quieren, los alcanzo hasta una gasolinera que está a unos kilómetros. Eso sí: tendrán que viajar en la cajuela; los asientos están ocupados con sacos de alimento balanceado. Pueden regresar haciendo autostop.

–¿Autostop? –repitió Wayne con la decepción incrustada en el rostro.

Para que no continuara sufriendo, le tomé una mano y me apoyé en su costado.

–Aceptamos su ayuda, gracias –contesté al hombre en su lugar–. ¿Podría esperar un momento a que recojamos algunas cosas?

–¡Por supuesto! Los espero en la camioneta. Por cierto, mi nombre es Charles.

–Nina. Y él es Wayne.

–¡Nina! ¿Sabes lo que significa ese nombre? “Gracia”.

Lo observé alejarse, procurando entender por qué el destino me había cruzado con una persona que relacionaba mi nombre con lo central de mi vida: una gracia, un don… una maldición. Quizás mi madre me lo había puesto a propósito. ¿Sería un mensaje de ella?

–Nina –dijo Wayne, tomándome de los hombros–. ¿Estás segura? No puedo dejarte sola en medio de la nada, pero tu padre dijo que…

–Que tuviéramos cuidado, no que desconfiáramos de todo el mundo. Parece una buena persona y está un poco viejo. Si intenta algo indebido, nos transformamos en Deku y lo derrotamos.

–¿En quién?

–Tengo que enseñarte más manga y anime.

Acaricié su brazo y fui en busca de mi mochila. Él recogió la suya, cerró el vehículo con la alarma y nos dirigimos a la camioneta. Me ayudó a subir mientras yo abría la lona. El olor a estiércol lo invadía todo. La cajuela estaba repleta de jaulas con aves de corral. Tantas, que me costó acomodarme entre ellas, y ni hablar a Wayne. Su expresión de niño rico descendido al inframundo me dio mucha risa. Golpeó la cabina del conductor para que supiera que podía arrancar. En cuanto lo hizo, el vehículo se movió bruscamente y un par de plumas volaron por el aire. Wayne sacudió una mano para quitarse una de encima. Entonces, estallé en una carcajada.

–Así que te parece gracioso, ¿eh? –me desafió.

–Demasiado –confesé.

–¿Esto viste?

–No. Solo que estabas inclinado sobre el motor como si entendieras algo de mecánica. –Volví a reír–. Fue todavía más gracioso cuando se hizo realidad.

–¿Quieres que te diga una predicción mía?

–¿Tienes una? ¡Claro!

–Un chico te besará en un segundo.

Por inclinarse hacia adelante con la camioneta en movimiento, casi terminó sobre mí. Apoyó una mano en el borde de la cajuela para no aplastarme y yo le rodeé el rostro con las manos. Nos besamos en medio de ese caos de mal olor, plumas y cacareos.

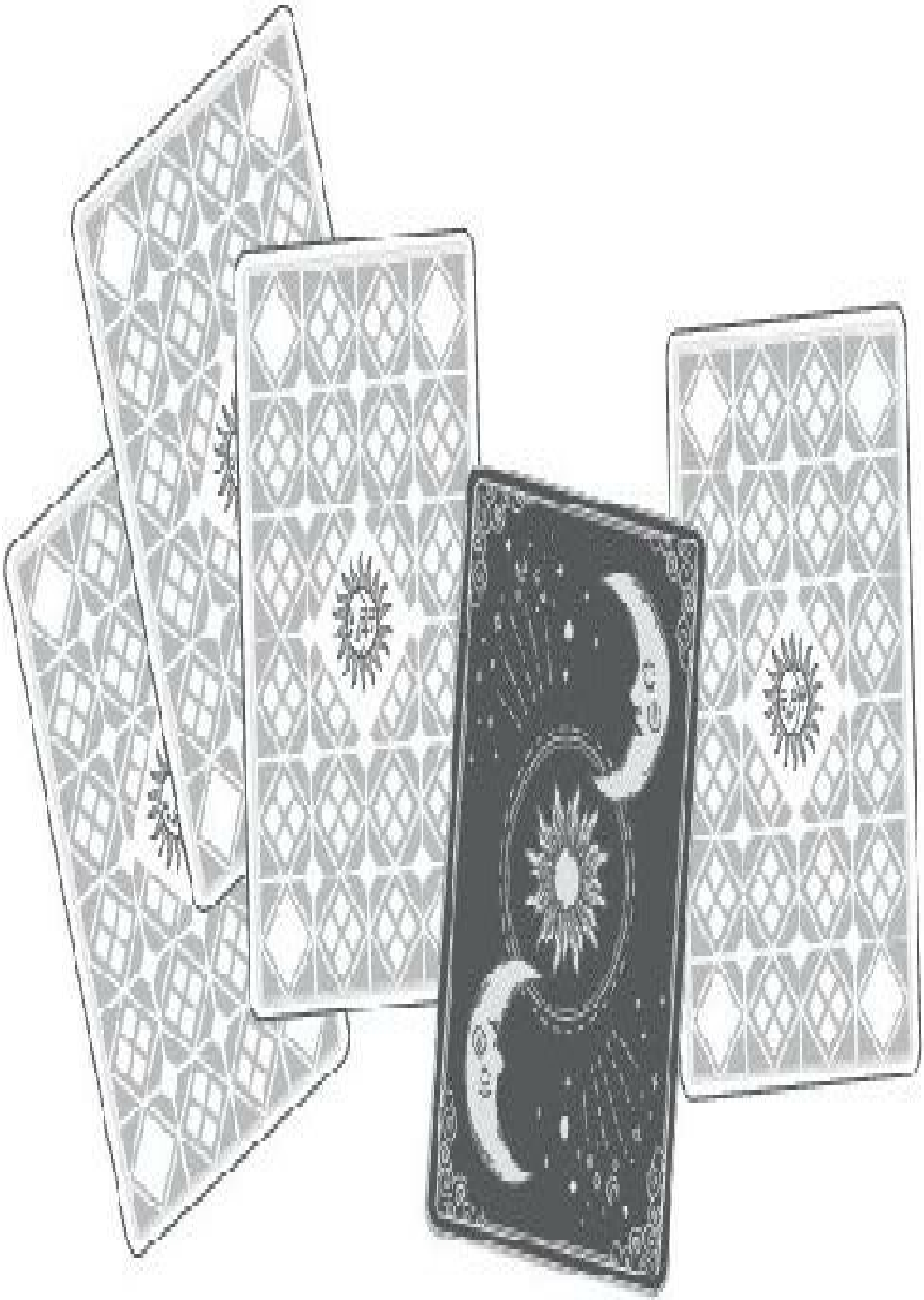
Tal como mi intuición me había indicado, Charles era un buen hombre y nos dejó en la gasolinera. Compramos lo que hacía falta asesorados por un empleado y un par de dulces. Después, emprendimos la tarea de hacer autostop. Nos recogió una familia. Viajamos en el asiento trasero de su automóvil con un niño de dos años sujeto a una sillita y un bulldog.

El matrimonio nos dejó del otro lado de la carretera donde se encontraba nuestro vehículo y nos saludó tocando la bocina. Wayne abrió el coche, el capot y la botella de líquido refrigerante.

–¿Necesitas ayuda? –pregunté.

–No –replicó. No insistí; su ego necesitaba recuperarse.

Recargó el líquido y guardó el sobrante en el baúl. Nos habíamos atrasado un par de horas, pero nada nos quitaba una gran experiencia en nuestras vidas. Una impensada, que no estaba escrita en ningún ticket, pero que sin duda nos acompañaría para siempre.



31

Nina

NUEVA YORK ME IMPACTÓ. SI BIEN HABÍA VISTO LA CIUDAD EN PELÍCULAS Y fotografías, nada se comparaba con estar allí. Era como interpretar señales y vivirlas: la realidad siempre superaba la visión.

Como habíamos pasado la noche en un hotel antes de adentrarnos en la ciudad en sí misma, terminamos yendo por la mañana. Dejamos el auto en un taller para que le hicieran una revisión, almorzamos en un restaurante y, por la tarde, nos dirigimos a Brooklyn para caminar un poco y para concurrir a la cita con el médico.

Al llegar descubrimos que se trataba de una casa típica de la zona, con una escalera para alcanzar la puerta y ventanas largas.

Wayne se adelantó e hizo sonar el timbre. Supuse que se colocó delante de mí para que quien abriera no me viera desde el principio.

Nos recibió un muchacho de unos veinticinco años, delgado, alto y pelirrojo, con gafas de marco grueso negro. Wayne le explicó que teníamos una cita con el doctor Smith. El joven le preguntó el nombre. Dijo el suyo, que es como había reservado la consulta. Nos hizo pasar sin mirar ninguna planilla, lo cual me sugirió que el doctor Smith no debía de tener muchos pacientes.

Atravesamos una sala antigua hacia una puerta de madera maciza. Del otro lado, el hogar estaba encendido. La habitación se hallaba poblada de adornos raros. Había una mesita sobre una alfombra persa y tres sofás verdes, uno de dos cuerpos y dos de uno. El de dos se hallaba desocupado. Enfrente, del otro lado de la mesita, en el de la derecha dormía un gato de varios colores enroscado. En el izquierdo estaba sentado un anciano de cabello gris. Tenía zapatos lustrados, un pantalón marrón y una camisa blanca. También unos anteojos de marco negro. Cruzaba los dedos sobre un anotador y un bolígrafo dorado que descansaban en su regazo.

–Buenas tardes –dijo–. Siéntense, por favor. Imagino que tú eres Wayne.

–Sí –contestó Wayne mientras nos acomodábamos.

–Cuando llamaste para pedir la cita, mi secretario te hizo unas preguntas. El resultado de la prueba es un tanto incierto.

–Porque en realidad respondí por otra persona.

–Comprendo –replicó el hombre y me miró–. Mucho gusto, soy Everett Smith. ¿La cita, en

realidad, es para ti?

–Sí –repliqué.

–¿Puedo saber tu nombre?

–Nina.

–¿Nina Henderson? –preguntó, frunciendo el ceño.

La sangre se congeló en mis venas. Wayne me apretó la mano, percibí su estado de alerta. No entendía si ese hombre era un vidente, pero de alguna manera sabía mi apellido. Me conocía.

–S… sí –admití–. ¿Cómo lo sabe?

–Porque eres idéntica a tu madre.

–¿Mi… Mi madre?

–Es una larga historia. –Preparó el anotador y el bolígrafo–. ¿Qué te trae a mi consultorio? Creo que, tratándose de ti, repetir las preguntas de rigor que le hicimos a Wayne no será necesario.

–¿Por qué hacen esas preguntas? –indagué.

–Para asegurarnos de que nadie pierda el tiempo. La mayoría de las personas que se acercan a mí, en realidad, no presentan una sintomatología compatible con mi especialidad, tan solo creen que sí. Ya no me dedico a atender patologías psiquiátricas comunes.

–¿Cómo sabe que me parezco a mi madre?

–Supongo que no fue esa pregunta lo que te trajo aquí.

–Claro que no. Pero no puedo omitir que acaba de mencionarla.

–Ya llegaremos a ese punto. Empecemos por el principio. Cuéntame de ti.

–Tengo dieciocho años, vivo en Canadá…

–Lo sé. Formaba parte de las preguntas que le hicimos a Wayne.

Suspiré, muy nerviosa. Solo le había confesado la verdad a Wayne; me atemorizaba contársela a ese sujeto que ni siquiera conocía, y más cuando él sí parecía saber de mí.

–Yo… Me ocurren cosas extrañas.

–¿A qué te refieres con “cosas extrañas”? –indagó, tomando apuntes.

–Algunas situaciones se presentan de manera peculiar cuando las veo, presiento que representan

algo. Poco después, esos momentos que pasan inadvertidos para las demás personas se conectan y se transforman en una secuencia de algo que todavía no ocurrió y que luego sucede.

–En palabras simples: ves el futuro –concluyó. Apreté los dientes.

–Supongo.

–¿Qué te hace dudar?

–Que es imposible, que a nadie más le ocurre… Que mi madre fue diagnosticada con esquizofrenia paranoide, una patología que puede heredarse.

Se acomodó los anteojos sobre el puente de la nariz a la vez que se removía en el asiento. Si bien parecía un hombre muy tranquilo y conservaba una expresión inescrutable, algo en el ambiente me indicó que, en su interior, estaba revolucionado.

–¿Crees que estás loca, como se dice vulgarmente? –indagó.

–A veces sí –respondí a punto de quebrarme.

–Cuéntame una interpretación que te haya impactado.

Bajé la cabeza y me humedecí los labios.

–Un día percibí señales que se transformaron en la premonición de un accidente de tránsito en el que creí que Wayne moriría junto con otras personas. No sé si hice bien, pero intervine, y aquí está.

–¿Y las otras personas?

–No pude evitarlo: murieron.

–Eso debe haberte afectado mucho.

–Estoy confundida. No sé si estoy imaginando todo esto o…

–Tranquila, nada de lo que sucede es un producto de tu imaginación. Pero tienes que entender que lo que te ocurre no es una condición aceptada por la ciencia. Por lo tanto, deberás ser cautelosa. Entiendo que, quizás, Wayne se enteró de tu condición porque le salvaste la vida.

–Más o menos.

–Me lo dijo un tiempo después –aclaró Wayne.

–También tú deberás ser cauteloso con la información de Nina –advirtió el hombre, mirándolo a los ojos–. Por suerte, si lo dijeran, la mayoría creería que solo son tonterías. Excepto que exista algún indicio de peligrosidad.

–¿A qué se refiere? –pregunté.

Hizo el anotador a un lado y respiró hondo.

–Nina, yo fui el psiquiatra de tu madre en la institución mental donde fue recluida. En un principio, avalé el diagnóstico de la esquizofrenia paranoide. Pero un día, me dijo que mi esposa moriría. Jamás le había contado que estaba casado y no utilizaba mi sortija de boda en el trabajo. Pensé que, quizás, se lo había oído decir a algún colega o enfermero.

»Cuando, al día siguiente, mi esposa sufrió un paro cardíaco, no podía creerlo. Era imposible que Rachel hubiera provocado su fallecimiento estando encerrada. Tampoco recibía visitas que pudieran conectarla con el exterior. Además, los doctores confirmaron que se trató de una muerte natural.

»Desde ese momento, comencé a estudiar la condición de tu madre desde un enfoque diferente. Por supuesto, ninguno de los profesionales que formaban parte del comité me prestó atención. Pero, aunque yo me negara a creerlo, Rachel continuó demostrándome que decía la verdad una y otra vez.

»Era considerada peligrosa para la sociedad y para el Estado; el comité no me autorizaría a liberarla y, si demostraba que se hallaba sana, lo más probable era que acabara en prisión. Trazamos un plan: dejé las llaves de mi automóvil al alcance de su mano, destrabé la puerta de su celda sin que nadie me viera y le aclaré el camino para que pudiera marcharse. Cruzaría la frontera de manera ilegal y nos encontraríamos aquí, en Nueva York, para analizar su condición con calma.

»Supongo que sabes lo que ocurrió: jamás llegó. El coche patinó en el hielo de la carretera, volcó y ella falleció. Desde entonces he estudiado la capacidad del cerebro para interpretar las señales confluyentes en una decena de personas.

–¿Y llegó a una conclusión? ¿Qué es lo que me sucede?

–Para la ciencia, son estudios recientes que están muy lejos de haber concluido. Solo contamos con unos pocos antecedentes en los que no solía creer hasta que conocí a tu madre. Por ejemplo, la teoría de la sincronicidad de Carl Jung, que es del año 1964. Estoy preparando a Demian, quien les abrió la puerta, para que continúe con mi investigación el día que yo muera. Sí puedo decirte que el tiempo tal como lo concebimos no existe. Eso permite que algunas personas “vean el futuro”. En realidad, no es el futuro: las señales son ecos de un pasado que aún no vivimos, y las interpretaciones, reelaboraciones complejas de un presente todavía no ocurrido. No es solo una cuestión de psiquiatría, por eso trabajo también con físicos.

–¿Usted quiere decir que algunas personas somos capaces de percibir el tiempo como un todo?

–Podría decirse que sí.

–¿A qué se debe?

–Al funcionamiento de su cerebro. A alguna diferencia química respecto del resto de las personas. Todavía no lo hemos descubierto.

–¿Somos muchos?

–Pocos. Pero seguro más de los que imaginas.

–Dijo que mi madre era considerada peligrosa para el Estado y que, si se demostraba que estaba sana, podría acabar en prisión. ¿Qué hizo? ¿Por qué sería considerada peligrosa para el Estado si para las autoridades tan solo se trataba de una esquizofrénica? Podría ser un riesgo para sí misma y para otros, pero ¿para toda una Nación?

–Tu madre se enamoró de un soldado, tu padre. Ella tuvo la visión de que moriría en un atentado. Por supuesto, como lo amaba, se lo advirtió. Él sobrevivió gracias a ella, pero nunca le dio la posibilidad de explicar cómo sabía lo que ocurriría y la denunció, convencido de que era una terrorista. Tu madre escapó embarazada de ti. Logró ocultarse dos años hasta que la atraparon. No hubo nada que la lastimara más que ser separada de ti. Tú terminaste en el hogar de niños, y ella, en el hospital psiquiátrico. ¿Quién creería que “veía el futuro”? Por eso debes ser cautelosa.

–Entonces ¿mi padre biológico vive?

Negó con la cabeza a la vez que hacía un gesto con la mano.

–Murió en Afganistán.

–¿Cuál era su nombre?

–En un principio, tu madre fingió que no sabía de quién eras hija. Cuando entramos en confianza y me contó la verdad, tan solo lo mencionó como Steve. Nunca reveló su apellido. Me hizo prometer que jamás lo buscaría. No quería que las autoridades te entregaran a su familia.

Tanta información me estaba apabullando. Sentí que mi corazón se rompía en pedazos. Primero, por la traición de ese hombre hacia mi madre; sin duda, Steve no amaba a Rachel como Rachel a él. Luego, porque yo la había prejuzgado sin que pudiera dar explicaciones, tal como había hecho su novio.

–En su aviso de internet, usted no suena muy cauteloso –cuestioné.

–La mayoría de la gente lo toma como una estafa más de tantas que circulan por ahí.

–En el anuncio decía que podía orientar a los intérpretes. ¿Qué tiene para decirme, además de todo lo que sabe de mi pasado?

–Tienes dos caminos: aprender a convivir con tu condición o inhibir los síntomas. De los pocos intérpretes reales que he conocido, un puñado no la ha resistido y eligió tratarla.

–¿Podría hacer eso?

–Sí. Es una condición que no tiene cura, si acaso puede llamarse así, pero podemos aliviar los síntomas. Existe un antipsicótico que surtió efecto en tu madre y en los intérpretes que tomaron esta opción. Ayuda a equilibrar la química del cerebro, desfavoreciendo la percepción de las señales y, por lo tanto, su interpretación. Te daré el número de un colega que puede prescribírtelo en Toronto.

Escribió en el anotador, arrancó el papel, lo dobló y me lo ofreció. Lo recogí de inmediato, con una sensación contradictoria de alivio y de dolor. Tenía en mis manos la posibilidad de terminar con la tortura que había arruinado mi vida, pero a la vez sentía que acabar con ella sería mutilar una parte de mí misma.

–Si decidiera acallar los síntomas, ¿en cuánto tiempo surtirían efecto las píldoras?

–Depende del caso. En la mayoría de las personas, los síntomas se alivian entre dos y tres semanas después de la primera ingesta, siempre que la medicación se administre de manera ininterrumpida.

–¿Existe algún secreto para no sufrir efectos físicos a causa de las visiones y la concreción?

–Dejarlas fluir. La mayoría de los intérpretes intenta condicionar las visiones o controlar las situaciones, y ese esfuerzo enorme genera cefalea, sangrado nasal, fiebre, convulsiones…

–¿Se puede intervenir en los hechos o tan solo debemos ser testigos?

–Por mi experiencia, puedo decirte que cualquier intervención trae consecuencias. Para tu madre, el resultado de haber salvado a tu padre fue catastrófico. Aun así, él acabó muriendo de todos modos, incluso antes de que ella fuera ingresada en el hospital psiquiátrico.

–¿Cuánto tiempo pasó desde que mi madre lo salvó hasta que falleció?

–Menos de un año.

Calculé en mi mente cuánto tiempo nos quedaba. Wayne no podía morir.

–No tengo más preguntas –dije con la sensación de que, de continuar allí, acabaría descompuesta–. Gracias por su tiempo.

Me levanté y salí de la sala mareada y con dolor de cabeza. El muchacho pelirrojo se apresuró a abrir la puerta de la casa. Wayne me siguió.

Llegamos al hotel y todavía no nos habíamos dirigido la palabra. Supuse que él, con el miedo que le tenía a la muerte, debía de estar muy asustado.

Ni siquiera cenamos. Tan solo nos mudamos de ropa y nos metimos en la cama, cada uno en sus pensamientos.

–Nina –dijo de pronto, atrayendo mi mirada–. No sé si te haga bien oír esto, pero tengo que

decírtelo: yo jamás haría lo que ese hombre le hizo a tu madre. Necesito que lo sepas. Moriría por proteger tu secreto.

Le acaricié una mejilla mientras respiraba hondo, conteniendo las lágrimas.

–No quiero que mueras por nada de este mundo.

Al día siguiente, emprendimos el regreso.

En medio de la carretera, extraje el papel que me había dado el doctor Smith. Nunca lo había abierto y me pregunté si, en realidad, quería hacerlo.

“Tienes dos caminos: aprender a convivir con tu condición o inhibir los síntomas”.

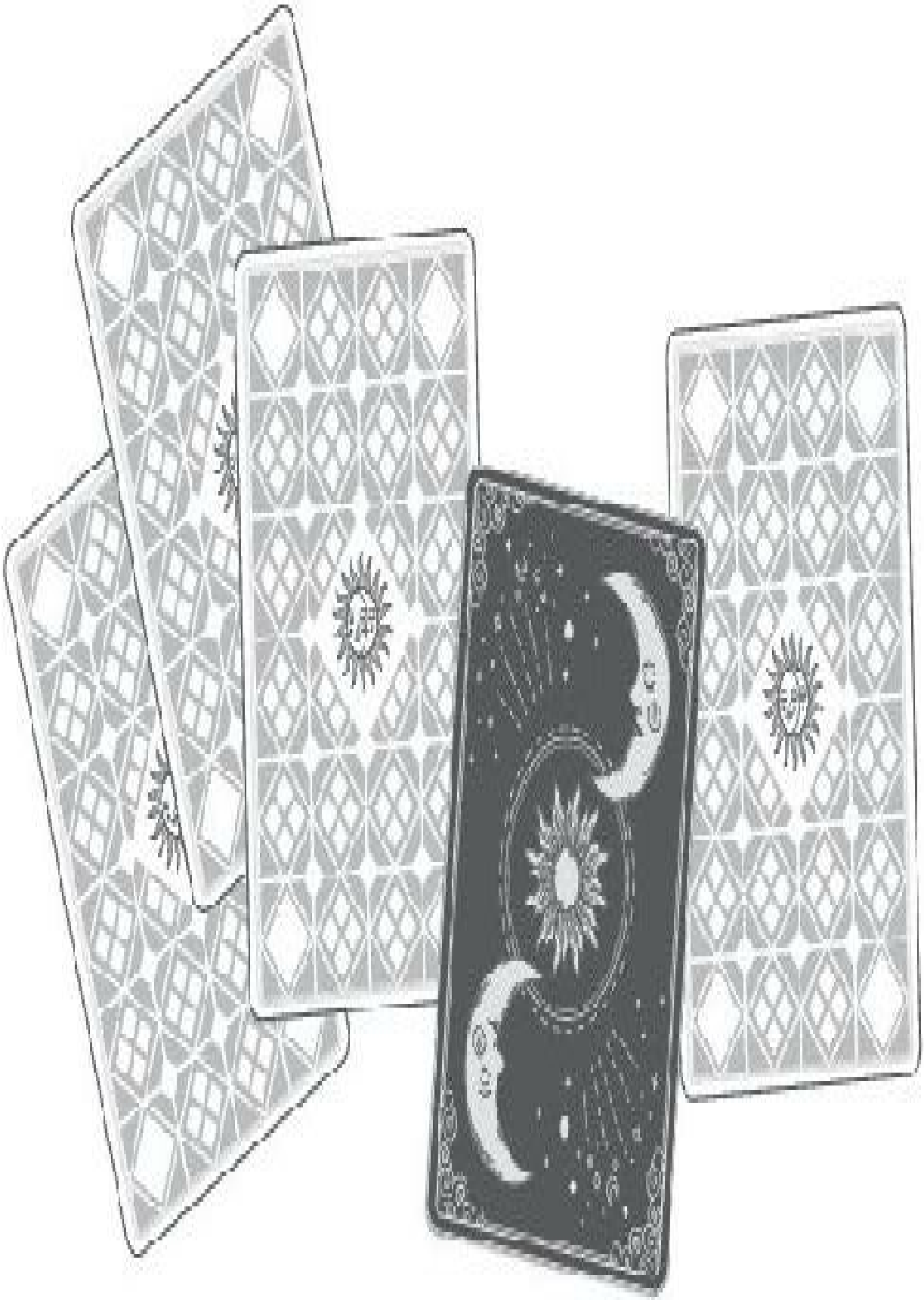
“¡Nina! ¿Sabes lo que significa ese nombre? Gracia”.

Sí: todos estábamos conectados.

Necesitaba de mi “gracia” para saber si Wayne moriría e impedirlo tantas veces como fuera necesario. Pero, principalmente, me necesitaba a mí misma. No quería que esa parte de mi ser muriera.

Rompí el papel en varios trozos, bajé un poco la ventanilla y los dejé ir con el viento. Volaron como palomas blancas en un cielo limpio.

Wayne me tomó una mano; no me había dado cuenta de que temblaba sobre mi pierna. Me aferré a la suya con fuerza y le hice una promesa que jamás abandonó mis labios: Nos restan seis meses para desafiar al destino. Pase lo que pase, estaré contigo.



32

Nina

LOS LIBROS SOBRE LA MUERTE Y EL MÁS ALLÁ VOLVIERON A ACUMULARSE en la mesa de noche de Wayne. Él no me lo decía, pero era evidente que debía de sentir mucho miedo.

Quizás por eso comenzamos a vivir más que nunca. Con o sin tickets de por medio, nos llenamos de experiencias, de momentos de pasión y alegría. Corrimos por la calle tomados de la mano, me subí a su espalda en un pasillo del colegio, terminamos en la dirección por besarnos en el comedor. Nada nos importaba más allá de ser nosotros mismos.

Nunca me sentí más libre que en ese tiempo. Hasta el sexo se volvió todavía más intenso. Sentada a horcajadas sobre las piernas de Wayne, mientras yo me movía y él me besaba los pechos, pensé que no se podía amar de manera más profunda. Tomé su rostro entre las manos, nos miramos y nos besamos en los labios con pasión desmedida.

Todo lo hacíamos como si fuera la última vez.

Accedí a sumarme al grupo de mensajería para participar de los preparativos de la fiesta de graduación. También acepté concurrir al viaje de voluntariado que era tradición en el colegio para los estudiantes del último año. En esa oportunidad, tocaba ir a los bosques de Ontario de la mano de una fundación. Nuestra tarea consistiría en construir refugios para animales rescatados de especies en peligro de extinción.

Una noche, en su dormitorio, Wayne me preguntó si quería que averiguáramos algo sobre mi padre biológico. No le vi sentido; debía de haber un centenar de soldados llamados Steve.

–Pero no muchos que hayan muerto en Afganistán el año en que naciste.

–Después de cómo se comportó con mi madre…

–Quizás no sabía que esperaban un hijo.

–Aun así no debió traicionarla.

–Eso no tiene discusión. Sin embargo, creo que tal vez te haría bien cerrar ese círculo. Conocer su rostro puede ser una buena opción.

Lo medité unos días. El fin de semana siguiente, hicimos la investigación. Fue fácil encontrarlo: en internet había una lista completa de los militares fallecidos en Afganistán. El único Steve que había muerto el año de mi nacimiento era un soldado canadiense que participó en las fuerzas

aliadas de las operaciones lideradas por Estados Unidos en el país asiático. Tenía veinticinco años, era oriundo de una pequeña ciudad de Quebec y perdió la vida el diecisiete de noviembre en Kandahar a causa de un dispositivo explosivo improvisado.

Utilizamos esos datos para buscar más. Encontramos su perfil conmemorativo de Facebook. Mi corazón se estremeció al reconocer que yo no solo me parecía a mi madre, sino también a él. Era un hombre joven y atractivo, de piel tostada, cabello castaño y ojos verdes.

Pensar que había muerto siendo apenas un poco más grande que yo me impresionó. Gracias a los comentarios, también llegamos al perfil de mis abuelos biológicos, tíos, primos… Mucha gente con su mismo apellido, Levesque, lamentaba su fallecimiento en la última imagen que había subido. Estaba vestido con el uniforme militar delante de la bandera. Había escrito: “Defenderé con orgullo los valores de nuestra Nación”. Ojalá uno de esos valores hubiera sido proteger a la mujer que lo amaba.

–No sé si quiera seguir con esto –dije a Wayne, un poco descompuesta.

–De acuerdo –respondió, a punto de cerrar las pestañas en el ordenador.

–Guarda la fotografía y el enlace al perfil –solicité antes de que desaparecieran de nuestra vista–. ¿Puedes enviármelos por mensajería?

–Claro.

Reconstruir mi historia como un rompecabezas era de lo más extraño y transformador que había hecho nunca. Si Wayne no me hubiera impulsado, no sé si me habría atrevido a indagar en mi condición y en mi origen. Él tenía una fuerza especial para llevar adelante las cosas, la potencia del sol que hace germinar la naturaleza y permite la vida. Yo, en cambio, era paciente y desconfiada, pero muy intuitiva, como la luna.

Dejé a un lado el asunto de mi padre, la historia de mi madre y la posibilidad de hallar parte de mi familia biológica y me dediqué solo a mi condición y a seguir acumulando experiencias. Si bien me intrigaba indagar en lo desconocido, entrenarme para interpretar las señales sin que los demás se dieran cuenta me pareció una mejor opción.

Al dejar fluir las imágenes, las señales se volvieron más frecuentes, pero también menos traumáticas. Ensayé tantas veces que me convertí en una experta en disimular. Era capaz de continuar hablando mientras la interpretación pasaba por mi mente, como así también de fingir que prestaba atención al entorno mientras la visualización se superponía con la realidad. Por fortuna, no vi más desgracias. Solo circunstancias cotidianas que conformaban un porcentaje menor del total de los acontecimientos. La mayoría seguía siendo una sorpresa que adoraba descubrir.

Podía convivir con la gracia. Solo esperaba que continuara siendo pacífica.

El último tiempo de clases llegó con un clima templado que venía a sanar las heridas del

invierno.

La mañana en la que partimos al viaje de voluntariado, mi padre volvió a llenarme de advertencias. En la reunión informativa del colegio le habían explicado que acamparíamos durante tres días en el bosque para construir los refugios y eso lo tenía preocupado.

–¿Llevas abrigo? El clima en la ciudad a esta altura del año parece templado, pero en los bosques todavía hace frío.

–Sí, como para que me ataque un oso y no pueda llegar a mi carne de tantas prendas –contesté con la boca llena mientras ingería el desayuno.

–Nina, ¿algún día dejarás de responder con desgracias? Lo único que haces es preocuparme. No había pensado en esa posibilidad.

–¿En el ataque de un oso? –repetí. Su silencio hizo que me echara a reír–. ¡Papá! El único oso que me cruzaré en esta vida es de peluche y está sobre mi cama. Me lo regaló Wayne.

–¿Compartirás la tienda con él? –indagó.

–No lo creo. Me obligarán a dormir con algunas chicas. Por suerte, las que me odian ya tienen un grupo formado, así que quedaré con las tímidas.

–Quizás sea un poco tarde para sostener esta conversación, pero ¿recuerdas lo que te expliqué cuando tenías quince años? –Mi ceño fruncido le indicó que no–. Me refiero a cómo se coloca un condón.

–¿Es en serio? –Reí otra vez–. Papá, duermo en la casa de Wayne fin de semana por medio, él se queda aquí y hemos viajado juntos a Nueva York. No necesitamos ir de excursión escolar para…

–Lo sé. Sé lo que ocurre. Solo quiero que recuerdes que…

–Lo recuerdo. No te preocupes.

–Y que visites a un ginecólogo.

–Ya lo hice, pero no te lo conté. Tranquilo, todo está bajo control. Nadie quiere convertirte en abuelo tan joven.

–Nina, te pedí que midieras ese tipo de comentarios. Me hacen enfermar de los nervios.

El claxon de Wayne me privó de continuar con esa conversación tan tierna. Me levanté y abracé a Sam con fuerza. Él me besó en la cabeza.

–Te quiero –dije.

–Y yo a ti. Diviértete.

Cuando salí, me sorprendió hallar otro automóvil. Wayne estaba sentado en el lugar del acompañante y su padre, en el lugar del conductor. Como vio salir al mío de la casa, bajó del coche y se aproximó. Me puse pálida cuando se estrecharon las manos.

–Mucho gusto, soy Rafe, el padre de Wayne.

–Sam, el padre de Nina. ¡Vaya! Luces igual que en televisión. ¿Cómo estará el clima en los bosques?

Rafe soltó una carcajada.

–No es mi especialidad, pero según dijo ayer la meteoróloga que trabaja en el canal, todo estará bien. Bueno, Sam, cuando quieras puedes venir a cenar a casa con tu esposa. Nos encantaría conocerla.

–Mi pareja se llama Allen –repuso mi padre.

–¿Allen? ¡Perfecto! Será bienvenido contigo. Nos vemos.

–Nos vemos.

Me senté en el sitio de atrás conteniendo la respiración.

–¿Por qué vino tu padre? –pregunté a Wayne en susurros mientras Rafe daba la vuelta para regresar al coche.

Wayne giró la cabeza y comenzó a hablar de forma acelerada.

–Buen día. Para ser una pitonisa, estuviste bastante lejos de acertar la reacción de mi padre cuando supiera que el tuyo es gay. ¿Qué me gané?

No pude responder porque Rafe se sentó delante del volante.

–¿Qué tal, Nina? –dijo. Sonreí.

–Mi padre nos llevará hoy porque no puedo dejar el coche en el estacionamiento del colegio tres días. También nos recogerá –explicó Wayne.

–Recuérdamelo –pidió Rafe, colocándose el cinturón de seguridad–. No olvides que tengo muchas cosas en mente.

–Lo sé –contestó Wayne.

Aunque intentara disimularlo, sabía cuánto le dolía sentir que nunca era la prioridad para sus padres. De hecho lo noté en su tono, por eso le acaricié un hombro.

Como siempre, él intentó cambiar los ánimos y regresar al buen humor.

–Recibí la aceptación de la universidad, ¿y tú? –preguntó.

–¡Yo también! –exclamé.

–Esa carrera no me convence –comentó Rafe.

–Por suerte tengo que hacerla yo y no tú –replicó Wayne. Como lo dijo riendo, nadie lo tomó a mal. Había heredado de sus padres una capacidad impresionante para comunicar.

Pudimos viajar juntos en el ómnibus y compartir los primeros momentos en el bosque, cuando la gente de la fundación nos dio la bienvenida y explicó cómo nos organizaríamos durante esos días. A partir del momento en que nos distribuyeron en las tiendas y nos asignaron los grupos de trabajo, reunirnos se volvió más difícil.

Permitieron que eligiéramos con quien dormir, siempre que fuera del mismo sexo. Por supuesto, Wayne se acomodó enseguida con sus amigos del equipo de softball. Me miró, dándome ánimos para que me atreviera a pedirle a alguien compartir la tienda. Sin embargo, hice lo de siempre: esperé. Quedé por obligación con tres chicas que, si bien formaban un grupo de amigas, casi no tenían relación con el resto.

Aun así, no me salvé de recibir una agresión. Sutil, delicada, pero violenta al fin.

–Nina –dijo una de ellas mientras acomodábamos nuestras bolsas de dormir dentro de la tienda–. ¿Alguna vez Wayne te dijo por qué sale contigo?

–Por las tetas –respondí y continué con lo mío.

El bullying nunca terminaba. Solo lo ignoraba, como mi padre siempre me aconsejaba. Jerry había sido inteligente al no ir a esa excursión y no exponerse. En ese momento, hubiera preferido estar en mi dormitorio dibujando. Wayne no tenía idea del sacrificio que estaba haciendo por él.

Por suerte, en el grupo de trabajo me tocaron compañeros que no reparaban en mí. Fue un alivio no tener que soportar indirectas ni preguntas estúpidas.

Wayne me cubrió los ojos desde atrás mientras yo acomodaba tornillos sobre una mesa improvisada. Besó mi cuello.

–No hagas eso –pedí, girando entre sus brazos para colocar mis manos sobre sus hombros.

–¿Por qué no? –Sonrió.

–¡Wayne! ¡Nina! –exclamó una profesora. Nos miramos con expresión de lástima, pero rompimos el contacto.

En dos días, logramos construir varias jaulas. A pesar de que la compañía no era la mejor, procuré valorar lo que había aprendido y lo bien que lo había pasado en los ratos que había compartido con Wayne y sus amigos. Estaba contento de que hubiera ido y eso me hacía feliz.

La última noche, nos alejamos del fogón que compartíamos con nuestros compañeros y nos adentramos en el bosque. La penumbra que ofrecía la luna era una aliada y pudimos besarnos a gusto. Permanecimos allí hasta que dejamos de oír el bullicio de las personas como una suave brisa.

–Cuando todos duerman, reencontrémonos aquí –propuso.

Regresamos a la zona de las tiendas, nos saludamos con un gesto de la mano y nos metimos cada uno en la suya.

Una hora más tarde, me levanté con sigilo y regresé a donde habíamos acordado encontrarnos. Wayne ya estaba allí, esperándome.

Fuimos a una de las jaulas que habíamos construido. Estaba rodeada de árboles y maleza, lejos del campamento. Wayne se agachó en un rincón, encendió la linterna del móvil y apartó la vegetación que cubría un barrote de hierro que estaba enterrado en el suelo. Observé lo que señaló: había labrado “N&W” en el hierro. Me eché a reír cubriéndome la boca.

–¿Lo hiciste con la soldadora? –pregunté.

–Es mejor que un candado en un puente, ¿verdad?

Lo empujé jugando. Él me tomó de la cintura y me levantó consigo. Me llevó contra los barrotes de la jaula y me aprisionó mientras nos besábamos. Alzó mis brazos a la vez que sus labios se deslizaban por mi cuello.

–Nina –susurró–. ¿Quieres que hagamos algo prohibido?

–Eso no estaba en los tickets –contesté, agitada.

–Lo estoy inventando ahora.

–¿Tienes protección?

–Sí, en el bolsillo.

–Entonces lo tenías planeado.

–No. Pero contigo siempre estoy listo.

Volví a reír, me liberé de su agarre y coloqué las manos en el borde de su sudadera. Se la quité junto con la camiseta. Él hizo lo mismo con mi ropa. Era evidente que estaba asintiendo a que lo hiciéramos.

Como casi no descansamos, al día siguiente, dormité sobre su hombro en el ómnibus de regreso. Su padre cumplió con ir a buscarnos después de que Wayne se lo recordara mientras desayunábamos en el campamento y en medio del trayecto.

Al día siguiente, Wayne pasó a buscarme para ir al colegio, al igual que cada mañana.

Estaba en la segunda clase del día cuando noté que mis compañeros giraban la cabeza para mirarme y reían.

–¿Qué ocurre? –preguntó la profesora. Nadie respondió.

Por primera vez desde que lo conocía, Jerry me dirigió una mirada compasiva.

Algo sucedía. Era fácil darse cuenta porque los demás se llamaban unos a otros, se cubrían las bocas y se miraban en complicidad. Descubrí que una persona observaba su móvil y luego, a mí, así que extraje el mío y lo espié debajo del banco.

Solo hallé activo el grupo colectivo de la organización del baile de graduación. Lo abrí temblando. Hacía diez minutos, alguien había enviado un video desde un número desconocido. Como los archivos multimedia no se activaban de manera automática, solo vi una imagen congelada muy confusa. Casi todo era negro, solo había una pequeña mancha blanca en el extremo inferior izquierdo.

Comencé a leer los mensajes.

Puaj.

Siempre creí que moriría virgen.

¿Cómo puede un chico tan lindo acostarse con esa rarita?

Si me ofreciera esas tetas, yo también me acostaría con ella.

Jajajaja.

¿Acaso eso que se ve en el minuto 0:28 es su lengua?

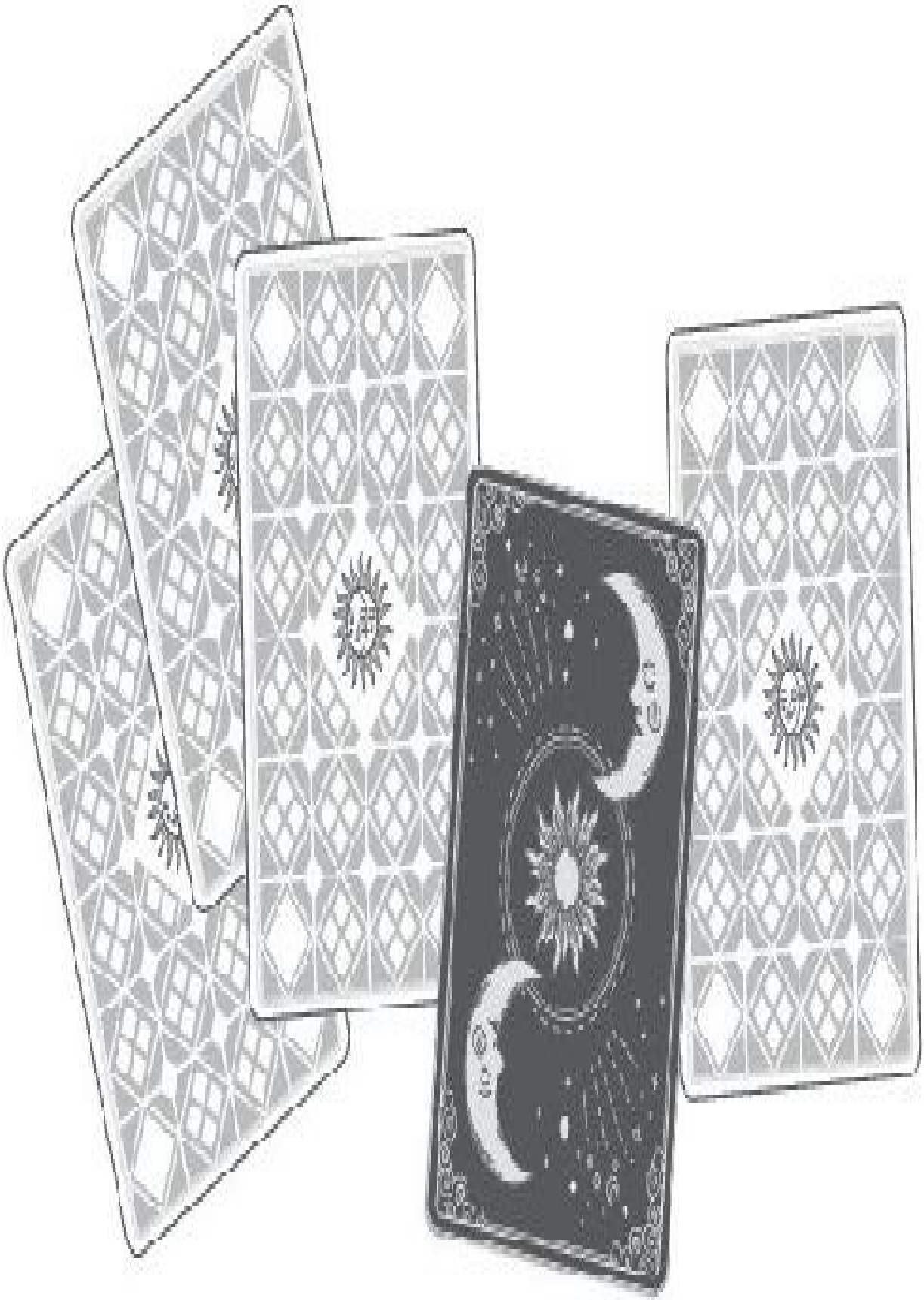
Parece una serpiente.

¡Es tan gorda!

Y así seguían eternamente.

Retrocedí y activé el video. La mancha blanca que se veía era ropa. Lo negro, el bosque.

Detrás de la pequeña pila de prendas, estábamos Wayne y yo teniendo sexo.



33

Nina

SONÓ EL TIMBRE. RECOGÍ MIS COSAS DEPRISA Y SALÍ DEL AULA SIN HABER terminado de guardar todo. Los que estaban afuera también me miraron. Eso quería decir que el video ya se había viralizado y no solo estaba disponible en el chat de nuestro curso.

Colisioné con Wayne en el pasillo. Me sujetó del brazo y me llevó con él. Estaba tan desencajada que no supe adónde íbamos hasta que nos encerramos en un laboratorio.

–Nina –dijo, acercándose.

–¡No me toques! –bramé, fuera de mí. Las cosas que abrazaba contra el pecho cayeron al suelo.

–Por favor, cálmate.

–Creí que estábamos solos en esa jaula.

–Yo también.

–No puedo resistirlo. Todos me han visto desnuda teniendo sexo contigo. No sé cómo saldré de este laboratorio.

–Para empezar, tranquilízate.

–¡No puedo! No lo entiendes. Jamás podrías. Nunca lo hiciste.

–¿De qué hablas?

–Eres un egoísta, solo te importa de ti.

–¿En serio?

–¡Nunca quise ir a ese viaje! Debí ignorarlo. Pero no, ahí estabas tú para insistir con que fuera. Sabía que no debía hacerlo. ¡Lo sabía!

–¿Entonces me culparás?

–Solo estoy diciendo que no te pones en mi lugar. ¿Acaso no te das cuenta? ¡Jamás seré como tú!

–¡Yo también aparezco desnudo en ese video!

–Pero no están hablando de tus tetas o de si te ves gordo.

–Soy el que se folló a la rarita. Y, ¿sabes qué? ¡No me importa! No me importa, Nina, porque sé que no lo eres. Y, aunque lo fueras, tampoco me importaría, porque te amo. Te amo de una manera profunda e infinita. El problema no soy yo. Es que siempre piensas lo peor de mí. Estoy harto de que me llames egocéntrico, egoísta y todas esas mentiras. ¡No lo soy! Dejé todo por ti y por lo que siento cuando estamos juntos.

–¡Nadie te lo pidió! Regresa a tu infierno personal lleno de fiestas, drogas y alcohol. No olvides a la gente que te utiliza. Son indispensables para una vida vacía.

–¿Esa es tu respuesta? También estoy cansado de que siempre te rindas tan fácilmente.

–¡Yo también estoy harta de ti! De tu ceguera y tu manía de arrastrarme a hacer cosas que no son para mí. ¿Alguna vez te preguntaste cómo me siento en esas gradas mientras tú juegas?

–Un millón de veces.

–¿Y aun así me invitas?

–Eres libre de negarte.

–¡No, no lo soy!

–Entonces sabes que tienes el derecho de ir a donde te plazca y que no deberías privarte por lo que piensen los demás.

Nuestra ferviente discusión fue interrumpida por la voz del director en el altoparlante. “Nina Henderson y Wayne Bennett, a dirección”.

–No iré –determiné, temblando–. No puedo salir de aquí. Tengo un ataque de fobia social. No puedo ver gente.

Wayne no respondió. Tan solo se apartó de la mesa en la que se apoyaba hasta ese momento y recogió mis cosas del suelo.

–Date la vuelta –pidió con un tono más calmado.

–No quiero.

–Nina, date la vuelta ahora. –Obedecí sin saber el motivo. Abrió mi mochila, guardó las cosas y volvió a cerrarla–. Sal detrás de mí.

–No puedo –balbuceé.

–Me muero por partir unas cuantas mandíbulas en este momento, así que será mejor que salgas detrás de mí para que no lo haga.

Estaba muy agitada, mi corazón latía tan rápido que creí que moriría. Por lo mal que me sentía,

supuse que debía de tener un aspecto terrible. Sin embargo, Wayne no se amilanó. Fue hasta la puerta, la abrió de golpe y no me dejó otra opción más que seguirlo si no quería quedarme sola en ese lugar a merced de cualquiera que quisiera entrar y comenzar a burlarse.

Transité por los pasillos cabizbaja, oyendo toda clase de murmuraciones. La seguridad de Wayne mezclada con su ira era como una soga que me mantenía atada a él y me impedía dejar de caminar o huir hacia el lado contrario, es decir, hacia la puerta de salida. No podía volver a ese lugar. Tendría que romper mi promesa y pedirle a mi padre que me cambiara de escuela faltando un mes para terminar las clases.

Al llegar a la secretaría, Wayne informó que estábamos ahí para hablar con el director. Nos hicieron pasar a la oficina. El hombre pidió que nos sentáramos.

–Supongo que imaginan por qué los cité –dijo. Se lo notaba enojado.

Yo me mantuve cabizbaja, pálida de vergüenza. Wayne, en cambio, cuadró los hombros como un sujeto de negocios y lo miró a los ojos.

–Por supuesto. Tenemos que descubrir quién viralizó un video íntimo de Nina y yo para terminar con el acoso que ella está sufriendo.

–Un video que no existiría si ustedes hubieran respetado las reglas del campamento. Es una vergüenza que un viaje de voluntariado de nuestro colegio termine en un escándalo.

–¿Eso qué significa? ¿Que solo nos castigará a nosotros y no a quienes nos grabaron a escondidas?

–Si no querían testigos, hubieran reservado su intimidad para tu dormitorio.

Wayne golpeó el escritorio.

–¡Me importa una mierda! No castigará a Nina por la acción de alguien más. Fue mi culpa. Sancióneme a mí y a quien compartió esa grabación.

–Cálmate o, en lugar de suspenderlos tres días, los expulsaré. Ahora retírense. Esperen en la secretaría, no pueden regresar a clases. Llamaré a sus padres para que se notifiquen de la sanción.

–Si no los castiga usted, lo haré yo. O, mejor, le partiré la cara a usted a ver si sientan en su oficina a una persona competente.

–Wayne, no –susurré, tomándolo del brazo. Me levanté y tiré de él para que hiciera lo mismo. Por lo menos, se calló.

Recogió su mochila con un gesto brusco, se puso de pie y salió de la oficina.

–Disculpe –dije al director, temiendo que cumpliera con su palabra, y fui tras Wayne.

En la secretaría había un estudiante de otro curso esperando algo. Cuando le pasamos por al lado, me miró los pechos. Wayne se le aproximó como un animal salvaje. Creí que nunca vería un oso, pero se le parecía. Me planté en medio de él y del chico y lo impulsé hacia atrás sin perder el contacto visual a la vez que le decía “no”.

Logré que se sentara. Hice lo mismo a su lado. Sus dientes apretados me hacían temer que, en cualquier momento, alguien saliera lastimado. No quería más de todo eso. Solo necesitaba que la pesadilla terminara.

Mi padre llegó media hora después. Para entonces, Wayne estaba más calmado.

–Nina, Wayne –dijo Sam–. ¿Qué ocurrió?

No pudimos contestar; enseguida lo hicieron pasar a la dirección.

Mientras él se hallaba en la oficina, la secretaria se aproximó a nosotros.

–Tus padres no responden –informó a Wayne–. Lo siento, tendrás que esperar aquí hasta que lo hagan.

–Está bien –contestó él, sin mirarla.

Cuando mi padre salió, no parecía molesto, sino decepcionado.

–Vamos a casa –pidió.

–¿Nos das un momento? –rogué.

–Te espero en el pasillo.

Miré a Wayne, que continuaba desparramado en el asiento, como si le hubieran quitado el aire y nadie se lo fuera a devolver.

–¿Estarás bien? –pregunté.

–No creo que eso te importe mucho. Nací solo y así moriré.

–No quise hacerte sentir de esa manera.

Rio de forma silenciosa.

–Esperaba que enfrentáramos la situación juntos, pero a cambio me pediste que me alejara y me hiciste una decena de recriminaciones. Así que sí: desde que nos encerramos en ese laboratorio me siento muy solo. Ve a casa, Nina. No quiero seguir hablando.

–Me quedaré contigo hasta que tus padres aparezcan.

–Eso puede llevar horas. No te sacrifiques más por mí, como cuando me veías jugar o aceptaste

ir al viaje de voluntariado. Te necesitaba antes, no ahora.

–¿Me estás echando?

–De la misma manera que tú lo hiciste hace un rato.

–¿Es venganza?

–No. Es solo que no creo merecer que me abandones en un momento difícil y eso es justo lo que hiciste.

–Tú también me hiciste recriminaciones.

–Yo no empecé.

–Esto parece una discusión de niños.

–Olvidas que estás hablando con alguien infantil.

–Basta, te lo ruego. Ser irónico no te sienta bien.

–Entonces vete.

–¿Me perdonas?

–Claro que sí. Tan solo vete.

–Lo siento. Te amo –balbuceé, lagrimeando.

–Yo también. Ahora ve a casa y no pienses en ese video. Ni siquiera te molestes en releer esos mensajes. No importa lo que digan; eres hermosa, inteligente y divertida. Muchas te envidian por tener sexo con un chico popular, por eso inventan teorías estúpidas: que estoy contigo por una apuesta, que envié a que grabaran el video para ridiculizarte, que estoy contigo porque tienes las tetas grandes… No sé. Tan solo échate a dormir.

No había llegado a leer tanto. Tal vez por esos dichos creyó que pensaba lo peor de él. Le sujeté una mejilla con la mano, lo besé en la otra con el mismo amor infinito que él había asegurado que sentía por mí y me marché.

Caminé por los pasillos hasta la puerta de salida un poco más tranquila, pues todos estaban en clase. Excepto Paige. Nos miramos. Sonrió con un gesto triunfante. Ya no tenía dudas de quién había grabado y hecho público ese video.

Una vez en casa, tuve que escuchar el largo sermón de mi padre acerca de por qué no debía exponer mi intimidad en lugares públicos, por más aislados que parecieran. Tenía razón, así que evité discutir.

–Por favor, no puedo regresar ahí. Lamento romper mi promesa, pero tienes que cambiarme de

colegio –supliqué.

–No lo haré. Una parte de madurar es hacerte responsable de tus actos. Falta un mes para que terminen las clases. Resístelo con orgullo.

–No puedo. Yo no soy Wayne.

–Pues hay algunas cosas que deberías aprender de él.

Me encerré en mi dormitorio, angustiada. No se me ocurría una forma de volver al colegio sin sufrir por las miradas y los comentarios.

Mientras me mudaba de ropa, me miré al espejo llorando. Aunque mis compañeros me consideraran gorda y con demasiado busto, no tenían derecho a decirlo. Nadie debía hacerme sentir menos bonita que otras, ni que no merecía que un chico como Wayne me deseara.

A las dos, le envié un mensaje.

Nina

¿Ya llegaron tus padres?

Wayne

Aún no.

Recién volvió a escribirme a las cinco.

Wayne

Ya estoy en casa.

Nina

¡Al fin! ¿Estás bien?

No contestó. Fue lo último que conversamos en tres días.

Como no acordamos que me pasaría a buscar la mañana que nos reincorporamos, fui en mi auto y lo estacioné cerca del edificio. No vi el de Wayne. Después de lo que Paige había hecho con el video, dudaba de que tuviera ganas de estropear mi coche. Le bastaba con haber arruinado mi relación con su ex.

Me detuve un instante en ese pensamiento. En realidad, Paige no era la única culpable de nuestra ruina. También lo éramos Wayne y yo. Tal como había expresado mi padre, una parte de madurar implica hacernos responsables de nuestros actos. Debía reconocer que mis propias acciones habían derivado en esa situación. Si mi confianza en Wayne y en mí misma hubiera sido fuerte, la distancia entre nosotros no existiría. No hubiéramos sucumbido ante la presión.

“Todos estamos conectados”. “Cada decisión que tomamos y cada acto que hacemos tienen una posibilidad de interrelación impredecible con las decisiones y las acciones de otras personas”.

Era hora de asumir que ya era casi una mujer, que experimentaba deseo sexual como cualquier otra persona y que amaba a Wayne, por eso lo estaba haciendo con él. ¿Qué tenía eso de malo, excepto que estábamos rompiendo una regla? Ni siquiera: otros habían bebido o fumado marihuana y más parejas habían tenido sexo a escondidas en ese viaje, solo que no los habían filmado.

“Hay algunas cosas que deberías aprender de él”.

Claro que tenía mucho que aprender de Wayne, por eso el destino nos había cruzado. El ego es una parte fundamental del amor propio de una persona. No siempre es negativo. Si hubiera tenido las cartas del tarot y hubiera extraído una como consejo en ese momento, estaba segura de que me habría salido el diablo: hazte cargo de tus pulsiones humanas, deja de ocultarte y asume tu oscuridad, porque no podemos ser pura luz.

Yo no había actuado mal, no tenía por qué avergonzarme. Me miré en el espejo retrovisor y me coloqué las horquillas que Wayne me había obsequiado. En ese momento, alguien que subía la escalera derramó café sobre su propia camisa. La situación me distrajo por completo, supe que se trataba de una señal. Era lo que menos necesitaba ese día. Solo esperaba que se tratara de una predicción sin importancia.

Bajé del coche, lo cerré con llave y me encaminé a la entrada sin prestar atención a la gente. Aunque las miradas me seguían, solo reparé en el chico que acababa de ensuciarse y que había

dejado su vaso térmico sobre un escalón para limpiarse.

Encontré unos papeles pegados en mi casillero: un pene mal dibujado y un escrito con letra imprenta que decía “puta”. No pude más que reír. Había pasado de ser una rarita a una cualquiera. ¡Qué patético!

Despegué los papeles, los arrugué y los arrojé a un costado. Abrí el casillero para buscar los libros que necesitaba sin prestar atención al resto.

En ese momento, se oyó un pequeño estruendo. Miré hacia la zona donde se había producido: un grupo de chicas tenía globos en la mano. Uno acababa de reventarse mientras lo estaban inflando. Pretendían decorar la pared con ellos en un anuncio de una obra de teatro.

Me sorprendió que la segunda señal hubiera llegado tan rápido. Intenté conectar el café derramado sobre la camisa del chico con la explosión del globo. Como no se me ocurrió nada, terminé de guardar los libros en la mochila y cerré el casillero con el candado.

Compartíamos la primera hora con Wayne. Lo encontré sentado en un rincón, solo y serio. Estaba leyendo. Me acerqué.

–Hola –dije.

–Hola –contestó–. Pasé por tu casa pero ya te habías ido.

–¿Cómo llegaste antes al colegio?

–Conduzco un…

–Porsche 911 Carrera Cabriolet del año pasado, lo sé –completé–. Wayne, te amo. Eres la persona más hermosa que conozco.

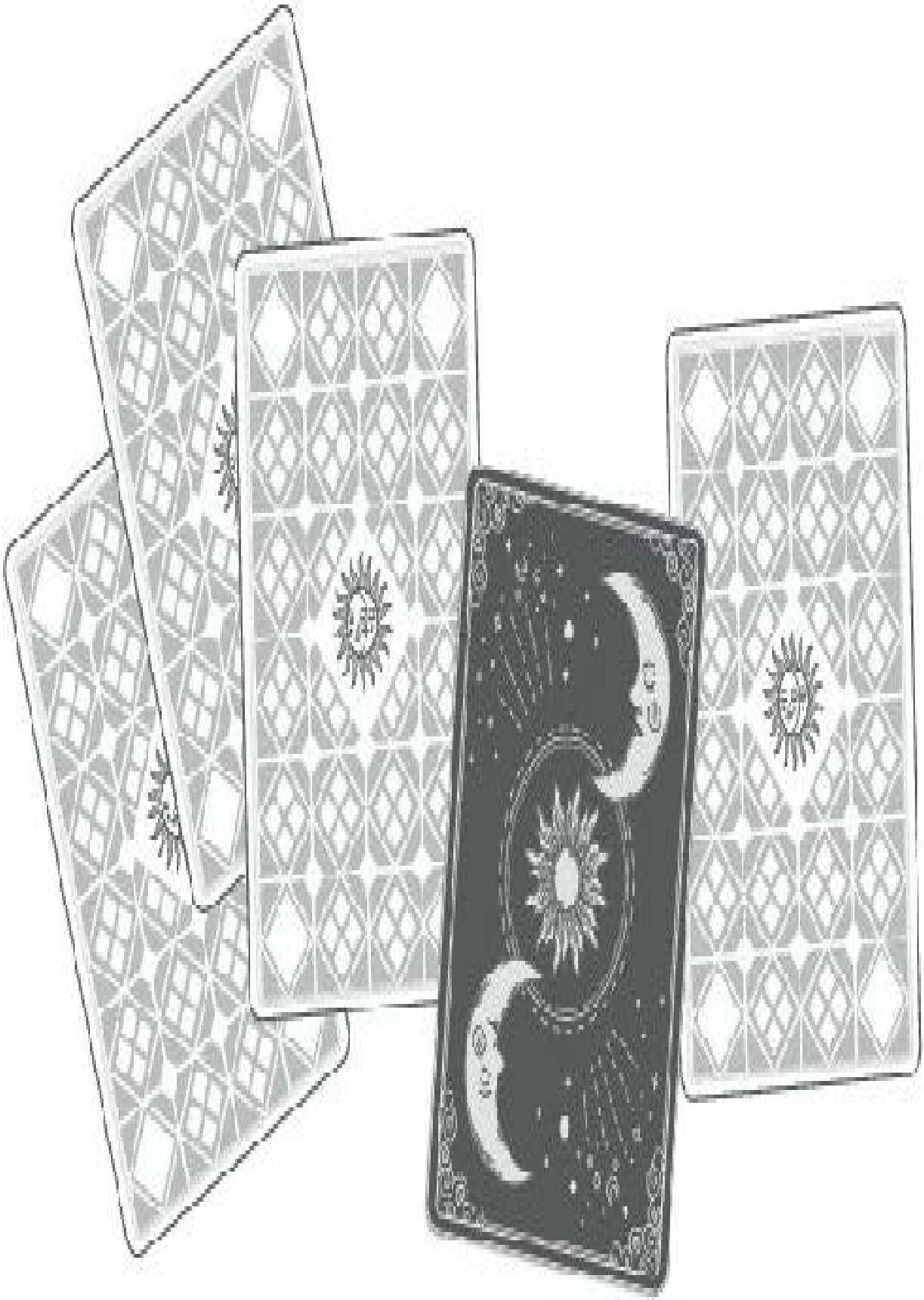
No pudo contestar; alguien llegó y se sentó en el pupitre junto al suyo. Le sonreí débilmente y me instalé en la otra punta del salón, también al fondo.

Cuando terminó la clase, nos cruzamos en el pasillo. Si nos quedábamos conversando, llegaríamos tarde a las siguientes clases que cursábamos separados. Tan solo nos saludamos y acordamos reunirnos en el comedor a la hora del almuerzo.

Lo percibí extraño, un poco ausente y retraído. Pensaba en eso mientras que, en la hora de Historia, un documental sobre la Segunda Guerra Mundial me adormecía desde el proyector. Me abstraje en mis reflexiones hasta que una cruz esvástica apareció. Entonces, tras esa tercera señal, llegó la interpretación.

Fue tan fuerte que dejé de soportarla al instante y la reprimí como nunca había evitado nada antes. El pasamontañas negro, la cazadora militar, el colgante con la esvástica, el sonido del disparo, la sangre en el pecho de una chica, el reloj, el arma…

Me levanté deprisa y salí del aula en penumbras sin recoger mis cosas. Corrí por el pasillo como una maratonista. Mi único objetivo era llegar a donde estaba Wayne.



34

Wayne

LA PUERTA DEL AULA SE ABRIÓ DE GOLPE.

–¡Wayne! –clamó Nina.

Estaba agitada, pálida y temblorosa. Su nariz sangraba, no tuve dudas de lo que ocurría. Me levanté de inmediato.

–Disculpe –dije al profesor.

Salí del aula y cerré la puerta. Sujeté a Nina de los brazos y la impulsé hacia atrás. La debilidad de sus piernas la venció. Amortigüé su caída hasta que los dos terminamos arrodillados en el suelo.

–Nina. Nina, tranquila –pedí, buscando sus ojos–. ¿Qué ocurre?

Mientras ella intentaba respirar, extraje un pañuelo del bolsillo y comencé a limpiarle la sangre.

–Tenemos que irnos. ¡Salgamos de aquí ahora! –murmuró, llorando con desesperación.

–¿Por qué? ¿Qué viste?

–Un tirador atacará el edificio. Primero pensé que se trataba de otro país. Pero no. Es aquí, en este colegio. ¡Vámonos!

Intenté mantenerme tranquilo a pesar del escalofrío que me recorrió.

–¿Quién es? –pregunté.

–No sé.

–¿Cuándo vendrá?

–¡No lo sé! –repitió, casi sin aire.

–De acuerdo…

–Espera –me interrumpió. Cerró los ojos un instante y me miró–. Lo vi en el pasillo de los casilleros de colores. Había cuerpos en el suelo y le disparaba a una chica; no pude ver a quién. Había un reloj. El reloj de la pared. Eran las nueve treinta.

Extraje el móvil del bolsillo y miré la hora. Temblé por dentro.

–Nina… Son las nueve y veinticuatro –anuncié, con el tono más calmado que pude sostener–. Si nos fuéramos, no llegaríamos hasta la puerta sin cruzarnos con él. No podemos dejar a todas estas personas a su merced. Llamaré a la policía.

–¡No! Por favor, no –se desesperó–. Creerán que tengo algo que ver.

–Jamás permitiría que eso ocurriera. Confía en mí.

Marqué el número.

–911, ¿dónde es su emergencia? –contestó la operadora. Le dije el nombre de la escuela–. ¿Qué sucede?

–Creo que un tirador abrirá fuego.

–¿Cuál es su nombre y cargo?

–Wayne Bennett. Soy un estudiante.

–¿El tiroteo está activo ahora?

–Aún no. Pero ocurrirá en cualquier momento.

–¿Cómo lo sabe?

–Estaba en el baño. Escuché a alguien hablando, supongo que a su reflejo en el espejo. Dijo que lo haría.

–¿Reconoció la voz?

–No, lo siento. Tampoco me atreví a salir de la cabina. Creo que hablaba en serio. Por favor, dense prisa.

El timbre sonó. Las puertas de las aulas se abrieron y algunas personas invadieron el pasillo. Ni siquiera tuvieron tiempo de reparar en nosotros. Enseguida resonó el primer disparo.

–¡Wayne! –gritó Nina, tirando de mi brazo.

–¿Hola? –dijo la operadora–. Por favor, quédese en línea hasta que lleguen los oficiales, necesitamos saber qué está ocurriendo.

Un nuevo disparo desató el caos. Corté la llamada y me levanté arrastrando a Nina conmigo.

–Tenemos que ocultarnos –expliqué, ayudándola a caminar.

Pensé en ir hacia un lado, pero una nueva detonación me indicó que debíamos ir hacia el otro.

Necesitábamos ocupar el sitio que se me había ocurrido antes de que lo hiciera alguien más.

Los ruidos de los disparos se intensificaron. Los gritos y las corridas se esparcieron por el colegio. Los profesores intentaban mantener el orden; les pedían a los estudiantes que regresaran a las aulas, pero muy pocos les hacían caso. Tuve que empujar a unas cuantas personas para avanzar a contracorriente: mientras que la multitud intentaba dirigirse a la salida, yo tomé el sentido opuesto.

Entré al baño de varones. Tal como recordaba, había una cabina con un anuncio de fuera de servicio. Intenté abrirla; estaba cerrada. Estudié el tamaño de la abertura que quedaba debajo y la de arriba a la velocidad de la luz.

–Nina, ¿puedes meterte por debajo?

–¿Y tú?

–No quepo. Saltaré por arriba. Vamos, hazlo.

Se acostó de cara al suelo y comenzó a arrastrarse. Miré la puerta arrimada de los sanitarios y el cuerpo de Nina para controlar que estuviera ingresando. Cuando solo quedaban sus pies afuera, fui al cubículo de la derecha, me paré sobre el retrete y usé la fuerza de mis brazos para impulsarme sobre el muro y saltar del otro lado.

–Sube –ordené a Nina, señalando la tapa del retrete.

Quería que cupiéramos los dos de modo que yo quedara de espaldas a la puerta y Nina, detrás de mí, pero no fue posible. Tuvimos que acomodarnos en cuclillas de perfil a la abertura cerrada, muy juntos.

Su nariz volvió a sangrar en medio de la balacera y los gritos que llegaban desde los alrededores. Reuní un poco de papel higiénico del dispensador y volví a limpiarla.

–Tranquila –susurré–. No intentes controlar la realidad. No hay nada que puedas hacer para detenerla. Deja que suceda.

Alguien entró haciendo mucho ruido. Por sus quejidos de terror, supe que se trataba de una chica. Se introdujo en la cabina que estaba a la izquierda de la nuestra. Puso la traba a la puerta y permaneció allí, sollozando, agitada.

Nina se mordió el labio; supuse que intentaba contener el ruido que, por la manera en que lloraba, debió de estar haciendo. Sin apartar mis ojos de los suyos, le sequé las lágrimas con los pulgares. Tenía tanto miedo como ella, pero ayudarla me tranquilizaba un poco.

Los disparos comenzaron a sonar cada vez más cerca. Los gritos y las corridas, en cambio, se fueron aplacando. Al parecer, muchos habían logrado huir. Otros estarían escondidos. Varios, muertos o heridos.

Una vez, cuando teníamos trece años, nos habían mostrado un video sobre qué debíamos hacer en caso de que existiera un tiroteo en la escuela: si no podíamos escapar, debíamos ocultarnos, trabar las puertas y permanecer en silencio.

Me pregunté qué estaría haciendo la policía, si ya habría llegado. Todavía no había oído sirenas.

Las detonaciones se acercaban, implacables. Pronto comencé a escuchar también golpes en las puertas; era evidente que el atacante intentaba abrirlas. Supuse que logró invadir un aula cuando oí gritos y más disparos.

Escuché pisadas y un crujido en la puerta del sanitario. Nina temblaba de manera convulsiva. Le hice un gesto para que intentara contener la respiración. Un estruendo me hizo dar cuenta de que el atacante acababa de patear la puerta del cubículo junto al nuestro. La chica que se había ocultado allí gritó. Por los sonidos, supuse que bajó del retrete, quizás con la intención de correr, pero un disparo la acalló.

Nina se cubrió la boca, sin duda para evitar que el horror escapara por su garganta. Yo entré en un estado de shock que me hizo sentir mareado. Apreté los ojos y volví a abrirlos enseguida. Deseaba despertar de la pesadilla, pero todo era real. Tan real que podía sentir el corazón latiendo dentro de mi pecho, el miedo calando mis huesos, el olor a pólvora en mis fosas nasales.

Escuché ruidos en el cerrojo de nuestra puerta. Mi mano comenzó a temblar sobre la mejilla de Nina. Por favor, que se vaya. Que desista. Cuando oí los pasos avanzar hacia la siguiente cabina, sentí un pequeño alivio. Nada se comparó con el momento en que escuché que el atacante salió del baño.

Permanecimos en silencio, inmóviles, un rato. Noté que un hilo de sangre proveniente del cubículo de al lado recorría lentamente una de las juntas de las baldosas. Evité mirar para no morir de los nervios y para que Nina no se diera cuenta.

El ruido de las detonaciones me servía para deducir dónde podía estar el atacante. Cuando lo escuché bastante lejos y del lado que nos convenía para poder salir del edificio, me aproximé al oído de Nina.

–Saldré primero del mismo modo que entré.

–No –suplicó ella, sujetándome de la camiseta.

–No podemos seguir aquí. Tranquila. Te avisaré cuándo moverte. No mires la cabina de al lado. Prométemelo.

Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos. Las sequé una vez más y me paré sobre la tapa del retrete. Espié el baño: la puerta había quedado abierta, pero el ambiente estaba tranquilo. Salté del otro lado, salí de la cabina y estiré los brazos para ayudar a Nina por debajo.

–Oh, por Dios –susurró. Supuse que acababa de ver el hilo de sangre o a la chica herida.

–Date prisa –solicité, más para que dejara de mirar que porque creyera que el atacante volvería enseguida. Se oyó una nueva detonación. Continuaba lejos.

Nina salió y la ayudé a levantarse. La abracé contra mi costado, dejándola del lado opuesto a donde estaban las cabinas. Divisé a la chica con el rabillo del ojo, me dio la impresión de que estaba muerta. Me concentré en nuestro objetivo; si me fijaba en el entorno, entraría en crisis y eso no nos convenía.

Antes de salir del baño, miré hacia ambos lados del pasillo: estaba desolado. Apreté la mano de Nina y nos lanzamos a caminar a toda prisa, procurando no hacer ruido. Era difícil, pues había todo tipo de objetos en el suelo: útiles escolares, carteles, mochilas, un cuerpo.

Doblamos hacia el pasillo de los casilleros de colores, donde había más compañeros en el suelo, muertos o heridos. Miré el reloj de la pared al pasar: las nueve treinta y seis. Solo habían transcurrido unos pocos minutos desde que el tiroteo había comenzado, pero se sentía como una eternidad.

Me llamó la atención no oír más disparos. Quizás la policía había llegado sin utilizar sirenas.

Pensaba en eso cuando la figura de alguien alto, vestido con una cazadora militar, cruzó el pasillo transversal al nuestro. No alcancé a ver más. Tampoco lo necesitaba para saber quién era.

Empujé a Nina detrás del costado de los casilleros, contra una pared de la que pendía un extintor. Como no entrábamos juntos en un escondite tan reducido, yo fui del otro lado para quedar en la misma posición que ella, detrás de los casilleros que estaban enfrente, junto a una puerta.

Al mismo tiempo que su espalda tocó la pared, pisó un bolígrafo con la parte trasera de un pie.

El crujido se oyó como una manada de elefantes en el silencio de muerte que reinaba en el pasillo. Nina me miró, temblando de miedo. No había tiempo, tenía que idear rápido una manera de comprobar si el atacante había cambiado de opinión y, en lugar de dirigirse a la escalera, había escogido transitar una vez más nuestro pasillo. Lo más probable era que hubiera oído el ruido.

Extraje el móvil, activé la cámara frontal y lo apoyé contra la pared de modo que no lo viera el tirador, pero que yo sí pudiera divisar el pasillo.

Estaba detenido frente a la escalera. Cuando lo vi volverse hacia nuestro lado en lugar de continuar su camino, me sentí mareado.

El miedo me atravesó como un rayo. Mi cuerpo se transformó en latidos. Guardé el teléfono despacio y miré a Nina. Si el tirador nos descubría a ambos, los dos moriríamos. Era mejor que solo viera a uno de nosotros.

Muchas ideas pasaron por mi mente en una fracción de segundo: Rosa, mis padres, escenas de mi vida.

“No sé qué haya después de la muerte, pero estoy segura de que, donde sea que vayas, no sentirás dolor, sino paz y felicidad”.

Fue como si Nina leyera mi mente. Comenzó a hacer gestos exagerados de negación, mientras manifestaba un “no” rotundo con los labios.

Te amo, pensé. Gracias por haberme regalado los únicos meses que viví de verdad. Hoy me toca devolverte el acto. Recuérdame. Tan solo recuérdame.

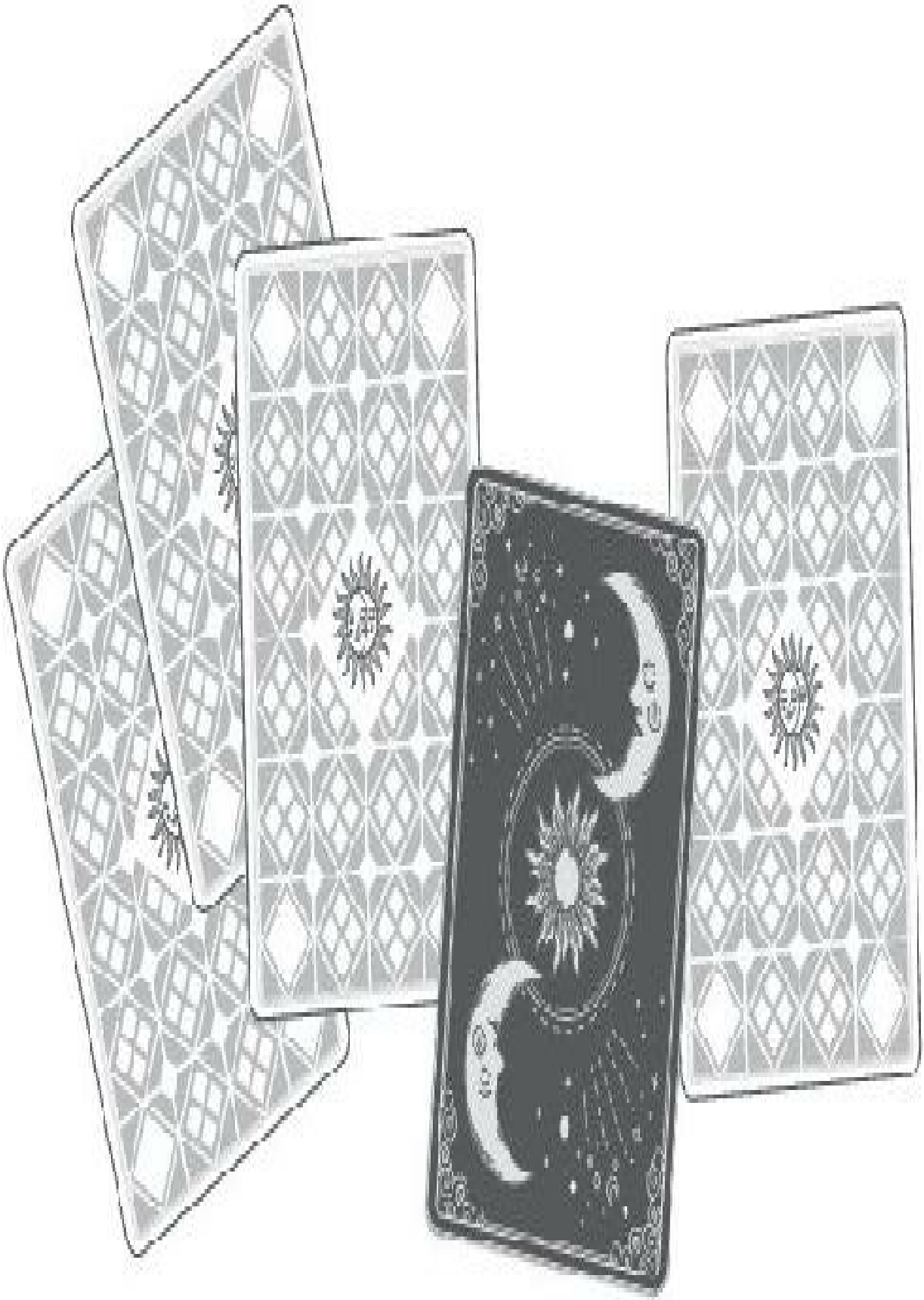
Salí del escondite sin temor, con una extraña sensación de entrega y calma.

El atacante me miró a los ojos. Por un instante, mientras me apuntaba, fuimos uno. Entonces disparó.

Lo último que vi fue el fogonazo.

Lo último que pensé, algo que había leído.

“No sentía miedo ni extrañaba lo que había dejado en mi vida terrenal. Estaba en la nada misma. Una nada llena de paz”.



35

Nina

CADA DETONACIÓN ME RECORDABA EL GLOBO QUE HABÍA ESTALLADO. Cada cuerpo que veía con una herida de bala, el café derramado sobre la camisa. Teníamos que alcanzar la salida.

Cuando Wayne dobló en el pasillo de los casilleros de colores, mi interpretación se materializó, aunque los cuerpos y la chica a la que el tirador le disparó en mi visión ya estaban ahí, como un cuadro sin movimiento.

De pronto, Wayne me empujó del lado opuesto al que se ubicó él, detrás del costado de los casilleros. Supe lo que estaba sucediendo de inmediato: había visto al atacante.

No me dio tiempo a reaccionar. Sentí algo debajo de mi zapato y un crujido se oyó como un estruendo. Acababa de pisar algo.

Miré a Wayne, desesperada. Él procuraba mantenerse tranquilo, pero percibí que estaba alterado. Extrajo el móvil y lo utilizó como espejo retrovisor en una maniobra arriesgada. Alcancé a ver que el atacante abandonó el camino que llevaba y, en cambio, se volvió hacia el pasillo en el que nos ocultábamos.

Wayne guardó el teléfono. Nuestros ojos se reencontraron. Una electricidad me atravesó: había mucho poder en su mirada. El poder de aquel que toma una decisión y que ya no le teme a nada.

La desesperación me consumió. Comencé a hacer gestos acentuados para que no hiciera lo que intuí que haría, para que no me dejara.

Ocurrió en una fracción de segundo. Dio un paso adelante, se plantó en medio del pasillo y miró al frente. En ese momento, el atacante disparó, produciendo con su arma un ruido ensordecedor.

Wayne cayó al suelo. Yo enceguecí de dolor y, presa de mi carácter impulsivo, me lancé junto a él. Arrodillada a su lado, me di cuenta de lo que acababa de hacer y alcé la cabeza despacio hacia el tirador.

Las botas de combate, los pantalones cargo negros, la cazadora militar, el colgante con la esvástica, el pasamontañas… Lo miré a los ojos, a esos ojos que había visto tantas otras veces, cargados de resentimiento y de dolor. Descubrí que se trataba de Jerry, y eso me sacudió.

Creí que me dispararía. Por un instante, pensé que mi vida acabaría. Pero Jerry dejó de apuntarme y apoyó el arma sobre el hombro como un cazador posando para una fotografía.

–Tú eres como yo –pronunció con calma y me dio la espalda.

Comenzó a caminar con aplomo hacia la escalera antes de que, en mi mente, se apagara el eco de su voz. En cuanto bajó el primer escalón y desapareció de mi vista, salí del trance que me había absorbido durante esos segundos y caí en la realidad. Yo no era como él, no quería más violencia. Pero otra parte de mí sí lo había sido. Solo nos diferenciaba el extremo al que podíamos llevar nuestro dolor.

Grité como nunca antes, dejando salir todo lo que me aprisionaba por dentro. Los años en los que había ocupado el lugar de una víctima, el peso de mi secreto, la tiranía del destino.

Miré a Wayne y le toqué el rostro, sin saber qué hacer. Comencé a moverlo con miedo a lastimarlo más. Clamé su nombre dos veces, pero no obtuve respuesta.

Llorando con el alma destrozada busqué su móvil en el bolsillo y llamé al 911.

–911, ¿dónde es su emergencia?

–Estoy en el tiroteo de la escuela. Mi novio está herido –clamé.

–¿Cómo te llamas?

–Nina Henderson.

–De acuerdo, Nina. ¿Estás a salvo? ¿Dónde te encuentras?

–Estoy con él en el pasillo de los casilleros de colores, en la primera planta. Estoy bien.

–¿Puedes ver al tirador desde el lugar donde estás?

–Se fue. Me dejó vivir.

–¿Le disparó a tu novio pero no a ti?

–Sí.

–Está bien. Tranquila. Enciérrate en alguna parte.

–No dejaré a mi novio solo.

–Tienes que protegerte.

–¡No lo haré!

–De acuerdo. La policía ya llegó, en este momento están entrando al edificio. ¿En qué parte del cuerpo está herido tu novio?

–En el pecho.

–¿Está vivo?

–¡Más vale que lo esté!

–Entiendo. Pero necesito que confirmes si lo está.

–¡No lo sé! Por favor, vengan rápido. Necesita ayuda. ¡Se lo ruego!

–Como te expliqué, los oficiales ya están allí.

Oí disparos. Muchos disparos. Pensé en Jerry y en que, quizás, acababa de morir. Eso me hizo llorar más.

–¡Por favor! –rogué.

–Los efectivos ya han tomado control de la situación. Ten paciencia, hay muchos heridos. Intenta comprobar si tu novio está vivo, te guiaré para eso. ¿Cómo se llama?

–Wayne Bennett.

–Para tomar sus signos vitales debes…

No podía escuchar más. Hice el teléfono a un lado, apoyé las manos sobre la herida intentando detener el sangrado y tan solo me acerqué al oído de Wayne.

–Te amo. Por favor, no me dejes. No vayas ahí. Sé que es bonito, pero no vayas. Te lo ruego. Quédate. Te necesito. Quédate conmigo.

No sé durante cuánto tiempo le hablé mientras la voz de la operadora me pedía a lo lejos que la oyera, que mantuviera la calma y que le tomara los signos vitales a Wayne. Más lejos aún, las exclamaciones agresivas de la policía y los llantos desesperados de los sobrevivientes se transformaron en el peor de los sonidos después de los disparos y los gritos que había provocado Jerry.

–¡Pon tus manos donde pueda verlas! –bramó un agente.

No me moví de mi posición en la que cubría la herida de Wayne. Tan solo alcé la cabeza, llorando, y lo miré.

–Traiga un doctor. Sálvelo –supliqué.

Manipuló el transmisor que pendía cerca de su hombro y solicitó un paramédico en el área B.

–No te muevas –ordenó, y continuó recorriendo el pasillo con el arma en alto.

–Solo era Jerry –indiqué.

–Es una revisión protocolar –me explicó otro agente.

Recogió el móvil del suelo, le dijo a la operadora del 911 que ya estaban al mando y cortó la llamada.

En poco tiempo llegaron dos paramédicos. Les dejé lugar para trabajar, pero no me fui. Esperaba escuchar que Wayne estaba vivo y que tenían que llevarlo con urgencia al hospital.

–Ven conmigo –pidió el agente que había cortado la llamada.

–No dejaré solo a Wayne –repliqué.

–Tienes que acompañarme –repitió.

–¡Le dije que no!

El único modo de arrancarme del pasillo fue llamando a una agente femenina que atrapó mis brazos en la parte baja de mi espalda y me forzó a retirarme llevándome con ella.

–¡Usted no lo entiende! –grité, luchando para liberarme–. Wayne no quiere estar solo. ¡Tengo que volver! ¡Déjeme regresar!

Al pie de la escalera, otra oficial la ayudó a trasladarme.

Me dejaron en un aula de la primaria, junto con un centenar de compañeros y varios profesores.

Fui a la puerta que custodiaba un agente masculino.

–Necesito salir –expliqué–. Por favor, ¡no quiero estar aquí!

–Ten paciencia. Les permitiremos abandonar el edificio cuando sea seguro.

–¡Déjeme ir!

No hubo caso. Los llantos y la desesperación palpitaban en cada rincón. Una chica se desmayó. Retrocedí, mareada y con ganas de vomitar, y me dejé caer junto a una banca.

Una doctora se acercó. Me hizo una revisión rápida y me preguntó cómo me sentía.

–Mal. Necesito salir de aquí –respondí.

–Tranquila –sugirió, sin darle importancia a mi pedido, y continuó revisando a otros. Un enfermero me entregó una toalla húmeda para que me limpiara la sangre de las manos.

Después de un largo rato, el director entró y comenzó a leer nombres de una lista. Permitió que diez personas salieran. La secuencia se repitió varias veces hasta que solo quedamos tres personas del último año en el salón: Paige, Brian y yo.

–Bennett, Wayne –dijo el señor Reynolds.

–Está herido en la primera planta –respondí.

Paige me miró. Tragó con fuerza y volvió la cabeza hacia adelante, como si hubiera tomado conciencia de la gravedad de la situación.

El director sabía bien quién era yo, pero aun así me nombró. También a Jerry. Supuse que se trataba de otro protocolo, como cuando la policía había recorrido el edificio con la premisa de que podía haber otro tirador.

Cuando me permitieron salir, intenté ir hacia las escaleras. Por supuesto, un agente me lo impidió.

–Por favor, mi novio quedó herido arriba, necesito saber si está bien.

–Ya no quedan heridos en el edificio –aseguró.

Supuse que, entonces, solo quedarían muertos.

Una celadora se aproximó y me pidió que la siguiera. Me llevó al exterior por una salida de emergencia. Cuando vi a mi padre, me flaquearon las rodillas. Se lanzó a correr hacia mí y me abrazó.

–¡Nina! –exclamó, llorando–. ¡Oh, Nina, Nina, Nina!

Su amor y el que yo sentía por él nos inundó. Lo que había ocurrido en esas últimas horas cayó sobre mí con un peso que me derrumbó. Le conté que Wayne había sido herido. Era tal mi estado de nerviosismo que terminé en el hospital con una sedación.

Muchas imágenes extrañas pasaron por mi mente mientras estaba adormecida. Más señales que no había percibido se conectaron, pero sin indicar una premonición exacta. Eran como partes de un todo: mi padre biológico militar y la cazadora de Jerry, el 911 del modelo del coche de Wayne con el número de emergencias… Esas señales siempre habían estado ahí, al alcance de mi vista, solo que no me había dado cuenta.

Al salir del hospital, ya era de noche. Le pedí a mi padre que, en lugar de ir a casa, me llevara a lo de Wayne. Mientras conducía, le pedí también que me prestara su móvil; el mío se había perdido en la escuela.

Busqué información sobre el tiroteo. Encontré que Rafe había transmitido la noticia en vivo y se había dado cuenta frente a las cámaras de que se trataba de la escuela de su hijo.

Miré el video.

–Tenemos noticias de último momento –anunció–. Se ha reportado un tiroteo en el colegio… –Se interrumpió. Palideció–. Lo siento, es la escuela de mi hijo. Tengo que irme. Lo siento.

Se levantó del asiento. Cambiaron la cámara a su compañera, que lo observaba alejarse con

expresión de angustia y desconcierto.

–Oh, por Dios –balbuceó, boquiabierta–. Esto no estaba previsto –dijo a la cámara–. Esperemos que todos estén a salvo. –Y continuó dando la noticia como pudo.

Tan solo encontré números: catorce muertos, veinticuatro heridos. Jerry había sido abatido. Las pericias preliminares indicaban que, hacía seis meses, se había involucrado en un grupo neonazi por internet. Había entrado armado al colegio, se había dirigido al sector de la secundaria y había iniciado el tiroteo en el pasillo durante un receso.

Dejé de leer cuando volví a sentirme descompuesta.

En cuanto mi padre detuvo el automóvil frente a la casa de Wayne, abrí la puerta. Hice sonar el timbre varias veces seguidas. Rosa respondió con sollozos.

–Soy Nina. Necesito saber de Wayne.

Se acercó a la verja poco después.

–No sé nada –explicó, llorando–. Llamé a sus padres varias veces pero no contestan. Si tú sabes algo, por favor, avísame –rogó, entregándome un papel. Lo miré rápido: había anotado su número y el de los padres de Wayne.

–Papá, dale tu teléfono –solicité y volví a ella–. Si sabes algo, necesito que me lo comuniques también.

Mientras mi padre conducía de regreso a casa, yo insistí llamando a los padres de Wayne una y otra vez.

En cuanto llegamos, papá me sugirió que parara.

–No puedo. Necesito saber.

–Si tú estuvieras herida, yo tampoco podría responder. Ten paciencia. Encontrarán tus llamadas perdidas y te contactarán en cuanto puedan. ¿Por qué no intentas descansar un poco? ¿Quieres que me quede contigo en tu dormitorio por esta noche?

–Necesito estar sola.

–Nina, te lo ruego: no hagas nada sin consultarme primero. No salgas, no llames a nadie, no busques información…

–Tan solo quiero ir a mi habitación –repliqué.

–Está bien.

Volvió a abrazarme, me besó en la cabeza y me dejó ir.

Solo encendí la lámpara circular de la mesa de noche, más luz me habría molestado. Cada rincón me recordaba a Wayne y alguna de nuestras conversaciones. Recogí el osito que descansaba sobre la cama, el que él me había regalado. Me senté, lo abracé y me eché a llorar, desconsolada.

"¿Qué haré con un osito de peluche?". "Recordarme".

La voz de Wayne resonaba en mi mente con la misma fuerza que una premonición. Si no existía el tiempo, los recuerdos solo eran una ilusión. Quizás también la muerte.

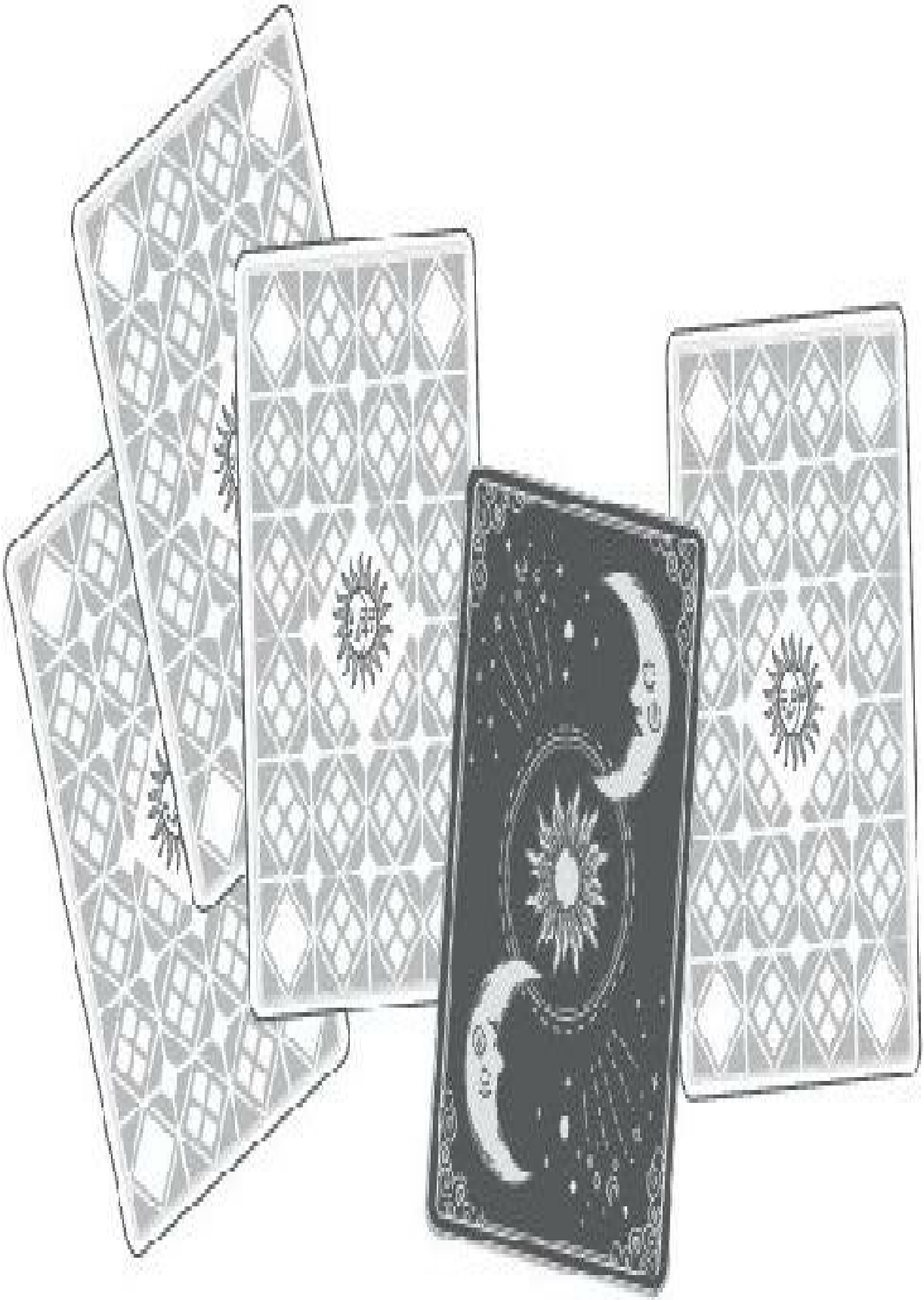
"Alguna vez tendremos los recuerdos que dejaremos en otros, por eso debemos crear memorias buenas".

"¿Qué es esto?". "Nuestros futuros recuerdos".

Me di cuenta de que todo lo que Wayne había hecho en ese tiempo era eso: construir recuerdos. Vencer la muerte viviendo para siempre en la memoria de otra persona.

Entendía la estrategia, pero yo no necesitaba recuerdos. Lo necesitaba a él.

Te amo, repetí. Por favor, no me dejes. No vayas ahí. Sé que es bonito, pero no vayas. Te lo ruego. Quédate. Te necesito. Quédate conmigo.



36

Nina

LA VOZ DE MI PADRE ME HIZO DESPERTAR DE GOLPE. Lo primero de lo que me percaté fue de que ya era de día. Me había dormido abrazada al osito.

–Nina, los padres de Wayne están en la sala.

Solté el peluche y me senté. Por levantarme rápido, me mareé y di un paso atrás. Mi padre me sostuvo del codo y pidió que tuviera cuidado. Me espabilé enseguida y corrí escaleras abajo seguida por él.

Por la expresión en los rostros de Julia y de Rafe supe que algo no iba bien.

–Hola –dije–. ¿Cómo está Wayne?

Julia tomó la palabra.

–El disparo afectó su corazón y los pulmones –expresó, acongojada–. Necesita ventilación mecánica. Está intubado y en coma inducido. Las primeras horas son críticas. Puede que evolucione para bien o que… muera. –Hizo una pausa dolorosa–. No sabemos por cuánto tiempo se prolongará la situación. En la unidad de cuidados intensivos se permiten visitas en cualquier momento. En caso de que su estadía allí se extienda, estamos preparando un esquema para que todos los días vaya alguien. Yo estaré allí los lunes y los miércoles. Rafe irá los viernes y los domingos. Rose, los sábados. Creemos que eres una persona muy importante para nuestro hijo, por eso pensamos que tú, si quieres, podrías ir los martes y los jueves. Si otros amigos desean verlo, podrán hacerlo en cualquier momento.

–Sí, claro que quiero ir –respondí, muy nerviosa–. ¿Eso es todo? ¿Qué harán los médicos para que mejore?

La madre de Wayne apoyó una mano en mi antebrazo, mezclando su angustia con la mía.

–Ya hicieron todo lo necesario. Solo resta esperar.

–Estamos yendo a la estación de policía. ¿A ustedes también los citaron? –consultó Rafe. Mi padre asintió–. Podemos ir juntos.

–Nina tiene que prepararse. Ustedes deben estar muy cansados para esperar –contestó Sam.

–No hay problema; llevamos tantas horas sin dormir que ya perdimos la cuenta –intervino Julia–. ¿Tendrás un poco de café?

Mientras los padres de Wayne y el mío conversaban en la sala, me dirigí al cuarto y busqué ropa limpia para darme una ducha. Me senté en la orilla de la cama; nunca me había sentido tan abatida. Algunos recuerdos de lo ocurrido el día anterior me invadieron. Los reprimí enseguida. Estar acostumbrada a predecir tragedias me ayudaba a mantener a raya el pánico que, por momentos, me atacaba.

Mi condición era una ventaja en más aspectos. Intenté pensar de manera estratégica. Seguí el patrón del destino y creí encontrarle sentido. Si Loreena había ocupado el lugar de Wayne en el accidente, era probable que a él le ocurriera lo mismo que a ella. Pasaría una temporada en el hospital y luego saldría adelante. Le quedarían secuelas, pero sobreviviría. No sería fácil, aunque era mejor que morir. ¿O no?

Fui honesta conmigo misma: dependía del tipo de secuelas.

Apoyé la cabeza en las manos, respirando con dificultad. Deseaba con todo mi ser que Wayne viviera pero ¿a qué precio? Si bien no quería su muerte, tampoco que padeciera resultados irreversibles que jamás le permitieran ser feliz o, quizás, ni siquiera volver a moverse o pensar.

Logré contener un ataque de nervios antes de que me atrapara por completo. Era mejor no adelantarse a los acontecimientos.

En la estación de policía, el inspector me pidió que describiera los hechos que había presenciado en la escuela y luego me hizo algunas preguntas.

–¿Conocía a Jerry Belanger?

–Sí. Era nuestro compañero, compartía varias clases con él.

–Cuando usted llamó al 911 dijo que, si bien se encontraron, la dejó vivir. ¿Tiene idea de por qué lo hizo?

–Dijo que yo era como él. Se refería a que los dos éramos víctimas de acoso escolar.

–Wayne Bennett también llamó al 911, de hecho la suya fue la primera alerta que recibimos del tiroteo. ¿Usted se hallaba con él cuando dio el aviso?

–Sí.

–Entonces está al tanto de que mencionó que escuchó a alguien hablando consigo mismo en el baño acerca de lo que iba a suceder. El asunto es que las cámaras de seguridad muestran que Jerry Belanger llegó más tarde esa mañana, se metió en la escuela justo antes del receso e inició el tiroteo en el área de la secundaria sin pasar por el baño. Por esa razón, la policía buscaba otro tirador, uno que nunca apareció. Entonces, ¿a quién oyó Wayne Bennett o por qué mintió? ¿Qué puede decirnos usted al respecto?

–No tengo idea.

–Algunos estudiantes nos contaron que usted salió corriendo de su clase y que irrumpió en la de Wayne justo antes del atentado. ¿Por qué lo hizo?

–Me sangraba la nariz y pensé que mis compañeros se burlarían de mí por eso, como hacían desde que teníamos trece años. Wayne me ayudaba a superar el asunto del acoso. Hace mucho fui diagnosticada con fobia social leve. Unos días atrás se distribuyó un video íntimo nuestro. Combine todo eso: me avergonzaba cualquier cosa que pudiera hacer que la gente se fijara en mí. Me desesperé ante el sangrado y fui a buscarlo para que me asistiera.

Miró unos papeles.

–Hace unos meses existió un accidente del que Wayne estuvo a punto de formar parte. Un testigo afirmó que la oyó a usted decirle que, si subía al automóvil que colisionó con una cafetería de la zona, moriría. Curiosamente, irrumpió en su clase justo antes de que fuera herido. ¿Tiene algo que decir al respecto?

–El asunto de esa frase ya fue aclarado. No sé qué decirle de esto más que lo que ya expliqué antes. ¿Qué sugiere? ¿Que puedo ver el futuro? –Reí con los ojos llenos de lágrimas. Una se derramó. Pensar en lo que había ocurrido me angustiaba demasiado.

–No, claro que no –consintió él, revisando los papeles de nuevo–. Está bien, es suficiente. Gracias por su ayuda, señorita Henderson. Lamento sus pérdidas y espero que su novio se recupere.

–Gracias. ¿Puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto.

Suspiré, temblando.

–Es acerca de Jerry. Supe por las noticias que, como no deponía el arma que yo vi y otra que extrajo de la cazadora, la policía tuvo que abatirlo. Me preguntaba si sabe algo de su funeral.

–¿Por qué le interesa ese asunto?

Me resultó imposible seguir conteniéndome y comencé a llorar.

–Lo odio por lo que hizo. Estoy furiosa con él. Nada justifica sus acciones. Sin embargo, creo que, de alguna manera, fue otra víctima. Tal vez, si alguien lo hubiera ayudado en lugar de molestarlo o hacer de cuenta que no existía, esto no habría ocurrido. La violencia solo genera más violencia.

–Entiendo. Es muy madura, señorita Henderson. Lamento no estar autorizado a develar esa información. Podrá encontrar los datos del funeral de las demás víctimas en el comunicado que, según se nos ha informado, emitirá el colegio. Debería llegar al correo electrónico del tutor registrado en su expediente.

–Está bien. Se lo pediré a mi padre. Gracias.

Cuando salí de la oficina, Sam me abrazó. Esperamos a que los padres de Wayne conversaran con el inspector y volvimos a su automóvil. Antes de despedirnos, me dieron la dirección del hospital.

Una vez en casa, le pedí a mi padre que revisara el correo electrónico. El comunicado del colegio había llegado. Comenzaba con un escrito en el que la comunidad educativa manifestaba un gran dolor y condolencias por la tragedia. Sin embargo, por algunas frases, me dio la impresión de que las autoridades pretendían eximirse de su responsabilidad en lo ocurrido; jamás reconocerían que no habían atendido ciertas problemáticas a tiempo. Por lo menos anunciaban que, a partir del año siguiente, cambiarían de director y de consejero estudiantil e intentaban llevar tranquilidad sobre las últimas semanas de clases. Retomaríamos el lunes. Debíamos concurrir con nuestros padres en diferentes horarios según el curso para una reunión conmemorativa e informativa.

Por último estaba la lista de las personas fallecidas y los heridos. Tal como el inspector aseguró, habían escrito los datos de los funerales, pero no el de Jerry. Al principio pensé que no lo hacían para continuar ocultando sus negligencias: si nadie veía al alumno que había causado el problema, los demás responsables no serían vistos. Luego se me ocurrió que, quizás, lo hacían para proteger a la familia Belanger: era posible que algunos sabotearan el funeral por el dolor de haber perdido a sus seres queridos, y eso solo habría reavivado la violencia. No podía creer que tuviera que ocurrir un hecho tan terrible para que tomaran conciencia.

Leyendo la lista de muertos y heridos me di cuenta de que varios de ellos eran o habían sido acosadores alguna vez, pero otros, no. Jerry incluso había herido a dos profesores y a un estudiante de primer año de secundaria que, apostaba, ni siquiera conocía. Sin duda el caos le impidió seleccionar bien los objetivos y terminó desquitándose con quien pudiera. Pensé en la chica del baño. Desconocía su identidad; solo esperaba que se hallara en la columna de los heridos, como Wayne, y no en la otra.

Acaricié su nombre como si se tratara de él.

–Papá, voy a salir –anuncié.

–¿A dónde vas? –preguntó.

–A ver a Wayne.

–Nina, te dijeron los martes y los jueves. Que Julia y Rafe hayan dispuesto un cronograma tiene una razón: cualquier persona enloquecería todos los días ahí. Por favor, prométeme que…

–No pasaré todos los días ahí, te lo prometo.

–En ese caso, yo te llevaré.

–Prefiero ir en mi auto.

–Dije que te llevaré y no tienes opción.

Mientras conducía, le avisó a Allen que tardaríamos un poco más de lo previsto en regresar a casa. Le pidió que entrara con sus llaves y que aguardara por nosotros allí. Como usaba el altavoz del móvil, escuché que su pareja preguntaba por mí. Mi padre le dijo que me encontraba mejor.

Me acompañó hasta la sala de espera de la recepción de internación. Tras anunciarme, fui al elevador sola. Mientras subía, temblaba de nervios. En la unidad de cuidados intensivos me explicaron que una persona ya estaba en la habitación de Wayne y que, si yo iba a quedarme, quien se encontraba allí tenía que salir.

Golpeé a la puerta para no invadir. Tenía un nudo en el estómago. No me sorprendió que Rosa abriera; sabía que no se quedaría solo con los sábados.

–¡Nina! –exclamó–. No te avisé porque los padres de Wayne me dijeron que te informarían. Veo que lo hicieron.

–Sí. ¿Puedo pasar?

–Por supuesto, pero… ¿estás segura? Lo que has vivido es muy duro. ¿Te sientes fuerte?

–Sí –aseguré, aunque no fuera cierto.

Rosa salió dejando la puerta entreabierta. Respiré hondo, apreté los labios y avancé con escalofríos.

Ver al chico que amaba en esa cama me destrozó. Tenía un tubo en su boca, otro en su nariz, agujas y cables que lo conectaban a las máquinas que lo ayudaban a sobrevivir. El monitor cardíaco emitía un sonido constante y monótono que me heló el cuerpo. Una persona tan atlética, alegre y llena de energía no debía terminar en ese sitio. Algo tan pequeño como una bala no podía terminar con la inmensidad de un ser humano.

–Hola –susurré y me aproximé rápido a la cama. Lo besé en la frente. Estaba tan frío…

Di un paso atrás y caí en la silla, llorando. Cubrí mi boca para no hacer ruido. Tomé su mano, acaricié sus dedos, supliqué para mis adentros que no se fuera. Le había prometido a mi padre que solo sería un momento, así que procuré calmarme y aprovechar mis instantes junto a Wayne para transmitirle lo que quería.

Te amo. Por favor, no me dejes. No vayas ahí. Sé que es bonito, pero no vayas. Te lo ruego. Quédate. Te necesito. Quédate conmigo.

Lo repetí tantas veces que se convirtió en un mantra.

En casa esperaba Allen. Me abrazó con fuerza. Lagrimeaba.

Pasé un rato con él y con mi padre comiendo el pastel que Allen había comprado para agasajarme y luego me dirigí al dormitorio. Encendí el ordenador y busqué la página del psiquiatra de Nueva York. Le envié un correo electrónico y volví al buscador.

Encontré más noticias sobre el tiroteo. Aunque sabía que no todo lo que se decía en la prensa era cierto, gracias a esas notas me enteré de mucho más. La policía había hallado un diario en la casa de Jerry. En él escribió una lista de personas que debía matar para "purificar el mundo" y otras ideas extremistas. Me pregunté si acaso el nombre de Wayne aparecería en ese cuaderno. De ser así, ¡cuánto se podía equivocar una persona cuando juzgaba con la mirada en el pasado y en las apariencias!

Entre tantos datos, encontré que un reportero había filtrado los del funeral. Al mismo tiempo, recibí un correo. El ayudante del doctor Smith me brindó un enlace para una llamada de video a la que debía conectarme en quince minutos.

Le avisé a mi padre que hablaría con alguien y que por eso cerraría la puerta con llave.

–Nina… –murmuró, preocupado.

–Es importante, perdona –respondí e hice lo que le había anunciado.

Me conecté a la llamada de video a la hora acordada. El doctor estaba esperándome.

–Hola –dije–. ¿Se enteró de lo que ocurrió?

–Por supuesto. ¿Cómo te sientes?

–Angustiada, temerosa… Y con sentimientos encontrados.

–¿Quieres hablar de eso?

–Necesito hablar de muchas cosas. Solo usted puede ayudarme. –Me humedecí los labios, cabizbaja. Era difícil verbalizar mis pensamientos. Comencé a llorar–. Tuve una premonición sobre el tiroteo. La reprimí, por supuesto. Lo más perturbador para mí fue que podía resistir ver a la gente morir, pero no la perspectiva desde la que sentía los hechos.

–¿Quién eras en la visión?

–Era el tirador.

Se produjo un instante de silencio. Extraje un pañuelo de papel de una caja que estaba sobre el escritorio y me sequé la nariz.

–¿Quieres hablar de esos sentimientos?

–Sí. Sentí todo lo contrario a lo que experimenté cuando la visión se concretó: placer en la venganza, que estaba haciendo un acto de justicia. Es curioso porque, habiendo asumido su

perspectiva, no supe de quién se trataba hasta que lo tuve frente a frente en la realidad. Eso tiene que significar algo.

–¿Qué significado le encuentras?

–Jamás pensé que algo así pudiera ocurrir en mi escuela, ni siquiera en este país. Siempre que escuchaba noticias sobre tiroteos escolares sucedían lejos. Pero pueden ocurrir en cualquier parte. Jerry no era alguien de otro planeta. Era un chico como Wayne y como yo.

–Es posible que tuviera una patología sin atención.

–¡Justamente! Si en lugar de molestarlo o ignorarlo, alguien lo hubiera ayudado, el tiroteo quizás no habría existido. Tengo sentimientos encontrados. Lo odio y a la vez creo que todo el sistema falló. De haber servido, Wayne no estaría en el hospital, al borde de la muerte.

–Nina, siempre supiste que eso era lo más probable que ocurriera con él. El conocimiento ayuda. Es como cuando un ser querido padece una enfermedad terminal: nuestra mente se va preparando para lo inevitable. En cambio, si la persona muere de manera abrupta, el duelo cuesta más.

–Pero en el accidente otra chica tomó su lugar.

–No funciona de esa manera, nadie toma el lugar de nadie.

–¿Cómo lo sabe? Loreena, la chica, no estaba en mi interpretación.

–Las interpretaciones son parciales. Quizás no la viste, pero igual iba en el coche.

Tragué con fuerza, incapaz de discutir una posibilidad tan certera.

–Usted dijo que no existe el tiempo –murmuré–. Entonces, quizás haya una manera de que pueda volver.

–¿“Volver”?

–Sí. Retroceder y evitar el tiroteo.

Suspiró con los ojos cerrados.

–Los intérpretes pueden percibir e interpretar señales, pero no cambiar los hechos que ya se concretaron.

–¿Alguna vez alguien lo ha intentado? ¿Algún intérprete intentó hacer lo que le estoy proponiendo?

–No, porque tal cosa no existe. Debes aceptar los acontecimientos. De lo contrario, sufrirás todavía más. Eres solo una persona, no puedes controlarlo todo. Sí eres capaz de entrenar tu mente. Trabaja en ella.

Como hablar con el psiquiatra no me bastó, la desesperación me llevó a recurrir a métodos no científicos. Tomé el mazo de tarot y simplemente pregunté si Wayne se recuperaría.

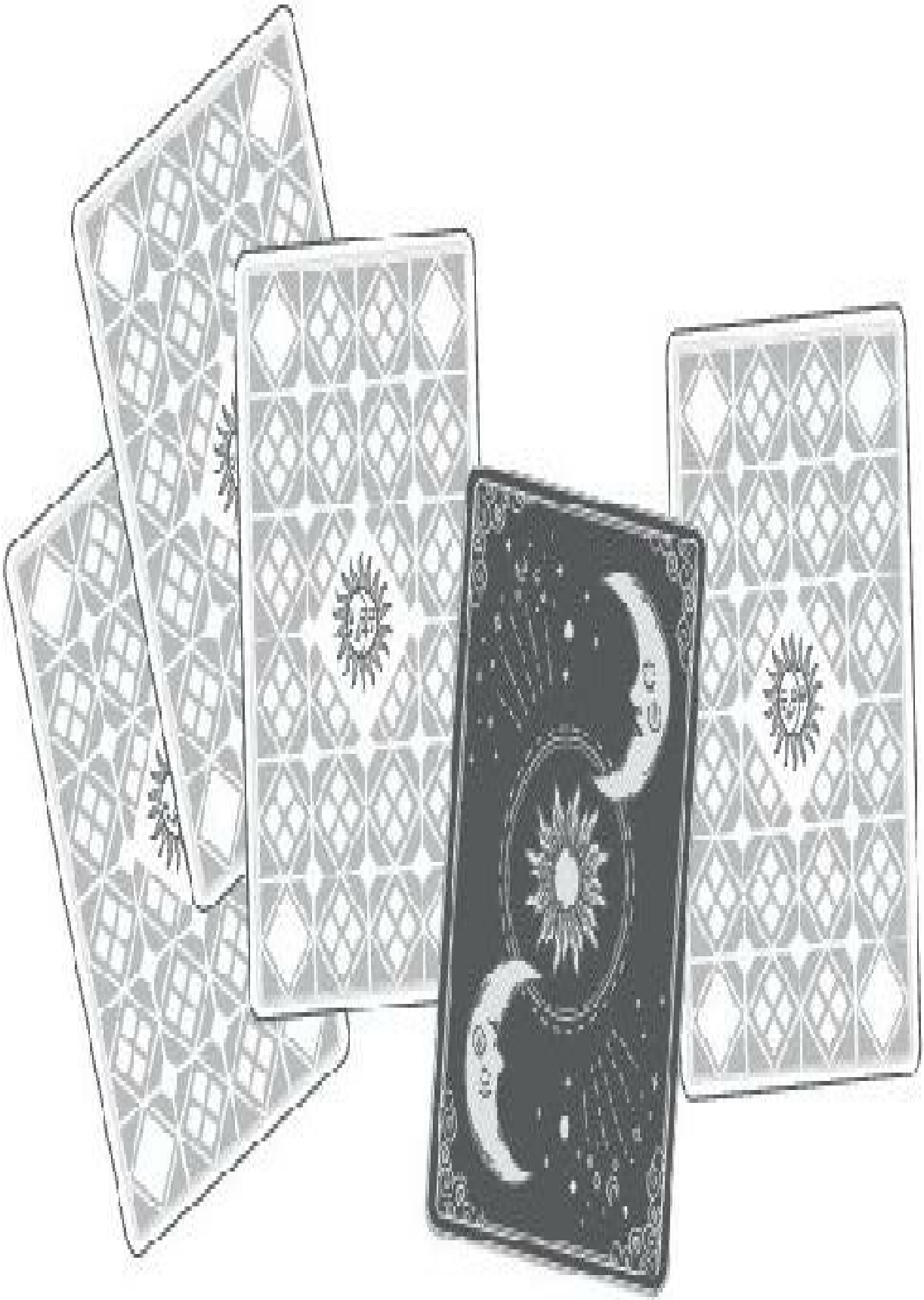
El sol en el sujeto, el tres de bastos en el ambiente, el loco en la respuesta. Odiaba esa carta, era el vacío mismo. Hablaba de un inicio en el que todo podía suceder. Wayne seguía resplandeciendo. Quizás, donde sea que estuviera mientras su cuerpo se hallaba en reposo y su conciencia, ausente, se encontrara bien. El tres de bastos me confundía un poco, porque no veía nada apasionado en esa situación. Tal vez se refería a acompañarlo en un momento difícil de salud. Tenía que ser eso, porque el contexto nos implicaba a todos los que lo amábamos. Tampoco lo esotérico podía darme una respuesta, así que guardé los naipes y le hice caso al psiquiatra: me dediqué a mi mente. Tenía que ser fuerte.

A la mañana siguiente, antes de que mi padre y Allen despertaran, les dejé una nota sobre la mesa del comedor y salí de la casa. Conduje hasta el cementerio donde se suponía que se realizaría el funeral de Jerry y busqué la capilla.

En el interior había una enorme fotografía de mi compañero junto al cajón cerrado, así que no tuve dudas de que se trataba de su responso. Intuí que poca gente lo despediría. Jamás imaginé que solo estarían allí su madre, su padre y quien supuse que sería su hermano menor.

Me mantuve alejada, escondida detrás de una columna, lagrimeando. Por un instante, deseé que reviviera para molerlo a golpes por lo que había hecho. Sentí que nada bastaría para mitigar mi dolor y la ira. Sin embargo, mientras el sacerdote hablaba, pensé algo muy distinto:

Ojalá te hubieran ayudado a tiempo. A pesar de lo que hiciste, espero que, donde sea que vayas, encuentres paz y amor.



37

Nina

VOLVER A LA ESCUELA FUE DEMASIADO DURO. MI PADRE Y ALLEN me acompañaron en el acto conmemorativo y en la reunión informativa. Como a mi grupo le tocó asistir a las once de la mañana, que era el último turno, cuando me despedí de mi familia y me encaminé al edificio principal, encontré que el camino de ingreso estaba rodeado de fotografías, flores y velas encendidas que habían dejado los chicos que habían entrado antes.

El sector de los heridos era bastante amplio. Entre ellos estaba el de Wayne. Verlo tan cerca de los muertos me revolvió el estómago. Su fotografía de capitán del equipo de softball estaba rodeada de notas en las que todos le deseaban una pronta recuperación. “¡Te extrañamos!”, “Regresa pronto”, “No te rindas”. Dejé de leer en cuanto comencé a sentirme mareada. Su sonrisa luminosa me acompañó hasta la puerta de entrada. Por favor, necesito verla una vez más, rogué para mis adentros. Lo extrañaba más que a nada.

Dentro del edificio, me pareció que las paredes se cerraban y que me estaba ahogando. Alcancé a ver algunos carteles con insultos hacia Jerry pegados en su casillero. Dos encargados de limpieza estaban removiendo uno en color negro, con la esvástica hecha en tinta roja chorreada que imitaba la sangre. Lo acompañaba una horrible escritura con aerosol: “Hitler debió seguir vivo para matar a los hijos de perra como tú”.

Apuré el paso, a punto de vomitar. No sé cómo logré resistir sin quebrarme, solo con la garganta cerrada y los ojos húmedos.

Cuando entré al aula y vi la banca de Wayne llena de objetos que nuestros compañeros habían dejado para él, deseé correr lo más lejos posible. Distinguí una pelota de softball, una vela y un par de fotografías. También había objetos en la banca de un compañero que había muerto y en el escritorio del profesor.

En ese momento, pensé que las tres semanas que quedaban hasta terminar las clases se harían interminables. Si hubiera podido evitarlas, lo habría hecho. Quería cerrar los ojos, abrirlos y que todo fuera como antes.

Durante la primera clase del día, lo único que hizo la profesora fue ceder la palabra a quienes quisieran expresarse y responder con toda la comprensión de la que era capaz las dudas y temores. La mayoría lloraba. Yo permanecí con la mirada fija en mi carpeta de dibujos. Prefería mantenerme ausente de esa realidad tan dolorosa.

–Seguro ya se lo explicaron en la reunión informativa, pero tendrán la opción de recibir atención psicológica gratuita. También los profesores estamos abiertos a lo que necesiten conversar, solo

tienen que pedirlo.

Sentí una mezcla de ira e impotencia. Hubiera querido que atendieran antes los problemas que sufríamos, no ahora que una tragedia había ocurrido. Giré la cabeza y me quedé mirando la banca de Wayne tanto tiempo que mis ojos se nublaron y comencé a respirar mal.

–Nina –me llamó la profesora–. ¿Necesitas ir con el consejero?

¿Ahora le importo?, pensé. ¿Ahora me mira?

–No, gracias –contesté y me enfrasqué en un dibujo.

Aunque nadie se atrevió a molestarme ese día y dudaba de que lo hicieran de nuevo alguna vez, me volví más invisible que nunca. Tan solo intentaba controlar el miedo a que alguien entrara al aula y comenzara a dispararnos, rogaba que los padres de Wayne no llamaran al móvil de Sam para decir que se había ido y contaba las horas para que llegara mi turno de verlo.

La fiesta de graduación se canceló y, en su lugar, mis compañeros acordaron hacer una reunión conmemorativa. No me importó en lo más mínimo, pues no pensaba asistir de todas maneras. No le encontraba sentido.

El consejero escolar me citó. Dijo que consideraba mi caso urgente porque había estado cara a cara con Jerry y había visto a Wayne ser herido. Volví a pensar que no necesitaba atención en ese momento, que hubiera sido mejor recibir ayuda antes, cuando los demás me acosaban, al igual que a Jerry y a tantos otros. Me limité a responderle “sí”, “no” y “gracias” para que me dejara ir lo más rápido posible.

No vi a Paige, Peter ni Jasper. Supuse que, quizás, habían acordado ausentarse. Los amigos del equipo de Wayne, en cambio, se acercaron para saludarme cuando me iba.

En casa, mi padre y Allen me esperaban; los dos habían solicitado licencia en el trabajo para pasar tiempo conmigo.

–Nina, quizás sería bueno que aceptaras las consultas psicológicas –sugirió Sam–. La terapia te hizo bien cuando eras una niña. No tienes por qué concurrir con el profesional que te asigne la escuela, podemos buscar otro.

–Ya tengo uno, no te preocupes –respondí.

–¿Cómo que tienes uno? ¿A qué te refieres?

–Conozco un psiquiatra. Converso con él cuando lo necesito. Es el único que puede comprenderme realmente.

Se quedó boquiabierto.

–¿De dónde salió ese hombre? ¿Lo conozco? ¿Puedes presentármelo? Es la mente de mi hija la

que está analizando.

–Papá, soy mayor de edad. Tengo derecho a elegir el profesional para tratarme y a que tú no lo conozcas. Lo siento.

–Solo intento protegerte.

–Lo sé y te lo agradezco. Por ahora, eso es todo lo que puedo y quiero contarte. Iré a dormir. Estoy muy cansada y mañana me levantaré temprano para ir al hospital. Es mi día con Wayne. Prefiero pasar todo el tiempo posible con él, así que no iré al colegio.

–De eso también queríamos hablarte –intervino Allen.

–Hace unos días me pediste que te cambiara de escuela –expuso mi padre–. Ante estas circunstancias, estoy dispuesto a hacerlo.

–No hace falta –aseguré–. Con lo que ocurrió, nadie recuerda siquiera que ese video existe.

–No lo haría por el video. No quiero imaginar lo que sientes al entrar en ese edificio después de lo que sucedió.

–Lo sé. En el aula, me la paso pensando que alguien entrará a dispararnos y no me he atrevido a pisar el pasillo donde ocurrió lo de Wayne. Mañana tendría que hacerlo para llegar a una clase, pero ya te dije que no iré. Solo faltan tres semanas y, mientras Wayne siga en cuidados intensivos, los martes y los jueves me ausentaré para pasar todo el tiempo con él. Descontando hoy, eso nos da un total de solo ocho días. Me las ingeniaré.

–Si aceptas, me gustaría regalarte un móvil –ofreció Allen.

–Gracias. Me vendría muy bien.

Volver a la terapia intensiva fue duro, pero no tan devastador como la primera vez. Me acerqué a Wayne, le di un beso en la frente y sonreí junto a su piel.

–Hueles muy rico –susurré, acariciándole las sienes–. Supongo que alguna enfermera te higienizó con una toalla perfumada. Espero que no sea muy sexy o me pondré celosa. –Me senté en la silla que estaba junto a la cama y le tomé la mano para jugar con sus dedos–. Creo que nunca te lo conté, pero a veces me sentía insegura frente a otras chicas que, sabía, se sentían atraídas por ti. Por suerte, ninguna tiene mis pechos, así que no me cambiarías por ellas.

Continué hablando, sonriendo y lagrimeando por momentos hasta que me ardió la garganta. Aunque había leído que los pacientes no oían las voces del exterior en el estado de coma, deseaba que el alma de Wayne sí me escuchara. También pensaba que, quizás, en algún momento la sedación disminuiría un poco, lo cual le permitiría tomar cierto contacto con el entorno.

Antes de irme, volví a repetir el mantra.

Informarse, a veces, era peor que seguir en la ignorancia. Hice averiguaciones sobre el coma inducido. Encontré que cada día que pasaba, si bien implicaba mayores posibilidades de que la muerte no aconteciera en lo inmediato, aumentaba los riesgos de secuelas por la inconsciencia. Claro que, al ser administrado por los médicos, las consecuencias no podían compararse con las de alguien que quedaba en ese estado de manera natural por una lesión cerebral, por ejemplo. Sin embargo, la fantasía de despertar del coma y volver a la vida como si nada solo ocurría en las películas.

El tiempo comenzó a extenderse. Y así como concurrir al colegio se hizo más llevadero, también ver a Wayne en ese estado. Para no aburrirme, llevé cosas que le gustaban. Miré un partido de softball a su lado y jugué por él a las carreras con el móvil que me regaló Allen.

–Me convertiré en una experta –comenté, girando la cabeza para mirarlo. Soñaba con que un día me diera la vuelta y él me sonriera.

La semana siguiente, comencé a leerle un libro de esos que le interesaban.

–“Cuando llegué al hospital jamás imaginé que despertaría recién en dos semanas. Este libro es mi testimonio sobre lo que viví estando en coma, pero no en este plano. Eso no significa que sea el único válido. Cada persona porta una verdad en sí misma: la de su propio ser y sus vivencias. Los invito a conocer mi viaje”.

Las clases terminaron sin cambios en la situación de Wayne.

–Wayne, todavía me quedan dos tickets –le conté, sentada junto a la cama, con la libreta que él me había obsequiado en la mano–. “Una sesión de juegos de mesa” y “un paseo en bicicleta”. Es verano. Deberíamos estar haciendo todo eso o un viaje juntos, no el que estás haciendo solo. Por favor… Espero que decidas regresar pronto.

Seguía rogando que su cuerpo reaccionara, así podían despertarlo. Es decir, que su alma eligiera volver a este mundo. Sin embargo, cada día que pasaba temía más que no lo hiciera.

Para no pensar en posibilidades negativas, me inscribí en un curso de verano de la universidad. Dejé libres los martes y los jueves, mis días sagrados, y me entregué a mi nuevo destino.

No tenía idea de lo que ocurriría, pero estaba segura de que Wayne había llegado a mi vida por un motivo: cambiarla para siempre. No era la misma Nina después de él. Ahora sabía mucho más sobre mí misma y era más consciente de lo que deseaba y lo que merecía. Él había despertado en mí sueños que jamás imaginé que tendría y me había ayudado a comprender que, si quería cumplirlos, no podía librarlos al azar: tenía que poner toda mi voluntad.

Entré por primera vez a la universidad con esos pensamientos, decidida a disfrutar, como me había enseñado Wayne. La vida terrenal era breve y podía desaparecer en un segundo. No tenía sentido pasar el tiempo en una mentira sin intensidad.

Llegué a la puerta del aula leyendo el programa de la asignatura que iba a cursar. Adentro solo

hallé a un chico moreno sentado en un pupitre.

–Hola. ¿Esta es el aula de Arte e Ideas? –consulté.

–Sí. Soy Arnaud.

–Nina.

–Llegué ayer de Quebec. ¿Tú de dónde eres?

Debí suponerlo. Por la pronunciación, se notaba que su idioma principal era el francés.

–Soy de aquí a la vuelta. No literalmente, pero casi –contesté, teniendo en cuenta que mi padre trabajaba allí.

–Entonces podrás aconsejarme qué hacer en Toronto.

Me senté a su lado y conversamos unos minutos. Poco después, ingresó una chica y me preguntó si el lugar junto al mío estaba ocupado. Le dije que no. Se acomodó con nosotros.

–Hola, soy Mackenzie –saludó.

–Nina.

–Arnaud.

–Apuesto a que tú eres de Quebec –dijo a Arnaud.

–Lo admito –sonrió él.

–¿Y tú? Déjame adivinar.

–Es muy sencillo –la ayudé.

–Entonces eres de aquí, como yo –acertó–. ¿A qué escuela fuiste?

Sentí un escalofrío al tener que mencionar mi colegio. Lo hice en voz baja, casi negándome a reconocerlo.

–¡Vaya! –exclamó Arnaud.

–¡Qué fuerte! ¿Estuviste ese día? –indagó Mackenzie. Todos entendimos a qué se refería.

–Sí. Mi novio sigue en coma por eso –expresé.

Nunca había puesto en palabras la situación de Wayne fuera de mi entorno y del doctor Smith. Si bien me produjo una sensación de angustia, también de desahogo. Acababa de dar un paso más para aceptar la realidad que no podía cambiar.

–¡Cuánto lo siento! –dijo ella–. Perdona, no quería arruinar tu primer día. No debí preguntar si presenciaste esos hechos.

–No te preocupes. Es bueno poner lo que nos duele en palabras –respondí.

–¡Ya lo creo que sí! –asintió Arnaud–. Soy estudiante de Psicología.

–¡Guau! Aquí Historia del Arte –dije, alzando una mano.

–Lo mismo yo –añadió Mackenzie.

–¿Por qué te inscribiste en este curso? –pregunté a Arnaud–. ¿Te sirve para tu carrera?

–Ya no quedaban lugares para el curso de mi carrera que se ofrecía en verano. Me hubiera aburrido en esta ciudad sin conocer a nadie hasta el otoño. Me pareció interesante y aquí estoy.

Otras personas llegaron y se instalaron alrededor de nosotros. Enseguida fuimos más en la conversación y el tiempo transcurrió muy rápido.

Ese mismo fin de semana, Mackenzie propuso que fuéramos a una cafetería. A pesar de que creí que jamás podría volver a reír, me encontré cómoda con ella, Arnaud y otros amigos. Lo pasé bien. Tuve una interpretación mientras bebíamos unos batidos, pero nadie se dio cuenta. Ser libre de las reacciones físicas cuando tenía visiones simples era tranquilizador. Soñaba con que, un día cualquiera, una interpretación me indicara que Wayne despertaría.

Llegué a casa con la increíble sensación de tener amigos. No los prestados de mi novio, sino míos.

Hasta ese momento, no me atrevía a pensar en la posibilidad de su muerte. Insistía con que debía regresar en algún momento, no podía tan solo irse. A partir de esa noche, en cambio, comencé a creer que, quizás, todo lo que había hecho para ayudarme se transformaría en un legado que me haría bien seguir.

A la mañana siguiente, cuando me levanté a desayunar con papá, lo observé revolver su café mientras me preguntaba cómo iniciar la conversación que deseaba. No se me ocurrió un eufemismo, así que fui por el camino directo.

–Papá. –Me miró–. Puedo ver el futuro.

Frunció el ceño. Dejó caer la cuchara dentro de la taza.

–Nina… –murmuró.

–Sé lo que estás pensando, pero puedo probártelo. Conservarás el secreto. Es imprescindible que lo hagas.

–Tu madre…

–También lo sé.

–¿Cómo?

–Tuve acceso a su historial médico.

Respiró hondo con la boca abierta.

–Lo siento –musitó.

–No te preocupes, sé por qué me ocultaste su diagnóstico. Pero ella no estaba enferma. Tampoco yo.

–¿De ahí conoces al psiquiatra que mencionaste?

–Podría decirse que sí.

–Sería bueno que…

–No. Tú me escucharás a mí. Esta noche, Allen te propondrá matrimonio. Lamento arruinar la sorpresa, lo interpreté anoche mientras estaba en una cafetería con los chicos de la universidad. Finge que estás asombrado cuando te entregue una sortija dorada muy bonita en un envoltorio rojo. Le hizo un moño precioso.

–¿Allen te lo contó?

–Te estoy diciendo que lo vi en mi mente. Por un instante, fui él.

–¡No puedes tan solo ver algo que aún no ocurrió!

–Sí, puedo. Es a través de señales. Por ejemplo, recién estabas revolviendo el café. Movías la cuchara en el sentido contrario de las agujas del reloj. Es una señal, pero todavía no sé de qué. Veo tres y luego, las interpreto.

–¿Es otro juego, como eso del tarot?

–Papá, ¿puedes abrir tu mente a que la realidad, quizás, no sea tal como la conoces? Eres profesor de Historia. Sabes que han existido muchas concepciones del mundo en tantos milenios de existencia de la humanidad y en tantas culturas. ¿Por qué la que nos enseñan tiene que ser la única válida?

–Quizás porque fue probada por la ciencia.

–La misma ciencia que en una época aseguró que la Tierra era plana y luego verificó que era geoide. La que, hasta 1990, mantuvo la homosexualidad en listados de trastornos mentales. A veces los científicos se equivocan. Puede que ayer hayan dicho que mi madre padecía esquizofrenia paranoide y que, si alguien se enterara de lo que soy capaz de hacer, dijeran lo

mismo de mí hoy. Piensa que en un milenio, en dos o en tres tal vez se enteren de que nos condenaron injustamente, como una vez quemaron supuestas brujas durante la Inquisición. Después de que Allen te proponga matrimonio, pregúntale si me lo había contado. Espero que, cuando te diga que no, me creas.

Continuó indagando acerca de las señales, las interpretaciones y mis reacciones ante ello. Le expliqué que, cuando era niña y padecía los mismos síntomas que luego le oculté, se trataba de lo mismo. Se esforzaba por creerme, pero sabía que, en realidad, estaba muy preocupado pensando que padecía el mismo desorden mental que mi madre.

Esa noche, antes de ir a lo de Allen, me preguntó si estaba segura de quedarme sola. No pude más que reír.

–Ve. No quiero que te pierdas la propuesta. Recuerda fingir que no sabías y aceptar con una sonrisa, o Allen creerá que su acción te disgustó. ¡Qué emoción! ¡Pronto seremos una familia de tres!

Creo que mi buen humor lo preocupó más que todo lo que había dicho antes. De verdad me alegraba que fuera a casarse. Sabía que sería un paso feliz en su vida.

La señal que había percibido esa mañana mientras él revolvía el café se combinó con otras y dio como resultado una bella interpretación en la que los padres de Wayne miraban sus fotografías de pequeño. Gracias a eso entendí que el tiempo sí retrocede a veces, aunque los hechos no puedan modificarse.

A la mañana siguiente, mi padre me despertó sacudiéndome.

–¿Qué ocurre? ¿Qué hora es?

–No puede ser –susurró, abrumado.

Me levantó con un brazo y me estrechó contra su pecho. Tragué con fuerza, comprendiéndolo todo. Me apartó para mirarme a los ojos, sujetándome de los hombros.

–¿Por eso sabías del accidente? ¿De verdad salvaste la vida de Wayne?

–Sí. Al parecer, no sirvió de mucho.

–¡Oh, Nina! –exclamó y volvió a abrazarme. Sus lágrimas me hicieron sentir amada, pero también triste; no quería que se preocupara.

–¿Aceptaste? –pregunté, a ver si podía tranquilizarlo y para librarme a mí misma de la angustia que acababa de envolverme al pensar en la situación de Wayne.

–Sí.

–¡Felicidades!

La posibilidad de contarle la verdad a mi padre no era lo único que había conversado con el doctor Smith.

Volví a visitar a Loreena. Estaba mucho mejor: si bien todavía tenía que someterse a una cirugía estética para el rostro, la esperanza de desvanecer bastante la cicatriz la volvía más alegre. Me contó que había visitado a Wayne y que deseaba cada día que se pusiera bien.

Un jueves, después de despedirme de Wayne, regresé a casa y le avisé a Sam que iría de viaje de fin de semana.

–Iré a un pueblo de Quebec que queda a siete horas de aquí.

–¿Vas con ese chico que conociste en la universidad?

–No. Él es de la ciudad. Voy sola.

–¿Para qué?

–No te preocupes. Volveré sana y salva el domingo.

Nunca había conducido hasta un punto tan lejano. Por suerte, mi auto resistió la aventura e incluso me permitió detenerme un rato a la orilla del camino para respirar el aire fresco del campo y recordar experiencias. Cerré los ojos un instante y casi pude sentir a Wayne abrazándome por la espalda. Su beso en la camioneta repleta de aves de corral devolvió la calidez a mis labios, su aroma parecía impregnar el aire. El real, no ese a toalla perfumada que tenía en el hospital.

Llegué al pueblo al atardecer. La casa que buscaba era similar a la mía, denotaba que allí vivía una familia de clase media. Aparté la puerta mosquitera y golpeé la de madera. Los pasos del otro lado me aceleraron el corazón. Un hombre abrió. Sabía quién era por mi exhaustiva investigación.

–Hola –dije–. Mi nombre es Nina. Me preguntaba si conoció a una mujer llamada Rachel Henderson.

–¿Por qué debería responder esa pregunta de una desconocida?

–Vine desde Toronto para esto.

–No. Lo siento.

Impedí que cerrara la puerta sosteniéndola.

–Soy hija de Rachel. Al parecer, también de su hijo Steve.

–¿Cómo te atreves? –murmuró con el ceño fruncido–. Mi hijo no tiene descendencia.

–Quizás sí. Rachel era su novia o su… algo. No se inquiete, solo vine porque quería mirarlo a los ojos y avisarle que solicitaré a un juez que autorice una prueba de ADN. Para mí es importante que usted sepa que existo y corroborar si Steve fue mi padre biológico. No persigo otros intereses. Mi papá real está en casa, esperándome, así que no tiene de qué preocuparse. Tan solo busco cerrar círculos. Que tenga buenas tardes.

Me volví con un nudo en el estómago hacia mi auto.

–¡Espera! –pidió él, más blando–. ¿Por qué no entras un momento?

Giré la cabeza. Mirarlo no me despertó interés. No me pareció que alguna vez pudiera sentir afecto por él.

–No, gracias –respondí y continué caminando.

Dormí en un motel del pueblo y, al día siguiente, regresé a casa.

Esa misma semana inicié la demanda para obtener mi prueba de ADN gracias a un abogado que me ayudó de la mano del doctor Smith.

El martes siguiente, llegué al hospital un poco más tarde de lo habitual. Me pareció extraño que me informaran que ya había alguien en la sala de Wayne. Era mi día. Prometí que alguna de las dos personas se iría y, así, me permitieron acceder.

Antes de que pudiera tocar la puerta, la visita la abrió desde adentro. Me quedé atónita al ver a Paige con el rostro contrito. Nos miramos un momento, como quien se encuentra con un fantasma, y me aparté para que se retirara.

Dio unos pasos mientras que yo volvía a aproximarme a la puerta.

–Nina –pronunció. Detuve mi mano sobre el picaporte–. Lo siento.

Volví a mirarla, llena de palabras que podía decirle. Nos habíamos cruzado muchas veces en el colegio antes de que terminaran las clases y no me había hablado. Supuse que ver a Wayne en ese estado por primera vez la había movilizado y eso la llevaba a disculparse.

Me sorprendí una vez más de no sentir nada, tal como me había sucedido frente al padre de Steve. Tan solo giré de nuevo hacia adelante, abrí la puerta y entré en la sala sin contestarle. La vida era muy corta como para desperdiciar el tiempo en personas que no me interesaban.

Saludé a Wayne con un beso en la frente y algunas caricias, como en cada visita, y me senté a contarle lo que había sucedido en los días que no nos habíamos visto. Después abrí el libro donde lo habíamos dejado el jueves.

–“Capítulo treinta y siete. Comencé este libro expresando que, cuando ingresé en el hospital, jamás imaginé que permanecería inconsciente allí durante dos semanas. Tampoco sabía que esos serían mis últimos instantes en la tierra desconocida, donde sentía que mi espíritu pertenecía a

una inmensa comunión con el todo. Eso incluía plantas, animales e incluso las especies que jamás había conocido en mi vida fuera de allí. Todo tipo de seres vinieron a despedirse. Pero yo sabía que no era un adiós, sino un hasta luego. Alguna vez volvería a verlos porque, tarde o temprano, todos regresamos al origen".

Aunque el capítulo seguía, aparté los ojos del libro y miré a mi hermoso Wayne. El cabello que amaba acariciar, los labios que habían encendido mi cuerpo y mi alma tantas veces. Él era el único círculo que, hasta ese día, no me atrevía a cerrar.

Apoyé el libro sobre la cama, me levanté de la silla y me incliné sobre él para hablarle al oído mientras le acariciaba las sienes.

–Wayne, no podemos hacer esto eternamente –dije, llorando–. Sé que todo este tiempo te pedí que te quedaras a mi lado. Supongo que fui muy egoísta. –Admiré una vez más sus espesas pestañas rubias, su nariz preciosa. Hipé sin poder contener la angustia que escapaba a través de mi llanto–. Lo siento. Solo quiero que sepas que, si te agrada el sitio en el que estás y prefieres quedarte allí, está bien. Lo acepto. No tienes que preocuparte: estaré bien. Viviré de la manera que me has mostrado que merecía vivir: con felicidad e intensidad, como si cada día fuera el último. Entendí tu mensaje: no serás olvidado. No tendré hijos biológicos, porque no quiero heredarle a alguien lo que a mí me hizo daño durante tantos años. Aun así, le contaré a todo el mundo de ti y de cuánto te amo. No sé si alguna vez me enamore de otra persona. Aunque lo haga, te seguiré amando hasta que volvamos a encontrarnos. Te amaré para siempre. Así que no tienes que permanecer de esta manera. Haz lo que quieras, Wayne, pero haz algo. Haz algo, te lo ruego.

Lo besé en la frente, recogí mis cosas y me fui antes de que el dolor me despedazara.

No fue Wayne quien hizo algo. O quizás sí.

Al día siguiente, sus padres fueron a mi casa para reunirse conmigo, Sam y Allen. Julia lloraba en la mesa del comedor. Me tomó las manos.

–Nina, tuvimos una reunión con el equipo médico. No creen que la condición de Wayne mejore, dicen que mantenerlo así es prolongar su agonía.

–No –supliqué, llorando. Aunque le había dicho a Wayne que podía hacer lo que quisiera, en el fondo, conservaba la esperanza de que eligiera esta vida.

–Tomamos la decisión de desconectarlo –continuó expresando Rafe.

–Por favor, denle un poco más de tiempo.

–Han pasado dos meses –alegó Julia.

–Existen casos de personas que se han recuperado después de más tiempo.

–Sería milagroso –añadió Rafe.

–¡Creo en los milagros! –exclamé.

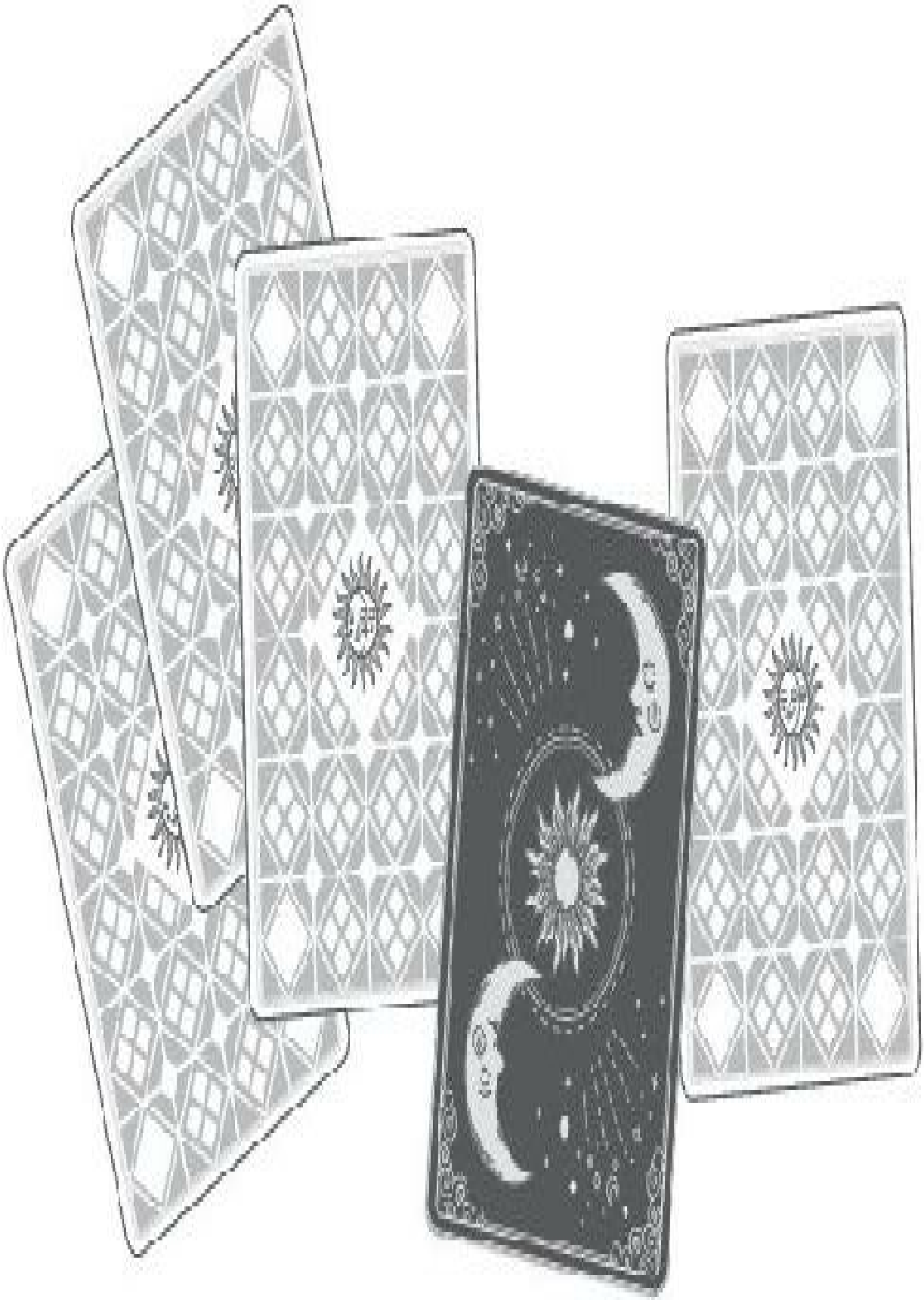
Iba a continuar, pero callé de golpe. Las palabras del doctor Smith resonaron en mi memoria: “Debes aceptar los acontecimientos. De lo contrario, sufrirás todavía más”.

Fui consciente de la caricia de mi padre en mi espalda, de las agujas del reloj que corrían en la cocina, de que la vida se escurría en un segundo.

–Está bien –dije más tranquila–. Lo entiendo.

–Por su condición compleja, no donaremos sus órganos –continuó Julia–. El procedimiento se llevará adelante mañana a las diez. Nos permiten estar presentes, en caso de que quieras ir.

–Allí estaré.



38

Nina

CERRAR CÍRCULOS ES DOLOROSO. PERO ¿QUÉ ES LA VIDA SINO UN CÍRCULO infinito en el que nacer es igual a morir? Atraviesas un túnel, llegas a un lugar desconocido, dependes de otros para desarrollarte, experimentas y vuelves al inicio. Un bebé y un anciano son lo mismo, solo que con un nivel de evolución diferente. ¿Qué es la Tierra sino el lugar al que venimos una y otra vez en busca de aprendizaje? Había que morir y nacer de nuevo.

Mi padre me abrazó en la recepción de la clínica, y Allen a él cuando me alejé para ir al elevador. No me quedaban lágrimas, todas las había derramado durante la noche, abrazada al peluche que me había regalado Wayne. Por supuesto, no había podido dormir. Los preparativos para el funeral ya estaban acordados, me esperaban días de completa oscuridad.

En la habitación de Wayne encontré a sus padres y a Rosa. Ella tenía un rosario en las manos, los ojos cerrados y la cabeza gacha; era evidente que rezaba delante de la cama. Julia y Rafe estaban junto a Wayne, acariciándole el cabello. Ella le tomaba una mano.

Toda la situación era tan desoladora que creí que jamás me recuperaría. Pasaría mi vida recordando el instante en que el monitor cardíaco indicara la muerte de la persona que amaba. Estaba agradecida de que Wayne me hubiera elegido para pasar sus últimos meses de vida, pero me dolía por anticipado imaginar el momento en que su generosidad, su alegría y su bondad se apagaran aquí para brillar en otro plano. Pensar que estábamos a punto de separarnos para siempre en lo que me restaba de existencia humana me destrozó. No concebía mis días sin él.

Saludé a todos con un breve “hola” y me aproximé a Wayne. Lo abracé, escuché los latidos de su corazón con los ojos cerrados e imaginé que, donde sea que estuviera su alma y a donde sea que se dirigiera después, sería feliz.

Un médico ingresó junto con un enfermero corpulento de piel trigueña y una enfermera que llevaba una bandeja con instrumentos. Nos pidieron que nos ubicáramos donde se encontraba Rosa y nos advirtieron que, si alguien sentía que no resistiría el procedimiento, era el momento de retirarse.

Comencé a temblar. Reprimía las interpretaciones en las que veía gente morir. Ojalá hubiera podido detener esa realidad.

Los rezos de Rosa se intensificaron; lo supe porque avanzaba más rápido con las cuentas del rosario. Julia y Rafe lloraban, tomados del brazo.

Por cómo se había expresado el médico, creí que el “procedimiento” sería más largo y complejo.

Fue tan simple como apagar el ventilador. Así de fácil se terminaba una vida. Eso era todo.

Aguardamos un momento en tenso silencio. Nada ocurrió. Esperaba que la máquina que controlaba los latidos cardíacos emitiera algún sonido más prolongado, el ruido de la muerte. Sin embargo, continuó produciendo un bip pausado y rítmico.

El médico descubrió el torso de Wayne y comenzó a auscultarlo.

–¿Qué está ocurriendo? –preguntó Julia, con una voz nacida de sus entrañas.

El médico nos miró con expresión de asombro.

–Está respirando por sus propios medios.

Mi boca se abrió. Solté el aire que había estado conteniendo como si Wayne pudiera recibirlo. Rosa cayó de rodillas y comenzó a hablar en su lengua natal mirando hacia arriba. Parecía estar agradeciendo a la vez que lloraba.

–¿Qué significa eso? –lanzó Rafe, agitado.

–Mantengan la calma. Puede durar solo un momento –aclaró el médico y miró a la enfermera–. Llama a la doctora Harris.

La chica salió corriendo. Todos estábamos impactados. No podía moverme, ni siquiera pensar. “Está respirando por sus propios medios”, “puede durar solo un momento”. Rogué que ese momento fuera eterno.

En menos de un minuto llegó la doctora de Wayne, una mujer rubia con la que había conversado varias veces. Intercambiaron algunas palabras con el otro médico. Ella también auscultó a Wayne. Se miraron. Entonces, comenzó a dar indicaciones a los enfermeros. Envió a que le inyectaran una serie de drogas en el suero y a que lo extubaran. Luego, se dirigió a nosotros.

–Síganme –ordenó sin más.

Rosa se quedó en la sala de espera. Yo, en cambio, me introduje en la oficina junto con los padres de Wayne. Ellos se sentaron al escritorio. Permanecí en un rincón, escuchando con atención.

–Entonces, ¿nuestro hijo vive? –consultó Julia, llorando.

–Por el momento –respondió la doctora–. No quiero que se hagan ilusiones. Estamos como al comienzo: en estado crítico, con la única premisa de esperar.

–Indicó que lo extubaran –intervino Rafe.

–Así es. Estuvimos intentando que respirara por sus propios medios todo este tiempo. Algunos pacientes con lesión cerebral, una vez que apagamos el ventilador, respiran incluso durante días

antes de fallecer. Por eso les digo que esto puede ocurrir. Lo he visto antes. Es impredecible.

–Pero nuestro hijo no tiene una lesión cerebral. Supongo que eso hace que lo que ocurrió sea más esperanzador.

–Podría decirse que sí. Lo único que necesitábamos para terminar con el coma inducido era que respirara por sí mismo. Esperemos que perdure y que, poco a poco, continúe recuperándose. Como le expliqué en otras oportunidades, igual puede haber secuelas. No tan graves como si existiera una lesión cerebral, pero no será fácil. Ya les dije que no deben ilusionarse.

–Lo entendemos –contestó Julia–. ¿Ahora qué sigue, médicamente hablando, además de esperar por nuestra parte?

–Si continúa respirando, reduciremos la sedación despacio hasta que despierte por completo.

–¿Cuándo ocurrirá eso?

–Puede que demore una semana, quizás menos. En el proceso comenzará a mover los dedos, tal vez noten que se percata de lo que sucede en el entorno, incluso puede que abra los ojos por momentos.

–¿Y cuando despierte? –indagó Rafe.

–Preferiría que habláramos de eso cuando suceda. Lo más probable es que se encuentre muy confundido. Las secuelas mínimas son dificultad en el habla al comienzo, pérdida de masa y fuerza muscular, problemas para realizar tareas diarias… Si bien recibió atención kinesiológica todo este tiempo, la rehabilitación es un proceso largo. Lo conversaremos mejor según cómo se desarrollen los acontecimientos.

Después de hablar un poco más con la doctora Harris, los padres de Wayne regresaron a la habitación. Antes de que me fuera, me informaron que seguía respirando.

Rosa y yo bajamos a la recepción. Mi padre se aproximó con lágrimas en los ojos, dispuesto a abrazarme.

–Respira –solté.

–¿Qué? –balbuceó.

–Está respirando –repetí, y me eché a llorar.

Llevamos a Rosa a casa de Wayne. Antes de bajar del vehículo, puso el rosario en mis manos.

–La oración es poderosa –afirmó.

No sé qué mantenía a Wayne vivo a pesar de que hubieran desconectado el ventilador: si los rezos de Rosa, mis palabras, los procedimientos médicos o su propio deseo de seguir en este

mundo. Quizás una combinación de todo eso y más. Solo estaba agradecida de que así fuera y rogaba que no se tratara de una ilusión.

Colgué el rosario en el espejo retrovisor de mi auto junto con las cintas, el dije del gato y el pequeño naipe de tarot. La rueda de la fortuna… Más círculos.

Conversé mucho de lo sucedido con mi padre, con Allen y con el doctor Smith en una llamada de video que ya habíamos acordado, creyendo que regresaría devastada por la muerte de mi novio. No se mostró sorprendido por lo ocurrido. Dijo que era una posibilidad dentro de tantas que ofrecía la medicina. En esa disciplina, nada era matemático, cada paciente representaba un universo distinto. También sugirió, como la doctora Harris, que no me ilusionara.

Después de cenar, le envié un mensaje a Julia para saber de Wayne. Respondió que ellos continuaban en el hospital y que él seguía vivo.

Tuve problemas para dormir. Temía que se comunicaran en cualquier momento para informarme lo peor o percibir alguna señal de ello.

Al día siguiente, tanto Arnaud como Mackenzie me preguntaron cómo me sentía y se ofrecieron a visitarme, como así también a pasarme las actividades del lunes. Todavía creían que yo estaba en el funeral de mi novio y que no asistiría a clases por el duelo.

Les expliqué lo ocurrido. No podían creerlo. Según la doctora, puede suceder. Por lo que entendí, no es lo más común, pero es posible, escribí. Terminamos la conversación con sus deseos de que Wayne se recuperara pronto.

Volví a escribirle a Julia. No respondió. Supuse que estaría descansando después de una larga jornada. Tampoco lo hizo Rafe, pero sí recibí una respuesta de Rosa.

Estoy aquí, con él. ¡Respira! Sigamos rezando.

Esperé al martes como nunca había aguardado nada en toda mi vida. Los padres de Wayne me habían contado que el fin de semana había movido los dedos y que incluso creyeron que balbuceaba.

De solo verlo sin todos esos tubos, sentí una inmensa alegría y la esperanza de que continuara respirando. Habían pasado cuatro días desde que habían desconectado el ventilador. Era muy fuerte, tenía que recuperarse.

Lo saludé con un beso en la frente, como siempre. Sin el tubo, noté que sus labios estaban resecos. Busqué un bálsamo en el bolso. Se lo unté con el dedo sin ocultar una sonrisa; me

parecía increíble estar acariciando su boca de nuevo. Tenía mejor color y su piel ya no se sentía tan fría.

–Hola –susurré contra su mejilla. Luego la besé y me senté en la silla que estaba junto a la cama. Puse mis dedos debajo de los suyos, como si él me diera la mano–. No veía la hora de verte. Para que el tiempo se me pasara más rápido, ayer al final sí fui a la universidad. ¿Recuerdas que te conté que el otro día el profesor me felicitó por mi reflexión escrita sobre el arte moderno? –Reí–. Esta vez me pidió que pasara al frente a comentarla para todos. ¡Moría de vergüenza! Sabes cuánto odio las exposiciones orales. Me fue bien. ¡No imaginas lo nerviosa que estaba!

Seguí hablándole como hacía desde que se encontraba en esa sala hasta que me quedé sin palabras. Entonces apoyé la cabeza junto a nuestras manos unidas y comencé a entonar una canción en voz baja. Me adormecí susurrándola.

Desperté cuando sentí una leve presión en los nudillos. Abrí los párpados y vi que los dedos de Wayne se movían. Fue como si alguien me devolviera el alma después de haberla retenido cautiva durante mucho tiempo. Me enderecé de golpe. Las lágrimas que empujaban para salir terminaron derramándose por mis mejillas cuando él entreabrió los ojos.

–Hola –dije con la sonrisa más feliz del planeta. Me incliné hacia adelante y le acaricié el rostro–. ¿Cómo te sientes? Te amo.

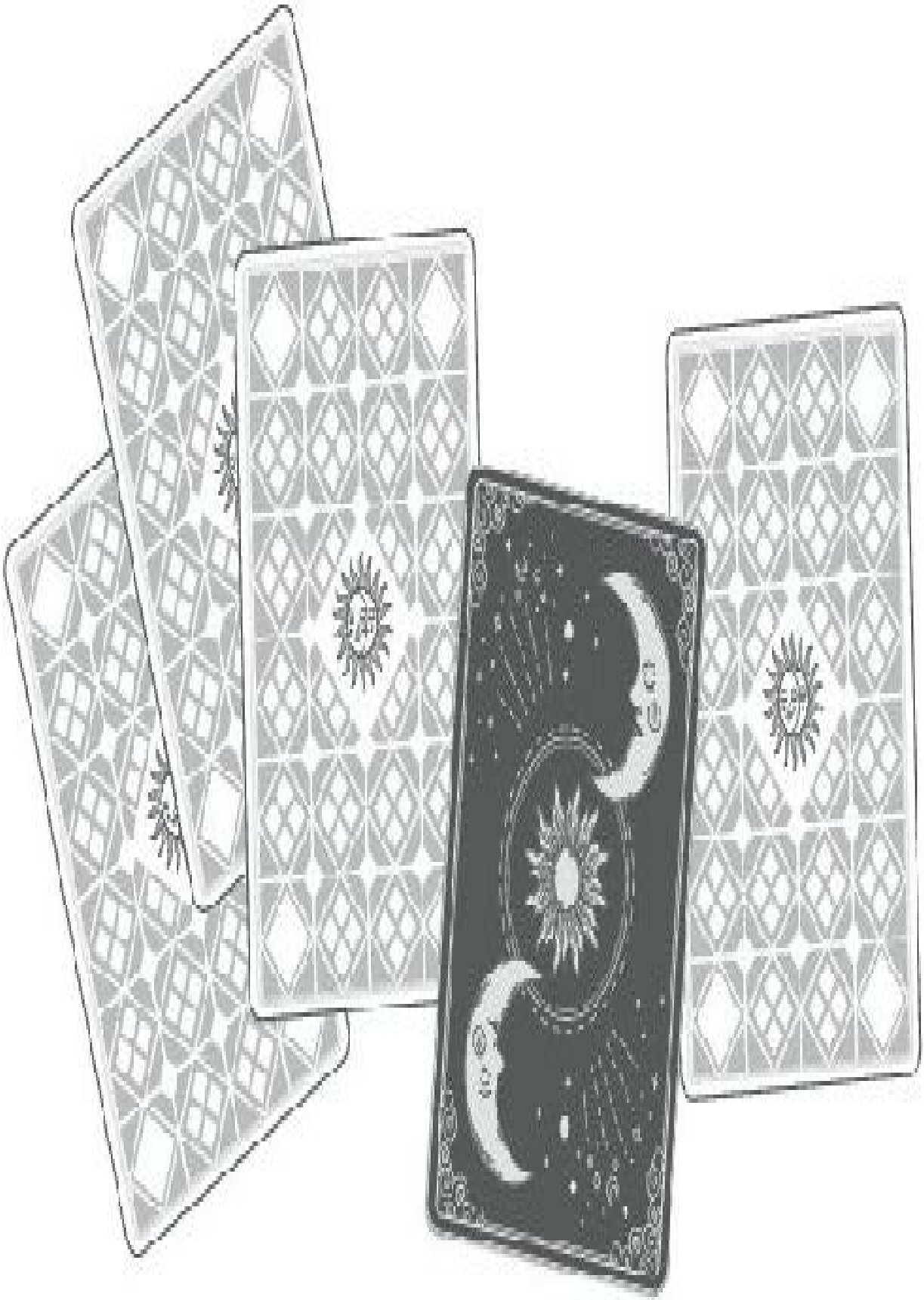
Sus ojos volvieron a cerrarse y solo se oyó mi llanto emocionado.

El tiempo que permanecí allí esperé atenta otro instante como ese. No ocurrió.

Antes de que se hiciera de noche, recogí mis cosas, le di un beso en la mejilla a Wayne y me fui. La alegría inundaba cada fibra de mi ser. Me pregunté si él habría oído algo de todo lo que le había contado ese día. Tenía la esperanza de que, al menos, me hubiera reconocido.

A la mañana siguiente, mientras tomaba la clase del curso universitario, recibí un mensaje de Julia.

Wayne está despierto. La doctora me pidió que saliera de la habitación porque intentará hablar con él. Creo que venció esta batalla, Nina. Quería que lo supieras.



39

Wayne

HABÍA ALGO QUE ME IMPEDÍA SENTIR CUALQUIER EMOCIÓN. Era evidente que me encontraba en un hospital, no solo por la habitación, sino además porque una mujer rubia con un guardapolvo blanco se había sentado en la silla junto a la cama. Debí estar aterrado. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué me sentía tan raro?

El respaldo estaba elevado, manteniéndome en una posición erguida. Intenté acomodarme. No pude moverme. Me dolían la garganta y el cuello.

–Hola, soy la doctora Harris. ¿Sabes dónde estás? –preguntó la mujer. Tenía un tono dulce, pero noté firmeza en su carácter.

–Hos… Hospital –balbuceé.

Ni siquiera parecía mi voz. Sonaba grave y profunda, como contenida. No sabía que me costaría tanto hablar, incluso pensar. Quería ir rápido, pero ese mismo misterio que me impedía experimentar emociones me forzaba a ir demasiado lento.

–Así es. ¿Podrías decirme tu nombre completo? –pidió a la vez que escribía algo en una carpeta.

–W… Wayne Bennett.

–Muy bien. ¿Podrías decirme el nombre de tus padres?

–¿P… Para qué?

–Estoy probando tus habilidades en el habla y tu memoria.

Fruncí el ceño o eso creí. A decir verdad, me sentía muy cansado y confundido. Quería preguntarle qué había ocurrido; supuse que, si indagaba por mis padres, era porque necesitaba llamarlos. Pero yo ya los había visto allí… ¿O no? Lo de probar mi capacidad para hablar y mi memoria me confundió todavía más.

–Cuesta… respirar –logré balbucear.

–Lo sé.

–Garganta…

–Duele, también lo sé. Es porque estuviste intubado. Todo lo que experimentas es normal.

¿Podrías decirme el nombre de tus padres?

–¿Intubado?

–Te explicaré lo que sea necesario. Ahora necesito que, por favor, te concentres en mis preguntas y me digas si recuerdas el nombre de tus padres.

–Sí –murmuré.

–¿Cómo se llaman?

–Julia Dawson y… –Tragar me provocó un fuerte ardor–. Rafe Bennett.

–De acuerdo. ¿Recuerdas a tu novia?

–Nina –dije–. ¿Ella… está… bien?

–Sí. Es encantadora. Ha venido aquí cada martes y jueves. –Sonrió.

–¿Tuvimos… accidente?

–¿Si Nina y tú tuvieron un accidente?

–¿De coche?

–No. ¿Recuerdas qué te trajo aquí?

Me quedé en blanco. Lo único que seguía imaginando era un accidente en mi auto.

–No lo sé –contesté, temblando.

–Tranquilo –pidió la doctora, apoyando una mano en mi antebrazo–. ¿Puedes bajar un poco la cabeza? –Aunque era difícil y doloroso, lo logré–. ¿Ves la cicatriz en tu pecho? –Permanecí en silencio, pero sí, la veía. Era horrible–. Te dispararon y tuvimos que practicarte una cirugía.

–¿Dispararon? –repetí, alzando la mirada hacia ella. No se me ocurría una situación en la que eso pudiera ocurrir. Además de la garganta, también me ardieron los ojos. Lloraba y ni siquiera sabía por qué–. ¿Cómo?

–Dejaremos eso para más adelante. Dime, Wayne, ¿qué es lo último que recuerdas?

Volví a quedarme en blanco.

–No lo sé.

–Dime una escena cualquiera que pase por tu mente en este momento.

Me esforcé para pensar en algo. En mi mente solo había espacio para un accidente de coche

imaginario, la cicatriz del pecho y la palabra “dispararon”.

–No lo sé –repetí, angustiado.

–De acuerdo. No hay problema, cuando se te ocurra algo, me avisas. Es suficiente por el momento. ¿Te sientes con fuerzas para recibir a tus padres? De lo contrario, les pediré que te permitan descansar.

–Está bien –susurré.

La doctora abrió las hendijas de la persiana americana que estaba a mi derecha. Divisé por el pequeño espacio a mis padres cerca de un mostrador donde parecía haber enfermeras. Me resultó extraño que se encontraran allí juntos. No tenía idea de la hora, pero entraba claridad por la ventana que estaba del otro lado de la cama, por eso supuse que debía de ser de día y que tenían que cumplir con sus obligaciones.

Mientras la doctora conversaba con ellos, comencé a sentirme muy mal; mareado, agitado y descompuesto. Respirar por la nariz era insuficiente, así que abrí la boca. El paso del aire empeoró el ardor de mi garganta. Volví a mirar la herida del pecho. “Te dispararon”, “tuvimos que practicarte una cirugía”, “¿qué es lo último que recuerdas?”.

El ruido de una máquina que tenía al lado se aceleró. Enseguida volvió la doctora acompañada de un enfermero corpulento. Ella le pidió que aumentara la dosis de algo que no alcancé a oír. El sonido se apagó cuando me adormecí.

Al abrir los ojos de nuevo, me sentía mejor. Si bien continuaba en la misma posición, casi sentado, el dolor del cuello se había aliviado. Algo tan simple como tragar me pareció difícil. Por lo menos, el ardor de garganta también era más leve.

–Wayne, cariño –susurró mi madre. Sostenía mi mano junto a su mejilla; parecía emocionada.

Mi padre, que hasta ese momento miraba por la ventana que daba al exterior apartando un poco la cortina, se acercó. Gracias al tono de la luz que penetraba por los bordes de la persiana americana, supuse que estaba atardeciendo.

–¿Qué ocurrió? –pregunté. Odiaba hablar tan lento si ponía toda mi voluntad para sonar normal.

–Estamos en el hospital –contestó mamá. Continué mirándola; esperaba darle a entender con mi expresión que eso ya lo sabía.

–¿Por qué?

Miró a mi padre por encima del hombro. Él se aferró al borde de la cama, donde estaban mis pies. Con su postura me llevó a dirigir la atención allí.

–Wayne, la doctora nos pidió que seamos cautelosos con la información. También nos sugirió que seamos honestos respecto de por qué no te contamos todo. Estás evolucionando muy bien. Si

quieres recuperarte más rápido, será mejor que dejemos ciertos asuntos para más adelante.

–¿Por qué?

–Porque es lo mejor para ti –intervino mamá.

Aunque el misterio me inquietaba, lo mismo que me impedía experimentar emociones me ayudó a no enloquecer. Como me pareció que costaba menos que el aire entrara y saliera de mi cuerpo, probé construir una oración más larga. No pude.

–Llama doctora –dije.

–¿Te sientes mal? –indagó mi padre.

–Llama doctora –repetí.

Salió de la habitación. Mi madre me acarició el pelo y me preguntó varias veces qué necesitaba. No volví a hablar hasta que el enfermero corpulento de tez trigueña entró.

–Solos –ordené.

El enfermero les indicó a mis padres que se retiraran. Una vez que cerraron la puerta, se plantó junto a la cama, esperando que hablara mientras controlaba el suero.

–Siento algo… entre las… piernas –murmuré.

–Es un pañal –explicó.

–¿Un… pañal? ¿Como… un bebé?

–Más bien como un adulto al que le hemos retirado la sonda vesical y que todavía no puede movilizarse al sanitario.

–No lo quiero.

–Lo siento, no estoy autorizado a quitártelo por el momento.

–Llame a la doctora.

–Está ocupada con otro paciente.

–¡Llámela!

Callé solo porque comencé a agitarme. El hombre salió y mis padres regresaron. Mamá volvió a preguntarme qué necesitaba. Me mantuve en silencio hasta que, un rato después, apareció la doctora.

Mis padres salieron una vez más por mi pedido.

–Quíteme el pañal. No lo quiero –dije.

–Es necesario –respondió.

–Se lo ruego.

Respiró hondo.

–Wayne, tienes que ser paciente, en especial contigo mismo. Estás recuperándote de una situación muy difícil. ¿Por qué esperas salir corriendo a batear una pelota como si nada?

–No lo quiero –repetí.

–Lo sé. Tampoco yo quiero que lo tengas, pero por ahora no hay opción.

–Esto es todo lo que puedo hacer –protesté, moviendo las muñecas para alzar las manos.

–Por eso mismo continúas con el pañal. Ya tuviste una sonda mucho tiempo, lo cual implica riesgos. Además, necesitamos que nos digas si orinas porque quieres o sin control. Con la sonda sería imposible, porque drena la orina directamente de la vejiga. Según el resultado, evaluaremos colocártela de nuevo. Mañana por la mañana vendrá el kinesiólogo. Poco a poco, con ejercicios, recuperarás la fuerza muscular, aunque sea para trasladarte a una silla de ruedas, y podrás ir al baño. No esperes que sea inmediato, llevará tiempo. Ser un deportista te ha ayudado. Estoy segura de que te recuperarás antes que muchas otras personas que pasan por la misma situación que tú o incluso una menor.

–Necesito entender.

–Lo único que necesitas ahora es concentrarte en tu recuperación. Si nos haces caso, todo será mejor. No quiero volver a sedarte. Permanece tranquilo, de modo que tu corazón pueda funcionar correctamente.

–Fui a la escuela –intervine.

–¿Qué?

–Mi último recuerdo. Fui a la escuela. Vi a Nina. Eso es todo.

–De acuerdo. Lo anotaré en los registros. ¿Ahora podemos dejar de discutir por el pañal? ¿Direccionarás esa energía que estás depositando en algo equivocado en recuperarte?

Tan solo la miré. Ella sonrió tomando mi silencio como un asentimiento y se retiró.

Después de un rato, me llevaron la cena. Aunque solo se trataba de un plato de caldo y un vaso con agua, tenía tanta hambre que sentí que era un manjar. Intenté por todos los medios alimentarme solo. No hubo manera. Antes que revolear la bandeja por los aires, permití que mi madre me ayudara.

Al caer la noche, mis padres me anunciaron que Rosa ya había llegado para quedarse y que ellos se irían a casa. Cuando me abrazaron para despedirse, sentí una honestidad y una calidez que pocas veces habían manifestado antes.

Ver a Rosa fue lo único que me hizo sentir un poco reconfortado en todo el día. No entendía por qué mis emociones estaban adormecidas y solo tenía pensamientos negativos. Me besó la mano llorando y dijo algo en su idioma natal.

–Tradúcelo –solicité.

Me miró con una sonrisa, sosteniendo mis dedos con los suyos.

–Eres mi pequeño milagro.

–¿Fue tan malo? –pregunté. Esperaba que entendiera lo que quería decir, pues había agotado mis fuerzas para construir oraciones más extensas con la doctora. Por su mirada, supe que la respuesta era afirmativa. Sin embargo, contestó alargando el monosílabo:

–¡Nooo! Sabes que soy exagerada, como las mujeres de las telenovelas mexicanas.

Me contó asuntos de la casa, de la telenovela que estaba mirando y de lo maravilloso que era el protagonista.

–Es horrible –discutí.

–¡Cállate! ¿Tú qué sabes?

–La abandonó.

–Eso fue cuando era un idiota.

–Embarazada.

–¡No lo sabía!

–Es imperdonable.

–¡Cambió! Si vieras lo bueno que es ahora con ella. Pero ella no lo perdona. Oh, no. –Hizo el gesto con el dedo–. Tendrá que esforzarse mucho.

–Tóxico.

Soltó una carcajada.

–¡Cuánto extrañaba discutir contigo! –exclamó.

La frase me dio la pista de que había pasado mucho tiempo.

No me di cuenta cuándo me quedé dormido. Solo de que, al despertar, Rosa estaba saliendo de la habitación y, en su lugar, entraba un muchacho.

–Hola, Wayne, ¿cómo estás? ¡Qué gusto encontrarte despierto! Soy Loic, el kinesiólogo. ¿Estás listo para que trabajemos juntos?

Su alegría y la perspectiva de hacer ejercicio me reconfortaron un poco. Terminé con el ánimo más destrozado que antes cuando me di cuenta de que casi no podía moverme y que terminaba agitado por apenas intentar levantar los brazos. Hacer esos ejercicios simples fue mucho peor que entrenar durísimo para una final de softball.

Antes de terminar, me entregó una pelota de goma del tamaño de mi palma para que la apretara y me prometió que, si repetía el ejercicio tantas veces como el corazón y los pulmones me lo permitieran, pronto estaría alimentándome por mis propios medios.

–¿Y las piernas? –pregunté–. Necesito ir al baño. El pañal de bebé…

–Eso será un proceso más lento –me interrumpió.

Por su forma de ser y su profesión, que me recordó que yo era un deportista, creí que habíamos generado una especie de conexión. Pensé que me entendería. Al parecer, no.

Hice el ejercicio con la pelota una y otra vez. No sentí que ayudara, así que inventé uno. Me sostuve de la barandilla que rodeaba la cama y procuré elevarme un poco. Lo repetí con insistencia, aunque me agitara y sintiera que mi corazón latía demasiado rápido. Tantas veces que, en un momento, logré sostenerme temblando.

Entonces entró Nina y caí como un saco de patatas. Estaba tan débil que cinco centímetros se sintieron como cinco metros y ocurrió lo peor.

–¡Vete! –exclamé.

Su expresión de felicidad cambió a una de dolor en un microsegundo.

–Yo… – murmuró.

–Llama al enfermero. ¡Sal!

Se fue como si un monstruo acabara de recibirla, y así era. Me sentí tan avergonzado y triste que casi me eché a llorar. Ese no era yo. Esa persona que pensaba tantas cosas horribles y que estaba tan enojado no era Wayne.

El enfermero entró y cerró la puerta tras él.

–¡Cierra la maldita cortina también! –bramé. Obedeció–. Te dije que necesito ir al baño.

–¿Te ensuciaste? ¿Te cambio?

–¡Me oriné delante de mi novia! No quiero más de esto.

–Lo sé, pero ya te expliqué que, por el momento, no podemos hacer otra cosa. No estamos seguros de que controles esfínteres, ¿cómo pretendes ir al baño o que te pongamos una taza para orinar?

–No sé, pero ¡haga algo!

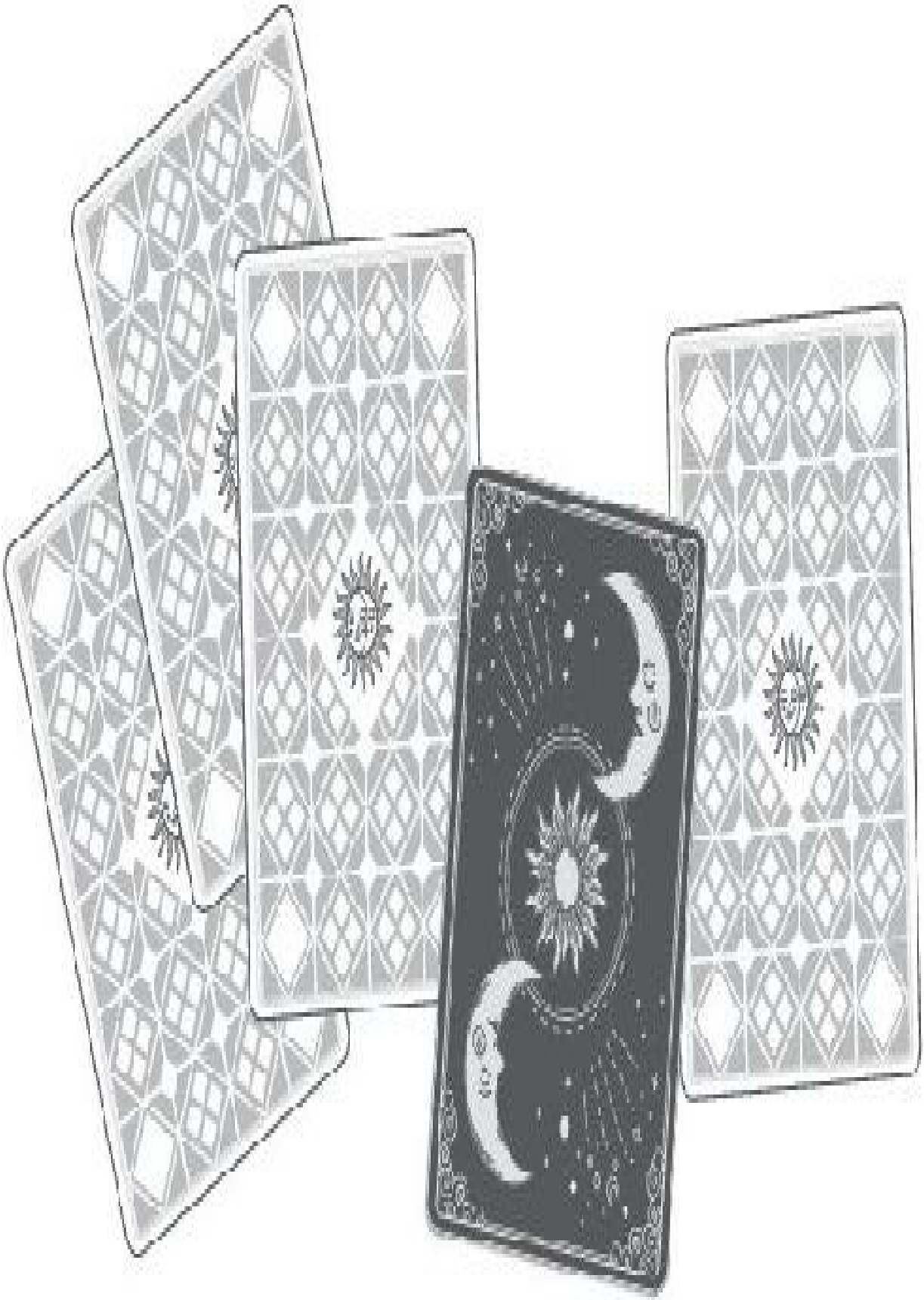
–Te cambiaré.

–¡Mejor máteme!

–Cálmate, espantarás a la chica.

Ya lo había hecho.

Si mi vida iba a ser así a partir de ese momento, tal vez fuera mejor que Nina desapareciera.



40

Nina

ME QUEDÉ JUNTO AL MOSTRADOR DE LA ENFERMERÍA. Intenté adivinar, muy nerviosa, qué ocurría en la habitación a través de la persiana americana, pero el enfermero la cerró. Nunca creí que, después de tanto tiempo y de todo lo que habíamos sufrido, la primera palabra que escucharía de Wayne sería “vete”.

–Hola, Nina. ¿Estás bien?

Giré la cabeza y me encontré con la doctora Harris.

–¿Qué está mal con Wayne? –pregunté–. Lo encontré muy alterado. Me echó apenas entré.

–¿Te ordenó que te fueras?

–Me pidió que llamara al enfermero y que saliera de la habitación.

–Debe necesitar algo. Acompáñame.

Nos sentamos en la oficina. Cruzó los dedos sobre el escritorio.

–¿Te explicaron sus padres que no recuerda por qué está aquí ni cuánto tiempo pasó?

–Sí. También que usted solicitó que no se lo digamos por ahora.

–Así es. Esta tarde lo visitará el psicólogo, entonces decidiremos qué es lo mejor. En cuanto a su actitud, no es fácil pasar de ser un deportista a casi no poder moverse. Está atravesando días muy difíciles.

–Lo sé. Pero pensé que, cuando nos viéramos, sería diferente. Creí que nos abrazaríamos y besaríamos, que todo sería más profundo y sentido.

–Entiendo. El problema es que él no vivió ni está viviendo lo mismo que tú.

–Entonces ¿qué debo hacer?

–Sé paciente con el nuevo Wayne.

–¿A qué se refiere?

–Está evolucionando rápido y muy bien. Mucho mejor de lo que esperaba para lo que ocurrió.

Pero vivió y continúa viviendo situaciones traumáticas que afectan sus emociones. Para empeorar las cosas, no es paciente consigo mismo. El enojo no es contigo, es con él. El Wayne que conocías no volverá. Aunque puede que se le parezca en algún momento, no será igual. Sin embargo, está ahí. Cuando despertó, te recordó enseguida. Creyó que se hallaba aquí porque habían tenido un accidente automovilístico y me preguntó si tú estabas bien. ¿Lo ves? La persona que conoces y de la que seguramente te enamoraste sigue allí, solo que, en estas circunstancias, no tiene mucho espacio para aparecer. Dale tiempo.

Le agradecí y regresé al pasillo. Como la persiana y la puerta continuaban cerradas, me quedé cerca del mostrador. Poco después, el enfermero reapareció.

–¿Qué ocurrió? –pregunté.

–Ya puedes entrar –respondió, ignorando mi pregunta.

Aunque el hombre acababa de autorizarme, sentí miedo de volver a acercarme a ese cuarto. No sabía si resistiría una vez más que el sol se hubiera transformado en un tigre furioso y que saltara para atacarme.

Golpeé a la puerta sin mirar el interior. Wayne no respondió. No tuve más opción que asomarme. Estaba prácticamente sentado, apoyado en el respaldo elevado. Percibí una energía muy cargada, oscura y dolorosa en él.

–Permiso –dije.

Me acerqué a la cama, sufriendo por tener que contener mi deseo de abrazarlo y besarlo, incluso de sonreír con felicidad y decirle cuánto lo había extrañado. Ni siquiera me miró. Acomodé la silla que sin duda había movido el enfermero y me senté a su lado.

–Te lo dijo, ¿verdad? –preguntó. Respiraba raro, parecía agitado.

–¿Qué cosa? –Se quedó en silencio–. No. ¿Me lo dirás tú?

Recién entonces, alzó los ojos hacia mí.

–¿Qué haces aquí? –consultó con un tono extraño.

–Es mi día.

–Ah, eso de los martes y jueves. ¿Qué hora es?

–Las once. Hubiera venido antes, pero me avisaron que estabas con el kinesiólogo.

–¿No vas al colegio?

La pregunta hizo que mi corazón latiera demasiado rápido. Me resultaría difícil no revelar información sin querer.

–No.

–¿Por qué no?

–Es mi tiempo contigo y prefiero disfrutarlo.

–No hay nada que hacer aquí, es muy aburrido. ¿Por qué mejor no vas a casa?

–¿Continuarás echándome? Es lo que haces desde que llegué.

–¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

–No estoy autorizada a decírtelo.

Se inclinó hacia adelante, sobre la mesa movible que, supuse, también había acomodado el enfermero.

–Pero lo harás.

–No.

–Nina, eres mi novia y mi mejor amiga. Se supone que me entiendes.

–Solo entiendo que, según los médicos, forzarte a recuperar cierta información que no recuerdas no es lo mejor para ti en este momento. Respetaré esa indicación.

–¿Cómo otros podrían saber qué es lo mejor para mí más que yo?

–Basta, por favor. ¿Por qué me presionas? ¿Acaso les haces lo mismo a tus padres o a Rosa?

–Ellos no son mi novia.

–¿Quieres que siga siendo tu novia o solo pretendes utilizarme para obtener datos que te harán daño?

–¡¿Por qué tanto misterio?!

No pude contener las lágrimas.

–Creí que nuestro reencuentro sería diferente –sollocé.

Se produjo un instante de silencio en el que me sequé la mejilla, cabizbaja. Noté que Wayne me miraba de otro modo; la energía había cambiado a una más amorosa y compasiva. Aun así, mantuvo el tono orgulloso.

–Lamento haberlo arruinado.

–¿Cuál es el problema? Parece que no sintieras nada.

–Me cuesta experimentar emociones. Por eso creo que deberías ir a casa.

–¡Basta! ¿Por qué me excluyes? Es mi día. No me iré. –Abrí la mochila y deposité cosas sobre la mesita–. Traje un ticket y naipes. Quiero mi sesión de juegos de mesa.

–Casi no puedo moverme, así que será difícil que cumpla con tu pedido.

–Encontraremos la manera, como siempre me prometiste que haríamos.

–Estoy muy cansado. No quiero jugar.

–Entonces jugaré sola.

Distribuí los naipes sobre la mesita con la cara hacia abajo y comencé la tarea de ordenar el mazo memorizando qué cartas daba vuelta y dónde estaba su número superior o inferior. Logré calmarme concentrándome en la tarea, pero no acallar la tristeza. “Sé paciente con el nuevo Wayne”, “no será igual”. Tuve mucho miedo de que él no pudiera volver a conectarse con su amor por mí y que el mío nunca se extinguiera.

–El compañero del naipe que acabas de dar vuelta está en la segunda columna, tercera fila –dijo de pronto.

Nos miramos. Esa única oración tan simple, combinada con su mirada cálida, parecida a la de antes, me devolvió la esperanza.

–¿Estás seguro? Es mi último intento con esta carta. Si alzo mal a su compañera, pierdo.

–Lo estoy.

Di vuelta el naipe. Tenía razón. No solo sentí la ilusión de que, quizás, pudiéramos volver a empezar. También tuve la certeza de que su mente continuaba siendo tan hábil como siempre y la esperanza de que no hubiera secuelas de tipo intelectual.

Tuve que terminar el juego de repente cuando le llevaron el almuerzo. Julia me había explicado que necesitaba ayuda para comer, pero en ese momento volvió a ponerse tenso y me ordenó que no interviniera. Después de varios intentos, me preguntó si podía colocar sus brazos sobre la mesita. Lo noté bastante incómodo con esa situación, avergonzado y molesto. “El enojo no es contigo, es con él”. Procuré pensar en eso para no angustiarme.

–¿Y tú no almuerzas? –preguntó.

–Más tarde –contesté.

Nuestro tiempo se terminó cuando llegó el psicólogo. Como había testigos y no sabía qué era lo mejor para Wayne, no me atreví a preguntarle si podía besarlo para despedirnos. Tan solo reuní mis cosas, le dije que nos veíamos el martes y me fui.

Esa noche, me enteré por Julia de que Wayne ya sabía cuánto tiempo había pasado y por qué había terminado en un coma inducido. El psicólogo se lo había explicado y, al parecer, él había reaccionado de manera bastante tranquila. Como seguía sin recordar, la historia le parecía un relato de un tercero más que una vivencia. El tiroteo y el momento en que había recibido el disparo estaban bloqueados.

Al día siguiente, Rosa me contó que la policía había asistido para interrogarlo. Me pregunté qué estarían buscando después de dos meses. Como la relación con Wayne se había enfriado y él ya no era el mismo, temí por mi secreto. Supuse que el hecho de que no recordara el tiroteo lo mantendría a resguardo.

El martes, volví a golpear a la puerta antes de entrar, como había hecho el jueves. Esta vez, la voz de Rafe dijo “adelante”. Tuve miedo; no entendía qué hacía ahí un día que no le correspondía ir. Creí que tal vez lo habían llamado porque Wayne no estaba bien, pero lo encontré mucho mejor que la última vez que lo vi; ya movía los brazos y tenía una camiseta blanca puesta.

Rafe se levantó de la silla.

–Tal vez tú puedas convencerlo de que hay mucha gente que quiere verlo además de los mismos de siempre –dijo.

Permanecí en silencio, no entendí a qué se refería ni por qué me pedía eso un tanto ofuscado. Se fue tras despedirse de Wayne tocándole el hombro.

–¿Qué quiso decir tu padre? –pregunté, llevando la silla al otro lado de la cama. Prefería sentarme de frente a la ventana que daba al exterior y no al revés.

–Nada.

–¿Podrías explicarme? De verdad agradecería que nuestros diálogos tuvieran más de una palabra de tu parte.

Suspiró mirando la ventana que daba al pasillo.

–¿Es cierto que Paige, los chicos del equipo, Loreena y algunos compañeros vinieron a visitarme mientras estaba inconsciente?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque siempre tuviste muchos amigos y la gente te quiere.

–No debieron permitir que las personas me vieran así.

–¿Tu padre se refiere a que no deseas recibir visitas?

–Dice que mis abuelos viajaron desde Alberta para verme varias veces y que ahora quieren volver. También chicos del colegio.

–Y tú no quieres.

–Por supuesto que no. Necesito preguntarte algo: ¿tú estabas ahí cuando Jerry me disparó?

–S… sí –titubeé. Por supuesto, el psicólogo le había contado a grandes rasgos qué había sucedido pero no conocía los detalles. No sabía si estaba autorizada a dárselos.

–¿Te lastimó?

–No.

–¿Cómo fue? ¿Estábamos corriendo para escapar y nos lo encontramos de frente? Si me hubiera disparado por la espalda, no tendría esta horrible cicatriz en el pecho.

–¿Puedo preguntarle a la doctora si estoy autorizada a darte detalles?

–No es necesario que preguntes. No estoy alterado. Tan solo dime.

Tragué con fuerza; estaba muy nerviosa. Intenté que un comentario general pareciera un detalle así satisfacía su curiosidad sin incurrir en situaciones que pudieran tornarse difíciles de sobrellevar. Para empezar, que nos había encontrado porque yo había pisado un bolígrafo y que él se había entregado.

–Intentamos ocultarnos pero nos encontró. Dijo que no me dispararía porque yo era como él. Se refería a que también había sufrido acoso escolar.

–¿Te apuntó?

–No le veo sentido a…

–Nina, ¿te apuntó?

–Sí. Basta, por favor.

–Está bien. No quería que te angustiaras recordando. Lo siento. Si todo sigue así, dicen que mañana me llevarán a una sala común.

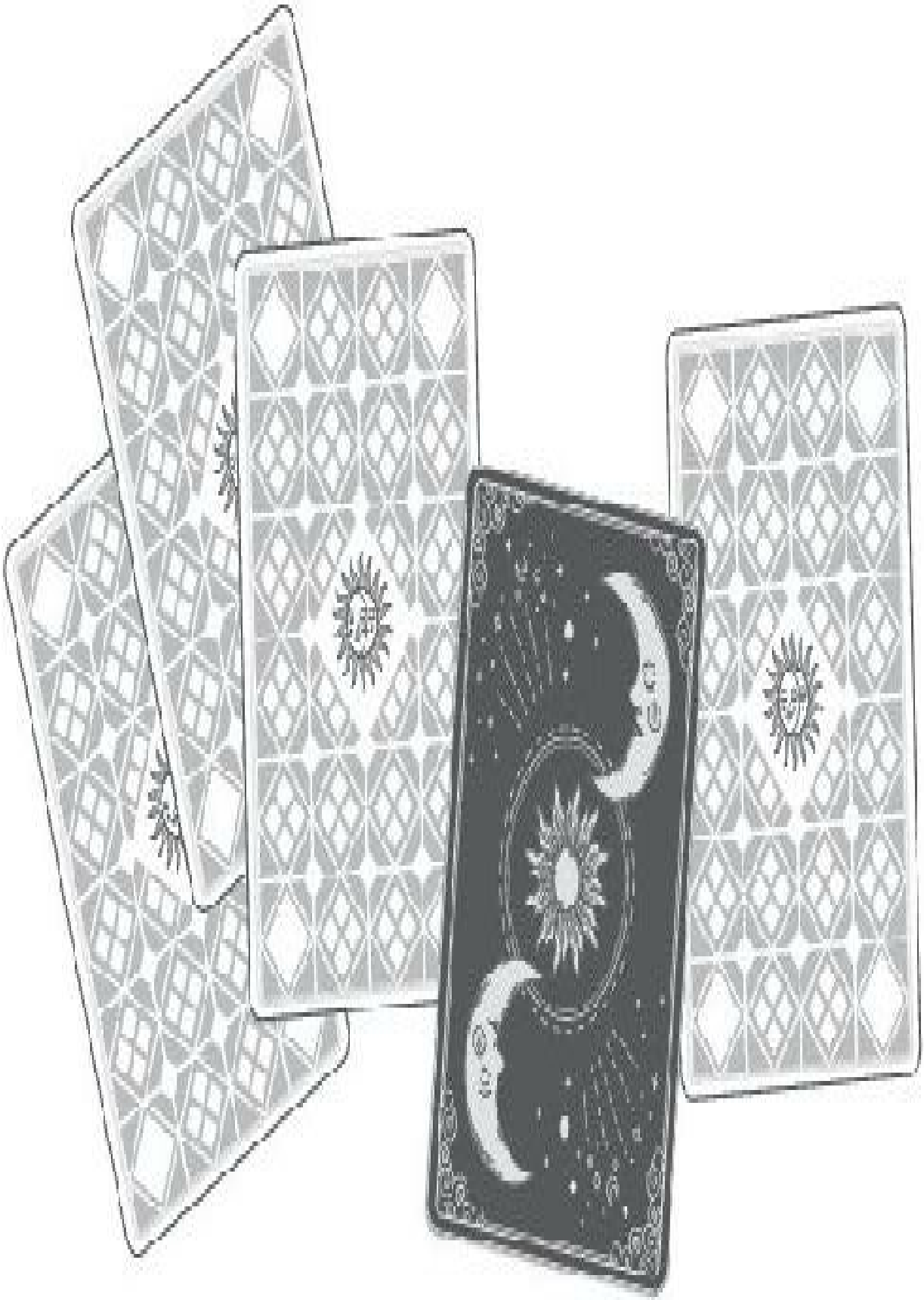
–¡Eso es genial! –exclamé.

Durante el tiempo que Wayne continuó en el hospital fui testigo de sus grandes progresos. Cada vez que iba, podía hacer un poco más.

Antes de que le dieran el alta, Julia me explicó que, por el momento, tendría que usar una silla de ruedas y que en tres meses le realizarían diferentes pruebas para diagnosticar con más precisión si existían secuelas. Por el momento, todo marchaba muy bien, excepto por su ánimo. Yo

también noté que había pasado del enojo a un misterioso silencio, de la rebeldía a una inacción peligrosa.

Solo esperaba que el proceso de convertirse en el nuevo Wayne no fuera tan doloroso para nadie.



41

Wayne

PARA TRASLADARME A LA SALA COMÚN RAFAEL, EL ENFERMERO corpulento de tez trigueña, llevó una silla de ruedas.

–Haré tu sueño realidad –anunció.

Como la fuerza en mis brazos había mejorado notablemente, me explicó cómo trasladarme de la cama a la silla con ayuda. También la necesitaría para ir al baño, pero al menos ya no tendría que utilizar el pañal y mucho menos una sonda.

Creí que lograr esa cuestión tan simple para cualquier otra persona después de tanto esfuerzo me alegraría. Sin embargo, mis sentimientos continuaban adormecidos y tan solo experimenté una sensación de justicia por la restitución de mi dignidad. Era lo que tenía que ocurrir y punto, como la obligación de obtener buenas calificaciones.

Las personas que trabajaban en la terapia intensiva me despidieron con mucho cariño. Tan solo pude decir un “gracias” en voz baja cuando se aproximó la doctora Harris, apoyó las manos sobre mis hombros y me dijo que esperaba que a partir de ese momento tuviera una hermosa vida.

Esos profesionales, cada uno desde su lugar, me habían traído de regreso de una muerte segura. No era que no estuviera agradecido con ellos, pero me costaba comprender para qué lo habían hecho. Sabía el motivo: porque era su obligación, por el juramento hipocrático, etcétera. Pero el propósito de seguir existiendo se desdibujaba en una silla de ruedas y en que, por la condición de mi corazón y de mis pulmones, ya no podría practicar deportes de manera profesional ni hacer muchas otras cosas que alguna vez había anhelado. Incluso llevaría mucho tiempo que pudiera salir a correr, por ejemplo, sin el riesgo de sufrir un infarto o una grave falta de oxígeno que afectara mi cerebro.

Ante tantas advertencias, dudaba de que alguna vez pudiera recuperar mi vida, siquiera que pudiera volver a sentir deseo o satisfacción.

Una vez en la sala común, un inspector de la policía y un oficial me visitaron. Pidieron que les relatara lo que recordaba del tiroteo.

–Nada –respondí.

–El psicólogo y los médicos nos lo advirtieron –replicó el inspector y le entregó una tarjeta a mi padre–. Si recuerda algo, por favor, comuníquese con nosotros. Le deseamos una pronta

recuperación. –Y se fueron.

Mis padres me regalaron un móvil nuevo muy bonito de última generación. Como también contaba con una línea diferente, nadie tenía mi número ni me interesaba que lo tuvieran. Además de los mensajes de mis padres, solo recibí otros de Nina, Rosa, mis abuelos y algunos familiares. Era evidente que mis padres habían compartido el número con quienes tenían contacto. Si fuera por mí, lo habría mantenido en secreto.

No le presté demasiada atención al aparato, ni siquiera para jugar un poco. Cuando alguien me escribía, respondía con excusas para no seguir conversando: que estaba durmiendo, que justo había entrado la enfermera, que tenía que hacer los ejercicios de kinesiología.

A decir verdad, no tenía ganas de nada. Cuando no dormía, giraba la cabeza hacia la ventana. Solo se veían edificios. Intentaba adivinar la hora por la luz y constataba mi nivel de acierto en el reloj del móvil. Cada día que pasaba, mejoraba en mi precisión.

Invertía mucho tiempo intentando recordar el tiroteo. No había caso: lo último que tenía en mente era que Nina y yo habíamos discutido por el video íntimo y casi no habíamos hablado durante la suspensión que nos había impuesto el director. El día que nos reincorporábamos, pasé por su casa, pero ella ya se había ido. En la última escena que existía en mi memoria ella se acercó a mi banca, intercambiamos unas palabras sobre cómo llegué antes que ella y me dijo algo bonito.

Me sentía mal por Nina y por no lograr reconectar con el amor que sentía por ella. No merecía mi crueldad, y yo ya no me sentía merecedor de su cariño. ¿Qué podía ofrecerle, además de problemas y el reflejo del dolor que me consumía por dentro? Ya no era digno de ella.

Las visitas continuaron repitiéndose con la misma exactitud de siempre. Mi madre, los lunes y los miércoles. Nina, los martes y los jueves. Mi padre, los viernes y los domingos. Rosa, los sábados y algunas noches en las que se quedaba a dormir conmigo. Le pedí que no lo hiciera; me desagradaba que por mi culpa tuviera que descansar en una posición tan incómoda. Ella no me hizo caso.

El psicólogo asistía día por medio, entre treinta minutos y una hora. No sentía que tuviera algo que decirle, pues aunque mucho rondaba mi mente, todo era negativo y no creía que pudiera comprenderme. Nadie podía.

–No sé por qué continúas viniendo –le dije a Nina una tarde.

–Porque te amo –respondió–. Y deseo que todavía me ames.

Volví a callar. Pasábamos muchas horas en silencio.

El día que me dieron el alta, mis padres y Nina fueron a buscarme. Pasar de la silla del hospital al asiento trasero del coche fue muy vergonzoso, en especial porque tuve que hacerlo delante de ella con ayuda de mi padre. A él le costaba seguir las instrucciones que le había dado el

enfermero, así que Nina tuvo que intervenir también, lo cual se volvió todavía más sofocante para mí.

Al llegar a casa, bajar del vehículo fue otro problema. Me sentía un espectáculo de circo.

–Yo puedo –dije–. ¡Déjenme en paz!

Tanto Nina como mi padre retrocedieron. Mi madre esperaba en la puerta de casa, ajena a lo que acababa de ocurrir. Giré en el asiento, me impulsé con las manos hasta que encontré el borde de la silla pegada al vehículo y logré sentarme en ella. Percibí que alguien se hallaba detrás de mí. Giré la cabeza: Nina estaba inmovilizando la silla con su cuerpo. Apreté los dientes; le había dicho que no necesitaba ayuda. Me dolió reconocer que, si no hubiera hecho eso, como no habíamos trabado las ruedas, se habría movido y yo me habría caído.

No era el único al que le costaría acostumbrarse a esa nueva existencia que duraría un tiempo indefinido. Al menos, la silla que habían comprado mis padres era automática y, para trasladarme, solo tenía que mover una palanca en lugar de depender de que alguien me movilizara como en la del hospital. Si bien había recuperado mucha fuerza en los brazos, habría sido imposible mover las ruedas con las manos todo el tiempo.

Habían cubierto la mitad de la escalinata de la entrada con una rampa. Dentro de la casa, encontré más cosas acondicionadas para un lisiado: habían colocado una silla automática en la escalera para que pudiera subir a mi cuarto y me explicaron que tanto el baño de la planta baja como el de mi habitación contaban con barandillas de las que podía sujetarme y espacio para la silla de ruedas.

Entendía que lo habían hecho para mi comodidad, es decir, por mi bien. Pero solo me recordaba que ya no era yo mismo y que no tenía idea de cómo volver a serlo, si es que alguna vez podía. No sufría esos pensamientos cuando Nina me salvó del accidente. Tan solo le temía a la muerte más que nunca y decidí vivir de verdad por primera vez. Ahora, era como estar muerto en vida. ¿Por qué me sentía así? ¿Qué había ocurrido para dejarme en ese estado de impotencia absoluta?

Rosa corrió desde la cocina para abrazarme. La gente me quería, ¿por qué yo no podía sentir nada por quienes solían ser mis seres más amados? No merecían que los tratara de manera tan distante.

Odié trasladarme de la silla de ruedas a la que me permitiría ir a mi dormitorio, como así también llevarme la otra conmigo hasta la planta alta. Hacer lo más sencillo representaba para mí un enorme esfuerzo. Lo peor era sentir que no quería vivir de esa manera. No había nada que hacer: la sensación no se me quitaba ni aunque los médicos y el psicólogo se hubieran cansado de repetirme que sería un estado transitorio y que, si bien nunca podría volver a hacer muchas cosas, mi vida se parecería tanto a lo que solía ser que ni siquiera me daría cuenta.

El kinesiólogo me visitaba los lunes, los miércoles y los viernes. Los martes y los jueves, el psicólogo.

Nina empezó a ir todos los días, solo que más tarde. Se acostaba boca abajo en mi cama y comenzaba a relatarme cosas. Que había hecho un dibujo, que su padre estaba preparando la boda con Allen, que querían visitarme.

–No te ofendas, pero no estoy de ánimo para recibir visitas –dije.

–Lo sé. Era solo un deseo suyo. Ya le expliqué que, por ahora, no es conveniente.

–¿Y la universidad? –pregunté. Se quedó mirándome un instante.

–Hice un curso de verano. Las clases de otoño comienzan en una semana.

–¿Por qué no me lo contaste?

–Lo hice. Te conté mucho sobre eso, pero estabas en coma.

–¿Por qué no me lo dijiste cuando ya podía oírte?

Noté que se puso nerviosa.

–Es algo que aún no puedes hacer y creí que, tal vez, te haría sentir peor.

Era cierto, pero estaba demasiado enojado con todo y cualquier cosa me servía para desquitarme la ira.

–Debiste contármelo. ¿Por qué piensas que me pondré celoso en lugar de alegrarme por ti?

–Solo creí que…

–Hay cosas que nunca cambian: siempre piensas lo peor de mí.

–Te estoy diciendo que…

–No quiero oír más.

–No me interrumpas.

–Quiero estar solo.

–¡Wayne!

–Quiero estar solo, en serio –repetí.

–Esto se está volviendo imposible –dijo.

–Al fin te has dado cuenta.

Sabía que la estaba hiriendo profunda e insensiblemente. Pero yo estaba demasiado lastimado

como para actuar mejor. Lo mismo con las demás personas de mi entorno. Nadie podía comprenderme ni yo a ellos.

Nina recogió sus cosas y se marchó. Me sentí una completa basura, pero era lo mejor. Merecía mucho más que encerrarse en una habitación a hablar de cosas que yo no podía terminar de apreciar y recibir a cambio indiferencia y frialdad. ¿Hasta cuándo se quedaría con alguien que ya no era quien conoció? Con alguien que ni siquiera podía terminar de moverse sin ayuda y que le debería un paseo en bicicleta durante años. Era mejor que se alejara lo antes posible. O, tal vez, el que debía alejarse era yo.

Al día siguiente, fui a la planta baja utilizando la silla que habían instalado mis padres, entré al escritorio, abrí una gaveta y me hice de una llave. Volví a mi habitación utilizando la silla de nuevo. Con la práctica, cada vez se me hacía más fácil.

Antes del anochecer, armé una maleta con unas cuantas mudas de ropa, guardé algunos objetos importantes para mí, entre ellos mi ordenador personal, y le solicité a Rosa que la bajara con la excusa de que quería hacer unas donaciones. Fui tras ella gracias a la silla de la escalera. Una vez abajo, quiso ayudarme a disponer la otra. Le pedí que se alejara y lo hice por mi cuenta.

–¿Mis padres están en casa? –consulté.

–Sí, en el comedor. Estaba a punto de ofrecerte que bajaras a cenar.

Le agradecí y me dirigí a donde me indicó que podía encontrarlos.

–¡Wayne! –exclamó mamá con alegría.

–Me voy –anuncié sin más.

–¿A dónde? –preguntó papá–. No me dijiste que tuviera que llevarte a alguna parte. ¿Saldrás con Nina o con amigos? ¡Era hora!

–Me mudaré a la casa que tienen en York.

–¿Estás loco? –vociferó mamá–. ¿Cómo haremos para ayudarte si te mudas a media hora de distancia?

–No quiero que me ayuden.

–Déjate de tonterías, Wayne –intervino mi padre–. Hace meses que no abrimos esa casa, está sucia y desordenada. Es pequeña y muy simple. ¿Cómo te las arreglarás sin que esté adaptada?

–Como sea.

–¿Quién hará las compras?

–Pediré por internet.

–¿Quién te preparará la comida?

–Mis brazos funcionan.

–¿Tendremos que pedirles al psicólogo y al kinesiólogo que vayan a ese barrio?

–Si quieren que siga haciendo los tratamientos, sí.

–¡Wayne, por favor! –volvió a irrumpir mi madre–. Es una locura. ¿Cuál es el problema? Habla con nosotros. Cuéntanos qué sientes, solo así podremos ayudarte. ¿Hablaste de esto con tu terapeuta? ¿Te dio el visto bueno?

–Mamá, si quieres que sea sincero, no sé qué más conversar con el terapeuta. No siento que sirva de algo.

–Wayne, si cruzas esa puerta, olvídate de que te pasemos una manutención –me amenazó mi padre, preso de la desesperación–. Solo nos haremos cargo de tus gastos médicos, porque queremos verte bien, y de la universidad, cuando puedas comenzar las clases. Pero no sostendremos caprichos absurdos.

–Estoy independizándome; no esperaba que me mantuvieran. Gracias por cubrir esos gastos que jamás podría afrontar. Para lo demás, me las ingeniaré.

Rosa se aproximó.

–Disculpen. Hay un chofer de taxi afuera. Dice que Wayne lo solicitó.

–Esto es una locura –dijo mamá, apoyando los codos en la mesa y la cabeza en las manos.

–Wayne, por favor –rogó mi padre.

–Gracias por todo lo que han hecho –dije.

–¿Entonces es cierto? –indagó Rosa–. Creí que estaba equivocado.

–Iré a una casa que mis padres tienen en York.

–¡¿Por qué?! –preguntó, boquiabierta.

–Adiós.

Fui a la sala, apoyé la maleta sobre mis piernas y salí de la casa. Rosa me siguió mientras recorría el camino hasta la verja.

–M’ijito, te lo ruego. No te vayas.

Tras oír esas palabras y su tono de voz, me costó seguir adelante con mi determinación. Aun así, lo hice.

Soporté la ira que me provocó percibir la expresión de fastidio del chofer cuando creyó que tendría que ayudar a un lisiado a subir y bajar de su vehículo, como así también los ruegos de Rosa. El hombre bajó del auto. Le dije que no necesitaba ayuda. Tan solo tuvo que guardar la maleta y la silla en el baúl.

Rosa se prendió de la puerta.

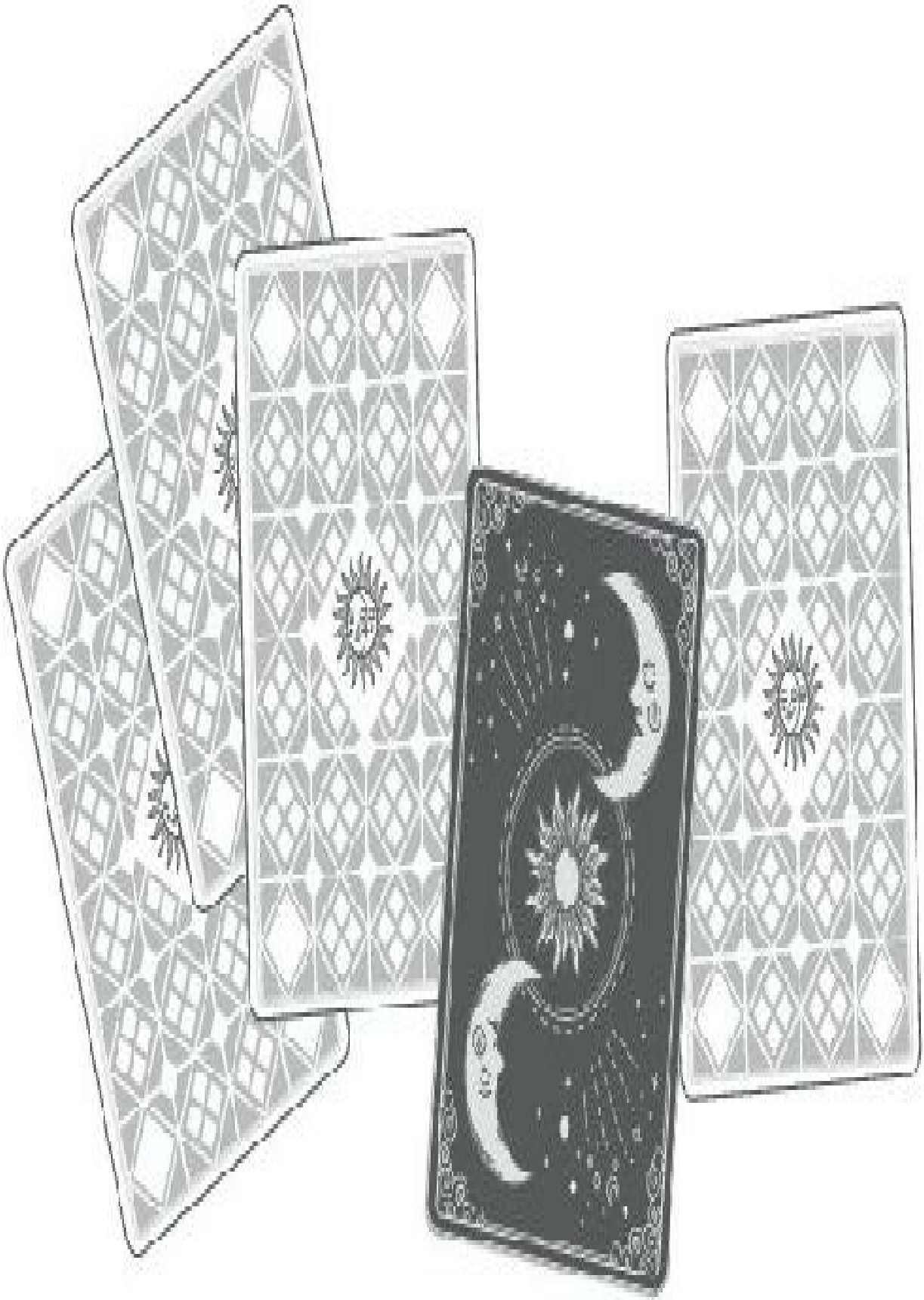
–Wayne, déjame ir contigo.

–No.

–Al menos acepta que vaya a limpiar.

–Te quiero. Eres como una madre para mí. Pero, en este momento, no puedo someter a nadie a lo que ni siquiera yo soporto. Por favor, suelta la puerta. La cerraré de todos modos y no quiero atrapar tus dedos.

Pensé que nada era más simbólico que cerrar la puerta, dejar a todos afuera y arreglármelas solo.



42

Nina

Julia

Nina, perdona la hora. Solo tú puedes ayudarnos. En un acto incomprensible, Wayne acaba de mudarse a una casa que tenemos prácticamente abandonada en York. No hubo manera de detenerlo. Temo que estar solo empeore su condición psicológica. Intenta convencerlo de que regrese, por favor.

No sé por qué pensó que yo podría convencer a Wayne de algo si, desde que había despertado del coma, me había convertido en una extraña para él.

Aun así, era tanto mi enojo que recogí las llaves del coche y conduje hasta la dirección que me envió.

Al llegar descubrí que se trataba de un barrio tan sencillo como el mío y de una casa todavía más pequeña y modesta que la que yo habitaba. En comparación con la mansión de The Bridle Path, era muy humilde. Para empeorar las cosas, estaba bastante descuidada.

La fachada se hallaba revestida de ladrillo a la vista rojo. Al frente había una pequeña escalera para subir a la puerta de entrada y, a la derecha, una blanca de garaje. Supuse que Wayne utilizaría esa, porque no había adaptación alguna que le permitiera ingresar por la otra. Dos ventanas con vidrios repartidos, una sobresaliendo de la pared, me dio la pauta de que existía una planta superior. Intuí que tampoco la utilizaría. Hice sonar el timbre con insistencia. Finalmente, contestó por el portero eléctrico.

–¿Quién es? –farfulló de mal modo.

–Abre la puerta –ordené sin amedrentarme.

–Ahora no puedo.

–Abre la puerta o la tiraré abajo.

Cortó. Creí que tendría que cumplir mi amenaza, pero el sonido de apertura me salvó de correr el riesgo de que un vecino llamara a la policía. Entré en la casa, enfurecida.

–¿Qué significa esto? –pregunté. Me miró desde la silla con expresión de nada–. Wayne, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué te mudaste aquí? –Señalé alrededor–. Está sucio. Huele a humedad y hay poca luz. Esa lamparita es una broma. Casi pareciera que te estuvieras enterrando vivo.

–Supongo que entiendes que no te debo explicaciones.

–¡Pues no! No lo entiendo, porque todavía soy tu novia. Si tu madre no me decía que te habías mudado, mañana habría ido a tu casa y me habría encontrado con la noticia como una tonta. ¿Tan poco valgo para ti, que ni siquiera me avisaste? ¿Por qué me ignoras? ¿Ya no me amas? –Su silencio me hizo prever lo peor, pero su mirada expresaba lo contrario a mis temores–. ¡Habla! ¡Necesito que me lo digas! ¡Contéstame!

–Vine aquí para estar solo.

–¡Maldita sea! –exclamé–. ¡Vete a la mierda, Wayne! –Y pateé la silla.

Regresé a mi auto sin mirar atrás.

Estuve agitada y se me cayeron las lágrimas todo el camino a casa. Mi padre y Allen me esperaban para cenar. Me disculpé porque no tenía hambre y fui directo a mi dormitorio. Ya había oscurecido, tuve que encender la lámpara. Me senté en el suelo y me respaldé en la cama. Lo único en lo que podía pensar era en que Wayne estaba muy afectado y que, por supuesto, ya no me quería.

Respiré hondo. Procuré calmarme. Me estaba dejando llevar por mis impresiones de los hechos, no por lo que subyacía a esas acciones. Para colmo, era una época de sequía en cuanto a las señales. Ni siquiera el doctor Smith podía explicar aún por qué había momentos en los que los intérpretes teníamos muchas visiones y otros en los que, simplemente, desaparecían. Si al menos hubiera tenido alguna que me permitiera comprender mejor a Wayne…

Aunque sabía que el tarot no podía brindarme respuestas comprobables, acudí una vez más a él y pregunté qué le ocurría a Wayne. Salió el colgado en el sujeto, el cinco de oros en el ambiente y el nueve de espadas en la respuesta. Sentí un escalofrío; había allí un estado depresivo bastante alarmante. Según las cartas, Wayne se sentía suspendido en el tiempo; resignado, imposibilitado e incomprendido. Impotente, devastado. Tenía que aprender a mirar la realidad desde otro ángulo, pero al parecer no sabía cómo hacerlo.

Volví a mezclar, corté e hice una nueva pregunta: ¿Qué puedo hacer para ayudarlo?

El diez de copas en el sujeto, el tres de espadas en el ambiente y el cuatro de bastos en la respuesta. No le encontré sentido a aceptar al otro como es, lo cual me pedía el diez de copas, en combinación con el dolor que eso podía producirme, anunciado en el tres de espadas. Sin duda también se refería a que ninguno de los dos admitía la nueva realidad y a que teníamos que hacer un duelo por algo que había muerto, posiblemente su antigua personalidad. Ordenar la pasión, como sugería el cuatro de bastos, se me hizo muy difícil de interpretar. Al parecer, no era el momento de entender esa respuesta o no había que buscarla en métodos espirituales, así que

guardé los naipes, me puse ropa cómoda y me acosté.

Dormir fue difícil. Cuando al fin lo logré, tuve un sueño muy vívido. Había un bosque, antorchas encendidas, un arroyo corría cerca de una cabaña y un par de pájaros surcaba el cielo. Era una imagen muy parecida al dibujo que Wayne se había llevado de mi dormitorio, ese que estaba basado en una interpretación.

Abrí los ojos de golpe. Mi habitación estaba teñida del color azulino de la noche cuando se está desvaneciendo, uno similar al del bosque en el que se encontraba la cabaña del sueño. Intenté encontrarle un sentido. Solo se me ocurrió que los cuatro elementos estaban presentes: tierra, fuego, agua y aire.

Una gran revelación llegó con el sueño. Los cuatro elementos me hicieron pensar en el todo. La casa, en un hogar, otro posible significado del cuatro de bastos que antes no se me había ocurrido.

Recogí el móvil: eran las cinco y media de la mañana. Me levanté, busqué una maleta en el guardarropa donde almacenaba todo tipo de cosas y deposité lo más importante: algunas prendas, calzado y elementos de higiene. En la mochila puse los naipes del tarot, mi carpeta de dibujos, el osito que me había regalado Wayne y lo que necesitaba para comenzar la universidad la semana siguiente.

Como dormía con un pantalón corto y una camiseta, ni siquiera me molesté en mudarme de ropa. Solo me coloqué un cárdigan largo de color mostaza sin prender los botones y me puse las zapatillas. Salí de mi cuarto y golpeé a la puerta del de mi padre. Abrió con los ojos entrecerrados.

–¿Nina? ¿Qué estás haciendo? –preguntó con el ceño fruncido, mirando la maleta.

–Me voy a vivir con Wayne.

–¿Qué? Espera. ¿Vas a convivir con sus padres?

–Ya no está con ellos.

–Son las cinco y media de la mañana. Es una decisión impulsiva y apresurada.

–Así soy.

–¡Allen! –exclamó–. Nina está loca. Dice que se va a vivir con Wayne.

–¿Qué? –masculló Allen desde la cama.

–Te mantendré al tanto. Estaré bien –prometí.

–Nina. ¡Nina! –exclamó.

Aunque corrió a la puerta, no pudo detenerme. Cargué la maleta y la mochila en el asiento trasero del auto mientras él decía toda clase de cosas para hacerme desistir. Le repetí que todo estaría bien, me senté al volante y me fui.

Antes de descender frente a la casa de Wayne, respiré hondo varias veces. Estaba a punto de entrar en la boca del lobo, pero yo era una loba también, así que bajé.

Dejé la mochila sobre la maleta, en el suelo, y toqué el timbre varias veces. Como Wayne no contestaba, lo llamé al móvil. Atendió a la tercera vez.

–¿Qué ocurre?

–Estoy en la puerta de tu casa. Ábreme.

–Son las seis de la mañana.

–Necesito tu ayuda.

Se produjo un instante de silencio.

–Activa la cámara –pidió. Lo hice–. Tu nariz no está sangrando, no me necesitas –concluyó.

–¡No hace falta que esté sangrando para necesitarte! –exclamé. Suspiró.

–Está bien. Espera. Puedo demorar. –Y cortó.

En verdad demoró bastante. Tanto, que creí que me había mentido y que nunca abriría. Pero sí, lo hizo.

Entré arrastrando la maleta y la mochila. A medida que yo avanzaba, él retrocedió hasta detener la silla delante de la puerta del que supuse que era su dormitorio.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Me estoy mudando contigo.

–Dijiste que necesitabas mi ayuda.

–Sí, para abrir la puerta, ya que aún no tengo una llave.

–Nina, detente. No quiero vivir contigo.

–Lo sé.

–¿Entonces por qué estás aquí?

–Porque le pregunté al tarot cómo podía ayudarte y salió el cuatro de bastos. Eso significa ordenar la pasión: matrimonio o convivencia. No me casaré contigo, así que aquí estoy.

–¿Estás loca? ¿Me estás diciendo que te vas a mudar con alguien porque te lo dijo un estúpido juego de naipes?

–Sí. ¿Ese es nuestro cuarto? –Señalé–. Muévete. Acomodaré mis cosas y me acostaré a dormir. Todavía tengo sueño.

–Basta. Sal ahora mismo de aquí.

–Ya te dije lo que haré.

–¡No pedí esto!

Jamás imaginé que esa discusión absurda me devolvería la ternura y el amor infinito que solía sentir por Wayne. Sonreí con la cabeza ladeada, siendo una con él. Nunca me había sentido más identificada y conectada con alguien.

–Conozco esa respuesta de memoria, Wayne. Solía decirla todo el tiempo, te cobraré derechos de autor por utilizarla. No puede lastimarme. Ahora apártate o pasaré por encima de la silla y de ti.

Aguardé. No se movió. Entonces avancé.

–¡No! ¡Espera! –exclamó.

Pasé una pierna por encima del costado derecho de la silla e intenté llegar del otro lado. Tuve mala suerte: me resbalé y terminé sentada sobre el apoyabrazos.

–Auch, mi pierna –protesté–. Me atoré.

Soltó el aire, resignado, y me abrazó por la cintura.

–Sujétate, me moveré –anunció.

Lo abracé por los hombros. Hizo avanzar la silla. Sentí que mi pierna se raspaba todavía más contra la puerta, pero no protesté. Cuando se liberó, me alivié.

–Gracias –susurré.

Wayne me sujetó el muslo antes de que pudiera alejarme. Miré lo mismo que observaba él y vi el raspón sangrando. Aunque me ardía, me levanté con dignidad, recogí mi equipaje e ingresé al dormitorio.

Asenté la maleta sobre la cama, la abrí y comencé a extraer mis cosas. Solté el aire despacio; estaba muy nerviosa. No podía creer lo que acababa de hacer.

Oí la silla de Wayne ir y venir por la casa. Después, su voz.

–Nina, acércate, por favor.

–Ya te dije que me instalaré aquí.

–Ven.

Dejé de acomodar mis pertenencias en los sitios libres que encontré en el guardarropa y me asomé. Como él estaba frente a una silla de la mesa, fui hasta allí.

–Siéntate.

Aunque creí que intentaría convencerme de que volviera a mi casa, igual le di el gusto. Recién entonces me di cuenta de que tenía un trozo de papel higiénico en la mano. Lo apoyó sobre mi herida.

–No tengo gasas ni desinfectante, es solo agua –explicó–. Espero que sirva.

Cuando mi pequeña herida dejó de sangrar, le di las gracias y regresé al dormitorio. Oí la silla otra vez. Por el lugar del que provenía el sonido, supuse que estaba en la cocina. Luego, que volvía al comedor.

Terminé de guardar mis cosas y todavía no había aparecido por el dormitorio. Salí para dejar mis elementos de higiene en el baño. Todo estaba muy sucio, más tarde tendría que limpiar bastante. Cuando salí, lo encontré sentado a la mesa del comedor. Crucé los brazos y apoyé el costado en la abertura de la habitación.

–¿Volverás al cuarto? Es muy temprano. ¿No tienes sueño?

–Supongo que tú ocuparás la cama.

–Es nuestra cama ahora.

–Me quedaré aquí.

Respeté su decisión y volví a la habitación. Delante de la cama, me cuestioné qué lugar debía ocupar, dado que no había indicios de cuál utilizaba él. Intuí que le vendría mejor estar más cerca de la puerta, además ese pasillo era más amplio para la silla de ruedas, así que me acosté del lado de la ventana.

Aproveché ese momento para responderle a la madre de Wayne.

Nina

Perdón por la hora también. Era imposible que yo hiciera regresar a Wayne, entonces me instalé aquí. Viviré con él.

Espero que eso los tranquilice.

Para mi sorpresa, respondió enseguida. Sin duda estaba esperando alguna noticia.

Julia

¡Nina! No tienes idea de cuán tranquilizador es que estés allí. Pero me siento mal de que vayas a ocuparte sola de Wayne. Por favor, no lo tomes a mal, ¿por qué no te pagamos un sueldo, como si fueras una enfermera personal?

Nina

No lo necesito. Lo hago por amor. Gracias de todos modos.

No me ofendí, pero comprobé una vez más que los padres de Wayne tenían un concepto de la vida muy diferente al mío y, por lo que creía, al de él.

Imaginé que, tal vez, cuando despertara mis cosas estarían en la calle. De alguna manera, Wayne me echaría. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrir, pero también estaba segura de lo que quería hacer. Con esa certeza me dormí.

Lo primero que hice al despertar fue mirar el móvil. Eran las once de la mañana. Tenía algunas llamadas perdidas de mi padre y de Allen y un mensaje de Rafe.

Rafe

Gracias por todo, Nina. Por favor, llámanos si necesitas algo. Lo que sea.

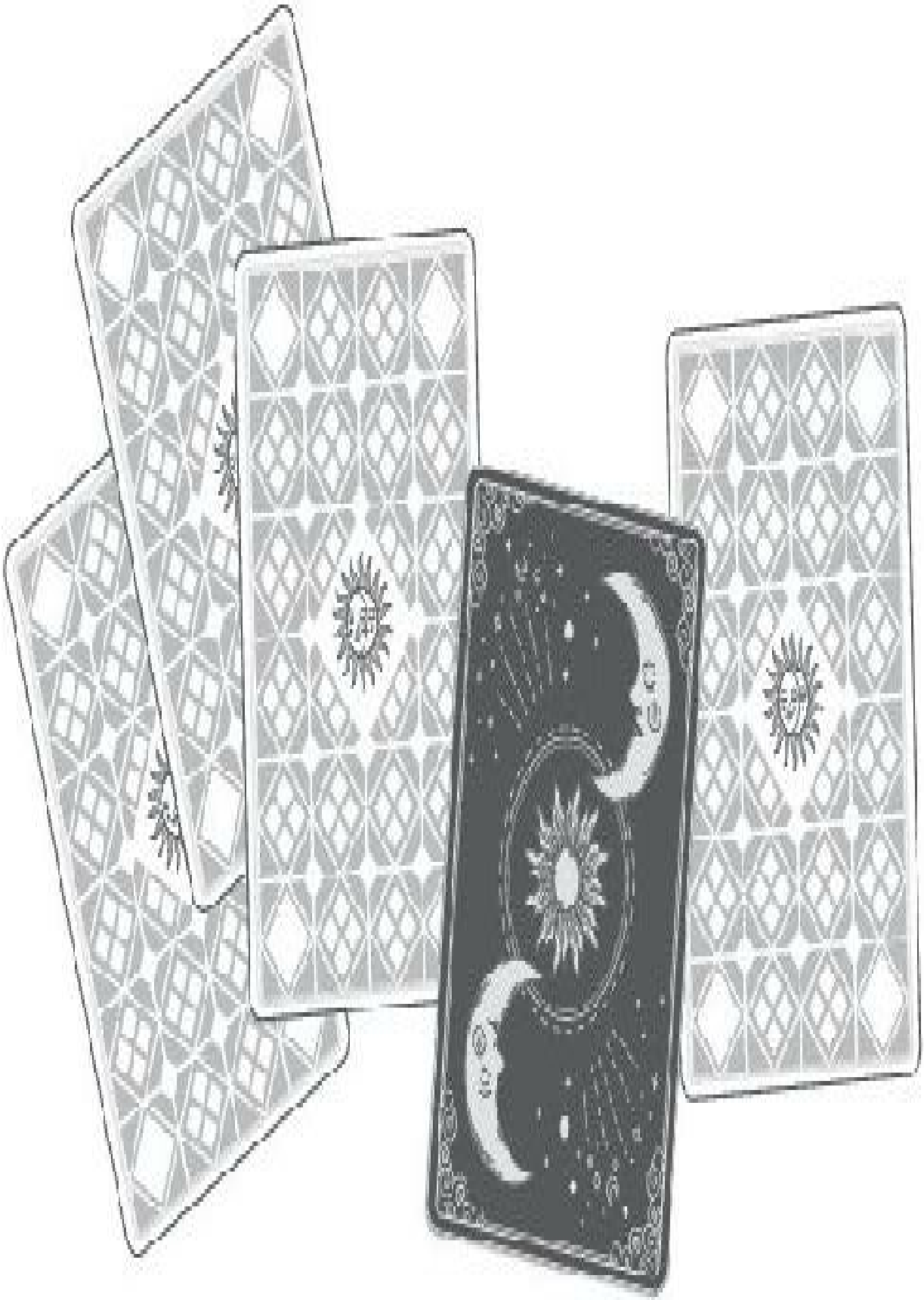
Le agradecí y le escribí a mi padre para que se quedara tranquilo de que estaba bien.

Me levanté y revisé el guardarropa. Todas mis cosas seguían ahí.

Salí de la habitación. Wayne estaba dormido con los brazos y la cabeza apoyados en la mesa. El ordenador estaba encendido. Me aproximé y espié qué había en la pantalla. Vi gráficos y números. No tenía idea de qué se trataba, era imposible que hubiera cambiado de carrera y se dedicara a las matemáticas o a la economía. Además, las clases no empezaban hasta la semana siguiente.

Le acaricié el cabello y, por primera vez en mucho tiempo, le di un beso en la cabeza.

Esperaba que, si no podía volver a convertirse en el sol, pudiera brillar de otra manera. Una nueva, pero igual de resplandeciente.



43

Nina

DESPUÉS DE QUE DESAYUNAMOS FUI AL SUPERMERCADO A COMPRAR ARTÍCULOS de limpieza. Intenté entablar alguna conversación con Wayne, pero él apenas respondió, así que desistí y me puse a limpiar.

Lo primero que fregué a fondo fue el baño. No había nada más asqueroso que ducharse y orinar en un lugar deplorable. Quedó bien. Solo tendría que comprar un vinilo para cubrir una rajadura de la mampara. Cambiarla sería muy costoso para mí, a Wayne no le interesaría y no quería pedirles dinero a sus padres.

Luego de eso, preparé el almuerzo. Wayne continuó sin hablarme, haciendo sus cosas en el ordenador. Supuse que me hacía el vacío para que me cansara y me fuera. Conocía esa actitud también. Pobre de él.

Mientras conversaba con el terapeuta en la sala, cerré la puerta del dormitorio, puse música y lo limpié. Me sorprendió encontrar la medicación que tomaba en una gaveta de la mesa de noche junto con mi dibujo del caballero de bastos y el de la casita en el bosque. Pensé en el sueño que me había impulsado a ir allí y en que Wayne se había llevado muy pocas cosas de la casa de sus padres; si había elegido esos objetos era porque le importaban. El dibujo nos unía de alguna manera. Quizás me estaba ilusionando en vano, pero me dio cierta esperanza.

Pude ocuparme del comedor y de la cocina cuando el psicólogo se fue.

Terminé tarde y me puse a preparar la cena. La planta alta tendría que esperar al día siguiente.

Le ofrecí irnos a la cama. Dijo que todavía tenía cosas que hacer. No me llamaba la atención que no se hubiera bañado ni mudado de ropa, era evidente que le importaba poco de sí.

Desperté a las dos de la madrugada y Wayne seguía sin aparecer por el dormitorio. Me levanté. Otra vez estaba durmiendo sobre los brazos, en la mesa del comedor.

–Wayne. ¡Wayne! –lo llamé. Alzó la cabeza–. Si algo te queda del novio que conocí es que eres un infantil. ¿Por qué no quieres compartir la cama conmigo? No te tocaré sin tu permiso.

–Déjame en paz –respondió.

–No lo haré. Si no vienes, te hablaré hasta que te hartes de mí.

–Nina, te vas a tu casa o vuelves al dormitorio antes de que te eche a la calle.

–¡No te atreverías! –contesté, riendo–. Solo tengo puesto un pantalón corto y una camiseta. Afuera está fresco. Te caigo demasiado bien para que me provoques un resfriado.

Caminé hasta él y sujeté la silla de los apoyabrazos para arrastrarlo. Asentó las manos sobre las mías y las apretó con fuerza.

–Nina, no –dijo, pero yo seguí trasladándolo–. No hagas esto. ¡Basta!

–Déjate de tonterías.

–No puedo. ¡No puedo entrar a la habitación!

–¿Por qué no?

–¡Porque la silla no cabe por la puerta! –gritó, justo antes de que intentara atravesarla–. Tengo que arrastrarme para llegar a la cama. Me arrastraba cuando estaba solo, no lo haré frente a ti.

La sonrisa se borró de mis labios al oír esas palabras, en especial al percibir la humillación que significaba para él confesarme eso. Sentí tanta tristeza que temí que se me escapara por los ojos. Procuré ocultarla restándole importancia a la situación, como antes me esforzaba por esconder que sí anhelaba tener amigos detrás de una actitud cerrada y esquiva.

–No tienes que arrastrarte. Yo te cargaré –ofrecí como si nada.

–¡Claro que no! –Coloqué los brazos debajo de los suyos y lo aferré con fuerza–. Nina, no. Soy muy pesado para ti. No lo hagas. –Logré levantarlo a pesar de que sí era muy pesado y sentí que se me partiría la espalda–. Nina, suéltame. Te harás daño. Déjame caer.

–Cállate –pedí, agitada–. ¿Puedes relajarte, así pesas menos?

Por suerte, la habitación tenía el tamaño de un alfiler, así que en dos pasos toqué el borde de la cama con las pantorrillas. Giré de golpe y me arrojé sobre ella, todavía sujetando a Wayne. Caí sobre su torso y sus piernas.

–¡Lo hice! –exclamé riendo casi sin aire–. Dame un momento –rogué y dejé caer la mejilla sobre su pecho.

Apoyó la mano en mi cabeza y movió los dedos, tocando mi cabello. No me quedó claro si se trataba de una caricia, pero sentí amor en ese acto y eso me bastó.

Giré sobre mí misma y caí de mi lado de la cama.

–¿Puedes acomodarte solo? –pregunté. Lo hizo sin contestar.

Por la mañana, cuando desperté, le ofrecí levantarlo. Dijo que, como era fin de semana, pasaría el día allí.

Preparé el desayuno, limpié la planta alta, gasté el poco dinero que tenía yendo de compras porque ya no quedaba nada en el refrigerador, preparé el almuerzo, continué limpiando, preparé la cena, conversé por teléfono con mi padre y con los de él… Todo sin que Wayne se moviera.

Me preguntaba cuándo y cómo habría ido al baño. Posiblemente se trasladara cuando yo iba de compras o mientras estaba en la primera planta.

Lo mismo ocurrió al día siguiente. Parecía que, si yo no hacía todo, él solo se quedaría allí sin comer, bañarse ni hacer lo mínimo para sobrevivir.

El lunes comencé la universidad bastante cansada. Aun así, disfruté la clase, la compañía de Mackenzie y reencontrarme con gente del curso de verano. También conocí personas nuevas.

Cuando me fui de la casa, Wayne estaba acostado. Cuando regresé, lo encontré sentado en la mesa del comedor, usando el ordenador. Por lo menos se había bañado. Supuse que lo hacía sentándose en el borde de la bañera. Lo saludé con un "hola" a la distancia y abrí el refrigerador para preparar la merienda. Fue un alivio encontrar que estaba lleno.

–¿Rosa o tus padres estuvieron aquí? –consulté, extrayendo la leche.

–Vendrán mañana mientras estés estudiando –respondió.

Entonces él había hecho las compras. Supuse que habría ordenado por internet. Me pareció un indicio de que estaba recuperando las ganas de vivir.

Le alcancé una taza de café y me senté frente a él. En ese momento descubrí que, mientras prestaba atención a lo que sucedía en la pantalla, movía un pie. Estaba haciendo los ejercicios que le recomendaba el kinesiólogo. Era lunes, así que el profesional tenía que haber estado allí.

Por la noche, volví a cargarlo hasta la cama. La secuencia se repitió cada día de la semana: yo lo acostaba y él se levantaba una vez que yo ya me había ido así no lo veía arrastrarse hasta la silla.

El viernes llegué a un estado de desesperación bastante angustiante: mientras estacionaba en la universidad descubrí que me había quedado sin gasolina. Solo me restaba la reserva para volver a la casa de Wayne. Mi padre me había ofrecido dinero, pero me negué a aceptarlo. Si me había ido de su hogar, no tenía por qué mantenerme.

Le conté la situación a Mackenzie mientras ella almorzaba algo que había comprado en el comedor y yo, un sándwich que había llevado en un recipiente y agua del grifo.

–¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Quieres que te preste? –ofreció.

–¡Claro que no! ¿Cómo te lo devolvería? Necesito un empleo de medio tiempo.

–¿Quieres trabajar conmigo en el bar? Siempre se necesitan refuerzos para los viernes y los sábados.

–¿En serio? ¡Gracias! Me salvaría la vida.

Cuando salimos de la universidad, fuimos al bar donde ella trabajaba en mi automóvil. Me presentó al dueño y le preguntó si necesitaba otra camarera.

–¿Sabes patinar? –preguntó–. Aquí los rollers son parte del uniforme.

–Me falta un poco de práctica, pero puedo hacerlo –aseguré.

–Mientras no dejes caer lo que llevas en la bandeja, por mí puedes darte unos cuantos porrazos si quieres el empleo.

–Gracias –repliqué, sonriendo ante la broma sin gracia.

Me quedé a trabajar esa misma noche. Y sí, me caí varias veces porque no andaba en patines desde que tenía diez años. La otra parte del uniforme eran una camiseta ajustada y escotada sin mangas y un pantalón bastante corto. En un principio, me sentí un poco incómoda con las miradas de los chicos sobre mis pechos generosos y mi trasero. Sin embargo, en el transcurso de la noche terminé sintiéndome bonita y segura.

Salí conversando con Mackenzie mientras contaba el dinero que me había pagado el dueño del bar y las propinas.

Di un salto de alegría y la tomé por los hombros.

–Iré a la gasolinera y me compraré un chocolate –dije, riendo–. Deja que te lleve en agradecimiento.

Con todo, terminé llegando a casa a las cuatro y cuarto de la madrugada.

–Nina –dijo Wayne en cuanto entré.

–Hola –contesté y comencé a quitarme el calzado. Me dolían mucho los pies a causa de los patines.

–¿Estás bien? Te llamé decenas de veces y no respondías.

–Lo siento, no tuve tiempo de mirar el móvil. Tampoco lo tenía conmigo.

–¿Desde las ocho de la noche?

–Sí. Verás: me quedé sin dinero, ni siquiera tenía para la gasolina. Una amiga de la universidad que es camarera en un bar me dijo que necesitaban un refuerzo para los fines de semana, así que fui con ella y trabajé hasta hace una hora. Después me acompañó a la gasolinera, cargué combustible, comimos un chocolate… Te traje uno.

–No quiero un chocolate, quiero que me avises cuando no volverás a horario para que no termine

en el hospital de nuevo.

Lo observé por un momento. Parecía inquieto en serio.

–Disculpa. No creí que te importara demasiado. Cuando estoy, con suerte me miras. Ya casi siento que tenemos quince años otra vez.

–Estaba preocupado por ti.

–Bueno, gracias. Es mucho más de lo que has hecho por mí en todo este tiempo. Voy a dormir, estoy muy cansada. ¿Te llevo a la habitación?

–No. ¿Qué te ocurrió en el brazo?

Miré el lugar donde me dolía.

–Unos rollers son parte del uniforme. Me caí varias veces, no patinaba desde hace años.

Suspiró.

–Nina, no tienes que trabajar. Te daré dinero.

Reí.

–No quiero el dinero de tus padres, Wayne. Ni siquiera acepté el del mío.

–No es de mis padres, es mío y quiero compartirlo contigo.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo lo ganas?

–Haciendo trading.

–¿Trading? ¿Eso es lo que haces en el ordenador? ¿Inviertes en la bolsa?

–Por períodos cortos. No gano demasiado, porque todavía no estoy muy entrenado, pero hay chicos menores que nosotros haciendo cientos de dólares al día. Mis padres solo pagan la atención médica y cubrirán la universidad cuando empiece. El resto corre por mi cuenta.

–Entiendo. Te agradezco, pero no. Quiero mi dinero, y yo solo sé dibujar, tirar las cartas y llevar tragos a las mesas. Ni los dibujos ni el tarot pueden ofrecerme dinero fijo, así que continuaré trabajando en el bar. Vamos, te llevo a la cama.

Wayne volvió a hablar mientras me acercaba.

–Dijiste “una amiga de la universidad”.

–Sí, tengo un pequeño grupo que conocí en el curso de verano. Mackenzie es parte de él.

–Me alegra oír eso.

Entre el trabajo de la casa, la universidad y el bar, el cansancio se transformó en agotamiento muy rápido. El peor día era el viernes, porque me levantaba a las seis de la mañana y regresaba a casa recién el sábado a las cuatro y cuarto, con suerte, a las cuatro. Pasaba casi un día entero sin dormir y sin detenerme un segundo. Los sábados también iba al bar y regresaba los domingos, pero al no tener que ir a la universidad, estaba más espabilada.

Por lo general, Wayne me esperaba en la cama, despierto. No tenía idea de por qué lo hacía y tampoco se lo pregunté. Solía estar leyendo en el móvil. Alzaba la mirada cuando yo entraba con el calzado en la mano, cruzábamos algunas palabras hasta que me acostaba y me quedaba dormida.

–Nina –dijo una madrugada–. ¿Qué te ocurrió en el labio?

Me senté en la cama, de espaldas a él, y comencé a desvestirme.

–Unos idiotas bebieron demasiado y comenzaron una pelea. Como el encargado de seguridad había ido al baño, tuvimos que separarlos algunas camareras. No sé cómo un puño acabó en mi rostro.

Me tomó del hombro y me obligó a darme la vuelta. Cuando apoyó una mano en mi mejilla y me acarició el borde de los labios, creí que mi corazón saldría galopando.

–No volverás a ese lugar –determinó.

–Lo siento, por ahora es el único empleo que tengo.

–No puedes regresar a un sitio donde te golpean.

–Fue solo esta vez. Por lo general, es tranquilo.

–No me importa.

–Estoy muy cansada, Wayne. Voy a dormir.

Ni siquiera me puse el pantalón corto y la camiseta. Me acosté en ropa interior sobre el acolchado y cerré los ojos. Wayne me tomó de la cintura y me hizo girar de lado. Me cubrió con la sábana y me devolvió a mi posición original. Estaba demasiado adormecida como para reconocer si lo que ocurrió después fue un producto de mi imaginación o parte de la realidad, pero podría jurar que sentí sus labios sobre mi frente.

Desperté de golpe cuando él gritó. Se sentó en la cama, se apoyó en el respaldo y apretó con fuerza la sábana.

–Wayne –susurré, apoyando una mano sobre su pecho. Sentir su corazón latiendo tan rápido y fuerte me asustó. Sumado a que respiraba mal, creí que estaba sufriendo un infarto–. ¿Qué

ocurre? Llamaré una ambulancia.

–Lo recuerdo –se apresuró a decir, tomándome del brazo para que no me moviera–. La cazadora militar, los casilleros, el bolígrafo…

Me quedé atónita. Tenía tanto miedo que comencé a temblar al igual que él.

–Tranquilo –alcancé a decir.

–Salí al pasillo para que no nos encontrara a los dos y me disparó.

–Sí –susurré–. Lo siento.

Se pasó una mano por la frente, apartó la mía de su pecho y volvió a acostarse dándome la espalda.

–¿Quieres que llame a tu terapeuta? –ofrecí, sin saber qué hacer. Solo obtuve silencio.

Ese recuerdo significó retroceder todos los casilleros que habíamos avanzado.

Por la mañana, Wayne se levantó solo mientras yo dormía. Cuando fui al comedor con intención de preparar el almuerzo, ni siquiera me miró para responder mi saludo. Podía sentir en el aire que todo era oscuro de nuevo. Para colmo, era domingo y teníamos que pasar todo el día juntos. Para evitar esa situación dolorosa, le avisé que saldría. Pasé buena parte de la tarde sentada en un parque, conversando con el doctor Smith, a pesar de que ya estaba fresco.

Por la noche, cuando me ofrecí a llevarlo a la cama, se negó. Yo entré a la habitación mientras que él solo pudo llegar con la silla hasta la puerta. Volví a acercarme para ayudarlo. Insistió en que me alejara. Logró ponerse de pie. Sonreí, contenta; era un gran progreso. Sin embargo, sus músculos todavía estaban débiles y, después de temblar un poco, se desplomó.

Corrí a levantarlo.

–¡Déjame! –gritó.

–No te preocupes, podemos…

–¡No me toques!

–Wayne, cálmate.

–¡Si tan solo no hubieras pisado ese estúpido bolígrafo!

La frase fue como una lanza que me atravesó el pecho. Me eché atrás, agitada y confundida.

–¿Me estás culpando? –mascullé–. ¿Crees que yo tuve la culpa? –Se quedó callado–. ¡Contéstame, cobarde! –grité tanto como él y lo empujé.

–No –murmuró.

–¡Sí! Eso es justo lo que acabas de decir. ¿Qué crees? ¿Que ha sido fácil para mí? ¡No eres el único que está sufriendo aquí! Yo vi cuando Jerry te disparó, yo te sostuve en mis brazos mientras creía que morirías. ¡Yo también tuve el arma apuntándome a los ojos!

–Lo sé –susurró.

–¡No te atrevas a insinuar que yo tuve la culpa, maldito bastardo!

–Lo siento.

Estuve a punto de levantarme, pero regresé al suelo para enfrentarlo de nuevo con los ojos llenos de lágrimas.

–Me acusaste de que me rendía muy fácilmente. Pero ¿sabes qué? No me rendiré contigo, Wayne. No me iré. Así que no vuelvas a decirme algo como lo de recién nunca más porque transformarás mi vida en un infierno y sé que no quieres eso para mí.

Pasé los brazos por debajo de los suyos sin preguntar y, a pesar de que no podía más del dolor de espalda y del agotamiento, me levanté con él. Se notaba que iba recuperando fuerza muscular en las piernas, porque su peso se sentía cada vez menos.

Me acosté, le di la espalda y nos hundimos en el silencio. Uno bastante distinto del que solía imponer él hasta el momento.

–Nina –susurró.

–Estoy durmiendo –respondí, tajante.

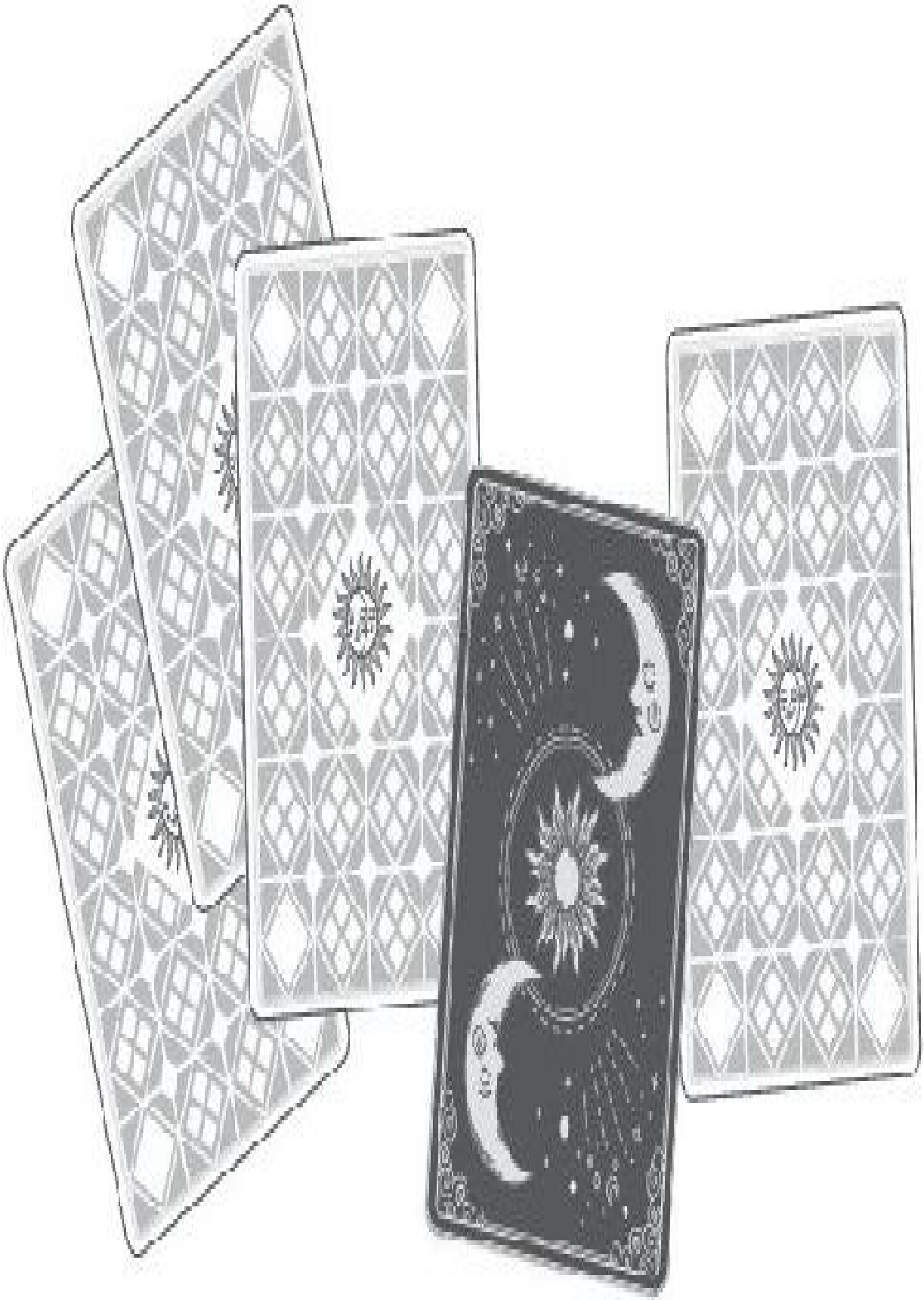
–¿Nunca dijiste algo que no sientes por miedo o por enojo?

–Entiendo que estés asustado y molesto, pero las personas que te amamos no tenemos la culpa. Solo intentamos ayudarte y tú lo impides. Tus padres prepararon la casa para ti y tú te fuiste. Rosa te adora como una madre y casi ni le hablas. Yo me quedó aquí, contigo, y a cambio la mayoría de las veces solo recibo actitudes hirientes de tu parte. Así que no me hables de tu miedo y tu enojo, estoy harta de toda esa mierda.

No insistió en conversar. Yo tampoco.

Estaba soñando si pensaba que me iría. Él había estado a mi lado en mis momentos más oscuros, soportando mis peores actitudes. Me había ayudado a liberarme y a encontrar el valor en mí misma.

Ahora era mi turno.



44

Wayne

NO ME DI CUENTA REALMENTE DE QUE HABÍA ALGUIEN A MI LADO HASTA que vi el dolor profundo en los ojos de Nina mientras me gritaba. Acababa de herirla con mi egoísmo y no sabía cómo sanarla, porque ni siquiera podía sanarme a mí mismo.

Intenté pedirle disculpas en la cama, pero lo que salió de mí en forma de palabras no se pareció a un "perdóname" sino a una excusa. Todo terminó peor. Fue como si acabara de golpearla en la cancha de softball con la pelota y, en lugar de acercarme para preguntarle si se encontraba bien, le hiciera una advertencia. Era lo mismo, solo que en otro nivel de conciencia. Quizás tuviéramos que empezar de nuevo desde un punto de partida más elevado, profundo y complejo, como proponían las cartas del tarot según lo que ella me había contado.

Se quedó dormida enseguida. Para que eso ocurriera a pesar de la terrible discusión que habíamos tenido, debía de estar en verdad muy cansada. Caí en la cuenta de que, de no haber sido por Nina, no habría comido, no me habría bañado, quizás ni siquiera hubiera utilizado la cama en todo ese tiempo. Arrastrarme como un gusano era lo peor que podía hacerle a mi ego, el símbolo del punto más bajo de mi existencia.

Sin Nina, ya estaría muerto. Ella había limpiado esa casa abandonada para que yo no me enterrara vivo. Todavía se ocupaba de hacerlo. Además, iba a la universidad, hacía trabajos prácticos, cocinaba y ahora también trabajaba en el bar. Mientras tanto, yo solo me ocupaba de hacer algo de dinero con la bolsa, leía sobre trading, recibía a los profesionales que me atendían y me retorcía en mi propio dolor.

No era justo. Esa convivencia sorpresiva era lo más parecido a la familia propia que alguna vez había soñado, sin embargo, estaba haciendo todo lo contrario a lo que me había propuesto.

Aparté el cobertor y las sábanas de Nina con cuidado para no despertarla. Había adelgazado y tenía ojeras. Observé su labio lastimado. Sus brazos y sus piernas estaban repletos de magullones; supuse que continuaría cayéndose a causa de los patines. Cuando llegué a sus pies, los encontré llenos de laceraciones.

Sentí desprecio por ese jefe que sin duda se sentaba cómodo en un taburete mientras que sus empleadas tenían que padecer muchas horas de pie sobre ruedas. Más desprecio sentí por mí mismo, porque no me había dado cuenta de cuánto estaba sufriendo Nina. Si se hallaba tan lastimada por fuera, no quería imaginar lo que sería por dentro. Y allí, en el alma, nadie la había herido más que yo.

Me di cuenta de que mi capacidad para experimentar emociones estaba intacta. Mi amor por

Nina era mucho más grande y profundo que antes del tiroteo, era tan trascendental que se hacía inabarcable. Solo se lo había dicho al psicólogo, quien afirmaba que eran puras alucinaciones, pero, en parte, había pedido regresar a este mundo por ella. El problema era que yo no me permitía conectar con esos sentimientos.

A pesar del vacío existencial que había atravesado en mi adolescencia, siempre lo había tenido todo. Rosa suplió la ausencia de mis padres. Su amor me ayudó a elevar mi autoestima y a forjar mi carácter alegre y positivo. El éxito social y material cubrió la falta de atención. Solo había habitado la luz, nunca la oscuridad. Enfrentar ese lado de mi persona, sentirme inútil y desprovisto de todo lo que alguna vez me había servido para mi seguridad personal, me hacía creer que ya no tenía nada para dar. Nina merecía mucho más.

Me pregunté si nuestro amor sería más fuerte que mi oscuridad, si podíamos aceptar las miserias del otro y aun así triunfar. Si continuaba bloqueando lo que me asustaba: reconocer que mi vida había cambiado para siempre, que yo ya no era el mismo y que me aterraba que Nina dejara de sentirse enamorada de mí por eso, jamás podría comprobarlo. Tenía que dejar fluir ese nuevo estado de nosotros mismos y de nuestro vínculo.

Volví a cubrirla para que no sintiera frío. Sabía que, posiblemente, sería rechazado, pero pasé un brazo por debajo de su cuello e intenté abrazarla. Se quejó adormecida. No porque le molestara mi acción, seguro no la esperaba y ni se había dado cuenta. Me pareció que se trataba de un dolor físico.

Probé presionando un poco la zona de los hombros.

–No –susurró, removiéndose.

Sus músculos estaban más tensos que cuando yo jugaba al softball y sufría algún calambre. Sabía que cargarme hasta la cama casi todas las noches no sería gratuito. Me sentí peor al pensar que Nina no solo sufría, sino que lo hacía en silencio y que, a pesar de eso, seguía adelante.

El escudo que me ayudaba a bloquear mis sentimientos intentó convencerme de que lo hacía por lástima. Por suerte, otro lado de mí me recordó que yo también había hecho cosas por ella y que la lástima no había motivado ninguna de mis acciones. ¿Por qué tenía que incentivar las de Nina?

La impulsé con suavidad para que se colocara boca abajo y comencé a hacerle masajes.

–Duele. No –murmuró, girando la cabeza hacia mí.

–Lo sé –le dije en voz baja al oído–. Resiste un poco, te prometo que luego te sentirás mejor.

Le costaba mantener los ojos abiertos. Fue imposible adivinar cuánto de lo que ocurrió en esos cuarenta minutos en los que intenté que se relajara comprendió o si pensaría que, quizás, lo soñó.

Por la mañana, desperté antes que ella. Me senté en la orilla de la cama y deposité todo mi empeño en ponerme de pie. Logré hacerlo, pero era consciente de que, si intentaba caminar sin barandillas, terminaría en el suelo. Acepté la limitación, como tendría que aceptar otras que me

acompañarían por el resto de mi vida, y volví a sentarme en la cama. Me deslicé hasta el suelo y me arrastré sentado. Para no sentirme tan miserable y que los malos pensamientos no interfirieran de nuevo con mis emociones, repetí algunas frases en mi mente.

No eres un gusano, sigues siendo una persona. Tus capacidades no se miden por el hecho de que puedas caminar o no. Este es un estado transitorio. Si te quedas sin emociones, serás un ser vacío. Creíste que ya no tenías nada sin darte cuenta de que, quizás, ahora lo tienes todo.

Logré sentarme en la silla con menos esfuerzo que otras veces, porque pude ayudarme con las piernas. Parecía que, cuando me obligaba a pensar en positivo, como antes, todo fluía mejor.

Quería preparar el desayuno. Solo había un plato a mi alcance, el resto estaba en la alacena de arriba, así que tuve que levantarme para conseguir otro para Nina. En el proceso de sostenerme de la encimera, tiré una copa. Ya que estaba de pie, la repuse extrayendo otra.

–¿Qué ocurre? –preguntó Nina, agitada. Sin duda acababa de levantarse rápido porque había oído el vidrio romperse y se había asustado. La miré para que se quedara tranquila.

–Estoy preparando el desayuno. Se me cayó algo. No te preocupes.

–Yo lo hago –ofreció, dando un paso adelante a la vez que yo volvía a sentarme.

–No. Descansa un poco más hasta que suene tu alarma o haz tus cosas. Yo me ocupo.

–¿Estás seguro?

En otras oportunidades, cuando Nina, mis padres o Rosa me hacían preguntas como esa, solía ofenderme. En ese momento, recordé sus palabras: “solo intentamos ayudarte”, y las comprendí de otra manera. No me estaban menospreciando, no había humillación ni lástima. Solo amor.

–Sí –contesté con tranquilidad–. Puedo hacerlo. Gracias.

Asintió y volvió a la habitación. La vi salir poco después con ropa en la mano. Se introdujo en el baño. Oí la ducha.

Preparar un desayuno nunca me tomó tanto tiempo. Pero logré hacerlo y eso me hizo sentir mejor de lo que esperaba. Lo dispuse sobre la mesa unos minutos después de que ya no se oía el ruido del agua cayendo en el sanitario. Me aproximé a la puerta para avisarle a Nina que estaba servido. Me quedé estático al escuchar un sonido confuso que me llevó a sospechar que estaba llorando.

Apoyé las manos en el marco de la puerta, me levanté y abrí sin pedir permiso. Nina se movió sobre la tapa del retrete, visiblemente confundida por mi intromisión. Tal como sospeché, estaba bañada en lágrimas. Intentó ocultarlas con la mano.

–¿Por qué entraste así? –preguntó–. Estás de pie…

–No por mucho tiempo –reconocí y me arrodillé frente a ella. Sujeté su rostro entre las manos y le sequé las lágrimas con los pulgares–. ¿Por qué lloras?

–Deberías salir, estoy en ropa interior.

–Primero dime por qué estás llorando.

¿Qué podía importarle la ropa interior, si se desnudaba delante de mí en la misma habitación cada noche antes de dormir? Era una excusa.

Se pasó la mano por la nariz, mirando hacia el costado. Luego, volvió a mis ojos.

–Me siento triste –confesó, acongojada–. No sé si podrás volver a amarme alguna vez.

Las palabras hicieron más destrozos en mi corazón que el disparo. Cerré los ojos un instante, asumiendo mi responsabilidad en el enorme dolor que los dos sentíamos. Cuando volví a abrirlos, permití que las lágrimas que había contenido todo ese tiempo se derramaran como las de Nina.

–Lamento haberte dado a entender que ya no te amaba, porque nunca dejé ni dejaré de hacerlo –dije y le acaricié las mejillas–. Nina, eres el amor de mi vida. No hay nada que no sueñe contigo. Casarnos, tener hijos, morir juntos. Todo. Es solo que me siento pobre. Ya no tengo la misma energía, el mismo optimismo, ni siquiera algo tan superficial como el mismo dinero. Temo no ser suficiente. Pero lo intentaré, porque te amo más que a nada. Aunque no tenga mucho de nada, te daré lo mejor que tenga de todo.

En lugar de calmarse, lloró más. Le di besos por el rostro y, cuando me acerqué a su boca, la miré a los ojos. Tenía que saber lo que haría en caso de que prefiriera negarse. Como no se movió, me dejé llevar por mis sentimientos. En ese momento, el anhelo por Nina lo llenaba todo.

Me abrazó por los hombros y respondió al beso con la misma intensidad que yo. Estaba seguro de que, esa vez, no había tenido ninguna visión respecto de esa situación. Estábamos llenos de nuevas oportunidades. Para empezar, la de recomenzar la vida varias veces, pero también la de darnos un segundo primer beso mucho más profundo e inquebrantable que el original.

La tomé de la cintura y la impulse hacia adelante. Ella se deslizó por la tapa del retrete hasta que se sentó sobre mi entrepierna. Enredé los dedos en su pelo mientras le besaba el cuello, la clavícula y los pechos.

–Wayne –susurró–. ¿Puedes…? –Dejó la frase en suspenso. No hacía falta que la completara.

–Sí. Tal vez ya no pueda a los setenta años, porque mi corazón estará muy débil, pero por ahora tengo permiso. Para entonces, inventaré algo para que disfrutes de otra manera. ¿Es suficiente para ti?

–Son cincuenta años y eres muy bueno en esto. Es un gran negocio. –La respuesta me hizo reír–. Estás riendo –musitó, acariciándome los labios–. Extrañaba tu sonrisa luminosa. –Y me besó.

Lo hicimos allí, sentados en el suelo del baño, y aunque los dos quedamos inusualmente cansados, yo más que ella, sabíamos que queríamos repetirlo tantas veces como fuera posible en esos cincuenta años.

Apoyó la mejilla sobre mi pecho, donde estaba la cicatriz de la cirugía.

–Llegaré tarde a clases –murmuró.

Le aparté el pelo de la frente y se la besé.

–¿Tienes que hacer algo importante hoy?

–No.

–Entonces quédate. Necesitas descansar. Tomémonos el día libre.

Permaneció quieta, con los ojos cerrados, y así entendí que había aceptado mi propuesta. La cubrí con mi camiseta, que había quedado a un costado, y me respaldé en la pared. Nos dormimos mientras una parte de mí estaba todavía dentro de ella.

Desperté cuando oí que Nina me llamaba.

–Wayne. Wayne. El timbre está sonando.

Respiré hondo procurando ordenar mis pensamientos.

–¿Qué hora es? –pregunté. Ella se encogió de hombros–. Debe ser el kinesiólogo.

–¡Claro! Hoy es lunes –murmuró, cubriéndose la boca.

–No abriré.

–Tienes que hacer los ejercicios.

–Nina, por favor. Dijimos que nos tomaríamos el día. ¿Puedo olvidar todo lo que ya no podré hacer aunque sea solo por hoy?

–Sí, lo siento. Por supuesto.

Noté que en sus ojos otra vez había dolor, así que sonreí mientras le acomodaba el cabello detrás del cuello para que se aliviara. El timbre volvió a sonar. Ninguno le prestó atención.

–Estoy acumulando tantas cicatrices que ya luzco como Frankenstein –bromeé. Nina rio.

–¿De qué hablas?

–La quemadura del brazo, la cirugía del pecho…

–Bueno… Nunca te lo dije pero me encanta Frankenstein. Creo que es una buena novela y un gran personaje.

–Vives con un monstruo.

–Vivo con un chico que venció a la muerte dos veces. Tienes un superpoder o algo.

–Aquí la única que tiene un superpoder eres tú. Pero… Vi cosas.

–¿A qué te refieres?

–Mientras estaba en coma. El psicólogo dice que fueron alucinaciones, pero las sentí reales. Eran situaciones muy extrañas. Ojalá pudiera dibujar como tú para plasmarlas.

–No necesitas dibujar cuando eres bueno escribiendo.

–¿Quién querría leer mi experiencia cuando ya hay tantas dando vueltas? En cambio, cuando las personas ven una imagen, aunque la pasen de largo, algo entra en su inconsciente. Tiene un impacto de cualquier forma.

–Encontraremos la manera si lo que quieres es compartir tu experiencia. Por ahora, creo que escribirla te haría bien para desahogarte.

–Lo intentaré.

–Deberíamos comer algo. Prepararé el almuerzo.

–Hay un desayuno helado esperándonos en la mesa, tan solo deberíamos calentarlo. ¡Hice de todo!

–¿Qué hay?

–Café, tostadas, waffles con jalea, huevos revueltos…

–¡Guau! Ya me convenciste.

Nina se levantó y comenzó a acomodar la ropa interior para ponérsela. En lugar de vestirme con la mía en el suelo, le acaricié las piernas. Volvió a reír.

–Si sigues haciendo eso, desayunaremos a la hora de la cena.

–En este momento, me importa poco la comida –confesé, introduciendo un dedo en su cavidad.

Nos atrasamos todavía más porque le hice sexo oral.

Terminamos ingiriendo el desayuno recalentado a las tres de la tarde.

–Mi padre y Allen fijaron fecha de boda para dentro de un mes –contó–. No te lo había dicho

porque estabas de muy mal humor y supuse que no querrías que la gente te viera en la silla de ruedas. Nunca sales.

–Tal vez, dentro de un mes, pueda ir sin la silla. ¿Te imaginas cuando nosotros nos casemos? –Sonreí–. ¿Y cuando tengamos un hijo o una hija? Si tiene mi cabello y tus ojos, tendremos que ponerle custodia para que los chicos o las chicas no se le arrojen encima.

Nina bajó la cabeza. En un principio, no supe por qué ese destello del viejo Wayne no le provocó emoción, sino tristeza.

–Wayne –susurró–. Seguro no lo recuerdas porque te lo dije mientras estabas en coma, pero no tendré hijos biológicos. No quiero heredarle a alguien lo que tanto me hizo sufrir.

La observé por un momento con cierto pesar; me apenaba que se privara de una experiencia que quizás sí le hubiera gustado vivir por temor. Sin embargo, logré salir de mi visión optimista y asumir la de ella enseguida.

–Está bien –dije–. Eres adoptada. Podemos adoptar. Pero, en algún momento, creo que me gustaría ser papá.

–Serás el mejor del mundo, lo sé. Pero no creo que quieras adoptar.

–¿Por qué no?

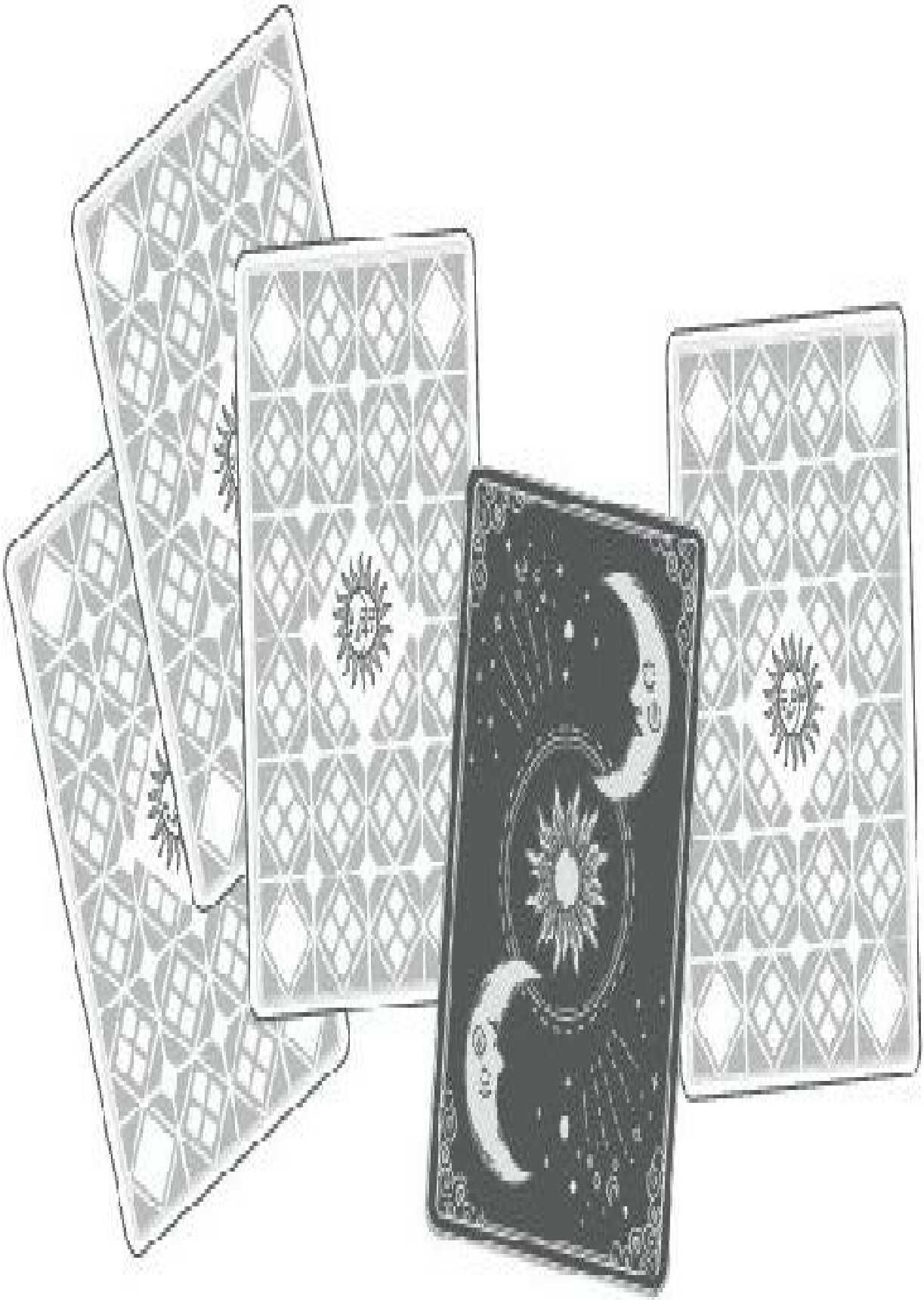
–Acabas de mencionar a un niño con mis ojos y con tu cabello. Es evidente que quieres que sea biológico.

–Nina, solo fue una expresión. Me da igual. Falta mucho para eso. Solo tenemos el instante presente y, en este momento, nuestra única preocupación es comer otro bocado. ¿Qué quieres? ¿Dulce o salado?

–Dulce.

Corté un trozo de waffle y se lo di en la boca.

Tal como le había dicho, quería todo con ella, de la manera que sea.



45

Nina

DESDE ESE DÍA, WAYNE PREPARÓ EL DESAYUNO Y LA CENA SIEMPRE QUE IBA a la universidad. Como los sábados trabajaba en el bar, solo me tocaba prepararla los domingos. Él se ocupaba del almuerzo para que pudiera descansar después de dos noches despierta.

Ya no permitió que lo llevara a la cama. Aprovechaba a llegar por sus propios medios mientras yo estaba en el baño.

Además, el primer sábado después de nuestra conversación en el sanitario, cuando regresé del bar, me esperó con un botiquín de primeros auxilios.

–¿Y eso? –pregunté.

–Lo encargué por internet. Hace tiempo que nos hacía falta uno.

–¿Por qué lo tienes en la habitación? ¿Quieres que lo lleve al baño?

–No. Acuéstate.

Nunca imaginé que se ocuparía de mis pies lastimados por los patines y que, además, había comprado una pomada antiinflamatoria para hacerme masajes.

Tampoco tuve que volver a limpiar, al menos la planta baja; él lo hacía. Incluso envió a cambiar la mampara rajada del baño. Yo solo repasaba el primer piso en los ratos libres.

Aceptó que nuestras familias nos visitaran algunos domingos por la tarde y también salir para continuar la rehabilitación en un centro. El kinesiólogo le aseguró que agilizarían el proceso con ciertos aparatos que era imposible trasladar a la casa.

Concurrir a ese lugar le hizo bien. Como siempre había tenido facilidad para socializar, se hizo de conocidos allí. No tenía dudas de que pronto, en cuanto comenzara a frecuentar otros sitios, se rodearía de amigos.

Los resultados de las pruebas de secuelas fueron muy positivos. No había alteraciones neurológicas. Tampoco físicas, excepto por su corazón debilitado. Lo de las piernas seguía siendo transitorio, de hecho la recuperación muscular marchaba cada vez mejor.

A veces lo notaba triste o malhumorado, pero no volvió a ignorarme o a responder de mala manera. En cambio, se abrió y me confesó que le costaba mucho aceptar que ya no podría practicar deportes de manera profesional o realizar ciertas actividades. Por ejemplo, no era

recomendable para él viajar a lugares que pudieran provocar mal de altura.

–No escalaré el Everest, pero al menos podré tumbarme en una playa a que me sirvan bebidas –culminó.

Sonreí con ternura, completamente enamorada del optimismo del viejo Wayne que aparecía cada vez más en el nuevo, y le acaricié la mejilla.

–Viviremos millones de experiencias bonitas sin necesidad de las pocas que no puedes hacer –prometí.

Al igual que las risas, los condones también volvieron a formar parte de nuestra vida. Hacíamos el amor varias noches a la semana, inventando posiciones en las que él no tuviera que esforzarse tanto, al menos hasta que le dieran el alta por completo, y yo era la reina.

Siempre que regresaba de la universidad lo encontraba sentado en la mesa del comedor con el ordenador y el móvil. Preparaba café para los dos y me ubicaba frente a él.

–Terminé mi texto sobre la experiencia durante el coma –anunció una tarde–. También lo publiqué en Instagram. ¿Quieres leerlo?

–Sí, claro.

–¿Cuándo te crearás una cuenta?

–Nunca. Odio las redes sociales. No necesito ese tipo de exposición vacía.

–Gracias.

–Sin ofender –reí.

–No todo es vacío. Además, podrías mostrar tus dibujos.

–Lo hago, pero no allí, sino en foros especializados. No necesito que cualquier chico que jamás dibujó una casita opine sobre mis obras como si fuera un experto en arte. Algunas personas se creen las dueñas de la verdad cuando tienen la voz en una red social.

Guardó silencio, supuse que no tenía argumentos para contradecir mi teoría. Lo derroté en ese punto. Sin embargo, en el de que todo allí era vacío, me derrotó él.

Cuando me entregó el móvil, lo primero que vi fue el texto que había escrito en varias imágenes con letras negras sobre un fondo blanco. Mi mirada se trasladó de inmediato a la fotografía que había subido antes: una en la que yo estaba recostada sobre su pecho, él me abrazaba y los dos sonreíamos a la cámara. La habíamos tomado sentados en la cubierta del yate. Espié la fecha: era de unos pocos días antes del tiroteo. Leí el texto que había escrito debajo: “Te amo. Eres fuerte, inteligente y hermosa”.

Mis emociones se removieron y comencé a llorar de un instante al otro.

–Nina, ¿qué ocurre? Si te afecta, déjalo.

–No leí tu texto todavía –aclaré–. Mientras estabas en coma, nunca se me ocurrió mirar tus redes sociales. Como no las tengo en cuenta… Lo último que habías subido era una foto nuestra.

–Fue en cuanto hicieron público el video íntimo.

–Limitaste los comentarios.

–No me interesaba que las personas opinaran, solo que supieran lo que sentía por ti.

Me pasé una mano por debajo de la nariz.

–Eres muy especial –susurré.

–¿Especial como un sándwich o una pizza? –bromeó.

Me hizo reír. Negué con la cabeza y le devolví el móvil.

–Mejor léeme el texto tú –solicité, secándome las lágrimas.

–De acuerdo. Es bastante breve, jamás podría escribir un libro con esto como hacen otros –expresó.

Fue como si algo me absorbiera.

Desperté de la nada y me vi atraído por una fuerza magnética que me arrastró por un túnel oscuro. Mi cuerpo flotó muy rápido hacia un punto de luz, como un tren subterráneo. Lo atravesé. Curiosamente, no sentí miedo, sino una paz absoluta.

Del otro lado me encontré en un campo de un color verde muy intenso recubierto con un halo blanco. Todos los colores eran llamativos, brillaban formando tonalidades que en nuestro mundo no tienen nombre. En ese momento no me llamaron la atención, era como si estuviera acostumbrado a verlos. Pero aquí, cuando pienso en ellos, todavía me sorprendo. Había plantas, o algo parecido. Recuerdo más que nada unas azules con una aureola blanca. Cada cosa tenía un aura, despedía energía. Yo me sentía parte del todo, parte de un amor infinito que se expandía de forma inabarcable.

Olvidé mucho, pero sé que había alguien más. Una presencia, no podría especificar si se trataba de una persona. Era una figura alta con forma humana, pero de color gris, con brazos y piernas muy largas. Creo que era una entidad femenina. Estaba vestida con una túnica dorada y tenía una especie de cabeza con la forma del ojal de una aguja. Transmitía serenidad. Por la posición de sus manos en jarras delante de lo que entenderíamos como la cadera humana, siento que estaba

esperándome.

Había también una enorme piedra que hablaba. Dijo claramente: “Entra. Tienes que nacer de nuevo”. Le contesté: “No puedo. Mi familia espera, Nina espera. Tengo cosas que hacer con ella. Tú sabes”.

Entonces, todo se apagó.

Me miró.

–El psicólogo insiste con que las alucinaciones son comunes mientras una persona está en coma. Pero tenías razón, me hizo bien expresarlo. No me importa si los demás creen que estoy loco. De todos modos, lo subí sin aclarar por qué lo escribí. Ni siquiera le puse un título.

–Los profesionales también afirmaron que mi madre tenía una enfermedad mental y se equivocaron, así que no creo que hayas alucinado. ¿Sabes por qué? Tal como mencionaste, otros escriben libros enteros con ese tipo de experiencias, las cuentan en podcasts, dan conferencias. La mayoría no persigue un interés económico. Todos los relatos son parecidos. Las alucinaciones existen, pero ¿acaso todas las personas alucinan casi lo mismo? Puede que el psicólogo te diga que estamos influenciados por los mitos que circulan sobre la muerte, como lo del túnel, o que esa sensación tiene una explicación científica. Aun así, la sabiduría humana es limitada. Este mundo nos obliga a racionalizar todo, como si fuéramos omnipotentes y no admitiéramos que existen cosas que aún no podemos comprender con nuestras herramientas. Creo que debes haber tenido esa vivencia cuando desconectaron el respirador. Si hubiera durado toda tu estadía en coma, deberías recordar mucho más.

–Puede ser. Gracias por animarme a escribirla.

No sé si reconectar con lo espiritual a través del relato de Wayne lo provocó, pero las señales volvieron poco después de improviso. Sentí la primera ni bien abrí los ojos una mañana y vi que un rayo de sol impactaba sobre la pantalla del móvil. Suspiré, un poco asustada de si se trataría de algo bueno o malo, y me levanté.

Como era domingo, no tenía pensado salir de la casa. El universo tendría que ingeniárselas para enviarme más señales si quería que interpretara algo.

Era astuto. Mucho más que yo.

La segunda llegó al abrir la ventana para ventilar una de las habitaciones de la planta alta. Dos señoras caminaban tomadas del brazo, me dio la impresión de que eran amigas.

Luz sobre una pantalla, dos personas unidas… Ojalá hubiera podido entender sin llegar a tener la visión.

La tercera señal llegó a la noche, mientras estaba preparando la cena. Sin querer, me pinché con

un cuchillo, y una pequeña gota de sangre se formó en la yema de mi dedo.

Todo se conectó. No me generó sensaciones soportables, así que reprimí la interpretación.

La voz de Wayne me devolvió a la realidad, aunque todavía me sentía un poco ausente.

–Nina. ¡Nina! –exclamó desde una silla del comedor–. Ven. Ven aquí.

Me acerqué sin saber bien lo que hacía. Él me tomó de la cintura, me sentó sobre sus piernas y se quitó la camiseta. La apoyó sobre mi nariz a la vez que asentaba mi cabeza sobre su hombro. Puso una mano en mi frente.

–Cuéntame qué viste –pidió–. ¿Por qué lo reprimiste?

Me costó un poco hablar.

–El padre de Jerry estará en el programa de tu papá. Se sentía tan mal… ¿Por qué harían algo tan retorcido?

Respiró hondo. Supuse que había entendido que, en la interpretación, yo tomé la perspectiva del padre de Jerry.

–Es televisión. Es rating. No pienses en ello.

–Me duele la cabeza –murmuré.

–Lo sé –dijo, y me besó la sien–. Ya pasa. Tranquila.

Por supuesto, no miré el programa. Pero a la noche oí que Wayne estaba viendo en su móvil la repetición de la transmisión que subieron a YouTube. Se hallaba sentado en la cama, acariciándome el cabello. Yo tenía la cabeza sobre sus piernas. Sin duda creyó que dormía.

Según entendí, en el show incluso pasaron una grabación de la cámara de seguridad del momento en que Jerry le disparó a Wayne y me apuntó. Supuse que, al menos, habrían desvanecido las zonas sensibles de la filmación, como el arma o la herida.

Al final de la entrevista, el hombre pidió perdón por lo que jamás imaginó que su hijo haría. Rafe le contestó que, aunque muchas personas jamás pudieran perdonarlo, él lo haría. Aclaró que podía porque era afortunado al tener a su hijo con vida, en cambio, otros no.

Me pareció evidente que ese padre no conocía a Jerry, pues jamás expuso lo que él había sufrido. Se sentía culpable, avergonzado y sorprendido. No tenía dudas de que el rating habría explotado, pero de nada había servido. Si no se exponía lo más importante, que la violencia genera más violencia, no tenía sentido.

No entendí por qué Wayne necesitaba revivir el instante en que su vida había dado un giro drástico ni cómo soportaba ver el momento en que los dos podríamos haber muerto.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos antes de que me fuera a la universidad, noté que me observaba demasiado.

–Nina, ¿estás segura de que quieres seguir trabajando en ese bar? –preguntó de la nada.

–Sí, ¿por qué?

–Porque si algo te ocurriera, moriría.

Por ese comentario entendí que, quizás, no necesitaba ver su propia vida en manos de Jerry, sino la mía.

–Tengo que pedirte un favor –respondí–. Necesito que tu padre me invite a su programa.

–¿Para qué? ¿Por qué te expondrías así?

–Escuché que ayer estabas mirando la entrevista al padre de Jerry.

–Lo siento. Mis auriculares estaban descargados, por eso no los usé. Creí que dormías. No hubiera querido que oyeras todo eso.

–Lo sé. Entiendo que ese hombre no pueda sentir más que culpa y vergüenza por lo que hizo su hijo, pero hay otra parte de la historia que alguien debe contar para que tenga sentido. Nada justifica a Jerry, pero él también sufrió. Hay que insistir en la prevención para que algo así no vuelva a ocurrir.

–No creo que sea conveniente que vayas a la televisión a decir eso. Sabes cómo es la gente, la masa creerá que estás defendiendo a Jerry.

–Buscaré la manera de que suene lo menos poco popular posible. No te estoy preguntando si te parece bien que lo haga, nadie quiere ser invisible más que yo. Solo necesito que me ayudes a llegar al programa.

–Está bien, lo haré. Pero iremos juntos.

–No hace falta que tú también te expongas.

–No te dejaré sola. Los dos o ninguno. Hablaré con mi padre.

–Gracias. –Me puse de pie y recogí la mochila dejando el desayuno a la mitad–. En cuanto a mí y el bar, nada pasará, no te preocupes. Tengo que irme, estoy llegando tarde.

–No me gusta que te vayas casi sin comer.

–Almorzaré, te lo prometo.

Esa misma noche, mientras cenábamos, me contó que había hablado con su padre, que estaba encantado con la idea y que teníamos un espacio en su programa al día siguiente.

Nada me ponía más nerviosa que ser visible. Por suerte, mi relación con Wayne, haber comenzado la universidad, tener amigos propios y trabajar en el bar me ayudaron a soportar el gran estado de nerviosismo que sentí cuando me senté en el camerino. Nos maquillaron y peinaron. Luego nos condujeron hasta el plató.

Ver a su padre y a su compañera en acción fue bastante asombroso. Nunca había estado en un estudio de televisión.

Wayne entrelazó los dedos con los míos mientras esperábamos detrás de cámaras a que fueran a los comerciales y nos hicieran pasar. Había solicitado que le permitieran sentarse en el sofá y luego retirarse sin que la silla fuera visible en ningún momento. Aunque me explicó que prefería evitarla para disminuir el amarillismo que la nota ya tenía de por sí, sabía que también existían razones personales por las que prefería no mostrarse en una situación que lo hacía sentir vulnerable.

Su padre y su compañera nos recibieron muy bien. Wayne no parecía nervioso, sino solo un poco incómodo. Sin duda estaba acostumbrado a ese mundo, pero no era el suyo, como tampoco era el mío.

Tenía un nudo en el estómago. En cuanto el segmento comenzó, todo me pareció artificial: las sonrisas de Rafe y de su colega, los tonos de voz, lo que decían. Intenté olvidar que estaba frente a las cámaras, que millones de personas juzgarían mis palabras, y me concentré en el motivo que me había llevado allí.

Primero nos preguntaron sobre lo que había ocurrido: dónde nos encontrábamos en el momento del tiroteo, qué hicimos, cómo nos sentimos. Wayne no me soltó la mano en ningún momento, pero a la hora de hablar, dijo que no recordaba esos eventos. Sabía que no era cierto, sin embargo, entendí que debía existir un motivo para que mintiera. Después de todo, yo le había pedido ir allí, y no precisamente para excavar en los detalles de un momento tan terrible.

–Antes de que termine la nota, me gustaría decir algo –propuse.

–Adelante –contestó Rafe, cediéndome el espacio con un gesto de su mano.

Para no ponerme nerviosa, no miré a las cámaras, sino a él.

–Nada justifica lo que Jerry hizo, pero él no era un extraterrestre que un día descendió a la Tierra y decidió que acabaría con la vida de varias personas. Era nuestro compañero. Un compañero al que se cansaron de humillar y maltratar, y por el que nadie hizo nada. Ni nosotros, ni las autoridades del colegio, y posiblemente tampoco su familia. Estaba solo.

»Yo también tuve su arma frente a mis ojos y siento un profundo dolor por las vidas que se perdieron y por las que se verán transformadas para siempre por lo que hizo. Sin embargo, pienso que condenarlo a ser recordado solo como un asesino no es más que seguir actuando con él como lo hicimos antes.

»Solo quiero decir que yo también sufrí acoso escolar, como sin duda sucede con muchos televidentes o sus hijos. Estén atentos. Nunca se sabe a quién se está maltratando: puede ser una persona fuerte, como yo, que seguí adelante a pesar de todo, alguien con una patología que derive en lo que sucedió en nuestro colegio o alguien que se quite la vida, como ocurrió en otros.

»Al menos espero que lo que vivimos sirva para aprender una lección: maltratar a alguien es un acto de cobardía. También ignorarlo. Callar nos hace cómplices. La violencia es un juego perverso que puede tomar muchas formas.

»Creo que el único modo de que algo así no vuelva a ocurrir es que tomemos conciencia e intervengamos a tiempo, cada uno desde el lugar que ocupa. Si eres padre o madre, mira a tus hijos. Si eres profesor o director de un colegio, ocúpate de tus estudiantes. Si eres un alumno, no calles cuando veas que hay maltrato o segregación hacia un compañero. Si eres acosado, habla. Si acosas, cambia. Eso es todo.

–Muchas gracias, Nina. Estoy emocionada por tus palabras –dijo la compañera de Rafe, tocándome el antebrazo. No sé hasta qué punto era cierto que se había conmovido, pero yo había hecho lo que sentía. Tal vez alguien escuchara con el corazón abierto.

Una vez en casa, Wayne me dijo que había sido muy valiente.

–¿Hay alguna razón por la que sostuviste que tenías amnesia? –consulté.

–La policía. No nos conviene que pidan explicaciones. Te dije que siempre protegeré tu secreto.

Sonreí y le apreté la mano.

–Gracias. Creo que, a partir de ahora, deberíamos cerrar esta parte tan dura de nuestra historia. No será fácil, jamás la olvidaremos. Pero hay que dejarla atrás para sanar.

Nos prometimos que lo intentaríamos.

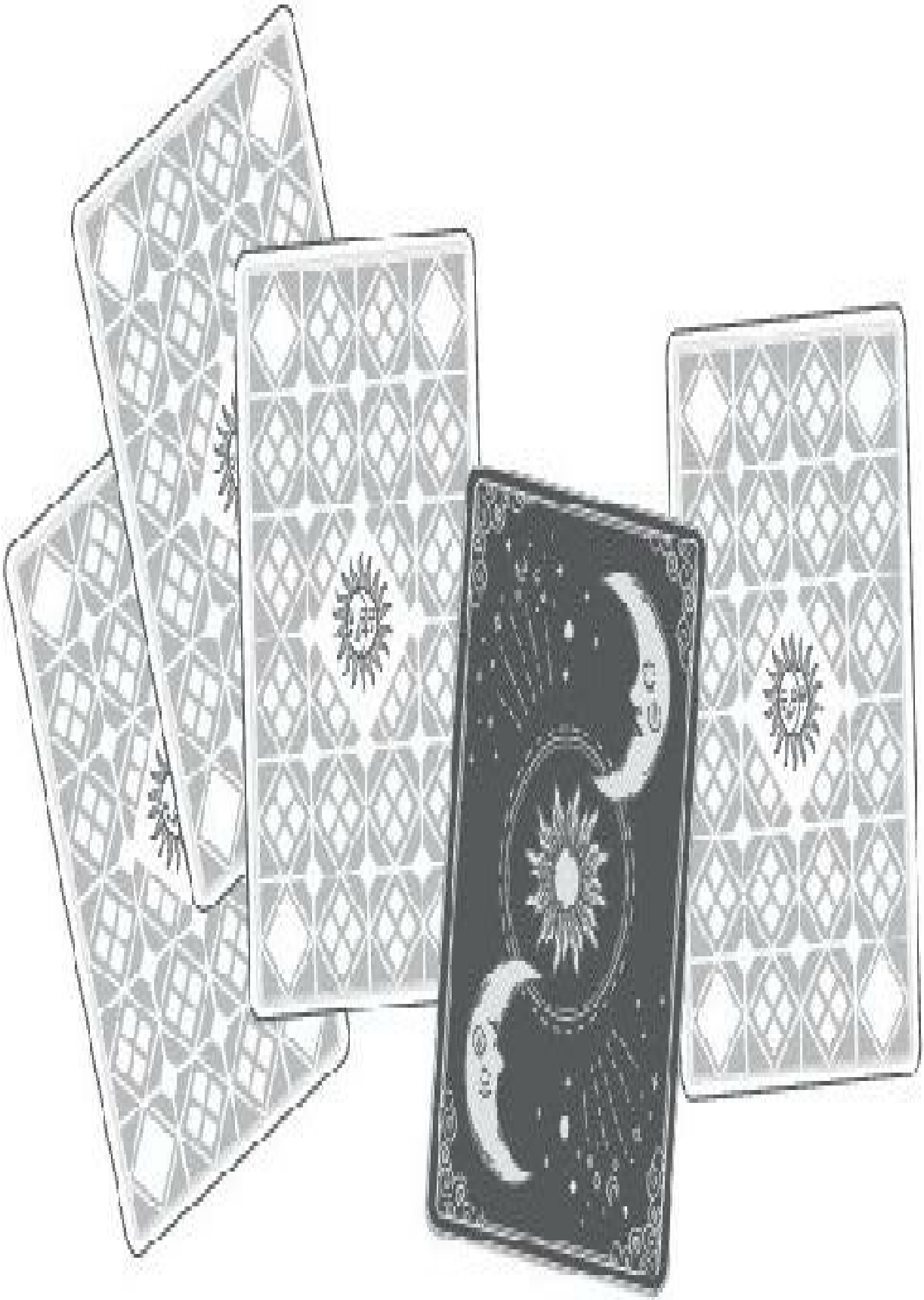
Cuando llegó el momento de ir a la cama, me pidió que me sentara en ella mientras él iba con la silla hasta la puerta. Se puso de pie, como ya había hecho muchas veces, y dio un paso sin tambalearse. Me miró sonriente. Uní las manos, lista para aplaudir. Antes de hacerlo, esperé a que diera los otros dos pasos que lo llevaron hasta mí. Se sentó a mi lado. Entonces comencé a reír e hice sonar mis palmas.

–¡Bravo! –exclamé y lo abracé.

–Te dije que iría a la boda de tu padre sin la silla.

Para avanzar, es mejor ponerse metas pequeñas, posibles a corto plazo, y no una enorme que parezca inalcanzable. Wayne lo había aprendido y me lo demostraba a cada instante. Tenía sus momentos de esplendor y de ocaso, como el sol que sale durante el día y se oculta en la noche, pero nunca dejaba de asomarse. Nunca dejaba de amanecer.

No podía admirarlo más.



46

Nina

EL FIN DE SEMANA DE LA BODA DE MI PADRE NO CONCURRÍ AL BAR. Wayne y yo nos preparamos por separado: yo, en el baño y él, en el dormitorio. Cuando nos encontramos en el comedor, los dos lanzamos exclamaciones por lo bien que nos veíamos.

Tal como se había propuesto, llegó a mi automóvil sin la silla. Aunque sabíamos que no podría pasar mucho tiempo de pie, no la llevamos.

Aproveché un semáforo para volver a deleitarme con su apariencia.

–¡Eres tan hermoso! –exclamé–. Menos mal que no tengo primas. Si debiera preocuparme por las chicas que te mirarían, no disfrutaría de la fiesta.

–Ni siquiera me hables de eso. El otro día trajiste una servilleta de ese bar donde trabajas. Tenía el nombre impreso. Lo busqué en las redes sociales.

–¡No tenías que espiar! ¿Por qué no me lo preguntaste?

Se encogió de hombros.

–Te vi en una fotografía. El uniforme te queda estupendo, pero de solo imaginar que hay otros tipos disfrutando lo linda que eres, siento ganas de enceguecerlos a todos.

–¡No seas exagerado! –protesté, riendo–. No disfrutan nada.

–Créeme: lo hacen.

Como pudo trasladarse de la casa al auto, también del coche a la banca que ocupamos en el salón donde se realizaba la ceremonia. Fue sencilla y emotiva, con mucha complicidad, como eran Sam y Allen.

La fiesta también fue simple, aunque muy bonita. Las mesas estaban decoradas con flores de color violeta, haciendo juego con la iluminación. El menú consistió en un cóctel de autoservicio.

Llevé varias cosas a la mesa para Wayne y para mí, sin embargo, casi no probé bocado. Él me invitó a comer un bocadillo acercándolo a mis labios. Negué con la cabeza.

–Apenas desayunaste –se quejó.

–Yo quitaría el “apenas” porque siento que me comí un elefante. Tendrás que dejar de preparar

tantas cosas, con una sola alcanza.

–Yo sé lo que te ocurre: estás aburrida porque no puedo invitarte a bailar.

–¡No! –reí.

–¿Fuiste al baile de graduación?

–Se canceló. ¿Cómo iban a hacerlo después de lo que ocurrió? De todos modos, no hubiera ido sin ti.

–Nunca hagas eso. Si muero antes que tú, jamás dejes de hacer cosas porque yo no esté.

–No hablemos de eso, faltan muchos años para que alguno de los dos muera. –Me aproximé a su oído para susurrar–: Me prometiste cincuenta años de sexo. Eso sí que me lo debes. –Wayne rio.

Bailé con mi padre, con Allen y sus amigos. Aunque no me sintiera buena en ello, estaba acostumbrada a la música y a su ritmo por el bar. Antes, posiblemente no me hubiera atrevido a pisar la pista. Ahora, daba igual.

Aprovechando que los padres de Sam habían ido desde la otra punta del país, les presenté a Wayne y conversaron un rato. A los dos les gustaban los deportes, solo que mi abuelo prefería el hockey sobre hielo.

–Vivimos en una ciudad muy fría, pero a decir verdad, odio la nieve, el hielo, el quitanieves que pasa todo el día y cambiar las ruedas del automóvil según si es verano o invierno –explicó Wayne–. Debe ser por eso que elegí un deporte que hago bajo el sol, al aire libre. Bueno, hacía.

Mi abuelo siguió defendiendo el hockey sobre hielo. Noté que Wayne se abstrajo un momento de la conversación; no tenía dudas del motivo. Apoyé una mano en su pierna para hacerle saber que estaba a su lado, acompañándolo en esa primera vez que reconocía fuera de nuestro hogar improvisado que había algo que amaba que ya no podría hacer.

La fiesta terminó cuando caía la noche. Antes de retirarse a un hotel para luego partir a su viaje de bodas, mi padre me preguntó si estaría bien.

–¡Claro que sí! –exclamé–. Disfruten de la playa.

Nos quedamos hasta que se fueron los últimos invitados. Llevé a mis abuelos hasta el hotel en el que se hospedaban y luego nos dirigimos a casa.

Estaba a punto de ir al baño para cambiarme, pero Wayne se sentó en la silla de ruedas y me pidió que me acomodara sobre sus piernas.

–Aún no puedo invitarte a bailar o cumplir con el ticket del paseo en bicicleta, ni siquiera estoy autorizado para conducir. Pero igual puedo llevarte a dar un paseo.

–¿Qué harás? –pregunté, riendo–. Por favor, que no sea algo infantil. Ahora vivimos solos, se supone que tenemos que actuar como adultos.

–Sujétate –pidió, y me abrazó por la cintura.

Era imposible pedirle que no hiciera una niñería. Además, me divertía. Prefería mil veces ese bello rasgo de su personalidad a que estuviera triste o malhumorado.

Puso la velocidad máxima en la silla y me trasladó desde la puerta de la casa hasta la de la habitación. Los dos reímos.

–¿Solo eso? ¡Qué aburrido! –protesté en broma.

–¿Ah, sí? –me desafió él.

Fue hasta el comedor, donde había más espacio, e hizo girar la silla en círculos, otra vez a la máxima velocidad. Seguí riendo hasta que, de pronto, me sentí muy mareada y algo brotó de mi estómago.

–Espera –alcancé a musitar.

Él se detuvo enseguida. Me incliné hacia adelante y vomité.

–¡Nina! Lo siento –dijo Wayne, acariciándome la espalda–. No me di cuenta. Perdona.

–Está bien –contesté. Yo tampoco me había dado cuenta de que esa tontería pudiera sentarme tan mal hasta que sucedió–. No es tu culpa, no sé qué pasó. Lo limpiaré.

–Deja, yo lo hago. Enjuágate en el baño.

–Ni se te ocurra. Qué asco.

–No te preocupes. ¿Te sientes bien para caminar?

–Sí, claro.

A decir verdad, no me sentía normal. Logré recuperarme después de hacerme unos cuantos buches con agua y beber un poco del grifo.

Aproveché que estaba en el baño para quitarme el vestido. Cuando salí, encontré que Wayne ya había limpiado el suelo.

–¡Te dije que no lo hicieras! –exclamé.

–Ya está. ¿Vamos a dormir?

Esa semana estuve más cansada de lo habitual. Tenía trabajos que entregar y me quedaba hasta tarde para terminarlos. Para colmo, el jueves, mientras estaba en el comedor de la universidad,

recibí el resultado de la prueba de ADN.

Hablé enseguida con el doctor Smith. Cuando regresé a casa, aproveché para contarle a Wayne que la había solicitado mientras él estaba internado. También le conté que le había dicho la verdad sobre mi condición a Sam. Me preguntó si quería compartir el resultado.

–Es positiva –dije–. Ese soldado, Steve, era mi padre biológico.

–¿Cómo te sientes al respecto?

–Tengo sentimientos encontrados. Por un lado, siento alivio. Creo que se debe a haber terminado de componer mi identidad. Por el otro, me cuesta aceptar lo que le hizo a mi madre. El doctor Smith me sugirió que intente verlo de otra manera, que lo tome como un acto de lealtad a su patria para encontrarle alguna cualidad positiva. Le parece que sería muy difícil para mí si solo creyera que mi padre biológico fue una basura.

–Supongo que tiene razón.

–Lo intentaré –prometí.

Al otro día recibí algunas llamadas de un número desconocido con la característica de Quebec. Supuse que se trataría de mi abuelo biológico, a quien también le habrían enviado el resultado de la prueba.

No atendí. Se me hacía imposible explicar por qué no quería que los familiares de Steve formaran parte de mi vida. Había averiguado sobre los de mi madre: no tenía. Así que mi familia más cercana eran Wayne, Sam, Allen, Rosa, Julia, Rafe y mis abuelos adoptivos. Nadie más.

Como cada viernes, Mackenzie y yo salimos de la universidad y fuimos al bar en mi auto. Ella entró primero. Yo me quedé un momento en el estacionamiento para atender una llamada de mi padre. Me preguntó cómo estaba y si necesitábamos algo.

–Si así fuera, ¿qué podrías resolver desde Miami? –repliqué, riendo–. Deja de preocuparte, Wayne y yo estamos de maravillas. Disfruta tu luna de miel, solo te queda una semana antes de volver a este infierno de nieve y frío.

–¿Ya está nevando? –se sorprendió.

–Aún no, pero no debe faltar mucho. Tengo que entrar al trabajo. Hablamos después. Te quiero.

–Te quiero, mi pequeña.

No le vi sentido a contarle lo de la prueba de ADN. La vida me había privado de mi madre, pero me había dado el mejor papá del mundo.

Derramé algunas lágrimas después de que cortamos la llamada. Mis emociones eran muy inestables por esos días. Seguro la boda de mi padre, la presión de la universidad, el trabajo y la

resolución de mi identidad me estaban afectando.

Me sequé las mejillas y entré al bar guardando el móvil en el bolso. Saludé a mis compañeras y fui al vestuario. No era más que una pequeña habitación con casilleros donde guardábamos nuestro uniforme, los patines y nuestros objetos personales mientras estábamos trabajando. Si nuestro horario coincidía con el de otra, como sucedía con Mackenzie y yo, nos desvestíamos juntas. El dueño enviaba a lavar los uniformes una vez por semana. No quería que nos lo lleváramos.

La noche comenzó con bastante movimiento. En una mesa divisé a unos conocidos del colegio que habían egresado un año antes que yo. Me puse un poco nerviosa. No tenía ganas de reencontrarme con esa parte de mi pasado, por eso le pedí a Mackenzie que los atendiera a cambio de que yo me ocupara de una de sus mesas.

Después de tomar el pedido, me dirigí a la barra. Asenté el papel delante de la caja para que el dueño registrara la orden y se la transmití al bartender.

–Dos Guiness, una Heineken y un tequila para la ocho.

–¿Esa no es una mesa de Mackenzie? –indagó mi jefe.

–Hicimos un intercambio por un rato.

Atendí a otros clientes. Cuando regresé, encontré las bebidas de la mesa ocho en mi bandeja. La recogí y patiné hasta allí. Estaba llegando cuando, de la nada, sentí que todo daba vueltas. No pude mantener el equilibrio y caí hacia adelante sobre uno de los chicos del grupo. Las bebidas resbalaron y el tequila se derramó sobre su camisa.

–¡¿Qué haces?! –gritó, apartándose.

Se notaba que había bebido de más. También sus amigos, porque ninguno se entrometió para calmarlo. Tan solo se alejaron de la mesa para que las cervezas derramadas no los mancharan a ellos.

–Lo siento –balbuceé, procurando recuperarme rápido–. Perdón. Perdí el equilibrio, no sé qué ocurrió.

–¡Mi camisa! –protestó.

–Te pagaré la lavandería.

–No quiero que me pagues la lavandería, quiero que no derrames la bebida sobre mi camisa.

El dueño se acercó.

–Tranquilo –le dijo al chico–. Enseguida les alcanzaremos bebidas nuevas. Cuando quieras, acércate a la caja. Te daré el dinero para que te compres una camisa nueva. Lo descontaré del

sueldo de ella. –Me señaló. Quedé boquiabierta–. Nina, limpia la mesa –ordenó y se volvió a su lugar.

Recogí la bandeja, extraje el trapo rejilla de un mueble y limpié la mesa lo más rápido posible. El chico y sus amigos se mudaron de sitio.

Fui al mostrador de la caja, donde el dueño contaba dinero, y dejé la bandeja a un lado.

–¿De verdad me descontará el precio de esa camisa carísima? –pregunté.

–Por supuesto. También el de las bebidas que derramaste.

–¡Me ofrecí a pagarle la lavandería! No debió disponer de mi dinero.

–Son mis clientes y necesito que se queden contentos. Cometiste un error, asúmelo y ya.

–¿Qué ocurre? –intervino Mackenzie.

Esta vez, mis emociones fluctuantes de esos días se dirigieron a un lugar lleno de malos recuerdos y de ira. Sobre todo, conmigo misma, por haber permitido que muchas personas hicieran lo que ese hombre y ese cliente estaban haciendo conmigo.

–Ocurre que nunca más volveré a este bar de mierda –dije y me agaché para desprenderme los patines.

–Tom, fue un accidente –murmuró mi compañera, dirigiéndose a nuestro empleador. Le dijo algo más, pero me abstraje por quitarme el calzado y no oí el resto.

–No te molestes –le pedí, irguiéndome con los patines en la mano–. Por mí puede meterse estas porquerías en el culo –dije, y se los arrojé de su lado del mostrador.

–Al fin demuestras lo grosera que eres –masculló.

Lo dejé hablando solo. Lo último que oí fue que Mackenzie todavía intentaba defenderme.

Fui al vestuario descalza, me senté en una banca y sacudí toda clase de porquerías de mis pies lastimados y adoloridos. Me quité el uniforme y comencé a vestirme con mi ropa. Tiritaba de frío y de los nervios. Mackenzie entró y se acuclilló frente a mí.

–Nina, ¡cuánto lo siento! –exclamó.

–No te preocupes.

–Le dije unas cuantas cosas, pero no puedo darme el lujo de perder este empleo.

–Está bien, no tienes que ayudarme. Gracias por haberme recomendado, me sirvió por un tiempo. Pero durante años he soportado maltratos parecidos y ya no estoy dispuesta a permitirlos. Prefiero irme, en serio.

–Te quiero –dijo, apretando mi rodilla.

–Y yo a ti. Regresa al salón antes de que se la agarre contigo.

Se levantó y salió a la vez que yo suspiraba. No estaba segura de lo que acababa de hacer, incluso me sentía culpable, pero por otra parte estaba contenta de valorarme lo suficiente como para renunciar.

Mientras conducía a casa, mis emociones cambiaron una vez más y el orgullo se transformó en angustia. No tenía idea de cómo conseguiría un nuevo empleo cuando volviera a quedarme sin dinero. Tal vez no era un problema tan grave; teniendo experiencia como mesera, era probable que alguien más me contratara. Pero en ese momento, vi todo muy difícil y comencé a llorar con desconsuelo.

Para colmo, un simple semáforo se transformó en una señal, lo que menos necesitaba en ese momento. La luz roja estaba encendida junto con la amarilla. Dos a la vez. No tenía idea de qué podía significar. Estaba en un momento de oscuridad, por eso solo se me ocurrió que debía tratarse de otra tragedia.

Cuando esas luces al fin se apagaron y se encendió la verde, reconocí que estaba exagerando. Nunca se me había dificultado tanto ordenar mis emociones. Solía ser buena enterrando momentos similares al que había atravesado con mi exjefe y esos clientes. ¿Por qué ahora no podía?

Cuando entré en la casa, todavía lagrimeaba.

–¡Nina! –exclamó Wayne desde la mesa del comedor–. ¿Por qué regresaste tan temprano? –Me descalcé en la puerta, como siempre, y fui hasta donde él se encontraba. Cuando notó mis lágrimas, su mirada cambió de la alegría a la preocupación–. ¿Por qué lloras? ¿Qué pasó?

Me senté enfrente y, aunque no quería llorar, lo hice otra vez.

–Estaba llevando bebidas a una mesa. Me mareé, no sé qué ocurrió. Perdí el equilibrio y caí encima de un cliente. Una bebida se derramó sobre su camisa. El chico había bebido demasiado, se enojó y me gritó. Le ofrecí pagarle la lavandería. El dueño se acercó y dijo que debía costearle una camisa nueva. Fui a la caja y, como aseguró que hablaba en serio, renuncié. Le arrojé los patines del otro lado del mostrador y me fui.

Wayne no pudo contener una pequeña risa.

–¿Lloras por eso? Hiciste bien. Ese cliente no tenía derecho a gritarte y hace rato que debiste ponerle los puntos a ese jefe maldito que tenías.

–¿Por qué dices que era un maldito? No te conté mucho de él.

–Nina, no necesito que me cuentes nada. Un jefe que obliga a sus empleadas a utilizar un calzado

que las lastima no es una buena persona, eso es todo. –Volvió a sonreír con ternura, se levantó y se mudó del otro lado de la mesa. Se sentó junto a mí, me atrajo hacia sí y me abrazó. Sentirme contenida debilitó más mis barreras y, en lugar de tranquilizarme, lloré peor–. Por favor, cálmate. Debiste dejar ese lugar hace rato. Encontrarás uno mejor.

–¿Y si no? Necesitamos el dinero.

–No es cierto. Me está yendo mejor con la bolsa. Además, venderé el auto. Eso nos ayudará por un tiempo.

Lo miré, alarmada.

–No puedo permitir que vendas ese automóvil que amas tanto.

–Nina, es solo un objeto. No lo necesito. Podemos usar el tuyo. –Sonrió, quizás para dejarme más tranquila, y me apartó el cabello del rostro–. Todo estará bien. Ya verás.

–¿Qué estabas haciendo aquí tan tarde? –pregunté, a ver si pensando en otra cosa podía calmarme.

–Comencé un curso introductorio de la universidad que se puede hacer por internet.

–No me contaste que lo harías.

–La idea surgió hoy. Vi que había cupos libres y envié un correo electrónico preguntando si me permitían ingresar tarde. Al parecer, no mucha gente escoge mi carrera, y me dijeron que sí casi al instante. Tengo unas cuantas clases atrasadas con las que ponerme al día, pero puedo hacerlo. Quiero comenzar a cursar de manera presencial el semestre entrante, sin importar en qué fase de la recuperación me encuentre.

–Es una idea excelente. ¿Y cómo te está yendo?

–Alcancé a ver los videos, leer el material y hacer las actividades de dos clases. Digamos que me está yendo bien, pero no es lo que esperaba.

–¿A qué te refieres?

–Me aburro. Demasiadas cuestiones memorísticas y poco análisis.

–Tal vez sea solo porque se trata de una introducción. Ten fe.

–La tengo, por eso lo continuaré. Es suficiente por hoy –determinó y bajó la tapa del ordenador portátil–. ¿Por qué no vamos a la cama y te hago un masaje? –ofreció, acariciándome los hombros–. Me gustaría cargarte. Es mi próxima meta en el tratamiento.

Nos miramos con una sonrisa y fuimos al dormitorio. Me sentía mejor.

Sin duda, algo muy extraño estaba ocurriendo conmigo. No solo tenía reacciones físicas extrañas, como sentirme muy llena aunque casi no hubiera comido, los mareos y el vómito. Ese fin de semana comprobé que también se había alterado mi percepción. La señal del semáforo quedó solo en eso. Nunca me había ocurrido que en las horas siguientes a la primera señal no recibiera las otras dos y la interpretación.

Pensé en conversarlo con el doctor Smith cuando acordáramos una llamada de video. No hice a tiempo. Tampoco me había ocurrido jamás que las señales fueran menos de tres, sin embargo, esa vez, así fue.

El lunes, en una clase de la universidad, tuve la segunda señal y la interpretación.

El profesor estaba explicando la obra de Frida Kahlo. En la imagen que se proyectaba en el lienzo se veía el cuadro “Las dos Fridas”.

–En esta obra podemos apreciar la complejidad en la dualidad de la artista. Se trata de un autorretrato en el que el elemento más destacado es el corazón. ¿Por qué? ¿Qué significa esto? ¿Qué quiso expresar mediante este desdoblamiento?

La voz se perdió. Todo lo que veía eran esos corazones unidos que de pronto se convirtieron en la visión de uno latiendo.

Solo eso. Nada estaba claro. No pude pensar en otra cosa que no fuera el corazón de Wayne. Casi me eché a llorar de miedo en medio de la clase, rodeada de mis amigos y compañeros. Logré contener las lágrimas, pero no la ansiedad. Le avisé a Mackenzie en voz baja que tenía que irme a casa temprano. Le pedí que luego me pasara los apuntes, recogí mis cosas y me retiré.

Temía llegar y encontrar que Wayne había sufrido un infarto. Intenté tranquilizarme pensando que el corazón de mi interpretación latía. Si se hubiera tratado de su muerte, ¿no debí verlo deteniéndose?

¿Y si era el mío? ¿Y si era el de un tercero? ¿Por qué no había asumido la perspectiva de alguien o, si lo había hecho, no sabía de quién? No podía ir a un médico y decirle que lo visitaba porque había tenido una visión de un corazón y temía que algo estuviera mal, pero sí podía decirle otras cosas para que me enviara a hacer algunos estudios. Lo mismo Wayne.

Entré a la casa de manera apresurada.

–Nina, ¡qué miedo! –exclamó Wayne desde el comedor–. ¿Por qué llegaste temprano otra vez? Deberías estar en la universidad.

–Algo muy extraño está ocurriendo –expliqué, apoyando mis cosas sobre la mesa–. La otra noche, regresando del bar, percibí una señal. En todo el fin de semana no hubo otra. Nunca me había sucedido antes, siempre llegaban en el lapso de un día. Acabo de ver la segunda y, con ella, la interpretación. Siempre eran tres, nunca dos, ni tan espaciadas. No la reprimí. Aun así, no terminé de entender la relación entre las señales cuando siempre se conectaron al instante, ni de

quién era la perspectiva desde la que percibía los hechos. Tampoco hubo sentimientos. Fue como una visión incompleta.

–¿Por qué te preocupa esa alteración?

–¡Porque es inusual!

–Tal vez ya no lo sea. Puede que la condición vaya cambiando con el tiempo. ¿Por qué no llamamos al doctor Smith y le preguntamos?

–Lo haré. Primero creo que deberíamos ir al hospital.

–¿Al hospital? ¿Por qué? ¿Qué viste?

–Un corazón. Temo que sea el tuyo. Pero, como la interpretación quedó incompleta y no supe bien de qué se trataba, también iré yo. Si nosotros estamos bien, le avisaré a mi padre, por si se trata de él o de Allen.

–¿Por qué debería referirse a algo negativo?

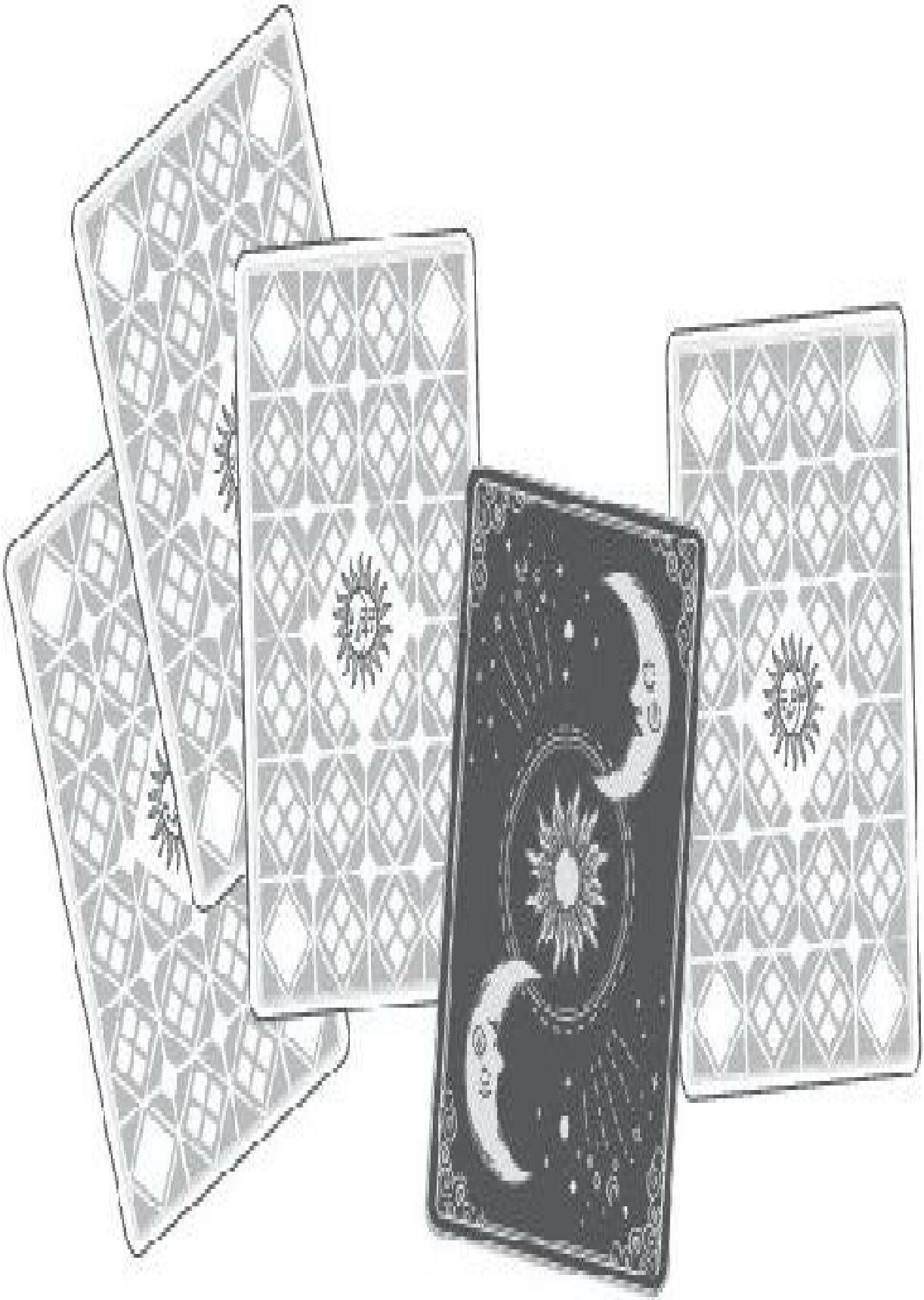
–Te dije que no tengo idea del significado, pero sé que hay uno. Imaginarás que no quiero librarlo al azar si tú tienes un corazón debilitado.

–De acuerdo. Les diré a los doctores que siento taquicardia y, aunque me ausculten y quizás no la noten, por mis antecedentes me practicarán un electrocardiograma. ¿Qué dirás tú para que te envíen a hacerte uno a ti?

–Me las ingeniaré.

–¿Cuándo quieres ir?

–Ahora. No puedo arriesgarte. Si la concreción, a diferencia de lo demás, sí sigue un curso normal, solo tenemos veinticuatro horas para entender de qué se trata.



47

Nina

AGUARDÉ EN LA SALA DE ESPERA DURANTE CUARENTA MINUTOS. Cuando Wayne reapareció con una expresión serena, pude relajarme aunque sea un poco. Se ubicó a mi lado en el asiento.

–Todo está en orden. Tan solo me sugirió que, si me sentía cansado o agitado, utilizara la silla y no hiciera esfuerzos. Imagina si le hubiera dicho que ni siquiera la trajimos –rio.

–Mientras te estaban atendiendo, investigué un poco por internet. Existen unos aparatos que controlan tu actividad cardíaca todo el tiempo. ¿Podrías pedirles que te lo coloquen, al menos por las siguientes veinticuatro horas?

–Nina: creo ciegamente en tus visiones, por eso estoy aquí. Pero si lo hubieran considerado necesario, me lo habrían puesto, ¿no crees? Además, dijiste que faltó una señal y que tuviste una interpretación incompleta. Sigo pensando que tal vez no sea un mal presagio. Dime una cosa: ¿el corazón latía, estaba quieto o lo veías detenerse?

–Latía.

–¿Lo ves? Eso no me lo dijiste; seguro sea algo bueno. Vayamos a otra clínica para ti solo porque dijiste que la otra noche, en el bar, te mareaste y por eso te caíste sobre un cliente. Tal vez el médico te diga que estás exhausta, te pida que descanses y que te alimentes mejor y tú le hagas caso, no como a mí.

Esperar en otra parte demandó bastante tiempo más. Cuando al fin me llamaron del consultorio, entré con miedo. El médico me pidió que me sentara en la camilla y me preguntó por qué había ido.

–Siento que tengo taquicardia –dije.

–Veamos –contestó.

Se aproximó con el estetoscopio. Me auscultó el pecho y la espalda. Luego me pidió que me recostara y me toco el estómago.

–Avísame si te duele –solicitó mientras daba unos golpecitos suaves en mi vientre. Me quedé en silencio, pues no me dolía nada–. Puedes sentarte otra vez –indicó. Se ubicó en el escritorio y escribió algo en el ordenador–. ¿Tuviste taquicardia antes de este episodio que describes?

–No.

–¿Atravesaste alguna situación difícil o una discusión justo antes de que ocurriera?

–No.

–En este momento, tu corazón no presenta alteraciones detectables con una exploración simple. Debe haber sido algo momentáneo. Si se repite, deberías solicitar una cita con un especialista en cardiología para que te envíe a hacer exámenes más específicos.

No podía esperar a un especialista si, quizás, en veinticuatro horas yo ya no existiría. Tampoco se me ocurrió qué otra mentira decir para que solicitara un estudio más específico en el momento, como en la otra clínica habían hecho con Wayne. Yo no tenía sus antecedentes y, además, me dio impresión mentir con algo tan serio. No me quedó más opción que decirle la verdad.

–Hace un par de semanas que me siento muy cansada y siempre tengo sensación de saciedad. Me mareo, supongo que por comer poco, y eso hasta me hizo vomitar.

–Entiendo. ¿Podrías indicarme la última fecha de tu regla?

–Lo siento, no la anoté, pero siempre tengo atrasos.

–Entonces tienes un atraso.

–Como siempre.

–De acuerdo. –Escribió en el ordenador de nuevo–. Estoy enviando una orden al laboratorio para una extracción de sangre. Cuando te entreguen el resultado, regresa al consultorio. Pueden demorar una o dos horas. Mientras tanto, si no has comido mucho en todo el día, te sugiero que vayas a una cafetería y elijas algo que te guste, así puedes terminarlo.

Wayne se puso de pie en cuanto me vio salir del consultorio. Deduje que estaba cansado porque se respaldó en la pared para ayudarse.

–¿Y? –preguntó.

–Tengo que ir al laboratorio.

–Bien. ¿Para qué?

–Cree que puedo estar embarazada.

Sabía que mi forma de expresarme podía ser chocante a veces. Nunca noté que alguien se esforzara tanto por contener una expresión de desconcierto como Wayne en ese momento. Fue tan terrible que, por un instante, volví a temer que ese corazón latiendo no se refiriera a un bebé sino al suyo a punto de detenerse.

–Pero no lo estás. Nunca lo hacemos sin…

–Sí, lo hicimos.

Fue tan evidente cuando la palabra “baño” se cruzó por su mente que casi parecía que tenía un letrero en la frente. Si la situación no hubiera sido fatal para mí, me habría echado a reír. De hecho, una parte de mi ser quería hacerlo. No le encontraba otra respuesta a mi vida que una tragicomedia digna de un programa de televisión.

Todo encajaba: las dos luces del semáforo encendidas al mismo tiempo simbolizaban dos cuerpos en uno, al igual que los dos corazones unidos en la obra de Frida Kahlo: la vida de ese ser dependía de la mía. El significado era tan evidente que ni habría perdido el tiempo con ese análisis de sangre. Para no comportarme como una idiota una vez más, decidí que lo haría.

–Espera aquí así no tienes que caminar tanto –le sugerí a Wayne.

–Estás loca si crees que te dejaré ir sola –contestó.

–Tranquilo, no me perderé. Tampoco me arrojaré por las escaleras. Regresaré.

–Nina, no hagas bromas de humor negro en este momento, por favor.

–Lo siento.

–¿Dónde es el laboratorio?

–Primer subsuelo. Lo conocí la última vez que estuve aquí. Fue cuando empezamos a tener relaciones. Visité un ginecólogo. ¿Por qué no me ofreció unas píldoras? ¿Cómo no se me ocurrió pedírselas? Tan solo me preguntó con qué nos cuidábamos, le dije “condón” y eso fue todo. –Reí. Wayne apoyó las manos sobre mis hombros.

–Mantén la calma. Si el doctor tiene razón, encontraremos la manera.

–¿Por qué actúas como si no estuvieras aterrado?

–Porque si los dos lo demostráramos, todo se saldría de control.

–¿Lo estoy demostrando?

–Estás actuando como siempre que estás nerviosa, sí.

Respiré hondo y, así, logré acallar otro pensamiento que estuve a punto de verbalizar: ¿Desde cuándo me conoces tanto?

Fuimos al laboratorio, me hicieron la extracción de sangre, le dije a Wayne de ir a una cafetería. Pasamos allí una hora y media en la que, al menos, pude beber una taza de té y comer la mitad de un muffin.

–¿Recuerdas cuando faltamos al colegio para ir a desayunar? –pregunté–. Competíamos para ver

quién podía comer más. Si propusieras el mismo desafío hoy, ganarías por más ventaja. Ahora que lo recuerdo, entraste al baño como la otra vez en casa. ¿Siempre invades a la gente cuando está ahí?

–Solo a ti –contestó cruzando los brazos. Incliné la cabeza para estudiarlo mejor.

–¡Vaya! Usar tus brazos para moverte y hacer tantas cosas te hizo más fuerte que el softball.

–Lástima las piernas de flamenco.

Solté una carcajada.

–No son así –contesté, entre risas. Me puse seria de repente, cuando sentí un nudo en el estómago–. Creo que voy a vomitar el muffin.

Tomó mi mano y así impidió que continuara arrugando una servilleta sobre la mesa.

–Basta. No pienses. Intenta poner la mente en blanco.

–No puedo. Mi mente siempre está trabajando.

–Pues que se tome un descanso. Mira ese pájaro –pidió, señalando una ventana. Miré enseguida.

–¿Dónde?

–Búscalo, está ahí. ¡Qué colores!

–¿Me estás jugando una broma? De verdad no lo veo. –Giré la cabeza hacia él. Me observaba con ternura a la vez que se cubría la boca con el puño para ahogar la risa–. Tonto –murmuré.

–Al menos dejaste de pensar, ¿o no?

Hice una mueca de disgusto, pero sí: había dejado de pensar, al menos por un segundo.

Regresamos al laboratorio donde me entregaron el resultado. Sin duda el médico también ya lo había recibido a través del sistema informático de la clínica. En lugar de regresar al consultorio, me paré en un costado y lo abrí.

–Bueno, ya no tenemos nada que hacer aquí –dije, y apoyé el papel en el pecho de Wayne. Él también lo leyó. Percibí que volvió a pasar por un instante de shock.

–Normalmente, cuando los médicos de guardia envían a hacer este tipo de análisis, te piden que regreses al consultorio una vez que estén los resultados.

–¿Para qué? Con los valores de referencia, es fácil de entender. Vámonos, por favor. No quiero estar más aquí.

Comencé a caminar lo más rápido posible.

–¿Podrías esperar? –preguntó Wayne–. No puedo correr como tú por ahora.

–Disculpa –dije, deteniéndome.

Mientras conducía de regreso, pensé en mi pobre padre. Para su bienestar, hubiera sido mejor que continuara siendo esa Nina que nunca le llevaba problemas. En cambio, ahora no había una temporada en la que no recibiera alguna cuestión arrolladora de mi parte. La declaración en la comisaría después del accidente, los problemas en el colegio, "me voy a vivir con Wayne", "vas a ser abuelo". Ni se imaginaba la noticia que le esperaba cuando regresara de la luna de miel. Ojalá que la calidez del sol y la serenidad del mar le sirvieran para llegar relajado y no caerse de espaldas.

Por supuesto, si decidía que lo mejor era tener el bebé.

Una vez en casa, tanto Wayne como yo nos acostamos mirando el techo. Permanecimos en silencio mucho tiempo.

–Somos muy jóvenes e inexpertos –dije de pronto.

–Tenemos experiencia en cocinar, limpiar…

–No se cría un niño solo cocinando y limpiando.

–Nadie tiene experiencia en criar niños hasta que nacen, sin importar la edad.

–Tampoco tenemos dinero.

–Ese es el menor de los problemas. Tengo mil estrategias para que no pasemos necesidades.

–Te dije que no tendría hijos biológicos. No puedo heredarle mi condición a otra persona.

–¿Estás segura de que se hereda sin excepción? ¿Por qué no le preguntas al doctor Smith?

Me di cuenta de que, como siempre, yo estaba viendo el lado negativo, los miedos e inseguridades, como el naipe de la luna que me representaba, y él, lo positivo, como el sol. Cedí un poco para salir de la oscuridad.

–Lo haré. Es mejor tomar una decisión con toda la información disponible que a ciegas.

Prometí eso, pero tenía mucho miedo de lo que pudiera oír, así que los días comenzaron a transcurrir sin que me ocupara del asunto.

Mi padre regresó de la luna de miel y, aunque Wayne y yo fuimos a cenar a su casa para que él y Allen nos contaran cómo lo habían pasado y nos mostraran lindas fotografías, no recibió ninguna noticia.

Pasó otra semana hasta que una tarde, cuando regresé de la universidad, Wayne volvió a iniciar

el tema. Se plantó delante de mí, impidiéndome ir al baño para tomar una ducha.

–¿Hablaste con el doctor Smith?

–Aún no. No tuve tiempo.

–Sería bueno que encontraras el momento.

–¿Por qué? ¿Te estás ilusionando con ser papá?

–No, Nina. Nunca pensé en tener un hijo a los diecinueve años. Imaginaba que, a esta edad, estaría estudiando, viajando por el mundo y jugando al softball para el equipo de la universidad. Pero ya ves, la vida no siempre sale como planeamos. Si me lo preguntas, prefiero que sigamos adelante, pero respetaré lo que decidas. El problema es que, cada día que pasa, es una posibilidad menos para ti de terminarlo. ¿Qué estamos esperando?

–No sé, no me presiones.

–No lo menciono para presionarte, sino para que te liberes de una vez por todas del peso de esta situación. Tú no eres así. Eres fuerte e impulsiva. Algo te está reteniendo. Tengo que saber qué es para que lo resolvamos juntos.

–Lo resolveré, solo dame tiempo.

–No estás escuchando. Propuse que lo solucionemos juntos, no te estoy pidiendo que lo hagas sola. De eso se trata ser una familia, de trabajar en equipo.

–¿Podemos hablarlo en otro momento?

–Solo contéstame esto: ¿no quieres o no puedes tenerlo?

Lo miré en suspenso un momento.

–Me voy a bañar –determiné e intenté esquivarlo. Se movió de lugar para que yo no avanzara.

–¿No puedes o no quieres? Hay una enorme diferencia entre no querer y sentir que algo te lo impide.

–¡No lo sé! –grité y me eché a llorar como la estúpida en la que me había convertido desde que mis hormonas se dedicaban más a atender un bebé que a mí, que era su dueña.

–Está bien. Lo siento –dijo Wayne y me abrazó–. No llores. Tranquila.

–No es tu culpa –susurré–. Las odio.

–¿A quiénes?

–A las hormonas. Me tienen harta. Voy al baño.

Me puse en puntas de pie, le di un beso y volví a caminar hacia la puerta del sanitario mientras me secaba las lágrimas con la mano.

–Nina, ¿estás bien? –preguntó Wayne a mi espalda, con tono de desconcierto.

–Sí. Tienes razón en todo. Te amo.

Mientras me duchaba, respondí en mi mente todas las preguntas y cuestionamientos que me había hecho. Tenía que enfrentar el miedo de que mi voluntad se opusiera a lo conveniente y hablar con el doctor Smith. Debía hacerme cargo de mis deseos, como había hecho después de que se distribuyera el video íntimo. Y mi mayor deseo en ese momento era aceptarme tal como era, con mis luces y sombras, con mis miedos y con mi “gracia”.

Le envié un correo electrónico, que era su medio de comunicación preferido, en cuanto salí del baño. Coordinamos una llamada de video para el día siguiente en el horario en que Wayne estaba en el centro de rehabilitación.

Como a esa hora yo solía estar en la universidad, él pidió un coche con una aplicación, como siempre. Yo me encerré en la habitación y me conecté a la llamada.

–¡Nina! ¡Qué bueno saber de ti! ¿Cómo estás? –preguntó.

–Con mucho para consultarle.

–Adelante.

Me costó formular la primera pregunta.

–¿La condición de intérpretes puede variar con el tiempo?

–¿A qué te refieres?

–Me aconteció una situación muy extraña. Percibí una señal, pero la otra no llegó hasta dos días después. La interpretación fue incompleta con la segunda señal, no con la tercera, como usualmente me sucede, y sobre un asunto que ya estaba ocurriendo pero que yo desconocía, no sobre algo que todavía no había pasado. Creo que mi percepción está descontrolada.

–Eso suena más lógico. Si bien no existe un número exacto de señales que se necesiten para que surja una interpretación, sí es usual que el patrón de cada intérprete se respete. Excepto en condiciones especiales.

–¿Por ejemplo?

–Dicho de manera sencilla, cambios endócrinos muy fuertes que afecten la química cerebral. Mi consejo es que visites a un doctor de tu ciudad y le digas que te sientes muy cansada, que te duele la cabeza… Son síntomas compatibles con algún desorden hormonal. Seguro te enviará a hacer algunos análisis y te brindará un diagnóstico. Te medicará y todo volverá a la normalidad.

Me apenó que hubiera hablado tanto en vano.

–Con mi segunda pregunta se dará cuenta de que ya me lo dieron –dije y tragué con fuerza–. Esta condición… ¿se hereda sí o sí?

Se quedó un instante en suspenso.

–¡Oh! Entiendo –exclamó–. Es lo más probable.

–¿Sin importar que el descendiente sea varón o mujer?

–No importa. –Debió de notar mi desilusión, porque añadió–: Pero no deberías tomar una decisión en función de eso.

–¿Por qué no?

–Del mismo modo que las demás personas no analizan qué condiciones les transmitirán a sus hijos y simplemente, si así lo quieren, los tienen. Un hipertenso o un diabético no se privan de ser padres o madres porque sus hijos tendrán probabilidades de serlo. De hecho, si toda la población decidiera no tener hijos para no heredarles algo, nos extinguiríamos.

–¿Mi madre alguna vez le dijo por qué decidió tenerme?

–Sí, claro. Porque te deseaba y te amaba. Más allá de este miedo, ¿cuál es tu deseo? No es necesario que me lo respondas a mí ni que lo sepas ahora. Es la única pregunta que debe guiarte a una respuesta.

A pesar del enorme amor de Sam, durante toda mi vida me había cuestionado mucho acerca de mis padres biológicos. Alguna vez, incluso, tuve la sensación de que no me querían y por eso me habían abandonado, cada uno a su manera. Posiblemente, esa sensación me hizo sentir poco merecedora de lo bueno y ocupé el lugar de víctima o de alguien invisible. Ya no me sentía identificada con esa posición, ni siquiera con el hecho de no ser valorada. En especial por mí misma.

Pensé mucho en lo que conversamos con el doctor Smith el resto del día, pero no logré hallar un camino. Esa noche, miré el techo de la habitación en penumbras mucho tiempo.

–Wayne, ¿estás dormido? –pregunté.

–¿Qué ocurre? –respondió.

Por su tono de voz, supuse que sí estaba durmiendo hasta que yo lo desperté. Pero me había ofrecido que resolviéramos juntos el asunto y lo necesitaba en ese momento.

–Tal vez sí sepa lo que quiero, pero me da mucho miedo. Jamás podría perdonarme si hiciera sufrir a una persona que amo, y creo que, cuando hay deseo, no existe amor más profundo que el que se siente por un hijo.

–¿Por qué crees que lo harías sufrir? –indagó.

–Si le ocurriera lo que a mi madre o tuviera que vivir lo que yo sufrí durante años…

–Nina, hay una enorme diferencia entre lo que tu madre y tú vivieron y lo que ese niño o niña podría experimentar respecto de su condición. Ustedes estaban solas. Con una mano en el corazón, dime la verdad: ¿acaso tu vida no fue diferente desde que me contaste lo que te ocurría? ¿No te sentiste más acompañada, más comprendida? ¿No cambiaste tú desde ese día?

–Sí.

–Bien. Fíjate la enorme diferencia que la presencia de una sola persona puede hacer en la vida de alguien. Ese niño o niña tendría muchas personas que lo aman alrededor para guiarlo y ayudarlo a llevar adelante su don sin que tenga que representar sufrimiento. Tú, yo, tu padre, el doctor Smith… Varios sabríamos lo que le sucede; tendría un grupo de contención importante. Para seguir adelante, no deberías sentir miedo, sino la expectativa de afrontar un desafío. Sé que es difícil, vivimos demasiado en poco tiempo. Lo importante es que no nos arrepintamos de nuestra decisión, porque cualquiera que tomemos será irreversible.

Guardé silencio. Dudaba de que pudiéramos resolver el dilema esa noche, así que cerré los ojos. De todos modos, estaba tan cansada que no tuve que esforzarme mucho para quedarme dormida.

Desperté de golpe con el sonido de la alarma y una visión en mi cabeza. ¿Cómo era posible, si no había percibido señales? Malditas hormonas que no solo enloquecían mi cuerpo y mis emociones, sino también mi “gracia”. Cada vez que pensaba en esa palabra no podía dejar de recordar al hombre de la carretera que habló del significado de mi nombre. Por suerte, la visión era buena y me dio satisfacción.

Al instante siguiente, otra idea se cruzó por mi cabeza. De pronto recordé el dibujo que conservaba Wayne y el sueño que había tenido antes de mudarme con él: la casa en el bosque, los pájaros, los elementos… Cuando se lo conté al doctor Smith, concluimos en que el bosque podía representar el inconsciente y la casa, algo a lo que deseaba llegar y que se hallaba en lo más profundo de mí. El sentido de los pájaros debía tener que ver con la libertad, y los elementos, con alcanzar una sensación de saciedad, ya que al estar todos presentes, representaban la totalidad.

Tal vez, la única manera de ser libre fuera asumir mis deseos, por más atemorizantes que fueran, porque allí estaba la plenitud. Tenía que terminar de abrazar mi gracia.

Era demasiado para un rato tan breve, así que me concentré en la ventana, la lámpara del techo y el guardarropa para olvidar esas ideas extravagantes y adecuarme a la realidad.

–Buen día –dijo Wayne, acariciándome el pelo.

Al girar la cabeza, vi su sonrisa. Recordé los momentos en los que estaba en coma y cuánto había deseado mirarlo y que él estuviera haciendo ese gesto.

–Hola –respondí, sonriendo también–. Tengo menos ganas de ir a la universidad que un estudiante de preparatoria un día de examen, pero debo entregar un trabajo y no puedo faltar.

–Qué pena. Hubiera sido agradable quedarnos en la cama todo el día. Lamentablemente, yo también tengo que hacer algo desde temprano. Pusieron una clase obligatoria en vivo a las ocho de la mañana. ¡Dime a quién se le ocurre!

Reí con su tierna decepción, le di un beso y me levanté. Busqué ropa limpia y fui al baño para darme una ducha.

Cuando salí, encontré el desayuno sobre la mesa. Me senté para beberlo mientras que Wayne encendía el ordenador. No podía dejar de mirarlo, moría por decirle lo que ocurriría.

–Bueno, me voy –anuncié cuando se hizo la hora y me levanté. Le toqué el pelo para que me mirara. Su profesor ya estaba hablando. Desactivó la cámara para poder besarnos.

–¿Qué? –dijo ante mi sonrisa cerca de su rostro.

–Tuve una visión en la que fui tú. Esa idea que se cruzará por tu mente en un momento, que surgirá de pronto, como salida la nada… Síguela. Hazlo. Es justa para ti, serás muy feliz.

–¿De qué estás hablando? –preguntó, riendo entusiasmado–. Sé clara. No me dejes así.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Porque quiero que te sorprendas. Será lindo. Pagaría por ver ese momento, pero tengo que salir.

–Nina, no te atrevas a irte sin contarme más. Eres cruel. No puedes hacerme esto.

Reí y lo besé en la frente.

–Disfrútala –solté, y me fui antes de que continuara indagando.

Entregué el trabajo, estuve en una clase, almorcé con mis amigos y luego fuimos juntas con Mackenzie al aula de otra asignatura. Aprovechando que estábamos solas, me contó que había conseguido un nuevo empleo como camarera y que gracias a eso había podido dejar el bar de Tom.

–Era un cretino –concluyó–. ¡Lo mejor es que aquí no tenemos que andar en patines! ¿Todavía buscas trabajo? ¿Quieres que te recomiende?

No supe qué decirle, pues todavía no había tomado una decisión. Si seguía embarazada, no podía mentirle a un empleador para que me contratara en ese estado. Si decidía que ya no deseaba estarlo, sí quería el empleo.

–Lo pienso y te contesto –respondí. Ella rio.

–¡No tengas miedo! Te prometo que no te llevaré con otro Tom.

Sonreí sin hacer aclaraciones. Callamos cuando el profesor entró.

Tomé apuntes sobre lo que veíamos y analizábamos hasta que la imagen del cuadro de un niño apareció.

–Murillo es un pintor más bien reconocido por la serie de las Inmaculadas que ya estuvimos analizando. Sin embargo, también produjo varias obras en relación con los niños de la calle, un tema muy interesante teniendo en cuenta la época histórica en que vivió. En este óleo sobre tela llamado Niño riendo asomado a una ventana, podemos ver un ejemplo. Se encuentra en la National Gallery de Londres. Quiero que escriban qué emociones transmite, qué pueden analizar del uso del color, las luces, las sombras… Todo lo que vimos del Barroco español. Tienen cinco minutos para ordenar sus ideas y luego las pondremos en común.

Era imposible cumplir con lo que debía hacer cuando el rostro del cuadro se había desdibujado por completo y, a cambio, solo podía ver otro. El de un niño de cabello negro y ojos azules, con la sonrisa más luminosa del mundo, montado en una bicicleta.

–Nina, ¿estás bien? –susurró Mackenzie, tomándome del brazo.

Aunque intentara retenerla, la interpretación se diluyó.

–Sí –respondí, todavía un poco ausente.

–Estás agitada. ¿Quieres que te acompañe afuera?

–Gracias, estoy bien –aseguré y fingí que comenzaba a escribir algo.

Pasé el resto de la clase dibujando el rostro que había visto antes de que se me olvidaran los detalles.

–Ahora entiendo lo que ocurrió –murmuró Mackenzie cuando ya casi lo había terminado–. ¡Tuviste un rapto de inspiración!

–Algo así –contesté, sonriente.

Hallarme entre artistas hacía fácil excusar lo inexplicable. Para cuando ese rostro se materializara, si acaso lo permitía y ella y yo seguíamos siendo amigas, esperaba que hubiera olvidado mi diseño.

Cuando entré a casa con la mochila colgando del hombro y la carpeta de dibujos abrazada al pecho, encontré que Wayne me esperaba del otro lado de la puerta. Se veía tan feliz con esa sonrisa preciosa, tan parecida a la que había dibujado hacía un rato, que supe lo que ocurría y comencé a reír también.

–Estás contento. Lo hiciste –arriesgué.

–¡Lo hice! –exclamó–. Y fue la decisión más increíble y feliz después de haber regresado a este mundo. La idea surgió de repente, tal como describiste. Casi me estaba durmiendo frente al ordenador escuchando al profesor hablar hasta que, de pronto, dijo una frase al pasar y mencionó que era de Platón. Eso no importaba para la clase, pero yo me pregunté: ¿por qué me estoy aburriendo en Antropología si puedo pasarme a Filosofía y leer y pensar y analizar el mundo? Investigué las asignaturas y enloquecí. Ya hice los trámites: comienzo el semestre entrante en la otra carrera.

–¡Es genial! –exclamé, tan sonriente y feliz como él. Solté la mochila y lo abracé.

–Tenemos que celebrar –dijo. Me tomó de la cintura y me hizo retroceder hasta respaldarme en el muro–. Salta a mi cadera –pidió.

–¿Qué? ¡No! ¿Y si no estás listo todavía para cargarme?

–La pared ayudará. Saldrá bien, lo sé. Hazlo.

Aunque me daba un poco de miedo, igual me apoyé en uno de sus hombros sin soltar la carpeta que sostenía con la otra mano y salté. Me sujetó de las piernas y me apretó más contra la pared. Le tomó un momento, pero al final logró estabilizarse. Estaba cargándome. Me eché a reír otra vez.

–¡Lo conseguiste! –exclamé y lo besé. Nos miramos un instante en silencio, presos todavía de la excitación, y a la vez inmersos en algo más. Sabía que, de alguna manera, estábamos pensando en lo mismo–. Wayne… –susurré–. Mi percepción está descontrolada. No sigue un patrón, supongo que no lo hará hasta que mi cuerpo vuelva a su condición normal. Esa visión que tuve de ti esta mañana se presentó sola, sin ninguna señal de por medio. Y hace un rato, mientras estaba en una clase, una única señal bastó para que viera algo bastante distante en el tiempo. –Respiré hondo–. Lo vi. Vi a nuestro hijo. Es un niño con mi cabello, tus ojos y tu sonrisa. En mi visión tenía cinco o seis años; estaba montando una bicicleta –describí, a punto de llorar–. Fui él. Y él era feliz. Lo dibujé para ti.

Solté su hombro para extraer el dibujo de la carpeta y lo sostuve delante de sus ojos. Se quedó en suspenso, admirando al niño, tan impactado como yo la primera vez que lo había visto. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Las mías rodaban por mis mejillas.

–Nina… –murmuró, alzando la mirada hacia mí.

Sabía lo que diría: ahora sería más difícil terminar con la situación. Le ahorré la reflexión y volví a confiar en él para que la resolviéramos juntos.

–¿Está bien si permitimos que ocurra? –pregunté.

–Sí –contestó sin dudar.

–Será difícil.

–Pero no imposible.

–¿Podremos adoptar de todos modos en el futuro?

–Claro.

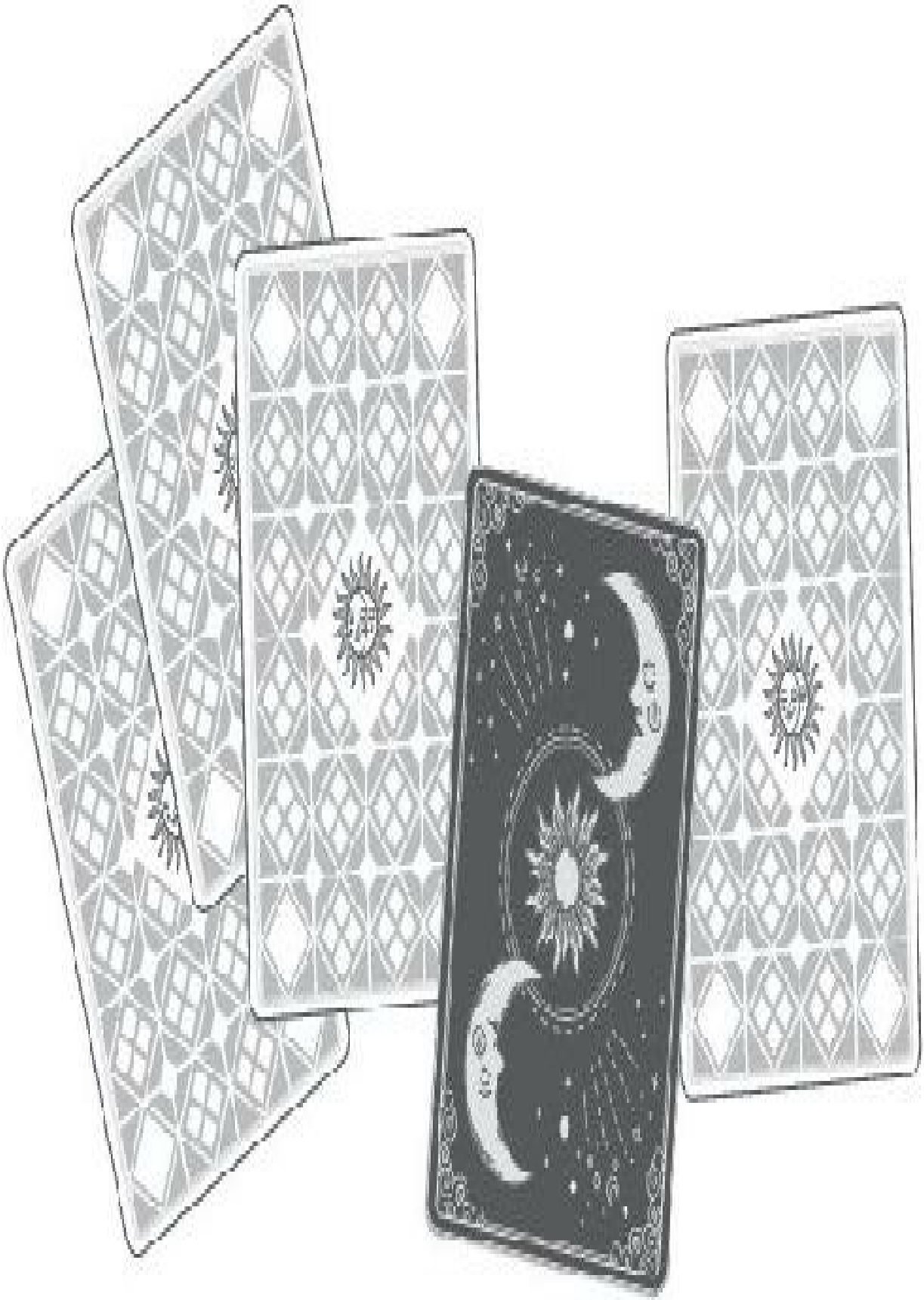
–¿Me ayudarás a entrenarlo?

–Esa es mi pasión –contestó, sonriendo con entusiasmo.

Era consciente de que la decisión que acababa de tomar implicaba la aceptación total de mi gracia, porque significaba transmitírsela a mi ser más amado.

No estaba sola. Lo haríamos bien.

Volvimos a besarnos con la calidez del día y la pasión de la noche, sabiendo que juntos éramos más poderosos. Que, unidos, podíamos lograrlo todo.



EPÍLOGO

Wayne

Seis años después.

AMABA EL VERANO. HABÍA MÁS DÍAS SOLEADOS, HACÍA CALOR Y SE PODÍAN realizar actividades al aire libre. Pero, por sobre todas las cosas, lo amaba porque tenía más tiempo para compartir con mi familia.

Ese año, además de invertir en la bolsa, había trabajado por primera vez como profesor de Filosofía. Había sido una gran experiencia. Estar del otro lado era casi tan divertido como haber sido estudiante, aunque implicaba una responsabilidad sin comparación.

Cuando los alumnos me eligieron como consejero, no podía creerlo. Supuse que se debía a que éramos cercanos en edad y porque solía reír con ellos. Los escuchaba cuando tenían problemas y estaba atento si alguien se hallaba aislado o si notaba alguna situación de acoso. Tal como le enseñábamos Nina y yo a Jay, nuestro hijo: todos teníamos que intervenir desde nuestro lugar para que las personas se llevaran mejor.

La elección de su nombre nos llevó mucho tiempo. Terminamos quedándonos con una palabra simple en su escritura, pero compleja en su significado. Algunos decían que se traducía como "un pájaro entre cuervos". Otros, que era solo un tipo de ave. Nos pareció que representaba el hecho de ser libres y queríamos que volara muy alto, así que no hubo que seguir pensando.

Nina no tenía vacaciones de verano ni fines de semana. Trabajaba como guía en la Galería de Arte de Ontario, por lo cual la temporada de verano era de las más agitadas. Además de saber inglés y francés, los idiomas oficiales de nuestro país, estaba estudiando español por internet y practicaba con Rosa para tomar turnos en ese idioma. No tener que ir a la escuela me permitía quedarme con ella los días de semana que le ofrecían su descanso y pasar todos con nuestro hijo.

Para ser tan pequeño, Jay estaba llevando muy bien la cuestión del don. Nina se asustó ante los primeros signos de que estaba interpretando señales; pensó que no lo haría hasta la edad en la que había comenzado a hacerlo ella. Lo más difícil era que guardara silencio sobre lo que veía, porque le causaba mucho entusiasmo y a veces se le escapaban relatos que podían delatarlo. Por suerte, como era un niño, la gente creía que estaba imaginando. Todavía no era consciente de que veía lo que para los demás era el futuro.

Nunca nos mudamos. Hicimos que la casa que fue testigo de lo mejor y lo peor de nuestro camino se transformara en un hogar. Comenzamos a utilizar las habitaciones de la primera

planta, la redecoramos a nuestro gusto, enviamos a enmarcar el dibujo de nuestro hijo antes de que naciera. Como pocos podían verlo porque la condición de Nina tenía que seguir siendo secreta, en un principio lo colgamos en nuestra habitación. Con el tiempo, cuando el rostro de Jay se acercó al del retrato, lo pasamos al comedor.

Cualquiera podía decir que teníamos la vida más común del mundo, pero era lo que Nina y yo siempre habíamos soñado. Teníamos problemas, como todo el mundo. Sin embargo, las nubes oscuras jamás lograban opacar el sol.

Detuve el automóvil en High Park, descendimos y desatamos las bicicletas que habíamos asegurado en el techo. Hacía tantos años que no montaba una que temí pasar vergüenza. Le había enseñado a Jay a andar en la que había recibido de parte de mis padres para Navidad con las rueditas de seguridad, pero yo todavía no había tenido oportunidad de usar una. La mía la había vendido hacía tiempo junto con otros objetos que me habían pertenecido, entre ellos la PlayStation y el televisor, así podíamos arreglar la casa. Alquilar unas para ese martes soleado que Nina tenía libre había sido su idea.

–Mamá, ¿ya puedo subir? –preguntó Jay.

–No, aún no estamos en la senda –explicó Nina.

–¿Ahora sí? –interrogó, mirándome.

–Yo te avisaré –respondí–. Escucha con atención: tendrás que obedecernos en todo si quieres que volvamos aquí con la bicicleta en otro momento. Yo te diré cuándo comenzar a andar, cuándo detenerte y si hay algo que debas esquivar. ¿Lo harás?

–Sí.

–¿Me lo prometes?

–Sí.

–Okey. No lo olvides. Las promesas se hicieron para cumplirlas.

Le dije que podía subir a la bicicleta en cuanto alcanzamos la senda, pero como no le di la orden para que comenzara a pedalear, solo se quedó mirando al frente con una expresión tan entusiasta que me dieron ganas de abrazarlo.

Nina extendió la mano con el ticket del paseo en bicicleta. Durante el instante que nos miramos con una sonrisa cómplice, sentí que nuestro amor inundaba mi alma y la suya; nuestros ojos lo delataban y no había prueba mayor que la personita que estaba entre los dos. Recogí el papel, observé con nostalgia mi letra de cuando tenía dieciocho años y lo rompí. Guardé los trozos en el bolsillo y miré a nuestro hijo.

–¿Estás listo? –pregunté.

–¡Nací listo! –contestó. Nina rio.

–No sé de quién habrá heredado esa seguridad personal –murmuró. Sonreí con orgullo y apoyé un pie sobre el pedal. Se sintió como magia.

–A la una, a las dos y a las… ¡tres! –conté.

Nina y yo comenzamos a pedalear poco después de que Jay ya lo estaba haciendo.

Pensé que volver a andar en bicicleta sería un poco difícil. Sin embargo, me habitué con facilidad a la actividad. En poco tiempo estaba yendo tan rápido que se sentía como navegar.

Me atreví a soltar el manubrio despacio. Cuando comprobé que todavía podía hacer equilibrio sin utilizar las manos, como cuando tenía trece años, alcé los brazos.

No me hacía falta interpretar señales para saber que ese instante era la concreción de la visión que Nina había tenido y que había permitido que nuestro hijo naciera.

Sentí la calidez del sol sobre mi rostro, la voz de los amores de mi vida, la brisa corriendo entre mis dedos, y supe que nunca había sido más feliz.

Solo se me ocurrió agradecer. Quería que quien sea que estuviera oyendo mis pensamientos supiera cuánto valoraba que me hubiera permitido encontrarme allí, en ese momento, en ese lugar. Que no había regalo más preciado que la vida y que haría de ella una cadena de recuerdos hermosos hasta el día en que tuviera que partir para volver a nacer.

Playlist de

Nina

Speak,, Godsmack

Would?, Alice In Chains

Army of me, Björk

Jeremy, Pearl Jam

Zoe Jane, Staind

Fall to pieces, Velvet Revolver

Evenflow, Pearl Jam

My sacrifice, Creed

Don’t stop dancing, Creed

Little sister, Queens of the Stone Age

Wasting love, Iron Maiden

John Wayne, Billy Idol

Índice

1. Nina

2. Wayne

3. Nina

4. Nina

5. Wayne

6. Nina

7. Wayne

8. Wayne

9. Nina

10. Nina

11. Wayne

12. Wayne

13. Wayne

14. Nina

15. Nina

16. Wayne

17. Nina

18. Nina

19. Wayne

20. Nina

21. Nina

22. Wayne

23. Nina

24. Wayne

25. Wayne

26. Nina

27. Nina

28. Wayne

29. Wayne

30. Nina

31. Nina

32. Nina

33. Nina

34. Wayne

35. Nina

36. Nina

37. Nina

38. Nina

39. Wayne

40. Nina

41. Wayne

42. Nina

43. Nina

44. Wayne

45. Nina

46. Nina

47. Nina

Epílogo. Wayne

Playlist de Nina

VR
YA!
un sello de
Vox Editorial

¡QUEREMOS SABER

QUÉ TE PARECIÓ

LA NOVELA!

Encuéntranos en

www.tiktok.com/@vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

COMPARTE

tu experiencia con

este libro con el hashtag

#nina

Franco, Anna K.

Nina / Anna K. Franco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R Editoras, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-300-155-2

1. Narrativa Juvenil. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A863.9283

Dirección editorial: María Florencia Cambariere

Edición: Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo

Coordinación de Arte: Valeria Brudny

Coordinación gráfica: Leticia Lepera

Diseño de interior: Cecilia Aranda

Arte de tapa: Ariel Escalante

Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024 Anabella Franco

© 2024 V&R Editoras

www.vreditoras.com

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203

(C1005AAQ) Buenos Aires

Tel.: (54-11) 5352-9444

e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO

Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810

Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México

Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995

e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN 978-631-300-155-2

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras